

Kaputt
Curzio Malaparte



Curzio Malaparte
Kaputt



Título: Kaputt

Título original: *Kaputt*

Traducción de David Paradela López

Editorial: Galaxia Gutemberg. Círculo de Lectores S.A.

ISBN: 9788481098372

Revisado por: teref

Agradecimientos: a mis ratoncitos por dar luz mágica a este maravilloso libro...



Reseña:

Coincidiendo con el inicio de la ofensiva alemana contra Rusia, Curzio Malaparte empezó a escribir *Kaputt*, obra con la que pretendía recoger el testimonio de su experiencia como corresponsal de guerra durante la Segunda Guerra Mundial. Malaparte recorre la Europa ocupada por los nazis como si fuera un espía: presencia la triste impotencia del príncipe Eugenio de Suecia, se ve obligado a sobrellevar la arrogancia de los líderes nazis delegados en Varsovia y es testigo de la crudeza de los parajes de la fría Carelia o de la noble ciudad de Iasi, desolados por la barbarie y el hambre que convirtieron Europa en un montón de chatarra.

Con *Kaputt* -palabra germánica que evoca lo roto, lo hecho añicos, y que deviene un fiel calificativo de lo que quedó de un continente devastado por un lustro de destrucción- Malaparte teje una sobrecogedora obra literaria sobre la realidad, a un tiempo salvaje y grotesca, de la guerra en el frente.

Galaxia Gutenberg presenta en una nueva traducción la versión íntegra de uno de los más fascinantes documentos sobre la guerra que haya alumbrado el siglo XX, poniendo así punto y final a una compleja peripecia editorial que se ha dilatado en el tiempo desde que se publicó por vez primera en 1944.

«*Kaputt* es un libro triste, asombroso, horripilante y lírico. Nos presenta en su aspecto más personal y vergonzoso las consecuencias del fanatismo ideológico, el racismo, los valores retorcidos enmascarados como pureza espiritual y el odio hacia la vida. Es

esencial para una comprensión humana de la Segunda Guerra Mundial.»

Margaret Atwood

«Durante su vida Malaparte escribió muchos libros, todos ellos inteligentes, brillantes, pero que sin duda ya estarían olvidados si no existieran Kaputt y La piel. Con Kaputt no sólo escribió un libro importante, sino que encontró una forma que es una completa novedad y que le pertenece sólo a él.»

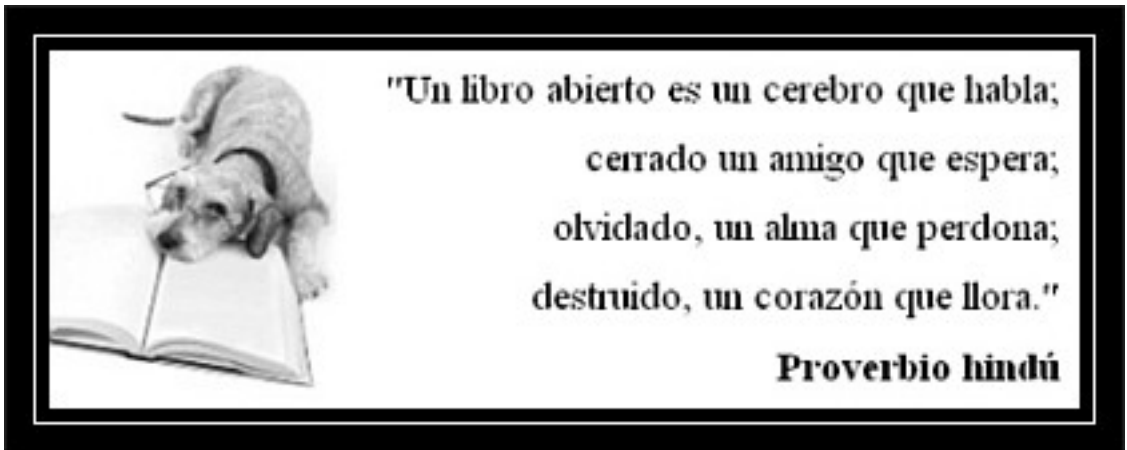
Milán Kundera



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas epubcheck 1.1 y FlightCrew v0.7.1.

Si deseas validar un ePub On Line antes de cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

<http://threepress.org/document/epub-validate>



ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://books.google.es/>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://lix.in/-a1ff6f>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

ESTA EDICIÓN

La presente traducción de *Kaputt*, la segunda en español, parte del texto preparado por Luigi Marteilini para su edición de las *Opere scelte* de Curzio Malaparte en la colección «I Meridiani» de la editorial Mondadori.

El propio Malaparte lo advierte al principio del libro: «El manuscrito de *Kaputt* tiene una historia», y si bien hoy en día la crítica parece de acuerdo en que, tal cual la relata Malaparte en su prefacio, ésta obedece menos a la realidad que al tópico literario del manuscrito encontrado, la peripecia editorial de la novela es ciertamente compleja y vale la pena resumirla para comprender los motivos y la importancia de una nueva traducción. Según los diarios del autor, *Kaputt* se gesta entre 1941 y 1942., y su redacción se prolonga hasta 1944. En mayo de ese año, el editor napolitano Gaspare Casella publica la primera edición. Las condiciones no son las ideales: la ciudad vive sometida a los bombardeos alemanes, los cortes de suministro son continuos y el material de imprenta escasea; en esas circunstancias, no es extraño que el libro apareciese plagado de errores tipográficos. En 1948 los derechos de *Kaputt* pasan a manos de la editora Daria Guarnati, que ese mismo año publica la que se anuncia como «edición definitiva» del texto, «revisado y corregido (desde el punto de vista tipográfico) por el propio autor». Sin embargo, se da la circunstancia de que, en un ejemplar de la novela hallado entre los volúmenes de la biblioteca personal de Malaparte, constan correcciones autógrafas al texto de 1948. Parte de estas variantes se incorpora al reeditarse la novela dentro de las obras completas de Malaparte en el sello Aria d'Italia en 1950. *Kaputt*

se edita de nuevo en 1960 (tres años después de la muerte del autor), al cuidado de Enrico Falqui, como parte de las obras completas de la editorial Vallecchi. Para la fijación del texto de «I Meridiani», Luigi Martellini parte del de Aria d'Italia (es decir, incorporando todas las correcciones debidas a la mano del autor), cotejándolo con la princeps y con la edición de Vallecchi, así como con algunas traducciones. Con todo, la edición crítica de Martellini sigue pendiente de mejoras que supriman todos los errores e inconsistencias no queridos por el autor o que, cuando menos, los comenten en un aparato de notas; el caso del uso de lenguas extranjeras a lo largo de la novela, comentado más abajo, es tal vez el ejemplo más claro. (En el momento de redactar estas líneas, y tras una trifulca jurídica entre editores y herederos, la casa Adelphi anuncia una nueva edición de la novela. Está por ver si por fin en ella se resuelven estos detalles.)

La primera traducción española de *Kaputt* lleva la firma de R. Coll Robert y salió de las prensas barcelonesas de la editorial de José Janes en 1947, tomando como referencia, por lo tanto, la primera edición italiana. A pesar de no incluir las correcciones posteriores del autor, de los errores varios en la transcripción de topónimos, nombres propios y extranjerismos y de los varios recortes del texto por motivos de censura (amén de algunos criterios de la traducción en sí que no es éste el momento de detallar), éste era el texto que, sin las necesarias enmiendas, venía reimprimiéndose hasta hoy en distintos sellos, lo que equivale a decir que el lector de *Kaputt* en español lleva más de sesenta años leyendo una versión obsoleta, y en ciertos puntos adulterada, del texto. La fortuna de la novela en otras lenguas no ha sido mucho mejor. El autor se quejó ya en su día de las erratas y deslices de la versión francesa: «Usted conoce mi parecer acerca de la edición francesa de *Kaputt*: es inaceptable», escribe Malaparte a Guy Tosi, director editorial de Denoël, en enero de 1948, y un mes más tarde: «Estimado Tosi [...], cada vez que abro *Kaputt* me coge una crisis de hígado». Por fortuna, parece ser que muchos de esos errores terminaron solventándose, y en la actualidad la traducción de Juliette Bertrand luce en la portada la mención de «*édition définitive*». En cuanto a la versión alemana de Hellmut Ludwig, omite por entero la «Historia de un manuscrito», sección que sí aparece (aunque sin la cita de Meyer) en la versión inglesa de Cesare Foligno, a la que en cambio le falta, incomprensiblemente, un capítulo entero (el undécimo), entre otros deslices minuciosamente conservados en la reedición de 2005 a cargo de la New York Review of Books. Además, los errores factuales que contienen estas ediciones (basadas todas en la edición de 1947) son numerosos, aunque conviene tener en cuenta que la diversidad de referentes culturales y literarios de la novela es tan vasta (de la arquitectura finlandesa del siglo xix a la geografía urbana de Varsovia, de la *Recherche* de Proust a las eddas nórdicas, pasando por la gastronomía tradicional rumana) que

acometer una traducción sin errores de esta clase antes de la existencia de internet resulta prácticamente impensable, tanto menos cuanto que, como se ha dicho, el texto original, aún hoy, no es del todo fiable. Esto no implica que las versiones de Bertrand, Coll Robert y Foligno no contengan algunas soluciones interesantes, y me ha parecido sensato no pasarlas por alto en determinados pasajes.

Mención aparte merece la coexistencia polifónica de varias lenguas en el libro. Malaparte trufa su novela con expresiones en español, finlandés, francés, inglés, napolitano, polaco, rumano, ruso, serbocroata y sueco, con la dificultad añadida de que la ortografía que emplea no siempre es la correcta: en muchos casos, palabras y topónimos extranjeros aparecen con la ortografía italianizada. Puesto que en ocasiones lo que pretendía ser una frase extranjera se convierte en la realidad en un galimatías casi indescifrable, y entendiendo que no cabe atribuir esta clase de estridencias a la voluntad de Malaparte, la presente traducción (por primera vez hasta donde se me alcanza en la historia editorial de *Kaputt* en cualquier lengua) corrige donde se ha creído pertinente.

Malaparte sólo a veces traduce o explica estas expresiones en el propio cuerpo de la novela; en el resto de los casos (por ejemplo en los abundantes diálogos en francés o en algunas citas literarias) el lector se ve obligado a lidiar a solas con la heteroglosia del texto. A diferencia de las traducciones de Coll Robert o de Foligno, la presente edición ni traduce en nota al pie estas expresiones ni da al respecto más explicaciones que las que contiene el original, aun a sabiendas de la perplejidad que esto puede causar en el lector. Este criterio se fundamenta no sólo en el respeto a la voluntad del autor, sino también en la convicción de que, en el contexto general de la obra, no es tan importante conocer el significado de una palabra concreta en finlandés o en rumano como asistir al efecto de mosaico europeo que Malaparte reproduce en estas páginas y que, con el máximo cuidado, se ha procurado trasladar al lector de lengua española.

Plantearse siquiera resolver la infinidad de problemas derivados de esta convivencia de lenguas habría sido tarea imposible sin la generosa ayuda de Annika Bergfalk, Marija Djurdjević, Satu Ekman, Dulce Fernández Anguita, Ulrika Fuchs, Lorenzo Gallego Borghini, Albert Lázaro—Tinaut, Aleksandra Lun, Iulia Nica y Susanne Weck, a quienes, huelga decirlo, no cabe atribuir cualesquiera errores que yo haya podido pasar por alto.

David Paradela López

Berlín, primavera de 2005

HISTORIA DE UN MANUSCRITO

KAPUTT (von hebraischen Koppároth,
Opfer, oder französisch Capot, matsch)

zugrunde gerichtet, entzwei.
Meyer, Conversations—Lexicon, 1860

El manuscrito de Kaputt tiene una historia, y me parece que ningún prólogo conviene más a este libro que la historia secreta de su manuscrito.

Comencé a escribir Kaputt en el verano de 1941, al inicio de la guerra de los alemanes contra Rusia, en la aldea de Pestchanka, en Ucrania, en casa del campesino Román Suchena. Todas las mañanas me sentaba en el huerto, bajo una acacia, y me ponía a trabajar mientras el campesino, sentado en el suelo junto a la porqueriza, afilaba las hoces o troceaba remolachas y berzas para los cerdos.

La casa, con el tejado de rastros y las paredes hechas de tierra y paja picada amasadas con estiércol de buey, era pequeña y estaba limpia: no había en ella más lujos que una radio, un gramófono y una pequeña biblioteca con todas las obras de Pushkin y Gógol. Era la casa de un antiguo mujik al que los tres planes quinquenales y la colectivización de las granjas habían liberado de la esclavitud de la miseria, de la ignorancia y de la inmundicia. El hijo de Román Suchena, comunista, trabajaba como mecánico en un koljós de Pestchanka, el koljós Voroshílov, y había seguido al ejército soviético con su tractor; en el mismo koljós trabajaba también su mujer, una muchacha taciturna y delicada que hacia el atardecer, terminada la faena en el campo y el huerto, se sentaba bajo un árbol a leer el *Eugenio Onegin* de Pushkin, en la edición estatal publicada en Jarkov con ocasión del centenario de la muerte del gran poeta. (Y me recordaba a las dos hijas mayores de Benedetto Croce, Elena y Alda, que en el jardín de su casa de campo, en Meana, en el Piamonte, leían a Heródoto en griego, sentadas bajo un manzano cargado de frutos.)

Retomé la redacción de *Kaputt* durante mi estancia en Polonia y en el frente de Smolensk, en 1942. Terminé el libro, a excepción del último capítulo, durante los dos años que pasé en Finlandia. Antes de volver a Italia dividí el manuscrito en tres partes, que confié al ministro de España en Helsinki, el conde Agustín de Foxá, que dejaba su puesto tras haber sido llamado al Ministerio de Exteriores en Madrid; al secretario de la legación de Rumania en Helsinki, el príncipe Dinu Cantemir, que iba a tomar posesión de su nuevo puesto en la legación de Rumania en Lisboa, y al agregado de prensa de la legación rumana en la capital de Finlandia, Titu Miháilescu, que regresaba a Bucarest. Tras una larga odisea, las tres partes del manuscrito llegaron finalmente a Italia.

En julio de 1943 me encontraba en Finlandia; en cuanto recibí la noticia de la caída de Mussolini regresé en avión a Italia y me

instalé en Capri a esperar el desembarco de los Aliados, y en Capri, en septiembre de 1943, terminé el último capítulo de *Kaputt*.

Kaputt es un libro cruel. Su crueldad es la experiencia más extraordinaria que he logrado extraer del espectáculo de la Europa durante estos años de guerra. Con todo, entre los protagonistas de este libro, la guerra no es más que un personaje secundario. Podríamos decir que tiene valor tan sólo como pretexto, si los pretextos inevitables no pertenecieran al orden de la fatalidad. En *Kaputt* la guerra tiene importancia, pues, en tanto que fatalidad. No aparece de ninguna otra forma. Diría que no aparece como protagonista, sino como espectadora, en el mismo sentido en que es espectador un paisaje. La guerra es el paisaje objetivo de este libro.

El protagonista principal es *Kaputt*, este monstruo alegre y cruel. Ninguna palabra si no la dura y casi misteriosa palabra alemana *kaputt*, que literalmente significa «roto, acabado, hecho añicos, malogrado», podría reflejar lo que somos, lo que Europa es hoy día: un montón de chatarra. Y vaya por delante que yo prefiero esta Europa *kaputt* a la Europa de ayer y a la de hace veinte, treinta años. Prefiero que esté todo por hacer a tener que aceptarlo todo como una herencia inmutable.

Esperemos ahora que vengan tiempos realmente nuevos y que no escatimen en respeto y libertad hacia los escritores; porque la literatura italiana tiene necesidad de respeto tanto como de libertad. He dicho «esperemos», y no porque yo no crea en la libertad y en sus beneficios (permítaseme recordar que yo pertenezco al grupo de quienes han pagado con la cárcel y con la deportación a la isla de Lipa—ri su libertad de espíritu y su contribución a la causa de la libertad), sino porque conozco, y es de dominio público, cuan difícil es en Italia, y en buena parte de Europa, la condición humana, y cuan peligrosa la condición de escritor.

Que los nuevos tiempos sean, pues, tiempos de libertad y de respeto para todos: también para los escritores. Y es que sólo la libertad, y el respeto a la cultura, podrán salvar a Italia y Europa de esos tiempos crueles de los que habla Montesquieu en *L'Esprit des lois* (libro XXIII, cap. xxin): «*Ainsi, dans le temps des fables, après les inondations et les déluges, il sortit de la terre des hommes armes, qui s'exterminèrent*».

Primera parte

LOS CABALLOS

I

LE CÔTÉ DE GUERMANTES

El príncipe Eugenio de Suecia se detuvo en medio de la sala.

—Escuche —dijo.

A través de los robles del Oakhill y los pinos de Waldemarsudde, desde más allá del brazo de mar que se adentra en la tierra hasta el Nybroplan, en el corazón de Estocolmo, llegaba con el viento un triste y amoroso lamento. No era la melancólica llamada de las sirenas de los piróscafos, que remontaban desde el mar hacia el puerto, ni el grito neblinoso de las gaviotas, sino una voz femenina, distraída y doliente.

—Son los caballos del Tivoli, el parque de atracciones que hay frente al Skansen —dijo el príncipe Eugenio en voz baja.

Nos acercamos a las grandes vidrieras con vistas al jardín y apoyamos la frente en los cristales, ligeramente empañados por la niebla azul que subía desde el mar. Por el sendero que bordea la ladera de la colina bajaban cojeando tres caballos blancos, seguidos por una niña vestida de amarillo; traspasaron una verja y bajaron hasta una pequeña cala repleta de cúters, canoas y barcas de pescadores pintadas de rojo y verde.

Era un día claro de septiembre, de una delicadeza casi primaveral. El otoño enrojecía ya los viejos árboles del Oakhill. Por el brazo de mar, sobre el cual sobresale el promontorio donde se alza la villa de Waldemarsudde, residencia del príncipe Eugenio, hermano del rey Gustavo V de Suecia, pasaban grandes piróscafos grises con inmensas banderas suecas, cruz amarilla sobre campo azul, pintadas a los lados. Bandadas de gaviotas emitían ásperos lamentos, similares al llanto de un niño. Más abajo, en los muelles del Nybroplan y del Strandvågen, se mecían los blancos vapores, bautizados con los dulces nombres de los países e islas que comunican Estocolmo con el archipiélago. Detrás del arsenal se levantaba una nube de humo azul que el vuelo de una gaviota hendía de vez en cuando como un relámpago nacarino. El viento traía el sonido de las orquestas del Belmannsro y el Hasselbacken, y el griterío de la multitud de marineros, soldados, muchachas, chiquillos arracimados en torno a los acróbatas, prestidigitadores y músicos ambulantes que pasan el día entero ante la entrada del Skansen.

El príncipe Eugenio seguía a los caballos con una mirada atenta y afectuosa, entrecerrando sus claras pestañas surcadas de finas venas verdes. Visto así, de perfil, contra la luz exhausta del atardecer, su rostro sonrosado (los labios algo rellenos, golosos, a los que el bigote blanco confería una gentileza casi pueril; la nariz aguileña, la frente alta, coronada de rizado cabello cano, encrespado como el de un niño recién levantado) me evocaba el rostro de los Bernadotte que aparece en las medallas. De toda la familia real de Suecia, el príncipe Eugenio es quien más se asemeja al mariscal napoleónico fundador de la dinastía sueca; su perfil nítido, afilado, casi duro, contrastaba de forma singular con la dulzura de su mirada, con la elegancia delicada

de su modo de hablar, de sonreír, de mover las blancas y hermosas manos de los Bernadotte, de dedos pálidos y finos. (Días atrás, en una tienda de Estocolmo, había visto los bordados que durante las largas tardes de invierno en el Palacio Real proyectado por Tessin, y durante las blancas noches de verano en el castillo de Drottningholm, el rey Gustavo V, rodeado por su familia y los más íntimos dignatarios de la corte, ejecuta con una gracia y una delicadeza en el motivo y el punto que recuerda a las antiguas labores venecianas, flamencas y francesas.) El príncipe Eugenio no borda: es pintor. Incluso en su forma de vestir se revela el estilo libre y distraído del Montmartre de hace cincuenta años, cuando el príncipe Eugenio y Montmartre eran jóvenes. Iba vestido con una gruesa chaqueta de *barris tweed* de color tabaco y corte anticuado abotonada hasta arriba. Sobre la camisa azul pálido de rayas blancas algo deslucidas, se veía la sombra de una corbata de punto, de un azul más intenso, retorcida como una trenza de pelo.

—Todos los días a esta hora bajan al mar —dijo el príncipe Eugenio en voz baja.

Bajo la luz rosa y turquesa del ocaso, los tres caballos blancos, seguidos por la niña vestida de amarillo, tenían un aspecto triste y bellísimo. Inmersos hasta las rodillas en el agua, agitaban la cabeza derramando la crin sobre el largo arco del cuello y relinchaban.

Estaba oscureciendo. Llevaba muchos meses sin ver ponerse el sol. Después del largo verano boreal, después del interminable e ininterrumpido día estivo, sin alba y sin ocaso, el cielo empezaba por fin a languidecer sobre los bosques, sobre el mar, sobre los tejados de la ciudad, y algo parecido a una sombra (quizá fuera tan sólo el reflejo de una sombra, la sombra de una sombra) se extendía por oriente. La noche nacía despacio, una noche afectuosa y delicada, y en occidente el cielo ardía sobre los bosques y los lagos, abarquillándose en el fuego del ocaso como una hoja de roble en el fuego exhausto del otoño.

Entre los árboles del jardín, sobre el fondo de aquel pálido y ligero paisaje nórdico, las copias del *Pensador* de Rodin y de la *Victoria de Samotracia*, esculpidas en un mármol demasiado blanco, evocaban de manera imprevista y perentoria el gusto parisino de un *fin de siècle* decadente y parnasiano que en Waldemarsudde adquiría un matiz caprichoso y falaz. Y también en la amplia sala en la que estábamos con la frente apoyada en los cristales de la gran vidriera — la sala donde el príncipe Eugenio estudia y trabaja— pervivía el eco, lánguido y desafinado, del estetismo parisino de esos años en torno a 1888, cuando el príncipe Eugenio tenía un estudio en París (vivía en la rué de Monceau con el nombre de monsieur Oscarson) y era discípulo de Puvis de Chavannes y de Bonnat. En las paredes colgaban algunas de sus telas de juventud, paisajes de la île—de—France, del Sena, del valle de Chevreuse, de Normandía, retratos de

modelos con la cabellera suelta sobre los hombros desnudos, cuadros de Zorn y de Josephson. Frondas de roble con hojas purpúreas veteadas de oro brotaban de las ánforas de porcelana de Marieberg y los jarrones de Rórstrand pintados por Isaac Grünevald a la manera de Matisse. En un rincón de la sala había una gran estufa de mayólica blanca con el frontal decorado con un relieve de dos flechas cruzadas bajo una corona nobiliaria cerrada. En un jarrón de cristal de Orrefors florecía una bellísima planta de mimosa que el príncipe Eugenio había traído consigo de un jardín del mediodía de Francia. Cerré los ojos un instante: era exactamente el olor de la Pro venza, el olor de Aviñón, de Nimes, de Arles el que estaba respirando; el olor del Mediterráneo, de Italia, de Capri.

—A mí también me gustaría vivir en Capri, como Axel Munthe — dijo el príncipe Eugenio—. *II paraît qu'il vit entorné de fleurs et d'oiseaux. Je me demande, parfois* —agregó sonriendo— *s'il aime vraiment les fleurs et les oiseaux.*

—*Les fleurs l'aiment beaucoup* —dije.

—Et les oiseaux l'aiment aussi?

—Lo confunden con un árbol viejo —contesté—, un árbol seco.

El príncipe Eugenio sonreía entornando los ojos. Como todos los años, Axel Munthe había pasado el verano en el castillo de Drottningholm, invitado por el rey, y hacía pocos días que se había marchado de nuevo a Italia. Me sabía mal no haber coincidido con él en Estocolmo. Cinco o seis meses atrás, en Capri, en la víspera de mi viaje a Finlandia, había subido a la torre de Materita para despedirme de Munthe, que debía entregarme unas cartas para Sven Hedin, Ernst Manker y otros amigos suyos de Estocolmo. Axel Munthe estaba esperándome bajo los pinos y los cipreses de Materita: ahí estaba, de pie, erguido, rígido, ceñudo, con una capa verde echada sobre los hombros, un sombrero ladeado sobre el cabello revuelto y sus ojos vivos y maliciosos ocultos tras unas gafas negras que le conferían ese aire misterioso y amenazante de los ciegos. Tenía un perro lobo sujeto con una correa, y, a pesar de que el animal parecía manso, en cuanto me vio a lo lejos entre los árboles, Munthe se puso a gritarme que no me acercase demasiado: «¡Largo! ¡Largo!», gritaba, haciendo gestos con la mano, y le ordenaba al perro que no se me echase encima, que no me despedazara las carnes, fingiendo contenerlo a duras apenas, como si no pudiera aguantar los furiosos tirones de aquella bestia que me observaba meneando la cola tranquila y apaciblemente, y yo avanzaba despacio, aparentando miedo, prestándome gustoso a aquella inocente comedia.

Cuando está de buen humor, Axel Munthe se divierte improvisando escenas maliciosas para burlarse de sus amigos. Y aquél era tal vez su primer día sereno tras varios meses de rabiosa soledad. Había pasado un otoño triste, presa de sus oscuros antojos,

de sus caprichosas melancolías, encerrado durante días y días en su torre, descarnada y roída como un hueso viejo por los agudos dientes del lebeche, el viento que sopla desde Isquia, y la tramontana, que lleva hasta Capri el acre olor a azufre del Vesubio; encerrado con llave en su falsa prisión húmeda de salitre, entre sus cuadros antiguos, sus falsos mármoles helénicos y sus madonas cuatrocentistas talladas en la madera de algún mueble Luis XIV.

Aquel día Munthe parecía sereno, y en un momento dado se puso a hablarme de los pájaros de Capri. Todas las noches, hacia el atardecer, sale de la torre, se adentra a pasos lentos y cautos entre los árboles del jardín, con la capa verde sobre los hombros, el sombreruco ladeado sobre el cabello revuelto, los ojos ocultos tras las gafas negras, hasta que llega a un lugar donde los árboles clarean y forman como un espejo de cielo sobre la hierba; allí se detiene y, erguido, flaco, rígido, similar a un viejo tronco descarnado y agostado por el sol, el hielo y las tormentas, con una risa feliz disimulada entre los pelos de su barbilla de viejo fauno, espera; entonces los pájaros vuelan en bandada hacia él, trinando con afecto, y se le posan sobre los hombros, sobre los brazos, sobre el sombrero, le picotean la nariz, los labios, las orejas. Munthe permanece así, erguido, inmóvil, conversando con sus pequeños amigos en el dulce dialecto de Capri, hasta el que el sol se pone, se zambulle en el mar azul y verde, y los pájaros vuelven volando a su nido, todos juntos, y se despiden con un trino agudo.

—*Ahí Cette canaille de Munthe* —exclamó el príncipe Eugenio, y su voz era afectuosa, ligeramente trémula.

Paseamos durante un rato por el jardín, bajo los pinos hinchados por el viento, y después Axel me llevó hasta la habitación más alta de la torre. En el pasado debió de ser una especie de granero, pero él la ha transformado en su dormitorio para los días de negra soledad, cuando se encierra en ella como en la celda de una cárcel y se tapa los oídos con algodón para no oír la voz humana. Se sentó en un escabel, con un grueso bastón entre las rodillas y la correa del perro enrollada en la muñeca. Tumbado a sus pies, el perro me observaba fijamente, con una mirada clara y triste. Axel Munthe alzó el rostro, una sombra se había posado de pronto sobre su frente. Me dijo que no podía dormir, que la guerra le había matado el sueño; pasaba las noches en una angustiosa vigilia, escuchando el grito del viento entre los árboles, la voz lejana del mar.

—Espero —me dijo— que no haya venido para hablarme de la guerra.

—No le hablaré de la guerra —respondí.

—Gracias —dijo Munthe, y de improviso me preguntó si era cierto que los alemanes eran tan terriblemente crueles.

—Su crueldad está hecha de miedo —respondí—, están enfermos de miedo. Son un pueblo enfermo, un *krankes Volk*.

—Sí, un *krankes Volk* —dijo Munthe golpeando el suelo con la punta del bastón, y tras un largo silencio me preguntó si era cierto que los alemanes estaban tan sedientos de sangre y destrucción.

—Tienen miedo —respondí—, tienen miedo de todo y de todos, matan y destruyen por miedo. No es que teman a la muerte: ningún alemán, hombre, mujer, anciano o niño, teme a la muerte. Y tampoco es que tengan miedo a sufrir. En cierto sentido, podría decirse que aman el dolor. Pero tienen miedo de todo lo que está vivo, de todo lo que está vivo aparte de ellos, y también de todo lo que es diferente a ellos. Sufren un mal misterioso. Tienen miedo sobre todo de los seres débiles, de los indefensos, de los enfermos, de las mujeres, de los niños. Tienen miedo de los ancianos. Su miedo siempre ha suscitado en mí una profunda piedad. Si Europa se apiadase de ellos, quizá los alemanes se curarían de su horrible mal.

—¿Entonces son feroces?, ¿entonces es cierto que masacran a la gente sin piedad alguna? —me interrumpió Munthe mientras golpeteaba con impaciencia el suelo con el bastón.

—Sí, es cierto —respondí—. Matan a los indefensos, ahorcan a los judíos en los árboles de las plazas de los pueblos, los queman vivos dentro de sus casas, como ratones, fusilan a los campesinos y a los obreros en los patios de los koljoses y los talleres. Los he visto reír, comer y dormir a la sombra de los cadáveres colgados de las ramas de los árboles.

—Es un *krankes Volk* —dijo Munthe quitándose las gafas negras para limpiar con cuidado los cristales con un pañuelo.

Había bajado los párpados. No podía verle los ojos. Luego me preguntó si era cierto que los alemanes mataban a los pájaros.

—No, no es cierto —contesté—. No tienen tiempo para ocuparse de los pájaros, apenas tienen tiempo para ocuparse de los hombres. Masacran a los judíos, a los obreros, a los campesinos, incendian las ciudades y las aldeas con una furia salvaje, pero no matan a los pájaros. ¡Ah, cuántos pájaros hermosos hay en Rusia! Más hermosos, quizá, que los de Capri.

—¿Más hermosos que los de Capri? —preguntó Axel Munthe con voz irritada.

—Más hermosos, más felices —respondí—. En Ucrania hay un sinfín de familias de pájaros preciosos. Vuelan a millares trinando entre las hojas de las acacias, se posan con suavidad sobre las ramas plateadas de los abedules, sobre las espigas de trigo, sobre las pestañas de oro de los girasoles para picotear las semillas de sus grandes ojos negros. Cantan sin descanso bajo la voz del cañón, entre el estruendo de las ametralladoras, entre el fragor de los

aviones por encima de la vasta llanura ucraniana. Se posan sobre los hombros de los soldados, sobre las sillas, sobre las crines de los caballos, sobre las cureñas de la artillería, sobre los cañones de los fusiles, sobre las torretas de los Panzer, sobre los zapatos de los muertos. Los muertos no les asustan. Son pájaros menudos, listos, alegres, algunos son grises, otros verdes, otros rojos, otros incluso amarillos. Algunos tienen sólo el pecho rojo o turquesa, otros sólo el cuello, otros sólo la cola. Algunos son blancos con la garganta azul, y he visto algunos, minúsculos y orgullosos, completamente blancos, immaculados. Al alba se ponen a cantar con dulzura entre el trigo, y los alemanes levantan la cabeza de su triste sueño para escuchar su feliz canto. Vuelan a millares sobre los campos de batalla del Dniéster, del Dniéper, del Don, trinan libres y contentos, y no les da miedo la guerra, ni les da miedo Hitler, ni las SS ni la Gestapo; no se paran en las ramas a contemplar la matanza, sino que se entregan al azul cantando, siguen desde las alturas a los ejércitos que marchan por la grandiosa llanura. Ah, son realmente hermosos los pájaros de Ucrania.

Axel Munthe alzó el rostro, se quitó las gafas negras y me miró sonriendo con sus ojos vivos y maliciosos.

—Menos mal que los alemanes no matan a los pájaros —dijo—; me hace feliz de veras saber que no matan a los pájaros.

—*II a vraiment un coeur tendré, une âme vraiment noble, ce cher Munthe* —dijo el príncipe Eugenio.

De pronto llegó desde el mar un relincho prolongado y quedo, y el príncipe Eugenio se estremeció y se envolvió con la gran capa de lana gris que había dejado sobre el respaldo de un sillón.

—Venga a ver los árboles —dijo—; están preciosos los árboles a esta hora.

Salimos al jardín. Empezaba a refrescar, y hacia oriente el cielo tenía el color de la plata empañada. La muerte lenta de la luz, el regreso de la noche después de los interminables días de verano, me daba una sensación de paz y serenidad. Me parecía que la guerra había terminado, que Europa estaba todavía viva, *the glory that was, etc., the grandeur that was, etc.* Venía de pasar el verano en Laponia, en el frente de Petsamo y de Litsa, en los inmensos bosques de Inari, en la inerte y lunar tundra ártica, iluminada por un crudelísimo sol sin ocaso, y aquellas primeras sombras otoñales me devolvían al calor, al reposo, a la sensación de una vida serena, incontaminada por la presencia continua de la muerte. Me envolví en la sombra, por fin recobrada, como si fuera una manta de lana. El aire era tibio, traía un olor de mujer.

Hacía pocos días que había llegado a Estocolmo, tras una larga convalecencia en una clínica de Helsinki, y en Suecia había encontrado aquella dulzura de la vida serena que antaño fuera la

gracia de Europa. Después de tantos meses de salvaje soledad en el extremo Norte, entre lapones, cazadores de osos, pastores de renos y pescadores de salmón, las escenas, ya olvidadas, de la vida apacible y laboriosa que contemplaba maravillado en las calles de Estocolmo me producían una especie de embriaguez, casi de aturdimiento. Las mujeres sobre todo, esa gracia atlética y gentil de las claras y transparentes mujeres suecas, de ojos azules, cabellos de oro antiguo, sonrisa pura, senos altos y pequeños sobresalientes del pecho como dos condecoraciones al valor atlético, como dos medallas conmemorativas del 85º cumpleaños del rey Gustavo V, restituían en mí el pudor de la vida. La sombra de los primeros atardeceres añadía a la gracia femenina un algo secreto, misterioso.

Por las calles sumergidas en luz azul, bajo el cielo de seda pálida, en el aire iluminado por el blanco reflejo de las fachadas de las casas, pasaban las mujeres, semejantes a cometas de oro azul. Su sonrisa era tibia; su mirada, estática e inocente. Las parejas abrazadas en los bancos del Humlegården, bajo los árboles ya humedecidos de noche, aparecían ante mí como una réplica ideal de la pareja abrazada en el *Festlig scen* de Josephson. El cielo sobre los tejados, las casas frente al mar, los veleros y los piróscafos atracados en el Ström y a lo largo del Strandvägen tenían el color turquesa de las porcelanas de Marieberg y de Rörstrand, ese tono turquesa del mar de las islas del archipiélago, o del Mälaren en Drottningholm, o de los bosques en torno a Saltsjöbaden, el tono turquesa de las nubes sobre los últimos tejados de la Valhallavägen; el azul que se ve en el blanco del Norte, en las nieves del Norte, en los ríos, en los lagos, en los bosques del Norte, el azul que se ve en los estucos de la arquitectura neoclásica sueca, en los bastos muebles Luis XIV barnizados de blanco que decoran las casas de los campesinos de Norrland y Laponia y de los que me hablaba, con su voz cálida, Anders Oesterling mientras paseábamos entre las columnas de madera blanca con doradas canaladuras dóricas de la sala de reuniones de la Academia sueca, en la Gamla Stan; el azul lechoso del cielo de Estocolmo hacia el alba, cuando los espectros que toda la noche han estado vagando por las calles de la ciudad (el Norte es tierra de espectros; los árboles, las casas, los animales son espectros de árboles, de casas, de animales) vuelven a casa por las aceras, semejantes a sombras azules; y yo los espiaba desde mi ventana del Grand Hotel, o desde las ventanas de la casa de Strindberg, la casa de ladrillos rojos del número 10 del Karla—plan, donde vivían Maioli, el secretario de la legación de Italia y, en la planta de arriba, la cantante chilena Rosita Serrano. (Los diez perros salchicha de Rosita Serrano subían y bajaban las escaleras ladrando, la voz de Rosita se alzaba bronca y dulce por encima de los acordes de la guitarra, y yo contemplaba cómo vagaban por la plaza los espectros azules que Strindberg se encontraba por la escalera cuando se recogía al amanecer, o sentados en la antesala, o tendidos en su cama, o

asomados a la ventana, pálidos frente al pálido cielo, haciendo señas a viandantes invisibles. Por debajo del murmullo de la fuente que ocupa el centro del Karlaplan se oía el susurro de las hojas de los árboles, movidas por la leve brisa que soplabá desde el mar matutino.)

Sentados en el templete neoclásico que se levanta al fondo del jardín, donde la roca cae a pico en el mar, yo observaba cómo las blancas columnas dóricas se grababan con dulzura en el fondo turquesa del paisaje otoñal. Poco a poco, algo amargo nacía en mí, era como un rencor triste: palabras crueles acudían a mis labios y yo me debatía en vano por sofocarlas. Fue así como, casi sin darme cuenta, empecé a hablar de los prisioneros rusos que, ofuscados y embrutecidos por el hambre, se comían los cadáveres de sus compañeros en el campo de Smolensk, bajo la mirada impasible de los oficiales y los soldados alemanes. Sentía horror y vergüenza de mis propias palabras, quisiera haberme disculpado ante el príncipe Eugenio por mi crueldad; pero el príncipe Eugenio callaba, envuelto en su capa gris con la cabeza reclinada sobre el pecho. De pronto alzó el rostro, movió los labios como si fuera a decir algo, pero calló, y yo pude leer en su mirada un doloroso reproche.

Hubiera querido leer en sus ojos y en su frente la misma fría crueldad que vi estampada en el rostro del *Obergruppenführer* Dietrich al hablarle de los prisioneros soviéticos que se comían los cadáveres de sus compañeros en el campo de Smolensk. Dietrich se había echado a reír. Coincidí con el *Obergruppenführer* Dietrich, el sanguinario Dietrich, comandante de la guardia personal de Hitler, en la villa de la embajada de Italia, a orillas del Wannsee, en las afueras de Berlín; y enseguida me sentí atraído por su rostro pálido, sus ojos increíblemente fríos, sus orejas enormes, su pequeña boca de pez. Dietrich se había echado a reír: «*Haben sie ihnen geschmeckt? ¿Se los comían a gusto?*». Y reía abriendo su pequeña boca de pez con el paladar rosado, mostrando sus dientes de pez, agudos y pegados los unos a los otros. Hubiera querido que la risa del príncipe Eugenio exprimiese la misma crueldad que el rostro de Dietrich, que también él me preguntase, con su voz mórbida y cansada, algo distante: «*Est-ce qu'ils les mangeaient avec plaisir?*». Pero el príncipe Eugenio levantó los ojos y me lanzó una mirada de doloroso reproche. Una máscara de hondo sufrimiento velaba su rostro. Percibía mi sufrimiento, y me observaba en silencio, con afectuosa piedad. Me daba la sensación de que si hubiese hablado, si me hubiese dirigido una sola palabra, si me hubiese tocado la mano, tal vez me habría echado a llorar. Pero el príncipe Eugenio me miraba en silencio, y palabras crueles acudían a mis labios; fue así como, de pronto, me di cuenta de que estaba hablándole del día que visité el frente de Leningrado. Crucé en coche un espeso bosque, cerca de Oranienbaum, junto a un oficial alemán, el teniente Schultz, de Stuttgart; mejor dicho, del valle del Neckar, el «valle de los poetas»,

decía Schultz, y me hablaba de Hölderlin, de la locura de Hölderlin. «No estaba loco, era un ángel», decía Schultz, haciendo con la mano un gesto vago y lento, como si dibujara alas invisibles en el aire gélido, y miraba hacia lo alto, como si siguiera con los ojos el vuelo de un ángel. Era un bosque duro y profundo, el brillo cegador de la nieve se reflejaba en los troncos de los árboles con un leve tono turquesa, el coche patinaba sobre la pista helada con un crujido dulce, y Schultz decía: «Hölderlin, en la Selva Negra, volaba entre los árboles como un gran pájaro», y yo callaba, contemplando el profundo y terrible bosque en torno a nosotros, escuchando el crujido de las ruedas sobre la pista cubierta de hielo. Y Schultz declamaba los versos de Hölderlin:

Bajo los sauces del Neckar, o en las riberas del Rin,
todos piensan que para vivir
no hay mejor lugar.
¡Pero yo quiero ir al Cáucaso!

—Hölderlin era un ángel alemán —dije sonriendo. —Era un ángel alemán —asintió Schultz. Y declamó:

¡Pero yo quiero ir al Cáucaso!
—También Hölderlin —dije— quería ir al Cáucaso, *nicht wahr?*
—*Ach so!* —contestó Schultz.

En ese instante, en el lugar donde el bosque se hacía más espeso y profundo, y donde otra pista se cruzaba en nuestro camino, vi surgir de improviso entre la niebla, allí delante de nosotros, en el cruce de ambas pistas, un soldado hundido hasta el vientre en la nieve; estaba de pie, inmóvil, con el brazo derecho extendido señalándonos el camino. Cuando pasamos por delante, Schultz se llevó la mano a la visera de la gorra, a modo de saludo y agradecimiento. Luego dijo:

—Otro que con mucho gusto se iría al Cáucaso. —Y se echó a reír, doblándose hacia atrás en el respaldo.

Recorrido otro trecho de camino, en otro cruce de pistas, apareció a lo lejos un nuevo soldado, hundido también en la nieve y con el brazo extendido.

—Se van a morir de frío, estos pobres diablos —dije.

Schultz se dio la vuelta para mirarme.

—No hay peligro —me dijo— de que se mueran de frío. —Y reía.

Entonces le pregunté por qué creía que esos pobres diablos no corrían peligro de morir congelados.

—Porque a estas alturas ya están acostumbrados al frío —respondió Schultz. Y reía, golpeándome el hombro con la mano. Entonces detuvo el coche y se volvió hacia mí sonriendo—. ¿Quiere verlo de cerca? Así podrá preguntarle si tiene frío.

Salimos del coche y nos acercamos al soldado: ahí estaba, de pie, inmóvil, con el brazo derecho extendido señalándonos el camino. Estaba muerto. Tenía los ojos desorbitados y la boca medio abierta. Era un soldado ruso muerto.

—He aquí nuestra policía de carreteras —dijo Schultz—. Nosotros la llamamos la «policía silenciosa».

—¿Está seguro de que no habla?

—¿Que si estoy seguro? *Ach so!* Pruebe a interrogarlo.

—Mejor no me ponga a prueba; estoy seguro de que me contestaría —dije.

—*Ach, sehr amüsant!* —exclamó Schultz riendo.

—*Ja, sehr amüsant, nicht war?* —y luego añadí, con voz indiferente—: Cuando los traen aquí, ¿están vivos o muertos?

—¡Vivos, por supuesto! —respondió Schultz.

—Y luego mueren de frío, por supuesto —dije.

—*Nein, nein,* no mueren de frío! Mire aquí. —Y Schultz me mostró un coágulo de sangre, un grumo de hielo rojo, en la sien del muerto.

—*Ach so! Sehr amüsant.*

—*Sehr amüsant, nicht war?* —dijo Schultz. Luego añadió riendo —: Para algo tienen que servir los prisioneros rusos.

—*Taisez—vous* —dijo el príncipe Eugenio en voz baja.

Dijo tan sólo «*taisez—vous*», pero yo hubiera querido que también él me dijera, con esa voz mórbida y cansada, algo distante: «*Mais oui, il faut bien que les prisonniers russes soient bons a quelque chose*». Pero callaba, y yo sentía horror y vergüenza de mis propias palabras. Esperaba tal vez que el príncipe Eugenio extendiese la mano, que apoyara su mano en mi brazo. Me sentía humillado, lleno de un rencor triste y cruel.

Desde la espesa robleda del Oakhill llegaba un impaciente repiqueteo de cascos, un relincho quedo. El príncipe Eugenio levantó la frente, se quedó escuchando un momento y luego se levantó y se dirigió en silencio hacia la villa. Yo lo seguí en silencio. Entramos en el estudio y nos sentamos frente a una mesita en la que habían servido el té con un delicado juego de porcelana rusa de los tiempos de

Catalina, transparente, ligeramente azulado; la tetera y la azucarera eran de plata sueca antigua, no tan reluciente como la plata rusa de Fabergé, sino ligeramente opaca, dotada del mismo brillo oscuro que el antiguo *tenn* de los países del Báltico. La voz de los caballos llegaba apagada, se confundía con el murmullo del viento entre las hojas de los árboles. El día anterior había estado en Uppsala visitando el famoso jardín de Linneo y las tumbas de los antiguos reyes de Suecia, esos grandes túmulos de tierra parecidos a las tumbas de los Horacios y los Curiacios de la vía Apia. Le pregunté al príncipe si era cierto que los antiguos suecos sacrificaban los caballos ante la tumba de su rey.

—A veces sacrificaban al rey ante la tumba de sus caballos —respondió el príncipe Eugenio.

Y se reía con malicia, como si estuviera contento de verme otra vez sereno, sin sombra ya de crueldad en la voz ni en la mirada. El viento soplaba entre los árboles del jardín, y yo pensaba en las cabezas de los caballos colgando de las ramas de los robles en Uppsala, sobre las tumbas de los reyes, en sus grandes ojos equinos colmados del mismo húmedo esplendor que se ve en los ojos de las mujeres cuando el placer o la piedad los iluminan.

—¿No ha pensado nunca —dije— que el paisaje sueco es un paisaje de naturaleza equina?

El príncipe Eugenio sonrió.

—¿Conoce —me preguntó— los dibujos de caballos de Cari Hill, los *bastar* de Cari Hill? Cari Hill —añadió— estaba loco: creía que los árboles eran caballos verdes.

—Cari Hill —dije— pintaba los caballos como si fueran paisajes. Hay algo realmente extraño en la naturaleza sueca, la misma locura que hay en la naturaleza de los caballos. Y la misma gracia, la misma sensibilidad morbosa, la misma fantasía libre y abstracta. No sólo en los grandes, solemnes y verdísimos árboles se revela la naturaleza equina, la locura equina, del paisaje sueco; también en la sedosa perspectiva de las aguas, los bosques, las islas, las nubes, en esas perspectivas aéreas, ligeras y profundas, donde los blancos transparentes, los rojos templados, los fríos azules, los verdes húmedos y los relucientes turquesas componen una armonía ligera y fugitiva, como si los colores no descansasen nunca mucho tiempo sobre los bosques, los prados, las aguas, sino que emprendiesen el vuelo enseguida, como mariposas. (Y al tocarlo, el paisaje sueco deja sus colores en la punta de los dedos, lo mismo que las alas de las mariposas.) Es un paisaje liso al tacto, como el pelaje de un caballo, y con los mismos colores fugitivos, la misma ligereza aérea y la misma claridad, el mismo brillo mudable que el pelaje de un caballo que, en medio del tumulto de una cacería, sobrevuela la hierba y las hojas sobre el fondo verde de los árboles y los prados, bajo un cielo

gris y rosa. Mire el sol —dije— cuando se levanta sobre los bosques de pinos turquesas, sobre los claros bosques de abedules, sobre la plata antigua de las aguas, sobre el verde azulado de los prados, mire el sol —dije— cuando se levanta en el horizonte e ilumina el paisaje con el húmedo esplendor de un ojo equino grande y estático. Hay algo irreal en la naturaleza sueca, llena de fantasía y de capricho, de ese amoroso y lírico delirio que reluce en el ojo del caballo. El paisaje sueco es un caballo al galope. Escuche —dije— el relincho del viento entre las hojas y la hierba.

—Son los caballos del Tivoli, que vuelven del mar —dijo el príncipe Eugenio escuchando.

—Hace un tiempo —dije—, estuve en la pista de obstáculos que hay cerca del cuartel de los Reales Húsares, el Stockholm Fáltrittklubb, para asistir a la última jornada de un concurso hípico en el que competían los mejores caballos de los regimientos reales más elegantes. Los árboles, los caballos, la hierba de la pista, el gris deslucido de los muros de la gran cancha de tenis cubierta, las ropas claras del público femenino, los uniformes azules de los oficiales de húsares componían, en el aire argénteo, un cuadro de Degas, delicado y afectuoso, matizado con ligerísimos tonos grises, rosas y verdes.

(En esa última jornada del concurso fue cuando el caballo *Führer*, montado por el teniente Eriksson, de la Real Artillería de Norrland, en la competición del *laktaren*, hizo caer barras, setos y todo obstáculo que le salió al paso; y el público callaba, para no darle a la Alemania del Führer, al otro lado del mar, ningún pretexto para invadir Suecia. Fue también en esa jornada que, por un delicadísimo espíritu de neutralidad, el caballo *Molotoff*, montado por un oficial de nombre inglés —un nombre inoportuno en ese momento—, el capitán Hamilton de la Real Artillería del Gota, había renunciado en el último momento a tomar parte en la competición tanto por la fragilidad de las relaciones, por entonces bastante tensas, entre Suecia y la URSS tras el hundimiento de algunos piróscafos suecos en el Báltico, como por evitar una confrontación pública entre *Führer* y *Molotoff*.) Las doscientas o trescientas personas repantigadas en los asientos de la tribuna eran un buen exponente del típico público elegante de Estocolmo, agrupado en torno al príncipe heredero, que se sentaba en medio de un gran banco sin respaldo; el cuerpo diplomático extranjero formaba una mancha gris entre las faldas verdes, rojas, amarillas y turquesas y los uniformes azules. En un momento dado, todos los caballos de la pista respondieron al relincho fortísimo, suave y dulce, casi amoroso, de *Rockaway*, montado por S.A.R. el príncipe Gustavo Adolfo. Parecía un desafío de amor. Y *Backahasten*, del *Ryttmastare* Ankarcrona de los Reales Húsares, y *Miss Kiddy*, del teniente Nyholm de los Reales Dragones de Norrland, y *Babian*, del teniente Nihlén, de la Real Artillería de Svea, se pusieron a retozar en

el prado, bajo la mirada severa del príncipe heredero mientras, desde detrás de la pantalla de árboles, y desde el fondo de la pista, y desde las cuadras de los Reales Húsares al otro lado de la carretera, llegaba el relincho de unos caballos invisibles. Los caballos de la carroza real de gala se pusieron a relinchar también, y por un instante la única voz que pudo oírse fue la de los caballos, hasta que poco a poco la respiración del viento, el grito de los piróscafos, el lamento neblinoso de las gaviotas, el crujido de la fronda de los árboles y el susurro de la tibia lluvia invisible ganaron fuerza y brío, y el relincho se apagó. Pero durante esos breves instantes me pareció oír la voz de la naturaleza sueca en toda su pureza: era una voz equina, un relincho amoroso, una voz profundamente femenina.

El príncipe Eugenio apoyó la mano en mi brazo y dijo sonriendo:

—*Je suis heureux que vous...* —y luego añadió con acento afectuoso—: *Ne partez pas pour l'Italie, restez encoré quelque temps en Suède: vous guérirez de tout ce que vous avez souffert.*

La luz del día decaía despacio, y un color de violetas nocturnas se difundía lentamente por la sala. Poco a poco un indefinible sentido del pudor iba adueñándose de mí. Sentía vergüenza y horror por todo lo que había sufrido durante aquellos años de guerra. También entonces, como todas las veces que, de camino a Finlandia o de vuelta, hacía una breve escala en Suecia, aquella isla feliz en medio de la Europa humillada y corrompida por el hambre, el odio y la desesperación, me había reencontrado con la sensación de la vida serena, el sentimiento de la dignidad humana. Me sentía libre de nuevo, pero era un sentimiento doloroso y cruel. A los pocos días debía partir para Italia. Y en ese momento, la idea de tener que marcharme de Suecia, atravesar Alemania y reencontrarme con aquellos rostros alemanes abatidos por el odio y el miedo, húmedos de un sudor morbos, me llenaba de disgusto y humillación. Me encontraría, pocos días después, con los rostros italianos, *mis* rostros italianos, apocados, pálidos de hambre, me reconocería en la cerrada angustia de aquellos rostros, en los ojos de la muchedumbre de los tranvías, los autobuses, los cafés, las aceras de las calles bajo los enormes retratos de Mussolini pegados en las paredes y los cristales de los escaparates de las tiendas, bajo aquella cabeza hinchada y blanzuca, de ojos viles, boca mendaz, y poco a poco me invadía una sensación de piedad y rebeldía.

El príncipe Eugenio me escrutaba en silencio; se hacía cargo de lo que ocurría en mi interior, de la angustia que me oprimía, y con mucha delicadeza empezó a hablarme de Italia, de Roma, de Florencia, de sus amigos italianos a los que no veía desde hacía muchos años, y en un momento dado me preguntó qué era del príncipe de Piamonte.

«Se le cae el pelo», me hubiera gustado responderle. Pero me limité a decir, sonriendo:

—Está en Agnani, en las afueras de Roma, al frente de las tropas que defienden Sicilia.

También él sonrió, pero como si su sonrisa no se debiera a mi inocente ironía, y luego me preguntó si hacía mucho tiempo que no lo veía.

—Lo vi en Roma poco antes de salir de Italia —respondí.

Y me hubiera gustado decirle que mi último encuentro con el príncipe Umberto había dejado en mí una sensación de compasión y congoja. Habían bastado unos pocos años para convertir a aquel joven príncipe, risueño y orgulloso, en un hombre de aspecto pobre, triste y humillado. Algo en su rostro, algo en su mirada traslucía una conciencia apocada e inquieta. Hasta su cordialidad, antaño llena de distinguida franqueza, se había corrompido, y su sonrisa tenía una expresión humilde e incierta.

Había reparado en su apocamiento ya algo antes de la guerra, en Capri, una noche que estábamos cenando en la estrecha terraza del Zum Kater Hiddigeigei, cerrada por una vidriera que da a la calle. En la terraza contigua un grupo de jóvenes, encabezados por la condesa Edda Ciano, bailaba con gran alboroto entre el gentío de napolitanos exaltados y sudados que ahí se da cita los domingos. El príncipe de Piamonte observaba con ojos apagados la mesa ocupada por la joven corte de la condesa Ciano y el pequeño grupo congregado en la barra del bar, en torno a Mona Williams, Noel Coward y Eddie Bismarck. De vez en cuando se levantaba e invitaba con una breve inclinación a Elisabetta Moretti, o a Marita Guglielmi, o a Cyprienne Charles—Roux; o a Eyleen Branca, o a Gioia Caetani; luego, entre un baile y otro, volvía a sentarse a nuestra mesa enjugándose el sudor con un pañuelo. Sonreía, pero era una sonrisa llena de tedio y casi asustada. Vestía unos pantalones blancos, más bien estrechos y algo cortos, y un suéter de lana turquesa, del modelo de Gabriella Robilant para ese año. Se había quitado la chaqueta y la había colgado del respaldo de la silla. Nunca lo había visto vestido de una manera tan insólitamente descuidada. Observé con desagradable estupor la mancha blanca que se le abría en lo alto del cráneo, una especie de gran tonsura. Estaba muy avejentado. Hasta su voz se había avejentado y se había vuelto amarillenta, ronca y gutural.

Una languidez, un abandono, un tedio a floraban en todos sus gestos, en la sonrisa misma, antes infantil, en la mirada de sus grandes ojos negros, y yo sentía una especie de amable piedad por ese joven príncipe de aspecto afligido y humillado que envejecía con tanta humildad, con dulce resignación. Pensé que en Italia todos habíamos envejecido antes de tiempo, que esa misma languidez, ese

mismo abandono, ese mismo tedio ablandaban los gestos, corrompían la sonrisa y la mirada de cada uno de—nosotros. A esas alturas no quedaba en Italia nada puro, nada verdaderamente joven. En las arrugas, en la calvicie precoz, en la piel muerta de ese joven príncipe se adivinaba la señal de un destino común. Me daba cuenta de que un pensamiento doloroso y humillante ocupaba su mente, de que la humillación de la esclavitud lo había corrompido a él también, de que también él era un esclavo; y me entraban ganas de reír al pensar que también él era un esclavo.

Había dejado de ser aquel príncipe azul que se paseaba por las calles de Turín con una sonrisa cordial en los labios rosados y orgullosos, aquel *prince charmant* que se presentaba en el portal de las casas de sus amigos junto a la princesa de Piamonte con ocasión de las comidas y bailes que la nobleza turinesa ofrecía a la joven pareja; una pareja llena de donaire, daba gusto verlos juntos, él incómodo porque el anillo nupcial le quedaba demasiado estrecho, ella algo ceñuda y desconfiada, posando sus ojos claros sobre las demás jóvenes con una celosa suspicacia que su gracia taciturna no lograba ocultar.

También la princesa de Piamonte me pareció triste y apocada la última vez que la vi. Qué distinta de la que conocí la primera vez en Turín, en un baile, vestida toda de blanco, espléndida y dulce. Era uno de los primeros bailes a los que asistían en Italia tras las nupcias; entró y fue como si caminase dentro de nosotros, con dulzura, como una imagen secreta. Qué distinta de la que me encontraba en Florencia o en Forte dei Marmi; de aquella a la que en ocasiones sorprendía en Capri, en las rocas y las grutas de la Piccola Marina, cerca de los Faraglioni. También en ella había ahora cierta humillación.

Me había dado ya cuenta de ello algunos años antes en la Costa Azul. Una noche estaba yo sentado con algunos amigos en la terraza del Montecarlo Beach, junto a la piscina. En el escenario al aire libre subía y bajaba la hilera de piernas desnudas de un famoso coro de *girls* de Nueva York. Era una noche calurosa, y el mar dormía tendido entre las rocas. Hacia medianoche llegó la princesa de Piamonte, acompañada por el conde Gregorio Calvi di Bergolo; poco después mandó a Calvi para invitarnos a su mesa. La princesa estaba callada y contemplaba el espectáculo con una mirada extrañamente absorta: la orquesta tocaba *Stormy Weather* y *Singing in the Rain*. En un momento dado se volvió hacia mí y me preguntó cuándo tenía intención de volver a Turín. Le respondí que como las cosas no cambiaran, no volvería a Italia. Me miró en silencio, largamente, con ojos tristes.

—¿Se acuerda de la otra noche, en Vence? —me preguntó de repente.

(Días atrás había ido a Vence para saludar, de parte de Roger Cornaz, el traductor francés de D. H. Lawrence, a dos jóvenes estadounidenses, famosas por aquel entonces en toda la Costa Azul por sus «danzas sagradas». Las dos vírgenes americanas vivían juntas, solas, en una vieja casita; eran muy pobres y parecían felices. La más joven se parecía a Renée Vivien. Me dijo que esa noche esperaban a la princesa de Piamonte. Mientras la más joven, escondida detrás de una cortina polvorienta, se preparaba para la danza [su amiga elegía algunos discos y daba vueltas a la manivela del gramófono], llegó la princesa de Piamonte con Gregorio Calvi y más gente. A primera vista no noté nada distinto en su aspecto, pero poco a poco caí en la cuenta de que también en ella había cierta humillación, cierto marchitamiento. La joven americana que se parecía a Renée Vivien se puso a bailar en la sala mal iluminada, de techo bajo, parecida a una gruta, sobre una especie de minúsculo escenario de madera tapizado de ropa y papel. Era una danza decadente, deliciosamente *démodée*, inspirada, según la amiga, en un fragmento de Safo. Al principio, la bailarina parecía arder en un fuego puro, una llama azul relucía en un sus ojos claros, pero poco después empezó a parecer cansada, hastiada, su amiga la observaba con una mirada afectuosa y a la vez apremiante, y entretanto, en voz baja, le hablaba a la princesa de Piamonte de danzas sagradas, de Platón y de las estatuas de Afrodita. La danzarina se movía lenta sobre el pequeño escenario iluminado por la luz rojiza de dos lámparas cubiertas con una pantalla de raso violeta, subiendo y bajando ora una pierna, ora la otra, al ritmo áspero del gramófono y levantando los brazos con las manos unidas sobre la cabeza para dejarlos caer a continuación a los lados del cuerpo, en un gesto de supremo abandono, hasta que se detuvo, saludó y tras decir, con una sinceridad pueril, «*Je suis fatiguée*», se sentó sobre un cojín. La amiga la tomó entre sus brazos llamándola «*petite chérie*» y, volviéndose hacia la princesa de Piamonte, le dijo: «*N'est—ce pas qu'elle est merveilleuse, isn't she?*».)

—¿Sabe en qué pensaba la otra noche, cuando asistía a las danzas de aquella joven americana? —me preguntó la princesa—. Pensaba en que sus gestos no eran puros. No quiero decir que fuesen sensuales, ni que les faltase pudor, quiero decir que eran orgullosos. No eran puros. Muchas veces me pregunto por qué hoy en día es tan difícil ser puro. ¿No cree que deberíamos ser más humildes?

—Me da la impresión —respondí— de que las danzas de esa joven americana no son más que un pretexto para usted. Me parece que está usted pensando en otra cosa.

—Sí, tal vez estoy pensando en otra cosa —dijo. Calló un instante y luego repitió—: ¿No cree que deberíamos ser más humildes?

—Deberíamos tener más dignidad —respondí—, más respeto por nosotros mismos. Aunque quizá lleva usted razón y sólo la humildad puede sacarnos de la humillación en la que hemos caído.

—Tal vez quería decir eso —dijo la princesa de Piamonte al tiempo que agachaba la cabeza—; estamos enfermos de orgullo, pero el orgullo no basta para sacarnos de nuestra humillación. Nuestros actos y nuestros pensamientos no son puros.

Y añadió que, meses antes, cuando había encargado representar el *Orfeo* de Monteverdi en el Palacio Real de Turín para un restringido grupo de amigos y entendidos, se había sentido embargada en el último momento por una sensación de pudor. Le parecía que su intención no era pura. Tenía la impresión de estar realizando tan sólo un gesto de orgullo.

Yo le dije:

—Ese día yo también estaba en el Palacio Real y, sin saber por qué, me sentía incómodo. Puede que hasta Monteverdi desentone hoy en Italia. De todos modos es una lástima que malgaste usted su sentido del pudor en ciertas cosas que honran su inteligencia y su gusto; hay muchas otras de las que todos, incluida usted, deberíamos avergonzarnos.

Mis palabras parecieron producir una gran turbación en la princesa de Piamonte, y vi que se ruborizaba ligeramente. Al momento me arrepentí de haberme dirigido a ella en esos términos. Temía haberla ofendido. Sin embargo, al cabo de un instante me dijo, con voz distinguida, que algún día, acaso a la mañana siguiente, iría a Vence a visitar la tumba de Lawrence. (*Lady Chatterley's Lover* era a la sazón un libro muy leído y discutido.) Entonces yo le hablé de mi última visita a Lawrence. Cuando llegué a Vence era ya de noche, el cementerio estaba cerrado, el guarda dormía y se negó a levantarse de la cama, alegando que «*les cimetières, la nuit, sont faits pour dormir*». Entonces, con la frente apoyada en los barrotes de la verja, intenté vislumbrar, a través de la noche de argéntea luna, la tumba sencilla y humilde y el tosco mosaico de pedruscos de colores que representa el fénix, el ave inmortal que Lawrence quiso que pintasen sobre su túmulo.

—¿Cree que Lawrence era un hombre puro? —me preguntó la princesa de Piamonte.

—Era un hombre libre —respondí.

Más tarde, mientras nos despedíamos, la princesa me dijo en voz baja, con un acento triste que me sorprendió:

—¿Por qué no vuelve a Italia? No se tome mis palabras como un reproche. Es un consejo de amiga.

Dos años más tarde volví a Italia: me arrestaron, me encerraron en una celda de Regina Coeli y me condenaron a cinco años sin mediar juicio. En la prisión pensé que también la princesa de Piamonte estaba poseída ya por la profunda tristeza del pueblo italiano, que también ella había sido humillada ya por nuestra común esclavitud, y sentí gratitud hacia ella por la inflexión triste, casi afectuosa, que había notado en su palabras.

La última vez que la vi fue en Nápoles, hace un tiempo, en el vestíbulo de la estación, poco después de un bombardeo. Los heridos yacían en camillas dispuestas en hilera debajo de la marquesina, en espera de las ambulancias. La princesa de Piamonte tenía en el rostro la palidez mortal de la angustia, y no sólo de la angustia, sino también de algo profundo, secreto. Estaba delgada, ojerosa, y en sus sienes había brotado un tenue tatuaje de arrugas blancas. Se había extinguido en ella aquel esplendor puro que la iluminaba cuando visitó Turín por vez primera, poco después de su boda con el príncipe Umberto. Sus movimientos se habían vuelto lentos, graves, insólitamente mustios. Me reconoció, se detuvo a saludarme y me preguntó de qué frente llegaba.

—De Finlandia —respondí.

Me miró y me dijo:

—Todo saldrá bien, ya lo verá, tenemos un pueblo maravilloso.

Yo me eché a reír, y hubiera querido contestarle: «Ya hemos perdido la guerra, todos hemos perdido la guerra, usted también». Pero me contuve. Dije tan sólo:

—Nuestro pueblo es muy infeliz.

Y ella se alejó entre la multitud, con su paso lento, algo incierto.

Me hubiera gustado decirle todo eso al príncipe Eugenio, pero callé y sonreí recordando a aquella joven pareja de príncipes.

—*Le peuple italien les aime beaucoup, n'est—ce pas?* —me preguntó el príncipe Eugenio.

Y antes de que pudiera contestarle «*Oui, le peuple les aime beaucoup*» (aunque hubiese querido replicarle de otro modo, no me atrevía), él comentó que tenía muchas cartas de Umberto (lo llamó así: «Umberto»), que estaba poniéndolas en orden y que tenía intención de recopilarlas y publicarlas en volumen; y yo no entendía si se refería al rey Umberto o al príncipe de Piamonte. Luego me preguntó si Umberto, en italiano, se escribe Humberto, con hache.

—Sin hache —respondí.

Y me reí pensando que también el príncipe de Piamonte era un esclavo, como todos nosotros, un pobre esclavo coronado, con el

pecho cubierto de cruces y medallas. Pensaba que también él era un pobre esclavo, y me reía. Me avergonzaba de mi risa, y me reía.

En un momento dado me percaté de que el príncipe Eugenio volvía lentamente la mirada hacia una tela colgada en una de las paredes de la sala. Era el famoso cuadro *På balkong* que había pintado en París en sus años de juventud, hacia 1888. Una mujer joven, la friherrinna Celsing, se asoma a la balaustrada de un balcón sobre una de las avenidas que confluyen en la Étoile. El marrón de la falda, con reflejos verdes y turquesas, y el suave color rubio de los cabellos, recogidos bajo un sombrerito como los de las mujeres de Manet y de Renoir, resaltan en la tela contra el blanco transparente y el rosa grisáceo de las fachadas de las casas y el verde húmedo de los árboles de la avenida. Por debajo del balcón pasa un carruaje, un fiacre negro, y el caballo, visto desde arriba, parece de madera; su anquilosamiento y su escualidez son tales que añade una nota de juego infantil a aquella calle parisina dulce y delicada. Los caballos del ómnibus que baja de la Étoile parecen recién pintados con el mismo color brillante de las hojas de los castaños. Se asemejan a los caballos de la noria de una *kermesse* de provincia (con el mismo delicado color provinciano de los árboles, las casas y el cielo sobre los tejados de la avenida. El cielo es todavía el de Verlaine, y es ya el de Proust).

—*París était bien jeune, alors* —dijo el príncipe Eugenio acercándose a la tela.

Contemplaba a la friherrinna Celsing asomada al balcón y me hablaba en voz baja, con una especie de pudor de su joven París, de Puvis de Chavannes, de sus amigos pintores, Zorn, Wahlberg, Cederstróm, Arsenius, Wennerberg, de sus años felices. «*París était bien jeune, alors.*» Era el París de madame de Morienvall, de madame de Saint—Euverte, de la duquesa de Luxemburgo (y también de madame de Cambremer y del joven marqués de Beausergent), de aquellas *déesse*s de Proust que con la mirada incendiaban *la profondeur du parterre de feux inhumains, horizontaux et splendides*, de las *Manches déités* vestidas con *fleurs Manches, duvetées comme une aile, a la fots plume et corolle, ainsi que certaines floraisons marines*, que hablaban con el *délicieux raffinement d'une sécheresse voulue, a la Mérimée ou a la Meilhac, aux demidieux du Jockey—Club*, en el clima raciniano de *Fedra*. Era el París del marqués de Palancy, que pasaba por la sombra transparente de un palco *comme un poisson derrière la cloison vitrée d'un aquarium*. (Y era, también, el París de la place du Tertre, de los primeros cafés de Montparnasse, de la Clo —serie des Lilas, de Toulouse— Lautrec, de La Goulue y de Valentín le Désossé.)

Me hubiera gustado interrumpir al príncipe Eugenio para preguntarle si alguna vez había visto entrar en un palco al duque de Guermantes, *et d'un geste commander de se rasseoir aux monstres*

marins et sacres flottant au fond de l'ancre, para rogarle que me hablase de las mujeres *belles et légères comme Diane*, de la gente elegante que conversaba en el *jargon ambigú* de Swann y de M. de Charlus, y a punto estaba de hacerle la pregunta que desde hacía unos instantes se escapaba de mis labios, a punto estaba de preguntarle con voz temblorosa: «*Vous avez sans doute connu Madame de Guermantes*», cuando el príncipe Eugenio se dio la vuelta hacia la luz exhausta del atardecer y se apartó de la tela; parecía salido de la sombra tibia y dorada de aquel *cote* de Guermantes (donde también él parecía ocultarse), cual si hubiera cruzado al otro lado del cristal de un acuario, semejante también él a un *monstre marin et sacre*. Y sentándose en un sillón al fondo de la sala, en el punto más alejado del balcón de la friherrinna Celsing, empezó a hablar de París, como si París, a sus ojos de pintor, fuese un color tan sólo, la memoria, la nostalgia de un color (aquellos rosas, aquellos grises, aquellos verdes, aquellos azules mustios). Tal vez París no fuera para él más que un sonido; sus recuerdos visuales, las imágenes de sus años de juventud parisina, despojados de toda cualidad sonora, habitaban en su memoria por sí solos, moviéndose, iluminándose, volando *comme les monstres ailés de la préhistoire*. Las imágenes mudas de aquel París joven y remoto se derrumbaban ante sus ojos sin hacer ruido, sin que la caída de aquel mundo feliz de su juventud *ternisse de la vulgarité d'aucun bruit la chasteté du silence*.

Y mientras, para sustraerme al triste encanto de esa voz y de las imágenes que esa voz evocaba, alzaba los ojos para mirar, a través de los árboles del jardín, las casas de Esto—colmo, de color ceniza bajo el brillo exhausto del atardecer, vi extenderse a lo lejos, sobre el Palacio Real, sobre las iglesias de la Gamla Stan, un cielo turquesa que el ocaso iba oscureciendo lentamente, similar al cielo de París; aquel cielo proustiano de *papier gros bleu* que desde las ventanas de mi casa parisina de la place Dauphine veía yo extenderse sobre los tejados de la Rive Gauche, la aguja de la Sainte Chapelle, los puentes del Sena y el Louvre; y aquellos bermellones apagados, aquellos rosas vivos, aquellos azules grisáceos de las nubes en delicada correspondencia con el negro difuminado de los tejados de pizarra me oprimían dulcemente el corazón. Pensé entonces que quizás el príncipe fuera también un personaje *du cote de Guermantes, qui sait? Peut—être un de ces personnages qu'évoque le nom d'Elstir*. Y a punto estaba de hacerle la pregunta que desde hacía unos instantes se escapaba de mis labios, a punto estaba de pedirle con voz temblorosa que me hablase de ella, de madame de Guermantes, cuando el príncipe Eugenio calló; y después de un largo silencio durante el que pareció recoger, como para protegerlas, las imágenes de su juventud tras el parapeto de sus párpados entornados, me preguntó si había vuelto a París durante la guerra.

Yo no quería contestarle, sentía una especie de doloroso pudor, no quería hablarle de París, de mi joven París, y sacudí la cabeza, sacudí despacio la cabeza y le miré fijamente; luego dije:

—No, no he estado en París durante la guerra, no quiero volver a París mientras dure la guerra.

Sobre las imágenes del remoto París de madame de Guermantes y el príncipe Eugenio iban superponiéndose poco a poco, ante mis ojos, las dolorosas y caras imágenes de un París más joven, más turbio, más inquieto, más triste tal vez. Igual que los rostros de los viandantes que surgían de entre la niebla al otro lado de los cristales de un café, así veía surgir en la memoria las caras de Albertine, de Odette, de Robert de Saint—Loup, las sombras de los adolescentes que se entrevén detrás de los hombros de Swann y M. de Charlus, las frentes ajadas por el alcohol, el insomnio y la sensualidad de los personajes de Apollinaire, de Matisse, de Picasso, de Hemingway, los espectros azules y grises de Paul Éluard.

—He visto a los soldados alemanes en todas las ciudades de Europa —dije—, pero no quiero verlos en París.

El príncipe Eugenio reclinó la cabeza sobre el pecho y dijo con una voz lejana:

—Varis, hélas!

De pronto levantó el rostro, cruzó lentamente la sala y se acercó al retrato de la friherrinna Celsing. Asomada al balcón, la joven observa el adoquinado de la avenida, húmedo de lluvia otoñal, observa el caballo del fiacre y los caballos del ómnibus, que menean la cabeza bajo los verdes árboles, quemados ya por el primer fuego del otoño. El príncipe Eugenio acercó la mano a la cabeza y rozó con sus largos y pálidos dedos las fachadas de las casas, el cielo que dominaba los tejados y las hojas, acarició el aire de París, el color de París, esos rosas, grises, verdes y turquesas ligeramente marchitos, la luz de París, transparente y pura. Luego se dio media vuelta y me miró sonriendo. Y yo me fijé en que el llanto le humedecía los ojos y una lágrima resbalaba lenta por su rostro. El príncipe Eugenio se secó la lágrima con un gesto de impaciencia y sonriendo dijo:

—*N'en dites rien a Axel Munthe, je vous en prie. C'est un vieux malin. Il raconterait a tout le monde qu'il ma vu pleurer.*

II

PATRIACABALLO

Después de la transparencia espectral del interminable día estivo, sin alba y sin ocaso, la luz empezaba a perder su juventud, el rostro del día se cubría de arrugas y, poco a poco, el atardecer acentuaba las primeras sombras, todavía tenues y luminosas. Los árboles, las piedras, las casas, las nubes se deshacían despacio en el

dulce paisaje otoñal, semejante a los paisajes de Elias Martin, realzados y endulzados por el presagio de la noche.

De pronto oí relinchar a los caballos del Tivoli. Entonces le dije al príncipe Eugenio:

—Es la voz de la yegua muerta de Aleksandrovka, en Ucrania, la voz de la yegua muerta.

Caía la noche, y los disparos de los milicianos horadaban la inmensa bandera roja del ocaso, que ondeaba al fondo del horizonte, entre el viento lleno de polvo. Me encontraba a pocas millas de Nemirovskoie, en las proximidades de Balta, en Ucrania. Era el verano de 1941. Mi intención era llegar a Nemirovskoie para pernoctar en lugar seguro. Sin embargo, estaba ya oscuro y decidí parar en una aldea abandonada, al fondo de uno de los valles que atraviesan de norte a sur la inmensa llanura entre el Dniéster y el Dniéper.

La aldea se llamaba Aleksandrovka. Todas las aldeas rusas se parecen, incluso en el nombre. En la región de Balta hay muchas aldeas que tienen por nombre Aleksandrovka. Hay una al oeste de Gederimova, en la carretera de Odessa, por donde pasa el ferrocarril eléctrico; otra unas nueve millas al norte de Gederimova. La que yo había elegido para pasar la noche se encontraba cerca de Nemirovskoie, a orillas del río Kodima.

Dejé el coche, un viejo Ford, a un lado del camino, contra la empalizada que rodeaba el huerto de una casa de aspecto señorial. Junto a la cancela de madera de la empalizada había tendida una carroña de caballo. Me detuve a observarla un momento: era una yegua magnífica, de pelaje alazán oscuro y larga crin rubia. Yacía acostada sobre el flanco, con las patas traseras hundidas en un charco. Empujé la cancela, crucé el huerto y apoyé la mano sobre la puerta, que se abrió con un chirrido. La casa estaba abandonada; por el suelo de las habitaciones había esparcidos papeles, paja, periódicos y ropa. Los cajones de los muebles estaban desencajados y los armarios, abiertos de par en par. Desde luego, aquélla no era la casa de un campesino; tal vez la de un judío. El colchón del cuarto en el que decidí echarme estaba destripado. Los cristales de la ventana permanecían intactos. Hacía calor. «La tormenta», pensé mientras cerraba la ventana.

Los ojos negros de los girasoles, con sus largas pestañas doradas, brillaban en el huerto bajo la luz incierta de la noche sobrevenida. Me observaban atónitos, meciendo la cabeza al viento, húmedo ya de lluvia lejana. Por el camino pasaban soldados de la caballería rumana, que volvían del abrevadero conduciendo por el roncal a sus hermosos caballos de flancos llenos y crines doradas. Entre las sombras, sus uniformes de color terroso parecían manchas amarillentas, lo que les daba cierto aspecto de gigantescos insectos

enviscados en el aire denso y viscoso de la tormenta inminente. Tras ellos, los caballos bayos levantaban una nube de polvo.

Me quedaba todavía algo de pan y queso en la mochila, así que me puse a comer mientras caminaba de un lado a otro por la habitación. Me había quitado las botas y caminaba con los pies descalzos por el suelo de tierra batida, surcado por columnas de grandes hormigas negras. Notaba cómo las hormigas trepaban por mis pies, penetraban entre los dedos y subían a explorar el tobillo. Estaba muerto de cansancio, no podía ni masticar de tanto como me pesaban las mandíbulas y de lo mucho que me dolían los dientes a causa de la fatiga. Por fin me eché en la cama, cerré los ojos, pero no conseguía conciliar el sueño. De vez en cuando un disparo cercano, lejano, horadaba la noche; eran los disparos de los milicianos, escondidos en los trigales y campos de girasoles que cubren por entero la inmensa llanura ucraniana en dirección a Kiev y a Odessa. Y a medida que la noche se hacía más densa, un olor a carroña de caballo se fundía con el olor de la hierba y los girasoles. No podía dormir. Estaba tendido sobre la cama con los ojos cerrados, y no conseguía conciliar el sueño de tanto que me dolían los huesos a causa de la fatiga.

De pronto, el olor de la yegua muerta entró en el cuarto y se detuvo en el umbral. Noté que el olor me miraba. «Es la yegua muerta», pensé en el duermevela. El aire pesaba como una manta de lana, la tormenta gravitaba con todo su peso sobre los árboles, los trigales y el polvo del camino. Por momentos llegaba el murmullo del río, como un crujido de pies descalzos sobre la hierba. Era una noche negra, densa y viscosa como miel negra. «Es la yegua muerta», pensé.

Desde los campos llegaba un chirrido de carros, de esas *cárute* rumanas y ucranianas de cuatro ruedas, tiradas por jamelgos flacos y peludos, que siguen a los ejércitos cargadas de municiones, ropa y armas por los interminables caminos de Ucrania. Desde los campos llegaba el chirrido de los carros. Tuve la impresión de que la yegua muerta se había arrastrado hasta la puerta del cuarto y me observaba desde el umbral. Estaba muerto de cansancio, estaba completamente enviscado en el sueño, no lograba aclarar mis ideas, era como si la oscuridad, el calor y el olor a carroña llenasen el cuarto con un fango negro y viscoso en el que me debatía cada vez con menos fuerzas, hundiéndome despacio. Entonces, a saber cómo, pensé que quizá la yegua no estaba muerta del todo, sino tan sólo herida; que aunque el contorno de la herida estuviera pudriéndose y toda ella en proceso de descomposición, aun así, estaba viva; como los prisioneros que los tártaros atan a los cadáveres, abdomen con abdomen, cara con cara, boca con boca, hasta que el muerto se come al vivo. Y a pesar de todo, el olor a carroña seguía allí, en la puerta, y me miraba.

En un momento determinado sentí que se acercaba, que se aproximaba lentamente a mi cama.

—¡Fuera! ¡Fuera! —le grité en rumano—. *Merge! Merge!*

Luego se me ocurrió que tal vez la yegua muerta no fuera rumana, sino rusa, y grité:

—Poshol! Poshol!

El olor se detuvo, pero al cabo de un instante siguió avanzando despacio hacia mi cama. Entonces tuve miedo, eché mano de la pistola que tenía guardada bajo el colchón, me incorporé sobre la cama y oprimí el botón de mi linterna eléctrica.

El cuarto estaba vacío; la puerta, desierta. Salté de la cama, me acerqué a la puerta descalzo y me asomé al umbral. La noche estaba vacía. Salí al huerto. Los girasoles crujían suavemente bajo el viento, la tormenta se cernía sobre el horizonte, como un enorme pulmón negro al que le costase respirar. Inflado, vacío, como un pulmón enorme. Vi el cielo dilatarse y encogerse, vi cómo respiraba, destellos sulfúreos cortaban al bies el enorme pulmón, iluminando por un instante la enramada de las venas y los bronquios. Empujé la cancela de madera y salí afuera. La carroña yacía tendida en el charco, con la cabeza recostada en el margen polvoriento del camino. Tenía el vientre hinchado, lacerado por todas partes. El ojo, abierto, relucía húmedo y redondo. La rubia crin llena de polvo, embadurnada de costras de sangre y barro, se levantaba rígida sobre el cuello, como las crines equinas de los yelmos de los guerreros antiguos. Me senté al borde del camino y apoyé la espalda contra la empalizada. Un pájaro negro alzó el vuelo lento y silencioso. Dentro de poco lloverá. Invisibles ráfagas recorrían el cielo, nubes de polvo cruzaban el camino con un silbido ligero y prolongado, los granos de polvo me horadaban la cara, los párpados, me corrían por el pelo como hormigas. Dentro de poco lloverá. Volví a entrar en la casa y me eché en la cama. Me dolían los brazos y las piernas, estaba empapado en sudor. De pronto me quedé dormido.

Y en ésas, el olor a carroña se acercó de nuevo y se detuvo en la puerta. No estaba del todo despierto, pero tenía los ojos abiertos y sentía que el olor me miraba. Era un hedor blando y grasiento, un olor blando y viscoso, profundo, un olor amarillo manchado de verde. Abrí los ojos, estaba amaneciendo. Una telaraña de luz incierta, blancuzca, cruzaba el cuarto, y los objetos salían poco a poco de la penumbra con una lentitud que parecía deformarlos, alargándolos como si fueran objetos extraídos del cuello de una botella. Entre la puerta y la ventana, apoyado contra el muro, había un armario; las perchas colgaban vacías; el viento movía las cortinas de la ventana; por el suelo de tierra batida había esparcidos montones de papeles, ropa y colillas de cigarrillo, y los papeles crujían al viento.

De pronto entró el olor y en el umbral apareció un potro. Era flaco y peludo. Desprendía un hedor rancio a carroña de caballo. Me miraba con fijeza, y bufaba. Se acercó a la cama, alargó el cuello y se puso a olisquearme. Apestaba de una forma tremenda. Cuando hice el ademán de bajar las piernas de la cama, se dio la vuelta de improviso y, tras golpearse con el lado del armario, huyó relinchando de miedo. Me calcé las botas y salí afuera. El potro estaba tendido junto a la yegua muerta. Me miraba con fijeza.

—*Ascultd!* —le grité a un soldado rumano que pasaba cargando un cubo de agua. Le pedí que cuidara del potro.

—Es el hijo de la yegua muerta —dijo el soldado.

—Sí —dije—, es el hijo de la yegua muerta.

El potro me miraba con fijeza, refregando el dorso contra el flanco de la carroña. El soldado se acercó al potro y se puso a acariciarle el cuello.

—Hay que alejarlo de la madre, acabará pudriéndose él también si se queda aquí. Será el amuleto de tu escuadrón —dije.

—Sí —dijo el soldado—, sí, pobre animal. Le traerá fortuna al escuadrón.

Y diciendo esto se desabrochó el cinturón de los pantalones, lo ciñó al cuello del potro, que al principio no quiso alzarse hasta que por fin se levantó de un brinco, coceando, torciendo el cuello en la dirección de la madre muerta y relinchando, se puso en marcha hacia el campamento, en el bosque, y se lo llevó consigo. Por un momento le seguí con la mirada, luego abrí la puerta del coche y encendí el motor. Me olvidaba de la mochila. Volví a la casa, recogí la mochila y, tras dar un puntapié a la puerta, subí al coche y me puse en camino hacia Nemirovskoie.

El río brillaba de una forma extraña bajo la luz blancuzca del alba. El cielo estaba oscuro, parecía un cielo invernal. El viento soplaba por encima del río, nubes de polvo corrían bajas por el horizonte, densas y rojizas, como nubes salidas de un incendio. En los cañizares de las riberas, las aves acuáticas cantaban con voz áspera, bandadas de patos silvestres alzaban el vuelo, batiendo lentamente las alas a un dedo del agua entre los juncales estremecidos por las primeras brisas de la mañana. Y en todas partes pesaba el olor a rancio, a materia en descomposición.

Cada cierto tiempo me encontraba con largas filas de carretas militares rumanas. Los soldados caminaban por delante de sus caballos, charlando entre ellos en voz alta y riendo, o dormían echados sobre los sacos de pan, las cajas de cartuchos o los montones de zapas y palas. Y por todas partes se percibía ese olor a rancio. De vez en cuando, a lo largo de las riberas, sobre los bancos de arena que emergían en medio del río, se veían ondear las cañas y

los juncos, como si un animal salvaje se hubiese refugiado en ellos al ver acercarse a los hombres. Entonces los soldados gritaban «¡Los ratones! ¡Los ratones!», tomaban los fusiles de los varales de las carretas, o se los descolgaban del hombro, y disparaban contra los cañizares, de donde salían mujeres, muchachas desgredadas, hombres en bata y muchachos que tropezaban, caían y volvían a levantarse. Eran judíos de las aldeas vecinas, que se habían refugiado entre las cañas y los juncos.

En cierto momento, en un terreno pantanoso entre la carretera y el río, apareció un carro de combate soviético volcado. El cañón sobresalía de la torreta, cuya escotilla, retorcida por el estallido de algún proyectil, estaba abierta; dentro podía verse un brazo asomando entre el fango que había penetrado en el interior del vehículo. Era la carroña de un carro de combate. Apestaba a aceite y gasolina, a pintura quemada, a hierro incendiado. Era un olor extraño. Un olor nuevo. El olor nuevo de aquella nueva guerra. Aquella carroña de tanque despertaba piedad en mí, pero una piedad muy distinta de la que suscita la imagen de un caballo muerto. Era una máquina muerta. Una máquina en descomposición. Empezaba a apestar. Era una carroña de hierro volcada en el fango.

Paré, descendí hasta la orilla del marjal y me acerqué al tanque. Aferré el brazo del tripulante e intenté sacarlo de allí. Estaba atrapado en el fango; solo me sería difícil sacarlo, pero por fin noté que comenzaba a ceder y, poco a poco, vi despuntar una cabeza entre el fango. Le pasé la mano por la cara, raspé con las uñas la máscara de cieno y bajo la palma de mi mano apareció un rostro menudo, gris, de cejas y ojos negros. Era un tártaro, un tripulante tártaro. Seguí tirando para sacar todo el cuerpo del carro, pero pronto no tuve más remedio que ceder a la fatiga: el fango había podido más que yo. Entonces me alejé, subí de nuevo al coche y proseguí la marcha en dirección a una nube de humo que se levantaba al fondo de la llanura, en la linde de un gran bosque azul.

A medida que el sol salía por el verde horizonte, el grito ronco de los pájaros se hacía cada vez más agudo, más vivo. El sol caía como un martillo sobre la plancha de hierro de la laguna. Un bramido corría por encima de las aguas, y un sonido prolongado, una suerte de vibración metálica, se propagaba por la superficie de los marjales como el sonido del violín resbalando por la piel del brazo del violinista, casi como un escalofrío. A ambos lados de la carretera, diseminadas por los trigales, se veían máquinas volcadas, camiones abandonados retorcidos a causa de las explosiones. Sin embargo, ni un hombre, nada vivo, ni siquiera un cadáver, ni siquiera una carroña de caballo. En millas y más millas a la redonda, no había más que hierro muerto. Carroñas de máquinas, cientos y cientos de miserables carroñas de hierro. El olor del hierro putrefacto se extendía por los campos y las lagunas. En el centro de un marjal, entre el fango,

sobresalía el fuselaje de un aeroplano. La cruz alemana podía distinguirse con toda claridad, era un Messerschmitt. El olor a acero putrefacto era más fuerte que el olor de los hombres, de los caballos (ese olor de la guerra antigua); hasta el olor del trigo y el penetrante y dulce de los girasoles se desvanecían ante el acre hedor del hierro incendiado, del acero en descomposición, de las máquinas muertas. Las nubes de polvo que el viento levantaba en los confines de la inmensa llanura no transportaban el olor de ninguna sustancia orgánica, sino un olor a limadura de hierro, y según iba adentrándome en el corazón de la llanura y acercándome a Nemirovskoie, el olor a hierro y gasolina se intensificaba en el aire polvoriento, era como si incluso la hierba tuviera ese olor vago, poderoso y embriagador de la gasolina, como si el olor de los hombres y los animales, y el de las plantas, la hierba y el fango, hubiesen sido vencidos por ese olor a gasolina y a hierro incendiado.

A pocas millas de Nemirovskoie tuve que detenerme. Un *Feldgendarm* alemán con una reluciente placa de latón colgando de una cadenita que recordaba a la de ciertas órdenes caballerescas me mandó parar. *Verboten*. Imposible seguir. *Nein, nein, nein*. Tomé por una vía transversal, una especie de camino de carros; quería llegar lo más cerca posible de Nemirovskoie, quería ver la «bolsa» rusa que se había interpuesto en el camino de los alemanes y a la que éstos atacaban ahora desde todos los flancos. Los campos, los canales, las aldeas, las granjas colectivas y los koljoses estaban llenos de tropas alemanas. Por todas partes *verboten*. Por todas partes *züruck*. Hacia el atardecer decidí dar media vuelta. Era inútil perder el tiempo intentando cruzar. Mejor dar media vuelta en dirección a Balta y buscar la manera de ir hacia el norte, hacia Kiev.

Me puse de nuevo en camino y tras un largo trecho de carretera me detuve a comer un poco de mi pan seco y mi queso en una aldea abandonada. El fuego había destruido la mayor parte de las casas. Un cañón tronaba a mi espalda, al suroeste. Justo a mi espalda. En la fachada de una de las casas había pintada una gran enseña, con la hoz y el martillo. Entré, era una oficina soviética. En una de las paredes había pegado un enorme retrato de Stalin. Un soldado rumano había escrito a lápiz bajo el retrato: «*Aiurea!*», que significa: «¡Anda ya!». Stalin aparecía representado de pie sobre una elevación de terreno, ante un fondo de tanques y chimeneas y bajo un cielo surcado de aeroplanos en formación. A la derecha, envuelta en una nube roja, se alzaba una inmensa planta metalúrgica y una maraña de grúas, puentes de acero, chimeneas descomunales y grandes ruedas dentadas. En la parte inferior, impreso en grandes letras, se leía: «La industria pesada de la URSS prepara las armas del Ejército Rojo». Y debajo, en rumano, alguien había escrito a lápiz: «*Aiurea!*», que significa: «¡Anda ya!».

Me senté frente a una mesa repleta de papeles, hasta el suelo estaba lleno de papeles, ropa, libros y opúsculos de propaganda. Pensaba en la yegua muerta tendida frente a la casa donde había pasado la noche, en la aldea de Aleksandrovka, en la pobre carroña solitaria de la yegua, caída en el margen del camino en medio de una multitud de máquinas muertas, de carroñas de acero. Pensaba en el pobre hedor solitario de la yegua muerta, vencido por el olor del hierro incendiado, la gasolina, el acero putrefacto, el olor nuevo de aquella nueva guerra de máquinas. Pensaba en los soldados de *Guerra y paz*, en los caminos de Rusia, sembrados de cadáveres rusos y franceses y de carroñas de caballo. Pensaba en ese olor de hombres muertos, de animales muertos; en los soldados de *Guerra y paz*, abandonados aún con vida a un lado del camino, a merced del pico rapaz de los cuervos. Pensaba en los caballeros tártaros, en los caballeros de Amur, armados con arco y flechas, a los que los soldados de Napoleón llamaban *les Amours*, en esos infatigables, velocísimos y terribles caballeros tártaros que surgían de los bosques para flagelar la retaguardia enemiga, en esa antigua y noble raza de caballeros que nacían y vivían con los caballos, que se alimentaban a base de carne de caballo y leche de yegua, que se vestían con piel equina, dormían bajo tiendas de cuero de caballo y se hacían enterrar montados sobre sus sillas en fosas profundas, a lomos de sus caballos.

Pensaba en los tártaros del Ejército Rojo, que son los mejores mecánicos de la URSS, los más audaces en su trabajo, los mejores *udárniki* y *stajánovtsi*, la punta de lanza de los «escuadrones de asalto» de la industria pesada soviética. Pensaba en los tártaros del Ejército Rojo, que son los mejores pilotos de carros de combate y los mejores mecánicos de las divisiones acorazadas y de la aviación. Pensaba en los jóvenes tártaros a quienes los tres planes quinquenales han transformado de caballeros en operarios mecánicos, de pastores de caballos en *udárniki* de las plantas metalúrgicas de Stalingrado, Jarkov y Magnitogorsk. «*Aiurea!*», que significa «¡anda ya!», ponía en rumano, escrito a lápiz, debajo del retrato de Stalin.

Sin duda había sido algún campesino rumano el que había escrito «*Aiurea!*», algún pobre campesino que en su vida había visto de cerca una máquina, ni desenroscado un tornillo ni desmontado un motor. Algún pobre campesino rumano al que el mariscal Antonescu, el Perro Rojo, como lo llamaban sus oficiales, había arrastrado por la fuerza a aquella guerra de campesinos contra el inmenso ejército de obreros de la URSS.

Entonces me acerqué al retrato de Stalin y empecé a arrancar el borde del cartel donde ponía «*Aiurea!*». En ese momento oí rumor de pasos en el patio. Me asomé a la puerta: era un grupo de soldados rumanos que me preguntaron la hora.

—Las seis —respondí.

—*Multumesc* —dijeron, que significa «gracias», y me invitaron a tomar con ellos una taza de té.

— *Multumesc* —dije, y les seguí por la aldea.

Tras caminar un poco llegamos a una casa medio derruida, donde otros cinco o seis soldados me recibieron con amabilidad, me invitaron a sentarme y me ofrecieron una escudilla con *ciorbă de pui*, que es sopa de pollo, y una taza de té.

— *Multumesc* —dije.

Entablamos conversación, y los soldados me explicaron que se encontraban en la aldea desempeñando funciones de enlace, que el grueso de la división estaba más adelante, hacia la derecha, a una decena de millas. No había rastro de vida en toda la aldea. Los alemanes habían llegado antes que los rumanos.

—Los alemanes llegaron antes que nosotros —repitió otro como si pretendiera disculparse.

Reían por lo bajo mientras se comían la *tiorba de pui*.

—*Aiurea!* —dije yo, que significa «ianda ya!».

—*Domnule capitán* —dijo el cabo—, si no me cree, pregúnteselo al prisionero. Nosotros no arrasamos aldeas, no hacemos daño a los campesinos. A los únicos que se la tenemos jurada es a los judíos. Es la verdad. *Ebi, ascultá!* —gritó, volviéndose hacia un rincón de la estancia—. ¿No es cierto que los alemanes llegaron antes que nosotros?

Me giré hacia el rincón en penumbra y, sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el muro, vi a un hombre. Iba vestido con ropa caqui, tenía la cabeza afeitada, cubierta con una bolsa amarilla, e iba descalzo. Un tártaro. Tenía el rostro menudo, flaco, la piel tersa sobre los protuberantes pómulos, una piel gris y brillante, los ojos negros, fijos, velados quizá por el cansancio y el hambre. Me miraba fijamente, impasible, con sus ojos velados. En vez de contestar a la pregunta del cabo siguió mirándome fijamente, de arriba abajo.

—¿Dónde lo han apresado? —pregunté.

—Estaba dentro del tanque que hay en la plaza. Tenía una avería en el motor y no podía moverse, pero seguía disparando. Los alemanes tenían prisa y se largaron abandonándonos a nuestra suerte con el tanque. Dentro había dos hombres. Dispararon todo lo que tenían. Uno de los dos estaba muerto. Tuvimos que forzar la escotilla con una tranca de hierro. No quería rendirse. Se había quedado sin balas, estaba callado, agazapado ahí dentro, no quería abrir. El otro, el de la ametralladora, estaba muerto. Éste era el piloto. Tenemos que llevarlo a la comandancia rumana de Balta. De

todos modos por aquí ya no pasa nadie, las columnas de camiones van por la vía principal. Por aquí hace tres días que no pasa nadie.

—¿Por qué le habéis robado las botas? —pregunté.

Los soldados se echaron a reír con insolencia.

—Es un buen par de botas —dijo el cabo—, fíjese, *domnule căpitan*, qué botas calzan estos cerdos rusos. —Se levantó, revolvió en un saco y extrajo un par de botas tártaras de piel suave, sin tacón—. Van mejor vestidos que nosotros —dijo el cabo mostrándome sus botas con los talones despegados y los pantalones hechos trizas.

—Señal de que su patria es mejor que la vuestra.

—Estos cerdos no tienen patria —dijo el cabo—, son como animales.

—Incluso los animales tienen patria —dije yo—, una patria mucho mejor que la nuestra. Mucho mejor que la patria rumana, que la patria alemana, que la patria italiana.

Los soldados me miraban fijamente, sin entender, me miraban masticando en silencio los trocitos de *pui* dispersos en la *tiorba*; azorado, el cabo dijo entonces:

—Un par de botas como éstas deben de costar al menos dos mil lei.

Los soldados movían la cabeza apretando los labios.

—Ya lo creo —decían—, un par de botas como éstas, al menos dos mil lei, como poco.

Y movían la cabeza, apretando los labios. Eran campesinos rumanos, y los campesinos rumanos no saben nada de animales; no saben que incluso los animales tienen patria; no saben nada de máquinas, ni que incluso las máquinas tienen patria, que hasta las botas tienen una patria mucho mejor que la nuestra. Son campesinos y ni siquiera saben qué significa ser campesinos; la ley Brătianu les ha dado la tierra a los campesinos rumanos, les ha dado la tierra como quien le da un pedazo de tierra a un caballo, a una vaca, a una oveja. Saben que son rumanos y que son ortodoxos. Gritan «¡Viva el rey!», gritan «¡Viva el mariscal Antonescu!», gritan «¡Muerte a la URSS!», pero no saben qué es el rey, ni qué es el mariscal Antonescu, ni qué es la URSS. Saben que un par de botas como ésas cuestan dos mil lei. Son pobres campesinos y no saben que la URSS es una máquina, que están haciéndole la guerra a una máquina, a mil máquinas, a un millón de máquinas. Eso sí, un par de botas como ésas cuestan por lo menos dos mil lei, como poco.

—El mariscal Antonescu —dije— tiene cien pares de botas mejores que éstas.

Los soldados me miraban fijamente, apretando los labios.

—¿Cien pares? —dijo el cabo.

—Cien pares, mil pares —dije yo—, y mucho mejores que éstas. ¿Nunca han visto las botas del mariscal Antonescu? Son preciosas. De cuero amarillo, de cuero negro, de cuero rojo, de cuero blanco, cortadas a la inglesa, con una roseta de oro bajo la rodilla. Preciosas de verdad. Las botas del mariscal Antonescu son mucho mejores que las de Hitler y Mussolini. Las botas de Hitler no están mal. Yo las he visto de cerca. Nunca he hablado con Hitler, pero he visto sus botas de cerca. No llevan espuelas. Hitler nunca lleva espuelas, le dan miedo los caballos; pero pese a no llevar espuelas no están nada mal. Las botas de Mussolini también son bonitas, pero no sirven de nada. No sirven ni para caminar ni para ir a caballo. Para lo único que sirven es para subir a la tribuna de honor durante los desfiles y ver a los soldados marchando con sus zapatos rotos y sus fusiles oxidados.

Los soldados me miraban fijamente, apretando los labios.

—Cuando termine la guerra —dije— le quitaremos las botas al mariscal Antonescu.

—Y a *domnul* Hitler —dijo un soldado.

—Y a *domnul* Mussolini —dijo otro.

—Desde luego, a Hitler y a Mussolini también —dije yo.

Se echaron a reír, y yo le pregunté al cabo:

—¿Cuánto deben de costar las botas de Hitler?

Se echaron a reír; entonces, de repente, no sé por qué, se volvieron para mirar al prisionero, que estaba agazapado en su rincón y me observaba con su velada mirada al sesgo.

—¿Le han dado de comer? —pregunté al cabo.

—Sí, *domnule căpitan*.

—No es verdad. No le han dado de comer —dije.

Entonces el cabo tomó una escudilla de la mesa, la llenó con *ciorbă de pui* y se la entregó al prisionero.

—Déle una cuchara —dije—, no puede comerse la sopa con la manos.

Los demás observaban al cabo mientras éste cogía una cuchara de la mesa, la limpiaba frotándola con las manos y se la entregaba al prisionero.

—*Bolshoe spasibo*, muchas gracias —dijo el prisionero.

—*La dracu* —exclamó el cabo, que significa «al diablo».

—¿Qué piensan hacer con el prisionero?

—Tenemos que llevarlo a Balta —respondió el cabo—, pero por aquí no pasa nadie, estamos lejos de las zonas de tránsito, hay que

llevarlo a pie. Como hoy no llegue ningún camión, mañana lo llevaremos a pie hasta Balta.

—Terminarían antes matándolo, ¿no le parece? —le dije al cabo mirándolo fijamente.

Todos se echaron a reír, mirando al cabo.

—No, *domnule capitán* —contestó el cabo al tiempo que se ruborizaba un poco—, no puedo. Tenemos que llevarlo a Balta. Cuando se hacen prisioneros, tenemos órdenes de llevar al menos uno a la comandancia. No, *domnule capitán*.

—Si van a llevarlo a pie, tendrán que devolverle las botas. No puede caminar descalzo hasta Balta.

—Oh, puede caminar descalzo incluso hasta Bucarest —dijo el cabo riéndose.

—Si quiere, puedo llevarlo yo a Balta, con el coche. Déme un soldado de escolta y me lo llevo conmigo.

Aquello pareció satisfacer al cabo, y también al resto de los soldados.

—Irás tú, Grigorescu —ordenó el cabo.

El soldado Grigorescu se ciñó la cartuchera, tomó el fusil que tenía apoyado en la pared (eran cartucheras francesas, anchas y finas, y el fusil era un Lebel francés, con una bayoneta larga de forma triangular), descolgó el zurrón de un clavo hundido en la pared, se lo cargó en bandolera, escupió al suelo y dijo:

—Vámonos.

El prisionero seguía sentado en su rincón, escrutándonos con su mirada velada.

—*Poidiom*, vámonos —dije.

El tártaro se puso en pie despacio; era de gran estatura, tan alto como yo, algo estrecho de espaldas, de cuello delgado; me siguió caminando un poco encorvado y el soldado Grigorescu se puso detrás de él con el fusil en posición de disparo.

Se había levantado un fuerte viento, y el cielo parecía rígido y pesado como una plancha de hierro; la voz del trigo aumentaba y disminuía con el viento, similar a la voz de un río, y de vez en cuando se oía el crujido de los campos de girasoles bajo las ásperas ráfagas de polvo.

—*La revedere*, hasta la vista —le dije al cabo, y le estreché la mano.

Uno por uno, los soldados se acercaron a estrecharme la mano.

—*La revedere*, *la revedere*, *domnule căpitan*, *la revedere*.

Puse el coche en marcha, salí de la aldea, emboqué una pista llena de socavones y hondos surcos (el rastro de las orugas de los carros de combate duramente impreso sobre el lecho de polvo). El soldado Grigorescu y el prisionero iban sentados detrás de mí, y yo podía notar cómo la mirada fija del tártaro penetraba en mi espalda.

La tormenta se aproximaba desde el fondo de la inmensa llanura, ocupando poco a poco todo el cielo, como una inmensa rana. Una nube verde cuajada, aquí y allá, de blanco; igual que el vientre de una rana palpitando entre jadeos. Desde el filo del horizonte llegaba, de tanto en tanto, un croar ronco. En los campos, y a los lados de la carretera, había cientos de máquinas quemadas, carrocerías de camión, carroñas de acero volcadas de lado, con las piernas abiertas, miserables y obscenas. Poco a poco me parecía ir reconociendo la carretera, sin duda había pasado ya antes por allí, tal vez aquella misma mañana: ahí estaban el río y los marjales poblados de cañas y juncos en los márgenes. En el espejo violáceo del agua flotaba reflejado el vientre blancuzco de la inmensa rana, que se acercaba surcando el cielo, croando con aspereza. Alguna que otra gota, lenta, cálida, pesada, agujereaba el polvo de la carretera con una estridencia similar a la del hierro candente al hundirlo en el agua. Por fin aparecieron entre las sombras algunas construcciones en las que reconocí las casas de Aleksandrovka, la aldea abandonada en la que había pasado la noche.

—Será mejor detenernos aquí —le dije al soldado Grigorescu—, es demasiado tarde para continuar, Balta queda lejos todavía.

Paré el coche frente a la casa donde había dormido. Había empezado a llover, la lluvia caía con violencia, con una crepitación sorda, y levantaba una densa nube de polvo amarillo. La carroña de la yegua yacía aún al borde del camino, delante de la cancela de madera. Tenía el ojo completamente abierto, cargado de un blanco resplandor. Entramos en la casa. Todo estaba tal como lo había dejado por la mañana, en el mismo desorden inmóvil y espectral. Me senté sobre la cama y miré cómo el soldado Grigorescu se quitaba la cartuchera y colgaba el zurrón del tirador del armario. El prisionero se había recostado contra la pared, con los brazos caídos a los lados, y me escudriñaba con sus ojos pequeños y sesgados.

Me asomé a la puerta, la noche era negra como una piedra negra. Salí al huerto, empujé la cancela y me senté al borde del camino, junto a la carroña de la yegua. La lluvia me mojaba la cara y se escurría por mi espalda. Respiré con avidez el olor de la hierba mojada, y ese olor fresco y embriagante fue fundiéndose poco a poco con el hedor blando y grasiento de la carroña, venciendo al olor del acero rancio, del hierro en descomposición, del metal putrefacto. Me pareció que la antigua ley humana y animal de la guerra se imponía a la nueva ley de la guerra mecánica. En el olor de la yegua muerta reencontraba una patria antigua, una patria recobrada.

Poco después volví a la casa y me eché en la cama. Estaba muerto de cansancio, me dolían los huesos y el sueño me palpitaba en la cabeza como una arteria gigante.

—Vigilaremos al prisionero por turnos —le dije al soldado Grigorescu—, usted también debe de estar cansado. Despiérteme dentro de tres horas.

—*Nu, nu, domnule căpitan* —dijo el soldado—. No tengo sueño.

El prisionero, a quien el soldado Grigorescu había atado de pies y manos con una soga nudosa, estaba sentado en un rincón del cuarto, contra el muro, entre la ventana y el armario. El hedor denso y grasiento de la carroña empezaba a estancarse en la habitación. La luz amarilla de una lámpara de aceite oscilaba en las paredes y los girasoles del huerto crujían bajo la lluvia. El soldado estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, de cara al prisionero, y sostenía entre las rodillas el fusil con la bayoneta calada.

—*Noapte bună* —dije cerrando los ojos.

—*Noapte bună, domnule căpitan* —dijo el soldado.

No conseguía conciliar el sueño. La tormenta se había desencadenado con una violencia rabiosa. El cielo se agrietaba con fragor, inesperados torrentes de luz irrumpían entre las nubes y se derramaban sobre la llanura, y la lluvia caía dura y pesada, como una lluvia de piedras. Vivificado, enfervorizado casi por la lluvia, el olor de la carroña de la yegua entraba, grasiento y viscoso, en la casa, y se estancaba en la estrecha habitación. El prisionero estaba sentado inmóvil con la nuca apoyada en la pared, y me miraba fijamente. Tenía las manos y los pies atados; las manos pequeñas y lívidas, de color ceniciento, sujetas por las muñecas con la soga nudosa, le colgaban sin vida entre las rodillas.

—¿Por qué no lo desata? —le dije al soldado Grigorescu—. ¿Tiene miedo de que se escape? Podría desatarle por lo menos los pies.

El soldado se inclinó hacia delante con lentitud y desató con parsimonia los pies del prisionero, que me miraba fijamente con sus ojos impasibles.

A las pocas horas me desperté. El soldado estaba sentado en el suelo, de cara al prisionero, con el fusil apoyado sobre las rodillas. El tártaro seguía sentado con la nuca apoyada en la pared, y me miraba fijamente.

—Vayase a dormir —le dije al soldado al tiempo que me levantaba de la cama—. Me toca a mí.

—*Nu, nu, domnule capitán*. No tengo sueño.

—Que se vaya a dormir, he dicho.

El soldado Grigorescu se puso en pie, cruzó la habitación arrastrando el fusil por el suelo y se echó en la cama, de cara a la pared, estrechando el fusil entre los brazos. Parecía un muerto. Tenía los cabellos blancos del polvo, el uniforme hecho jirones, los zapatos reventados. La barba, negra y dura, le despuntaba hirsuta bajo la piel de la cara. Parecía de veras un muerto.

Me senté en el suelo delante del prisionero, crucé las piernas y me coloqué la pistola entre las rodillas. El tártaro me escrutaba con sus ojos velados, pequeños y sesgados como los de un gato; parecían de cristal, tenían la misma mirada que tienen los ojos de los muertos; los párpados, doblados bajo el arco de las cejas, describían dos pliegues apenas visibles de color sepia. Entonces me incliné hacia delante para desatar las manos del prisionero. Mientras mis dedos se peleaban con los nudos de la soga observé sus manos: pequeñas, lisas, de color ceniciento, con las uñas casi blancas. Aunque estaban corroídas por todas partes por arrugas pequeñas y profundas (su piel era tan porosa que daba la impresión de estar viéndola a través de una lente de aumento) y tenían las palmas recubiertas de finas durezas, eran tiernas y dulcísimas al tacto; pendían sin vida, abandonadas, como muertas, en mis manos, pero notaba que eran fuertes, ágiles, tenaces, y al mismo tiempo ligeras y delicadísimas, como las de un cirujano, un relojero o un mecánico de precisión.

Eran las manos de un joven recluta del *Piatiletka*, de un *udárník* del tercer plan quinquenal, de un joven tártaro convertido en mecánico, en piloto de carros de combate; dignificadas por el antiguo y milenario contacto con el sedoso pelaje equino, con las crines, los tendones, los corvejones, los músculos de los caballos, las riendas, el suave cuero de la silla y las cinchas, en pocos años habían cambiado los caballos por las máquinas, el cuero por el acero, los tendones de carne por los tendones de metal, las riendas por las palancas de mando. Habían bastado unos pocos años para transformar a los jóvenes tártaros del Don, del Volga, de las estepas de los kirguis, de las costas del Caspio y del Aral, de pastores de caballos a operarios cualificados de la industria metalúrgica de la URSS, de caballeros en *stajánovtsi* a escuadrones de asalto del trabajo, de nómadas de la estepa a *udárniki* y a *spes* del *Piatiletka*. Deshice el último nudo de la soga y le ofrecí un cigarrillo.

El prisionero tenía las manos doloridas y los dedos entumecidos, y no acertaba a sacar el cigarrillo del paquete. Le coloqué el cigarrillo entre los labios, se lo encendí y me sonrió.

—*Blagodariú*, gracias —dijo el tártaro, y me sonrió.

Yo también le sonreí, y nos quedamos un buen rato así, en silencio, fumando. El olor de la carroña invadía el cuarto, grasiento, blando, dulzarrón. Yo respiraba el olor de la yegua muerta con una delectación extraña. Y también el prisionero parecía respirar ese olor

con un placer delicado y triste. Las fosas nasales se le dilataban, palpitaban de una forma extraña. Entonces me fijé en su rostro pálido, de color ceniciento, en sus ojos sesgados e impassibles, que miraban vítreos y firmes como los de un muerto, y caí en la cuenta de que la vida entera se hallaba concentrada en sus narinas. Su antigua patria, su patria recobrada, era el olor de la carroña. El olor antiguo de su patria era el olor de la yegua muerta. Nos mirábamos a los ojos, en silencio, respirando con un placer delicado y triste ese olor grasiento y dulce. Ese olor de carroña era su patria, su patria antigua y viva; y en ese momento nada nos separaba, ambos estábamos vivos compartiendo como hermanos el olor antiguo de la yegua muerta.

El príncipe Eugenio levantó el rostro y volvió los ojos hacia la puerta; sus narinas palpitaban, como si el olor de la yegua muerta se hubiese detenido en el umbral de la sala y nos mirase. Era el olor de la hierba y de las hojas, el olor del mar y del bosque. La noche había caído ya, pero una claridad incierta vagaba todavía por el cielo. Bajo aquel brillo mortecino las casas del Nybroplan, los piróscafos y veleros atracados en los muelles del Strandvågen, las sombras espectrales del *Pensador* de Rodin y de la *Victoria de Samotracia* se reflejaban, deformados, en el paisaje nocturno, como los dibujos de Ernst Josephson y de Cari Hill, quienes en su melancólica locura veían los animales, los árboles, las casas y los barcos reflejarse en el paisaje como en un espejo deformante.

—Tenía las manos parecidas a las tuyas —dije.

El príncipe Eugenio se miró las manos, parecía algo cohibido. Eran las manos blancas y hermosas de los Bernadotte, de dedos pálidos y finos.

Y yo le dije:

—Las manos de un mecánico, de un piloto de carros de combate, de un *udárnik* del tercer *Piatiletka*, no son menos bonitas que las tuyas. Son las mismas manos de Mozart, de Stradivarius, de Picasso, de Sauerbruch.

El príncipe Eugenio sonrió y ruborizándose un poco dijo:

—Je suis d'autant plus fier de mes mains.

La voz del viento había ido haciéndose poco a poco más fuerte, más aguda, semejante a un relincho largo y lastimero. Era el viento del Norte, y al oír su voz me estremecí. El recuerdo del terrible invierno transcurrido en el frente de Carelia, entre los suburbios de Leningrado y las riberas del lago Ladoga, proyectaba ante mis ojos las candidas y tácitas imágenes de los inmensos bosques carelianos, y sentía un estremecimiento, como si el viento que hacía tintinear los

cristales de las grandes vidrieras fuese el cruel y gélido viento de Carelia.

—Es el viento del Norte —dijo el príncipe Eugenio.

—Sí, es el viento de Carelia —dije—, reconozco su voz.

Y empecé a hablarle del bosque de Raikkola y de los caballos del Ladoga.

III

LOS CABALLOS DE HIELO

Esa mañana fui con Svartström a ver cómo liberaban a los caballos de la cárcel de hielo.

Un sol verdusco resplandecía en el cielo azul como una manzana poco madura. Desde que había comenzado el deshielo, la superficie helada del lago Ladoga crujía, gemía, soltaba de vez en cuando un grito agudo de dolor. En el corazón de la noche, desde el fondo del *korsu* —la cabaña sepultada por la nieve en la espesura del bosque—, lo oíamos gritar de repente, gemir durante horas y horas, hasta el amanecer. Ya era primavera, el lago soplaba sobre nuestras caras su hálito corrupto, ese olor descarnado a madera podrida, a serrín mojado, propio del deshielo. La orilla opuesta del Ladoga parecía un fino trazo de lápiz sobre un papel absorbente. El cielo estaba despejado, de un azul mate, parecía un cielo de papel de seda. Al fondo, hacia Leningrado (una nube de humo gris envolvía la ciudad asediada), el cielo se veía algo sucio, arrugado. Una vena verde cruzaba el horizonte, y por momentos parecía que palpitara, cual si estuviera llena de sangre caliente.

Esa mañana fuimos a ver cómo liberaban a los caballos de la cárcel de hielo. La noche anterior, el coronel Merikallio, tras olfatear el viento, había dicho: «Habrà que enterrar a los caballos. Empieza la primavera». Bajamos al lago a través de un frondoso bosque de abedules por el que había dispersos enormes bloques de granito rojo. Y de pronto, se abrió ante nosotros el inmenso espejo opaco del Ladoga.

La orilla soviética se veía apenas al fondo, en el horizonte, sumida en una bruma plateada con vetas de azul y rosa. De vez en cuando, desde la espesura del inmenso bosque de Raikkola, se oía el canto monótono del cuco, el pájaro sagrado de Carelia. Algún animal salvaje gritaba entre los árboles, voces misteriosas llamaban, respondían, llamaban, insistentes, quejumbrosas, preñadas de una súplica dulce y cruel.

Antes de abandonar el *korsu* de la comandancia finlandesa para bajar al lago, había ido a buscar al teniente Svartström. Había

llamado en balde a la puerta de su cuarto, en el *korsu* de detrás de las caballerizas. El bosque en torno a la comandancia parecía desierto. Y siempre, en el aire, ese olor descarnado, ese olor tibio en el aire frío. Me acerqué al *korsu* de los caballos. Una joven en uniforme de *lotta* estaba preparando en un balde el salvado de celulosa para el caballo del coronel.

—*Hyvää päivää*, buenos días —dije.

— *Hyvää päivää*.

Era la hija del coronel Merikallio, una muchacha alta, rubia, una finlandesa de Oulu, en Ostrobotnia. Había acompañado a su padre al frente, en calidad de *lotta*, ya durante la primera guerra finlandesa, en el invierno de 1939; ayudaba en la cantina de la comandancia, sirviendo las mesas bajo la mirada de su padre, a pocos centenares de metros de los fusiles rusos.

Con las manos lívidas por el frío, partía una gran hoja de pasta de celulosa en el balde de agua caliente. El caballo estaba atado a un árbol y volvía el cuello en dirección al cubo, aspirando el olor de la celulosa. El invierno había sido terrible: el frío espantoso, el hambre, las privaciones y la fatiga habían hecho mella en el rostro del pueblo finlandés. Las facciones duras, huesudas, de los héroes del *Kalevala*, según los pintó Gallen—Kallela, se habían reencarnado en sus teces pálidas y demacradas. Los soldados, los niños, las mujeres, los ancianos, los animales: todos tenían hambre. No quedaba una brizna de heno, una brizna de paja, ni un grano de avena para dar de comer a los caballos; los perros habían sido exterminados, los guantes de los soldados estaban hechos con piel de perro. La gente se alimentaba con pan de celulosa, y a los caballos les gustaba el sabor dulzón del salvado de celulosa, aquel sabor de papel cocido.

La muchacha desató al caballo, lo asió por el ronzal y cogiendo el cubo con la mano izquierda se dirigió hacia una tina de madera colocada sobre un banco, echó dentro la pasta de celulosa y el caballo empezó a comer despacio, echando de tanto en tanto una mirada alrededor. Miraba en dirección al lago, que centelleaba opaco entre los árboles. Una nube de polvo se levantaba de la tina, el caballo hundía el morro en la nube para a continuación levantar de nuevo la cabeza, mirar hacia el lago y relinchar.

—¿Qué le ocurre? —pregunté a la muchacha—. Parece inquieto.

La hija del coronel Merikallio giró la cara hacia el lago.

—Nota el olor de los caballos —dijo.

También yo sentía el olor de los caballos; era un olor grasiento, tibio, endulzado por el olor a resina que se desprendía de los pinos y el débil perfume de los abedules. El cuco cantaba al fondo del bosque, una ardilla se encaramó al tronco de un árbol levantando la cola. La muchacha recogió el balde y entró en el *korsu* de los

caballos. Oí cómo les hablaba con esa lenta y dulce cadencia de la lengua finlandesa, oí el taconeo sordo de los zuecos, el tintineo de las anillas de hierro, los breves relinchos de impaciencia.

Me fui al lago. Svartström me esperaba en un recodo del camino apoyado en el tronco de un árbol, con su gorra alta de piel de cabra echada hacia atrás sobre la nuca y las piernas hundidas hasta media pantorrilla en sus botas laponas de cuero de reno, con las puntas dobladas hacia arriba como las babuchas persas. Estaba ligeramente encorvado, a pocos pasos de mí, y se daba golpecitos con la pipa apagada en la palma de la mano. Cuando estuve cerca levantó la cara, me miró sonriendo y dijo:

— Hyvää päivää.

— *Hyvää päivää*, Svartström.

Estaba pálido, tenía la frente húmeda del sudor del cansancio y del insomnio. Me dijo, a modo de excusa, que había pasado la noche en el bosque con una patrulla de *sissit*.

—¿Dónde está el coronel Merikallio? —pregunté.

—Se ha ido al frente —respondió.

Me miraba de pies a cabeza, mientras se daba golpecitos con la pipa apagada en la palma de la mano, y de vez en cuando se daba la vuelta en dirección al lago. Podía ver cómo se le dilataban las fosas nasales. Respiraba por la nariz, como hace la gente de los bosques, como hacen los *sissit*, una respiración sutil, cauta, suspicaz, apenas un hilo de aire.

—¿De verdad quieres ir? —preguntó Svartström—. Habría sido mejor que acompañaras al coronel al frente. Él se ha ido a las trincheras a propósito para no verlos pasar.

El viento traía el olor de los caballos, ese olor grasiento y dulce.

—Quisiera verlos una última vez, Svartström, antes de que se los lleven.

Nos encaminamos hacia el lago. La nieve estaba llena de fango, era ya la nieve de la primavera, había dejado de ser blanca para adoptar un tono marfileño, con esas manchas verdes y amarillas del marfil antiguo. En ciertos lugares, en torno a las rocas de granito rojo, tenía el color del vino. Y donde los árboles eran menos espesos aparecía cubierta de un velo de hielo transparente, parecida a una reluciente placa de cristal de Orrefors de la que despuntaran agujas de pino, hojas, pedruscos de colores, tallos de hierba y restos de esa piel blanca que reviste los troncos de los abedules. Las retorcidas raíces de los árboles brotaban de la placa de cristal como serpientes heladas, y parecía como si el hielo insuflara vida a los árboles, como si las hojitas nuevas, de un verde más tierno, extrajesen su savia de aquella materia muerta y vítrea. Sonidos extraños surcaban el aire:

no se trataba del lamento del hierro al martillearlo, ni del prolongado temblor sonoro que las campanas dejan escapar al viento, ni de la nota serena y sumisa del vidrio al percutirlo con el dedo; no se trataba tampoco del alto y rotundo zumbido de los enjambres de abejas que erraban en las profundidades de los bosques, sino de un auténtico lamento, parecía el gemido de un animal herido, la voz de una agonía solitaria y desesperada que atravesaba el cielo como una bandada invisible de dolientes aves.

El invierno, aquel terrible invierno de 1941 que había sido el gran flagelo, la *great plague* del pueblo finlandés, la peste blanca que había llenado hasta la saturación los lazaretos y cementerios de toda Finlandia, yacía ahora como un inmenso cadáver desnudo entre los lagos y los bosques. Aquel gran cuerpo en descomposición corrompía el aire con su descarnado olor a madera podrida, y el primer viento de la primavera dejaba sentir ya sus exhaustos efluvios, sus tibios olores, su hálito perruno, íntimo y bestial; hasta la nieve parecía tibia.

Hacía unos días que los soldados estaban menos tristes, más vivos, su voz era más fuerte y a determinadas horas del día una singular inquietud serpenteaba por el frente, los *korsu*, los *lottala*, las trincheras y los refugios excavados en la fronda del salvaje bosque de Raikkola. Para celebrar la vuelta de la primavera, que es para ellos la estación sagrada del año, los hombres del Norte encienden grandes hogueras en los montes y cantan, beben y danzan durante toda la noche. Pero la primavera es el insidioso mal del Norte, corrompe y disuelve la vida que el invierno ha preservado y protegido celosamente durante la estación de hielo y reparte sus funestos dones: el amor, la alegría de vivir, el abandono a los pensamientos frívolos y los sentimientos de euforia, el placer del ocio, de las riñas, del sueño, la fiebre de los sentidos, las ilusorias nupcias con la naturaleza. Es la estación que enciende una oscura llama en el ojo del hombre del Norte; sobre su frente, que el invierno conservaba pura y desierta, desciende la sombra orgullosa de la muerte.

—Nos hemos equivocado de camino, Svartström.

Me resultaba imposible reconocer el sendero que tantas veces había recorrido durante el invierno para bajar al lago a ver a los caballos. Se había vuelto más estrecho, más tortuoso, y el bosque de los contornos había ganado espesura; a medida que la nieve, al deshacerse, muda de color y del resplandeciente capullo de hielo alza el vuelo la crisálida de la primavera, dejando tras de sí la cutícula desnuda y muerta del invierno, el bosque recupera su preeminencia sobre la nieve y el hielo y regresa tupido, intrincado, secreto; un universo verde, misterioso, prohibido.

Svartström caminaba a pasos lentos y cautelosos, se detenía cada poco tiempo a escuchar y reconocía en el silencio cadencioso del

bosque, en el silencio musical de la naturaleza, el movimiento de la ardilla al trepar por el tronco del pino, el rumor fugaz de la liebre, la respiración suspicaz del zorro, el canto de un pájaro, el murmullo de una hoja y, lejana, corrupta, enferma, la voz humana. A nuestro alrededor, el silencio no era ya el silencio exánime del invierno, gélido y transparente como un bloque de cristal, sino un silencio vivo, surcado de tibias corrientes de colores, sonidos y olores. Era un silencio semejante a un río, y yo lo sentía discurrir en torno a nosotros, tenía la impresión de encontrarme en medio de la corriente de aquel río invisible, entre dos orillas como dos labios, húmedas y tibias.

La tibieza del sol naciente se difundía a través del bosque. Al tiempo que el sol subía por el arco del horizonte, levantando una ligera niebla rosada sobre el plateado espejo del lago, llegaban con el viento un remoto crepitar de ametralladoras, el disparo solitario de un fusil, el canto extraviado de un cuco; y al fondo de ese paisaje de sonidos, colores y olores, en un claro del bosque, centelleaba una presencia opaca, una presencia brillante, como el vaivén de una marina irreal: el Ladoga, la inmensa superficie helada del Ladoga.

Hasta que salimos del bosque, a orillas del río, y vimos los caballos.

Fue el año pasado, en diciembre. La vanguardia finlandesa, tras dejar atrás el bosque de Vuoksi, se asomó al umbral del vasto y salvaje bosque de Raikkola. El bosque rebosaba de tropas rusas. Casi todas las unidades soviéticas de artillería del sector septentrional del istmo de Carelia, para escapar del embate de los soldados finlandeses, se habían dirigido hacia el Ladoga con la esperanza de poder embarcar armas y caballos y trasladarlos a lugar seguro por el lago. Pero las gabarras y los remolcadores soviéticos tardaban en llegar, cada hora de retraso podía ser fatal pues el frío era intenso, rabioso, el lago podía helarse de un momento a otro, y las tropas finlandesas, formadas por destacamentos de *sissit*, se dejaban ver ya por los meandros del bosque y hostigaban a los rusos por todas partes, acometiéndolos por los flancos y la retaguardia.

Al tercer día se declaró un tremendo incendio en el bosque de Raikkola. Acorralados en un círculo de fuego, hombres, caballos y árboles proferían unos gritos terribles. Los *sissit* pusieron sitio al incendio, disparando contra el muro de llamas y humo y cerrando toda posible vía de escape. Enloquecidos por el pánico, los caballos de la artillería soviética, casi un millar, se arrojaron a las llamas para romper el asedio del fuego y las ametralladoras. Muchos perecieron entre las llamas, pero una gran parte alcanzó la orilla del lago y se arrojó al agua.

El lago era poco profundo en ese punto, no más de dos metros; sin embargo, a un centenar de pasos de la orilla el fondo cae a pico.

Comprimidos en aquel breve espacio (en ese punto del Ladoga, la margen describe una curva, formando un breve recodo), entre las aguas profundas y la muralla de fuego, los caballos se apiñaron temblando de frío y miedo, asomando la cabeza fuera del agua. Los más cercanos a la orilla, con las llamas rozándoles el lomo, se encabritaban y montaban sobre sus compañeros, en un intento por abrirse paso a bocados y coces. En el fragor del tumulto se vieron sorprendidos por el hielo.

Durante la noche bajó el viento del Norte. (El viento del Norte baja desde Murmansk como un ángel, gritando, y la tierra muere de repente.) Empezó a hacer un frío terrible. De pronto, con su característico sonido de vidrio agrietado, el agua se heló. El mar, los lagos, los ríos se hielan de improviso por la ruptura, que se produce en un abrir y cerrar de ojos, del equilibrio térmico. La ola del mar se detiene entonces en el aire y se convierte en una ola curva suspendida en el vacío.

Al día siguiente, cuando las primeras patrullas de *sissit*, con los cabellos chamuscados, los rostros negros de humo, caminando con cuidado sobre las cenizas todavía calientes del bosque carbonizado, llegaron a la orilla del lago, un espectáculo horrendo y maravilloso surgió ante sus ojos. El lago era como una inmensa plancha de mármol blanco sobre la cual había colocados cientos y cientos de cabezas de caballo. Parecían cercenadas por el corte limpio de un hacha. Las cabezas eran lo único que emergía de la costra de hielo. Todas miraban hacia la orilla. En sus ojos abiertos ardía aún la llama blanca del terror. Al borde de la orilla, una maraña de caballos furiosamente encabritados sobresalía de la cárcel de hielo.

Luego llegó el invierno, el viento del Norte barría la nieve con su silbido, la superficie del lago estaba siempre limpia y lisa como si de una pista de hockey se tratase. En los días opacos del interminable invierno, hacia mediodía, cuando del cielo llueven unos pocos haces de luz pálida, los soldados del coronel Merikallio bajaban al lago y se sentaban sobre las cabezas de los caballos. Parecían los caballos de madera de un tiovivo. «*Tournez, tournez, bons chevaux de bois.*» Parecía una escena de un cuadro de El Bosco. El viento tocaba una dulce y triste música infantil en el negro esqueleto de los árboles, la plancha de hielo se ponía a girar y los caballos de aquel macabro tiovivo trotaban sacudiendo la crin al triste compás de aquella dulce música infantil. «Aupa», gritaban los soldados.

Los domingos por la mañana los *sissit* se reunían en la *lottala* de Raikkola y después de tomar una taza de té se iban al lago. (Los *sissit* son los exploradores finlandeses, los lobos de la guerra en los bosques. La mayoría son jóvenes, muchos jovencísimos, algunos prácticamente unos crios. Pertenecen a la raza solitaria y taciturna de los héroes de Sillampää. Viven toda su vida en la profundidad de los bosques, viven como los árboles, las piedras, los animales salvajes.)

Bajaban al lago y se sentaban sobre las cabezas de los caballos. El acordeonista entonaba un *laulu*, el *Vartioissa*, el canto de la venganza. Envueltos en sus abrigo de piel de oveja, con la frente cubierta con una gorra alta de piel, los *sissit* cantaban a coro aquel triste *laulu*. Luego el acordeonista, sentado sobre una crin helada, hacía correr los dedos sobre las teclas del instrumento, y los *sissit* entonaban el *Reppurin laulu*, el canto careliano del cuco, el pájaro sagrado de Carelia:

siell mié paimenlauuin lauluin
min tnuanto mieroön suori
Karjalan maill kulakäköset gukkuup

El grito del cuco, «gukkuup», sonaba triste y fuerte en el silencio del bosque. El cañón tronaba en la orilla opuesta del Ladoga. El estruendo de las explosiones se propagaba de árbol en árbol como un batir de alas, como un murmullo de hojas. Y sobre ese vivo silencio, al que el solitario «ta—pum» de un fusil confería de vez en cuando mayor profundidad y secretismo, se alzaba insistente, monótono, purísimo, el canto del cuco, un grito que poco a poco iba haciéndose humano: «gukkuup, gukkuup».

A veces también nosotros bajábamos al lago. Svartström y yo íbamos a sentarnos sobre las cabezas de los caballos. Con el codo apoyado sobre la dura crin de hielo, Svartström se daba golpecitos con la pipa en la palma de la mano y miraba fijamente al frente a través de la plateada superficie del lago helado. Svartström es de Viipuri, una ciudad de Carelia a orillas del golfo de Finlandia, delante de Leningrado, a la que los suecos llaman Viborg. Está casado con una joven rusa de Leningrado de origen francés y hay en él algo noble y delicado de lo que carecen los hombres del Norte, algo francés, quizá, que le viene de su esposa, de su *Baby kulta*. (*Kulta*, en finlandés, significa «de oro».) Sabe algunas palabras en francés, dice «oui», dice «*charmant*», dice «*pauvre petite*». También dice «*naturlement*» en vez de «*naturellement*». Dice «*amour*», dice a menudo «*amour*». También dice «*tres beaucoup*». Svartström se dedica a pintar carteles y anuncios y pasa largas horas dibujando flores rojas y azules con lápices de color rojo y azul, grabando el nombre de *Baby kulta* en la corteza blanca de los troncos de abedul y escribiendo «*amour*» en la nieve con la punta de su bastón herrado.

Svartström no tenía nunca ni una migaja de tabaco, hacía ya un mes que se daba golpecitos con la pipa apagada en la palma de la mano, y yo le decía:

—Dime la verdad, Svartström, estoy seguro de que te fumarías hasta un pedazo de carne humana.

Y él palidecía y contestaba:

—Como esta guerra no se acabe...

Yo decía:

—Si esta guerra no se acaba, nos convertiremos todos en bestias, y tú también, ¿a que sí?

Y él contestaba:

—También yo, *naturellement*.

Le tenía un gran aprecio, empecé a tomarle aprecio a Svartström el día que lo vi palidecer (estábamos en el *kannas*, frente a los suburbios de Leningrado) por aquel pedazo de carne humana que los *sissit* habían encontrado en el zurrón de un paracaidista ruso que se había pasado dos meses escondido en un hoyo en el corazón del bosque junto al cadáver de un compañero. Por la noche, en el *korsu*, Svartström vomitó y llorando dijo: «Lo han fusilado, pero él ¿qué culpa tenía? Nos convertiremos todos en bestias, acabaremos devorándonos entre nosotros». No estaba borracho, no bebía casi nunca. Fue aquel pedazo de carne humana, y no el alcohol, lo que le hizo vomitar. A partir de aquel día empecé a tomarle aprecio, aunque a veces, cuando lo veía dándose golpecitos con la pipa apagada en la palma de la mano, le preguntaba:

—¿A que sí, Svartström, a que serías capaz de llenarte la pipa con un pedazo de carne humana?

(Una noche, en el transcurso de una cena en la legación de España en Helsinki, el ministro español, el conde Agustín de Foxá, se puso a hablar del pedazo de carne humana que los *sissit* habían encontrado en el zurrón del paracaidista ruso. La comida era excelente, y los añejos vinos españoles daban al salmón de Oulu y a la lengua de reno ahumada un sabor de sol cálido y delicado. Los comensales protestaron, diciendo que aquel paracaidista ruso no era un hombre, sino un animal, pero ninguno de ellos se puso a vomitar: ni la condesa Mannerheim, ni Demetra Slórn, ni el príncipe Cantemir, ni el coronel Slórn, ayuda de campo del presidente de la República, ni el barón Bengt von Torne ni tampoco Titu Miháilescu; nadie se puso a vomitar.

—Un cristiano —dijo Anita Bengenstróm— se dejaría morir de hambre antes que comer carne humana.

El conde De Foxá se reía.

—¡Ja, ja, ja! Un católico no, un católico no; a los católicos les gusta la carne humana.

Y como todos protestaran —en medio de la noche serena, el candido reflejo de la nieve traspasaba los cristales de las ventanas; era como si el reflejo de un inmenso espejo de plata proyectara su mortecino resplandor sobre los oscuros y macizos muebles de nogal,

la brillante pintura de los retratos al óleo de los grandes de España y el crucifijo de oro que pendía de la pared revestida con un pomposo brocado rojo—, el conde De Foxá dijo que «todos los católicos comen carne humana, la carne de Jesucristo, la santísima carne de Jesús; la hostia, la carne más humana y más divina del mundo». Y se puso a recitar con voz grave aquel poema de Federico García Lorca, el poeta español fusilado en 1936 por los secuaces de Franco, la famosa «Oda al Santísimo Sacramento del altar», que empieza como un canto de amor: «Cantaban las mujeres». Al llegar a los versos de la «rana», De Foxá alzó levemente la voz:

Vivo estabas, Dios mío, dentro del ostensorio.

Punzado por tu Padre con agujas de lumbre.

Latiendo como el pobre corazón de la rana
que los médicos ponen en el frasco de vidrio.

—¡Pero eso es horrible! —exclamó la condesa Mannerheim—. ¡La divina carne de Jesús latiendo dentro del ostensorio como el corazón de una rana! ¡Ah, menudos monstruos estáis hechos los católicos!

—No hay mejor carne en el mundo —dijo el conde De Foxá con voz grave.

—¿A que sí, Svartström? —le decía yo—. ¿A que serías capaz de fumarte un pedazo de carne humana?

Svartström sonreía; tenía una sonrisa cansada y triste. Observaba las cabezas de caballo que sobresalían de la plancha de hielo, esas cabezas muertas con crines gélidas y duras, como de madera, esos ojos relucientes, llenos de terror. Acariciaba con su mano ligera los hocicos levantados, las aletas exangües de la nariz, los labios contraídos en un relincho desesperado (ese relincho sepultado en la boca rebosante de espuma helada). Luego nos marchamos en silencio, acariciando, al pasar, las crines blancas de nevisca. El viento silbaba con dulzura sobre la inmensa plancha de mármol.

Esa mañana nos acercamos a ver cómo liberaban a los caballos de la cárcel de hielo.

Un olor grasiento y dulce vagaba por el aire tibio. Estábamos a finales de abril, y el sol ya calentaba. Desde que se anunciara el deshielo, las cabezas de los caballos aprisionados en la costra de hielo habían empezado a oler mal.

A ciertas horas del día aquel olor a carroña era insoportable, y el coronel Merikallio había dado orden de sacar a los caballos del lago y enterrarlos en el interior del bosque. Varios escuadrones de soldados, armados con sierras, hachas, trancas de hierro, picos y cuerdas, habían bajado al Ladoga con un centenar de trineos.

Cuando llegamos a la orilla, los soldados se habían puesto ya manos a la obra. Había unos cincuenta cuerpos amontonados de lado sobre los trineos; ya no estaban rígidos, sino blandos, hinchados, con las largas crines rubias sueltas y sedosas por el deshielo. Los párpados les colgaban sobre los ojos húmedos y acuosos. Los soldados rompían la costra de hielo con los picos y las palas, y los caballos se desplomaban flotando en el agua sucia, blancuzca, llena de burbujas de aire y nieve espumosa. Los soldados ataban los cuerpos con las cuerdas y los subían a la orilla. Las cabezas colgaban a los lados de los trineos. Los caballos de las baterías dispersas por el bosque relinchaban al oler el hedor grasiento y dulce, y los caballos enganchados a los varales de los trineos respondían con largos relinchos quejumbrosos.

—*Pois, pois!* ¡Fuera, fuera! —gritaban los soldados agitando las fustas.

Los trineos se deslizaban sobre la nieve fangosa con un crujido sordo. Y los cascabeles dejaban en el aire tibio un sonido alegre, como un feliz lamento.

En la sala reina ya una oscuridad total. El viento deja oír su voz alta y triste entre los viejos robles del Oakhill y un estremecimiento me recorre al oír el doloroso relincho del viento del Norte.

—*Vous êtes cruel*—dice el príncipe Eugenio—, *j'ai pitié de vous.*

—*Je vous en suis tres reconnaissant* —digo yo, y me echo a reír, pero no tardo en avergonzarme de mi risa y me ruborizo—. *J'ai moi-même pitié de moi. J'ai honte d'avoir pitié de moi.*

—*Oh, vous êtes cruel* —dice el príncipe Eugenio—, *je voudrais pouvoir vous aider.*

—Permítame —digo— que le cuente un sueño extraño. Es un sueño que a menudo me turba por las noches. Entro en una plaza atestada de gente, todo el mundo está mirando hacia arriba, así que levanto la mirada y veo, justo encima de la plaza, una montaña alta y escarpada. En la cumbre de la montaña hay clavada una gran cruz. De los brazos de la cruz pende un caballo crucificado. Subidos a unas escaleras, los verdugos dan los últimos golpes de martillo. Se oyen los golpes de los martillos sobre los clavos. El caballo crucificado mueve la cabeza de un lado para otro y relincha con dulzura. La multitud llora en silencio. ¿No podría ser que el sacrificio del Cristo—caballo representase la muerte de todo cuanto hay de puro y noble en el hombre? ¿No cree que este sueño hace alusión a la guerra?

—*La guerre mime n'est qu'un réve* —contesta el príncipe Eugenio mientras se pasa la mano por los ojos y la frente.

—Todo lo noble, digno y puro que existe en Europa está muriendo. Nuestra patria es el caballo. Usted ya me entiende. Nuestra patria, nuestra antigua patria, se está muriendo. Y todas esas imágenes obsesivas, esa obsesión continua con los relinchos, el olor horrendo y triste de los caballos muertos, caídos por los caminos de la guerra, ¿no cree que responden a las imágenes de la guerra, a nuestra voz, a nuestro olor, al olor de una Europa muerta? ¿No cree que también este sueño significa algo parecido? Aunque quizá sea mejor no interpretar los sueños.

—*Taisez—vous* —dice el príncipe Eugenio. Luego se inclina hacia mí y en voz baja me dice—: *Ah! Si je pouvais souffrir comme vous!*

Segunda parte

LOS RATONES

IV

«GOD SHAVE THE KING!»

—Yo soy el rey, *der König* —dijo el *Reichminister* Frank, *Generalgouverneur* de Polonia, alargando el brazo y dirigiendo a sus comensales una mirada de orgullosa complacencia—. El rey alemán de Polonia, *der deutsche König von Polen* —repitió Frank.

Yo lo miraba y sonreía.

—¿Por qué sonrío? ¿Nunca ha visto a un rey? —me preguntó Frank.

—He hablado con muchos reyes, he comido con muchos reyes, en sus palacios y en sus castillos —respondí—, pero ninguno me ha dicho nunca: «Yo soy el rey».

—*Sie sind ein enfantgâté* —dijo en tono benevolente frau Brigitte Frank, *die deutsche Königin von Polen*.

—Tiene razón —dijo Frank—, un rey de verdad no dice nunca: «Yo soy el rey». Pero yo no soy un rey de verdad, aunque mis amigos de Berlín llamen a Polonia el *Frankreich*. Tengo derecho de vida y muerte sobre el pueblo polaco, pero no soy el rey de Polonia. Trato a los polacos con la magnanimidad y la benevolencia de un rey, pero no soy un rey de verdad. Los polacos no se merecen un rey como yo. Son un pueblo ingrato.

—No son un pueblo ingrato —dije yo.

—Sería el hombre más feliz de la tierra, sería verdaderamente como *Gott in Frankreich*, si los polacos me agradecieran todo lo que estoy haciendo por ellos. Sin embargo, cuanto más empeño pongo en

paliar sus desgracias y tratarlos con justicia, con tanto más desprecio reaccionan ante el bien que hago a su patria. Son un pueblo ingrato.

Un murmullo de aprobación recorrió los labios de los comensales.

—Son un pueblo lleno de dignidad y orgullo —dije sonriendo afablemente—, y usted es su señor. Un señor extranjero.

—Un señor alemán. No se merecen el honor de que su señor sea alemán.

—Cierto, no se lo merecen. Lástima que no sea usted polaco.

—*Ja, schade!* —exclamó Frank, abandonándose a una alegre carcajada que halló un eco estridente entre el resto de los comensales. De repente, Frank dejó de reír y se llevó las manos al pecho—. ¡Polaco! —dijo—. Mírenme bien: ¿podría hacerme pasar por polaco? ¿Acaso me parezco a un polaco?

—Es usted católico, ¿verdad?

—Sí —respondió Frank no sin sorpresa—, soy alemán de la Franconia.

—Católico, por lo tanto —dije.

—Sí, pero un católico alemán —repuso Frank.

—Por lo tanto tiene algo en común con los polacos. Los católicos son todos iguales entre sí. Si fuera un buen católico, debería considerarse igual a los polacos.

—Soy católico —dijo Frank—, un buen católico, pero ¿cree que basta con eso? Mis colaboradores también son católicos, todos son originarios de la vieja Austria. Pero ¿cree que basta con ser católico para poder gobernar a los polacos? No tiene ni idea de lo difícil que es gobernar a un pueblo católico.

—Nunca lo he intentado —dije sonriendo.

—¡Cuídese mucho de hacerlo! Y tanto más —agregó Frank reclinándose sobre la mesa y hablando en voz baja, con aire misterioso—, tanto más cuanto que, en Polonia, hay que rendir cuentas al Vaticano continuamente. ¿Saben quién está detrás de cada polaco?

—Un cura polaco —respondí.

—No —dijo Frank—, el Papa. El Santo Padre en persona.

—Eso debe de ser un incordio —observé.

—También es cierto que detrás de mí está Hitler, pero no es lo mismo.

—Oh, no, no es lo mismo —dije.

—¿Detrás de cada italiano también está el Santo Padre? —me preguntó Frank.

—Los italianos —respondí—, no quieren que nadie les vaya detrás.

—*Ach so!* —exclamó Frank riendo—. *Ach so!*

—*Sie sind ein enfant terrible!* —dijo en tono benevolente la reina alemana de Polonia.

—Me pregunto —continuó Frank— cómo se las arregla Mussolini para ponerse de acuerdo con el Papa.

—También entre Mussolini y el Papa —dije— surgieron graves desacuerdos de buen principio. Los dos viven en la misma ciudad y los dos pretenden ser infalibles; el enfrentamiento era inevitable. Luego se pusieron de acuerdo, y ahora las cosas se hacen al gusto de todos. Cuando nace un italiano, Mussolini lo toma bajo su protección; primero lo envía a una guardería, luego al colegio, más tarde le enseña un oficio y entonces lo apunta al partido fascista y lo pone a trabajar hasta que cumple veinte años. A los veinte años lo llama a filas, lo encierra dos años en un cuartel, luego lo licencia, lo pone de nuevo a trabajar y en cuanto llega a la mayoría de edad le da una mujer; si tienen hijos, los hijos repiten el mismo ciclo que su padre. Más tarde, cuando el padre se hace viejo, deja de poder trabajar y no sirve para nada, lo manda a su casa, le da una pensión y espera a que se muera. Por último, cuando ya se ha muerto, Mussolini se lo entrega al Papa para que haga con él lo que se le antoje.

El rey alemán de Polonia levantó los brazos, se puso colorado, luego morado y por poco se ahoga de la risa, a lo que el resto de comensales levantaron los brazos gritando: «*Ach wunderbar! Wunderbar!*». Hasta que Frank dio un buen trago de vino y, con la voz aún temblorosa por la conmoción, dijo:

—¡Ah, estos italianos! ¡Estos italianos! ¡Qué genio político! ¡Qué sentido de la justicia! Lástima —añadió secándose el sudor— que no todos los alemanes sean católicos. En Alemania, el problema religioso sería mucho más simple: a los católicos, nada más morir, podemos entregárselos al Papa. Pero los protestantes ¿a quién se los entregamos?

—Es un problema —dije— que Hitler tendría que haber resuelto hace tiempo.

—¿Conoce usted a Hitler personalmente? —me preguntó Frank.

—No, nunca he tenido tal honor —respondí—, lo vi sólo una vez, en Berlín, con ocasión de los funerales de Todt. Yo estaba en la acera, entre la multitud.

—¿Qué impresión le dio? —preguntó Frank, y esperó mi respuesta con evidente curiosidad.

—Me pareció que no sabía a quién debía entregar los restos de Todt.

Mis palabras fueron acogidas con un nuevo estallido de risas.

—Puedo asegurarle —dijo Frank— que Hitler hace tiempo que ha resuelto el problema, *nicht wahr?* —preguntó volviéndose hacia los comensales.

—*Ja, ja, natürlich!* —gritaron todos.

—Hitler es un hombre superior, ¿no cree usted que es un hombre superior? —y como vacilara, me miró fijamente y añadió con una sonrisa educada—: Quisiera conocer su opinión acerca de Hitler.

—Es casi un hombre —respondí.

—¿Es qué?

—Casi un hombre, quiero decir que no es un hombre propiamente dicho.

—*Ach so!* —dijo Frank—. ¿Quiere decir que es un *Übermensch*? En efecto, Hitler no es un hombre propiamente dicho. Es un *Übermensch*.

—Herr Malaparte —dijo entonces uno de los comensales, sentado al fondo de la mesa— ha escrito en uno de sus libros que Hitler es una mujer.

Era el jefe de la Gestapo en el *Generalgouvernement* de Polonia, el hombre de Himmler. Su voz era fría, dulce, triste, una voz lejana. Levanté la vista, pero me faltó valor para mirarlo. Esa voz fría, dulce, triste, esa voz lejana, me había hecho temblar ligeramente el corazón.

—Cierto —dije tras un momento de silencio—, Hitler es una mujer.

—¿Una mujer? —exclamó Frank clavando en mí una mirada llena de tenso estupor.

Todos me miraban en silencio.

—Si no es un hombre propiamente dicho —dije—, ¿por qué no podría ser una mujer? ¿Qué tiene de malo? Las mujeres merecen todo nuestro respeto, nuestro amor y nuestra admiración. Usted dice que Hitler es el padre del pueblo alemán, *nicht wahr?* ¿Por qué no la madre?

—¿La madre? —exclamó Frank—. *Die Mutter?*

—La madre —dije—. Son las madres quienes conciben a los hijos en su seno, los paren con dolor y los nutren con su sangre y su leche. Hitler es la madre del nuevo pueblo alemán, lo ha concebido en su seno, lo ha parido con dolor, lo ha nutrido con su sangre y su...

—Hitler no es la madre del pueblo alemán, sino el padre —dijo Frank con voz severa.

—Sea como fuere —dije—, el pueblo alemán es hijo suyo. Sobre esto no cabe duda.

—No —dijo Frank—, sobre esto no cabe duda. Todos los pueblos de la nueva Europa, y los polacos los primeros, deberían estar orgullosos de tener en Hitler un padre justo y severo. Sin embargo, ¿sabe qué piensan de nosotros los polacos? Que somos un pueblo de bárbaros.

—¿Y eso le ofende? —le pregunté sonriendo.

—Somos un pueblo de señores, no de bárbaros; un *Herrenvolk*.

—¡Oh, no diga eso!

—¿Por qué no? —me preguntó Frank con profundo estupor.

—Porque señores y bárbaros son una misma cosa —respondí.

—No comparto su parecer —dijo Frank—. Nosotros somos un *Herrenvolk*, no un pueblo de bárbaros. ¿Acaso le da la impresión de encontrarse entre bárbaros esta noche?

—No, sino entre señores —respondí. Y sonriendo agregué—: Debo reconocer que esta noche, al entrar en el Wawel, me ha parecido que entraba en una corte italiana del Renacimiento.

Una sonrisa triunfal iluminó el rostro del rey alemán de Polonia. Se giró alrededor, mirando uno por uno a los comensales con una mirada rebotante de orgullosa satisfacción. Estaba feliz. Y yo sabía que mis palabras le hacían feliz.

En Berlín, antes de partir hacia Polonia, Scheffer, en su despacho de la Wilhelm Platz, me había recomendado riendo: «Procure no ser irónico con Frank. Es un buen hombre, pero no capta la ironía. Y si de veras no puede evitarlo, no se olvide de decirle que es un señor italiano del Renacimiento. Le perdonará cualquier exceso de ingenio». Me había acordado del consejo de Scheffer justo en el momento preciso.

Estaba sentado a la mesa de Frank, el rey alemán de Polonia, en el antiguo palacio real polaco del Wawel de Cracovia; Frank se sentaba delante de mí, en una silla de respaldo alto y rígido, como si estuviese sentado sobre el trono de los Jagellón y los Sobieski, y parecía sinceramente convencido de encarnar la gran tradición real y caballeresca de Polonia. Un orgullo ingenuo iluminaba su rostro de carrillos pálidos y carnosos en el que la nariz aguileña sobresalía como un signo de voluntad vanidosa e incierta. El cabello, negro y brillante, peinado hacia atrás, dejaba al descubierto una frente alta blanca como el marfil. Había en él algo de pueril y senil, en sus labios rellenos, protuberantes como los de un niño enfurruñado, en sus ojos ligeramente hinchados, de párpados gruesos y pesados, demasiado

grandes quizá para sus ojos, y en su manera de entornar las pestañas, que le dibujaba dos arrugas profundas y rectas en las sienes. Tenía la piel de la cara recubierta de una fina película de sudor que la luz de las grandes lámparas holandesas y de los candelabros de plata alineados sobre la mesa, al reflejarse sobre los cristales de Bohemia y las porcelanas de Sajonia, hacía brillar como si tuviera el rostro envuelto en una máscara de celofán.

—Mi única ambición —dijo Frank apoyando las manos en el canto de la mesa y reclinándose sobre el respaldo de la silla— es elevar al pueblo polaco al honor de la civilización europea y convertir a este pueblo sin cultura... —pero se interrumpió, como si una sospecha cruzase su mente, y tras clavar en mí la mirada añadió en alemán—: *Aber... Sie sind ein Freund der Polen, nicht wahr?*

—*Oh, nei!!* —respondí.

—*Come!* —exclamó Frank en italiano—, *non siete forse un amico dei polacchi?*

—Nunca he ocultado —respondí— que soy un amigo sincero del pueblo polaco.

Frank me escudriñó con una mirada de profunda sorpresa. Tras un momento de silencio me preguntó con voz lenta:

—¿Y por qué hace un momento ha dicho que no?

—He dicho que no —dije dedicándole una amable sonrisa— casi por la misma razón por la cual un obrero ruso, en Ucrania, le contestó que no a un oficial alemán. Me encontraba en la aldea de Pestchanka, en Ucrania, en el verano de 1941, y una mañana decidí visitar el gran koljós que hay a las afueras de la aldea, el koljós Voroshílov. Los rusos habían abandonado Pestchanka sólo dos días antes. Era el koljós más grande y más rico de todos los que yo había visto hasta entonces. Todo estaba en perfecto orden, pero las cuadras estaban vacías y las caballerizas, desiertas. En los silos no había un solo grano de trigo y en los heniles, ni una brizna de heno. Un caballo caminaba cojeando por el patio; era un caballo viejo, ciego y cojo.

»A1 fondo del patio, bajo una amplia marquesina, había alineadas cientos y cientos de máquinas agrícolas, la mayor parte de factura soviética, otras muchas húngaras, otras italianas, otras incluso alemanas, suecas o americanas. Los rusos, al retirarse, no incendiaban los koljoses, no prendían fuego a la mies madura y las selvas de girasoles, no destruían las máquinas agrícolas, sino que se llevaban los tractores, los caballos, el ganado, el forraje, las sacas de trigo y las semillas de girasol. Las máquinas de labranza ni las tocaban, ni siquiera las trilladoras; las dejaban intactas. Se contentaban con llevarse los tractores. Un obrero con un peto de color turquesa engrasaba una gran trilladora, encorvado sobre las ruedas y los engranajes. Yo me había quedado de pie en el centro del

patio y lo veía trabajar desde lejos. Engrasaba las máquinas, seguía realizando su trabajo como si la guerra fuese algo lejano, como si la guerra ni siquiera hubiera rozado la aldea de Pestchanka. Después de algunos días de lluvia había salido el sol, el aire era cálido y los charcos de agua fangosa reflejaban un cielo azul pálido surcado de finas nubes de color blanco.

»En un momento dado entró en el koljós un oficial alemán de las SS seguido de varios soldados. El oficial se detuvo con las piernas separadas en medio del patio y miró en derredor. De vez en cuando se daba la vuelta para decirles algo a sus hombres; en su boca rosácea resplandecían varios dientes de oro. Al cabo de un rato, vio al obrero encorvado engrasando la máquina y lo llamó.

»—Du, komm hier!

»El obrero se acercó renqueando. También él era cojo, por eso lo habían dejado atrás, porque era cojo. Aferraba con la mano derecha una gran llave inglesa y con la izquierda una aceitera de latón. Al pasar junto al caballo le dijo algo en voz baja, y el caballo ciego le frotó la espalda con el hocico y dio unos pasos tras él, cojeando. El obrero se detuvo frente al oficial y se quitó la gorra. Tenía el pelo negro y encrespado, la cara gris y flaca y los ojos opacos. Sin duda un judío.

»—*Du bist Jude, nicht wahr?* —le preguntó el oficial.

»—*Nein, ich bin kein Jude* —respondió el obrero sacudiendo la cabeza.

»—*Chto? Ti nie evrey? Ti evrey!* ¡Eres judío! —le repitió en ruso el oficial.

»—*Da, ja evrey, sí, soy judío* —le contestó el obrero en ruso.

»El oficial se quedó mirándolo largo rato en silencio. Luego le preguntó lentamente:

»—¿Y por qué hace un momento me has dicho que no?

»—Porque me lo ha preguntado en alemán —respondió el obrero.

«—¡Fusiladlo! —dijo el oficial.

Frank abrió la boca y dejó escapar una estentórea y cordial carcajada. El resto de los comensales reía escandalosamente, echándose hacia atrás sobre los respaldos de las sillas.

—Ese oficial —dijo Frank cuando la hilaridad de los comensales hubo disminuido— respondió de una forma virtuosa; pudo haber reaccionado mucho peor. Pero no era un hombre de ingenio. De haberlo sido, tal vez lo hubiera tomado a risa. *J'aime les hommes spirituels* —agregó inclinándose con amabilidad—, *et vous avez beaucoup d'esprit*. El ingenio, la inteligencia, el arte, la cultura

ocupan el lugar de honor en el *Burg* alemán de Cracovia. Quiero resucitar en el Wawel una corte italiana del Renacimiento, convertir el Wawel en una isla de civilización y cortesía en el corazón de la barbarie eslava. ¿Sabe que hasta he conseguido crear una filarmónica polaca en Cracovia? Como es natural, todos los miembros de la orquesta son polacos. Furtwängler y Karajan vendrán a Cracovia la primavera próxima para dirigir un ciclo de conciertos. ¡Ah, Chopin! — exclamó de improviso levantando la mirada al cielo y moviendo los dedos por el mantel como si fuera el teclado de un piano—. ¡Ah, Chopin, ángel de blancas alas! ¡Qué importa si es un ángel polaco! En el firmamento de la música hay espacio incluso para los ángeles polacos. Y a los polacos, sin embargo, no les gusta Chopin.

—¿No les gusta Chopin? —pregunté con dolor osa sorpresa.

—El otro día —prosiguió Frank con voz triste—, en un concierto dedicado a Chopin, el público polaco no aplaudió. Ni un batir de palmas, ni un gesto de aprecio por aquel blanco ángel de la música. Yo miraba al numeroso público, silencioso e inmóvil, e intentaba comprender la razón de aquel gélido silencio, miraba aquellos miles y miles de ojos brillantes, aquellas frentes pálidas, templadas todavía por la fulgente caricia del ala de Chopin, miraba aquellos labios aún exangües por el triste y dulcísimo beso del ángel blanco, e intentaba justificar en mi corazón aquella muda, marmórea y espectral inmovilidad del numeroso público. ¡Ah, pero yo conquistaré a este público con las artes, con la poesía, con la música! Seré el Orfeo polaco. ¡Ja, ja, ja! ¡El Orfeo polaco! —Y rompió a reír de forma extraña, cerrando los ojos y apoyando la cabeza sobre el respaldo de la silla. Estaba pálido, resollaba y el sudor le perlaba la frente.

En ese preciso momento, frau Brigitte Frank, *die deutsche Königin von Polen*, enarcó la ceja mientras volvía la cara en dirección a la puerta, y al hacerlo la puerta se abrió y, sobre una inmensa fuente de plata, entró un salvaje e hirsuto jabalí colocado en pose agresiva sobre un lecho de arándanos.

Era el jabalí que Keith, el jefe de protocolo del *Generalgouvernement* de Polonia, había matado con su fusil en los bosques de Lublin. La fiera furibunda estaba en guardia sobre el lecho de arándanos como si se encontrara sobre un lecho de zarzas en la espesura de una arboleda, lista para abalanzarse sobre los incautos cazadores y su feroz jauría. De sus fauces porcinas despuntaban dos colmillos blancos y curvos; sobre el dorso brillante y húmedo de grasa, entre la piel crujiente agrietada por el ardor del fuego, se levantaban las duras cerdas negras. Y yo sentí nacer en mi corazón una oscura simpatía por aquel noble jabalí polaco, por aquel «miliciano» montaraz de los bosques de Lublin. Al fondo de sus oscuras órbitas se distinguía un resplandor plateado y sanguino, un

brillo frío y purpúreo, algo vivo y secreto, casi como una mirada quemada por un gran fuego profundo. Era el mismo brillo plateado y purpúreo que había visto relucir en la mirada de los campesinos, leñadores y obreros polacos en los campos de las orillas del Vístula, en los bosques de los montes Tatra y Zakopane, en las fábricas de Radom y Czystochowa, en las minas de sal de Wielicka.

—*Achtung!* —dijo Frank, que levantó el brazo y hundió un largo cuchillo en el dorso del jabalí.

Tal vez fuera la viva llama que ardía en la gran chimenea, tal vez la abundancia de manjares, tal vez los preciosos vinos de Francia y Hungría, el caso es que yo sentía que los colores se me subían a la cara. Estaba sentado a la mesa del rey alemán de Polonia, en la gran sala del Wawel, en la antigua, noble, rica, docta y real ciudad de Cracovia, en medio de la pequeña corte de aquella ingenua, cruel y vanidosa réplica alemana de un señor italiano del Renacimiento, y un melancólico acceso de pudor hacía que se me encendiera la frente. Desde el principio de la cena, Frank había hablado de Platón, Marsilio Ficino y los jardines Oricellari (Frank estudió en la Universidad de Roma, habla italiano a la perfección, con un ligero acento romántico influencia de Goethe y Gregorovius, ha pasado días enteros en los museos de Florencia, Venecia y Siena, y conoce Perugia, Lucca, Ferrara y Mantua; es un enamorado de Schumann, de Chopin y de Brahms, y toca el piano divinamente), y de Donatello, Poliziano y Botticelli, y al hablar cerraba los ojos hechizado por la música de sus propias palabras.

Le sonreía a frau Brigitte con la misma gracia con la que Celso, en el diálogo de Agnolo Firenzuola, le sonrío a la bella Amorriscia. Durante la conversación, acariciaba a frau Wächter y a frau Gassner con la misma mirada amorosa con la que Borso d'Este acariciaba los hombros desnudos y la rosada frente de las floridas ferraresas en el palacio Schifanoia. Se volvía hacia el gobernador de Cracovia, el joven y elegante Wächter, el vienes Wächter, uno de los asesinos de Dollfuss, con la misma amable gravedad con que Lorenzo el Magnífico, durante los alegres cenáculos de villa Ambra, se volvía hacia el joven Poliziano. Y Keith, Wolsegger, Emil Gassner y Stahl respondían a sus corteses palabras con la dignidad y la cortesía que Baldassarre Castiglione recomienda al cortesano ideal de la corte ideal. El hombre de Himmler era el único que, sentado al fondo de la mesa, callaba y escuchaba. Y acaso escuchara el grave sonido de los pasos en las habitaciones contiguas, donde quienes atendían a su magnífico señor no eran los cetreros con el halcón encapuchado sobre el puño protegido por el guante de cuero, sino los severos escoltas de las SS, armados con fusiles ametralladores.

Yo sentía acudir a mi frente el mismo rubor que me encendía el rostro cuando (tras recorrer en coche las desiertas llanuras nevadas entre Cracovia y Varsovia, entre Lodz y Radom, entre Lviv y Lublin, a

través de ciudades tristes y aldeas miserables habitadas por gentes pálidas y flacas, con los rostros marcados con la impronta del hambre, la angustia, la servidumbre, la desesperación, y, en sus ojos claros y opacos, aquella mirada pura, que es la mirada del pueblo polaco caído en desgracia) a última hora de la tarde me presentaba en la *Deutsches Haus* de alguna ciudad brumosa para pasar en ella la noche, acogido entre voces roncadas, risotadas estentóreas y el olor cálido de la comida y las bebidas; y me daba la impresión de entrar, como por arte de magia, en una corte expresionista alemana salida de la imaginación de Grosz. En torno a las mesas, ricamente dispuestas, me encontraba las nuca, los vientres, las bocas y las orejas de los dibujos de Grosz, y aquellos ojos alemanes, fríos y firmes, aquellos ojos de pez. Y un triste pudor acudía en ese momento a mi frente al mirar uno por uno a los comensales sentados en torno a la mesa del rey alemán de Polonia en la gran sala del *Wawel*; volvía a mis ojos la muchedumbre pálida y flaca de las calles de Varsovia, de Cracovia, de *Czestochowa*, de *Lodz*, la muchedumbre con la frente húmeda de sudor, de hambre, de angustia, errando por las aceras cubiertas de nieve fangosa; las tristes casas, los orgullosos palacios de donde salían todos los días, en secreto, los tapices, la plata, los cristales, las porcelanas, todos aquellos antiguos distintivos de riqueza, de vanidad y de gloria.

—¿A qué ha ido hoy a la calle *Batorego*? —me preguntó Frank con una sonrisa maliciosa.

—¿A la calle *Batorego*? —dije yo.

—Sí, me parece que se llama *ulica Batorego*, ¿verdad? —repitió Frank mirando a Emil Gassner.

—*Ja, Batoristrasse* —respondió Gassner.

—Y así pues ¿qué ha ido a hacer usted en casa de esas señoritas...? ¿Cómo se llaman?

—*Fräulein Urbanski* —respondió Gassner.

—*Fräulein Urbanski*. Dos señoritas de cierta edad, si no me equivoco, idos solteronas! ¿Qué ha ido a hacer a casa de las señoritas *Urbanski*?

—Y usted que todo lo sabe —dije—, ¿no sabe qué he ido a hacer a la calle *Batorego*? He ido a llevarles pan a las señoritas *Urbanski*.

—¿Pan?

—Sí, pan italiano.

—¿Pan italiano? ¿Y lo ha traído consigo desde Italia?

—Lo he traído conmigo desde Italia. Quisiera haberles llevado a las señoritas *Urbanski* un ramo de rosas de Florencia. Pero el camino

de Florencia a Cracovia es largo y las rosas se marchitan rápido. De modo que he traído pan.

—¿Pan? —exclamó Frank—. ¿Le parece que falta pan en Polonia? —Y señaló con un gesto amplio las fuentes de plata, llenas de blancas hogazas de aquel suave pan polaco de corteza fina, crujiente y lisa como la seda. Una sonrisa de ingenua sorpresa le iluminaba el rostro pálido y grueso.

—El pan polaco es triste —dije.

—Sí, es verdad, las rosas de Italia son más alegres. Debí traerles un ramo de rosas de Florencia a las señoritas Urbanski. Habría sido un bonito recuerdo de Italia. Claro que quizá no ha ido a esa casa tan sólo para ver a esas dos viejas señoritas, *nicht wahr?*

—*Oh! Vous êtes méchant* —dijo frau Wächter amonestando cariñosamente a Frank con el dedo.

Frau Wächter era de Viena y le encantaba hablar francés.

—Una tal princesa Lubomirska, ¿no es cierto? —prosiguió Frank riendo—. ¡Lili Lubomirska, Lili, *ach so*, Lili!

Todos se echaron a reír, y yo callaba.

—¿También a Lili le gusta el pan italiano? —preguntó

Frank, y sus palabras fueron acogidas con carcajadas por parte de los comensales.

Entonces yo me volví sonriendo hacia frau Wächter y le dije:

—Je ne suis pas un homme d'esprit, je ne sais pas repondre. Voulez-vous repondre pour moi?

—*Oh, je sais que vous n'êtes pas un homme d'esprit* —dijo amablemente frau Wächter—, pero habría sido fácil contestar que Polonia e Italia son pueblos amigos. Y no hay mejor pan que el pan de la amistad, *n'est-ce pas?*

—Gracias —dije.

—*Ach so!* —exclamó Frank. Y pasado un instante añadió—: Olvidaba que es usted un gran amigo del pueblo polaco, quiero decir de la nobleza polaca.

—Todos los polacos son nobles —dije.

—Sin duda —dijo Frank—, yo no hago distinciones entre un príncipe Radziwill y un cochero.

—Se equivoca —dije.

Todos me miraron maravillados, y Frank me sonrió.

En ese preciso momento la puerta se abrió con cuidado y sobre una fuente de plata entró la oca asada, colocada de costado en medio de una corona de patatas doradas en su grasa. Era una oca polaca,

redonda y adiposa, de seno florido, flancos abundantes y cuello musculoso; y, no sé por qué, se me ocurrió que no la habían degollado a cuchillo, a la manera antigua, sino que había sido fusilada contra un muro por un pelotón de las SS. Me pareció oír la seca voz de mando, «*Feuer!*», y el repentino crepitar de la descarga de los fusiles. La oca habría caído sin duda con la cabeza en alto, mirando a la cara de los crueles opresores de Polonia.

—*Feuer!* —grité en voz alta, como para darme verdadera cuenta del significado de aquel grito, aquel sonido ronco, aquella seca voz de mando, casi como si esperara oír el repentino crepitar de la descarga de los fusiles en la gran sala del Wawel.

Y todos se echaron a reír, reían echando la cabeza hacia atrás, y frau Brigitte Frank me miraba de hito en hito, con ojos brillantes llenos de sensual alegría en su rostro encendido y algo sudado.

—*Feuer!* —gritó Frank a su vez.

Y todos se echaron a reír aún más fuerte, inclinando la cabeza sobre el hombro derecho y mirando a la oca con el ojo izquierdo cerrado, como si apuntaran con la mirilla.

Entonces también yo me eché a reír, y una leve sensación de vergüenza fue invadiéndome despacio, algo así como un pudor ofendido, como si yo estuviera «de parte de la oca». Oh, sí, me sentía de parte de la oca, no del lado de quienes apuntaban con el fusil, ni de quienes gritaban «*Feuer!*», ni de todos aquellos que decían: «*Gans kaputt!* La oca está muerta».

Me sentía «de parte la oca», y cuando miraba a la oca pensaba en la vieja princesa Radziwill, en la vieja y querida Bichette Radziwill de pie bajo la lluvia entre las ruinas de la estación de Varsovia, a la espera del tren que debía llevarla a salvo hacia Italia. Llovía, y Bichette llevaba allí dos horas ya, de pie bajo las vigas chamuscadas de la marquesina, en el andén reventado por las granadas de la artillería y las bombas de los Stuka. «*Ne vous préoccupez pas pour moi, mon cher, je suis un vieille poule*», le decía a Soro, el joven secretario de la legación italiana, y de vez en cuando sacudía la cabeza para dejar caer las gotas de agua que se acumulaban en el ala de su sombrero de fieltro. «Si supiera dónde encontrar un paraguas —decía Soro—. *Un parapluie, voyons, ce serait ridicule, a mon age*», y se reía mientras explicaba, con esa voz suya, con ese acento, con ese abrir y cerrar de pestañas, al pequeño grupo de parientes y amigos que habían conseguido obtener permiso de la Gestapo para acompañarla a la estación, toda clase de anécdotas sobre su penosa odisea a través de los territorios ocupados por los rusos y los alemanes; como si su piedad, su caridad y su orgullo no le permitieran hundir la mirada en la espantosa tragedia polaca. La lluvia se deslizaba por su rostro y se llevaba el colorete de las mejillas. Los cabellos blancos, manchados de amarillo, sobresalían

por debajo del sombrero de fieltro en pringosos y sucios mechones chorreantes de agua. Llevaba allí dos horas ya, de pie bajo la lluvia, con los zapatos hundidos en la mezcla de fango y carbón que recubría el andén, pero estaba alegre, viva, llena de entusiasmo, preguntaba por esto y por lo otro, por familiares, amigos, muertos, prófugos, detenidos, y cuando alguien le contestaba «No hemos sabido nada más», Bichette exclamaba «*Pas possible?*», como si quisieran escatimarle una historia amena, un gracioso *potin*. «*Ah, que c'est amusant!*», exclamaba cuando le contestaban: «Fulano está vivo». Y dado el caso que alguien le contestase «Fulano está muerto, mengano ha sido detenido», Bichette adoptaba una expresión irritada y exclamaba «*Est—ce possible?*», como si dijese «*Vous vous moquez de moi*», casi como si le hubieran contado una historia inverosímil. Le pedía a Soro que la pusiera al día de los chismes de Varsovia, y al mirar a los soldados y oficiales alemanes que pasaban por el andén, decía: «*Ces pauvres gens*», con un acento indefinible, un acento antiguo, como si lamentara intimidarlos con su presencia, como si se apiadase de ellos, como si la destrucción de Polonia fuese una terrible desgracia sobrevenida a aquellos pobres alemanes.

En un momento dado, un oficial alemán se acercó con una silla, se inclinó frente a Bichette y le ofreció la silla en silencio. Bichette se volvió hacia él y, con la mejor de sus sonrisas y un acento delicioso libre de la más mínima sombra de desprecio, le dijo: «*Merci, je n'accepte politesses que de mes amis*». El oficial se quedó asombrado, al principio fingió no haber comprendido, luego se sonrojó, dejó la silla sobre el andén, hizo una inclinación y se alejó en silencio. «*Voyons —dijo Bichette—, une chaise, quelle idee!*» Miraba la silla solitaria bajo la lluvia y decía: «*C'est incroyable comrne ils se sentent chez eux, ces pauvres gens*». Y yo pensaba en aquella vieja señora polaca de pie bajo la lluvia y me sentía de parte de la oca, de parte de la princesa Bichette Radziwill y de la silla solitaria bajo la lluvia.

—*Feuer!* —repitió Frank.

Y la oca caía hacia atrás bajo la descarga de los fusiles, contra las paredes en ruinas de la estación de Varsovia, mientras sonreía al pelotón de fusilamiento.

Ces pauvres gens! Yo me sentía de parte de la oca, de parte de Bichette y de la silla solitaria bajo la lluvia, sobre el andén fangoso, entre las ruinas de la estación de Varsovia.

Todos se reían, la única que no reía era la reina, sentada en actitud rígida y solemne, como en un trono. Iba vestida con una amplia falda de campana de terciopelo verde, sin cinturón y con el borde inferior orlado con una franja alta de color púrpura. Las mangas, anchas y largas, de antiguo corte alemán, unidas al hombro

con pliegues redondos que parecían rellenos de aire, se levantaban sobre la espalda formando un noble arco y caían sobre los brazos haciéndose más anchas a medida que bajaban hacia las muñecas. Sobre la falda verde lucía una capa grande de tul del mismo color púrpura que la franja. El peinado era sencillo, con el pelo recogido en un moño en la parte alta de la cabeza. Una doble hilera de perlas ceñía su frente a modo de diadema. Y ahí estaba, gorda, rechoncha, con los brazos resplandecientes de brazaletes de oro y las manos cargadas de anillos demasiado estrechos que estrujaban sus carnosos dedos, sentada en actitud gótica, oprimida por la falda de terciopelo y la capa de tul como si de una pesada armadura se tratase.

Una insolente máscara de sensualidad cubría su rostro brillante y congestionado. Con todo, algo puro, melancólico, abstracto, relucía en su mirada. Su atención estaba fija en los alimentos servidos en los preciosos platos de Meissen, en el vino perfumado que chispeaba en la cristalería de Bohemia, y una expresión de avidez insaciable, de furia golosa casi, pulsaba en sus narinas y palpitaba en sus abultados labios, imprimiendo una malla de pequeñas arrugas que se dilataba y se contraía en torno a la nariz y la boca con el resuello fatigoso de su respiración. Suscitaba en mí una mezcla de asco y compasión. *Quizás estuviera hambrienta.* Quise acudir en su ayuda, levantarme, inclinarme sobre la mesa, introducirle en la boca un gran pedazo de oca con las manos y cebaría con patatas. Por momentos temía que, vencida por el hambre, desfalleciese dentro de la falda verde y que su cabeza se hundiera en el plato rebosante de comida grasienta, y entonces clavaba los ojos en su rostro congestionado, en su seno henchido y compacto bajo la pesada armadura de terciopelo; pero al final lo que me impedía socorrerla era su mirada abstracta y pura, aquella luz virgen, clara y transparente que resplandecía en sus ojos húmedos.

Aunque comían y bebían con avidez, tampoco los demás comensales apartaban la mirada de la cara de la reina, la espiaban con sus ojos brillantes, como si también ellos temieran verla hundiendo la cabeza, vencida por el hambre, en el plato rebosante de grandes trozos de oca y patatas asadas. Había momentos en que se quedaban mirándola estáticos y temerosos, boquiabiertos, con la punta del tenedor apoyada en los labios o la copa levantada en el aire. El propio rey seguía con mirada atenta todos y cada uno de los gestos de la reina, pronto a anticiparse a sus deseos, adivinar sus movimientos más imperceptibles, distinguir hasta el más leve gesto de su rostro.

La reina, sin embargo, aguantaba inmóvil e impasible, dejando caer de vez en cuando una mirada pura y abstracta sobre los comensales. Principalmente sobre el gobernador de Cracovia, el joven Wächter, esbelto, elegante, de aspecto inocente, con unas manos blancas que ni siquiera la sangre de Dollfuss había conseguido

manchar. O sobre la cara de abad de Emil Gassner, vienes también él, con su sonrisa irónica y falsa y su mirada huidiza, quien tímido, casi asustado, bajaba la mirada cada vez que el ojo virgen de la reina se posaba en él. O más a menudo todavía sobre el líder del Partido Nationalsocialista alemán en el *Generalgouvernement* de Polonia, el atlético Stahl, con su fría y afilada tez gótica, con su frente coronada por una invisible rama de roble, inclinado en dirección a la impasible estatua de carne de la reina, quien, encerrada en su pesada armadura de terciopelo verde y asiendo en su puño rollizo el delicado cáliz de cristal, escuchaba con aire distraído, absorta en sus pensamientos secretos, elevados y puros.

Yo mismo, distrayéndome de tanto en tanto de la contemplación de la reina, dejaba errar la vista entre los comensales y me demoraba en el rostro risueño de frau Wächter, los blancos brazos de frau Gassner, la frente encarnada y húmeda del jefe de protocolo del *Generalgouvernement*, Keith, que hablaba de cacerías de jabalíes en los bosques de Lublin, de las feroces jaurías de sabuesos de Volinia, de las batidas por los bosques de Radziwillow. O me quedaba contemplando a los *Staatsekretare* Bóppele y Bühler, comprimidos en sus uniformes de tela gris con el brazalete rojo con la cruz gamada negra, quienes, con las sienes perladas de sudor, las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes, respondían de vez en cuando, gritando casi, «Ja! Ja!» a cada «*Nicht wahr?*» del rey. O me quedaba mirando al barón Wolsegger, un viejo señor tirolés con el pelo cano, una peculiar barbilla blanca al estilo mosquetero, ojos claros y rostro bermejo, e intentaba recordar dónde había visto yo antes aquel rostro orgulloso y noble; y desandando el camino de la memoria, año a año, país a país, llegué a Donaueschingen, en Württemberg, donde, en el jardín del castillo de los príncipes de Fürstenberg, en un estanque de mármol rodeado de blancas estatuas de Dianas y ninfas, manan las fuentes del Danubio. Me asomé a la cuna del joven río y contemplé durante largo rato el trémulo manantial de agua, luego llamé a la puerta del castillo, crucé el gran vestíbulo, subí la escalera de mármol, penetré en la inmensa sala de cuyos muros cuelgan los lienzos de la *Pasión gris* de Holbein, y allí, ante la pared de tonos claros, vi el retrato del caudillo Wallenstein. Sonreí ante aquel recuerdo lejano y le sonreí también al barón "Wolsegger. Y de pronto mi mirada se posó en el hombre de Himmler.

Fue como si en ese momento lo viera por primera vez, y sentí un sobresalto. El me observaba también y nuestras miradas se encontraron. Aquel hombre de nombre prohibido, de nombre impronunciable, era de mediana edad, no más de cuarenta años, cabello oscuro, ya cano en las sienes, nariz afilada, labios finos y pálidos y ojos extraordinariamente claros. Unos ojos grises, tal vez azules, o quizá blancos, parecidos a los de un pez. Una larga cicatriz le cruzaba la mejilla izquierda. Algo en él me turbó de repente: eran las orejas, diminutas, exangües, como de cera, con unos lóbulos

transparentes, de una transparencia similar a la de la cera y la leche. Me vino a la memoria el Ambrosio del cuento de Apuleyo, a quien, después de que los lémures le royeran las orejas mientras velaba a un muerto, volvieron a pegárselas con cera. Había algo blanduzco, desnudo, en su rostro. Por más que el cráneo pareciese modelado de manera tosca, por la fuerza, y que los huesos de la frente fueran firmes y estuviesen bien acoplados, daba la impresión de que tuviera que ceder al contacto de los dedos, como el cráneo de un niño recién nacido; parecía el cráneo de un cordero. Y al igual que los corderos, tenía los pómulos enjutos, la cara alargada, los ojos sesgados, algo animal y a la vez infantil. Tenía la frente blanca y húmeda como un enfermo, y hasta el sudor que transpiraba aquella piel blanda y cérea hacía pensar en el sudor del insomnio febril que baña la frente de los tísicos cuando, tendidos boca arriba, aguardan el amanecer.

El hombre de Himmler callaba; me observaba en silencio, y poco a poco caí en la cuenta de que una extraña sonrisa, tímida y dulcísima, bañaba sus labios finos y pálidos. Me miraba sonriendo, por lo que en un primer momento pensé que era a mí a quien sonreía, que de verdad me miraba sonriendo; pero de pronto reparé en que sus ojos estaban vacíos, ni escuchaba las palabras de los invitados ni oía el estrépito de las voces y las risas, ni el tintineo de los cubiertos y los vasos, embelesado como estaba en el cielo alto y puro de la crueldad (aquella «crueldad sufridora» que constituye la verdadera crueldad alemana), del miedo, de la soledad. No había sombra de brutalidad en su rostro, sino más bien una timidez, un extravío, una soledad maravillosa y conmovedora. Tenía la ceja izquierda levantada formando un ángulo en dirección a la sien. Un frío desprecio y un orgullo cruel se precipitaban a pico desde aquella altísima ceja. Mas lo que confería unidad a sus facciones, lo que ensamblaba todos los signos y movimientos de su cara, era aquella crueldad sufridora, aquella maravillosa y triste soledad.

Hubo un momento en que me pareció que algo en él estaba liberándose, que algo vivo y humano, una luz, un color, acaso una mirada, una mirada de niño, nacía en el fondo de sus ojos vacíos. Me parecía verlo descender lentamente, semejante a un ángel, de su excelso, remoto y purísimo cielo; descendía como una araña, como un ángel—araña, lentamente, por un altísimo muro blanco. Como un prisionero que se arrojara en picado desde lo alto del muro de su prisión.

Un rastro de profunda humillación iba extendiéndose poco a poco por su pálido rostro. El hombre de Himmler salía del fondo de su soledad como un pez de su cueva. Nadaba hacia mí mirándome fijamente. Y un inconsciente sentimiento de simpatía se mezclaba con la sensación de espanto que me inspiraba su cara desnuda, su mirada blanca; hasta que me sorprendí pensando en él con una especie de piedad, una suerte de morbosa complacencia producida por el mismo

espanto y la misma simpatía que ese penoso monstruo suscitaba en mí.

De pronto, el hombre de Himmler se inclinó sobre la mesa y, con una tímida sonrisa, me dijo en voz baja:

—Yo también soy amigo de los polacos, *je les aime beaucoup*.

Turbado por esas palabras, y por la voz extraordinariamente dulce y triste del hombre de Himmler, no me di cuenta de que el rey, la reina y todos los comensales se habían puesto en pie y me miraban. Me levanté yo también y seguimos todos a la reina. Vista de pie parecía más gorda, había adquirido el aspecto de una buena burguesa alemana, y hasta el color verde de la falda de terciopelo parecía desvaído. Avanzaba lenta, con cordial dignidad, deteniéndose un instante en el umbral de cada estancia, como para saborear con la mirada el esplendor frío, insolente y estúpido de la decoración, inspirada en ese estilo *Drittes Reich* cuyo modelo más puro se halla en Berlín, en la Cancillería.

A continuación traspasaba el umbral y recorridos unos pasos se detenía de nuevo, levantaba el brazo y mientras me indicaba con él los muebles, los cuadros, las alfombras, las lámparas, las estatuas heroicas de Breker, los bustos del Führer y los tapices decorados con águilas góticas y cruces gamadas, me decía con una sonrisa benevolente:

—Schön, nicht wahr?

La inmensa mole del Wawel, que veinte años antes se me había mostrado en toda su real sobriedad, estaba ahora llena, desde los sótanos hasta lo más alto de la más alta torre, de muebles robados en los palacios de los señores polacos o fruto de los selectivos saqueos llevados a cabo en Francia, Bélgica y Holanda por las comisiones de anticuarios y expertos de Munich, Berlín y Viena, que seguían a los ejércitos alemanes por toda Europa. De las grandes lámparas colgadas del techo llovía una luz violenta, que se reflejaba en las paredes revestidas con paneles de cuero brillante, en los retratos de Hitler, Göring, Goebbels, Himmler y otros capitostes hitlerianos, y en los bustos de mármol y bronce (repartidos un poco por todas partes: pasillos, rellanos de escalera, rincones de habitación, muebles, columnitas de mármol o en hornacinas abiertas en los muros) con la imagen del rey alemán de Polonia posando en varias actitudes inspiradas en la estética decadente de Burckhardt, de Nietzsche, de Stefan George, en la estética heroica de la *Tercera sinfonía* de Beethoven y del *Horst Wessel Lied*, y en la estética decorativa de los anticuarios humanistas de Florencia y Munich. Un olor a pintura fresca, a cuero nuevo, a madera recién pulida, llenaba la atmósfera, ya de por sí cargada.

Hasta que entramos en una gran sala generosamente decorada con muebles *Drittes Reich*, alfombras francesas y tapicería de cuero.

Era el estudio de Frank. El espacio entre las dos altas puertas de vidriera que daban a la galería externa del Wawel (la galería interior da a un patio precioso proyectado por arquitectos renacentistas italianos) estaba ocupado por una inmensa mesa de caoba en la que se reflejaba la llama de las velas clavadas en los brazos de dos pesados candelabros de bronce dorado. La inmensa mesa estaba desnuda.

—Aquí es donde medito sobre el porvenir de Polonia —me dijo Frank al tiempo que alargaba el brazo; y yo sonreí pensando en el porvenir de Alemania.

Frank hizo una señal, las dos altas puertas de vidriera se abrieron y salimos a la galería.

—He aquí el *Burg* alemán —dijo Frank indicándome, con el brazo extendido, la imponente mole del Wawel, cortada duramente sobre la cegadora reverberación de la nieve.

En torno al antiguo palacio de los reyes de Polonia, la ciudad yacía en posición supina, envuelta en su sudario de nieve bajo un cielo despejado que la fina hoz de la luna iluminaba con su tímido halo. Una bruma azulada flotaba sobre el Vístula. En el horizonte, remotas, las montañas Tatra se erguían delicadas y transparentes. Los ladridos de los perros de las SS de guardia ante la tumba de Pilsudski rompían de vez en cuando el profundo silencio de la noche. Hacía un frío tan atroz que me lloraban los ojos. Los cerré un instante.

—¿Verdad que parece un sueño? —dijo Frank.

Cuando volvimos a entrar en el estudio, frau Brigitte Frank vino hacia mí y, apoyando una mano en mi brazo con un gesto familiar, me dijo en voz baja:

—Venga conmigo, quiero desvelarle *su* secreto.

A través de una portezuela abierta en una de las paredes del estudio penetramos en una salita de paredes enjalbegadas completamente desnudas. Ni un mueble, ni una alfombra, ni un cuadro, ni un libro, ni una flor, nada a excepción de un magnífico Pleyel y un taburete de madera. Frau Brigitte Frank levantó la tapa del piano, apoyó una rodilla sobre el taburete y acarició las teclas con sus rechonchos dedos.

—Antes de tomar una decisión importante, o cuando está muy cansado o deprimido, y a veces incluso en medio de una reunión importante —dijo frau Brigitte Frank—, se encierra en esta celda, se sienta frente al piano y solicita sosiego o inspiración a Schumann, a Brahms, a Chopin, a Beethoven. ¿Sabe cómo llamo yo a esta celda? La llamo el nido del águila.

Yo me incliné en silencio.

—Es un hombre extraordinario —añadió, observándome con una mirada llena de orgulloso afecto—, un artista, un gran artista, un espíritu puro y delicado. Sólo un artista como él puede gobernar Polonia.

—Sí, un gran artista —dije—, y con este piano gobierna al pueblo polaco.

—*Oh, vous comprenez si bien les choses!* —dijo frau Brigitte Frank con voz conmovida.

Abandonamos el silencioso «nido del águila», y yo, no sé por qué, permanecí turbado y triste durante un rato. Entretanto nos habíamos recogido en las dependencias privadas de Frank y, abandonados sobre los hondos divanes vieneses y los amplios sillones tapizados con suave piel de gamo, habíamos empezado a fumar y a conversar. Dos camareros con librea turquesa y el pelo corto y duro cortado al estilo prusiano servían café, licores y dulces; sus pasos sonaban amortiguados sobre la mullida moqueta francesa que cubría todo el suelo. Encima de las mesitas venecianas lacadas en verde y oro había repartidas botellas de añejo coñac francés de buena marca, cajitas de puros habanos y bandejas de plata repletas de fruta escarchada y de los famosos bombones Wedel.

Ya fuera por la calidez familiar del ambiente o por el dulce crepitar del fuego en el hogar, la conversación fue adquiriendo un tono más cordial, casi íntimo. Y como sucedía siempre en las reuniones de alemanes en Polonia, todo el mundo acabó hablando de los polacos. Como de costumbre, hablaban de ellos con un desprecio vil, aunque mezclado extrañamente con un sentimiento casi morboso, femenino, de desdén, de disgusto, de amor frustrado, de envidia y celos inconscientes. Me volvía al pensamiento la vieja y querida Bichette Radziwill, de pie bajo la lluvia entre las ruinas de la estación de Varsovia, y el acento antiguo con que decía: «*Ces pauvres gens*».

—Los obreros polacos —decía Frank— no son los mejores de Europa, pero tampoco los peores. Cuando quieren, saben trabajar como es debido. Creo que podemos confiar en ellos, sobre todo en su disciplina.

—Lo que pasa es que tienen un problema muy grave —dijo Wächter—, y es que mezclan el patriotismo con los problemas técnicos del trabajo y la producción.

—No son sólo problemas técnicos, son también problemas morales —dijo el barón Wolsegger.

—La técnica moderna —replicó Wächter— no tolera la intromisión de elementos ajenos en los problemas del trabajo y la producción. Y de todos los elementos ajenos a los problemas de la producción, el patriotismo obrero es el más peligroso.

—Por supuesto —dijo Frank—, pero el patriotismo de los obreros es muy distinto del de la nobleza y la burguesía.

—La patria del obrero es la máquina y el taller —dijo el hombre de Himmler en voz baja.

—Ésa es una idea comunista —dijo Frank—, creo que es una consigna de Lenin. Pero en el fondo refleja una verdad. El obrero polaco es un buen patriota, ama a su país, pero sabe que la mejor manera de salvar Polonia es trabajando para nosotros. Sabe que si se niega a trabajar para nosotros —añadió mirando al hombre de Himmler—, que si se resiste...

—Nosotros sabemos muchas cosas —cortó el hombre de Himmler—, pero el obrero polaco no las sabe, o no quiere saberlas. Yo mismo preferiría no saberlas —agregó con una sonrisa tímida.

—Si quieren ganar la guerra —dije—, no deben destruir la patria del obrero. No deben destruir las máquinas, los talleres ni las industrias. El problema no se da sólo en Polonia, sino en toda Europa. También en el resto de los países europeos conquistados por Alemania puede destruirse la patria de la nobleza, la patria de la burguesía, pero no la patria de los obreros. Tal como yo lo veo, todo el sentido de esta guerra reside, por lo menos en gran parte, en este punto.

—Los campesinos —dijo el hombre de Himmler.

—Si es preciso —dijo Frank—, aplastaremos a los obreros bajo el peso de los campesinos.

—Y entonces perderán la guerra —dije.

—Herr Malaparte lleva razón —dijo el hombre de Himmler—, perderemos la guerra. Tenemos que ganarnos el afecto de los obreros polacos. Debemos conseguir que los obreros polacos nos tomen afecto. —Me miraba sonriendo al hablar; luego calló y se volvió hacia el fuego.

—Los polacos acabarán queriéndonos —dijo Frank—. Son un pueblo romántico. La nueva forma del romanticismo polaco de mañana será el amor por los alemanes.

—Por ahora —dijo el barón Wolsegger— el romanticismo polaco... Hay un dicho vienes que describe muy bien nuestra situación en relación con el pueblo polaco: «*Ich liebe dich, und du schlafst*», yo te amo y tú duermes.

—*Oh, oui!* —dijo frau Wächter—. *Je t'aime et tu dors. Tres amusant, n'est-ce-pas?*

—*Ja, so amusant!* —dijo frau Brigitte Frank.

—No me cabe duda de que el pueblo polaco acabará amándonos —dijo Wächter—, pero por el momento duerme.

—A mí me parece más bien que finge dormir —dijo Frank—. En el fondo no pide más que dejarse amar. Todos los pueblos pueden juzgarse en función de sus mujeres.

—Las mujeres polacas —dijo frau Brigitte Frank— son famosas por su belleza y su elegancia. *Est—ce que vous les trouvez tellement jolies?*

—Yo las encuentro admirables —respondí—, y no sólo por su elegancia y su belleza.

—A mí no me parecen tan bonitas como dicen —replicó frau Brigitte Frank—; la belleza de las mujeres alemanas es más severa, más auténtica, más clásica.

—*II y en a pourtant qui sont tres jolies et tres elegantes* —dijo frau Wächter.

—En Viena, en los viejos tiempos —dijo el barón Wolsegger—, se las tenía por más elegantes que las mismas parisinas.

—*Ah, les Parisiennes!* —exclamó Frank.

—*Est—ce qu'il y a encoré des Parisiennes?* —preguntó frau Wächter inclinando la cabeza sobre el hombro con donaire.

—A mí me parece que la elegancia de las mujeres polacas es espantosamente provinciana y démodée —dijo frau Brigitte Frank—, y no es culpa sólo de la guerra. También Alemania lleva dos años y medio en guerra, y las mujeres alemanas son, hoy por hoy, las más elegantes de Europa.

—*II parait* —dijo frau Gassner— *que les femmes polonaises ne se lavent pas souvent.*

—*Oh, oui! Elles sont terriblement sales* —dijo frau Brigitte Frank sacudiéndose la falda de terciopelo con un ruido que se propagó por toda la estancia.

—No es culpa suya —dijo el barón Wolsegger—, no tienen jabón.

—Dentro de poco no podrán alegar ningún pretexto. En Alemania han encontrado el modo de fabricar jabón con una materia que no cuesta nada y de la que hay en abundancia. He pedido ya una gran partida para distribuirla entre las señoras polacas, para que puedan lavarse. Se trata de un jabón hecho con excrementos.

—¿Con excrementos? —grité.

—Sí, con excrementos humanos —contestó Frank.

—¿Y es bueno ese jabón?

—Excelente —dijo Frank—. Lo probé para afeitarme y quedé encantado.

—¿Y hace buena espuma?

—Una espuma maravillosa. Se afeita uno de perlas. Un jabón digno de reyes.

—*God shave the King!* —exclamé.

—Lo que ocurre es que... —añadió el rey alemán de Polonia.

—Lo que ocurre es que... —repetí yo conteniendo la respiración.

—Sólo tiene un defecto: el olor y el color siguen siendo los mismos.

Sus palabras fueron recibidas con una explosión de carcajadas. «*Ach so! Ach so! Wunderbar!*», gritaban todos. Y vi cómo una lágrima de deleite se deslizaba por la mejilla de frau Brigitte Frank, *die deutsche Königin von Polen*.

V

LAS CIUDADES PROHIBIDAS

Llegué a Varsovia en coche desde Radom a través de la inmensa llanura polaca sepultada bajo la nieve. Al entrar en Varsovia, los miserables suburbios devastados por los bombardeos, la Marszalkowska, flanqueada por los esqueletos de los edificios renegridos por los incendios, las ruinas de la estación de ferrocarril y las negras casas asoladas a las que la luz pálida de la tarde daba un aspecto todavía más crudo me parecieron casi un grato refugio, amén de un descanso para mis ojos cegados por el brillo de la nieve.

Las calles estaban desiertas, los pocos viandantes que había huían pegados a los muros y las patrullas de soldados alemanes montaban guardia en los cruces con las ametralladoras a punto. La plaza Saski me pareció inmensa, espectral. Alcé la vista hacia el primer piso del hotel Europejski y busqué la ventana de la habitación en la que había pasado dos años, entre 1919 y 1920, cuando era un joven agregado diplomático de la Real Legación de Italia. La ventana estaba iluminada. Me detuve en el patio del palacio Brühl, crucé el vestíbulo y puse el pie sobre el primer peldaño de la escalinata de honor.

El gobernador alemán de Varsovia, Fischer, me había invitado aquella noche a la cena en homenaje al *Generalgouverneur* Frank, a frau Brigitte Frank y a algunos de los colaboradores principales del *Generalgouverneur*. El palacio Brühl, sede en tiempos del Ministerio de Asuntos Exteriores de la República de Polonia, y sede ahora de la gobernación alemana de Varsovia, se erguía intacto a dos pasos de las ruinas del hotel d'Angleterre, el antiguo parador donde Napoleón se alojara a su paso por Varsovia. Había sido alcanzado por una única bomba, que había derrumbado el techo de la escalinata de honor y el de la galería interior que conduce a las lujosas dependencias privadas

del antiguo ministro de Exteriores de la República, el coronel Beck, ocupadas ahora por Fischer. Puse el pie sobre el primer peldaño y, mientras comenzaba a subir, levanté la mirada.

En lo alto de la escalinata, flanqueada a ambos lados por sendas filas de esbeltas columnas lisas estucadas de blanco, sin base ni capitel, de un clasicismo moderno, descarnado y violento, aparecieron ante mí, iluminadas crudamente desde la parte inferior, como por unas candilejas, por las lámparas dispuestas entre columna y columna a lo largo de la escalera, dos macizas estatuas de carne que parecían abalanzarse amenazantes sobre mí, que subía despacio los peldaños de mármol rosa. Vestida de lame dorado, con pliegues rígidos y hondos semejantes a las canaladuras de una columna, frau Fischer se erguía solemne, con la frente tocada con un alto torreón de cabellos rubios con reflejos cobrizos, un recogido de lo más singular que evocaba un rico capitel corintio superpuesto de la manera más estrafalaria a una columna dórica. Por debajo del borde de la falda sobresalían dos pies enormes y dos orondas piernas de carnosas pantorrillas a las que la reluciente seda gris de las medias confería un reflejo de acero. Tenía los brazos no ya abandonados, sino extendidos con rigidez a los costados, como vencidos por un gran peso. A su lado se alzaba imponente la alta mole del gobernador Fischer, gordo, hercúleo, comprimido en un traje de noche negro de corte berlinés y mangas demasiado cortas. Tenía la cabeza pequeña, la tez rosácea e inflada, los ojos salidos de las cuencas y los párpados enrojecidos. De vez en cuando, quizás en un intento de engañar a su propia timidez, se lamía los labios con ademán lento y estudiado. Mantenía las piernas separadas, los brazos caídos, rígidos, ligeramente despegados de los flancos, y los gruesos puños cerrados, semejante a la estatua de un boxeador. Y por ilusión de la perspectiva, a mí, que subía la escalinata con pasos parsimoniosos, esas dos figuras macizas me parecían inclinadas hacia atrás, como las estatuas de una fotografía tomada en contrapicado; como sucede con las fotografías, las manos, los pies y las piernas se me antojaban enormes, desproporcionados con respecto al resto de la persona, extrañamente inflados y deformes. Y a cada peldaño crecía en mi interior esa vaga sensación de miedo que se adueña de mí cada vez que, sentado en una butaca en la primera fila de un teatro, veo a un cantante avanzar hacia las candilejas y cernirse sobre mí con el brazo en alto y la boca abierta. En ese preciso instante las dos macizas estatuas de carne alzaron a la vez el brazo derecho y dijeron con voz sonora:

—Heil *Hitler!*

(En ese preciso momento, frente a mis ojos, el gobernador Fischer y frau Fischer se desvanecieron bajo la luz azulada de las lámparas y en su lugar aparecieron las sombras altas y delgadas de madame Beck y el coronel Beck. Madame Beck sonreía mientras se doblaba ligeramente hacia delante para ofrecerme la mano, como si

quisiera ayudarme a subir los últimos peldaños, y el coronel Beck, espigado, delgado, con la cabeza pequeña como la de un pájaro, hacía una reverencia con sobria elegancia inglesa, inclinándose de forma casi imperceptible sobre la rodilla izquierda. Pese a ser de ayer, parecían dos pálidas imágenes lejanas en el tiempo y la memoria; se movían con una gracia espectral sobre el fondo de las ruinas de Varsovia, en medio de las cuales una multitud escuálida, lívida de ira y angustia, desfilaba levantando los brazos y gritando. Madame Beck parecía no percatarse de la multitud que desfilaba a sus espaldas, y sonreía al tiempo que me ofrecía la mano. Mas el coronel Beck, con el rostro blanco y asustado, hacía de vez en cuando además de girarse, moviendo a un lado y a otro su grácil cabecita de pájaro [el fuego azul de las lámparas se reflejaba sobre su cráneo brillante y su nariz prominente], y empujaba con los hombros, como si quisiera esconderlo, el escenario de las ruinas de Varsovia, de las calles atestadas de gente miserable envuelta en pobres pieles o impermeables de goma desteñidos y rasgados y con la frente desnuda o cubierta de viejos cabellos descoloridos por la lluvia y el hielo. Nevaba y, de vez en cuando, de entre la multitud que desfilaba lenta por las aceras, de entre los miles de miradas apagadas, una mirada despierta seguía, con una llama de odio y desesperación, a algún soldado alemán que cruzaba la calle con sus botas herradas. Frente al Bristol y el Europejski, frente al cine de la Nowy Swiat y la iglesia de San Andrés, donde se encuentra custodiado el corazón de Chopin, frente a los escombros de la Marszalkowska y la Krakowskie Przedmieście, frente a las vidrieras hechas añicos de Wedel y Fuchs, grupos de mujeres se daban la vuelta, intercambiaban miradas de cansancio y movían la cabeza con recelo; pandillas de muchachos, que corrían patinando por el hielo, se paraban a mirar el ir y venir de oficiales alemanes en el patio del palacio Potocki, sede de la *Kommandatur*. En torno a las grandes hogueras encendidas en las plazas, turbas silenciosas de hombres y mujeres en cuclillas sobre la nieve extendían las manos hacia el fuego. Todos se giraban para fijar los ojos en las dos pálidas sombras que se movían con elegancia en lo alto de la escalinata de mármol del palacio Brühl, y de cuando en cuando alguno levantaba los brazos y gritaba. Se veían pasar grupos de hombres esposados y escoltados por las SS, y todos volvían la cabeza hacia madame Beck, que me ofrecía la mano con una sonrisa, y hacia el coronel Beck, que movía inquieto su cabecita de pájaro sobre el grácil cuello, empujando con los hombros, como si quisiera esconderlo, recortado contra el miserable escenario de las ruinas de Varsovia, ese paisaje gris y sucio, parecido a una pared con el revoque salpicado de sangre, desconchado y acribillado por los proyectiles de los pelotones de fusilamiento.)

En torno a la mesa del gobernador Fischer, en las dependencias del coronel Beck, volví a encontrarme, además de al

Generalgouverneur Frank y frau Brigitte Frank, a toda la corte del Wawel de Cracovia: frau Wächter, Keith, Emil Gassner, el barón Wolsegger y el hombre de Himmler; camuflados entre ellos, advertí la presencia de tres o cuatro colaboradores de Fischer, gente de aspecto gris y ausente.

—Henos aquí a todos reunidos otra vez —dijo Frank, y me miró con una sonrisa cordial. Y añadió, repitiendo el famoso dicho de Lutero—: *Hier stehe ich und kann nicht anders...*

—*Aber ich kann stets anders, Gott helfe mir!* —respondí.

Mis palabras fueron recibidas con una gran carcajada, y frau Fischer, intimidada por esa, para ella insólita, «*ouverture* de conversación convival» (como dijo Frank en el pomposo lenguaje que gustaba de emplear en los banquetes), me sonrió, entreabrió los labios como si fuera a decir algo, se ruborizó y, deslizando la mirada entre los comensales, dijo:

—Guten Appetit.

Frau Fischer era una mujer joven y florida de expresión ensimismada y dulce. A juzgar por cómo la miraban los hombres, debió de ser una mujer de gran belleza; y aparte de su vulgaridad, sensible tan sólo a un ojo no alemán, debió de ser una mujer ciertamente distinguida. Llevaba el cabello, dorado y liso, con reflejos cobrizos que delataban la insistencia del hierro caliente, peinado en forma de largos tirabuzones enredados sobre la frente, como las greñas de una Medusa cubierta de elásticas culebras que la peluquera, para sujetarlas, hubiera rellenado de cabello humano de un tono más oscuro que el suyo. Sonreía con miedo, apoyaba en el canto de la mesa, con un gesto pueril, los brazos blancos y rollizos, y callaba, limitándose a responder con un dulce *ja* cada vez que alguien le dirigía la palabra. Frau Brigitte Frank y frau Wächter, que al principio de la cena la observaban con una malevolencia insistente e irónica, habían terminado apartando de ella la mirada y concentrando toda su atención en la comida y la conversación, presidida por el *Generalgouverneur* Frank con su habitual elocuencia cargada de vanidad. Frau Fischer lo escuchaba en silencio, mientras lo contemplaba embelesada con sus enormes ojos de muñeca, y no despertó de su hechizo hasta que apareció en la mesa el asado de gamo. El gobernador Fischer explicó cómo él mismo había dado muerte al gamo disparándole entre los ojos, a lo que frau Fischer dijo con un suspiro:

—*So ist das Leben*, así es la vida.

Como dijo Frank, aquélla era una cena en honor de Diana cazadora; y mientras lo decía le dedicó a frau Fischer una sonrisa acompañada de una reverencia galante. Primero se sirvieron los faisanes, luego las liebres, por último el gamo; y la conversación, que en un principio había girado en torno a Diana y sus amores salvajes,

la cacerías cantadas en Homero y Virgilio, pintadas por los pintores alemanes medievales y rimadas por los poetas italianos del Renacimiento, pasó a tratar de las cacerías polonesas, de los cotos de caza de los señores de Polonia, de las jaurías de sabuesos de Volinia y de cuáles eran mejores, si las jaurías alemanas, las polacas o las húngaras. Luego, poco a poco, como siempre, la charla fue desviándose hacia el tema de Polonia y los polacos, para a continuación, como siempre, recaer sobre los hombros de los judíos.

En ningún lugar de Europa se me habían mostrado los alemanes tan desnudos, tan al descubierto, como en Polonia. En el transcurso de mi larga experiencia bélica, me había ido persuadiendo de que los alemanes no les tienen ningún miedo a los hombres fuertes, a los hombres armados que se les enfrentan con valor y les plantan cara. Los alemanes tienen miedo de los indefensos, de los débiles, de los enfermos. El tema del «miedo», de la crueldad alemana como efecto del miedo, se había convertido en el asunto fundamental de toda mi experiencia. Quien sabe mirar ese «miedo» con inteligencia moderna y cristiana, se ve movido a la piedad y al terror; y nunca antes ese miedo había suscitado en mí tanta piedad y tanto terror como entonces en Polonia, donde se me presentaba en toda su complejidad el elemento morboso, femenino, de su naturaleza. Lo que induce a los alemanes a la crueldad, a los actos más fría, más metódica, más científicamente crueles, es el miedo. El miedo a los oprimidos, a los indefensos, a los débiles, a los enfermos, el miedo a los ancianos, a las mujeres, a los niños, el miedo a los judíos. Y por más que se empeñen en esconder este «miedo» misterioso, se ven siempre destinados a acabar hablando de él, y siempre en los momentos más inoportunos, sobre todo en la mesa, donde, ya por el calor del vino y la comida, ya por la confianza en sí mismos que les infunde el no sentirse solos, ya por la inconsciente necesidad de demostrarse que no tienen miedo, los alemanes se descubren y se entregan a departir sobre hambre, fusilamientos y masacres con una complacencia morbosa que revela no sólo rencor, celos, amor frustrado y odio, sino también una indómita abyección, maravillosa y digna de piedad. La misteriosa nobleza de los oprimidos, los enfermos, los débiles, los indefensos, los ancianos, las mujeres y los niños es percibida, sentida, envidiada y temida más por los alemanes que probablemente por ningún otro pueblo de Europa. Y por eso se vengan. En la arrogancia y la brutalidad de los alemanes late una especie de anhelante humillación; en su despiadada crueldad, una honda necesidad de autodenigración; en su misterioso «miedo», una indómita abyección.

Estaba escuchando las palabras de los comensales con una piedad y un terror que en vano me esforzaba por ocultar cuando Frank, percatándose de mi azoramiento, y acaso para hacerme partícipe de su enfermizo sentimiento de humillación, se volvió hacia mí sonriendo con ironía y me preguntó:

—¿Ha ido a ver el gueto, *mein lieber* Malaparte?

Había estado en el gueto de Varsovia unos días antes. Había traspasado el umbral de la «ciudad prohibida», aislada por la alta muralla de ladrillos marrones que los alemanes han construido para encerrar en el gueto, como en una jaula, a esas bestias miserables e indefensas. En la puerta, vigilada por unos escoltas de las SS armados con ametralladoras, estaba colgado el decreto, firmado por el gobernador Fischer, que conminaba con la pena de muerte a todo judío que intentase salir del gueto. Y desde los primeros pasos, como en las «ciudades prohibidas» de Cracovia, de Lublin, de Czestochowa, me sentí aterrorizado por el gélido silencio que reinaba en las calles, atestadas de miserables turbas harapientas y asustadas. Mi primera intención había sido visitar el gueto a solas, sin la supervisión del agente de la Gestapo que me seguía a todas partes como una sombra, pero las órdenes del gobernador Fischer eran inapelables, por lo que también entonces tuve que resignarme a la compañía de la Guardia Negra: un joven alto, rubio, de rostro enjuto y mirada clara y fría. Poseía un rostro bellísimo y una frente alta y pura sobre la que el casco de acero arrojaba una sombra secreta. Caminaba entre los judíos como un ángel del dios de Israel.

El silencio era leve y transparente, parecía flotar en el aire; y en el fondo de aquel silencio se oía el suave crujido de miles de pasos sobre la nieve, semejante a un rechinar de dientes. Mi uniforme de oficial italiano llamaba la atención de la multitud, que levantaba su rostro barbudo para mirarme con sus ojos peludos, enrojecidos por el frío, la fiebre y el hambre; las lágrimas brillaban entre sus pestañas y se escurrían por sus sucias barbas. Cuando entre el gentío me topaba con alguien, le pedía disculpas, le decía «*prosze pana*» y entonces la otra persona levantaba la cara y se quedaba mirándome asombrada e incrédula. Yo sonreía y repetía «*prosze pana*» porque sabía que mi amabilidad era para ellos algo maravilloso, sabía que tras dos años y medio de angustia y bestial esclavitud aquella era la primera vez que un oficial enemigo (no era un oficial alemán, era un oficial italiano, pero no bastaba con no ser un oficial alemán, no, quizá no bastaba con eso) le decía «*prosze pana*» con educación a un pobre judío del gueto de Varsovia.

De vez en cuando me veía obligado a pasar por encima de un muerto; caminaba entre la multitud sin ver dónde ponía el pie, y a veces tropezaba con cadáveres tendidos en la acera rodeados por los candelabros del rito judío. Los muertos yacían abandonados sobre la nieve a la espera de que el carro de los *monatti* pasase para recogerlos; pero, no obstante, como los muertos eran muchos y los carros, escasos, no daba tiempo a retirarlos y los cadáveres permanecían allí días y días, tendidos sobre la nieve entre los candelabros apagados. Muchos yacían por el suelo en las entradas de las casas, en los pasillos, en los rellanos de las escaleras o encima de

una cama en habitaciones llenas de gente pálida y silenciosa. Tenían la barba sucia de nieve y fango. Algunos tenían los ojos completamente abiertos, nos seguían durante un rato con su mirada blanca y miraban pasar a la multitud. Estaban rígidos y duros, parecían estatuas de madera. Recordaban a los muertos judíos de Chagall. Sus barbas parecían azules en aquellos rostros consumidos y amoratados por el hielo y la muerte. De un azul tan puro que recordaba el de ciertas algas marinas. De un azul tan misterioso que recordaba el mar, aquel azul misterioso del mar a determinadas horas misteriosas del día.

El silencio en las calles de la ciudad prohibida, aquel gélido silencio atravesado como un escalofrío por un leve rechinar de dientes, me oprimía de tal modo que a un cierto punto me puse a hablar solo, en voz alta. Todo el mundo se giró para mirarme con expresión de profunda maravilla y miedo en los ojos. Entonces empecé a fijarme en los ojos de la gente. Casi todos los hombres llevaban barba, y las pocas caras afeitadas que se veían resultaban terroríficas, pues en ellas se mostraban desnudas el hambre y la desesperación; en las de los adolescentes crecía disperso un vello rizado de color negruzco o bermejo, y su piel parecía de cera; los rostros de las mujeres y de los niños pequeños parecían de papel. En todos se adivinaba ya la sombra azulada de la muerte. Los ojos de aquellos rostros de color de papel gris, o blancos, con un candor de yeso, parecían extraños insectos que se entretuvieran hurgando en el fondo de las órbitas con sus patas peludas, sorbiendo la poca luz que todavía brillaba en las cuencas. Cuando yo me acercaba, aquellos asquerosos insectos se movían inquietos, abandonaban por un instante su presa, salían del fondo de las órbitas como quien sale de una cueva y me observaban con temor. Eran ojos de una vivacidad extraordinaria, ardientes por efecto de la fiebre; o húmedos y melancólicos. Otros emitían destellos verdosos, parecidos a escarabajos. Otros eran rojos, otros negros, otros blancos, otros apagados y opacos, empañados casi por el fino velo de las cataratas. Los ojos de las mujeres mostraban una entereza audaz y aguantaban mi mirada con insolente desprecio; luego se clavaban en el rostro de mi escolta de la Guardia Negra, y entonces una sombra de miedo y repugnancia los oscurecía de repente. Los más terribles eran los ojos de los niños, mirarlos me resultaba imposible. Sobre aquella muchedumbre negra, vestida con largos caftanes negros y con la frente cubierta con casquetes negros, se veía un cielo de guata sucia, un cielo de algodón hidrófilo.

En los cruces de calles montaban guardia parejas de gendarmes judíos, con la estrella de David estampada con caracteres rojos sobre el brazalete amarillo, inmóviles e impasibles en medio del incesante tráfico de trineos tirados por troicas de muchachos, carritos para niños y carretillas de mano cargadas con muebles, montones de trapos, chatarra y desperdicios de toda índole.

En la esquina de alguna calle se formaban de vez en cuando grupos de gente que golpeaba los pies contra la nieve helada, se sacudía los hombros con la mano abierta y se quedaba allí, apretujada, abrazada, en corros de diez, veinte, treinta personas, para darse un poco de calor. Los miserables cafés de la calle Nalewki, de la calle Przyrynek, de la calle Zakroczymska, estaban llenos de viejos barbudos apretados unos contra otros en pie, callados, quién sabe si para calentarse o para darse ánimos, como hacen los animales. Al aparecer nosotros en el umbral, quienes estaban más cerca de la puerta retrocedían asustados, se oía algún grito de miedo, algún gemido, y luego se hacía de nuevo el silencio, interrumpido por el jadeo de los pechos, un silencio de animales resignados a morir. Todas las miradas convergían en el Guardia Negra que me seguía. Todos observaban su rostro de ángel, aquel rostro que todos reconocían, que todos habían visto relucir cien veces entre los olivos, a las puertas de Jericó, de Sodoma, de Jerusalén. Aquel rostro de ángel mensajero de la cólera de Dios. Entonces yo sonreía, decía «*prosze pana*» y veía cómo a mi alrededor nacía en aquellos rostros de papel mugriento una pobre sonrisa de estupor, de alegría, de gratitud. Yo decía «*prosze pana*», y sonreía.

Brigadas de jóvenes recorrían las calles recogiendo los muertos, irrumpían en los vestíbulos, subían las escaleras y entraban en las habitaciones. Eran jóvenes *monatti*, en su mayoría estudiantes, los más de Berlín, Munich y Viena; los demás, deportados desde Bélgica, Francia, Holanda o Rumania. Muchos habían sido, en tiempos, ricos y felices, habían vivido en bonitas casas, se habían criado entre muebles de lujo, cuadros antiguos, libros, instrumentos musicales, valiosos juegos de plata y frágiles porcelanas, y ahora apenas tenían fuerzas para arrastrar sobre la nieve sus pies envueltos en trapos y sus ropas hechas jirones. Hablaban en francés, en bohemio, en rumano o en el dulce alemán de Viena; eran jóvenes intelectuales formados en las mejores universidades de Europa, zarrapastrosos, hambrientos, devorados por los insectos, doloridos todavía por los golpes, los insultos y los sufrimientos padecidos en los campos de concentración y durante la terrible odisea desde Viena, Berlín, Munich, París, Praga o Bucarest hasta el gueto de Varsovia; con todo, sus rostros desprendían una luz bellísima, había en sus ojos esa joven voluntad de ayudarse, de paliar la inmensa miseria de su pueblo, y en sus gestos y su mirada, un desafío noble y resuelto. Yo me detenía para ver cómo realizaban su nuevo y penoso trabajo y decía en voz baja, en francés: «*Un jour vous serez libres; vous serez heureux, un jour, et libres*», y los jóvenes *monatti* levantaban la cara y me miraban sonriendo. A continuación, lentamente, posaban la mirada sobre el Guardia Negra que me seguía como una sombra, clavaban sus ojos en el ángel de rostro cruel y hermoso, en el ángel de las escrituras, mensajero de la muerte, y se encorvaban sobre los

cuerpos tendidos en la acera, se encorvaban acercando su feliz sonrisa a la cara azulosa de los muertos.

Levantaban a los muertos con delicadeza, como si levantasen una estatua de madera, los depositaban sobre unas carretas tiradas por cuadrillas de jóvenes andrajosos y demacrados; sobre la nieve quedaban la impronta de los cadáveres y esas marcas amarillentas, horrendas y misteriosas, que los muertos dejan en todo lo que tocan. Manadas de perros raquíuticos trotaban olisqueando el aire detrás de los convoyes fúnebres, y pandillas de muchachos desharrapados, en cuyos rostros era patente la huella del hambre, el insomnio y el miedo, se dedicaban a recoger de la nieve trapos, trozos de papel, botes vacíos, pieles de patata y en definitiva todos aquellos preciosos residuos que la miseria, el hambre y la muerte dejan siempre tras de sí.

Desde el interior de las casas llegaba de vez en cuando un cántico apagado, un lamento monótono que de pronto quedaba interrumpido nada más pisar yo el umbral; un olor indefinible de suciedad, ropa mojada y carne muerta impregnaba el aire de aquellas exiguas habitaciones en las que hatajos de miserables ancianos, mujeres y niños vivían apilados como presos en una cárcel, algunos sentados en el suelo, otros de pie recostados en las paredes, otros todavía tendidos sobre montones de paja y papel. Los enfermos, los moribundos y los muertos yacían en las camas. Todo el mundo callaba y se quedaba observando al ángel que me acompañaba. Había quien seguía masticando en silencio un pedazo de comida. Otros, jóvenes con la tez demacrada y los ojos blancos agrandados por las lentes de las gafas, permanecían en pie junto a la ventana leyendo. También ésa era una manera de engañar a la humillante espera de la muerte. A veces, al aparecer nosotros, alguien se levantaba del suelo, o se apartaba de la pared, o se separaba del grupo de compañeros y se acercaba a nosotros despacio y decía en voz baja en alemán: «Vamos».

(También en el gueto de Czestochowa, días antes, al asomarme al umbral de una casa, un joven que estaba sentado en el suelo al lado de la ventana se adelantó y tenía un aspecto misteriosamente feliz, como si, tras vivir hasta ese día con la angustia de la espera, creyera que por fin había llegado el momento y abrazase aquel instante, hasta entonces temido, como una liberación. El resto de las personas lo miraba en silencio, ni una palabra salió de sus labios, ni una queja, ni un grito, ni siquiera cuando aparté al joven con la mano, con suavidad, sonriendo, y le dije que no venía a eso, que no era un agente de la Gestapo, que ni siquiera era alemán. Le sonreí, le aparté con suavidad, y vi que poco a poco nacía en su gesto una desilusión y reaparecía aquella angustia de la que mi inesperada presencia lo había apartado por unos instantes. También en Cracovia fui un día a visitar el gueto, y al asomarme a la puerta de una de

esas casas, un joven de rostro consumido y sudado, envuelto todo él en un lustroso chai, que estaba leyendo un libro en un rincón del cuarto, se levantó al verme aparecer. A mi pregunta de qué libro estaba leyendo, me mostró la cubierta: era un volumen de las cartas de Engels; entretanto, iba preparándose para salir. Se abrochó los zapatos, se ajustó los sucios harapos que usaba como calcetines y se abotonó la camisa hecha trizas bajo el cuello de la chaqueta. Tosía tapándose la boca con su miserable mano. Se volvió para saludar con un gesto a las personas recogidas en el cuarto, que lo miraban fijamente, en silencio; de pronto, ya en la puerta, se quitó el chai, lo echó con cuidado sobre los hombros de una anciana que estaba sentada sobre un jergón y me alcanzó en el rellano; no quiso hacerme caso cuando, sonriendo, le dije que se marchase. Luego, al pensar en que antes de salir se había quitado el chai, me volvieron a la mente los dos judíos completamente desnudos con los que me había encontrado una mañana en el gueto; caminaban entre dos SS, uno de ellos era un viejo barbudo y el otro todavía un muchacho, tendría dieciséis años, no más, y cuando le describí aquella escena al gobernador de Cracovia, Wächter, éste me contestó con gran educación que muchos judíos, cuando la Gestapo iba a buscarlos, se desnudaban y repartían la ropa entre familiares y amigos, puesto que a ellos ya no les serviría para nada. Caminaban desnudos sobre la nieve, en aquella gélida mañana de invierno, por la navaja de los treinta y cinco grados bajo cero.)

Entonces yo me volvía hacia el Guardia Negra y decía: «Vamos», y echaba a caminar por la acera, en silencio, junto al miembro de la Guardia Negra de rostro hermoso, mirada clara y cruel y frente encastrada en el casco de acero; me sentía como si caminase al lado del ángel de Israel, y a cada momento esperaba que se detuviera y me dijese: «Hemos llegado». Yo pensaba en Jacob, y en su lucha contra el ángel. Soplaban un viento helado, del color del rostro de un niño muerto. Caía ya la noche y el día iba muriendo en las paredes, como un perro enfermo.

Mientras bajábamos por la calle Nalewki para salir de la ciudad prohibida, nos topamos, en la esquina de una calle, con un pequeño grupo de gente taciturna. En medio del grupo, dos muchachas se peleaban tirándose de los cabellos y arañándose la cara en silencio. Ante nuestra inesperada aparición, el corro se disgregó y las dos jóvenes se separaron, una de ellas recogió algo del suelo, una patata cruda, y se marchó mientras se limpiaba con el dorso de la mano la sangre que le ensuciaba la cara. La otra se quedó mirándonos sin moverse, arreglándose el pelo y ajustándose de cualquier manera la ropa astrosa y mal compuesta; era una pobre muchacha pálida y demacrada, con el tórax hundido y los ojos llenos de hambre, pudor y vergüenza. Inesperadamente, me sonrió.

Y yo me sonrojé. No tenía nada que darle, hubiera querido poder ayudarla, poder darle algo, pero en los bolsillos no llevaba más que un poco de dinero, y la simple idea de ofrecerle dinero me llenaba de vergüenza. No sabía qué hacer, me encontraba allí, de pie frente a su sonrisa, y no sabía qué hacer ni qué decir. Terminé por rendirme y alargué la mano ofreciéndole unos cuantos billetes de diez zlotys, pero la muchacha palideció, me cogió la mano y dijo sonriendo: «*Dziękuję? bardzo, muchas gracias*», y, apartando mi mano despacio, me miró a los ojos sin perder la sonrisa; luego se dio la vuelta y echó a caminar tocándose el pelo.

Recordé entonces que llevaba en el bolsillo un cigarro, un buen cigarro habano que me había regalado el vicegobernador de Radom, el señor Egen, así que salí corriendo tras ella, la alcancé y le ofrecí el cigarro. La muchacha me miró vacilando, se sonrojó y cogió el cigarro, y yo comprendí que lo había aceptado sólo por complacerme. No dijo nada, ni siquiera me dio las gracias, se alejó sin darse la vuelta, lentamente, con el cigarro en la mano, y de vez en cuando se lo acercaba a la cara para respirar su aroma, como si le hubiese regalado una flor.

—¿Ha ido a ver el gueto, *mein lieber* Malaparte? —me preguntó Frank sonriendo con ironía.

—Sí —respondí con frialdad.

—Muy interesante, *nicht wahr?*

—Oh sí, muy interesante —respondí.

—A mí no me gusta ir al gueto —dijo frau Wächter—, es muy triste.

—¿Muy triste? ¿Por qué? —preguntó el gobernador Fischer.

—*So schmutzig*, está muy sucio —contestó frau Brigitte Frank.

—*Ja, so schmutzig* —asintió frau Fischer.

—El gueto de Varsovia es sin duda el mejor de toda Polonia, el mejor organizado —dijo Frank—, un auténtico modelo. El gobernador Fischer tiene buena mano para este tipo de cosas.

El gobernador de Varsovia enrojó de satisfacción.

—Lástima —dijo en tono modesto— que me ha faltado espacio. Con un poco más de espacio, quizá podría haberlo hecho mucho mejor.

—¡Ay sí, qué lástima! —dije.

—Piensen —continuó Fischer— que en el mismo espacio en el que, antes de la guerra, vivían trescientas mil personas, vive ahora

más de un millón y medio de judíos. No es culpa mía si están un poco apretados.

—A los judíos les gusta vivir así —dijo Emil Gassner riendo.

—Por lo demás —dijo Frank—, no podemos obligarlos a vivir de otra manera.

—Sería contrario al derecho de gentes —observé.

Frank me lanzó una mirada irónica.

—Y aun así —dijo—, los judíos se quejan. Nos acusan de no respetar su libre voluntad.

—Espero que no tome usted en serio sus protestas —dije.

—Se engaña usted —dijo Frank—, hacemos todo lo que podemos para que no protesten.

—*Ja, natürlich* —dijo Fischer.

—En cuanto a la suciedad —continuó Frank—, es innegable que viven en condiciones deplorables. Un alemán no toleraría nunca vivir en ese estado, ¡ni en broma!

—Pues sería una buena broma —observé.

—Un alemán no sería capaz de vivir en esas condiciones —dijo Wächter.

—El pueblo alemán es un pueblo civilizado —dije yo.

—*Ja, natürlich* —dijo Fischer.

—Hay que reconocer que la culpa no es toda de los judíos —dijo Frank—. El espacio al que se los ha confinado es más bien escaso para una población tan numerosa. Aunque, en el fondo, a los judíos les gusta vivir en la inmundicia. La suciedad es su condimento natural. Quizá porque están todos enfermos, y los enfermos, a falta de algo mejor, tienden a refugiarse en la mugre. Es doloroso constatar que mueren como ratones.

—Me parece a mí que no aprecian mucho el honor de vivir —dije yo—, me refiero al honor de vivir como ratones.

—No es mi intención criticarlos —replicó Frank— cuando digo que mueren como ratones. Es una simple constatación.

—Hay que tener en mente que en las condiciones en que viven resulta muy difícil impedir que los judíos se mueran —dijo Emil Gassner.

—Se ha hecho mucho —observó el barón Wolsegger con tono prudente— por disminuir la mortalidad en los guetos, pero...

—En el gueto de Cracovia —dijo Wächter— he decretado que la familia del muerto deberá correr con los gastos del entierro. Y ha dado buenos resultados.

—Estoy seguro —dije con ironía— de que la mortalidad ha disminuido de un día para otro.

—Lo ha adivinado: ha disminuido —dijo Wächter riéndose.

Y mirándome, se echaron todos a reír.

—Habría que tratarlos como ratones —dije yo—, darles veneno como a los ratones. Sería más expeditivo.

—No vale la pena darles veneno —dijo Fischer—, por sí solos se mueren de una forma increíble. El mes pasado, sólo en el gueto de Varsovia, murieron casi cuarenta y dos mil.

—Es un porcentaje notable —dije yo—, si siguen así, dentro de un par de años el gueto quedará vacío.

—Tratándose de judíos no pueden hacerse cálculos —dijo Frank—. En la práctica, todas las previsiones de nuestros expertos se han revelado fallidas. Cuantos más mueren, más aumenta su número.

—Los judíos se obstinan en tener hijos —dije yo—, la culpa es de los niños.

—*Ach, die Kinder* —dijo frau Brigitte Frank.

—*Ja, so schmutzig!* —dijo frau Fischer.

—Oh, ¿entonces se ha fijado en los niños del gueto? —me preguntó Frank—. Son horribles, *nicht wahr? So schmutzig!* Y todos enfermos, llenos de costras, devorados por los insectos. Si no dieran lástima, darían asco. Parecen esqueletos. ¿Cuál es la tasa de mortalidad infantil en el gueto de Varsovia? —añadió girándose hacia el gobernador Fischer.

—Cincuenta y cuatro por ciento —respondió Fischer.

—Los judíos son una raza enferma, en plena decadencia —dijo Frank—, son todos unos degenerados. No saben criar ni cuidar de sus niños, no como en Alemania.

—Alemania es un país de alta *Kultur* —dije yo.

—*Ja, natürlich*, en cuestión de higiene infantil Alemania anda a la cabeza del mundo —dijo Frank—. ¿Se ha dado cuenta de la enorme diferencia que hay entre los niños alemanes y los judíos?

—Los niños de los guetos no son niños —respondí.

(Los niños judíos no son niños, pensaba mientras recorría las calles de los guetos de Varsovia, de Cracovia, de Czestochowa. Los niños alemanes están limpios. Los niños judíos están *schmutzig*. Los niños alemanes están bien alimentados, bien calzados, bien vestidos. Los niños judíos pasan hambre, van medio desnudos, caminan descalzos por la nieve. Los niños alemanes tienen dientes. Los niños alemanes viven en casas limpias, en habitaciones calientes, duermen con sábanas blancas. Los niños judíos viven en casas mugrientas, en

habitaciones frías, llenas de gente, duermen sobre montones de trapos y papel, junto a las camas donde yacen los muertos y los agonizantes. Los niños alemanes juegan: tienen muñecas, balones de goma, caballitos de madera, soldados de plomo, escopetas de aire comprimido, trompetas, cajas de «mecano», peonzas, tienen todo lo que un niño necesita para jugar. Los niños judíos no juegan: no tienen nada para jugar, no tienen juguetes. Pero es que además, no saben jugar! No, los niños judíos de los guetos no saben jugar. Son niños degenerados. ¡Qué asco! Su única diversión consiste o bien en seguir las carretas fúnebres repletas de muertos, y no saben ni llorar siquiera, o bien en ir a ver cómo fusilan a sus padres y hermanos detrás de la fortaleza. Es su única diversión, ir a ver cómo fusilan a mamá. Desde luego, una diversión de niños judíos.)

—Naturalmente nuestros servicios técnicos no lo tienen fácil para ocuparse de un número de muertos tan elevado —dijo Frank—. Necesitaríamos por los menos doscientos camiones, en vez de las pocas decenas de carretas de mano de que disponemos. No sabemos ni dónde darles sepultura. ¡El problema es grave!

—Supongo que les dan sepultura —dije yo.

—¡Por supuesto! ¿Acaso cree que se los damos de comer a sus familiares? —replicó Frank riendo.

Todos reían:

—Ach so, ach so, ach so, ja , ja, ja, ach so, wunderbar!

Y yo, claro, me eché a reír también. La verdad es que tenía gracia pensar que no les dieran sepultura. Los ojos me lloraban de tanto reír, mientras pensaba en esa extraña ocurrencia. Frau Brigitte Frank se apretaba el pecho con ambas manos, echaba la cabeza hacia atrás y abría la boca cuanto podía:

—Ach so, ach so, wunderbar!

—*Ja, so amüsant!* —dijo frau Fischer.

La cena tocaba a su fin: habíamos llegado a la ceremonia ritual que los cazadores alemanes conocen como «el honor del cuchillo». Cerraba el «*cortége d'Orphée*», como dijo Frank citando a Apollinaire, un joven gamo de los bosques de Radziwillow que dos camareros con librea azul habían llevado hasta la mesa traspasado por un palo, según la antigua tradición venatoria polaca. La aparición del gamo al asador, que llevaba clavada en el dorso una bandera roja hitleriana con la negra cruz gamada, distrajo por un instante a los comensales de los guetos y los judíos. De pie, con gesto solemne, todos aclamaron a frau Fischer, quien, sonrojada por la emoción, ofreció el honor del cuchillo a frau Brigitte Frank con una sonrisa y una tímida reverencia. Incliniéndose con donaire en el acto de recibir de manos de frau Fischer el cuchillo de caza, de mango de cuerno de ciervo y con un largo filo protegido por una vaina de plata, frau Brigitte Frank,

tras dedicar la víctima a los huéspedes con un movimiento de cabeza a derecha e izquierda, dio comienzo a la ceremonia desenvainando el cuchillo y hundiendo su filo en el dorso del gamo.

Poco a poco, con una destreza, una paciencia y una elegancia que arrancaban exclamaciones de sorpresa y aplausos de los comensales, frau Brigitte Frank fue cortando del dorso, las patas y el pecho del gamo grandes y gruesas rodajas de una carne tierna y rosada, acariciada hasta lo más recóndito por el calor de las llamas, y ella misma, con la ayuda de Keith, las sirvió por turnos entre los comensales, acompañándose cada vez de un movimiento de cabeza, un giro de ojos, un fruncir de labios y otros gestos de duda e indecisión. El primero en ser servido fui yo, por mi condición, o mejor, como dijo Frank, por mi «virtud» de extranjero. El segundo, para mi estupor, fue el propio Frank, y el último, para mayor estupor todavía, no fue Fischer, sino Emil Gassner. Los comensales saludaron el fin de la ceremonia con un aplauso general al que frau Brigitte Frank correspondió con una honda reverencia, que, para grata sorpresa mía, no estaba exenta de cierta gracia. El cuchillo se quedó clavado en el dorso del gamo, junto a la bandera roja con la negra cruz gamada, y debo confesar que la imagen del cuchillo y la bandera, clavados ambos en el dorso del noble animal, me provocó una sensación de malestar acentuada por el sutil horror que suscitaban en mí las palabras de los comensales, que poco a poco habían retomado la discusión sobre los guetos y los judíos.

Mientras pedía que le sirvieran con la cuchara una dorada lluvia de salsa sobre las rodajas de gamo, el gobernador Fischer relataba cómo eran enterrados los judíos del gueto:

—Una capa de cadáveres y una capa de cal —como quien dice: «Una rodaja de carne y una capa de salsa, una rodaja de carne y una capa de salsa».

—Es el sistema más higiénico —dijo Wächter.

—Por lo que a la higiene respecta —dijo Emil Gassner—, los judíos son más contagiosos vivos que muertos.

—*Ich glaube so!* —exclamó Fischer.

—A mí los muertos no me preocupan —dijo Frank—, los que me preocupan son los niños. Por desgracia, es bien poco lo que podemos hacer por disminuir la mortalidad infantil en los guetos; aun así, hay algo que me gustaría hacer para aliviar el sufrimiento de esos pequeños infelices. Quisiera educarlos en el amor a la vida, quisiera enseñarles a caminar sonriendo por las calles de los guetos.

—¿Sonriendo? —dije yo—. ¿Quiere enseñarles a sonreír? ¿A caminar sonriendo por los guetos? Los niños judíos no aprenderán nunca a sonreír, ni aunque los amaestran a latigazos. Ni siquiera

aprenderían a caminar. ¿No sabía que los niños judíos no caminan? Los niños judíos tienen alas.

—¿Alas? —exclamó Frank.

Un profundo estupor se plasmó en el rostro de los comensales. Todos me miraban en silencio, conteniendo la respiración.

—¿Alas? —gritó Frank abriendo la boca en una carcajada incontenible al tiempo que levantaba ambos brazos y agitaba las manos sobre la cabeza como si fuesen alas—. ¡Chip, chip, chip! —gorjeó con voz medio sofocada por la risa, a lo que el resto de los comensales, levantando los brazos también ellos y agitando las manos sobre la cabeza, gritaron: «*Ach so! Ach so!* ¡Chip, chip, chip!».

La cena concluyó al fin, y frau Fischer se levantó para acompañarnos a su salón privado, que antes había sido el estudio del coronel Beck. El sillón sobre el que yo estaba sentado rozaba con el respaldo las rodillas de una estatua de mármol blanco que representaba a un atleta griego en ese estilo conocido como Munich. La luz era tenue, las alfombras mullidas y un fuego de leña de roble crepitaba en el hogar. Hacía calor, el aire olía a coñac y a tabaco. A mi alrededor, las voces sonaban roncadas, resquebrajadas por esas risotadas alemanas que no puedo oír sin sentir un leve malestar.

Keith mezclaba en las copas de cristal vino tinto de Borgoña, un Volney denso y tibio, con el pálido champán de Mumm. Era el *Türkischblut*, la «sangre de turco», la bebida tradicional de los cazadores alemanes a la vuelta de una batida por los bosques.

—Conque los niños judíos tienen alas, ¿eh? —dijo Frank en un momento dado, volviéndose hacia mí con evidente aire de disgusto—. Si lo cuenta en Italia, le creerá todo el mundo. Así es como nacen las leyendas sobre los judíos. Si hubiera que hacer caso de los periódicos ingleses y norteamericanos, la gente creería que los alemanes, en Polonia, no hacen otra cosa que pasarse el día matando judíos. Y sin embargo, usted lleva en Polonia más de un mes y no puede decir que haya visto a un solo alemán tocarle un pelo a un judío. Los pogromos son una leyenda, como las alas de los niños judíos. Beba tranquilamente —añadió, y levantó su copa de cristal de Bohemia llena de *Türkischblut*—, beba sin miedo, *mein lieber* Malaparte, ésta no es sangre judía. *Prosit!*

—*Prosit!* —dije levantando mi vaso.

Y me puse a relatarles la crónica de los hechos ocurridos en la noble ciudad de Iasi, en Moldavia, en la frontera entre Rusia y Rumania.

VI

LOS RATONES DE IASI

Empujé la puerta y entré. La casa estaba vacía, se veía que la habían abandonado de forma precipitada. Las cortinas de la ventana habían sido arrancadas y arrojadas por el cuarto hechas jirones. El dormitorio era amplio, con una gran mesa redonda en el centro, bajo una lámpara de latón y, en torno a la mesa, algunas sillas. Del colchón destripado sobresalía el relleno de plumas de oca y, nada más poner el pie en el cuarto, una nube de plumas blancas se levantó del suelo, remolineó a mi alrededor y se me pegó a la cara. Los cajones de los muebles estaban abiertos, y había ropa y papeles esparcidos por el suelo. Giré el interruptor de la luz. Por suerte, la luz eléctrica funcionaba todavía. La cocina estaba llena de paja y cáscaras. Las sartenes y las cazuelas estaban tiradas en el hogar sin orden ni concierto. En un rincón había un montón de patatas medio podridas. El olor a suciedad y a comida pasada saturaba el aire.

Desde luego no era ningún palacio, pero en Iasi, en Moldavia, en aquellos días de finales de junio de 1941 (eran los primeros días de la guerra de los alemanes contra la Rusia soviética), habría sido imposible encontrar algo mejor que aquella casucha levantada al fondo de un gran jardín abandonado, justo al comienzo de la strada Lapusneanu, junto al Jockey Club y el Café Restaurant Corso; aunque, como supe *más* tarde, no era un jardín abandonado, sino el antiguo cementerio ortodoxo de Iasi.

Abrí las ventanas y me puse a hacer limpieza. Estaba muerto de cansancio, así que, por esa noche, me contenté con poner un poco de orden y dejar más o menos barrido el dormitorio. *La dracu* lo demás, *la dracu* la guerra, *la dracu* Moldavia, *la dracu* Iasi, *la dracu* todas las casas de Iasi. Eché mis dos mantas sobre la cama, colgué de la pared la carabina Winchester, la Contax, la linterna eléctrica y la fotografía de mi perro, de mi pobre *Febo*. A todo esto había oscurecido, así que encendí la luz.

Dos disparos tronaron en la noche, los proyectiles reventaron los cristales de la ventana y fueron a clavarse en el techo. Apagué la luz y me asomé a la ventana. Había una patrulla de soldados inmóvil en medio del cementerio, justo frente a la casa; no podía distinguir si eran alemanes o rumanos.

—*Lumina! Lumina!* —gritaron. Eran rumanos.

—*La dracu!* ¡Al diablo! —grité.

Me contestaron con otro disparo que pasó silbándome junto al oído. También en Bucarest, algunos días antes, habían disparado desde la plaza a mi ventana del Athénée Palace. La policía y los soldados tenían orden de disparar contra cualquier ventana de la que saliera un filo de luz.

—*Noapte bună* —grité.

—*Noapte bună* —respondieron los soldados, y se alejaron.

Sumido en la oscuridad busqué a tientas el gramófono que había visto encima de un mueble, elegí al azar un disco entre el montón que había esparcido en uno de los cajones, palpé la aguja con el dedo, hice girar la manivela y coloqué la aguja sobre el borde del disco. Era una canción popular rumana, cantada por Chiva Pipgoi. La voz de Chiva empezó a cantar en la penumbra, ronca y dulce:

Ce—ai în guça, Marioará,
ce—ai în gucă, Marioará.

Me eché sobre la cama y cerré los ojos, pero poco después me levanté, fui a la cocina, cogí un cubo de agua y, para que se refrescara, puse en remojo una botella de *tuiça* que me había traído de Bucarest. Dejé el cubo cerca de la cama, me tendí de nuevo sobre el colchón rasgado y cerré los ojos. El disco había terminado y giraba sobre el vacío. La aguja de acero chirriaba quedamente. Me levanté, di cuerda al gramófono y volví a colocar la aguja sobre el borde del disco. La voz de Chiva Pitigoï cantó de nuevo en la penumbra, ronca y dulce:

Ce—ai în guça, Marioará,

De haber podido encender la luz, me habría puesto a leer. Llevaba conmigo un libro de Harold Nicolson, *Helen's Tower*, que había encontrado en Bucarest en la librería de Azafer, un librero judío amigo mío, que está delante del *Curentul*. Un libro más bien viejo, de 1937, que narra la historia de lord Dufferin, el tío de Harold Nicolson. *La dracu* Harold Nicolson y su tío lord Dufferin, *la dracu* todos juntos. Hacía calor; estaba siendo un verano asfixiante y desde hacía tres días nubes de tormenta se cernían sobre los tejados de la ciudad como un tumor maduro. Chiva Pitigoï cantaba con su voz ronca, llena de sangre dulce, hasta que de pronto el canto se interrumpió y la aguja de acero empezó a chirriar quedamente. No tenía ganas de levantarme de la cama, *la dracu la guça* de Marioara, *noapte buna, domniçoará* Chiva, poco a poco fui durmiéndome y empecé a soñar.

Al principio no me apercibí de estar soñando, luego, de repente, caí en la cuenta de que aquello era de veras un sueño. Tal vez me había dormido de verdad, había empezado a soñar y, tras despertarme de golpe, como ocurre cuando el cansancio es excesivo, había continuado soñando despierto. En un momento dado se abrió la puerta y entró Harold Nicolson. Iba vestido de gris, con una camisa de tela de Oxford de color azul muy claro, complementada con una corbata turquesa. Entró, tiró el sombrero sobre la mesa, un Lock de

fieltro gris, se sentó en una silla a cierta distancia de mi cama y se quedó mirándome fijamente, sonriendo.

Poco a poco la habitación cambiaba de aspecto y se transformaba en una calle, en una plaza arbolada. Reconocí sobre los tejados el cielo de París. Veo la place Dauphine, las ventanas de mi casa sobre la place Dauphine. Camino pegado a la pared para que no me vea el estanquero del pont Neuf, doblo la esquina del quai de l'Horloge y me detengo frente al número 39, frente a mi puerta. Sin duda es la puerta de mi casa, la puerta de la casa de Daniel Halévy. Y le pregunto a madame Martig, la portera: «*Est—ce que Monsieur Malaparte est chez lui?*». Madame Martig se queda mirándome largo rato, en silencio; no me reconoce, y yo le agradezco que no me reconozca, me avergüenzo de haber vuelto a París en uniforme de oficial italiano, me avergüenzo de ver a los alemanes por las calles de París. ¿Cómo iba a reconocerme, después de tantos años? «*Non, Monsieur Malaparte n'est pas a Paris*», me responde madame Martig. «*Je suis un de ses amis*», digo. «*Nous n'avons pas de nouvelles de lui —me responde madame Martig—, peut être Monsieur Malaparte est—il encoré en prison, en Italie, peut—être a la guerre, quelque part en Russie, en Afrique, en Finlande, peut—être mort, peut—être prisonnier, qui sait?*» Y yo le pregunto si madame y monsieur Halévy se encuentran en casa. «*Non, ils ne sont pas la, ils viennent de partir*», me responde madame Martig en voz baja. Entonces subo lentamente las escaleras y me giro y sonrío a madame Martig; puede que me haya reconocido, me sonrío indecisa, quizás haya reparado en el olor que me acompaña, el olor de caballo muerto, el olor de la hierba sobre las tumbas del antiguo cementerio abandonado de Iasi. Me detengo frente a la puerta de Daniel Halévy, alargo la mano hacia el tirador pero no me atrevo a abrir; como aquel día en que fui a despedirme de él por última vez, antes de volver a Italia, antes de partir hacia el presidio y el destierro en la isla de Lipari. Daniel Halévy me esperaba en su estudio junto al pintor Jacques Branche y el coronel De Gaulle, y un oscuro presentimiento me atenazaba el corazón. «*Monsieur Halévy n'est pas chez lui*», me grita madame Martig por el hueco de la escalera. Entonces comienzo a subir por la escalerita de madera que conduce a mi *mansarde*, llamó a mi puerta y, transcurridos unos instantes, oigo pasos en el interior, reconozco esos pasos, y Malaparte me abre la puerta; es joven, mucho más joven que yo, tiene la tez clara, los cabellos negros y los ojos algo opacos. Me mira en silencio y yo le sonrío; él, en vez de corresponder a mi sonrisa, me mira con suspicacia, como se mira a los desconocidos. Entro en mi casa, miro alrededor; sentados en la biblioteca me encuentro a todos mis amigos: Jean Giraudoux, Luigi Pirandello, André Malraux, Bessand Massenet, Jean Guéhenno, Harold Nicolson, Glenway Wescott, Cecil Sprigge y Barbara Harrison. Todos mis amigos están ahí, los tengo delante, sentados en silencio, y algunos de ellos están muertos, tienen la tez pálida y los ojos

apagados. Tal vez han estado ahí esperándome todos estos años, y ahora no me reconocen. Tal vez han perdido la esperanza de verme de nuevo en París después de tantos años de prisión, exilio y guerra. El grito de los remolcadores que remontan el Sena con su cortejo de gabarras llega apagado y quejumbroso; me asomo a la ventana y veo los puentes de París, desde el pont Saint—Michel al del Trocadéro, las hojas verdes a lo largo de los *quais*, la fachada del Louvre, los árboles de la Concorde. Mis amigos me observan en silencio y yo me siento en medio de ellos, quisiera oír sus voces, quisiera oírlos hablar, pero permanecen inmóviles y cerrados, me escrutan en silencio, y yo noto que se apiadan de mí, quisiera decirles que no es mi culpa si me he vuelto cruel, todos nos hemos vuelto crueles, también tú, Bessand Massenet, también tú, Guéhenno, y tú también, Jean Giraudoux, y tú, Barbara, ¿a que sí? Y Barbara sonríe, asiente con la cabeza, dándome a entender que sí, que me ha entendido. También los otros sonríen y asienten con la cabeza, como queriendo decir que no es culpa nuestra si todos nos hemos vuelto crueles. Entonces me levanto y me dirijo hacia la puerta, y, llegado al umbral, me doy la vuelta para mirarlos y sonrío. Bajo las escaleras despacio y madame Martig me dice en voz baja: «*II ne nous a jamais écrit*». Quisiera pedirle perdón por no haberle escrito desde la prisión de Regina Coeli, ni desde la isla de Lipari: «*Ce n'était pas par orgueil, vous savez, c'était par pudeur. J'avais cette pudeur du prisonnier, cette triste pudeur de l'homme traqué, enfermé dans un cachot, rongé par la vermine, par l'insomnie, par la fièvre, rongé par la solitude, par la cruauté. Oui, Madame Martig, par sa propre cruauté*». «*Peut—être nous a—t—il oublié* —dice madame Martig en voz baja, y luego añade—: *Peut—être vous a—t—il oublié, vous aussi*.» «*Oh non! II ne nous a pas oublié. II a honte de ce qu'il souffre, il a honte de ce que nous sommes tous devenus dans cette guerre. Vous le savez, n'est—ce pas que vous le savez, Madame Martig?*» «*Oui* —dice madame Martig en voz baja—, *nous le connaissons bien, Monsieur Malaparte*.»

—Buenos días, Childe Harold —dije al tiempo que me sentaba sobre la cama.

Harold Nicolson se quitó lentamente los guantes y con su mano corta y blanca, cubierta de un brillante vello bermejo, se atusó el bigote apretando con los dedos sobre los labios. El bigote de Harold Nicolson siempre me había hecho pensar no ya en un diplomático del joven *equipe* del Foreign Office, sino en los cuarteles de Chelsea; se me antojaban *a typical product of the English Public School System, Sandhurst, and the Army*. Harold Nicolson me miraba sonriendo, como aquel día, en París, en que vino a buscarme para llevarme a almorzar en Larue, en la rué Royale, donde nos esperaba Mosley.

No recuerdo dónde conocí a Nicolson. Fue Mrs. Strong quien me habló de Nicolson, una mañana mientras desayunábamos en casa de una amiga del faubourg Saint—Honoré. Días después Mrs. Strong me

telefoneó diciendo que Nicolson iría a recogerme para llevarme con Mosley. Sentado en mi biblioteca, Nicolson se atusaba el bigote con su mano corta y blanca, cubierta de un brillante vello bermejo. Se oía subir desde el Sena el lamento de las sirenas de los remolcadores. Debía de ser una mañana de octubre, tibia y brumosa. La cita con Mosley estaba fijada para las dos. Caminamos por el Sena hacia la rué Royale, y cuando entramos en Larue faltaban cinco minutos para las dos.

Nos sentamos a una mesa y pedimos un Martini, pero media hora después Mosiey todavía no se había presentado. Nicolson se levantaba de vez en cuando para telefonar a Mosiey, que se hospedaba, según me dijo, en el hotel Napoleón, cerca del Arco de Triunfo. Magnífico domicilio para el futuro Mussolini de Inglaterra. Hacia las tres, Mosiey aún no había dado señales de vida. Tuve la sospecha de que se había quedado tranquilamente en la cama, durmiendo todavía, aunque no me atrevía a compartir mi sospecha con Nicolson. Poco después, a las tres y media, Nicolson salió de la cabina telefónica y me anunció ufano que sir Osvald Mosiey estaba a punto de llegar. Y añadió riendo, *como* para excusarlo, que Mosiey tenía la mala costumbre de pasarse las mañanas holgazaneando en la cama, que se levantaba tarde, nunca antes de mediodía, que de doce a dos practicaba un poco de esgrima en el cuarto y que luego salía del hotel a pie, con lo que siempre llegaba a las reuniones cuando los demás, hartos de esperarlo, ya se habían marchado. Le pregunté si conocía la máxima de Talleyrand: llegar es fácil, lo difícil es marcharse.

—El peligro con Mosiey —dijo Nicolson— es que se marche antes de llegar.

Cuando Mosiey entró por fin en el Larue eran casi las cuatro de la tarde. Nicolson y yo nos habíamos tomado ya cinco o seis Martinis y habíamos empezado a comer; no recuerdo qué comíamos ni de qué conversábamos, recuerdo tan sólo que Mosiey tenía una cabeza muy pequeña, una voz dulce, que era alto, altísimo, delgado, indolente, algo encorvado y que no parecía en absoluto preocupado por haber llegado tan tarde, es más, parecía de lo más satisfecho:

—*On est jamais pressé quand il s'agit d'arriver en retard* —dijo, no para excusarse, sino para darnos a entender que no era tan estúpido como para no darse cuenta de su retraso.

Nicolson y yo intercambiamos enseguida una elocuente mirada y, durante el tiempo que duró el almuerzo, Mosiey no tuvo la más leve sospecha de que nos habíamos puesto de acuerdo para divertirnos a su costa. Me pareció que no carecía de cierto sense of humour, aunque, como todos los dictadores (Mosiey no era más que un aspirante a dictador, aunque sin duda tenía, ay, madera de

perfecto dictador; ¡y ya se sabe qué clase de madera es ésa!), no sospechaba ni de lejos que alguien pudiera mofarse de él.

Había traído consigo un ejemplar de la edición inglesa de mi libro *Technique du coup d'État* y deseaba que le escribiese una dedicatoria en la portada. Es posible que esperase de mí una dedicatoria ditirámica, por lo que, con toda mi mala intención, me limité a escribir estas dos frases: «Hitler, como todos los dictadores, no es más que una mujer» y «La dictadura es la forma más completa de los celos». Al leer esas palabras, Mosiey se turbó y me miró entornando los ojos.

—Según usted, ¿tampoco César era más que una mujer? —me preguntó con un ligero tono de irritación.

Nicolson procuraba no reírse y me hacía señales con los ojos.

—Era mucho peor que una mujer —respondí—. César no era un *gentleman*.

—¿César no era un *gentleman*? —repitió Mosiey atónito.

—Un extranjero —respondí— que se permite conquistar Inglaterra tiene bien poco de *gentleman*.

Los vinos eran excelentes, y el chef del Larue, vanidoso, puntilloso y caprichoso como una mujer o un dictador, se obstinaba en honrar con un cortejo incesante de viandas exquisitas aliñadas con orgullosa fantasía y exaltado amor propio la mesa de esos tres excéntricos extranjeros, solos en la sala desierta, que almorzaban a tan insólita hora, cuando ya el té humeaba en las teteras de plata del Ritz. El humor de Mosiey parecía en perfecta consonancia con el humor del chef y con el buqué de los vinos. Poco a poco recuperó la serenidad y la ironía. Las farolas de la rué Royale iban encendiéndose una a una, los floristas de la Madeleine bajaban ya hacia la Concorde con sus carretillas llenas de flores y nosotros seguíamos discutiendo sobre las virtudes del queso de Brie y la mejor manera de hacerse con el poder en Inglaterra.

Nicolson sostenía que los ingleses no son sensibles ni a la fuerza ni a la persuasión, sino a las «buenas maneras», y que los dictadores no tienen *good manners*. Mosley replicaba que hasta las «buenas maneras» estaban en decadencia y que los ingleses, sobre todo los *Upper Ten Thousand*, estaban maduros para la dictadura.

—Pero ¿cómo piensa alcanzar el poder? —preguntaba Nicolson.

—Por la vía más larga, *of course* —respondía Mosley.

—¿Por Trafalgar Square o por St. James Park? —preguntaba Nicolson.

—Por St. James Park, naturalmente —contestaba Mosley—. Mi golpe de Estado no será más que un hermoso paseo. —Y se echaba a reír con regocijo.

—¡Ah, ya lo entiendo! Su revolución partirá de Mayfair. ¿Y cuándo piensa subir al poder? —preguntaba Nicolson.

—Puede calcularse desde ahora mismo y con total precisión la fecha exacta en que se producirá en Inglaterra la crisis del sistema parlamentario. Voy a darle ya mismo cita para Downing Street —contestaba Mosley.

—Muy bien, ¿qué día y a qué hora? —preguntaba Nicolson.

—Ah, ése es mi secreto —replicaba Mosley riendo.

—Si se toma la revolución como se toma todas las reuniones, llegará tarde al poder —decía Nicolson.

—Tanto mejor; llegaré al poder cuando ya nadie me espere —respondía Mosley.

Mientras hablábamos de todo esto, inspirando con delicia el olor antiguo y lejano del armañac, la sala del Larue iba cambiando poco a poco de aspecto, hasta transformarse en una amplia estancia que guardaba una curiosa semejanza con el cuarto donde yo yacía sobre el colchón destripado. Harold Nicolson me miraba sonriendo; estaba sentado bajo la lámpara de latón, con el codo apoyado sobre la mesa junto a su Lock de fieltro gris. En un momento dado me hizo una señal con los ojos para que mirara hacia un rincón del comedor, y al dirigir allí la vista vi a sir Osvald Mosley sentado en el suelo, con las piernas cruzadas al estilo turco. No alcanzaba a comprender qué hacían Nicolson y Mosley en Iasi, en mi cuarto, y advertí con profunda maravilla que Mosley tenía la cara pequeña y rosada como un niño, las manos también pequeñas, los brazos cortos y las piernas larguísimas, tan largas que para que le cupieran en el cuarto no tenía más remedio que doblarlas al estilo turco.

—Me pregunto por qué sigue en Iasi —me dijo Harold Nicolson—, en vez de ir a combatir.

—*La dracu* —contesté—, *la dracu* la guerra, *la dracu* todos juntos.

Mosley golpeó el suelo con las manos y levantó una nube de plumas de oca. Tenía la cara cubierta de plumas pegadas a su piel sudada y reía mientras daba golpes con las manos en el suelo.

Nicolson miró a sir Osvald Mosley con ojos severos.

—Debería darle vergüenza, entretenerse con juegos de niños. Ya no es ningún crío, sir Osvald.

—*Oh, sorry, Sir* —dijo sir Osvald Mosley bajando la mirada.

—¿Por qué no va a combatir? —repitió Nicolson volviéndose hacia mí—. Todo hombre de bien tiene el deber de batirse en defensa

de la civilización contra la barbarie. —Y cuando hubo dicho esto me eché a reír.

—*La dracu* —contesté—, *la dracu* usted también, Childe Harold.

—El deber de todo hombre de bien —continuó Harold Nicolson— es ir a batirse contra los ejércitos de Stalin. ¡Muerte a la URSS! ¡Ja, ja, ja! —Y estalló en una gran carcajada, echándose hacia atrás sobre el respaldo de la silla.

—¡Muerte a la URSS! —gritó sir Oswald Mosley mientras golpeaba el suelo con las manos.

Nicolson se volvió hacia Mosley.

—No diga bobadas, sir Oswald —dijo con voz severa.

En ese momento se abrió la puerta y apareció en el umbral un oficial rumano alto y robusto seguido por tres soldados, cuyos ojos enrojecidos y rostro sudado alcanzaban a distinguirse pese a la penumbra. La luna se asomaba al alféizar y una brisa ligera entraba a través de la ventana abierta. El oficial dio unos pasos hacia el interior del cuarto, se detuvo a los pies de la cama y me apuntó a la cara con el haz de luz de una linterna eléctrica. Vi que empuñaba una pistola.

—Policía militar —dijo con brusquedad el oficial—. ¿Tiene el salvoconducto?

Yo me eché a reír y me giré hacia Nicolson. A punto estaba de decir «*la dracu*» cuando me percaté de que Nicolson desaparecía poco a poco en una nube blanca de plumas de oca. Una neblina lechosa había penetrado en el cuarto y a través de ella veía las siluetas vagas de Nicolson y Mosley moverse lentamente, ascender despacio hacia el techo, como los nadadores que, tras zambullirse, salen a flote desde el fondo del mar dejando tras de sí un torbellino de burbujas.

Me senté sobre la cama y me di cuenta de que estaba despierto.

—¿Quieren tomar algo? —le pregunté al oficial.

Llené dos vasos con *tuiça* y los levantamos diciendo: «*Noroc, salud*».

La *tuiça* fría acabó de despertarme y añadió un acento seco y alegre a mi voz cuando, tras rebuscar en el bolsillo de la casaca, colgada en el cabezal de la cama, le alargué mi documentación al oficial y dije:

—Aquí tiene el salvoconducto. Apuesto a que es falso.

El oficial sonrió.

—No me extrañaría —dijo—. Iasi está llena de paracaidistas rusos —y luego añadió—: No debería dormir solo en esta casa

abandonada. Ayer mismo encontramos a un tipo degollado en la cama, en la strada Usine.

—Gracias por el consejo —respondí—, pero con este documento falso puedo dormir tranquilo, ¿no le parece?

—Naturalmente —dijo el oficial.

Mi salvoconducto llevaba la firma del vicepresidente del Consejo, Mihai Antonescu.

—¿Quiere comprobar si también éste es falso? —pregunté, y le alargué otro salvoconducto, firmado por el coronel Lupu, comandante militar de Iasi.

—Gracias —dijo el oficial—, todo está en regla.

—¿Un poco más de *tuiça*?

—¿Por qué no? No queda una gota de *tuiça* en toda Iasi.

—Noroc.

—Noroc.

El oficial se marchó seguido por los soldados y yo me quedé profundamente dormido, tendido de espaldas y aferrando la culata de mi Parabellum con las manos sudadas.

Cuando me desperté el sol ya estaba alto. Los pájaros trinaban entre las ramas de las acacias y sobre las cruces de piedra del antiguo cementerio abandonado. Me vestí y salí a buscar algo para comer. Las calles estaban ocupadas por largas columnas de camiones y Panzer alemanes; los remolques de la artillería permanecían parados frente al edificio del Jockey Club y los escuadrones de soldados rumanos, con sus grandes cascos de acero colgados de la espalda y sus enfangados uniformes de color terroso, avanzaban pisando fuerte sobre la carretera asfaltada. Grupos de gente ociosa observaban desde la puerta del *desfacere de vinuri* que hay al lado de la Cofetária Fundaba y desde el *coafor* Jonescu y la *ceasornicária* Goldstein. Un olor a *ciorbá de pui*, una sopa de pollo muy grasienta sazonada con vinagre, flotaba en el aire, mezclado con el fuerte olor del *bránza*, el queso salado de Braila. Bajé por la strada Bratianu en dirección al hospital de San Espiridón, entré en la tienda de Kane, un tendero judío de cabeza alargada y maciza con unas orejas parecidas a las asas de un jarrón de terracota.

—Buenos días, *domnule capitán* —me dice Kane.

Se alegra de volver a verme; creía que seguía en las líneas del Prut, con las tropas rumanas.

—*La dracu* el Prut —le digo.

Un principio de náusea hace que la cabeza me dé vueltas. Me siento sobre un saco de azúcar e introduzco los dedos entre el cuello

y la camisa para aflojar un poco el nudo de la corbata. En la tienda flota un penetrante y confuso olor a especias, condimentos, pescado seco, pintura, petróleo y jabón.

—Esta estúpida *rázboi* —dice Kane con rabia—, esta estúpida guerra.

La gente de Iasi está inquieta; todo el mundo espera que ocurra algo terrible, se palpa en el aire que algo terrible está a punto de ocurrir, dice Kane. Habla en voz baja y mira con recelo hacia la puerta. Pasan pelotones de soldados rumanos, columnas de camiones y Panzer alemanes. ¿Qué creen que van a hacer con todas esas armas, esos cañones y esos carros de combate?, parece preguntarse Kane. Pero calla, se mueve por la tienda, despacio, con pasos pesados.

—*Domnule* Kane —digo—, estoy sin blanca.

—Para usted siempre tengo algo bueno —dice Kane.

Saca de un escondrijo tres botellas de *Juica*, dos panes de una libra, un poco de *bránzá*, unas cajas de sardinas, dos tarros de mermelada, algo de azúcar y una bolsita de té.

—Es té ruso —dice Kane—, auténtico *ceai* ruso. Es la última bolsita. Cuando se la acabe no podré darle más. —Me mira sacudiendo la cabeza—. Si dentro de unos días le hace falta algo más, venga a verme. En mi tienda siempre habrá algo bueno para usted.

Parece triste, dice «venga a verme» como si supiera que tal vez no volveremos a vernos. En el aire se palpa una oscura amenaza, y la gente está inquieta. De vez en cuando alguien se asoma a la tienda, dice «Buenos días, *domnule* Kane», y Kane sacude la cabeza diciendo que no, luego me mira y suspira. Esta estúpida *rázboi*, esta estúpida guerra. Me guardo en los bolsillos los paquetes de provisiones, me guardo la bolsita de té bajo el brazo, parto un pedazo de pan y me lo llevo a la boca.

—La revedere, *domnule* Kane.

—La revedere, *domnule căpitan*.

Nos estrechamos la mano sonriendo. Kane tiene una sonrisa tímida e incierta, de animal inquieto. Cuando me dispongo a salir, una carroza se detiene frente a la puerta de la tienda. Kane corre hacia la puerta, se inclina hasta el suelo y dice:

—Buenos días, *doamnă* princesa.

Es una de esas antiguas carrozas señoriales, negras y solemnes, todavía en uso en la Rumania de provincias, una especie de lando abierto con el fuelle bajado y asegurado con correas anchas de cuero. La tela que reviste el interior de la carroza es de color gris y los radios de las ruedas están pintados de rojo. Enganchados al lando van una pareja de magníficos caballos moldavos de pelaje blanco y

luengas crines con las grupas brillantes de sudor. Sobre los altos y anchos cojines va sentada una mujer de mediana edad, delgada, la tez ajada bajo una espesa capa de polvos blancos; va sentada en posición rígida y altanera, vestida toda de azul, y en la mano derecha sujeta un parasol de seda rosa con el borde adornado con una orla de encaje. El ala del amplio sombrero florentino de paja proyecta una fina línea de sombra sobre su frente estriada. Sus ojos reflejan soberbia aunque están algo empañados, y es ese velo de miopía lo que confiere a su mirada altiva un aire vago y ausente. Tiene la cara inmóvil, los ojos miran hacia arriba, hacia el cielo de seda azul por el que flota alguna que otra nube liviana, semejante a la sombra de una nube reflejada en un lago. Es la princesa Sturdza, de insigne linaje moldavo. A su lado, orgulloso y distraído, va sentado el príncipe Sturdza, un hombre todavía joven, alto, delgado, bermejo, vestido enteramente de blanco y con la frente oscurecida por el ala de un sombrero de fieltro gris. Luce cuello alto almidonado, corbata gris, guantes grises de hilo de Escocia y botines negros con botonadura al lado.

—Buenos días, *doamnă* princesa —dice Kane inclinándose hasta el suelo.

Veo cómo la sangre se le sube al cuello y le congestiona las sienas. La princesa no sólo no corresponde al saludo sino que, sin mover la cabeza, ceñida en un cuello de encaje reforzado con varillas de hueso de ballena, ordena con voz seca e imperiosa:

—Dale mi té a Grigori.

El cochero Grigori va sentado en el pescante, envuelto en un grueso caftán de seda verde algo desteñido que lo tapa hasta el tacón de las botas de cuero rojo. Va tocado con una pequeña papalina tártara de raso amarillo con bordados rojos y verdes. Es un tipo gordo, flácido, pálido, y pertenece a la secta ortodoxa de los *scapefi*, los castrados, que tienen en Iasi su ciudad santa. Los *scapefi* se desposan siendo jóvenes y, tras tener al primer hijo, se castran. Kane se inclina ante el eunuco Grigori, balbuce unas palabras, se precipita hacia el interior de la tienda y poco después reaparece en el umbral, se inclina nuevamente hasta el suelo y dice con voz trémula:

—*Doamnă* princesa, perdóneme, pero no me queda nada, ni una hoja de té, *doamnă* princesa...

—Vamos, rápido, mi té —dice la princesa Sturdza en tono severo.

—Perdóneme, *doamnă* princesa...

La princesa gira la cabeza despacio, lo observa sin pestañear y entonces dice con hastío:

—¿Qué historias son éstas? ¡Grigori!

El eunuco se da la vuelta, levanta el látigo, un largo látigo moldavo de fibras rojas, mango tallado y pintado de rojo, azul y verde, y lo agita con maldad sobre los hombros de Kane, rozándole el cuello.

—Perdóneme, *doamnă* princesa... —dice Kane agachando la frente.

—¡Grigori! —dice la princesa con voz apagada.

Entonces, mientras el eunuco levanta lentamente el látigo, alzando al brazo y estirándolo como si sujetase en su puño el asta de una bandera, y se pone casi en pie para incrementar la potencia del latigazo, Kane se gira hacia mí, alarga la mano, roza con sus dedos temblorosos la bolsita de té que llevo bajo el brazo y en voz baja, pálido, sudado, implorante, me dice:

—Disculpe, *domnule capitán*...

Coge la bolsita que le tiendo con una sonrisa y se la entrega a Grigori con una reverencia. El eunuco descarga un violento latigazo sobre el lomo de los caballos, que brincan, se encabritan y arrancan a galopar; la carroza desaparece con un tintineo agudo de cascabeles levantando una nube de polvo tras de sí. Un copo de espuma escupido por los caballos cae y se deshace sobre mi hombro.

—*La dracu, doamnă* princesa, *la dracu!* —grito, pero la carroza se encuentra ya lejos y tuerce al fondo de la calle en dirección al Jockey Club y la Fundaba.

—Gracias, *domnule capitán* —dice Kane en voz queda, y baja la vista avergonzado.

—No hay de qué, *domnule* Kane, pero *la dracu* la princesa Sturdza, *la dracu* todos estos nobles moldavos.

Mi amigo Kane alza la mirada, tiene el rostro morado y gruesas gotas de sudor perlan su frente.

—No hay de qué. *La revedere, domnule Kane.*

—*La revedere, domnule capitán* —responde Kane secándose la frente con el dorso de la mano.

De regreso al cementerio, paso frente a la farmacia que hay en la esquina de la strada Lapusneanu con la strada Bratianu. Entro en la farmacia y me acerco al mostrador.

—Buenos días, *domniçoară* Mica.

—Buenos días, *domnule capitán*.

Mica sonríe y se apoya con los codos desnudos sobre el mostrador de mármol. Mica es una muchacha bonita: morena, exuberante, con la frente cubierta por una tupida maraña de rizos negros, barbilla puntiaguda, la boca amplia y carnosa, el rostro

cubierto de un suave vello de reflejos celestes. Antes de abandonar Iasi para dirigirme al frente del Prut había intentado hacerle la corte. Dios mío, dos meses ya que no toco una mujer. En Bucarest no toqué ni una; hacía demasiado calor. Casi me he olvidado de cómo son.

—Cum merge cu sánátatea, domniçoará Mica?

—Bine, foarte bine, domnule capitán.

Bonita muchacha, pero peluda como una cabra. Tiene los ojos grandes, negros, brillantes, la nariz pequeña en medio de una cara redonda y oscura. Debe de llevar sangre gitana en las venas. Me dice que le gustaría salir a pasear conmigo esta noche, después del toque de queda.

—¿Después del toque de queda, *domniçoara* Mica?

—Da, da, domnule capitán.

¡Menuda ocurrencia, santo Dios! ¿Se puede saber cómo va uno de paseo con una mujer después del toque de queda, con las patrullas de gendarmes y soldados gritando «*Stai! Stai!*» a lo lejos y disparando antes de darle a uno tiempo a contestar? Y además, imenuda idea ir a pasear entre los escombros de las casas arrasadas por los bombardeos y renegridas por los incendios! Desde ayer hay una casa ardiendo en la plaza Unirii, frente a la estatua del príncipe Cuza Vodá. Los aviadores soviéticos no se andan con chiquitas. Ayer estuvieron lanzándose en picado sobre Iasi durante tres horas; iban y venían con toda tranquilidad, a no más de trescientos metros de altitud. Algunos aparatos pasaban sobre los tejados en vuelo rasante. Ya de vuelta, mientras se dirigía a Skuleni, un bombardero ruso cayó en un campo justo a las afueras de la ciudad, pasado Copou.

La tripulación estaba compuesta por seis mujeres. Yo mismo fui a verlas. Algunos soldados rumanos rebuscaban por la cabina, palpando a aquellas pobres muchachas con sus dedos sucios de *ciorbá*, *mamáligá* y *branza*.

—¡Déjala en paz, malnacido! —le grité a un soldado que pasaba los dedos por el cabello de una de las dos pilotos, una muchacha rubia y robusta de cara pecosa.

Tenía los ojos muy abiertos y la boca entrecerrada; una mano abandonada a un costado y la cabeza reclinada sobre el hombro de su compañera en un gesto lleno de pudor y de renuncia. Aquellas dos mujeres tenían agallas, habían cumplido con su deber y tenían derecho a que se las respetase. Dos obreras con agallas, ¿verdad, *doamnă* princesa Sturdza? Iban vestidas con petos de color ceniza y chaqueta de cuero. Los soldados las desnudaban despacio, desabrochándoles las chaquetas, levantándoles los brazos inertes, quitándoles las chaquetas por encima de la cabeza. Un soldado había cogido a una de las muchachas por la barbilla para levantarle la frente y le apretaba la garganta como si quisiera estrangularla,

presionando su grueso pulgar con la uña negra y medio rota sobre la boca cerrada y los labios hinchados y exangües de la chica.

—¡Muérdele el dedo, estúpida! —me puse a gritar como si la muchacha pudiera oírme.

Los soldados me miraban riendo. Otra de las muchachas estaba atrapada entre el depósito de las bombas y la ametralladora; imposible quitarle la chaqueta en esa posición. Uno de los soldados le quitó el casco de cuero, la agarró del cabello y la sacó de un tirón, haciéndola rodar por la hierba junto a los restos del aparato.

—*¿Domnule capitán*, me llevará de paseo con usted esta noche, después del toque de queda? —me pregunta Mica, y apoyó la cara sobre las manos abiertas.

—¿Por qué no, *domniçoará* Mica? Da gusto salir de paseo por la noche, después del toque de queda. ¿Alguna vez ha ido al parque de noche? Nunca hay nadie.

—¿No nos dispararán, *domnule capitán*?

—Esperemos que sí, esperemos que nos disparen, *domniçoará* Mica.

Mica se ríe, se recuesta sobre el mostrador, acerca a mi rostro su cara oronda y velluda y me muerde los labios.

—Venga a recogerme esta noche a las siete, *domnule capitán*. Le estaré esperando fuera, delante de la farmacia.

—Muy bien, Mica, a las siete. *La revedere, domniçoara* Mica.

—La revedere, *domnule capitán*.

Subo por la strada Lapusneanu, a través del cementerio, y abro la puerta de mi casa. Me pongo a comer un poco de *bránzá* y luego me echo en la cama. Hacía calor y las moscas zumbaban insistentes. Un zumbido agudo y desnudo se precipitaba desde el cielo. Un zumbido grasiento y dulce, semejante al olor de los claveles, se difundía con parsimonia por el cielo empapado de sudor. ¡Dios mío, qué sueño tenía! La *tuiça* me bullía en el estómago. Me desperté hacia las cinco de la tarde, salí al cementerio y me senté sobre la lápida de piedra de una tumba cubierta por la hierba. El jardín de mi casa era un antiguo cementerio, un antiguo cementerio ortodoxo, el más antiguo de Iasi. Justo en medio del recinto, en el lugar donde antaño se levantaba una pequeña iglesia, se abría ahora la boca de un *adapost* público, un refugio al que se bajaba por una empinada escalera de madera. La boca del *adapost* parecía la entrada a un mausoleo subterráneo. Dentro del refugio se respiraba un olor a tierra putrefacta, un olor grasiento de tumba. En la parte superior del *adapost*, al que la tierra amontonada daba el aspecto de un gran túmulo, se alzaba una pirámide de lápidas echadas de través unas sobre otras. Desde donde estaba sentado, podía leer los elogios

fúnebres de *domnul* Grigorio Soinescu, *doamna* Sofia Zanfirescu y *doamna* Maria Pojanescu, esculpidos en las lápidas.

Hacía calor, la sed me quemaba los labios y yo respiraba el olor muerto de la tierra y observaba las barandillas de hierro oxidado alrededor de algunas tumbas que se habían conservado intactas a la sombra de las acacias. La cabeza me daba vueltas y las náuseas me cerraban la boca del estómago. *La dracu* Mica, *la dracu* Mica y sus pelos de cabra. Las moscas zumbaban rabiosas y un viento húmedo se levantaba desde las orillas del Prut.

De vez en cuando, desde los barrios bajos, en dirección a Usine, Socol y Pácurari, desde las cocheras de trenes de Nicolina, desde las casas dispersas por las riberas del Bah—lui y las barriadas de Ticáu y Tátáresi, donde antaño estuvo el barrio tártaro, llega el ruido seco de un disparo. Los soldados y gendarmes rumanos están nerviosos, gritan «*Stai! Stai!*» y disparan sin darle a uno tiempo ni de poner los brazos en alto. Y eso que todavía es de día, aún no ha sonado el toque de queda. El viento hincha las copas de los árboles y el sol despide cierto olor a miel. Mica me espera a las siete delante de la farmacia. Dentro de media hora tengo que ir a buscar a Mica para llevarla de paseo. *La dracu domniçoará* Mica y *la dracu* también las cabras. La poca gente que queda por la calle camina pegada al muro con cara de desconfianza, agitando en alto los salvoconductos con la mano derecha. Algo se respira en el aire. Tiene razón mi amigo Kane. Algo va a ocurrir. Se presiente la desgracia. Se nota en el aire, en la piel, en la punta de los dedos.

Cuando llego a la farmacia son las siete en punto, y Mica no está. La farmacia está cerrada, Mica ha cerrado pronto esta tarde, mucho más pronto de lo acostumbrado. Apuesto a que no vendrá. En el último momento le ha entrado el miedo. *La dracu* las mujeres, todas son iguales, a todas les entra el miedo siempre en el último momento. *La dracu domniçoará* Mica y *la dracu* también las cabras. Vuelvo a subir lentamente la calle en dirección al cementerio; grupos de soldados alemanes pasan por la calle arrastrando las botas por la acera. El dueño de la *lustragerie* que hay en la esquina de la strada Lapusneanu, justo enfrente del Café Restaurant Corso, da las últimas cepilladas a los zapatos del último cliente del día, un soldado rumano sentado en un alto trono de latón. Los rayos del ocaso penetran hasta el fondo del oscuro establecimiento y se reflejan en los tarros de betún. De tanto en tanto pasan grupos de judíos en desbandada que caminan cabizbajos escoltados por soldados rumanos vestidos con uniformes de color terroso.

—¿Por qué no les sacas lustre por última vez a los zapatos de esos desgraciados? —dice riendo el soldado que está sentado en el trono de latón.

—¿No ves que van descalzos? —contesta el dueño de la *lustragerie*, volviendo la cara pálida y llena de sudor. Jadea levemente mientras mueve el cepillo con una ligereza maravillosa.

En las ventanas del Jockey Club están asomados los aristócratas de Iasi, rechonchos caballeros moldavos con abdómenes redondos, adiposidades dulces y mansas, rostros lampiños, flácidos, donde relucen, húmedos y lánguidos, unos oscuros ojos sombreados; parecen personajes de Pascin. Hasta las casas, hasta los árboles, hasta las carrozas aparcadas frente al palacio de la Fundaba parecen pintados por Pascin. En el cielo, a los lejos, hacia Sculeni y el Prut, que fluye perezoso entre las orillas llenas de lodo y espesos cañizares, brotan las nubéculas blancas y rojas de los Flaks. Mientras cierra los postigos del local, el dueño de la *lustragerie* levanta los ojos hacia esas nubéculas en el cielo lejano, como si espicara la llegada de una tormenta.

El edificio ochocentista del Jockey Club, donde en tiempos estuviera el hotel d'Angleterre, en el cruce de la strada Pácurari con la strada Carol, es un hermoso edificio de estilo neoclásico, el único edificio moderno de Iasi cuya arquitectura y motivos ornamentales revelan, incluso en los frisos más modestos, cierta dignidad artística. Una columnata dórica sobresale en altorrelieve en la fachada pintada con tonos marfileños. A los lados del palacio, a escasa distancia las unas de las otras, se abren varias hornacinas con Cupidos de estuco de color entre marfil y rosado representados en el acto de tensar el arco para disparar la flecha. En la planta baja del edificio se abren las vitrinas de la pastelería Zanfirescu y los grandes ventanales del Café Restaurant Corso, el más elegante de la ciudad. Al Jockey Club se accede por la parte posterior del edificio, tras cruzar un patio de empedrado irregular. Grupos de soldados rumanos completamente equipados y con el casco calado en la cabeza duermen al sol, echados aquí y allá sobre los adoquines. Bajo una marquesina de cristal, dos grandes esfinges de prominentes senos custodian la entrada.

Las paredes del vestíbulo están revestidas con paneles de madera oscura y brillante, las jambas de las puertas están talladas a la manera francesa de Luigi Filippo y de las paredes cuelgan óleos y aguafuertes: paisajes parisinos, Notre Dame, la lie Saint—Louis, el Trocadéro y retratos de mujeres del gusto de los ilustradores de las revistas francesas de moda femenina de entre 1880 y 1900. En la sala de juegos, en torno a las mesas tapizadas de fieltro verde, los viejos señores moldavos juegan sus miserables partidas de bridge, mientras se enjugan la frente con grandes pañuelos de organdí con vistosas coronas nobiliarias bordadas en punto inglés. En la pared opuesta a las ventanas que dan a la strada Pácurari, sobresale una galería de madera tallada, con motivos neoclásicos de liras y arpas que se alternan en la balaustrada: es el tablado donde se colocan los músicos durante las fiestas galantes de la nobleza de Iasi.

Me detengo frente a una de las mesas a observar la partida, y los jugadores alzan sus rostros sudados y me saludan moviendo la cabeza. El viejo príncipe Cantemir cruza la sala algo encorvado y renqueando y sale por una de las puertas del fondo. Enjambres de moscas zumban insistentes en los vanos de las ventanas como rosas rotando en el aire; y de rosas es precisamente el aroma que llega desde el jardín y se mezcla con el olor de la *tuiça* y el tabaco turco. Asomados a las ventanas que dan a la calle se ve a los *beaux* de Iasi, los rollizos Brummells moldavos de oscuros ojos sombreados; y yo, antes de salir, me detengo un instante a observar sus inmensas, orondas y blandas posaderas, en torno a las cuales enjambres de moscas dibujan delicadas rosas en el aire humeante.

—*Bună seara, domnule capitán* —me dice Marioara, la camarera del Café Restaurant Corso, cuando entro en la sala abarrotada de oficiales y soldados alemanes, una sala amplia de factura elegante situada en la planta baja del edificio del Jockey Club.

A lo largo de las paredes se ven estrechos asientos de crin, interrumpidos cada cierto espacio por pequeños departamentos separados con tabiques de madera. Marioara es casi una niña, delgada, virginal, afectuosa. Me sonrío inclinando la cabeza sobre el hombro y apoyando ambas manos en la losa de mármol de la mesa.

—¿Me pones un vaso de cerveza, Marioara?

Marioara deja escapar un gemido como si se hubiera hecho daño y dice:

—Uh, uh, uh, domnule capitán, uh, uh, uh.

—Tengo sed, Marioara.

—Uh, uh, uh, no hay cerveza, *domnule capitán*.

—Eres una chica mala, Marioara.

—*Nu, nu, domnule capitán*, no hay cerveza —dice Marioara sacudiendo la cabeza, y sonrío.

—Me voy, y no pienso volver, Marioara.

—*La revedere, domnule capitán* —dice Marioara con una sonrisa maliciosa.

—*La revedere* —contesto dirigiéndome hacia la puerta.

—Domnule capitán?

—*La revedere* —digo sin darme la vuelta.

Desde el umbral del Corso, Marioara me llama con su voz virginal.

—Domnule capitán? Domnule capitán?

Desde el Corso al antiguo cementerio hay poco trecho, no más de cincuenta pasos; mientras caminaba entre las tumbas podía oír la voz de Marioara llamándome: «*Domnule capitán?*». Pero yo no quería darle la vuelta enseguida, quería hacerla esperar, hacerle creer que me había enfadado con ella porque no me había servido el vaso de cerveza, aunque sabía que no era culpa suya, no quedaba una gota de cerveza en todo Iasi, «*Domnule capitán?*», y estaba ya abriendo la puerta de mi casa cuando noté que una mano se posaba con suavidad sobre mi brazo y una voz me dijo:

—Bună seară, domnule capitán.

Era la voz de Kane.

—¿Qué quiere, *domnule Kane*?

Detrás de Kane distinguí entre la penumbra del atardecer tres figuras con barba vestidas de negro.

—¿Nos permite que entremos, *domnule capitán*?

—Adelante —dije.

Subimos la empinada escalera, entramos en casa, hice girar el interruptor de la luz y exclamé:

—La dracu!

—Han cortado el suministro —dijo Kane.

Encendí una vela, cerré la ventana para que desde fuera no se viera la luz y me fijé en los tres acompañantes de Kane. Eran tres judíos algo entrados en años, con la cara cubierta de pelo bermejo. Tenían la frente tan pálida que relucía como si fuese de plata.

—Siéntense —dije señalando las sillas que había repartidas por la habitación.

Nos sentamos en torno a la mesa y me quedé mirando a Kane, interrogándolo con los ojos.

—*Domnule capitán* —dijo Kane—, hemos venido a preguntarle si podría...

—... si querría ayudarnos —le interrumpió uno de los acompañantes.

Era un viejo asombrosamente delgado y pálido, con una larga barba roja y gris. En sus ojos, protegidos tras la pantalla transparente de unas gafas con montura de oro, centelleaba una vacilante luz roja. Estaba apoyado sobre la mesa con las manos abiertas, huesudas y blancas como la cera.

—Usted puede ayudarnos, *domnule capitán* —dijo Kane. Y tras una larga pausa añadió—: Tal vez pueda decirnos qué debemos hacer...

—... para alejar de nosotros el grave peligro que nos amenaza —dijo, interrumpiéndolo de nuevo, el mismo viejo que antes le había quitado la palabra.

—¿Qué peligro? —pregunté.

Tras mis palabras hubo un profundo silencio; de pronto, otro de los acompañantes de Kane (su cara no me resultaba nueva, creía haberlo visto ya antes, aunque no sabía dónde ni cuándo) se puso en pie lentamente. Era un viejo alto y escuálido, de cabello y barba leonados con algún que otro pelo blanco; tenía los párpados blancos, pegados a las lentes de las gafas, y firmes y blancos los ojos, como los de un ciego. Me observó largo rato en silencio, hasta que dijo en voz baja:

—*Domnule capitán*, un peligro terrible pende sobre nuestras cabezas. ¿No se ha dado cuenta de la amenaza que se nos avecina? Las autoridades rumanas están planeando un terrible pogromo. La masacre puede empezar de un momento a otro. ¿Por qué no nos ayuda? ¿Qué debemos hacer? ¿Por qué no hace nada, por qué no sale en nuestra ayuda?

—Yo no puedo hacer nada —dije—. Soy extranjero, soy el único oficial italiano de toda Moldavia, ¿qué quiere que haga? ¿Quién quiere que me escuche?

—Advierta al general Von Schobert, adviértale de lo que se está tramando. Él puede evitar la masacre si quiere. ¿Por qué no va a ver al general Von Schobert? Él le escuchará.

—El general Von Schobert —dije— es un hombre de bien, soldado viejo y buen cristiano; pero es alemán y los judíos no le importan lo más mínimo.

—Si es un buen cristiano, le escuchará.

—Me dirá que él no se ocupa de los asuntos internos de Rumania. Podría presentarme ante el coronel Lupu, el comandante militar de Iasi.

—¿El coronel Lupu? —dijo Kane—. Pero si precisamente es el coronel Lupu quien está preparando la masacre.

—¡Haga algo! ¡Actúe! —dijo el viejo en voz baja, intentando contener su ímpetu.

—Yo ya he perdido la costumbre de actuar —respondí—. Soy italiano. Después de veinte años de esclavitud, los italianos ya no sabemos actuar, ya no sabemos asumir responsabilidades. Como al resto de italianos, a mí también me han roto el espinazo. En estos veinte años hemos dedicado todas nuestras energías a sobrevivir. Ya no servimos para nada. Sólo sabemos aplaudir. ¿Quieren que vaya a aplaudir ante el general Von Schobert y el coronel Lupu? Si quieren, puedo ir hasta Bucarest para aplaudir al mariscal Antonescu, al Perro

Rojo, si creen que eso les va ayudar. Más no puedo hacer. ¿O es que quieren que me sacrifique por ustedes inútilmente? ¿Quieren que me sacrifique en plena plaza Unirii para defender a los judíos de Iasi? Si pudiera, me habría sacrificado en una plaza de Italia para defender a los italianos. Ni nos atrevemos a actuar ni sabemos cómo hacerlo, ésa es la verdad —concluí girando la cabeza para ocultar el rubor de mi rostro.

—Todo eso es muy triste —murmuró el viejo. Luego se inclinó sobre la mesa, acercó su cara a la mía y, con una voz extraordinariamente humilde y dulce, una voz lejana, dijo—: ¿No me reconoce?

Escudriñé con detenimiento al viejo. La barba rojiza, salpicada de hilos de plata, los ojos blancos y fijos, la frente alta y pálida y la voz dulce, triste y lejana me trajeron a la memoria al alcaide de la prisión de Regina Coeli, en Roma, el señor Alesi. Fue sobre todo la voz lo que lo hizo resurgir ante mis ojos a la trémula luz de la vela. El señor Alesi era el alcaide de la prisión de mujeres de Mantellate, pero durante mi reclusión en Regina Coeli sustituyó de forma temporal al director de la prisión de hombres, enfermo desde hacía algunos meses; a fuerza de tratar con las reclusas de Mantellate, se había habituado a hablar con una dulzura extraordinaria, casi femenina. La voz de aquel viejo barbado con solemne aspecto de patriarca, dulcísima y triste, llena de golfos serenos, curvas armoniosas y penumbras verdes y rosadas, parecía una ventana abierta a un campo en primavera. En ese momento se abrió ante mis ojos el mismo horizonte de árboles, agua y nubes que se me abría cada vez que, desde mi celda de Regina Coeli, oía resonar por los corredores su voz triste, dulce y lejana. Era una voz que parecía un paisaje: el ojo se perdía en la infinita libertad de aquel paisaje de montes, valles, selvas y ríos, y los sentimientos que me turbaban, la angustia que me oprimía, la desesperación que a veces me postraba sobre el jergón o me hacía arremeter a puñetazos contra las paredes de la celda poco a poco se templaban, como si en el espectáculo de la paz y la libertad de la naturaleza hallaran una compensación a las humillaciones y sufrimientos de la esclavitud. La voz de Alesi regalaba a los presos aquel paisaje maravilloso que ellos anhelaban y trataban de adivinar a través de los barrotes; gracias a él, un paisaje irreal se introducía de forma furtiva en la angosta celda, entre las cuatro paredes blancas, cegadoras, desnudas, opacas e inaccesibles de la celda. Al oír la voz de Alesi los prisioneros palidecían, veían abrirse ante sus ojos aquel horizonte inmenso y libre, iluminado desde las alturas por una luz serena y constante, suavísima, que manchaba los valles de sombras transparentes, penetraba el secreto de los bosques, revelaba el misterio del esplendor plateado de los ríos y los lagos al fondo de la llanura y el temblor delicado del mar. Todos sentían por un instante, por un solo instante, la ilusión de la libertad; como si la puerta de la celda se hubiese abierto de forma misteriosa, sin ruido, para poco

después cerrarse despacio a medida que la voz de Alesi iba apagándose bajo el humillante silencio de Regina Coeli.

—¿No me reconoce? —dijo el viejo judío de Iasi con una voz extraordinariamente humilde y dulce, con la voz triste y lejana de Alesi.

Me quedé mirándolo de hito en hito, y entonces, temblando, con el sudor de la angustia y el miedo humedeciéndome la frente, quise ponerme en pie y salir de ahí, pero Alesi alargó el brazo por encima de la mesa y me retuvo.

—¿Se acuerda del día en que intentó quitarse la vida en la celda? Era la celda número cuatrocientos sesenta y uno, en el ala cuarta, ¿se acuerda? Llegamos justo a tiempo para impedir que se cortara las venas. ¿Creía que no nos habíamos dado cuenta de que faltaba un trozo de cristal del vaso roto? —Y se echó a reír, mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa al ritmo sincopado de sus carcajadas.

—¿Por qué avivar esos recuerdos? Fue usted muy bueno conmigo, pero no sé si debo agradecerse. Me salvó la vida.

—¿Hice mal al salvársela? —preguntó Alesi, y tras un largo silencio inquirió en voz baja—: ¿Por qué quería morir?

—Tenía miedo —respondí.

—¿Recuerda el día en que se puso a gritar y a dar puñetazos contra la puerta de la celda?

—Tenía miedo —respondí.

El viejo se echó a reír y entornó los ojos.

—También yo tenía miedo —dijo—, los carceleros también tienen miedo. ¿No es verdad, Picci, no es verdad, Corda —añadió dándose la vuelta—, que también los carceleros tienen miedo?

Levanté los ojos y vi salir de entre las sombras, detrás del viejo, los rostros de Picci y Corda, mis dos carceleros de Regina Coeli. Sonreían tímida y bondadosamente; les devolví la sonrisa y los miré con tristeza y afecto.

—También nosotros teníamos miedo —dijeron Picci y Corda.

Picci y Corda eran sardos, dos pequeños y flacos hijos de Cerdeña, de cabellos negríssimos, ojos ligeramente sesgados, tez aceitunada, demacrada por el hambre secular y la malaria, semejante, en medio de ese marco de cabellos negríssimos derramados por encima de las sienes hasta las cejas, al rostro de los santos bizantinos en sus marcos de plata.

—Teníamos miedo —repitieron Picci y Corda, y desaparecieron poco a poco en la sombra.

—Somos todos unos cobardes, ésa es la verdad —dijo el viejo judío—. Todos hemos gritado «viva» y hemos aplaudido. Pero puede que *los demás* también tengan miedo. Quieren masacrarnos porque nos temen. Les damos miedo porque somos débiles y estamos indefensos. Quieren masacrarnos porque saben que les tememos. ¡Ji, ji, ji! —reía y cerraba los ojos, dejando caer la cabeza sobre el pecho y agarrándose al borde de la mesa con sus huesudas manos de cera. Los demás callábamos, presas de un misterioso desasosiego—. Usted puede ayudarnos —dijo el viejo mientras levantaba de nuevo la frente—. El general Von Schobert y el coronel Lupu le escucharán. Usted no es judío, no es un pobre judío de Iasi. Es un oficial italiano...

Yo me eché a reír en silencio. En ese momento sentí cierta vergüenza de mí mismo, de ser italiano.

—... es un oficial italiano, *tienen* que escucharle. Quizá todavía pueda impedir la masacre.

Tras decir esto, el viejo se puso en pie e hizo una profunda reverencia. Los otros dos judíos y mi amigo Kane se pusieron también en pie e hicieron una profunda reverencia.

—Tengo pocas esperanzas —dije mientras los acompañaba hasta la puerta.

Uno a uno me estrecharon la mano en silencio, cruzaron el umbral y empezaron a bajar los primeros peldaños. Me quedé mirando cómo poco a poco descendían por la empinada escalera, cómo poco a poco desaparecían, primero la piernas, luego la espalda, luego los hombros y por último la cabeza. Se desvanecieron como si descendieran a una tumba.

Sólo entonces caí en la cuenta de que estaba tendido sobre la cama y de que en la habitación en penumbra, débilmente iluminada por la luz de la vela a punto de extinguirse, estaban los cuatro judíos sentados en torno a la mesa. Tenían la ropa hecha jirones y el rostro ensangrentado. La sangre resbalaba lenta desde las heridas de la cabeza hasta las largas barbas bermejas. Kane también estaba herido, le habían abierto la cabeza y tenía las cuencas de los ojos llenas de sangre coagulada. De mis labios se escapó un grito de terror. Me encontré sentado en la cama, incapaz de moverme, un sudor frío me resbalaba por la cara y durante un buen rato la imagen espantosa de aquellos pálidos espectros sentados en torno a la mesa siguió fija en mi retina; hasta que la turbia luz del alba, esa luz de agua sucia, entró poco a poco en la habitación y me sumí en un profundo sueño.

Me desperté muy tarde; debían de ser pasadas las dos. La *lustragerie* de la esquina de la strada Lapusneanu estaba cerrada, y hasta las ventanas del Jockey Club permanecían cerradas en

cumplimiento del sacrosanto rito de la siesta. En el cementerio, un grupo de obreros y barrenderos, y los cocheros que pasaban el día entero esperando frente a la Fundatia, comían en silencio, sentados sobre las tumbas y los peldaños del *adâpost*. El olor grasiento del *brama* se elevaba hasta mis ventanas seguido por enjambres de abejas.

—Buenos días, *domnule capitán* —decían los cocheros y barrenderos al tiempo que alzaban los ojos e insinuaban un saludo con la cabeza.

Por entonces todo el mundo me conocía ya en Iasi.

Hasta los obreros levantaban los ojos y me mostraban su pan y su queso en señal de ofrecimiento.

—*Multumesc*, ¡gracias! —gritaba yo, mostrándoles mi pan y mi queso.

Sin embargo, había algo en el aire, algo se palpaba en el ambiente. Desde el cielo, que iba cubriéndose de nubes negras, llegaba un croar quedo como el de los pantanos. Gendarmes y soldados rumanos pegaban en las paredes grandes carteles con las proclamas del coronel Lupu: «Todos los habitantes de las casas desde las cuales se abra fuego contra las tropas, así como los habitantes de las casas vecinas, serán fusilados en el acto, tanto hombres como mujeres, *fără copii*, salvo los niños». *Fără copii*, salvo los niños. El coronel Lupu, pensé, se ha ingeniado una coartada: por suerte le gustan los niños. Era un consuelo pensar que quedaba por lo menos una persona de bien en Iasi a la que le gustasen los niños. Escuadrones de gendarmes aguardaban al acecho frente a las puertas de las casas y en los jardines. Patrullas de soldados pasaban taconeando con fuerza sobre el asfalto.

—Buenos días, *domnule capitán* —decían sonriendo los obreros, cocheros y barrenderos sentados sobre las tumbas; las hojas de los árboles (parecían más verdes, teñidas de un verde fosforescente, en contraste con el cielo oscuro) susurraban bajo el viento húmedo y caliente que soplaba desde el Prut. Grupos de niños jugaban a pillar entre los túmulos y las antiguas cruces de piedra, una estampa viva y feliz a la que el cielo duro, pesado, plomizo confería cierto aire de juego extremo, de juego desesperado y vano.

Una angustia extraña pesaba sobre la ciudad. Una inmensa, descomunal y monstruosa calamidad, lubricada, pulida y puesta a punto como una máquina de hierro, se disponía a triturar entre sus engranajes las casas, los árboles, las calles y a los habitantes de Iasi, *fără copii*. Si por lo menos pudiera haber hecho algo por evitar el pogromo. Pero la comandancia del general Von Schobert estaba en Copou. Y al general Von Schobert los judíos no le importaban lo más mínimo. Un soldado viejo, un noble bávaro, un buen cristiano no se mezcla en determinados asuntos. ¿Qué tenía que ver él en todo eso?

¿Y yo, qué tenía que ver? Debo presentarme ante el general Von Schobert, me dije, por lo menos debo intentarlo, nunca se sabe.

Me dirigí a pie hacia Copou. Sin embargo, al llegar a la altura de la universidad me detuve a mirar la estatua del poeta Eminescu. Los árboles de la avenida estaban llenos de pájaros. A la sombra de los árboles se notaba el fresco. Un pajarito se había posado en el hombro de Eminescu. En ese momento recordé que llevaba en el bolsillo una carta de presentación para el senador Sadoveanu. El senador Sadoveanu era un hombre culto, un feliz amante de las musas. Tal vez me ofrecería un vaso de cerveza helada, y sin duda me recitaría algún poema de Eminescu. *La dracu* el general Von Schobert, *la dracu* también él. Di marcha atrás, crucé el patio del Jockey Club y comencé a subir las escaleras. Quizá lo mejor fuera ir a hablar con el coronel Lupu. Se reiría en mi cara. «*Domnule capitán, ¿y qué quiere que sepa yo acerca de ese pogromo? No soy adivino.*» Pero si de veras estaba tramándose un pogromo, el coronel Lupu tenía que ser parte implicada. En Europa oriental, los pogromos se organizan y se ejecutan *siempre* con la connivencia de las autoridades oficiales. En los países de más allá del Danubio y los Cárpatos, la casualidad nunca forma parte del curso de los acontecimientos, no hay espacio para hechos fortuitos. *Fără copii. La dracu* el coronel Lupu, *la dracu* también él.

Bajé las escaleras y pasé sin darme la vuelta siquiera por delante del Café Restaurant Corso, entré en el cementerio, me tendí sobre una tumba a la sombra de una acacia de verdes hojas transparentes y observe cómo las nubes negras se acumulaban en las alturas. Hacía calor y las moscas se paseaban por mi cara. Una hormiga subía por mi brazo. En el fondo, ¿qué tenía que ver yo con todo aquello? Había hecho todo lo humanamente posible por impedir la masacre, no era culpa mía si no podía hacer más. «*La dracu* Mussolini —dije en voz alta mientras bostezaba—, *la dracu* también él y todo su pueblo de héroes. *Somos un pueblo de héroes*, me puse a canturrear. Una panda de bastardos, he aquí en lo que nos había convertido. Valiente héroe también yo, no hace falta decirlo. Desde el cielo llegaba un croar como el de los pantanos.

Hacia el atardecer me despertó el grito de la sirenas; a duras penas conseguí levantarme y escuché bostezando el estruendo de los motores, el crepitar de las ametralladoras antiaéreas, el estallido de las bombas y el fragor lóbrego, largo y sordo de las casas derribadas. Esta estúpida *rázboi*. Abrigadas en sus chaquetas de cuero, aquellas muchachas dejaban caer sus bombas sobre las casas y los parques de Iasi. Harían mejor quedándose en casa haciendo calceta, pensé, y me eché a reír. Sí, anda que éstas son de las que se quedan en casa haciendo calceta, criaturas. El fragor de un galope desenfrenado me hizo incorporarme y quedarme sentado encima de la tumba. Un carro tirado por un caballo desbocado bajaba desde la Fundaba, pasó por

delante del cementerio y se estrelló de frente contra una pared al lado de la *lustragerie*. Vi cómo el caballo se partía la cabeza contra el muro y caía al suelo soltando coces. La estación de ferrocarril estaba en llamas. En el barrio de Nicolina se levantaban densas nubes de humo. Los soldados rumanos y alemanes iban de un lado a otro, corriendo fusil en mano. Una mujer herida se arrastraba por la acera. Me tendí de nuevo sobre la tumba y cerré los ojos.

De pronto volvió el silencio. Un muchacho pasó silbando frente al muro del cementerio. Se oían voces de júbilo que flotaban en el aire lleno de polvo. Al poco volvieron a sonar las sirenas. El rumor de los aparatos rusos, lejanos aún, se expandía como un olor por el cálido atardecer. Las baterías antiaéreas del campo de aviación de Copou disparaban con rabia. Debía de tener algo de fiebre, porque sentía escalofríos y mis huesos estaban doloridos. A saber dónde andaba Mica a esas horas. Peluda como una cabra. «*Stai! Stai!*», gritaban las patrullas entre las sombras ya densas. Aquí y allá, entre casas y jardines, tronaba algún que otro disparo. Las voces roncas de los soldados resonaban bajo el estrépito de los camiones. Desde el Jockey Club llegaban risas, palabras en francés y un tintineo de cubiertos. Dios mío, cómo me gustaba Marioara.

De repente me di cuenta de que se había hecho de noche. Las baterías de Copou disparaban contra la luna. Era una luna amarilla y viscosa, una enorme y redonda luna de verano que poco a poco remontaba el cielo nuboso. Los proyectiles antiaéreos aullaban a la luna. Los árboles se estremecían bajo el viento húmedo que soplaba desde el río. En las colinas se alzaban los secos ladridos de los Flaks. Luego a la luna se le enredó el pelo entre las negras ramas de los árboles, se quedó unos instantes suspendida de una de ellas, balanceándose como la cabeza de un ahorcado, hasta que se precipitó al fondo de un abismo de negras nubes de tormenta. Destellos azules y verdes hendían el cielo, y en el lugar de esas heridas aparecían, repentinas y fugaces como en los fragmentos de un espejo roto, profundas perspectivas de paisajes nocturnos, de un verde lívido y deslumbrante.

Mientras salía del cementerio empezó a llover. Era una lluvia lenta y cálida que parecía gotear de una vena cercenada. El Café Restaurant Corso estaba cerrado. Me puse a golpear con el puño en la puerta, llamando a Marioara; por fin la puerta se entreabrió y la voz de Marioara sonó quejumbrosa por el resquicio:

—Uh, uh, uh, *domnule capitán*, no puedo abrir, ya ha sonado el toque de queda, *domnule capitán*, uh, uh, uh.

Introduje la mano por el resquicio de la puerta y la aferré por el hombro con fuerza y dulzura, como si la acariciara.

—Marioara, oh, Marioara, ábreme, Marioara, tengo hambre, Marioara.

—Uh, uh, uh, *domnule capitán*, no puedo, *domnule capitán*, uh, uh, uh.

Tenía una voz lánguida y virginal, y yo aferraba los tiernos huesos de su delicado hombro y notaba cómo temblaba toda ella, de pies a cabeza, tal vez por la fuerza y la dulzura de mi caricia, tal vez por el aire perfumado de hierba en medio de la lluvia, tal vez por la languidez de aquella tibia noche de verano; o acaso por la luna, aquella luna traidora. (O quizá Marioara se acordaba de aquella noche que fue conmigo al antiguo cementerio abandonado para contemplar la hoz de la luna nueva segando dulcemente las hojas de las acacias; nos sentamos sobre una tumba, la tomé entre mis brazos y el fuerte olor de su piel virginal, de sus negros cabellos ensortijados, ese olor fuerte y vivo de Bizancio que tienen las mujeres rumanas, griegas y rusas, ese olor fuerte y antiguo de Bizancio, ese olor de rosas y piel blanca, se pegaba a mi rostro provocándome una extraña embriaguez. Marioara jadeaba suavemente mientras se estrechaba contra mi pecho, y yo le decía «Marioara», le decía tan sólo «Marioara», en voz baja, y Marioara me miraba a través de sus largas pestañas negras, sus pestañas de lana negra.)

—Uh, uh, uh, *domnule capitán*, no puedo abrir, *domnule capitán*, uh, uh, uh. —Y me miraba con un solo ojo a través del resquicio de la puerta. Luego dijo—: Espere un momento, *domnule capitán*. —Y cerró la puerta con cuidado.

La oí alejarse, oí el rumor de sus pies descalzos. Pasados unos momentos volvió con algo de pan y unas tajadas de carne.

—Oh, gracias, Marioara —dije, y le introduje en el escote unos billetes de cien lei.

Marioara me miraba con un solo ojo a través del resquicio mientras las cálidas y pesadas gotas de lluvia me golpeaban la nuca y resbalaban hacia abajo por la espalda.

—Oh, Marioara —decía acariciándole el hombro.

Yo empujaba la puerta con la rodilla, pero Marioara apoyaba todo su peso en la puerta y decía:

—Uh, uh, uh, *domnule capitán*, uh, uh, uh. —Y sonreía mirándome a través de sus largas pestañas de lana negra.

—Gracias, Marioara —dije, acariciándole la cara.

—*La revedere, domnule capitán* —respondió Marioara en voz baja, y siguió mirándome con un solo ojo a través del resquicio, mientras yo me alejaba bajo la lluvia.

Me senté en el umbral de mi casa, masticando despacio mientras escuchaba caer la lluvia con un murmullo que quedo sobre las delicadas hojas de las acacias. Tras el seto de un jardín, al fondo del cementerio, un perro aullaba intranquilo. Marioara todavía es una

niña, sólo tiene dieciséis años. Observaba el cielo negro, el reflejo amarillento de la luna a través del oscuro velo de las nubes. Marioara todavía es una niña. Y escuchaba el paso pesado de las patrullas, el estruendo de los camiones alemanes que subían hacia Copou y el Prut. De repente, a través de la tibia telaraña de lluvia, resonó de nuevo el grito quejumbroso de las sirenas.

Al principio no era más que un zumbido remoto procedente del cielo, un zumbido de abejas que poco a poco fue acercándose hasta convertirse en un lenguaje sonoro y misterioso en el cielo negro. Era un zumbido de abejas sonoro y remoto, una voz misteriosa, un lenguaje dulce y secreto, una voz como el recuerdo, como el zumbido de las abejas en el bosque. Entonces oí la voz de Marioara que me llamaba entre las tumbas:

—*Domnule capitán* —decía—, uh, uh, uh, *domnule capitán*.

Había huido del Corso, le daba miedo quedarse sola, quería irse a casa. Vivía cerca de strada Usine, en dirección a la central eléctrica, pero no se atrevía a cruzar la ciudad porque las patrullas disparaban contra todo lo que se movía, «*Stai! Stai!*», gritaban, y acto seguido abrían fuego sin darle a uno tiempo ni de poner los brazos en alto.

—Uh, uh, uh, acompáñeme a casa, *domnule capitán*.

Sus ojos negros relucían en la oscuridad, se encendían y se apagaban en la tibia penumbra, como en la frontera de una noche lejana, como en la frontera de una negra noche prohibida.

Pasaban ante nosotros, entre los túmulos y las cruces, grupos de personas que iban a refugiarse al *adápost* excavado en medio del cementerio; era como una tumba antigua a la que las losas de piedra de los sepulcros, apiladas como tejas gigantescas, servían de techado. Se bajaba al húmedo interior por una escalera empinada de madera, hasta llegar a una especie de cámara sepulcral donde se había dispuesto una serie de bancos junto a las paredes. Aquellas sombras de hombres y mujeres, de niños semidesnudos, descendían bajo tierra en silencio, como si fueran larvas de muertos que regresan al fondo de su oscuro infierno. A esas alturas los conocía ya a todos, siempre eran los mismos, todas las noches pasaban por delante de mí para cobijarse en el *adápost*: el dueño de la *lustragerie* de enfrente, dos vejetes a los que siempre veía sentados en el pedestal del monumento de la Unión, entre el Jockey Club y la Fundapa, el cochero que tenía la cuadra detrás del muro del cementerio, la mujer que vendía los periódicos en la esquina de la Fundaba, el mozo del *desfacér e de vinuri* con su esposa y sus cinco hijos, el vendedor de *tutun*, el estanquero de al lado de la oficina de correos.

—*Buna seara, domnule capitán* —decían al pasar.

—*Bună seara* —respondía yo.

Marioara no quería bajar al *adăpost*, quería irse a casa, tenía miedo, tenía miedo, quería irse a casa. Otras noches dormía sobre un sofá en el comedor del Café Restaurant Corso, pero esa noche quería irse a casa, temblaba de arriba abajo, quería irse a casa.

—Nos van a disparar, Marioara —le digo.

—*Nu, nu*, los soldados no pueden dispararle a un oficial.

—Quién sabe. Está oscuro, nos van a disparar, Marioara.

—*Nu, nu*, los soldados rumanos no le dispararán a un oficial italiano, ¿a que no?

—Claro que no, no le dispararán a un oficial italiano, tienen miedo. Ven, Marioara. Hasta el coronel Lupu tiene miedo de un oficial italiano.

Nos ponemos en camino abrazados el uno al otro, pegados a las paredes, bajo la tibia lluvia. El seno de Marioara palpita despacio contra mi brazo, es un palpito suave, de niña. Bajamos por strada Usine, entre los espectros de las casas devastadas. En las casuchas de madera, o de paja mezclada con barro, se oyen voces, risas, llantos de niños, cantos de fonógrafo roncós y triunfales. Disparos secos horadan la noche, allá por la estación. A través de la bocina de un viejo gramófono colocado en el antepecho de una ventana oscura, una voz ronca y triste canta:

Voi, voi, voi mândrelor voi...

De vez en cuando nos escondemos tras el tronco de un árbol o la tapia de un huerto y contenemos la respiración, hasta que los pasos de las patrullas se pierden en la lejanía.

—Esa es mi casa —dice Marioara.

El mastodóntico edificio de ladrillo rojo de la central eléctrica surge en la oscuridad frente a nosotros, semejante a un silo. En los andenes de la estación las locomotoras silban quejumbrosas.

—*Nu, nu, domnule capitán, nu, nu* —dice Marioara.

Pero yo la estrecho entre mis brazos, le acaricio el cabello ondulado, las cejas pobladas y duras, la boca fina y pequeña.

—*Nu, nu, domnule capitán, nu, nu* —dice Marioara, que intenta zafarse apoyando las manos sobre mi pecho.

De repente la tormenta estalla como una mina sobre los tejados de la ciudad. Negros pedazos de nubes, árboles, casas, calles, hombres y caballos saltan por los aires y giran como un remolino. Un torrente de sangre tibia mana de entre las nubes desgarradas por resplandores rojos, verdes y turquesas. Grupos de soldados rumanos

pasan gritando: «*Parasutist! Parasutist!*», corren mientras apuntan con los fusiles hacia el cielo. Y un clamor confuso llega desde la parte baja de la ciudad, ahogado por el estruendo alto y remoto de los aviones rusos.

Nos pegamos a la empalizada que rodea la casa de Marioara, al mismo tiempo que dos soldados que bajan corriendo desde el fondo de la calle nos disparan sin detenerse. Oímos con toda claridad el impacto de los proyectiles contra la empalizada. Un girasol sobresale por encima de las puntas afiladas de las estacas, cabizbajo, con su redondo ojo polifémico absorto y las luengas pestañas amarillas entornadas sobre la gran pupila negra. Estrecho a Marioara entre mis brazos, y Marioara se abandona levantando los ojos hacia el cielo. De pronto dice en voz baja:

—O, *frumos, frumos!* ¡Oh, qué bonito, qué bonito!

También yo levanto los ojos hacia el cielo y un grito de maravilla se escapa de mis labios.

Había hombres, allá en las alturas, que caminaban por los tejados de la tormenta. Menudos, desmañados, barrigones, caminaban por el borde de las nubes sosteniendo en la mano un inmenso paraguas blanco que oscilaba bajo las ráfagas de viento. Quizá fueran los viejos profesores de la Universidad de Iasi, vestidos con chistera gris y redingote de color guisante, que volvían a casa por la larga avenida de la Fundaba. Caminaban flemáticos bajo la lluvia, iluminados por el pálido brillo de los relámpagos, hablando entre sí; resultaba cómico verlos allá arriba, agitando las piernas de forma extraña, como tijeras que se abrieran y cerraran para cortar las nubes y abrirse paso a través de la telaraña de la lluvia suspendida sobre los tejados de la ciudad. «*Noapte buná, domnule profesor* —se decían unos a otros al tiempo que inclinaban la cabeza y levantaban con dos dedos la chistera de color gris—, *noapte buná.*» O quizá fueran las bellas y orgullosas damas de Iasi, que volvían de su paseo por el parque, haciendo sombra sobre el rostro delicado con los parasoles de seda turquesa o rosa ribeteados con encajes blancos; las seguían a cierta distancia sus viejas carrozas negras y solemnes, con sus cocheros eunucos sentados en el pescante sosteniendo el largo látigo de fibras rojas sobre las relucientes grupas de sus hermosos caballos de largas crines rubias. O quizá fueran los viejos aristócratas del Jockey Club, los rechonchos caballeros moldavos con patillas recortadas al estilo parisino, trajes de Saville Row y pequeñas corbatas ceñidas en la estrecha abertura de los altos cuellos almidonados, como las de los héroes de Paul de Kock; volvían a casa a pie para respirar un poco de aire fresco tras la interminable partida de bridge en la sala llena de humo del Jockey Club, perfumada de rosas y tabaco. Se balanceaban sobre las caderas, agitaban sus

tijeras, sujetaban con el brazo extendido el largo mango de sus inmensos paraguas blancos y llevaban los altos sombreros de copa ligeramente inclinados sobre la oreja, como algunos de los *vieux beaux* de Daumier; ah, no, me equivoco: de Caran d'Ache.

—Son los aristócratas de Iasi, que huyen. Tienen miedo de la guerra —digo—; van a ponerse a salvo en el Athénée Palace de Bucarest.

—Oh, no, no huyen, es que ahí abajo están las casas de las gitanas, van a hacer el amor con las gitanas —dice Marioara contemplando a los hombres voladores.

Las nubes parecían las cabelleras de colosales árboles verdes, y los hombres de la chistera gris y las mujeres con los parasoles de seda ribeteados con encajes blancos parecían moverse entre las mesitas del Pavillon d'Armenonville, sobre el fondo de los árboles verdes, azules y rosas de la Porte Dauphine en el cuadro de Manet. Eran los mismos tonos verdes, rosas, turquesas y grises de Manet los que podían apreciarse en el delicado paisaje de hierba y hojas que aparecía y desaparecía cada vez que un rayo demolía los altos castillos de color púrpura de la tormenta.

—Parece una fiesta —digo—, una fiesta galante en un parque en primavera.

Marioara contempla a los *demidieux* del Jockey Club, a las *Manches déités* de Iasi (también Iasi se encuentra *du cote de Guermantes*, un *côté Guermantes* provinciano, perteneciente a aquella provincia ideal que es la verdadera patria parisina de Proust; por lo demás, en Moldavia, todo el mundo se sabe a Proust de memoria), observa las altas chisteras, los monóculos, los claveles blancos que sobresalen de los ojales de las chaquetas grises y beis, los parasoles de seda ribeteados con encajes, los guantes de tul que cubren los brazos hasta los codos, los sombreritos poblados de pájaros y flores, los frágiles pies cuyas puntas asoman tímidas bajo las faldas plisadas.

—¡Oh, cómo me gustaría ir a esa fiesta! ¡Yo también quiero ponerme un bonito vestido de seda! —dice Marioara, y se toca con sus gráciles dedos el pobre vestido de colores desteñidos, manchado de *ciorbá de pui*.

—¡Oh, pero mira, mira cómo huyen! ¡Mira cómo los sigue la lluvia, Marioara! ¡La fiesta se ha acabado, Marioara!

—*La revedere, domnule capitán* —dice Marioara, y empuja la cancela que da paso al jardín.

La casa de Marioara es una casucha de madera de un solo piso, con el tejado de tejas rojas. Las ventanas están cerradas, y a través de los listones de las persianas no se filtra ni un rayo de luz.

—¡Marioara! —llama una voz de mujer desde el interior de la casa.

—Uh, uh, uh —dice Marioara—, *la revedere, domnule capitán*.

—*La revedere, Marioara* —contesto, y la estrecho contra mi pecho.

Marioara se abandonó entre mis brazos mientras contemplaba en el cielo la estela luminosa de las balas trazadoras surcando el cristal negro de la noche; parecían collarines de coral colgados de un invisible cuello de mujer, flores arrojadas a un negro abismo de terciopelo, peces fosforescentes deslizándose por un mar nocturno; eran siluetas efímeras de labios encarnados que se disolvían bajo la sombra de los parasoles de seda, rosas florecientes en lo más recóndito de un jardín durante una noche sin luna, poco antes del alba. Y los *vieux beaux* del Jockey Club y los viejos profesores de la universidad volvían a casa tras la fiesta, con las últimas luces de los fuegos artificiales, resguardándose de la lluvia bajo sus inmensos paraguas blancos.

Luego, poco a poco, el cielo se apagó, la lluvia cesó de pronto y la luna apareció en un claro de las nubes; parecía un paisaje pintado por Chagall. El cielo judío de Chagall, poblado de ángeles judíos, de nubes judías, de perros y caballos judíos que se mecen mientras sobrevuelan la ciudad. Un paisaje con violinistas judíos sentados sobre los tejados de las casas o flotando por el cielo pálido sobre las calles, donde los judíos muertos yacen en las aceras entre candelabros encendidos. Un paisaje en el que las parejas de amantes judíos se tienden en el aire al borde de una nube verde como un prado. Y bajo ese cielo judío de Chagall, en medio de ese paisaje de Chagall iluminado por una luna redonda y transparente, subía desde los barrios de Nicolina, Socola y Pácurari un clamor confuso, un crepitar de ametralladoras, el sordo estallido de las bombas de mano.

—Uh, uh, uh, están matando a los judíos —dijo Marioara conteniendo la respiración.

El ruido provenía del centro de la ciudad, de los barrios en torno a la plaza Unirii y la iglesia de los Tres Jerarcas. Entre aquel clamor confuso, como de gente que huía perseguida por las calles, se oían palabras en alemán gritadas con voz áspera y aterradora y los «*Stai! Stai!*» de los soldados rumanos.

De pronto, un disparo pasó silbando junto a nuestros oídos. Al fondo de la calle se oía un estrépito de voces alemanas, rumanas y hebreas; una turba de gente corriendo en desbandada pasó frente a nosotros; eran mujeres, hombres y niños a los que perseguía un grupo de gendarmes que corría tras ellos disparando. Detrás de éstos, apareció tambaleándose un soldado con la cara llena de sangre que gritaba: «*Parasutist! Parasutist!*» y apuntaba con su fusil hacia el cielo. Cayó de rodillas a pocos pasos de donde estábamos, se golpeó

la cabeza contra la empalizada y se quedó tendido con la cara pegada al suelo bajo la lenta lluvia de los paracaidistas soviéticos, que descendían por el cielo colgados de sus inmensos paraguas blancos y posaban suavemente el pie sobre los tejados de las casas.

—Uh, uh, uh —gritó Marioara, y yo la levanté en vilo, crucé con ella el jardín de la casa y empujé la puerta con el codo.

—*La revedere, Marioara* —dije, y la dejé resbalar poco a poco entre mis brazos hasta que tocó el suelo.

—*Nu, nu, domnule capitán, nu, nu!* —grita Marioara aferrándose a mi pecho—. *Nu, nu, domnule capitán, uh, uh, uh!* —Y me clava los dientes en la mano, me muerde con una furia salvaje, aullando como un perro.

—Oh, Marioara —le digo en voz baja mientras rozo su pelo con mis labios, y con la mano que me queda libre la abofeteo para apartar sus dientes de mi carne—. Oh, Marioara —le digo mientras rozo su oreja con mis labios.

La empujo con cuidado hacia el oscuro interior de la casa, cierro la puerta, cruzo el jardín, me alejo por la calle desierta y, de vez en cuando, me vuelvo para mirar la empalizada, el girasol que sobresale por encima de las puntas afiladas de las estacas y la casucha con el tejado de tejas rojas manchadas de luna.

Al llegar a lo alto de la cuesta, me di media vuelta. La ciudad era pasto de las llamas. Densas nubes de humo se levantaban en los barrios bajos, a orillas del Bahlui. En torno a los edificios en llamas, las casas y los árboles se recortaban nítidos y de un tamaño superior al natural, como en una fotografía ampliada. Podían distinguirse las grietas del revoque, las ramas, las hojas. La escena tenía ese algo de muerte y a la vez de exceso de precisión propio de las fotografías; y habría creído estar frente a una fría y espectral imagen fotográfica si el clamor confuso que se alzaba por todas partes, el grito espantoso de las sirenas, el interminable silbido de las locomotoras y el crepitar de las ametralladoras no hubiesen atribuido a esa horrible visión el sentido vivo e inmediato de la realidad.

Mientras corría por las tortuosas callejuelas que suben al centro de la ciudad, oía en torno a mí aullidos desesperados, portazos, ruido de cristales y platos rotos, y gritos ahogados, y un lloroso «¡Mamá, mamá!», y un horrendo suplicar «*Nu, nu, nu!*», y de vez en cuando, desde detrás de una empalizada, desde el fondo de un jardín, desde el interior de una casa, de entre las persianas medio bajadas, un resplandor, la detonación seca de un disparo, el silbido de una bala y las broncas y temibles voces de los alemanes. En la plaza Unirii un grupo de SS hincados de rodillas junto al monumento del príncipe Cuza Vodá disparaban sus ametralladoras contra la placita donde se alza la estatua del príncipe Ghika en traje moldavo, abrigado con un grueso sobretodo y tocado con una gorra alta de pelo. Entre la

claridad de los incendios se veía a una multitud negra y gesticulante, en su mayoría mujeres, arracimada al pie del monumento; a veces alguien se separaba del grupo, echaba a correr por la plaza y caía bajo el plomo de las SS. Pelotones de judíos huían por las calles perseguidos por soldados y civiles enfurecidos, armados con cuchillos y barras de hierro; grupos de gendarmes descerrajaban las puertas de las casas con la culata de sus fusiles; las ventanas se abrían de improviso y en ellas aparecían mujeres desgredadas en camisón que agitaban los brazos gritando; algunas se tiraban de la ventana y producían un golpe sordo al impactar con la cabeza en la acera. Escuadrones de soldados lanzaban granadas de mano a través de los ventanucos a pie de calle de los sótanos, adonde mucha gente acudía en busca de una inútil salvación; algunos incluso se ponían a gatas para examinar el efecto de las explosiones y se daban la vuelta hacia sus compañeros riendo. Los pies resbalaban con la sangre donde la matanza era mayor; dondequiera que fuera, la ferocidad desenfrenada del pogromo llenaba calles y casas de disparos, llantos, gritos aterradores y crueles carcajadas.

Cuando por fin llegué al consulado de Italia, en la calle ajardinada que corre pareja al muro del antiguo cementerio, encontré al cónsul Sartori sentado en una silla en el umbral, fumando un cigarrillo. Fumaba plácidamente, con su flema napolitana. Pero yo conozco a los napolitanos, y sé que sufría. En el interior se oía un gimoteo contenido.

—Era lo que nos faltaba —dijo Sartori—. He salvado a una decena de esos desgraciados, algunos están heridos. ¿Haría el favor de ayudarme, Malaparte? Yo no sé nada de enfermería.

Entré en el despacho del consulado. Allí, tendidos en los sofás, sentados por el suelo o en los rincones (una niña se había escondido bajo el escritorio de Sartori), había unas cuantas mujeres, algún viejo barbudo, cinco o seis niños y tres jóvenes con aspecto de estudiantes. Una de las mujeres tenía una brecha en la frente provocada por un golpe de culata, uno de los estudiantes se dolía de una herida de arma de fuego en un hombro. Mandé calentar un poco de agua y, con la ayuda de Sartori, empecé a lavarles las heridas y a vendárselas con retazos de una sábana.

—¡Vaya lata! —decía Sartori—. ¡Justo lo que necesitábamos! Y justo esta noche, que me duele un poco al cabeza.

Mientras le colocaba el vendaje, la mujer con la herida en la cabeza se volvió hacia Sartori y le dio las gracias en francés por haberle salvado la vida, llamándolo *Monsieur le Marquis*. Sartori se quedó mirándola con cara de hastío y dijo:

—¿Por qué me llama usted «marqués»? Yo soy el señor Sartori.

Me gustaba ese tipo gordo y plácido que esa noche renunciaba a un título al que no tenía derecho y que, no obstante, lo henchía de

orgullo. Los napolitanos, cuando el peligro acecha, son capaces de soportar los mayores sacrificios.

—¿Me hace el favor de acercarme otra venda, señor marqués? —le dije para compensar su sacrificio.

Cuando terminamos salimos a sentarnos en el umbral, Sartori en su silla y yo en el escalón. En el jardín que rodea la villa del consulado abundan las acacias y los pinos. Despiertos por la claridad de los incendios, los pájaros revoloteaban por las ramas, batiendo las alas en silencio.

—Tienen miedo. No cantan —dijo Sartori mientras dirigía los ojos a las copas de los árboles. Luego, señalando con la mano una mancha oscura en la pared de la villa, agregó—: Fíjese en esa pared, hay una mancha de sangre. Uno de esos pobres se ha refugiado aquí dentro, los gendarmes han entrado y casi lo matan allí mismo, junto a la pared, con la culata del fusil. Luego se lo han llevado. Era el propietario de la villa, un buen hombre. —Encendió otro cigarrillo y se giró lentamente para mirarme—. Estaba solo —dijo—, ¿qué más podía hacer? He protestado, he dicho que daría parte a Mussolini. Se han reído en mi cara.

—Se han reído de Mussolini, no de usted.

—Menos guasa, Malaparte. Me he puesto como una fiera, y cuando yo me enfado... —dijo sin perder su placidez. Siguió fumando, y luego añadió—: Ayer mismo le solicité al coronel Lupu un piquete de gendarmes para proteger el consulado. Me contestó que no hacía ninguna falta.

—¡Puede dar gracias a Dios! Con la gente del coronel Lupu es mejor no tener tratos. El coronel Lupu es un asesino.

—Un auténtico asesino. Qué lástima, ¡un hombre tan apuesto!

Me eché a reír y giré la cara para que Sartori no viera que me reía. En ese momento empezaron a oírse en la calle gritos desesperados y disparos de pistola; luego, los horrendos, insoportables, sordos y blandos golpes de las culatas al impactar contra los cráneos.

—Ahora sí que están empezando a hartarme —dijo Sartori, y se levantó con su flema napolitana, cruzó el jardín con paso sereno, abrió la cancela y dijo—: Entren aquí, entren aquí.

Yo había salido a la calle y empujaba a través de la cancela a una turba de gente entontecida por el pánico. Un gendarme me agarró por el brazo y yo le solté un puntapié en el abdomen con todas mis fuerzas.

—Bien hecho —dijo Sartori con toda tranquilidad—, se lo merece, por insolente.

Debía de estar furioso de veras: había dicho una palabrota. Porque «insolente», para él, era una palabrota.

Nos quedamos la noche entera sentados en el umbral, fumando. De tanto en tanto salíamos a la calle y empujábamos a grupos de gente herida y ensangrentada hacia el interior del consulado. Al final de la noche habíamos acogido a un centenar.

—Habría que darles algo de comer o de beber a estos desgraciados —le dije a Sartori cuando, tras atender a algunos heridos, volvimos a sentarnos en el umbral.

Sartori me lanzó una mirada perruna.

—Tenía unas cuantas provisiones, pero los gendarmes que han asaltado el consulado me lo han robado todo. Paciencia.

—'O vero? —le pregunté en napolitano.

—'O vero —respondió Sartori dejando escapar un suspiro.

Me alegraba de estar junto a Sartori en esos momentos, me sentía seguro al lado de ese plácido napolitano que temblaba de miedo, horror y piedad por dentro sin pestañear.

—Sartori —le dije—, nosotros combatimos en defensa de la civilización contra la barbarie.

—'O vero? —preguntó Sartori.

—'O vero —respondí yo.

El sol despuntaba ya en el cielo despejado de nubes. El humo de los incendios flotaba sobre los árboles y los tejados. Hacía un poco de frío.

—Sartori —le dije—, cuando Mussolini se entere de que han profanado el consulado de Iasi se pondrá hecho una furia.

—Menos guasa, Malaparte —dijo Sartori—. Mussolini ladra pero no muerde. Me destituirá por dar asilo a esos pobres judíos.

—'O vero?

—'O vero, Malaparte.

Al poco, Sartori se puso en pie y me pidió que me fuera a descansar.

—Está cansado, Malaparte. Ahora ya se ha acabado. Los muertos muertos están. Ya no hay nada que hacer.

—No estoy cansado, Sartori. Échese usted, yo me quedaré aquí de guardia.

—Descanse por lo menos una hora, hágame ese santísimo favor —dijo Sartori al tiempo que se sentaba de nuevo en la silla.

Mientras cruzaba el cementerio, divisé entre la luz incierta a una pareja de soldados rumanos sentados sobre una tumba. Tenían en las manos un pedazo de pan y comían en silencio.

—Buenos días, *domnule capitán* —dijeron.

—Buenos días —contesté.

Una mujer yacía muerta entre dos tumbas. Un perro aullaba detrás de los setos. Me eché en la cama y cerré los ojos. Me sentía humillado. No había nada que hacer. «*La dracu*», pensé. Era horrible no poder hacer nada.

Poco a poco me adormecí, y a través de la ventana abierta vi el cielo despejado del amanecer, que el reflejo pálido de los incendios acariciaba aquí y allá, y en medio del cielo había un hombre que miraba hacia el suelo mientras paseaba sujetando un inmenso paraguas blanco con el brazo extendido.

—Que descanse —me dijo el hombre volador saludándome con la cabeza y sonriendo.

—Gracias, que tenga un agradable paseo —respondí.

Me desperté al cabo de un par de horas. Era una mañana cristalina, y el aire, limpio y fresco tras la tormenta de la noche anterior, brillaba sobre las cosas como un barniz transparente. Me asomé a la ventana y eché un vistazo a la strada Lapusneanu. La calle estaba sembrada de figuras humanas abandonadas en posturas inverosímiles. Las aceras aparecían cubiertas de muertos apilados los unos sobre los otros. Varios cientos de cadáveres habían sido amontonados en medio del cementerio. Jaurías de perros olfateaban los muertos de esa manera entre temerosa y humillada del perro que busca a su amo; llenos de respeto y de piedad, deambulaban entre los cuerpos de aquellos desgraciados con suma delicadeza, como con miedo a pisar sus caras ensangrentadas, sus manos rígidas. Brigadas de judíos, supervisados por gendarmes y soldados armados con fusiles ametralladores, se encargaban de trasladar a los muertos, apartándolos de en medio de la calle y amontonándolos junto a las paredes para no obstaculizar el paso de los vehículos. Los camiones alemanes y rumanos pasaban cargados de cadáveres. En la acera de la *lustragerie*, había un niño muerto apoyado de espaldas a una pared y con la cabeza abandonada sobre el hombro.

Retrocedí, cerré la ventana, me senté sobre la cama y empecé a vestirme despacio. Cada poco tiempo tenía que tenderme de espaldas para reprimir las ganas de vomitar. De pronto me pareció oír un sonido de voces alegres, risas, exclamaciones y ovaciones. Hice un esfuerzo y volví a asomarme a la ventana. La calle estaba llena de gente. Patrullas de soldados y gendarmes, grupos de hombres y mujeres del pueblo, bandas de gitanos de largos cabellos enortijados: todos discutían armando un alegre jaleo; estaban ahí

desnudando a los cadáveres, los levantaban, les daban la vuelta de un lado y del otro para quitarles chaquetas, pantalones y ropa interior, hacían fuerza pisándoles la barriga con el pie para arrancarles los zapatos; algunos llegaban corriendo para hacerse con parte del botín, otros se marchaban con los brazos cargados de ropa. Aquello era un guirigay festivo, un trajín agradable, un mercado y una fiesta, todo a la vez. Los muertos quedaban en el suelo desnudos y en posturas inhumanas.

Me lancé escaleras abajo, crucé a la carrera el cementerio saltando sobre las tumbas para no pisar los cadáveres desperdigados por todas partes y, al llegar a la puerta del cementerio, tropecé con un grupo de gendarmes ocupados en desnudar a los muertos. Me abalancé sobre ellos gritando y dándoles empujones.

—¡Canallas, cobardes —les grité—, malnacidos!

Uno de ellos se quedó mirándome con asombro, y acto seguido tomó algunas prendas del montón de ropa esparcida por el suelo, dos o tres pares de zapatos, y me los ofreció al tiempo que decía:

—No se enfade, *domnule capitán*, hay para todos.

Y en ésas, procedente de la plaza Unirii, apareció por la strada Lapusneanu el lando de la princesa Sturdza, con un festivo repique de cascabeles. Sentado solemne en el pescante, el eunuco Grigori, envuelto en su hopalanda, agitaba el látigo sobre los lomos de los preciosos caballos moldavos de pelaje blanco, que trotaban con la cabeza erguida sacudiendo las largas crines. Sentada en posición rígida y altanera sobre los altos y anchos cojines, la princesa miraba hacia lo alto y sujetaba en la mano derecha su parasol de seda rosa adornado con una orla de encaje. A su lado, orgulloso y distraído, se sentaba el príncipe Sturdza, vestido todo de blanco con la frente oscurecida por el ala de un sombrero de fieltro gris, y que con la mano izquierda sujetaba sobre el pecho un librito religado de piel amarilla.

—Buenos días, *doamnă* princesa —dijeron los asaltantes de muertos, tras interrumpir su agradable trajín y hacer una honda reverencia.

La princesa Sturdza, vestida toda ella de azul y con su ancho sombrero florentino de paja ladeado sobre una oreja, giraba la cabeza de derecha a izquierda con movimientos secos, y el príncipe se quitó el sombrero gris con un breve gesto de la mano, al tiempo que sonreía y fruncía ligeramente la frente.

—Buenos días, *doamnă* princesa.

Y la carroza pasó, con su festivo repique de cascabeles, entre los montones de cadáveres desnudos y dos filas de personas inclinadas en señal de humildad que aferraban entre sus manos el cruel botín; pasó a trote ligero tirada por los hermosos caballos

blancos, a los que el eunuco Grigori, solemne y grueso en su pescante, azuzaba con el suave movimiento de su látigo de fibras rojas.

VII

CRÍQUET EN POLONIA

—¿Cuántos judíos murieron en Iasi esa noche? —me preguntó Frank en tono irónico mientras acercaba los pies al hogar, y dejó escapar una risa discreta.

Los demás también reían discretamente, y me miraban con ojos compasivos. El fuego crepitaba en el hogar y la nieve helada acariciaba con sus dedos blancos los cristales de las ventanas. A ratos soplaba un fuerte viento, el viento gélido del Norte, con ráfagas que aullaban entre las ruinas del antiguo hotel d'Anglaterra y levantaban remolinos de nevisca en la plaza Saski. Yo me había levantado y había ido hasta una de las ventanas para contemplar, a través de los cristales empañados, la plaza iluminada por la luz de la luna. Sombras borrosas de soldados atravesaban la acera del hotel Europejski. Más abajo, donde veinte años antes se alzaba el *sobor*, la catedral ortodoxa de Varsovia, demolida por los polacos en cumplimiento de la oscura profecía de un monje, la nieve extendía ahora su manto inmaculado. Me volví para mirar a Frank y también yo me eché a reír con discreción.

—El comunicado oficial del vicepresidente del Consejo rumano, Mihai Antonescu —respondí—, reconocía quinientos muertos. Pero la cifra oficial declarada por el coronel Lupu es de siete mil judíos masacrados.

—Una cifra respetable —dijo Frank—, aunque sus métodos no son honestos. Así no se hacen las cosas.

—No. Así no se hacen las cosas —dijo el gobernador de Varsovia, Fischer, y sacudió la cabeza con un gesto de desaprobación.

—No es un método civilizado —dijo el gobernador de Cracovia, Wächter, uno de los asesinos de Dollfuss, con voz de disgusto.

—El pueblo rumano no es un pueblo civilizado —dijo Frank con desprecio.

—*Ja, es bat keine Kultur* —dijo Fischer, y sacudió la cabeza.

—Aunque mi corazón no es tan sensible como el suyo —dijo Frank—, entiendo y comparto su espanto ante la masacre de Iasi. Los pogromos merecen mi condena en tanto que hombre, alemán y *Generalgouverneur* de Polonia.

—*Very kind of you* —dije haciendo una reverencia.

—Alemania es un país con un grado de civilización superior, y aborrece los métodos bárbaros —dijo Frank dirigiendo a los presentes una mirada de sincera indignación.

—*Natürlich* —dijeron todos.

—Alemania —dijo Wächter— debe cumplir una gran misión civilizadora en el Este.

—La palabra pogromo no es una palabra alemana —dijo Frank.

—Cierto, es una palabra hebrea, naturalmente —apunté sonriendo.

—Ignoro si es hebrea —dijo Frank—, pero sé que no ha entrado ni entrará nunca en el vocabulario de la lengua alemana.

—Los pogromos son una especialidad eslava —señaló Wächter.

—Los alemanes nos regimos en todo momento por la razón y el método, y no por el instinto animal; obramos siempre de manera científica. Cuando es necesario, y sólo cuando es estrictamente necesario —recalcó Frank separando las sílabas y mirándome fijamente, como si quisiera grabarme sus palabras en la frente—, imitamos el oficio del cirujano, nunca el del carnicero. ¿Acaso —añadió— ha presenciado usted alguna masacre de judíos en las calles de las ciudades alemanas? No, ¿verdad? A lo sumo alguna manifestación de estudiantes, alguna inocente trifulca entre jóvenes. Y no obstante, dentro de un tiempo no quedará en Alemania ni un solo judío.

—Es cuestión de método y organización —observó Fischer.

—Matar judíos —continuó Frank— no encaja con el estilo alemán. Es una molestia estúpida, un derroche inútil de tiempo y energía. Nosotros los deportamos a Polonia y los encerramos en los guetos, allí dentro son muy dueños de hacer lo que les plazca. Los judíos viven en los guetos de las ciudades polacas como en una república libre.

—¡Viva la república libre de los guetos de Polonia! —dije alzando la copa de Mumm que frau Fischer me ofrecía atentamente.

La cabeza empezaba a darme vueltas y me sentía de un humor estupendo.

—¡Viva! —gritaron todos a coro alzando sus copas de champán.

Bebieron y se quedaron mirándome entre risas.

—*Mein lieber* Malaparte —continuó Frank mientras posaba su mano en mi hombro con cordial familiaridad—, el pueblo alemán es víctima de calumnias abominables. Nosotros no somos un pueblo de asesinos. Espero que cuando vuelva a Italia explique lo que ha visto en Polonia. Su deber como hombre honesto e imparcial es decir la verdad. Podrá usted decir con la conciencia tranquila que, en Polonia,

los alemanes forman una gran familia de trabajadores. Mire a su alrededor: ésta es una modesta, sencilla y honesta casa alemana. Así es Polonia: una honesta casa alemana. Fíjese —dijo señalando a su alrededor con la mano.

Me di la vuelta y miré. Frau Fischer había abierto el cajón de un mueble, de donde había sacado una caja en la que había un grueso ovillo de lana, dos agujas, un calcetín recién comenzado y algunas madejas de lana sin hilar. Después de inclinarse ligeramente hacia frau Frank, como si le pidiera su aprobación, se colocó sobre la nariz unas gafas con montura metálica y se puso a hacer punto con toda tranquilidad. Frau Brigitte, por su parte, había abierto una madeja de lana introduciendo las manos por en medio y, tras colocársela en las muñecas a frau Wächter, había empezado a formar con ella un ovillo, moviendo las manos con brío y ligereza. Frau Wächter estaba sentada con las rodillas juntas, el busto erguido y los brazos doblados a la altura del pecho, y, con un sutil movimiento de las muñecas, la ayudaba a hilar la madeja. Las tres mujeres sonreían, formando un auténtico cuadro de elegancia burguesa. El *Generalgouverneur* Frank las observaba trabajar con una mirada en la que relucía un sentimiento de afecto y orgullo. Entretanto, Keith y Emil Gassner cortaban los pasteles de medianoche y servían café en grandes tazas de porcelana.

Con la ayuda del vino, aquella escena burguesa y el timbre algo sordo de aquel interior de la Alemania provinciana (el tintineo de las agujas de punto, el crepitar de las llamas en la chimenea, el apagado rechinar de los dientes al masticar el pastel, el suave sonido de las tazas de porcelana) poco a poco suscitaban en mi ánimo un ligero malestar. Pese a no hacer fuerza con ella, la mano de Frank, posada sobre mi hombro, me oprimía el espíritu. Y poco a poco, al desentrañar y considerar uno por uno los sentimientos que Frank suscitaba en mí, al intentar esclarecer y definir en mi mente las razones, los pretextos y el significado de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, de cada unos de sus actos, al procurar componer, a partir de los elementos relativos a su persona que había ido reuniendo a lo largo de esos días, su retrato moral, me di cuenta de que no era un hombre al que pudiera despacharse con juicios apresurados.

El malestar que me embargaba siempre ante su presencia nacía justamente de la extrema complejidad de su naturaleza, una singular mezcla de inteligencia cruel, finura y vulgaridad, de cinismo brutal y de sensibilidad refinada. Sin duda había en él una zona oscura y profunda que yo no alcanzaba a explorar, un reino tenebroso, un infierno inaccesible del que en ocasiones emergía un fugaz resplandor opaco que de repente iluminaba su cara prohibida, su inquietante y enigmático rostro secreto.

El juicio que desde hacía tiempo me había formado sobre Frank era, sin duda alguna, negativo. Lo que sabía de él me bastaba para aborrecerlo. Sin embargo, mi conciencia me negaba el derecho a detenerme en ese juicio. Entre los elementos de que disponía para juzgar a Frank, procedentes en parte de la experiencia ajena, en parte de la propia, faltaba algo, y no sabía el qué; un elemento cuya naturaleza desconocía y del que esperaba, de un momento a otro, una repentina revelación.

Esperaba descubrir en Frank un gesto, una palabra, un acto «gratuito» que me revelasen su verdadero rostro, su cara secreta. Y esa palabra, ese gesto, ese acto gratuito debían irrumpir de repente desde esa zona oscura y profunda de su espíritu donde yo presentía que las raíces de su cruel inteligencia y de su refinada sensibilidad musical se hundían en el fondo enfermizo y, en cierto sentido, criminal de su naturaleza.

—Así es Polonia: una honesta casa alemana —repitió Frank abarcando con la mirada aquella escena íntima de familia burguesa.

—¿Por qué —le pregunté— no se dedica usted también a alguna labor femenina? Su reputación como *Generalgouverneur* no se resentiría. Hasta el rey de Suecia, Gustavo V, se solaza realizando labores femeninas. Por las noches, rodeado por su familia y sus allegados, el rey Gustavo V se dedica a bordar.

—*Ach so?* —exclamaron las señoras con incrédula y divertida admiración.

—¿A qué otra cosa puede dedicarse un rey neutral? —preguntó Frank entre risas—. ¿Cree que si fuera *Generalgouverneur* de Polonia encontraría tiempo para hacer bordados?

—El pueblo polaco sería sin duda mucho más feliz —respondí— si tuviera un *Generalgouverneur* que se dedica al bordado.

—Ja, ja, ja! ¡Desde luego, menuda fijación la suya! —dijo Frank riendo—. El otro día quería convencerme de que Hitler es una mujer, y hoy quiere persuadirme para que me dedique a las labores femeninas. ¿De veras cree que Polonia puede gobernarse con agujas de bordar? *Vous êtes tres malin, mon cher Malaparte.*

—En cierto sentido —dije—, también usted se dedica a bordar. Su obra política es un auténtico bordado.

—Yo no soy como el rey de Suecia, que se dedica a pasatiempos de colegiala —dijo Frank en tono orgulloso—. Yo bordo sobre la tela de la nueva Europa.

Y lentamente, con paso augusto, cruzó la habitación, abrió una puerta y desapareció.

Yo fui a sentarme junto a la ventana, en un sofá desde el que, sólo girando la cabeza, podía abarcar con la mirada toda la inmensa

plaza Saski, las casas sin techo en la parte posterior del Europejski y la ruinas del edificio que se levantaba junto al hotel Bristol, en la esquina de la callejuela que desciende hacia el Vístula. \$ De todos los paisajes que sirven de telón de fondo a mis experiencias juveniles, aquél era quizás el más caro a mi corazón; en esos momentos, en esa habitación del palacio Brühl y en esa compañía, se me hacía imposible contemplarlo sin sentir un extraño desasosiego, una especie de triste humillación. Ese paisaje, para mí antiguo y familiar, se presentaba de nuevo ante mis ojos después de más de veinte años, con la fatigada inmediatez de una vieja fotografía desvaída, y desde el lejano horizonte de 1919 y 1920, los días y las noches de Varsovia regresaban a mi memoria con el mismo aspecto y los mismos sentimientos de entonces.

(Desde las silenciosas habitaciones, perfumadas de incienso, cera y vodka, de la casita del callejón que se abre al fondo de la plaza del teatro, donde vivía, con sus sobrinas, la *Chanoinesse* Walewska, se oían las campanas de las cien iglesias del Stare Miasto, tañendo en el aire gélido y puro de la noche de invierno; las sonrisas brillaban en los labios encarnados de las muchachas, mientras las viejas *douairières*, recogidas frente a la chimenea de la *Chanoinesse*, hablaban entre ellas en voz queda, con malicia y secretismo. En el salón Malinowa del Bristol, los jóvenes oficiales de ulanos movían los pies al ritmo de la mazurca y se acercaban a las filas de rubias jovencitas vestidas de colores claros, con los ojos rebosantes de un fuego virginal. La vieja princesa Czartoryska, con su cuello ajado envuelto en un collar de perlas que le daba siete vueltas y le caía hasta el regazo, se sentaba en silencio frente a la vieja marquesa Wielopolska en el palacete de la aleje Ujazdowskie, junto a la ventana en cuyos cristales se reflejaban los árboles de la avenida; el reflejo de los tilos se proyectaba por la cálida estancia y teñía de verde las delicadas alfombras persas, los muebles Luis XV, los retratos y paisajes de la escuela francesa e italiana pintados al gusto del Trianón y Schönbrunn, la antigua plata sueca y los esmaltes rusos de tiempos de Catalina la Grande. De pie junto al clave del salón blanco de la Real Legación de Italia, en la Krakowskie Przedmieście, la condesa Rzewuska, la Boronat de deliciosa voz, cantaba las alegres canciones *warszawianke* de la época de Estanislao Augusto y los tristes cantos ucranianos de los tiempos del atamán Chmielnicki y el levantamiento cosaco; yo me sentaba al lado de Edwige Rzewuska, que me miraba en silencio, pálida y con los ojos extraviados. Y las excursiones en trineo hasta Wilanów, a la luz de la luna. Y las noches en el club Mysliwski, rodeados por el olor tibio del vino de Tokai, escuchando a los viejos señores polacos hablar sobre caza, caballos, perros, mujeres, viajes, duelos y enamoramientos, escuchando a la *troika* del club Mysliwski —el conde Henryk Potocki, el conde Zamoiski, el conde Tarnowski— discutir sobre vinos, sastres, bailarinas, y hablar con voz antigua de San Petersburgo y Viena, de Londres y París. Y las largas

tardes de verano a la fresca sombra de la nunciatura apostólica, en compañía del nuncio, monseñor Achule Ratti, que más tarde sería el papa Pío XI, y con el secretario de la nunciatura, monseñor Pellegrinetti, que más tarde sería cardenal; las ametralladoras soviéticas crepitaban a lo largo de las riberas del Vístula en medio del agobiante calor del atardecer, y bajo las ventanas de la nunciatura piafaban los caballos del Tercero de Ulanos, que marchaban en dirección a Praga para enfrentarse a los cosacos rojos de Budionni. La multitud congregada en las aceras de la Nowy Swiat cantaba:

Uiani, uiani, malowane dzieci
niejedna panienka za wami polecie...

Y al frente del regimiento cabalgaba la atlética princesa Woroniecka, madrina del Tercero de Ulanos, con un ramo de rosas entre los brazos.

...niejedna panienka i niejedna wdowa
za wami uiani poleciec gotowa.

Mi altercado con el teniente Potulicki y los tres días de borrachera cuando celebramos nuestra reconciliación. Y el pistoletazo que Marilski le disparó a Dzierjinski en casa de la princesa W., de una punta a otra de un salón atestado de parejas que bailaban *The Broken Doll*, el primer foxtrot conocido en Polonia, en 1919, y Dzierjinski tendido en el suelo sobre un charco de sangre, con la garganta destrozada, y la princesa W. diciendo a los músicos: «*Jouez done, ce n'est rien*», y Marilski con la pistola en la mano, pálido y sonriente, rodeado de jóvenes mujeres congestionadas por el ardor del baile y la visión de la sangre, y, un mes más tarde, Dzierjinski, con el rostro blanco todavía y la garganta vendada, del brazo de Marilski en el bar del Europejski. En los bailes de la legación inglesa, la princesa Olga Radziwill, de cabellos rubios y rizados, cortos como los de un muchacho, abandonada entre risas en los brazos del joven secretario de la legación británica, Cavendish—Bentinck, que guardaba cierto parecido con Rupert Brooke y recordaba al «joven Apolo» del famoso epigrama de Mrs. Cornfold, «*magnificently unprepared for the long littleness of life*»; e Isabela Radziwill, alta, delgada, morena, de cabellera larga y sedosa y ojos llenos de noche serena, de pie frente al vano de una ventana al lado de un joven general inglés ciego de un ojo, como Nelson, y manco de un brazo, como Nelson, que le hablaba en voz baja, riendo discretamente, con una sonrisa dulce y amorosa. ¡Ah! Aquel general inglés, Cartón de

Wiert, ciego de un ojo y manco de un brazo, que en la primavera de 1940 capitaneaba las tropas británicas destacadas en Noruega, era sin duda un espectro, el gallardo espectro de una lejana noche en Varsovia. Y también yo era un espectro, el espectro opaco de una edad remota y tal vez dichosa, de una edad muerta pero tal vez dichosa.)

También yo era una sombra inquieta y triste, allí, frente a esa ventana, frente al paisaje de mis años de juventud. Las atractivas sombras de aquella edad lejana y pura surgían del fondo de mi memoria entre risas discretas. Me hallaba contemplando aquellas pálidas imágenes con los ojos cerrados, escuchando aquellas voces queridas, apenas marchitadas por el tiempo, cuando una música dulcísima me acarició los oídos. Eran las primeras notas de un preludio de Chopin. Frank estaba en la habitación contigua (podía verlo a través de la puerta entornada), sentado al piano de madame Beck con la cabeza inclinada sobre el pecho. Tenía la frente pálida, empapada en sudor. Una expresión de hondo sufrimiento mancillaba su orgulloso rostro. Respiraba entre jadeos y se mordía el labio inferior. Tenía los ojos cerrados y le temblaban los párpados. «Es un enfermo», pensé, y enseguida me arrepentí de haberlo pensado.

A mi alrededor todos escuchaban en silencio, conteniendo la respiración. Las notas del preludio, tan puras, tan ligeras, volaban por el aire tibio como pasquines de propaganda arrojados desde un avión. Cada nota llevaba impreso en grandes letras de color rojo: «¡Viva Polonia!». A través de los cristales de la ventana yo veía caer los copos de nieve sobre la plaza Saski, desierta bajo la luz de la luna, y cada copo de nieve llevaba escrito en grandes caracteres de color rojo: «¡Viva Polonia!». Eran las mismas palabras, impresas con las mismas letras rojas, que más de veinte años antes, en octubre de 1919, yo había leído en las notas de Chopin que, puras y ligeras, alzaban el vuelo entre las candidas, frágiles y preciosas manos del presidente del Consejo polaco, Ignacy Paderewski, sentado al piano en el gran salón rosa del palacio real de Varsovia. Eran los días de la resurrección de Polonia: la nobleza polaca y los miembros del cuerpo diplomático solían reunirse a última hora de la tarde en el palacio real, en torno al piano del presidente del Consejo. El delicado espectro de Chopin pasaba entre nosotros sonriendo y un escalofrío recorría los brazos y hombros desnudos de las jóvenes mujeres. La voz inmortal, angélica de Chopin, semejante a la lejana voz de una tormenta de primavera, ocultaba el grito terrible de las revueltas y las masacres. Las notas volaban puras y ligeras por el aire inmundado, por encima de las multitudes demacradas y consumidas, como panfletos de propaganda arrojados desde un avión, hasta que los últimos acordes iban apagándose despacio; entonces Paderewski levantaba poco a poco su formidable cabellera blanca, inclinada sobre el teclado, y nos miraba con el rostro arrasado de lágrimas.

Y ahora, en el palacio Brühl, a pocos pasos de las ruinas del palacio real, en la atmósfera cálida y humeante de ese interior alemán, las notas puras y sediciosas de Chopin alzaban el vuelo entre las manos blancas y delicadas de Frank, las manos alemanas del *Generalgouverneur* de Polonia; y una sensación de vergüenza y rebeldía me encendía la frente.

—¡Oh, toca como los ángeles! —murmuró frau Brigitte Frank.

En ese momento la música cesó y Frank apareció en el umbral. Frau Brigitte se alzó con ímpetu, dejó caer al suelo el ovillo de lana y, yendo hacia él, le besó las manos. Frank, mientras tendía las manos a ese beso lleno de humildad y fervor religioso, había adoptado una austera expresión de dignidad sacerdotal, como si acabara de bajar los escalones de un altar tras la celebración de un sacrificio místico; tanto es así que tuve la impresión de que de un momento a otro frau Brigitte se hincaría de rodillas para adorarlo. En vez de ello, frau Brigitte lo tomó de las manos y, levantándoselas, se giró hacia nosotros y dijo con voz triunfal:

—¡Miren, miren cómo son las manos de los ángeles!

Miré las manos de Frank: eran pequeñas, delicadas, blanquísimas. Me sorprendió gratamente no ver en ellas una sola mancha de sangre.

Durante algunos días no tuve ocasión de reunirme ni con el *Generalgouverneur* Frank ni con el gobernador de Varsovia, Fischer, ocupados como estaban en estudiar con Himmler, llegado de improviso desde Berlín, la delicada situación que se había creado en Polonia (eran los primeros días de febrero de 1942) a raíz de las derrotas alemanas en Rusia. Se sabía que las relaciones personales entre Himmler y Frank eran pésimas; Himmler despreciaba la «teatralidad» y el «refinamiento intelectual» de Frank, quien a su vez acusaba a Himmler de obrar con una «crueldad mística». Se hablaba de grandes cambios en la jerarquía nazi de Polonia y hasta el mismo Frank parecía correr peligro. Sin embargo, cuando Himmler dejó Varsovia para regresar a Berlín, todo indicaba que Frank había ganado la partida; los grandes cambios se limitaron a la sustitución de Wächter, el gobernador de Cracovia, por un pariente cercano de Himmler, el *Stadthauptmann* de Czestochowa, y al nombramiento de Wächter como gobernador de Lviv.

A todo esto, Wächter había regresado a Cracovia con Gassner y el barón Wolsegger. Frau Wächter se había quedado haciéndole compañía a frau Brigitte Frank durante los pocos días que el *Generalgouverneur* Frank debía demorarse aún en Varsovia. Por mi parte, a la espera de poder partir hacia el frente de Smolensk, había aprovechado la presencia de Himmler (durante esos días la Gestapo se apartaba de sus funciones habituales y se entregaba en cuerpo y alma a la gravosa responsabilidad de proteger la sagrada vida de

Himmler) para distribuir a escondidas las cartas, los paquetes de víveres y el dinero que los prófugos polacos de Italia me habían pedido que entregara a sus parientes y amigos de Varsovia. La entrega de correspondencia clandestina, ni que fuera una sola carta procedente del extranjero, a los ciudadanos polacos se castigaba con la muerte. Había tenido que actuar con la máxima cautela para escapar a la vigilancia de la Gestapo y no poner en juego mi vida ni la de los demás, pero gracias a mi extremada prudencia y a la complicidad de un oficial alemán (un joven culto y de ánimo generoso al que había conocido en Florencia años atrás y al cual me unía una afectuosa amistad) logré llevar a cabo el delicado encargo que libremente había aceptado. Era un juego peligroso, y yo me lancé a él con espíritu deportivo, con absoluta lealtad (nunca dejé de respetar, incluso ante los alemanes, las reglas del cricket), impelido por la conciencia de estar cumpliendo con una obra de solidaridad humana y piedad cristiana, unida al deseo de mofarme de Himmler, de Frank y de todo su aparato policial. Disfruté del juego y gané; de haber perdido, habría pagado honradamente. Aunque si gané fue sólo porque los alemanes, que siempre menosprecian a sus contrincantes, no imaginaban siquiera que yo fuese a respetar las reglas del cricket.

Volví a ver a Frank dos días después de la partida de Himmler, en un almuerzo en homenaje del boxeador Max Schmeling organizado en la residencia oficial del Belvedere, en la que fuera hasta su muerte la residencia del mariscal Pilsudski. Esa mañana, mientras recorría lentamente la avenida que, cruzando el precioso parque setecentista (diseñado con una gracia algo triste por algún discípulo tardío de Le Nôtre, y dotado de cierto abandono otoñal), conduce hasta la corte de honor del Belvedere, me pareció como si las banderas alemanas, los centinelas alemanes y los pasos, las voces y los gestos de los alemanes confiriesen un aura fría, dura y muerta a los antiguos y nobles árboles del parque, a la armonía musical de aquella arquitectura concebida para los fastos de Estanislao Augusto, al silencio de las fuentes y los estanques apresados por el hielo.

Más de veinte años antes, cuando paseando bajo los tilos de la aleje Ujazdowskie o por las avenidas de Lazienki veía a lo lejos, entre el follaje, los blancos muros del Belvedere, sentía en mi interior como si las escaleras de mármol, las estatuas de Apolo y Diana, y el estucado blanco de la fachada estuvieran hechos de un material delicado y vivo, como de carne rosada. Ahora, sin embargo, al entrar en el Belvedere, todo me parecía frío, duro, muerto. Y en cuanto, al atravesar las grandes salas saturadas de una luz clara y gélida, ocupadas antaño por los violines y los claves de Lully y Rameau y la melancolía alta y pura de Chopin, oí resonar a lo lejos las voces y risas alemanas, me detuve en el umbral, dudando sobre si entrar, hasta que la voz de Frank me llamó y él mismo fue a buscarme abriendo los brazos con esa orgullosa cordialidad que siempre me sorprendía y me turbaba en lo más hondo.

—Lo dejaré fuera de combate al primer asalto; usted, Schmeling, hará de árbitro —dijo Frank con un cuchillo de caza aferrado en el puño.

Ese día, en la mesa del *Generalgouverneur* de Polonia, en el palacio del Belvedere, en Varsovia, no era yo el huésped de honor, sino el famoso boxeador Max Schmeling. Me alegraba su presencia, puesto que, al apartar de mí la atención de los comensales, me permitía abandonarme a la dulce tristeza de los recuerdos, evocar aquel 1 de enero de 1920, ya lejano, en que entré por primera vez en esa sala para participar en el tradicional homenaje del cuerpo diplomático al mariscal Pilsudski, el jefe del Estado. El viejo mariscal se erigía inmóvil en el centro del salón apoyado en la empuñadura del sable, un sable auténtico, curvo como una cimitarra, enfundado en una vaina de cuero ornada con orlas de plata; gruesas venas de color claro estriaban su pálido rostro; el bigote, peinado hacia abajo, al estilo Sobieski; la amplia frente, cubierta de cabellos cortos y duros, cortados al cepillo. Habían transcurrido más de veinte años y el mariscal Pilsudski seguía ahí, de pie frente a mí, casi en el mismo lugar donde ahora humeaba, en medio de la mesa, un corzo recién sacado del asador, en cuyas sabrosas carnes Frank hundía, riendo, el largo filo de su cuchillo de caza.

Max Schmeling estaba sentado a la diestra de frau Brigitte Frank, ensimismado, con la cabeza un poco gacha, y miraba uno por uno a los comensales de abajo arriba con ojos tímidos y, a la vez, firmes. Era de estatura algo superior a la media, de facciones suaves, hombros torneados y maneras casi elegantes. Nadie diría que bajo ese traje de franela gris, bien cortado, confeccionado probablemente en alguna sastrería de Viena o Nueva York, aguardaba al acecho su potente musculatura. Tenía una voz grave, armónica, y hablaba despacio, sonriendo, no sé si por timidez o por esa especie de instintivo sentimiento de confianza en sí mismo propio de los atletas. Sus ojos negros proyectaban una mirada profunda y serena. Su rostro era grande y afable. Se sentaba un poco encorvado hacia delante, apoyando los antebrazos en el canto de la mesa y con la mirada fija al frente, como si estuviera en el ring, replegado en posición defensiva. Escuchaba las conversaciones con atención y suspicacia, y de tanto en tanto posaba la mirada sobre Frank con una sonrisa superficial, respetuosa y, no obstante, irónica.

Ante él, Frank interpretaba un papel que me pareció nuevo: el del intelectual que, al coincidir por azar con un atleta, se pavonea, exhibe sus más bellas plumas y, pese a simular reverencia ante la efigie de Hércules y halagar su torso amplio y musculoso, sus voluminosos bíceps, sus puños enormes y duros, se dedica en verdad a quemar incienso en el altar de Minerva, reafirmando, con la exagerada cortesía de sus maneras, la abundancia de elogios

orgullosamente tributados a las virtudes atléticas y algún que otro comentario altanero, la indiscutible superioridad de la inteligencia y la cultura sobre la fuerza bruta. Lejos de mostrarse ofendido o hastiado, Max Schmeling no escondía cierto asombro divertido y, al mismo tiempo, una ingenua desconfianza, como si se hallara ante una especie humana para él desconocida; desconfianza que se revelaba en su mirada atenta, su sonrisa irónica, la cautela con la que contestaba a las preguntas de Frank y la desabrida insistencia con la que rehusaba todas aquellas alabanzas ajenas a su valía como atleta.

Franz le preguntaba sobre Creta y sobre la grave herida que había sufrido en aquella arriesgada y heroica empresa, en la que Max Schmeling había tomado parte como paracaidista. Y añadió, volviéndose hacia mí, que en Creta, los prisioneros ingleses, cuando veían a Schmeling pasar en parihuelas, levantaban la mano y gritaban: «*Helio, Max!*».

—Iba en parihuelas pero no estaba herido —dijo Schmeling—. La noticia de mi grave herida en la rodilla era falsa, fue Goebbels quien la difundió con fines propagandísticos. Llegaron a decir que estaba muerto. La verdad es mucho más simple: tenía calambres en el estómago —luego añadió—: Quiero ser sincero: padecía cólicos.

—No hay nada humillante, ni siquiera para un soldado heroico, en padecer cólicos —observó Frank.

—Nunca he considerado que los cólicos fuesen algo humillante —dijo Schmeling con una sonrisa irónica—. Se debían al frío, no eran cólicos de miedo. Lo que pasa es que cuando se pronuncia la palabra «cólico» al referirse a un soldado, todo el mundo lo achaca al miedo.

—Tratándose de usted, nadie puede achacárselo al miedo —dijo Frank. Luego me miró y dijo—: Schmeling se portó como un héroe en Creta. No le gusta que lo digan, pero es un auténtico héroe.

—No tengo nada de héroe —dijo Schmeling sonriendo, aunque no se me escapó que estaba algo molesto—. Ni siquiera tuve tiempo de entrar en combate. Salté del avión a cincuenta metros del suelo y me quedé tendido entre las matas con esos terribles dolores de vientre. Cuando leí que había resultado herido en combate, me apresuré a desmentir la noticia en una entrevista con un periodista neutral; le dije que simplemente padecía calambres en el estómago. Goebbels nunca me ha perdonado ese desmentido. Llegó a amenazarme con hacerme comparecer ante un tribunal militar, por derrotista. Si Alemania perdiera la guerra, Goebbels mandaría fusilarme.

—Alemania no va a perder la guerra —dijo Frank con severidad.

—*Natürlich* —dijo Schmeling—, la *Kultur* alemana no sufre de cólicos.

Todos reímos discretamente y Frank se dignó esbozar con sus labios una sonrisa de indulgencia.

—La *Kultur* alemana —dijo el *Generalgouverneur* con tono austero— ha sacrificado, también en esta guerra, a muchos de sus mejores exponentes en nombre de la patria.

—La guerra es el deporte más noble —dijo Schmeling.

Le pregunté si había ido a Varsovia para disputar algún combate.

—Estoy aquí —respondió Schmeling— para organizar y dirigir un torneo entre los campeones de la Wermacht y los de las SS. Es el primer gran acontecimiento deportivo que se celebra en Polonia.

—Entre los campeones de la Wermacht y los de las SS —dije—, prefiero a los campeones de la Wermacht —y añadí que se trataba casi de un evento político.

—Casi —dijo Schmeling sonriendo.

Frank captó la alusión y en su rostro se dibujó una expresión de profunda complacencia. Él mismo acababa de salir victorioso de su particular *match* con el jefe de las SS y no pudo evitar referirse a las razones de sus discrepancias con Himmler.

—Yo no soy partidario convencido de la violencia —dijo—, y desde luego no será Himmler quien me convenza de que en Polonia no puede implantarse una política de orden y justicia más que por el recurso metódico a la violencia.

—A Himmler le falta *sense of humour* —observé.

—Alemania es el único país del mundo —dijo Frank— donde el *sense of humour* no es requisito para ser hombre de Estado. Pero en Polonia las cosas son distintas.

—El pueblo polaco —dije— debe de estarle muy agradecido por su *sense of humour*.

—Sin duda lo estaría —dijo Frank— si Himmler no secundase con la violencia mi política de orden y justicia.

Y entonces empezó a hablarme de la voz que corría esos días por Varsovia a propósito del fusilamiento de ciento cincuenta intelectuales polacos ordenado por Himmler a espaldas de Frank antes de dejar Polonia y aun a pesar de las objeciones de éste. Era evidente que a Frank le preocupaba quedar eximido a mis ojos de la responsabilidad de esa masacre. Según él, el propio Himmler le comunicó la noticia del fusilamiento justo cuando se disponía a subir al avión que debía llevarlo a Berlín.

—Como se imaginarán —dijo Frank— protesté de la forma más enérgica. Pero el mal ya estaba hecho.

—Himmler —dije— debió de reírse de su protesta. Por lo demás también usted, al despedir a Himmler en el aeropuerto, se reía alegremente. La noticia lo puso de buen humor.

Frank me lanzó una mirada llena de estupor e inquietud.

—¿Cómo sabe que me reí? —me preguntó—. Es verdad, también yo me reí.

—Lo sabe toda Varsovia —contesté—, anda en boca de todos.

—*Ach so!* —exclamó Frank alzando los ojos al cielo.

También yo levanté los ojos al cielo riendo y no pude reprimir un gesto de maravilla y horror. Pintado en el techo, donde antaño había un fresco que representaba el triunfo de Venus, obra de algún pintor italiano del siglo xviii seguidor de los grandes maestros venecianos, se veía ahora un cenador con glicinas de color violeta ejecutado con la precisión y el realismo del estilo floral que, desarrollado a partir del modernismo de 1900 por parte de la escuela decorativa de Viena y Munich, ha encontrado en el estilo oficial del *Drittes Reich* su expresión última y más elevada.

El cenador con glicinas, aterra admitirlo, parecía de verdad. Las finas ramas, semejantes a serpientes, trepaban por las paredes de la sala doblando y entrelazando sobre nuestras cabezas sus largos y retorcidos brazos, sus ramas sinuosas de las que colgaban hojas y ramilletes de flores, en torno a las cuales revoloteaban pequeños pájaros, grandes mariposas de colores y enormes moscones peludos sobre un cielo azul, cristalino y liso como el cielo de una cúpula de Fortuny. Mi mirada se deslizó lenta por el tronco de las glicinas y bajó por la pared pasando de rama en rama hasta posarse sobre los ricos muebles dispuestos con fría simetría a lo largo de las paredes. Eran muebles holandeses, oscuros y macizos, sobre los cuales colgaban, en las paredes, platos azules de loza de Delft decorados con paisajes y mariñas y platos de porcelana de la Compañía Holandesa de las Indias, de color escarlata, pintados con motivos de pagodas y aves acuáticas. Colgadas en la pared sobre un mueble aparador alto y solemne al estilo «vieja Baviera», había varias naturalezas muertas de la escuela flamenca que representaban inmensas bandejas de plata llenas de pescados y frutas y mesas fastuosas con una formidable variedad de caza que los *setters*, *pointers* y bracos olisqueaban voraces y desconfiados. Las cortinas de los ventanales eran de un espantoso rayón de tonos claros decoradas con motivos florales y de aves, muy del gusto sajón.

Mi mirada y la de Schmeling se cruzaron, y Schmeling sonrió; y yo me asombré de que ese boxeador de frente estrecha y dura, ese bruto educado, pudiera percibir la cualidad grotesca y horrenda del cenador de glicinas, los muebles, los cuadros y las cortinas de ese salón en el que nada quedaba de lo que en tiempos fuera el orgullo del Belvedere: los estucados vieneses, los frescos italianos, los

muebles franceses, las inmensas lámparas venecianas, y donde únicamente los contornos de las puertas y ventanas y la proporción entre volúmenes y vacío sobrevivían para atestiguar su armonía pasada y su primitiva gracia setecentista.

Frau Brigitte Frank, que desde hacía un rato seguía el errar incierto de mi mirada y el titubeo de mis ojos atónitos, creyéndome sin duda abrumado y admirado ante semejante despliegue artístico, se inclinó hacia mí y con una sonrisa de orgullo me dijo que ella misma había dirigido la labor de los decoradores alemanes (en realidad no dijo «decoradores», sino «artistas») a los que se debía la portentosa transformación del antiguo Belvedere. El cenador de glicinas, del que se mostraba particularmente orgullosa, era obra de una eximia pintora berlinesa, y me dio a entender que la idea la había concebido ella misma. En un primer momento, por motivos de oportunidad política, había pensado recurrir al pincel de algún pintor polaco, pero luego había desestimado la idea.

—Convendrá conmigo —dijo— en que los polacos no poseen ese sentimiento religioso del arte que es privilegio de los alemanes.

Esa mención al «sentimiento religioso» dio pie a que Frank se extendiera sobre el arte polaco, el espíritu religioso de ese pueblo y lo que él llamaba la idolatría de los polacos.

—Tal vez sean idólatras —dijo Schmeling—, pero he observado que el pueblo polaco concibe a Dios de una manera ingenua e infantil.

Y nos explicó que la noche anterior, mientras supervisaba el entrenamiento de unos boxeadores de la Wermacht, un anciano polaco que esparcía serrín sobre la lona del ring le había dicho: «Si nuestro señor Jesucristo hubiese tenido un par de puños como los suyos, no habría muerto en la cruz».

Frank observó entre risas que si Cristo hubiese tenido un par de puños como los de Schmeling, dos auténticos puños alemanes, el mundo habría ido mucho mejor.

—En cierto sentido —dije—, un Cristo con dos auténticos puños alemanes no sería muy distinto de Himmler.

—*Achí Wunderbar!* —exclamó Frank, y todos rieron con él—. Puños aparte —continuó Frank cuando la hilaridad se hubo apaciguado—, si Cristo hubiese sido alemán, el mundo estaría gobernado por el honor.

—Prefiero —repetí— que esté gobernado por la piedad.

Frank rompió a carcajadas.

—¡Menuda fijación la suya! Ahora querrá hacernos creer que Cristo era una mujer.

—*Les femmes en seraient tres flattées* —dijo frau Wächter sonriendo con donaire.

—Los polacos —dijo el gobernador Fischer— están convencidos de que Cristo siempre está de su parte, hasta cuando se trata de asuntos políticos, y de que los prefiere a ellos por encima de cualquier otro pueblo, incluso del alemán. Su religión y su patriotismo se fundan, en buena medida, sobre esta idea pueril.

—Por suerte para Él —dijo Frank tras soltar una carcajada—, Cristo es lo suficientemente perspicaz para no ocuparse de la *polnische Wirtschaft*. Sólo le acarrearía problemas.

—*N'avez—vous pas honte de blasphémer ainsi?* —dijo frau Wächter con su dulce acento vienes, amonestando a Frank con el dedo.

—Le prometo que no lo volveré a hacer —respondió Frank como si fuera un niño cogido en falta; luego, riendo, añadió—: Si tuviese la certeza de que Cristo tiene un par de puños como los de Schmeling, sin duda sería más prudente a la hora de hablar de Él.

—*Si Jésus—Christ était un boxeur* —dijo frau Wächter—, *il vous aurait deja mis knock—out.*

Todos nos echamos a reír, y Frank, haciendo una respetuosa reverencia, le preguntó a frau Wächter con qué golpe creía que Cristo lo habría dejado fuera de combate.

—Herr Schmeling —dijo frau Wächter—, podría contestarle mejor que yo.

—La respuesta es fácil —dijo Schmeling, observando con atención la cara de Frank, como si buscara el punto preciso donde colocar el puño—: cualquier golpe podría dejarlo fuera de combate. Tiene usted la cabeza débil.

—¿La cabeza débil? —gritó Frank al tiempo que se ruborizaba.

Se pasó la mano por la cara con un gesto de aparente desenvoltura, aunque saltaba a la vista que estaba molesto. Todos reíamos a mandíbula batiente y frau Wächter se enjugaba los ojos, llenos de lágrimas de tanto reír. Frau Brigitte salió justo a tiempo en ayuda de Frank y, volviéndose hacia mí, dijo:

—El *Generalgouverneur* es muy amigo del clero polaco; él es el verdadero paladín de la religión católica en Polonia.

—¿Ah, de veras? —exclamé fingiendo un profundo y vivo asombro.

—Al principio —dijo Frank aprovechando con entusiasmo la ocasión de desviar el curso de la charla—, el clero polaco no me tenía en gran estima. Y yo tenía serios motivos para estar insatisfecho con los curas. Sin embargo, después de lo ocurrido últimamente en el frente ruso, el clero ha acabado acercándose a mí. ¿Y sabe por qué? Porque temen que Rusia venza a Alemania. ¡Ja, ja, ja! *Sehr amüsant, nicht tvahr?*

—*Ja, sehr amüsant* —respondí

—En estos momentos —continuó Frank— el clero polaco y yo vamos a una. Y eso a pesar de que yo no he alterado, ni alteraré, por poco que sea, las líneas fundamentales de mi política religiosa en Polonia. Lo que hace falta para ganarse el respeto en un país como éste es coherencia. ¿La aristocracia polaca? Para mí es como si no existiera. No la frecuento. Yo no entro en las casas de los nobles polacos y ellos no entran en la mía. He consentido que sigan jugando y bailando felices en sus palacios, y entretanto ellos bailan y se cubren de deudas; cuanto más bailan menos cuenta se dan de que se les avecina la ruina. A veces abren los ojos, ven que se han arruinados ellos solos y entonces se duelen de su infortunada patria, y me acusan en francés de ser un tirano cruel y enemigo de Polonia. Y luego se echan a reír, y se ponen de nuevo a jugar y a bailar. ¿La burguesía? La mayor parte de la alta burguesía huyó del país en 1939 tras los pasos del gobierno de la República. Ahora sus bienes los administran los funcionarios alemanes. Los que se quedaron en Polonia, tocados de muerte por la imposibilidad de ejercer profesiones liberales, queman sus últimos cartuchos intentando formar una oposición en mi contra a base de monsergas ridículas y vanas conjuras que yo manejo a mi placer a sus espaldas. Todos los polacos, sobre todo los intelectuales, son conspiradores natos. Su mayor pasión es conspirar. Sólo una cosa los consuela de la ruina en que se halla Polonia: la posibilidad, al fin, de dar rienda suelta a su pasión dominante. Sin embargo, yo tengo las manos largas y sé cómo aprovecharme de ello. Himmler, que tiene las manos cortas, no piensa más que en fusilamientos y campos de concentración. ¿Acaso ignora que los polacos no le temen a la muerte ni a la prisión? Los institutos de bachillerato y las universidades eran hervideros de intrigas patrióticas. Yo los he cerrado. ¿De qué sirven institutos y universidades en un país sin *Kultur*. Y llegamos al proletariado. Los campesinos se enriquecen con el mercado negro, y yo dejo que se enriquezcan. ¿Por qué? Porque el mercado negro desangra a la burguesía y reduce a la indigencia al proletariado industrial, impidiendo con ello la formación de un frente único de obreros y campesinos. Los obreros trabajan en silencio a las órdenes de los capataces. Al caer la República, los capataces polacos no salieron del país, no abandonaron las máquinas ni a sus plantillas, sino que permanecieron en sus puestos. Los capataces y los obreros también son el enemigo, pero un enemigo digno de respeto. No conspiran; trabajan. Es posible que su actitud forme parte de un plan general de lucha contra nosotros. Por minas, fábricas y astilleros circulan panfletos con propaganda comunista impresos en Rusia e introducidos en Polonia de forma clandestina. En ellos se exhorta a los capataces y obreros polacos a no rebajar el nivel de producción y a trabajar con la máxima disciplina para no dar a la Gestapo ningún pretexto para represaliar a la clase obrera. Está claro que si la clase

obrero polaco logra que Himmler no la aplaste y esparza sus restos por los cementerios y campos de concentración, será la única clase en condiciones de asumir el poder una vez terminada la guerra. En el caso, desde luego, de que Alemania perdiera la guerra. En el caso de que Alemania ganara la guerra, Polonia se vería obligada a buscar el apoyo de la única clase superviviente, es decir, la clase obrera. Y lo mejor es que la burguesía polaca me acusa de ser el autor de esos panfletos. Calumnias. No tengo nada que ver con esos panfletos, pero dejo que circulen. Debido a las necesidades de la guerra, nos conviene que el nivel de la producción industrial polaca se mantenga alto. ¿Por qué no íbamos a poder servirnos de la propaganda comunista cuando ésta, con el fin de salvar de la destrucción a la clase obrera, la exhorta a no minar nuestra producción en tiempos de guerra? Los intereses de Rusia y Alemania en Europa son irreconciliables, pero hay un punto en el que convergen: el interés por preservar la eficiencia de la clase obrera. Hasta el día en que Alemania aplaste a Rusia o Rusia aplaste a Alemania. Y ahora llegamos a los judíos. En el interior de los guetos, gozan de la libertad más absoluta. Yo no los persigo. Dejo que los nobles se arruinen con el juego y se distraigan bailando, que los burgueses conspiren, que los campesinos se enriquezcan y que los capataces y obreros cumplan con su trabajo. Y muchas veces incluso cierro un ojo.

—También para apuntar con un fusil —dije— hay que cerrar un ojo.

—Tal vez. Pero le ruego que no me interrumpa —continuó Frank tras un momento de vacilación—. La verdadera patria del pueblo polaco, su verdadera *Rzeczpospolita Polska*, es la religión católica. Es la única patria que le queda a este pueblo de infelices. Yo la respeto y la protejo. En los primeros tiempos existían muchas discrepancias entre el clero y yo. Ahora las cosas han cambiado. Después de los últimos acontecimientos en el frente ruso, el clero polaco ha variado su actitud con respecto a la política alemana en Polonia. Si bien no me ayuda, tampoco se opone a mí. El ejército germánico ha sido derrotado ante las murallas de Moscú; Hitler no ha logrado, o mejor dicho, no ha logrado aún, reducir a Rusia. El clero polaco teme más a los rusos que a los alemanes, tiene más miedo de los comunistas que de los nazis. Puede que no le falte la razón. Como ve, le hablo con franqueza. Y también hablo con toda franqueza cuando digo que me inclino ante el Cristo polaco. Usted puede objetar que me inclino ante Él porque sé que está desarmado, pero me inclinaría incluso si estuviera armado con un fusil ametrallador. Porque así lo exigen el interés de Alemania y mi conciencia de católico alemán. De una sola acusación debo rendir cuentas al pueblo polaco: de haber prohibido el peregrinaje al santuario de la Virgen Negra de Czestochowa. Aunque estaba en mi derecho. Si tolerara que cientos de miles de fanáticos se congregaran de tanto en tanto en ese santuario, pondría en serio peligro la seguridad de la ocupación alemana en Polonia. Casi dos

millones de fieles visitan todos los años el santuario de Czestochowa. Yo he vetado las peregrinaciones y he prohibido la exhibición pública de la Virgen Negra. Del resto de las acusaciones no debo rendir cuentas más que al Führer y a mi conciencia.

Dicho esto calló de improviso y miró a su alrededor. Había hablado sin hacer pausas, con una elocuencia triste y resentida. Los demás nos quedamos mirándolo fijamente en silencio. Frau Brigitte lloraba con disimulo, sonriendo. Frau Wächter y frau Fischer estaban conmovidas y no apartaban los ojos del rostro bañado en sudor del *Generalgouverneur*. Frank, que se enjugaba la frente con un pañuelo, vino hacia mí y tras lanzarme una mirada escrutadora me preguntó con una sonrisa:

—Ha estado usted en Czestochowa, *nicht wahr?*

Había estado en Czestochowa unos días antes para visitar el célebre santuario, donde me había hospedado con los religiosos de la orden romana de los paulinos. El padre Mendera me había hecho de guía por la cripta subterránea donde se conserva la efigie de la Virgen Negra, la más venerada de Polonia. Se trata de una imagen encuadrada en un marco de plata, al estilo bizantino, y la llaman la Virgen Negra por el color de la cara, ennegrecida por las llamas de un incendio provocado en el santuario por los suecos en el transcurso de un asedio. El *Stadthauptmann* de Czestochowa, que por ser pariente cercano de Himmler era especialmente temido, despreciado y agasajado por los religiosos, había consentido de forma excepcional en que se me mostrara la imagen de la Virgen Negra. Era la primera vez, desde la ocupación alemana de Polonia, que el icono sagrado se presentaba a los ojos de los fieles, y los religiosos no cabían en sí de alegría y asombro por el inesperado acontecimiento.

Cruzamos la iglesia y bajamos al subterráneo seguidos por un grupo de campesinos que estaban arrodillados en la iglesia y nos habían visto pasar. Los dos inspectores nazis del *Stadthauptmann* de Czestochowa, Günter Laxy y Fritz Griebshammer, y los dos SS que me acompañaban, se quedaron en la entrada, y Günter Laxy le hizo una señal al padre Mendera, que me miró turbado y dijo en italiano: «Los campesinos». Yo respondí en voz alta en alemán: «Los campesinos se quedan». En ese momento llegó el prior del santuario, un viejo menudo y escuálido con la cara llena de arrugas; lloraba al tiempo que sonreía y de vez en cuando se sonaba la nariz con un gran pañuelo verde. El oro, la plata y los maravillosos mármoles brillaban ligeramente en la penumbra de la capilla. Los campesinos, arrodillados frente al altar, mantenían los ojos fijos en la persiana de plata que esconde y protege la antigua imagen de la Virgen de Czestochowa. De tanto en tanto se oía el tintineo de los fusiles de los SS, inmóviles en la entrada. De pronto un redoble de tambores hizo temblar las paredes del subterráneo, trompetas de plata atacaron las notas triunfales de *Palestrina* y la persiana empezó a levantarse

despacio, dejando a la vista la Virgen Negra con el Niño en brazos y sus ornamentos de perlas y piedras preciosas, que resplandecían bajo la roja luz de las velas. Los campesinos rompieron a llorar postrados con la cara tocando el suelo. Podía oír sus gimoteos ahogados y el contacto de sus frentes contra el suelo de mármol. Llamaban a la Virgen por su nombre, con voz queda, «María, María», como si llamaran a alguien de la familia, una madre, una hermana, una hija, una esposa. La Virgen era la madre de Cristo, sólo de Cristo. Pero era la hermana, la esposa, la hija de los campesinos, por eso la llamaban por el nombre, con voz queda, «María, María», como si temieran ser oídos por los SS inmóviles frente a la entrada. El redoble grave y amenazante de los tambores y el toque terrible de las largas trompetas de plata hacían temblar los cimientos del santuario y parecía que la bóveda de mármol fuera a derrumbarse sobre nuestras cabezas; los campesinos gritaban ahora «¡María, María!» como si llamaran a un muerto, como si quisieran despertar del sueño de la muerte a una hermana, una esposa, una hija, gritaban: «¡María, María, María!». Entonces el prior y el padre Mendera se dieron la vuelta despacio, y también los campesinos, callando de repente, se giraron para mirar a Günter Laxy, Fritz Griehshammer y los dos SS armados con fusiles, inmóviles frente a la entrada con la frente escondida bajo el casco de acero; los miraban llorando, los miraban en silencio, llorando. El redoble de tambores tronó más grave aún en el interior de la piedra y las trompetas elevaron sus notas bajo la bóveda de mármol mientras la persiana descendía lentamente. La Virgen Negra desapareció entre destellos de gemas y oro. Los campesinos volvieron hacia mí sus rostros arrasados de lágrimas y se quedaron mirándome con una sonrisa.

Era la misma sonrisa que había visto dibujarse de forma inesperada en los labios de los mineros que trabajan en el corazón de las minas de sal de Wieliczka, cerca de Cracovia. De pronto, en las galerías oscuras excavadas en bloques de sal gema, un sinfín de pálidos rostros devastados por el hambre y la angustia aparecieron ante mí bajo la luz ahumada de las antorchas, como una legión de espectros. Acababa de entrar en una iglesia excavada en la sal, una pequeña iglesia de arquitectura barroca, excavada a fuerza de pico y cincel por los mineros de Wieliczka hacia finales del siglo XVII. Esculpidas en la sal, se veían estatuas de Cristo, la Virgen y varios santos. Estatuas de sal parecían también los mineros arrodillados frente al altar construido con bloques de sal gema, o aglomerados en la entrada de la iglesia con la gorra de cuero en la mano. Me miraban en silencio, llorando con una sonrisa.

—En el santuario de Czestochowa —continuó Frank sin darme tiempo a contestar— oyó el redoble de los tambores y el toque de las trompetas de plata, y también usted creyó entonces que ésa era la voz de Polonia. Se equivocaba, Polonia es muda. Inerte y muda como un cadáver. El inmenso y gélido silencio de Polonia es más potente

que nuestra voz, que nuestros gritos, que los disparos de nuestros fusiles. Es inútil luchar contra el pueblo polaco. Es como luchar contra un cadáver. Y sin embargo, uno presente que está vivo, que la sangre circula por sus venas, que un pensamiento secreto escarba su cerebro, que en su pecho palpita el odio y que es más fuerte, más fuerte que uno mismo. Es como luchar con un cadáver animado. Así es, un cadáver animado. ¡Ja, ja, ja! *Mein lieber Schmeling*, ¿alguna vez ha luchado contra un cadáver?

—No, nunca —respondió Schmeling algo desconcertado, y miró fijamente a Frank.

—¿Y usted, *lieber* Malaparte?

—No, nunca he luchado contra un cadáver —respondí—, pero he asistido a una lucha entre hombres vivos y hombres muertos.

—¿En serio? —exclamó Frank—. ¿Y dónde?

Todos me miraban con atención.

—En Podu Iloaiei —respondí.

—¿En Podu Iloaiei? ¿Y dónde está Podu Iloaiei?

Podu Iloaiei está en Rumania, en la frontera de Besarabia. Se trata de una pequeña población a una veintena de millas de Iasi, en Moldavia. Cuando oigo el silbido de una locomotora en pleno día, no puedo evitar pensar en Podu Iloaiei. Un pueblo polvoriento situado en un valle polvoriento dominado por un cielo azul salpicado de blancas nubes de polvo. El valle es estrecho y queda encerrado entre dos colinas claras, bajas, sin árboles, con sólo algún que otro grupo de acacias aquí y allá, unas pocas vides y áridos campos de trigo.

Soplaba un viento cálido, un viento áspero como la lengua de un gato. El trigo ya había sido segado y los campos, llenos de rastros, desprendían un brillo amarillento bajo el sol viscoso y agobiante. En el valle se formaban nubes de polvo. Corría finales de junio de 1941, pocos días después del gran pogromo de Iasi. Yo me dirigía en coche a Podu Iloaiei con Sartori, el cónsul italiano de Iasi, al que todos llamaban «el Marqués», y con Lino Pellegrini, un buen chico, un «estúpido fascista» que había llegado a Iasi procedente de Italia junto a su joven esposa para pasar allí la luna de miel y que se dedicaba a enviar a los periódicos de Mussolini artículos rebosantes de entusiasmo por el mariscal Antonescu, el Perro Rojo, Mihai Antonescu y toda la caterva de canallas sanguinarios que abocaron a la ruina al pueblo rumano. Era el joven más apuesto bajo el sol de Moldavia, entre los Alpes transilvanos y la desembocadura del Danubio; las mujeres perdían la cabeza por él, se asomaban a las ventanas, salían a las puertas de las tiendas para verlo pasar y, suspirando, decían:

«*Frumos! Frumos! ¡Guapo, guapo!*».

Pero era un «estúpido fascista», y además, huelga decirlo, yo estaba algo celoso de él, habría preferido que fuera más feo y menos fascista, y en mi fuero interno sentía por él un enorme desprecio. Hasta el día que lo vi encararse con el jefe de policía de Iasi y gritarle «cerdo asesino» a la cara. Había ido a pasar la luna de miel a Iasi, bajo las bombas de los aviones soviéticos, y se pasaba las noches encerrado con su mujer en un *adăpost*, un refugio excavado entre las tumbas del antiguo cementerio abandonado. Sartori, *el Marqués*, era un napolitano flemático, un hombre plácido y remolón, pero la noche del gran pogromo de Iasi había arriesgado cien veces la vida por salvar a un centenar de pobres judíos de las manos de los gendarmes. Ese día nos dirigíamos todos juntos a Podu Iloaiei en busca del propietario del edificio del consulado de Italia, un abogado judío, un buen hombre al que los gendarmes habían dejado malherido a culatazos en el jardín del consulado para a continuación llevárselo medio muerto, con el fin seguramente de rematarlo en otro sitio en lugar de dejarlo allí, tendido en el suelo, como prueba de que habían asesinado a un judío en el interior del consulado de Italia.

Hacía calor y el coche rodaba despacio por una calzada llena de profundos baches. Yo padecía mi habitual fiebre del heno y estornudaba sin parar. Nubes de moscas nos seguían, zumbando rabiosas. Sartori se las sacudía con un pañuelo y, con la cara llena de sudor, decía:

—¡Vaya lata! Ir en busca de un cadáver con el calor que hace, ¡con la de miles de cadáveres que hay por toda Moldavia! Es como buscar una aguja en una montaña de heno.

—¡No me hable de heno, haga el favor, Sartori! —decía yo estornudando.

—¡Ay, Señor, Señor! —decía Sartori—. Me había olvidado de que padece la fiebre del heno.

Y se quedaba mirando con ojos compungidos mi rostro congestionado, mi nariz irritada y mis párpados enrojecidos e hinchados.

—A usted le gusta ir a buscar cadáveres —decía yo—, confiese, querido Sartori. Es napolitano, y a los napolitanos les gustan los muertos, los funerales, los lloros, el luto, los cementerios. A usted le gusta enterrar muertos, ¿a que sí, Sartori, a que le gustan los cadáveres?

—Menos guasa, Malaparte. Con el calor que hace, podría pasarme sin ir a buscar cadáveres. Pero se lo he prometido a la esposa y a la hija de ese desgraciado, y lo prometido es deuda. Esas dos pobres todavía esperan encontrarlo vivo. ¿Cree que aún está vivo, Malaparte?

—¿Cómo quiere que esté vivo, si dejó usted que lo mataran en sus narices sin siquiera abrir la boca? Ahora entiendo por qué está gordo como un carnicero. ¿En estos menesteres se ocupa nuestro Real Consulado de Iasi?

—Malaparte, después de lo ocurrido, si Mussolini fuera un hombre justo, debería promoverme a embajador.

—Le nombrará ministro de Exteriores. Apuesto a que tiene usted el cadáver escondido bajo la cama. Diga la verdad, Sartori, a usted le gusta dormir con cadáveres bajo la cama.

—¡Ay, Señor, Señor! —suspiraba Sartori secándose la cara con el pañuelo.

Llevábamos tres días buscando el cadáver de aquel infeliz. La noche anterior habíamos visitado al jefe de policía en persona en un intento de averiguar si en el último momento los verdugos le habían perdonado la vida y lo habían encerrado en prisión. El jefe de policía nos había recibido con la máxima corrección; tenía la cara amarilla y flácida, los ojos negros y peludos, con un brillo verdoso bajo las pobladas cejas. Reparé con estupor en que le crecían pelos en los bordes interiores de las conjuntivas; no eran pestañas, sino una pelusa fina y espesa de color gris.

—¿Han ido al hospital de San Espiridón? Puede que esté ahí —dijo en un momento dado el jefe de policía entornando los ojos.

—No, no está en el hospital —dijo Sartori con su voz pausada.

—¿Está usted seguro —preguntó el jefe de policía mirando a Sartori con el rabillo del ojo, que relucía negro y verde entre la pelusa gris—, verdaderamente seguro, de que los hechos acontecieron en el interior del consulado? ¿Y que los autores fueron mis gendarmes?

—¿Me ayudará por lo menos a encontrar el cadáver? —preguntó Sartori sonriendo.

—Parece ser —dijo el jefe de policía mientras encendía un cigarrillo— que alguien disparó contra una patrulla de gendarmes que pasaba por la calle desde las ventanas del consulado de Italia.

—Con su ayuda no será difícil dar con el cadáver —dijo Sartori sonriendo.

—No tengo tiempo para ocuparme de cadáveres —dijo el jefe de policía con una sonrisa gentil—. Bastante tengo ya con los vivos.

—Por suerte —dijo Sartori—, los vivos menguan de número a gran velocidad, pronto podrá permitirse un descanso.

—Falta me hace —dijo el jefe de policía alzando la mirada.

—¿Por qué no podemos llegar a un acuerdo y dividirnos el trabajo? —preguntó Sartori con su plácida voz—. Usted se encarga de

descubrir y detener a los asesinos, que sin duda se cuentan aún entre los vivos, y yo me encargo de encontrar al muerto. ¿Qué le parece?

—Si no me trae el cadáver de ese señor, y si no puede demostrarme que ha sido asesinado, ¿cómo quiere que busque a los asesinos?

—Tiene toda la razón —dijo Sartori sonriendo—. Le traeré el cadáver. Se lo traeré aquí, a su despacho, junto con los otros siete mil cadáveres, y usted me ayudará a encontrarlo entre el montón. ¿Le parece bien?

Hablaba despacio, sonriendo, con una flema impasible; pero yo conozco a los napolitanos, se cómo son algunos de ellos, y sabía que Sartori, en esos momentos, ardía de rabia e indignación.

—Me parece bien —respondió el jefe de policía.

Fue entonces cuando Pellegrini, el «estúpido fascista», se puso en pie y, apretando los puños, le espetó al jefe de policía:

—Es usted un vulgar asesino, un cobarde y un canalla.

Yo me quedé mirándolo maravillado, era la primera vez que lo miraba sin envidia. Había que admitir que era bien parecido: alto, atlético, el rostro pálido, las aletas de la nariz inflamadas, los ojos llenos de fuego. Con el arrebató de furia, el negro flequillo ondulado le había caído sobre la frente en largos tirabuzones. Lo miré con profundo respeto. Era un «estúpido fascista», pero la noche del gran pogromo de Iasi había arriesgado su vida en más de una ocasión por salvarle la vida a algún pobre judío, y en esos momentos (habría bastado una señal del jefe de policía para que lo liquidaran esa misma tarde, en la esquina de cualquier calle), estaba jugándose la piel por el cadáver de un judío.

El jefe de policía también se había puesto en pie y lo miraba fijamente con sus ojos pelosos; con mucho gusto le habría disparado un balazo en el abdomen, habría disfrutado disparándonos un balazo a Sartori, a Pellegrini y a mí, pero no se atrevía porque no éramos rumanos, no éramos tres pobres judíos de Iasi. Temía posibles represalias de Mussolini. (¡Ja, ja, ja! ¡Represalias de Mussolini! Lo que no sabía era que, si nos hubiera liquidado, Mussolini ni siquiera habría abierto la boca. Mussolini no quería problemas. ¿Acaso no sabía que Mussolini tenía miedo de todo el mundo, hasta de él?) Y entonces me eché a reír, pensando que el jefe de policía de Iasi tenía miedo de Mussolini.

—¿Qué le hace tanta gracia? —me preguntó de repente el jefe de policía, y se giró bruscamente hacia mí.

—¿Qué quiere este señor? —le pregunté a Pellegrini—. ¿Quiere saber de qué me río?

—Sí —contestó Pellegrini—, quiere saber de que se ríe.

—Me río de él. ¿Es que no puedo reírme de él?

—La verdad es que nada se lo impide —dijo Pellegrini—, pero comprendo que a él no le haga mucha gracia.

—Seguro que no le hace mucha gracia.

—¿En serio? ¿Se ríe de él? —me preguntó Sartori con su plácida voz—. Disculpe, Malaparte, pero creo que se equivoca. Este señor es todo un caballero y habría que tratarlo como se merece.

Nos pusimos en pie tranquilamente y salimos, pero apenas traspasada la puerta, Sartori se paró y dijo:

—Se nos ha olvidado despedirnos de él. ¿Volvemos?

—No —contesté—, mejor vamos a ver al comandante de los gendarmes.

El comandante de los gendarmes nos ofreció un cigarrillo, nos escuchó con atención y luego dijo:

—Se habrá ido a Podu Iloaiei.

—¿A Podu Iloaiei? —preguntó Sartori—. ¿A hacer qué?

Un par de días después de la masacre, un tren lleno de judíos salió para Podu Iloaiei, una población a una veintena de millas de Iasi, donde el jefe de policía había decidido establecer un campo de concentración. El tren había salido hacía tres días y a esas alturas debía de haber llegado hacía tiempo.

—Vamos a Podu Iloaiei —dijo Sartori.

Así fue como, a la mañana siguiente, nos fuimos en coche a Podu Iloaiei. Paramos en una pequeña estación perdida en medio de la polvareda de los campos para preguntar acerca del tren. Unos soldados que estaban sentados a la sombra de un vagón abandonado en una vía muerta nos dijeron que el convoy, compuesto por una decena de vagones de ganado, había pasado por allí dos días antes y que se había pasado toda una noche parado en la estación. Los infelices que iban encerrados en los vagones precintados gritaban y gemían rogando a los soldados de la escolta que arrancasen las tablas de madera clavadas en las ventanillas. En cada vagón iban hacinados unos doscientos judíos, y las ventanillas, aun siendo poco más que estrechos resquicios protegidos por una reja metálica en lo alto de las paredes del vagón, habían sido selladas con tablones de madera para que aquellos desgraciados no pudiesen respirar. El tren había arrancado al amanecer en dirección a Podu Iloaiei.

—Quizá puedan alcanzarlo antes de que llegue a Podu Iloaiei —dijeron los soldados.

La vía férrea atraviesa el valle en paralelo a la carretera. Estábamos ya en las proximidades de Podu Iloaiei cuando oímos un largo silbido que llegaba a través de los campos llenos de polvo. Nos

miramos los unos a los otros; nos habíamos quedado pálidos como si conociéramos su origen.

—¡Qué calor! —suspiró Sartori al tiempo que se secaba la frente con el pañuelo.

Al instante me di cuenta de que se ponía en el lugar de esos infelices, amontonados de doscientos en doscientos en vagones de ganado sin apenas agua, y de que se arrepentía y se avergonzaba de haber dicho: «¡Qué calor!». Aquel silbido lejano resonaba con un eco espectral por los campos desiertos y llenos de polvo, bajo el resplandor inmóvil del sol. Poco después divisamos el tren. Estaba silbando parado frente a un disco. Luego se puso en marcha despacio y nosotros lo seguimos por la carretera, observando los vagones de ganado y las tablas de madera clavadas en las ventanillas. El tren había tardado tres días en recorrer una veintena de millas, ya que los convoyes militares tenían preferencia y además no había prisa. Aunque hubiese llegado a Podu Iloaiei tras tres meses de viaje, habría llegado a tiempo.

Entretanto llegamos a Podu Iloaiei; el tren se detuvo en una vía muerta a las afueras de la estación. Era casi mediodía, el calor era sofocante y los empleados de la estación se habían ido a comer. El maquinista, el fogonero y los soldados de la escolta se habían apeado del tren y echado en el suelo, a la sombra de los vagones.

—Abran los vagones inmediatamente —ordené a los soldados.

—No podemos, domnule capitán.

—¡Que abran los vagones ya! —grité.

—No podemos, los vagones están sellados —dijo el maquinista—. Hay que avisar al jefe de estación.

El jefe de estación estaba comiendo. Al principio no quiso interrumpir el almuerzo, pero luego, al enterarse de que Sartori era el cónsul de Italia y de que yo era un *domnul capitán* italiano, se levantó de la mesa y nos siguió trotando con un par de grandes tenazas en la mano. Los soldados se pusieron manos a la obra, intentando abrir la puerta del primer vagón. La puerta, de madera y hierro, se resistía, como si diez, cien brazos la sujetaran desde el interior, como si los prisioneros hicieran fuerza para impedir que se abriera. Entonces el jefe de estación gritó: «¡Eh, vosotros, los de dentro, empujad también!». Del interior no llegó ninguna respuesta. Entonces hicimos fuerza todos juntos. Sartori estaba de pie delante del vagón, mirando hacia arriba y secándose el sudor con el pañuelo. De repente, la puerta cedió y el vagón se abrió.

El vagón se abrió de repente, y la masa de presos se precipitó sobre Sartori, tirándolo al suelo y amontonándose encima de él. Eran los muertos, que huían del vagón. Caían en tropel, a peso, con un golpe sordo, como estatuas de cemento. Sepultado bajo los

cadáveres, aplastado bajo su peso frío e inmenso, Sartori se debatía y forcejeaba en un intento por zafarse de aquel peso muerto, de aquella montaña de hielo; hasta que desapareció bajo el montón de cadáveres como si de una avalancha de piedras se tratara. Los muertos son despiadados, tercos, feroces. Los muertos son estúpidos. Caprichosos y vanidosos como los niños y las mujeres. *Los muertos están locos*. Ay si un muerto odia a un vivo. Ay si se enamora de él. Ay si un vivo insulta a un muerto, o lo hiere en el amor propio, o si ofende su honor. Los muertos son celosos y vengativos. No tienen miedo de nadie, no le temen a nada, ni a los golpes, ni a las heridas ni a la superioridad numérica del enemigo. No le temen siquiera a la muerte. Luchan con uñas y dientes, en silencio, no dan ni un paso atrás, no sueltan la presa, no huyen jamás. Luchan hasta el final, con un valor frío y tenaz, riéndose con sarcasmo, pálidos y mudos, con los ojos muy abiertos, desorbitados, con esos ojos de loco que tienen los muertos. Cuando caen vencidos, cuando se resignan a la derrota y a la humillación, cuando yacen sometidos, despiden un olor dulce y grasiento y se descomponen lentamente.

Algunos se abalanzaban sobre Sartori con todo su peso, intentando aplastarlo, otros se dejaron caer encima de él fríos, rígidos, inertes, otros le daban cabezazos en el pecho y le propinaban codazos y rodillazos. Sartori les tiraba del pelo, los asía de la ropa, se agarraba a sus brazos, intentaba apartarlos aferrándolos por la garganta y dándoles puñetazos en la cara. Era una lucha feroz y silenciosa; acudimos todos en su ayuda y procuramos en vano sacarlo de debajo de aquella pesada montaña de muertos, hasta que, tras muchos esfuerzos, conseguimos aferrarlo y liberarlo del montón. Sartori se puso de pie, tenía la ropa hecha trizas, los ojos hinchados y sangraba por una mejilla. Estaba palidísimo, pero sereno. Lo único que dijo fue: «Miren si queda alguien vivo por ahí abajo. Me han dado un mordisco en la cara».

Los soldados subieron al vagón y empezaron a sacar los cadáveres de uno en uno; en total, ciento setenta y nueve muertos por asfixia. Tenían la cabeza hinchada y la cara de color azul. Mientras, había llegado un escuadrón de soldados alemanes, así como un pequeño grupo de vecinos del pueblo y campesinos que nos ayudaron a abrir los vagones, bajar los cuerpos y alinearlos sobre el terraplén de la vía férrea. Había llegado también un grupo de judíos de Podu Iloaiei, con el rabino a la cabeza; habían oído que estaba con nosotros el cónsul de Italia y eso les había dado esperanza. Estaban pálidos pero serenos, y hablaban con voz firme. Todos tenían familia y amigos en Iasi, y todos y cada unos de ellos temían por la vida de algún amigo o pariente. Iban vestidos de negro y llevaban en la cabeza unos peculiares sombreros de fieltro duro. El rabino y cinco o seis de ellos, que decían pertenecer al consejo de administración de la Banca Agrícola de Podu Iloaiei, se inclinaron ante Sartori.

—Hace calor —dijo el rabino mientras se secaba el sudor con la palma de la mano.

—Sí, hace mucho calor —dijo Sartori llevándose el pañuelo a la frente.

Las moscas emitían un zumbido rabioso. Los muertos, tendidos en fila en el terraplén de la vía férrea, eran casi dos mil. Y dos mil cadáveres en fila expuestos al sol son muchos. Hasta demasiados. Un niño de pocos meses, vivo aún, fue encontrado aferrado a las rodillas de su madre. Estaba inconsciente, pero todavía respiraba. Tenía un brazo roto. La madre había conseguido mantenerlo tres días con la boca pegada a una rendija de la puerta; se había defendido salvajemente de la muchedumbre de moribundos que intentaba apartarla de ahí y había muerto aplastada entre la confusión. El niño se había quedado atrapado bajo la madre muerta, aferrado a sus rodillas sin apartar la boca de aquel sutil filo de aire.

—¡Está vivo! —anunció Sartori en un tono de voz extraño—. ¡Está vivo, está vivo!

Yo miraba conmovido al bueno de Sartori, a aquel napolitano gordo y plácido que por fin había perdido la flema, y no por todos aquellos muertos, sino por un niño vivo, un niño vivo todavía.

Pasadas unas horas, hacia el atardecer, los soldados sacaron del fondo de uno de los vagones un cadáver que tenía la cabeza envuelta en un pañuelo ensangrentado y lo arrojaron al terraplén. Era el propietario de la sede del consulado de Italia en Iasi. Sartori se quedó mirándolo en silencio durante un buen rato, luego le tocó la frente y volviéndose hacia el rabino dijo:

—Era todo un caballero.

De pronto se oyeron gritos de pelea. Una turba de campesinos y gitanos, llegados de todas partes, estaba desnudando a los cadáveres. Aquello pareció sublevar a Sartori, pero el rabino le tocó el brazo con la mano.

—Es inútil —dijo—, es la costumbre —y luego, sonriendo tristemente, añadió en voz baja—: Mañana irán a vernos para vendernos la ropa robada a los muertos, y nosotros tendremos que comprársela. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Sartori observaba en silencio cómo les quitaban la ropa a aquellos infelices. Parecía que los muertos se defendieran con todas sus fuerzas contra la violencia de los asaltantes, quienes, chorreantes de sudor, se esforzaban, entre gritos e imprecaciones, por levantar sus obstinados brazos y doblar sus rígidos codos y sus duras rodillas para quitarles chaquetas, pantalones y ropa interior. Las mujeres se mostraban aún más tenaces en esa resistencia desesperada. Nunca habría dicho que fuera tan difícil quitarle la blusa a una muchacha muerta. Quizá fuera el pudor, vivo en ellas todavía, lo que daba

fuerzas para defenderse a esas mujeres, que de vez en cuando se levantaban sobre los codos y acercaban su blanco rostro a la cara torva y sudada de sus profanadores, escrutándolos con los ojos abiertos de par en par. Hasta que volvían a caer al suelo desnudas, con un golpe sordo.

—Tenemos que irnos, se hace tarde —dijo Sartori con su voz tranquila, se volvió hacia el rabino y le pidió que le expidiera el acta de defunción de aquel «caballero».

El rabino hizo una inclinación y nos encaminamos a pie hacia el pueblo. En la oficina del director de la Banca Agrícola hacía un calor insoportable. El rabino mandó traer los registros de la sinagoga, extendió el acta de defunción de aquel pobre diablo y le entregó el documento a Sartori, que lo dobló con cuidado y se lo guardó en la billetera. Un tren silbaba a lo lejos. En torno al tintero, revoloteaba un moscón de alas turquesas.

—Lamento tener que irme —dijo Sartori en un momento dado —, pero debo estar en Iasi antes de que anochezca.

—*Aspettate un momento, prego* —dijo en italiano uno de los administradores de la Banca Agrícola.

Era un judío menudo y rollizo, con una perilla al estilo Napoleón III. Abrió un armario, de donde sacó una botella de vermut, y sirvió unos cuantos vasos. Añadió que el vermut era de Turín, Cinzano de ley, y se puso a contarnos en italiano que había visitado en varias ocasiones Venecia, Florencia y Roma, y que sus dos hijos habían estudiado medicina en Italia, en la Universidad de Padua.

—Me gustaría conocerlos —dijo Sartori con voz afable.

—Están muertos —contestó el judío—, murieron en Iasi el otro día —y suspirando añadió—: Cuánto desearía volver a Padua, volver a ver la universidad donde estudiaron mis chicos.

Nos quedamos un buen rato sentados en silencio en la habitación llena de moscas. Al fin, Sartori se levantó y salimos sin decir nada. Mientras subíamos al coche, el judío con la perilla de Napoleón III posó la mano en el brazo de Sartori y con voz queda y humilde dijo:

—¡Y pensar que me sé de memoria toda la *Divina comedia!* —y empezó a declamar—: «*Nel mezzo del cammin di nostra vita...*».

El coche se puso en marcha y el grupo de judíos vestidos de negro desapareció tras una nube de polvo.

—*Ja, es ist ein Volk obne Kultur* —dijo Fischer sacudiendo la cabeza.

—Se equivoca —repliqué—, los rumanos son un pueblo generoso y amable. Yo siento un gran aprecio por los rumanos, son valientes y, al derramar su propia sangre por Cristo y por el rey, han dado muestras de un noble sentimiento del deber y de una gran generosidad. Son un pueblo simple, un pueblo de campesinos rudos y amables. No puede culpárseles si las clases, las familias y los hombres que debieran servirles de ejemplo tienen podridos alma, mente y huesos. El pueblo rumano no es responsable de las matanzas de judíos. Los pogromos, también en Rumania, se organizan y se desencadenan por orden, o con la connivencia, de las autoridades del Estado. No puede culparse al pueblo si los cadáveres de los judíos, descuartizados y colgados en ganchos como terneros, permanecen días y días expuestos en muchas carnicerías de Bucarest, ante las carcajadas de la Guardia de Hierro.

—Comprendo y comparto su sentimiento de rebeldía —dijo Frank—. Gracias a Dios, y un poco también gracias a mí, en Polonia no ha tenido ni tendrá ocasión de asistir a horrores de esa especie. No, *mein lieber* Malaparte, en Polonia, en la Polonia alemana, no encontrará ni ocasión ni pretexto para dar rienda suelta a sus nobles sentimientos de condena y piedad.

—Oh, en cualquier caso no iría a quejarme ante usted. Sería una imprudencia. Me mandaría encerrar en un campo de concentración como poco.

—Y Mussolini no protestaría siquiera.

—No, ni siquiera protestaría. Mussolini no quiere problemas.

—Usted sabe —dijo Frank con énfasis— que soy justo y leal, y que no me falta *sense of humour*. Venga a verme sin temor si tiene que hacerme algún comentario justo y leal. Estamos en Varsovia, no en Iasi, y yo no soy el jefe de policía de Iasi. ¿O acaso ha olvidado nuestro pacto? ¿Se acuerda de lo que le dije cuando llegó a Polonia?

—Me dijo que me mandaría vigilar de cerca por la Gestapo, pero que tendría derecho a pensar y actuar como un hombre libre. Me aseguró que podría expresar con libertad mis ideas, que usted haría lo propio conmigo, y que respetaría con absoluta lealtad las reglas del cricket.

—Nuestro pacto sigue vigente —dijo Frank—. ¿O acaso no he respetado en todo momento las reglas del cricket? Le daré una prueba más de mi lealtad y le diré que Himmler no se fía de usted. Yo he salido en su defensa. Le he asegurado que no sólo es usted un hombre leal, sino también un hombre libre que en Italia ha padecido cárcel y persecuciones por sus libros, por su libertad de espíritu y por sus imprudencias de *enfant terrible*, pero nunca por deslealtad. Para demostrarle la exactitud de mi juicio, le he dicho también que, al pasar por Suecia, como hace usted a menudo cuando se dirige al frente de Finlandia, le sería muy fácil, y nadie podría impedirselo,

quedarse en ese país neutral en calidad de asilado político, pero que no lo hace porque es usted un corresponsal de guerra, luce el uniforme italiano y su honor le prohíbe desertar. Añadí que sus libros se publican en Inglaterra, Francia y Estados Unidos, y que es, por ello, un escritor digno de consideración, y que compete a nosotros demostrarle que la Polonia alemana es un país tan libre como Suecia. Para ser del todo sincero con usted, le diré que aconsejé a Himmler que mandara registrarle en cuanto abandonase territorio polaco. Quizá debí advertirle de que me proponía darle ese consejo a Himmler, o tal vez lo mejor habría sido no decirle nada. En cualquier caso, se lo advierto ahora. Mejor tarde que nunca. Esto también es cricket, *nicht wahr?*

—Más o menos —respondí sonriendo—, aunque habría hecho mejor aconsejándole a Himmler que mandara registrarme al entrar en Polonia. Y por darle a mi vez una nueva prueba de mi lealtad, quiero decirle en qué he ocupado mi tiempo durante la estancia de Himmler en Varsovia.

Y le hablé de las cartas, los paquetes de víveres y el dinero que los prófugos polacos de Italia me habían rogado que entregara a sus parientes y amigos de Varsovia.

—*Ach so! Ach so!* —exclamó Frank riendo—. ¡Y en las mismísimas narices de Himmler! *Ach wunderbar!* ¡En las mismísimas narices de Himmler!

—*Wunderbar! Ach wunderbar!* —gritaron todos al tiempo que reían escandalosamente.

—Espero —dije— que esto sea cricket.

—Ya lo creo que es criquet, ¡y del bueno! —gritó Frank—. ¡Bravo, Malaparte! —y alzando el vaso dijo—: *Prosit!*

—*Prosit!* —repetí levantando mi vaso.

—*Prosit!* —repetieron todos.

Y bebimos al uso alemán, de un trago.

Por fin nos levantamos de la mesa y frau Brigitte Frank nos acompañó a una habitación cercana (una habitación redonda, iluminada por dos grandes puertas acristaladas que daban al jardín) que antaño había sido el dormitorio del mariscal Pilsudski. El reflejo de la nieve (por las ramas desnudas de los árboles brincaban pequeños pájaros grises, las estatuas de Apolo y Diana de los cruces de caminos iban vestidas de nieve y aquí y allá se veían por el jardín centinelas alemanes que caminaban con el fusil al hombro) se deshacía suavemente sobre los muros, los muebles y las gruesas alfombras.

—En esta habitación —dijo Frank—, en ese mismo sillón donde ahora se sienta Schmeling, murió el mariscal Pilsudski. Ha sido mi

voluntad que no se tocara nada, que todo quedara intacto y en su lugar; sólo mandé sacar la cama —y añadió después, en tono enfático—: El recuerdo del mariscal Pilsudski se merece todo nuestro respeto.

Había muerto en el sillón, entre las dos puertas, mirando los árboles del jardín. La amplia cavidad abierta en la pared delante de las puertas acristaladas estaba ocupada por un sofá en el que se sentaban frau Fischer y el *Generalgouverneur* Frank. La cama del mariscal Pilsudski había llenado antes la cavidad donde ahora estaba el sofá. De pie junto al sillón, ocupado en ese momento por el boxeador Max Schmeling, el viejo mariscal de pálido rostro surcado de venas de color claro, gran bigote peinado hacia abajo, al estilo Sobieski, y frente amplia cubierta de cabellos cortos y duros, cortados al cepillo, esperaba a que Max Schmeling se levantara y le cediese el asiento. Frank tenía razón: el recuerdo del mariscal Pilsudski se merecía todo nuestro respeto.

Frank discutía en voz alta con Max Schmeling sobre deporte y campeones. Hacía calor, y el aire olía a tabaco y a coñac. Sentía que poco a poco el torpor iba adueñándose de mí, oía las voces de Frank y de frau Wächter, veía a Schmeling y al gobernador Fischer llevándose a los labios las copas de coñac, a frau Fischer volviéndose sonriente a frau Brigitte, y me daba la sensación de estar envuelto en una niebla cálida que por momentos desdibujaba las voces y los rostros. Empezaban a fastidiarme esas voces y esos rostros, estaba harto de Polonia, pocos días después partiría para el frente de Smolensk, y también eso era críquet, pobre de mí, también eso era críquet.

En un momento determinado me pareció que Frank se daba la vuelta hacia mí para invitarme a pasar unos días en los montes Tatra y en Zakopane, la famosa estación de esquí polaca. «También Lenin, poco antes de la guerra, en 1914, pasó unos meses en Zakopane», decía Frank riéndose. Yo respondí, o me pareció responder, que no podía, que debía partir para el frente de Smolensk, y luego caí en la cuenta de que en realidad estaba diciendo: «¿Por qué no? Con mucho gusto iría a pasar cinco o seis días a Zakopane». De pronto el *Generalgouverneur* se puso en pie, los demás también, y Frank propuso ir a dar un paseo por el gueto.

Salimos del Belvedere. Yo subí en el primer coche, con frau Fischer, frau Wächter y el *Generalgouverneur* Frank; en el segundo coche iban frau Brigitte Frank, el gobernador Fischer y Max Schmeling. El resto de los invitados nos seguía en otros dos coches. Recorrimos la aleje Ujazdowskie, doblamos por Swietokrzyska y por Marszałkowska, y a la entrada de la «ciudad prohibida», frente al paso abierto en la alta muralla de ladrillos rojos que los alemanes han construido en torno al gueto, paramos y nos apeamos.

—Fíjese en este muro —me dijo Frank—. ¿Le parece por un casual esa terrible muralla de cemento plagada de ametralladoras de la que hablan los periódicos ingleses y americanos? —y añadió riendo—: Los judíos, pobrecillos, padecen todos del pecho; el muro, al menos, los resguarda del viento.

Me pareció reconocer algo en la voz arrogante de Frank, algo turbio, una crueldad humillada y triste.

—La atroz inmoralidad de este muro —repliqué— no consiste sólo en el hecho de que impide que los judíos salgan del gueto, sino también en el hecho de que *no* les impide entrar.

—Eso no es del todo cierto —dijo Frank riendo—: por más que infringir la prohibición de salir del gueto esté castigado con la muerte, los judíos entran y salen a placer.

—¿Trepando el muro?

—Oh, no —respondió Frank—, salen por unos agujeros similares a las madrigueras de los topos que ellos mismos excavan por las noches al pie del muro y que durante el día disimulan con tierra y hojas. Se introducen en esas madrigueras y van a la ciudad a comprar comida y ropa. El tráfico del mercado negro del gueto se desarrolla en buena medida gracias a esos túneles. A veces el ratón pisa una trampa; suelen ser niños de ocho o diez años, no más. Se juegan la vida con auténtico espíritu deportivo. Esto también es cricket, *nicht wahr?*

—¿Que arriesgan la vida? —grité.

—En el fondo —contestó Frank—, no tienen nada más que arriesgar.

—¿Y a esto lo llama cricket?

—Por supuesto, todo juego tiene sus reglas.

—En Cracovia —dijo frau Wächter—, mi marido ha construido en torno al gueto un muro de estilo oriental, con curvas elegantes y unas almenas preciosas. Los judíos de Cracovia no tienen ningún motivo para quejarse. Es un muro de lo más elegante, al estilo judío.

Se echaron todos a reír, pateando la nieve helada.

—*Ruhe*, silencio —dijo un soldado con el fusil al hombro que estaba de rodillas a pocos pasos de nosotros, escondido detrás de un montón de nieve.

El soldado apuntó el fusil hacia un agujero excavado en el muro a ras de tierra y puso el ojo en la mirilla. Arrodillado tras él, otro soldado espiaba por encima del hombro de su compañero, quien, de repente, abrió fuego. La bala se estrelló contra el muro, justo al borde del agujero.

—¡Fallado! —exclamó alegremente el soldado, y accionó el obturador.

Frank se acercó a los dos soldados y les preguntó a qué estaban disparando.

—A un ratón —contestaron riendo a carcajadas.

—¿A un ratón? *Ach so!* —dijo Frank, y se puso de rodillas para mirar por encima del hombro del soldado.

Los demás nos acercamos también, y las señoras se pusieron a reír y a cacarear y se arremangaron las faldas hasta media pierna, como suelen hacer las mujeres cuando oyen hablar de ratones.

—¿Dónde está el ratón? —preguntó frau Brigitte Frank.

—*Achtung!* —dijo el soldado apuntando de nuevo.

Del negro agujero excavado al pie de muro asomó un flequillo de negros cabellos despeinados, luego aparecieron dos manos que se posaron sobre la nieve. Era un niño.

Sonó el disparo, pero también en esta ocasión erró el blanco por muy poco. La cabeza del niño desapareció.

—Dame eso —dijo Frank con voz impaciente—, no sabes ni cómo coger un fusil.

Tomó el fusil del soldado y apuntó.

Nevaba en medio del silencio.

Tercera parte

LOS PERROS

VIII

LA NOCHE DE INVIERNO

En el escaparate del peletero tártaro, entre las pieles de visón, armiño, ardilla y zorro blanco, azulado y plateado, había extendida una piel de perro tétrica y penosa. Perteneecía a un buen ejemplar de setter inglés, blanco y negro, de pelaje fino y largo; tenía los ojos vacíos, las orejas caídas y el morro aplastado. Colgado de la oreja, un cartelito indicaba el precio: «Piel de setter inglés de pura raza, 600 marcos finlandeses». Nos quedamos quietos frente al escaparate. Yo me sentía presa de un leve temor.

—¿Nunca has visto guantes de piel de perro? El coronel Lukander, aquel coronel finlandés con el que nos encontramos en el frente de Leningrado, tenía unos —me dijo el conde Agustín de Foxá, ministro de España en Helsinki—. Quisiera comprar un par y llevármelos a Madrid. Le diría a todo el mundo que están hechos con piel de perro. Los de spaniel son lisos y suaves, pero los de braco son

más rígidos. Para los días de lluvia me gustaría tener un par de ruff terrier. Hasta las mujeres, aquí, llevan bolsos y manguitos de piel de perro. —De Foxá se reía mirándome de reajo—. La piel de perro realza la belleza femenina.

—Los perros son generosos —dije yo.

Eran los últimos días de marzo de 1942. Recorriamos una travesía de la Esplanadi y, tras embocar ésta junto al Savoy, bajamos hacia la plaza del Mercado, frente al puerto, donde se alzan uno junto al otro el edificio neoclásico de la legación sueca y el del presidente de la República de Finlandia, construido en el estilo de Engel. Hacía un frío de muerte, parecía que estuviéramos caminando por el filo de una navaja. Algo más allá del escaparate del peletero tártaro, en la esquina, pasamos por delante de un negocio de cajas funerarias. Los ataúdes, pintados unos de blanco, otros de un negro muy brillante con enormes tachones de plata, otros de color caoba, estaban dispuestos de tal forma que invitaban a entrar en el establecimiento. En un lugar aparte en el escaparate, destacaba un pequeño ataúd plateado para niños.

—*J'adore ça* —dijo De Foxá parándose a observar las cajas de muertos.

De Foxá es cruel y fúnebre como todo buen español. Sólo siente respeto por el alma; el cuerpo, la sangre, los sufrimientos de la pobre carne humana, sus enfermedades, sus heridas le traen sin cuidado. Disfruta hablando de la muerte, se pone hecho unas pascuas cuando ve desfilar un cortejo fúnebre, se para a mirar los escaparates con ataúdes, se deleita hablando de llagas, tumores y monstruos. Y sin embargo le dan miedo los fantasmas. Es un hombre inteligente, rebosante de cultura e ingenio, acaso demasiado ingenioso para ser de veras inteligente. Conoce bien Italia, conoce a buena parte de mis amigos de Florencia y Roma, incluso tengo la sospecha de que pudimos estar enamorados, al mismo tiempo y sin saberlo, de la misma mujer. Pasó algunos años en Roma como secretario de la embajada de España ante el Quirinal, hasta que lo expulsaron de Italia por hacer comentarios ingeniosos acerca de la condesa Edda Ciano en el círculo de golf Acquasanta y en algunos de sus informes a Serrano Súñer. «¿Te puedes creer —me dijo un día— que después de tres años viviendo en Roma no me había enterado de que la condesa Edda Ciano es la hija de Mussolini?»

Mientras bajábamos por la Esplanadi, Agustín de Foxá me explicaba que una noche había ido con unos amigos a ver cómo exhumaban las tumbas del antiguo cementerio de San Sebastián de Madrid. Corría el año 1933, y España era por entonces una república. Por exigencias del nuevo plan regulador de Madrid, el gobierno republicano había decretado la demolición del antiguo cementerio madrileño. Cuando De Foxá y sus amigos, entre quienes se

encontraban los jóvenes escritores madrileños César González Ruano, Carlos Miralles, Agustín Viñola y Luis Escobar llegaron al cementerio era casi de noche y muchas de las tumbas ya habían sido abiertas y vaciadas. Los ataúdes tenían las tapas abiertas y los muertos estaban a la vista: toreros en traje de luces, generales en uniforme de gala, curas, jóvenes, burgueses adinerados, muchachas, damas, niños. A una joven que había sido enterrada con una botella de perfume en la mano, el poeta Luis Escobar le dedicó el poema «A una bellísima mujer que se llamaba María Concepción Elola». También Agustín Viñola dedicaría más tarde un poema a un pobre marinero muerto por azar en Madrid y enterrado lejos del mar, en aquel triste cementerio. De Foxá y sus amigos estaban un poco achispados y se arrodillaron frente al féretro del marinero recitando oraciones de difuntos. Carlos Miralles depositó sobre el pecho del muerto una hoja de papel en la que había dibujado a lápiz una barca, un pez y algunas olas; acto seguido, se persignaron diciendo: «En el nombre del Norte, del Sur, del Este y del Oeste». Sobre la tumba de un estudiante que tenía por nombre Novillo, se leía el siguiente epígrafe, medio borrado por los años: «Dios ha interrumpido sus estudios para enseñarle la verdad». En una caja ricamente adornada con tachones de plata yacía el cadáver momificado de un joven caballero francés, el conde De la Martinière, que en 1830, tras la caída de Carlos X, había emigrado a España junto a un grupo de legitimistas franceses. César González—Ruano se inclinó ante el conde De la Martinière y le dijo: «Te saludo, esforzado caballero francés, devoto y fiel a tu legítimo rey, y elevo ante tu presencia un grito que ya no puede salir de tus labios, un grito que hará estremecer tus huesos: "¡Viva el rey!"». Un guardia civil republicano, que se hallaba en el cementerio, tomó por un brazo a César González—Ruano y se lo llevó al calabozo.

De Foxá hablaba en voz alta, gesticulando como es su costumbre.

—Agustín —le dije—, baja la voz, los espectros te escuchan.

—¿Los espectros? —murmuró De Foxá al tiempo que palidecía y miraba a su alrededor.

Las casas, los árboles, las estatuas y los bancos del jardín de la Esplanadi parecían oscilar bajo la luz gélida y espectral que el reflejo de la nieve difunde durante las noches del Norte. Algunos soldados ebrios discutían con una muchacha en la esquina de Mikonkatu. Un gendarme caminaba arriba y abajo por la acera del hotel Kámp. Sobre los tejados, por encima de Mannerheimintie, el cielo se extendía blanco, sin mácula, inmóvil, como el cielo de una vieja fotografía desvaída. Las enormes letras del cartel publicitario de los cigarrillos Klubbi, en el tejado del edificio del *Uusi Suomi*, destacaban negras sobre el cielo blanco, como si fueran el esqueleto de un descomunal insecto. La torre de cristal del edificio Stockmann y el

rascacielos del hotel Torní parecían mecerse en el aire de color violáceo.

De pronto, en un cartel de grandes dimensiones colgado del balcón de una casa, leí las siguientes palabras: «Linguaphone Institute».

Nada me recuerda tanto el invierno finlandés como los discos de Linguaphone. Siempre que vea escrito, en el anuncio de un periódico: «Aprenda lenguas extranjeras con el método Linguaphone», siempre que lea estas dos palabras mágicas: «Linguaphone Institute», recordaré el invierno finlandés, los bosques espectrales y los lagos helados de Finlandia.

Siempre que oiga hablar de los discos de Linguaphone, cerraré los ojos y veré a mi amigo Jaakko Leppo, achaparrado y rechoncho, comprimido en el interior de su uniforme de capitán finlandés, su cara redonda y pálida de pómulos prominentes, sus ojos pequeños y suspicaces, aquellos ojos sesgados llenos de una fría luz gris. Veré a mi amigo Jaakko Leppo sentado con un vaso en la mano frente a un gramófono, en la biblioteca de su casa de Helsinki, y junto a él a Liisi Leppo, madame P., el ministro P., el conde Agustín de Foxá, Titu Miháilescu y Mario Orano, todos con un vaso en la mano, concentrados escuchando la voz ronca del gramófono; veré que Jaakko Leppo levanta de vez en cuando el vaso rebosante de coñac diciendo: «*Maljanne*, salud», y que los demás alzan los vasos a su vez, diciendo: «*Maljanne*, salud». Siempre que vea escrito «Linguaphone Institute» pensaré en el invierno finlandés y en la noche que pasamos en casa de Jaakko Leppo, vaso en mano, escuchando la voz ronca del gramófono y diciéndonos «*maljanne*» los unos a los otros.

Eran ya las dos de la noche, acabábamos de cenar por segunda o tercera vez y, sentados en la biblioteca ante el inmenso cristal de la ventana, contemplábamos cómo Helsinki iba hundiéndose lentamente en la niebla y cómo de aquel blanco y silencioso naufragio emergían, cual si fuera la arboladura de un navio, la columnata del palacio del Parlamento, la fachada lisa y plateada del palacio de Correos y, sobre el telón de fondo de los árboles de la Esplanadi y el Brunnsparken, la torre de cristal y cemento de Stockmann y el rascacielos del Torní.

El termómetro colgado en el exterior de la ventana marcaba cuarenta y cinco grados bajo cero.

—Cuarenta y cinco grados bajo cero en la acrópolis de Finlandia —decía De Foxá.

De vez en cuando Jaakko Leppo alzaba su vaso rebosante de coñac y decía «*maljanne*». Yo acababa de regresar del frente de Leningrado y me había pasado los últimos quince días diciendo «*maljanne*» a todas horas, en el fondo de los bosques de Carelia, en los *korsu* excavados en el hielo, en las trincheras, en los *lottala*, en

los caminos del *kannas* cada vez que mi trineo se cruzaba con otro, en todas partes, durante quince días, no había hecho otra cosa que levantar mi vaso y decir «*maljanne*».

En el tren para Viipuri me había pasado la noche diciendo «*maljanne*» con el director del distrito ferroviario de Viipuri, que había pasado por mi cabina para saludar a Jaakko Leppo. Era un tipo achaparrado, hercúleo, con la cara pálida e hinchada. Al quitarse el pesado abrigo de piel de carnero vi que llevaba puesto un traje de noche; de debajo de la corbata blanca inmaculada sobresalía el cuello de una botella encajonada entre la camisa almidonada y su reluciente panza. Venía de la boda de su hijo, los festejos habían durado tres días y en ese momento volvía a Viipuri, a sus locomotoras, sus trenes y su despacho excavado entre los cascotes de la estación destruida por las bombas soviéticas.

—Es curioso —me dijo—, hoy también he bebido una barbaridad y ni siquiera estoy achispado.

(A mí en cambio me daba la impresión de que había bebido poquísimos y que estaba borracho como un piojo.) Al cabo de un rato se sacó la botella del pecho y un par de vasos del bolsillo, los llenó hasta el borde de coñac y dijo «*maljanne*». Yo también dije «*maljanne*» y nos pasamos la noche diciéndonos «*maljanne*» el uno al otro, mientras nos mirábamos a la cara en silencio. De vez en cuando le daba por hablarme en latín (la única lengua en que podíamos entendernos), y, mostrándome el bosque negro, duro, espectral e interminable que corría parejo a la vía férrea, decía: «*Semper domestica silva!* —y añadía—: *Maljanne*». Luego despertaba a Jaakko Leppo, *somno vinoque sepulto* en su litera, le ponía el vaso en la mano y le decía: «*Maljanne*». Jaakko Leppo decía «*maljanne*» y lo apuraba todo de un trago, sin abrir los ojos, y volvía a quedarse dormido. Hasta que llegamos a Viipuri y nos despedimos diciéndonos «*Vale!*» entre las ruinas de la estación.

Durante quince días no había hecho otra cosa que decir «*maljanne*» en todos los *korsu* y en todos los *lottala* del *kannas* y de Carelia Oriental. Había dicho «*maljanne*» en Viipuri con el teniente Svartström y con el resto de los oficiales de su compañía; había dicho «*maljanne*» en Terijoki y Alexandrovka, en Raikkola, a orillas del lago Ladoga, con los oficiales y los *sissit* del coronel Merikallio; había dicho «*maljanne*» en el *tepidarium* de la sauna, el baño nacional finlandés, tras salir a la carrera del *calidarium*, donde la temperatura alcanzaba los sesenta grados sobre cero, y revolearme desnudo por la nieve, en la linde del bosque, con un frío de cuarenta y dos grados bajo cero; había dicho «*maljanne*» en casa del pintor Repin, en los suburbios de Leningrado, mirando entre los árboles del jardín la tumba donde descansa Repin y, al fondo de la carretera, las primeras casas de Leningrado, grisáceas bajo la inmensa nube de humo que rodeaba la ciudad.

Cada tanto, Jaakko Leppo levantaba el vaso y decía «*maljanne*». Y el ministro P., uno de los más altos funcionarios del Ministerio de Exteriores, decía «*maljanne*». Y madame P. y Liisi decían «*maljanne*». Y De Foxá decía «*maljanne*». Y Titu Miháilescu y Mario Orano decían «*maljanne*». Estábamos sentados en la biblioteca y a través del inmenso cristal de la ventana contemplábamos cómo la ciudad naufragaba poco a poco en la nieve y cómo, al fondo, en el horizonte, las naves encalladas en el hielo cerca de la isla de Suomenlinna iban hundiéndose en las tinieblas.

Hasta que llegó esa hora delicada en que los finlandeses se ponen tristes, entonces se miran a la cara los unos a los otros con expresión desafiante, mordiéndose el labio inferior, y beben en silencio, sin decir «*maljanne*», como si reunieran fuerzas para no dejar salir de su pecho una ira insondable. Yo quería irme sin que nadie se diera cuenta, y también De Foxá quería marcharse, pero el ministro P. lo tenía aferrado del brazo y le decía:

—Mon cher Ministre, vous connaissez Monsieur Ivalo, n'est—ce pas?

Ivalo era el director general del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Es uno de mis amigos más queridos —respondía De Foxá en tono conciliador—. Es un hombre de una inteligencia extraordinaria, y madame Ivalo, una mujer llena de virtudes.

—*Je ne vous ai pas demandé si vous connaissiez Madame Ivalo* —decía el ministro P. escrutando a De Foxá con sus ojitos suspicaces—. *Je voulais savoir si vous connaissiez Monsieur Ivalo.*

—Sí, lo conozco muy bien —respondía De Foxá mientras me suplicaba con la mirada que no lo abandonase.

—*Savez—vous ce qu'il m'a dit a propos de l'Espagne et de la Finlande? Je l'ai rencontré ce soir au bar du Kamp. II était avec le ministre Hakkarainen. Vous connaissez le ministre Hakkarainen, n'est —ce pas?*

—El ministro Hakkarainen es un hombre fascinante —respondía De Foxá buscando con la mirada a Titu Miháilescu.

—*Savez—vous, m'a dit Monsieur Ivalo, quelle est la différence entre l'Espagne et la Finlande?*

—La que marca el termómetro —contestaba con prudencia De Foxá.

—*Pourquoi sur le thermomètre? Non, elle n'est pas marquée sur le thermomètre* —decía el ministro P. con voz irritada—. *La différence est que l'Espagne est un pays sympathisant mais pas belligérant, et que la Finlande est un pays belligérant mais pas sympathisant.*

—¡Ja, ja, ja! Tiene mucha gracia —decía De Foxá riéndose.

—*Pourquoi riez—vous?* —le preguntaba el ministro P. en tono suspicaz.

Jaakko Leppo se sentaba inmóvil en el taburete del piano, como un tártaro en la silla de su caballo, y escudriñaba a De Foxá con sus ojos sesgados, ardientes de envidia, furioso de que el ministro P. no lo hubiese hecho partícipe también a él de lo que acababa de decirle al ministro de España.

Entonces sonó la hora peligrosa en que los finlandeses se sientan con la cabeza gacha en actitud amenazante y beben consigo mismos, sin decir «*maljanne*», como si estuvieran solos, o como si bebieran a solas, o como si bebieran a escondidas, y en que de vez en cuando se ponen a hablar en finlandés, casi como si hablaran consigo mismos. Mario Orano había desaparecido, se había marchado de puntillas sin que nadie se percatara de ello, ni siquiera yo que no le había quitado el ojo de encima y había seguido con atención todos sus movimientos; pero Orano llevaba dos o tres años viviendo en Finlandia y había aprendido a la perfección el difícil arte de huir de una casa finlandesa en el momento en que suena la hora peligrosa. También yo quisiera haberme marchado a hurtadillas, pero cada vez que conseguía acercarme a la puerta sentía un escalofrío recorrerme la espalda y al darme la vuelta me encontraba con la mirada taciturna de Jaakko Leppo, sentado en el taburete del piano como un tártaro en la silla de su caballo.

—Vámonos —le dije a De Foxá en un momento dado, aferrándolo por el brazo.

Pero justo en ese momento el ministro P. volvió a abordar a De Foxá y le preguntó:

—Est—ce vrai, mon cher Ministre, que vous avez dit a Mrs. McClintock qu'elle avait des plumes je ne sais plus en quel endroit?

De Foxá intentaba defenderse diciendo que no era cierto, pero el ministro P. se puso pálido y dijo:

—Comment! Vous niez?

Y yo le decía a De Foxá:

—¡No lo niegues, por el amor de Dios, no lo niegues!

Y el ministro P. insistía, poniéndose cada vez más pálido.

—Vouz niez, done? Avouez que vous n'avez pas le courage de me répéter ce que vous avez dit a Mrs. McClintock.

Yo le decía a De Foxá:

—Díselo, por el amor de Dios, repítele lo que le dijiste a Elena McClintock.

Y De Foxá se puso a explicar que una noche se encontraba en casa del ministro de Estados Unidos, Mr. Arthur Schoenfeld, con Elena McClintock y Robert Mills McClintock, secretario de la legación estadounidense; posteriormente habían llegado el ministro de la Francia de Vichy, M. Hubert Guérin, con madame Guérin. En cierto momento madame Guérin le había preguntado a Elena McClintock si, como le parecía por la cara y el acento, era de origen español. Y Elena McClintock, que es española de Chile, olvidando la presencia del ministro de España, le había contestado: «*Malheureusement, oui*».

—*Ah, ahí Tres amusant, n'est—ce pas?* —voceaba el ministro P. dándole palmadas en el hombro a De Foxá.

—Espere, que la historia todavía no ha terminado —decía yo con voz impaciente.

Y De Foxá continuó explicando lo que le había contestado a Mrs. McClintock: «*Ma chère Héléne, quand on est de L'Amérique du Sud, et l'on n'est pas d'origine espagnole, on porte des plumessur la tete*».

—*Ab, ab, ab! Tres amusant, n'est—ce pas?* —gritaba el ministro P., y volviéndose a madame P. le decía—: *Tu as compris, chérie? Les Espagnols, en Amérique du Sud, portent des plumes sur la tete!*

Y yo le decía en voz baja a De Foxá:

—Vámonos de aquí, por el amor de Dios.

Pero había sonado la hora patética en que los finlandeses se vuelven tiernos y empiezan a suspirar sobre los vasos vacíos, mirándose los unos a los otros con los ojos húmedos de lágrimas. Y justo cuando De Foxá y yo nos acercamos a Liisi Leppo, abandonada sobre un sillón con aspecto lánguido y triste, para rogarle con voz conmovida que tuviera a bien dejarnos marchar, Jaakko Leppo se puso en pie y dijo en voz alta:

—Ahora quiero que escuchen un buen disco —y añadió con orgullo—: *J'ai un grammophone*.

Fue hacia el gramófono, eligió un disco que iba dentro de una funda de piel, posó la aguja sobre el borde del disco y lanzó una mirada severa en torno a sí. Todos estábamos en silencio, expectantes.

—Es un disco chino —dijo.

Era un disco de Linguaphone: una voz nasal nos dio una larga clase de pronunciación china, que escuchamos en riguroso silencio.

Luego Jaakko Leppo cambió de disco, hizo girar la manivela y anunció:

—Es un disco indostánico.

Era una clase de pronunciación indostánica, que escuchamos en profundo silencio.

Después llegó el turno de las lecciones de gramática turca, luego de las de pronunciación árabe y, por último, cinco lecciones de gramática y pronunciación japonesas. Las escuchamos todos en silencio.

—Para terminar —anunció Jaakko Leppo haciendo girar la manivela del gramófono—, les pondré un disco maravilloso.

Era una clase de pronunciación francesa; un profesor del Linguaphone Institute declamaba *Le lac* de Lamartine con voz nasal. Todos escuchábamos en religioso silencio. Cuando la voz nasal calló, Jaakko Leppo dirigió a su alrededor una mirada llena de emoción y dijo:

—Ma femme a appris ce disque par coeur. Veux—tu, chérie?

Liisi Leppo se levantó, cruzó lentamente la sala y se colocó al lado del gramófono; echó la cabeza hacia atrás, puso los brazos en alto y, mirando al techo, empezó a recitar *Le lac* de Lamartine, todo el *Le lac* de Lamartine, con la misma pronunciación y la misma voz nasal que el profesor del Linguaphone Institute.

—*C'est merveilleux, n'est—ce pas?* —dijo Jaakko Leppo con voz conmovida.

Eran ya las cinco de la madrugada. Lo que ocurrió hasta que De Foxá y yo salimos a la calle no lo recuerdo. Hacía un frío de lobo. La noche era clara, la nieve brillaba suavemente, con un delicado fulgor plateado. Cuando llegamos a mi hotel, De Foxá me estrechó la mano y me dijo:

—Maljanne.

Yo contesté:

—Maljanne.

Westmann, el ministro de Suecia, nos esperaba en la biblioteca, sentado junto a la ventana. El reflejo plateado de la nieve nocturna se fundía delicadamente con la penumbra de la biblioteca, una penumbra tibia, del color del cuero, que los lomos de los libros veteaban con un ligero tono dorado. La luz se encendió de forma inesperada, iluminando la figura alta y esbelta del ministro Westmann, nítida y precisa como los esgrafiados de la antigua plata sueca. Al momento, sus gestos, congelados en el aire por la silenciosa explosión de luz, se deshicieron, se disiparon, y por un instante su cabeza diminuta y sus hombros erguidos y enclenques se mostraron ante mis ojos con la misma fría inmovilidad que los bustos de mármol del rey de Suecia, alineados sobre el alto zócalo de roble de la biblioteca. Sobre la frente despejada, sus cabellos de plata atenuaban el brillo mortecino del mármol, y en su rostro severo y

amable titubeaba una sonrisa irónica, la sombra inquieta de una sonrisa.

En el cálido comedor, la luz delicada y familiar de dos grandes candelabros de plata colocados en el centro de la mesa parecía frente al blanco reflejo del mar helado y la plaza cubierta de nieve, que se estrellaba con cruda violencia contra los cristales empañados de la ventana. Y por más que el centelleo rojizo de las velas tñese de color carne el blanco lino flamenco del mantel, y, velando la fría desnudez de las porcelanas de Marienberg y Rórstrand, caldeara el gélido resplandor de los cristales de Orrefors y la nitidez de la antigua plata de Copenhague, se palpaba en el aire una presencia espectral y a la vez irónica, si es que cabe hablar de ironía refiriéndose a espectros y fantasmas. Y como si la delicada magia de las noches del Norte, al penetrar en la sala con el leve reflejo de la nieve nocturna, nos hiciera prisioneros de su embrujo, nuestros rostros adquirieron también una cualidad espectral que se manifestaba tanto en nuestra mirada errabunda como en nuestras propias palabras.

De Foxá estaba sentado frente a la ventana y en su cara se reflejaba el laberinto de vetas azules que afloran en la carne blanca de la nieve nocturna; y, acaso para aplacar en su interior el embrujo de la noche del norte, hablaba del sol de España, de los colores, los olores, los sonidos, los sabores españoles, de los días soleados y las noches estrelladas de Andalucía, del viento suave y límpido de las tierras altas de Castilla, del cielo azul que cae como una piedra sobre la muerte del toro. Westmann lo escuchaba con los ojos entornados, como si aspirase en el brillo de la nieve los aromas de la tierra de España y escuchase los sonidos untuosos y las voces carnosas de las calles y casas españolas llegando desde el otro lado del mar de hielo, como si contemplase los paisajes, los retratos, las naturalezas muertas, chorreantes de colores cálidos y profundos, las escenas de calle, de ruedo, de familia, los bailes, las procesiones, los idilios, los funerales, los triunfos que De Foxá evocaba con su voz sonora.

Westmann había sido durante algunos años ministro de Suecia en Madrid y había sido destinado a la embajada de Helsinki hacía pocos meses, al solo efecto de llevar a cabo una importante negociación diplomática; no bien hubiera cumplido con su misión temporal en Finlandia, regresaría a Madrid para recuperar su puesto como ministro de Suecia en España. Westmann amaba España con un furor secreto, sensual y romántico a la vez, y esa noche escuchaba al conde De Foxá con una mezcla de pudor, envidia y rencor, como el amante infeliz que escucha a su rival hablando de la mujer amada. (*«Je ne suis pas votre rival, je suis le mar! L'Espagne est ma femme, et vous êtes son amant»*, le decía De Foxá. *«Helas!»*, respondía Westmann con un suspiro.) Sin embargo, en sus sentimientos hacia España se confundían de forma inextricable la pasión sensual y el horror secreto que acompaña siempre el amor de los hombres del

Norte por las tierras del Mediterráneo; la misma repugnancia sensual que se dibuja en el rostro de quienes observan los antiguos cuadros de los triunfos de la Muerte, donde las escenas macabras, el espectáculo de los verdes cadáveres desenterrados, tendidos al sol desnudos como luciérnagas muertas entre flores carnosas y de olor penetrante, suscitan en quienes pujan por ellos un horror sacro, una voluptuosidad que a un tiempo los atrae y los repele.

—España —decía De Foxá— es un país sensual y fúnebre, pero no es país de espectros. La patria de los espectros es el Norte. Por las calles de las ciudades españolas tropieza uno con cadáveres, pero no con espectros.

Y hablaba de aquel olor a muerte que impregna todo el arte y la literatura española, de ciertos paisajes cadavéricos de Goya, de los cadáveres vivos del Greco, de los rostros putrefactos del rey y los grandes de España pintados por Velázquez sobre un fondo de orgullosas arquitecturas de oro, ataviados con ropajes de púrpura y terciopelo en la penumbra verde y dorada de palacios, iglesias y conventos.

—Ni siquiera en España —dijo Westmann— es raro encontrar espectros. *J'aime beaucoup les spectres espagnols! Ils sont tres gentils, et tres bien eleves.*

—No son espectros —dijo De Foxá—, son cadáveres. No son imágenes incorpóreas, sino que están hechos de carne y sangre. Comen, beben, aman y ríen como si estuvieran vivos, pero son cuerpos muertos. No salen de noche, como los espectros, sino durante el día, a plena luz del sol. Lo que da tanta vida a un país como España son los cadáveres que uno encuentra por la calle, que se sientan en los cafés, que rezan de rodillas en las iglesias oscuras, que caminan lentos y taciturnos, con sus ojos negros reluciendo en medio de su rostro de color verde, entre la jarana de las ciudades y los pueblos los días de fiesta y de mercado, entre la gente viva que ríe y ama y bebe y canta. Esos a los que usted llama espectros, no son españoles, son extranjeros. Vienen de lejos, a saber de dónde, y sólo si se los llama por el nombre o se los evoca con palabras mágicas.

—¿Cree usted en las palabras mágicas? —preguntó Westmann sonriendo.

—Todo español que se precie cree en las palabras mágicas.

—¿Conoce usted alguna? —preguntó Westmann.

—Conozco muchas, pero hay una que por encima de todas posee el poder sobrenatural de evocar a los espectros.

—Dígala, por favor, ni que sea en voz baja.

—No me atrevo. Me da miedo —dijo De Foxá al tiempo que palidecía ligeramente—. Es la palabra más peligrosa de toda la lengua castellana. Ningún español que pueda llamarse tal osa pronunciarla. Es una palabra sagrada; al oírla, los espectros salen de las sombras y vienen a nuestro encuentro. Es una palabra fatal para quien la pronuncia y para quien la oye. Pongan un cadáver aquí mismo, encima de esta mesa, y ni me inmutaré. Pero no invoquen a un espectro, no le abran la puerta, porque me moriría de miedo.

—Díganos al menos qué significa esa palabra —dijo Westmann.

—Es uno de los muchos nombres que se da a las serpientes.

—Las serpientes tienen nombres muy nobles —dijo Westmann—. En la tragedia de Shakespeare, Antonio llama a Cleopatra por el dulce nombre de una serpiente.

—¡Agh! —gritó De Foxá con la tez lívida.

—¿Qué ocurre? ¿Es ése el nombre que no se atreve a pronunciar? En los labios de Antonio suena dulce como la miel. Cleopatra no recibió nunca nombre más noble. Espere —añadió Westmann regocijándose en su crueldad—, creo recordar cuáles son exactamente las palabras que Shakespeare pone en boca de Antonio...

—¡Cállese, por lo que más quiera! —gritó De Foxá.

—Si mal no recuerdo —prosiguió Westmann con una cruel sonrisa—, Antonio llama a Cleopatra...

—¡Por el amor de Dios, cálese! —gritó De Foxá—. No pronuncie esa palabra en voz alta. Es una palabra terrible que sólo debe decirse en voz baja, así... —Y casi sin mover los labios murmuró—: culebra.

—¡Ah, culebra! —dijo Westmann con una carcajada—. ¿Cómo puede asustarse por tan poca cosa? Es una palabra como cualquier otra, no veo en ella nada terrible ni misterioso. Aunque si no me equivoco —agregó levantando los ojos al techo, como si rebuscase en la memoria—, la palabra que emplea Shakespeare es *snake*, que no es tan dulce al oído como la española «culebra»: «Oh, mi culebra del antiguo Nilo».

—No lo diga en voz alta, por favor se lo pido —dijo De Foxá—. Es una palabra que trae mala fortuna. Uno de nosotros o algún allegado nuestro morirá esta noche.

En ese momento se abrió la puerta y nos sirvieron un magnífico salmón del lago Inari, de un color rosado, tierno, vivo y profundo que centelleaba a través de las grietas de la piel, cubierta de escamas plateadas con delicados tonos verdes y turquesas que hacían pensar en las antiguas ropas de seda con las que, según De Foxá, se viste a las estatuas de las vírgenes en las iglesias de los pueblos de España. La cabeza del salmón descansaba sobre un lecho de hierbas finísimas,

semejantes a cabellos de mujer, hecho con esas algas transparentes que crecen en los ríos y lagos de Finlandia. Parecía la cabeza de un pez durmiente salido de una naturaleza muerta de Braque. El sabor de ese salmón era como un recuerdo lejano de aguas, bosques y nubes; para mí era como el recuerdo del lago Inari en una noche de verano iluminada por el pálido sol ártico, bajo un cielo verde, tierno y pueril. El color rosado que asomaba entre las escamas plateadas del salmón era el color de las nubes cuando el sol nocturno se posa en el filo del horizonte, como una naranja en el antepecho de una ventana, y una suave brisa susurra entre las hojas de los árboles, en las claras aguas, en la hierba de los márgenes, sopla con dulzura sobre los ríos, los lagos y los inmensos bosques lapones; era el mismo color rosado que, vivo y profundo, centellea entre las escamas de plata que recubren el espejo del lago Inari cuando el sol, en el corazón de la noche ártica, yerra por el cielo verde atravesado por finas vetas celestes.

El rostro de De Foxá se volvió del mismo color rosado que asomaba entre las escamas del salmón.

—¡Lástima —dijo riendo— que las banderas de la URSS no sean de color rosa salmón!

—Vaya a saber lo que le ocurriría a nuestra pobre Europa —dije — si las banderas de la URSS fuesen de color rosa de los salmones y de los *dessous des femtnes*.

—Por suerte —intervino Westmann—, en Europa, todo tiende a perder su color. Es muy probable que nos dirijamos hacia una Edad Media de color rosa salmón.

—A menudo me pregunto —dijo De Foxá— cuál podría ser la función de los intelectuales en una nueva Edad Media. Apuesto a que aprovecharían la ocasión para intentar salvar una vez más a la civilización europea.

—Los intelectuales —dijo Westmann— son incorregibles.

—Hasta el mismo abad de Montecassino —dije yo— se hace a veces esa pregunta.

Y les expliqué que el conde Gawronski (el diplomático polaco casado con Luciana Frassati, la hija del senador Frassati, antiguo embajador de Italia en Berlín), refugiado en Roma desde la ocupación alemana de Polonia, pasa de tanto en tanto unas semanas alojado en la hospedería de la abadía de Montecassino. Cierta día, el viejo arzobispo don Gregorio Diamare, abad de la abadía, hablando con Gawronski sobre la barbarie en la que Europa podría caer por culpa de la guerra, le decía que, en los años más oscuros de la Edad Media, los monjes de Montecassino habían salvado la civilización de Occidente copiando a mano los antiguos y preciosos códices griegos y latinos. «¿Qué deberíamos hacer hoy para salvar la cultura

europaea?», concluyó el venerable abad. «*Faites—les retaper a la machine par vos moines*», fue la respuesta de Gawronski.

Después del claro vino del Mosela, con su olor a heno bajo la lluvia (al que el tierno color rosado que asomaba entre las escamas plateadas del salmón daba el sabor del paisaje del lago Inari bajo el sol nocturno), brilló en los vasos el vino tinto de Borgoña, con sus destellos de color sangre. En el centro de la mesa, sobre una gran fuente de plata, un chuletón de cerdo de Carelia difundía por la sala un cálido olor a horno. Después del fulgor transparente del vino de Mosela y del salmón rosado, que evocaba el recuerdo de la corriente de plata del Juutua y de las nubes rosadas en el verde cielo lapón, el vino de Borgoña y el cerdo de Carelia, recién salido del horno y envuelto aún en el olor a ramas de pino, despertaron en nosotros el recuerdo de la tierra.

No hay vino más terrenal que el vino tinto de Borgoña, que a la delicada luz de las velas y el blanco reflejo de la nieve se mostraba del color de la tierra, de ese color púrpura y dorado de las colinas de la Côte—d'Or a la hora del ocaso. Su aroma era profundo y sabía a hierba y hojas como las noches de verano en Borgoña. Y no hay vino que se corresponda tanto a la llegada del atardecer ni que se avenga tanto con la noche como el de Nuits Saint—Georges, que hasta en su nombre es nocturno, profundo y radiante como una noche de verano en Borgoña. Luce sanguino en los umbrales de la noche, como el fuego del ocaso sobre el borde cristalino del horizonte. Prende chispas rojas y turquesas en la tierra de color púrpura, en la hierba y en las hojas de los árboles, templadas todavía por los sabores y los aromas del día agonizante. Con la caída de la noche, los animales salvajes buscan guarida en las profundidades de la tierra: el jabalí se escabulle entre los matorrales, el faisán de vuelo corto y silencioso nada entre las sombras que flotan ya sobre los bosques y prados, la ágil liebre se desliza por el primer rayo de luna como si fuera un tenso cable de plata. Es ésa la hora del vino de Borgoña. En esa hora, aquella noche de invierno, en aquella sala iluminada por el débil reflejo de la nieve, el olor profundo del Nuits Saint—Georges despertó en nosotros el recuerdo de las noches de verano en Borgoña, de las noches adormecidas sobre la tierra caliente de sol.

De Foxá y yo nos mirábamos sonriendo mientras los colores se nos subían a la cara, nos mirábamos sonriendo como si ese inesperado recuerdo de la tierra nos liberase del triste embrujo de la noche del Norte. Apartados de todo en ese desierto de nieve y hielo, en ese país acuático de cien mil lagos, en esa dulce y severa Finlandia donde el olor del mar penetra hasta lo más hondo de los bosques más remotos de Carelia y Laponia, donde es posible encontrar los destellos del agua hasta en los ojos azules y grises de los hombres y los animales (hasta en los gestos lentos y absortos, semejantes a los gestos de los nadadores, de la gente que camina por las calles

incendiadas por el pálido fuego de la nieve o que pasea durante las noches estivas por las avenidas de los parques, levantando la vista hacia ese brillo acuático, verde y celeste, suspendido sobre los tejados en el interminable día sin alba y sin ocaso del blanco verano boreal), el recuerdo inesperado de la tierra nos hizo sentir de pronto terrenales hasta la médula y nos miramos sonriendo como si nos hubiéramos salvado de un naufragio.

—*Skoll!* —dijo De Foxá con voz conmovida y levantó su vaso, contraviniendo con ello las sacras reglas suecas, que reservan al dueño de la casa el derecho a emplear la tradicional palabra del brindis para invitar a beber a sus comensales.

—Yo nunca digo *skoll* cuando levanto el vaso —dijo Westmann con malicia, como si quisiera excusar el sacrilegio de De Foxá—. Hay un personaje en una comedia de Arthur Reid, *People in Love*, que en un momento dado dice: «*hondón is full of people, who have just come back from Sweden, drinking skoll and saying "snap" at each other*». Yo también bebo *skoll* y digo «*snap*».

—*Snap, alors!* —dijo De Foxá, a quien el vino de Borgoña le provocaba una borrachera alegre y pueril.

—*Snap!* —dijo Westmann sonriendo.

Y yo lo imité levantando mi vaso y repitiendo:

—*Snap!*

—*Qu'il fait bon appartenir a un pays neutre, n'est—ce pas?* —dijo De Foxá girándose hacia Westmann—. *On peut boire sans être obligé de souhaiter ni victoires ni défaites. Snap pour la paix de l'Europe.*

—*Skoll* —dijo Westmann.

—*Comment! Vous dites skoll, a présenté* —exclamó De Foxá.

—*J'aime me tromper, de temps en temps* —contestó Westmann con una sonrisa irónica.

—*J'adore le mot «snap»* —dijo De Foxá levantando el vaso—. *Snap pour l'Allemagne, et snap pour l'Angleterre.*

—*Snap pour l'Allemagne* —dijo Westmann con amable solemnidad—, *et skoll pour l'Angleterre.*

También yo levanté el vaso y deseé *snap* para Alemania y *skoll* para Inglaterra.

—Tú no deberías desearle *snap* a Alemania, sino *skoll* —me dijo De Foxá—. Alemania es aliada de Italia.

—Yo personalmente —respondí— no estoy aliado con Alemania. La guerra que libra Italia es la guerra personal de Mussolini, y yo no

soy Mussolini. Ningún italiano es Mussolini. *Snap* por Mussolini y por Hitler.

—*Snappor* Mussolini y por Hitler! —repitió De Foxá.

—Y *snap* por Franco —dije yo. De Foxá titubeó un instante y luego dijo:

—*iSnappor* Franco también! —y volviéndose hacia Westmann añadió—: ¿Conoce usted la historia de la partida de cricket que Malaparte disputó en Polonia con el *Generalgouverneur* Frank?

Y le habló de mi pacto con Frank, y de cómo yo le había revelado a éste con toda tranquilidad que durante la presencia de Himmler en Varsovia me había dedicado a distribuir las cartas y el dinero que los prófugos polacos de Italia me habían rogado que entregara a los familiares y amigos que seguían en Polonia.

—¿Y Frank no le traicionó? —me preguntó Westmann.

—No —respondí—, no me traicionó.

—Desde luego la suya con Frank es una aventura extraordinaria —dijo Westmann—. Debería haberle entregado a la Gestapo. Hay que reconocer que se portó con usted de una forma sorprendente.

—Estaba seguro de que no me traicionaría —dije—. Lo que por mi sinceridad podría juzgarse imprudencia, no era sino sabia precaución. Demostrándole que lo tenía por un caballero convertí a Frank en mi cómplice. Aunque más tarde intentó vengarse de mi franqueza haciéndome pagar cara su forzosa complicidad.

Y le conté que unas semanas después de marcharme de Varsovia, Frank había protestado enérgicamente ante el gobierno italiano por algunos de mis artículos sobre Polonia, acusándome de haber abrazado el punto de vista polaco. Frank no sólo exigía que yo desmintiera de forma pública lo que había escrito, sino que le remitiera una carta con mis disculpas. Claro que para entonces yo ya estaba seguro en Finlandia y, como es natural, le contesté que *snap*.

—*Si j'aváis été a ta place* —dijo De Foxá—, *je lui aurais répondu «merde»*.

—*C'est un mot bien difficile a prononcer, dans certains cas* —observó Westmann sonriendo.

—*Vous me croyez done incapable de repondré a un Allemand ce que Cambronne, a Waterloo, a répondu a un Anglais?* —preguntó De Foxá afectando dignidad. Y volviéndose hacia mí añadió—: ¿Estás dispuesto a invitarme a cenar en el Royal si le digo «*merde*» a un alemán?

—Por el amor de Dios, Agustín, piensa que eres el ministro de España —contesté riéndome—. ¡Bastaría con esa palabra para arrastrar al pueblo español a una guerra con la Alemania de Hitler!

—El pueblo español se ha batido por mucho menos. Yo diré «*merde*» en nombre de España.

—Espere por lo menos a que Hitler llegue a Waterloo —dijo Westmann—. Por desgracia aún no ha pasado de Austerlitz.

—No, no puedo esperar —respondió De Foxá, y añadió en tono solemne—: Si no hay más remedio, seré el Cambronne de Austerlitz.

Por fortuna, dicho esto, apareció en la mesa una bandeja llena de esas suaves *boules* de delicado sabor a las que las propias monjas del Sagrado Corazón dan el volteriano nombre de *pets de nonne*.

—*Ce mets de nonne ne vous rappelle rien?* —preguntó Westmann a De Foxá.

—*Cela me rappelle l'Espagne* —respondió De Foxá con voz grave—. *L'Espagne est pleine de couvents et de pets de nonne. Comme catholique et comme Espagnol, j'apprécie beaucoup la délicatesse avec laquelle vous me rappelez mon pays.*

—*Je ne faisais aucune allusion, ni a l'Espagne ni a la religion catholique* —dijo Westmann dejando escapar una risa amable—. *Ce mets de couvent me rappelle mon enfance. Ne vous rappelle-t-il pas aussi votre enfance? Tous les enfants aiment beaucoup cela. Chez nous aussi, en Suède, où il n'y a pas de couvents, ily a tout de même de pets de nonne. Cela ne vous rajeunit pas?*

—*Vous avez une maniere charmante de rajeunir vos botes* —dijo De Foxá—. *Ce mets exquis me fait penser a l'immortelle jeunesse de l'Espagne. En tant qu'homme, je ne suis plus, hélas!, un enfant, mais en tant qu'Espagnol je suis jeune et immortel. Malheureusement on peut aussi être jeune et pourri. Les peuples latins sont pourris.* —Calló y agachó la cabeza sobre el pecho, pero de pronto alzó la frente y dijo con voz orgullosa—: *C'est tout de même une noble pourriture. Savez-vous ce que me disait l'autre jour un de nos amis de la Légation des États-Unis? Nous parlions de la guerre, de la France, de l'Italie, de l'Espa—gne, et je lui disais que les peuples latins sont pourris. II se peut que tout cela soit pourri, m'a—t-il répondu, mais ca sent bon.*

—Yo amo España —dijo Westmann.

—Le agradezco de todo corazón el afecto que profesa por el pueblo español —dijo De Foxá inclinándose sobre la mesa y dedicándole una sonrisa a Westmann a través del gélido brillo de la cristalería—. *Mais quelle Espagne aimez-vous? Celle de Dieu, ou celle des hommes?*

—*Celle des hommes, naturellement* —respondió Westmann.

El conde De Foxá posó sobre Westmann una mirada de profunda desilusión.

—¿Usted también? —dijo—. Los hombres del Norte aman nada más lo que España tiene de humano. Sin embargo, todo cuanto en España es joven e inmortal pertenece a Dios. Hay que ser católico para comprender y amar España, la verdadera España, la de Dios. Porque Dios es católico y español.

—Yo soy protestante —dijo Westmann—, y me sorprendería mucho que Dios fuera católico. Aunque no tengo ningún empacho en admitir que Dios pueda ser español.

—Si Dios existe, es español. No es una blasfemia, es una profesión de fe.

—Dentro de unos meses, cuando vuelva a mi puesto como ministro de Suecia en Madrid —dijo Westmann con su desenvoltura no ausente de ironía—, le prometo, querido De Foxá, ocuparme un poco más de la España de Dios y un poco menos de la de los hombres.

—Espero —dijo De Foxá— que el Dios español sea más de su interés que las partidas de golf en la Puerta de Hierro.

Y nos explicó que cuando la embajada de Inglaterra ante el gobierno de Franco, terminada ya la guerra civil, se trasladó de Burgos a Madrid, de lo primero que se preocupó cierto joven diplomático inglés fue de cerciorarse de si era cierto que el quinto hoyo del campo de golf de la Puerta de Hierro había quedado dañado por una bomba fascista.

—¿Y era cierto? —preguntó Westmann con voz inquieta.

—¡No, gracias a Dios! El quinto hoyo estaba intacto —respondió De Foxá—. Por fortuna se trataba de una noticia tendenciosa difundida por la propaganda antifascista.

—¡Menos mal! —exclamó Westmann lanzando un suspiro de alivio—. Confieso que tenía el corazón en un puño. Por desgracia, en esta civilización moderna, querido De Foxá, un campo de golf tiene tanta importancia como una catedral gótica.

—Rogemos a Dios que salve de la guerra por lo menos los campos de golf—dijo De Foxá.

En el fondo, a De Foxá le traían sin cuidado tanto los campos de golf como las catedrales góticas. Era profundamente católico, pero al uso español, es decir que consideraba los problemas religiosos como problemas personales y mantenía frente a la Iglesia y los propios problemas de la conciencia católica una libertad de espíritu —la proverbial insolencia española— que nada tenía en común con la libertad de espíritu volteriana. Su actitud hacia los problemas políticos, sociales y artísticos no era distinta. Era falangista, pero de la misma manera que un español es comunista o anarquista, es decir, a la manera católica. A eso lo llamaba De Foxá «tener la espalda

contra el muro». Todos los españoles son libres, pero tienen la espalda pegada a un muro, el muro alto, liso e infranqueable del catolicismo, el muro teológico, el muro de la vieja España, el mismo contra el que disparan los pelotones de fusilamiento (anarquistas, republicanos, monárquicos, fascistas, comunistas), el mismo ante el cual se celebran los autos de fe y se representan los diálogos teológicos de los autos sacramentales.

Que fuera el representante de la España de Franco en Finlandia (Hubert Guérin, ministro de la Francia de Pétain, llamaba a De Foxá «el ministro de la España de Vichy») no le impedía reírse con desprecio de Franco y su revolución. De Foxá pertenecía a esa joven generación de españoles que había intentado encontrarle un fundamento feudal y católico al marxismo y, como él mismo decía, una teología al leninismo, conciliar la vieja España católica y tradicional con la joven Europa obrera. Pasado el tiempo, se reía de las ambiciosas ilusiones de su generación y del fracaso de esa trágica y ridícula tentativa.

A veces, cuando hablaba de la Guerra Civil española, me daba por pensar que por un libre impulso de su conciencia se veía obligado a enfrentarse con su razón y reconocer cuánto había de legítimo y verdadero en las posiciones políticas, morales e intelectuales de los adversarios de Franco; como aquella noche en que estaba hablando del presidente de la República española, Azaña, y del «diario secreto» en el que éste anotaba y comentaba día a día, hora a hora, los más menudos y en apariencia insignificantes detalles de la revolución y la guerra civil: el color del cielo a cierta hora del día, el sonido de una fuente, el susurro del viento entre las ramas de los árboles, el eco de los fusiles en una carretera cercana, la palidez, o la arrogancia, o la piedad, o el miedo, o el cinismo, o la traición, o el disimulo o el egoísmo de obispos, generales, políticos, cortesanos, señores, líderes sindicalistas, grandes de España y anarquistas que acudían a visitarlo, a darle consejo, a postular, a ofrecer, a pactar, a venderse, a traicionar. Naturalmente, el «diario secreto» de Azaña, que había terminado llegando a manos de Franco, no había sido publicado, mas tampoco destruido. De Foxá lo había leído y hablaba de él como de un documento extraordinario en el que Azaña mostraba un singular distanciamiento con respecto a los acontecimientos y las personas y en el que se revelaba solitario y envuelto en un clima puro y abstracto. Otras veces, De Foxá se mostraba extrañamente inseguro frente a los aspectos más simples de un problema que parecía haber resuelto hacía tiempo, y de forma definitiva, en lo más profundo de su conciencia católica, como aquel día en Belostrov, frente a Leningrado.

Días atrás había sido Viernes Santo y yo estaba con De Foxá en una trinchera de Belostrov, frente a los suburbios de Leningrado. Abajo, a unos quinientos metros de nosotros, detrás de las

alambradas y de la doble línea de las trincheras y las casamatas soviéticas, había dos soldados rusos que caminaban al descubierto por la nieve junto a la linde de un bosque cargando a hombros el tronco de un abeto. Caminaban marcando el paso, balanceando los brazos con cierto aire insolente. Eran dos siberianos de gran estatura tocados con un gorro de astracán gris, vestían abrigos de color terroso largos hasta el tacón de las botas y llevaban los fusiles al hombro; el reflejo deslumbrante del sol sobre la nieve los hacía parecer todavía mayores. El coronel Lukander se volvió hacia De Foxá y le dijo:

—Señor ministro, ¿desea que mande lanzar un par de granadas contra esos dos hombres?

De Foxá, envuelto torpemente en un traje blanco de esquiador, miró al coronel Lukander desde debajo de su capucha.

—Es Viernes Santo —respondió—, ¿por qué han de pesarme esos dos hombres en la conciencia precisamente hoy? Si de veras quiere hacerme un favor, no dispare.

El coronel Lukander parecía asombrado.

—Hemos venido aquí a hacer la guerra —dijo.

—Tiene razón —replicó De Foxá—, *mais moi je ne suis ici qu'en touriste*.

Su tono y sus gestos irradiaban un vigor insólito en él, y eso me impresionó. Estaba muy pálido y grandes gotas de sudor perlaban su frente. Lo que le horrorizaba no era que esos dos hombres pudieran ser sacrificados en su honor, sino que pudieran ser asesinados en Viernes Santo.

El coronel Lukander, no obstante, ya porque no captara el conmovido acento del francés de De Foxá, ya porque de veras creyera hacerle un honor y que su negativa no era sino un protocolario gesto de cortesía, ordenó de todos modos lanzar un par de granadas contra los soldados rusos. Los dos siberianos se detuvieron y levantaron la vista buscando el silbido de las granadas, que estallaron a pocos metros de ellos sin causarles ni un rasguño. Cuando vio que los dos soldados soviéticos retomaban la marcha sin abandonar siquiera el tronco de abeto, balanceando los brazos como si nada hubiese ocurrido, De Foxá sonrió y, ruborizándose, dijo con voz afligida:

—¡Lástima que sea Viernes Santo! Me hubiera gustado ver volar en pedazos a ese par de valientes.

Más tarde extendió el brazo fuera del parapeto de la trinchera y me indicó la inmensa cúpula de San Isaac, la catedral ortodoxa de Leningrado, que parecía temblar al fondo, sobre los tejados de la ciudad sitiada.

—Mira esa cúpula —dijo—, *comme elle est catholique, n'est—ce pas?*

Irónico y risueño, Westmann, de cara delgada y serena, estaba sentado frente a De Foxá, que con su rostro carrillado y congestionado semejaba el diablo católico que en los autos sacramentales se sienta en los peldaños de la iglesia delante del ángel vestido de plata. Su aguda impiedad se veía entorpecida en ocasiones por ciertos tintes sensuales, acaso por la incesante presencia del orgullo, que estorba y a menudo impide en los latinos, máxime en los españoles, la reacción espontánea, el impulso profundo, el juego libre y gratuito del intelecto. Advertía en De Foxá una desconfianza maliciosa, un temor a delatarse, a dejar al desnudo alguna faceta oculta, a quedarse indefenso ante un ataque inesperado. Yo callaba y escuchaba; el reflejo espectral de la nieve, en el que se apagaban el fuego rosáceo de las velas y los fríos destellos de la cristalería, la porcelana y la plata, dotaba a las palabras, las sonrisas y las miradas de una cualidad arbitraria y abstracta, como si a cada momento se cerniera sobre nosotros una asechancia que fracasaba de continuo.

—Los obreros no son cristianos —decía De Foxá.

—¿Por qué no? También ellos son *naturaliter* cristianos —replicaba Westmann.

—La definición de Tertuliano no puede aplicarse a los marxistas —decía De Foxá—, los obreros son *naturaliter* marxistas. No creen ni en el infierno ni en el paraíso.

Westmann dirigía a De Foxá una mirada llena de malicia.

—¿Y usted cree en ellos? —le preguntaba.

—¿Yo? No —respondía De Foxá.

Y en ésas apareció en la mesa un pastel de chocolate, un enorme pastel monacal, redondo como una rueda y adornado con filigranas florales de azúcar y pistacho cuyos tonos verde primavera contrastaban con el color hábito de monje del chocolate. De Foxá empezó a hablar de don Juan, de Lope de Vega, de Cervantes, de Calderón de la Barca, de Goya y de Federico García Lorca. Westmann habló en francés de las monjas del Sagrado Corazón, de sus dulces, sus bordados, sus oraciones; hablaba en ese francés meloso, de resonancias antiguas, deudor de la *Princesse de Clèves* más que de Pascal (de las *Liaisons dangereuses*, añadió De Foxá, más que de Lamennais). De Foxá habló de las jóvenes generaciones de España, de la concepción deportiva de su catolicismo, de su fervor religioso por la Virgen, los santos y el deporte, de su ideal cristiano (no ya san Luis con la flor de lis o san Ignacio con el bastón, sino un joven obrero sindicalista o comunista de los arrabales de Madrid o Barcelona en camiseta de ciclista o de jugador de fútbol). Y explicó

que durante la guerra civil española, los futbolistas eran en su mayoría rojos mientras que los toreros eran casi todos franquistas. El público de las corridas era fascista; el de los partidos de fútbol, marxista.

—*En bon catholique, et en bon Espagnol* —decía De Foxá—, *je serais prêt a accepter Marx et Lénine si, au lieu de devoir partager leurs théories sociales et politiques, je pouvais les adorer comme des saints.*

—*Rien ne vous empêche de les adorer comme des saints* —rebatía Westmann—. *Vous vous mettriez bien a genoux devant un roi d'Espagne. Pourquoi ne pourrait-on pas être communiste par droit divin?*

—*C'est bien la l'idéal de l'Espagne de Franco* —respondía riendo De Foxá.

Cuando nos levantamos de la mesa ya era noche entrada. Sentados en los mullidos sillones de cuero de la biblioteca frente a las altas ventanas que dan al puerto, seguíamos con la mirada el vuelo de las gaviotas en torno a los piróscafos varados en el hielo. El reflejo de la nieve golpeaba los cristales de la ventana como el ala gélida y blanda de un ave marina. Yo observaba cómo Westmann se movía con ligereza y sin hacer ruido en medio de esa luz espectral, igual que una sombra transparente. Sus ojos eran de un azul clarísimo, parecidos a los ojos de cristal blanco de las estatuas antiguas, y la cabellera plateada encuadraba su frente como el marco de un icono bizantino. La nariz era recta y estrecha, los labios, finos y pálidos, algo mustios; las manos, pequeñas, con los dedos largos y magros, pulidos por el contacto secular con el cuero de las riendas y las sillas de montar, con el pelaje de los caballos y los perros de noble raza, con la porcelana y las telas delicadas, con las antiguas jarras de *tenn* báltico y con las pipas de Lillehammer y Dunhill. Cuántos horizontes de nieve blanca, de aguas desiertas, de bosques inabarcables en sus ojos azules de hombre del Norte. Qué tedio augusto y sereno en su mirada clara, casi blanca; el tedio noble y antiguo del mundo moderno, consciente ya de su propia muerte. Y cuánta soledad en su frente pálida.

Había en él algo transparente; diríase que sus manos, al acariciar las botellas de oporto y whisky y los vasos de límpido cristal, se evaporaban en el aire de tan leves y frágiles como parecían bajo el reflejo espectral de la nieve. Era como si una sombra, un espectro benigno, deambulase por la habitación. Sus gestos reseguían suavemente el contorno de los muebles, los vasos, las botellas y los respaldos de los sillones de cuero. El olor del oporto y del whisky se confundía con el cálido aroma del tabaco inglés, con el olor cansado y antiguo del cuero, con el tenue olor del mar.

En ese instante llegó desde la plaza un sonido extraño, una voz quejumbrosa y jadeante. Salimos al balcón. A primera vista la plaza parecía desierta. Ante nosotros se extendía el ancho mar, y a través del candor diáfano de la nieve alcanzaban a vislumbrarse la islita del club náutico sueco, las islas del archipiélago y, más lejos, la antigua fortaleza de Suomenlinna, encajada por la fuerza en el marco de hielo del horizonte. La colina del observatorio y los árboles del Brunnsparken, con sus ramas desnudas cubiertas de relucientes escamas de nieve, permitían solazar la mirada. El ronco lamento proveniente de la plaza parecía un grito reprimido, un grito de dolor en el que el bramido del ciervo se apaga poco a poco hasta convertirse en el relincho de un caballo agonizante.

—¡Ah, maldita culebra! —exclamó De Foxá con temor supersticioso.

Sin embargo, a medida que nuestros ojos fueron adaptándose al reflejo deslumbrante de la nieve, distinguimos, o nos pareció distinguir, una mancha oscura en el embarcadero del puerto, una forma vaga que se movía despacio. Bajamos a la plaza y nos aproximamos a la difusa silueta, que en cuanto nos vio aparecer profirió un grito estremecedor y acto seguido se quedó en silencio, resollando.

Era un alce. Un magnífico alce de formidable cornamenta que brotaba como las ramas desnudas de un árbol en invierno sobre una frente amplia y redonda, cubierta de un pelaje rojizo, corto y espeso. Su ojo era grande y oscuro, un ojo húmedo, profundo, en cuyo interior relumbraba una luz, un brillo de lágrimas. Estaba herido, se había roto un muslo, tal vez al caer por una grieta abierta en el suelo de mármol que cubría el mar. Quizás hubiera llegado desde Estonia a través del desierto de hielo del golfo de Finlandia, o desde las islas Åland, o quizá desde las orillas del golfo de Botnia, o desde las costas de Carelia. Se había arrastrado hasta el banco atraído por el olor de las casas, el olor cálido de los hombres. Estaba tendido sobre la nieve, jadeando, y nos miraba con su ojo húmedo y profundo.

Cuando nos acercamos, el alce intentó levantarse sobre los cuartos anteriores, pero volvió a caer sobre sus rodillas con un gemido. Era grande como un caballo gigante y tenía unos ojos mansos y dulces; olisqueando el aire como si reconociera en él un olor familiar, se arrastró por la nieve a través de la plaza hasta el palacio del presidente de la República, entró por la cancela abierta en la corte de honor y se dejó caer a los pies de la pequeña escalinata, entre los dos centinelas inmóviles a ambos lados de la puerta con sus grandes cascos de acero y los fusiles al hombro.

A esas horas, por supuesto, el presidente de la República de Finlandia, Risto Ryti, estaba durmiendo, pero el sueño de un presidente de república es mucho más ligero que el sueño de un rey.

Los quejidos del alce herido despertaron al presidente Risto Ryti, que mandó averiguar a qué se debía esa insólita y singular estridencia. Poco después apareció por la puerta del palacio el primer ayuda de campo del presidente, el coronel Slórn.

—*Bonsoir, Monsieur le Ministre* —dijo el coronel Slórn con voz sorprendida al ver a Westmann, el ministro de Suecia.

Luego reconoció al conde De Foxá, ministro de España.

—*Bonsoir, Monsieur le Ministre* —dijo el coronel Slórn, esta vez con profundo estupor.

Luego me vio a mí.

—*Vous aussi?* —exclamó mirándome estupefacto; se volvió hacia Westmann y añadió—: *II ne s'agit pas d'une démarche officielle, i'espere.*

Y tras decir esto se marchó corriendo a avisar al presidente de la República de que los ministros de Suecia y España se encontraban a las puertas del palacio en compañía de un alce herido.

—¿Un alce herido? ¿Y qué querrán de mí a estas horas? —le preguntó el presidente Risto Ryti, que no salía de su asombro.

Era la una de la noche, pero en Finlandia el respeto hacia los animales no es tan sólo una norma moral que todo el pueblo finlandés sigue con espíritu generoso, sino una ley de Estado, de modo que al poco rato el presidente Risto Ryti apareció bajo el umbral envuelto en un grueso abrigo de piel de lobo y con un gorro alto de piel en la cabeza. Nos saludó cortésmente y se acercó al alce herido, le examinó el muslo roto y empezó a hablarle en voz baja mientras le acariciaba el cuello con la mano enguantada.

—Me juego lo que quieras —dijo De Foxá— a que los guantes del presidente son de piel de perro.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Tienes razón —respondió De Foxá, se acercó al presidente de la República y se inclinó a su lado—: *Puis—je vous demander —le dijo — si vos gants sont en peau de chien?*

El presidente Risto Ryti, que no habla francés, se quedó mirándolo entre sorprendido y azorado y, con un vistazo, solicitó la intervención de su primer ayuda de campo, quien, sorprendido y azorado también él, le tradujo en voz baja la extraña pregunta del ministro de España. El presidente de la República parecía desconcertado y, o bien fingía no entender la pregunta, o bien le parecía imposible haber entendido bien a qué se refería el ministro de España; entretanto, daba vueltas buscando el verdadero sentido de tan singular pregunta o las posibles alusiones políticas que pudiera esconder.

Mientras el presidente Risto Ryti, arrodillado en la nieve junto al alce, observaba azorado a De Foxá, echando de vez en cuando un vistazo a los guantes, pasaron en automóvil por la plaza, de camino al Brunnsparken, el barrio diplomático de Helsinki, el ministro de Brasil, Paolo de Souza Dantas; el secretario de la legación de Dinamarca, el conde Adam de Moltke—Huitfeldt, y el secretario de la legación de la Francia de Vichy, Pierre d'Huart. Poco a poco, el cuerpo diplomático en pleno fue reuniéndose en torno al alce herido y el presidente de la República. La fila de coches fue alargándose a medida que, atraídos por el insólito espectáculo de aquel grupo de gente y de los automóviles con la enseña del cuerpo diplomático parados en plena noche frente al palacio del presidente de la República, los diplomáticos extranjeros que pasaban por la plaza en dirección al Brunnsparken se detenían, se apeaban del coche y se acercaban a nuestro grupo saludando con voz llena de curiosidad e inquietud.

A la sazón, mientras el coronel Slórn había salido corriendo a telefonar al coronel veterinario del cuartel de la caballería, habían aparecido el ministro de Rumania, Noti Constantinide, con uno de los secretarios de la legación, Titu Miháilescu; el ministro de Croacia, Ferdinand Bosnjakovic, con el secretario de la legación, Marijan Andrasevic, y el ministro de Alemania, Wipert von Blücher.

—*Ahí Ces Blücher* —susurró De Foxá—, *ils arrivent toujours a temps*. Luego se volvió hacia el ministro de Alemania y dijo—: *Bonsoir* —mientras levantaba el brazo para saludar a la manera hitleriana, que es también la de la falange española.

—*Comment! Vous aussi vous levez la patte, maintenant?* —le preguntó en voz baja el ministro de la legación de la Francia de Vichy, Pierre d'Huart.

—*Vous ne trouvez pas qu'il est préférable de lever une patte que d'en lever deux?* —le respondió sonriendo De Foxá.

Pierre d'Huart encajó el golpe con gracia y respondió con donaire:

—*Cela ne m'étonne pas* —dijo—, *dans le temps on travaillait du bras et on saluait de chapeau, a présent on salue du bras et on travaille de chapeau*.

De Foxá se echó a reír y dijo:

—*Bravo d'Huart! Je me rends a votre esprit* —y a continuación se volvió hacia mí y en voz baja me preguntó—: *¡Qué demonios querrá decir con lo de travailler de chapea!*

—Se dice cuando uno tiene un pequeño ramo de locura —respondí.

—*Ora n'a jamais fini d'apprendre le francais* —dijo De Foxá.

Tendido sobre la nieve entre los dos centinelas, y rodeado por aquella pequeña multitud de diplomáticos extranjeros a la que se habían sumado algunos soldados, dos muchachas algo achispadas, un grupo de marineros del puerto y dos gendarmes con el fusil a la espalda, el alce herido gemía ligeramente, bufando de cuando en cuando y girando su enorme cabeza para lamerse el muslo roto. Por la nieve se extendía poco a poco una mancha de sangre.

En un momento dado, al volver la cabeza, una de las puntas de la inmensa cornamenta se enganchó en el borde del abrigo del presidente Risto Ryti; el inesperado tirón hizo tambalearse al presidente de la República, que sin duda habría caído de bruces en la nieve si Von Blücher, el ministro de Alemania, no lo hubiese sostenido por el brazo.

—¡Ja, ja, ja! —exclamaron riendo a coro los diplomáticos extranjeros, como si el inocente gesto del ministro alemán escondiese un significado político alegórico.

—*Perkele!* —exclamó una de las muchachas al ver tambalearse al presidente de la República.

(*Perkele*, en finlandés, no significa otra cosa que «demonios», pero es una de esas palabras que en Finlandia nunca deben pronunciarse; algo así como la palabra inglesa *bloody* en tiempos de la reina Victoria.)

Al oír la exclamación de la muchacha, se echaron todos a reír, y quienes estaban más cerca acudieron enseguida a ayudar al presidente Risto Ryti a desenganchar el borde del abrigo de los cuernos del alce. En ese preciso instante, llegó jadeando el ministro Rafael Hakkarainen, jefe de protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores, justo a tiempo de oír salir la palabra prohibida —*Perkele!*— de los labios de la alegre muchacha. El ministro Hakkarainen se estremeció de arriba abajo en el interior de su ostentoso abrigo de piel de marta.

La estampa era de lo más singular y elegante: la plaza cubierta de nieve, las casas lívidas y espectrales, los piróscafos aprisionados en la costra de hielo y aquel grupo de gente, con sus caros abrigos y sus altos gorros de piel, en torno a un alce herido tendido entre dos centinelas a las puertas de un palacio. La escena habría hecho las delicias de esos pintores suecos o franceses, como Skjöldebrand o el vizconde de Beaumont, que entre finales del siglo XVIII y principios del pasado viajaron a tierras hiperbóreas con sus lápices y carpetas de dibujo. El coronel veterinario y los soldados enfermeros, llegados entretanto a bordo de una ambulancia, se afanaban en torno al alce, que seguía paciente su ir y venir con ese ojo húmedo y manso. Tras mucho esfuerzo, y con la ayuda de todos —hasta del mismo presidente de la República, los ministros extranjeros y las dos muchachas alegres—, el alce fue introducido en la ambulancia, que se

alejó lentamente hasta desaparecer al fondo de la Esplanadi entre el candor deslumbrante de la nieve.

Los diplomáticos extranjeros se quedaron un rato bromeando entre ellos, fumando y pateando el hielo. Hacía un frío de lobos.

—Buenas noches, señores, y muchas gracias —dijo el presidente de la República quitándose el gorro de piel y haciendo una reverencia.

La pequeña multitud se disgregó mientras se despedía a voz en grito, los coches se alejaron con un ligero rumor en dirección al Brunnsparken y hasta los soldados, las muchachas, los marineros y los gendarmes se dispersaron por la plaza entre risas y llamándose de lejos los unos a los otros. Westmann, De Foxá y yo nos encaminamos hacia la legación de Suecia, girándonos de vez en cuando para mirar a los dos centinelas apostados a los lados de la puerta de la residencia del presidente de la República, frente a la mancha de sangre que poco a poco desaparecía bajo la nevisca levantada por el viento.

Nos sentamos de nuevo en la biblioteca, delante de la chimenea, a beber y fumar en silencio. A veces se oía el ladrido de un perro; su voz transmitía una tristeza pura, casi humana, que confería cierto calor y tibieza a la noche clara y el cielo sereno, iluminado por el candido incendio de la nieve. Era la única voz viva y familiar en medio del gélido silencio de esa noche espectral, y mi corazón vibraba. De cuando en cuando, llegaba con el viento el crujido del mar helado. El fuego de leña de abedul crepitaba en el hogar y el reflejo rojizo de las llamas danzaba por las paredes, los lomos dorados de los libros y los bustos de mármol del rey de Suecia alineados a lo largo del zócalo de roble de la biblioteca; y yo pensaba en los antiguos iconos de Carelia, en los que el infierno no aparece representado por vivas y purificantes llamas, sino por bloques de hielo en cuyo interior se hallan los condenados. Los ladridos del perro llegaban apagados, procedentes quizá de la cubierta de algún velero apresado en el hielo en las proximidades de la isla de Suomenlinna.

Entonces yo empecé a hablar de los perros de Ucrania, de los «perros rojos» del Dniéper.

IX

LOS PERROS ROJOS

Llovía desde hacía días, y el negro y profundo mar de fango de Ucrania se alzaba lentamente en el horizonte. Era la marea alta del otoño ucraniano: el fango se hinchaba poco a poco como la masa del pan cuando empieza a subir. El olor grasiento del fango llegaba con el viento procedente de la inmensa llanura acompañado del olor del trigo sin segar, que se pudría abandonado en los surcos, y del olor dulce y pesado de los girasoles. Las semillas se desgajaban una a una

de la negra pupila de los girasoles, y una a una iban cayendo las largas pestañas amarillas en torno al ojo redondo, blanco y vacío como el de un ciego.

Al llegar a las plazas de los pueblos, los soldados alemanes que regresaban del frente arrojaban los fusiles por el suelo en silencio. Iban sucios de fango de pies a cabeza, lucían largas barbas y tenían los ojos hundidos; parecían los ojos de los girasoles de tan blancos y apagados. Los oficiales se quedaban contemplando a los soldados y sus fusiles tirados por el suelo, pero no decían nada. La guerra relámpago, la *Blitzkrieg*, había terminado; era la hora de la *Dreifigjahriger Blitzkrieg*, la «guerra relámpago de los treinta años». La guerra ganada había tocado a su fin; empezaba la guerra perdida. Y en el fondo de los ojos mohínos de los oficiales y soldados alemanes yo veía nacer la mancha blanca del miedo, veía cómo poco a poco iba ensanchándose, royéndoles las pupilas y quemándoles las raíces de las pestañas, que caían una a una, como las largas pestañas de los girasoles. Cuando los alemanes empiezan a tener miedo, cuando se insinúa en sus huesos el misterioso miedo alemán, es cuando más horror y piedad suscitan.

Presentan un aspecto miserable, obran con una crueldad triste y su valor se torna taciturno y desesperado. Es entonces cuando los alemanes se vuelven malvados; y yo me arrepentía de ser cristiano, me avergonzaba de ser cristiano.

Los prisioneros rusos que pasaban del frente a la retaguardia no eran ya como los de los primeros meses de la guerra contra Rusia, no eran ya como los de los meses de junio, julio y agosto, a quienes los soldados alemanes conducían a pie en dirección a la retaguardia bajo el sol canicular, caminando durante días en medio del polvo rojo y negro de la llanura ucraniana. Durante los primeros meses de la guerra, las mujeres de las aldeas se asomaban a las puertas de las casas riendo y llorando de alegría y daban de beber y de comer a los prisioneros. «*Oh, biednie, oh, biednie!*», gritaban, que significa «pobrecitos». Daban de comer y de beber también a sus escoltas alemanas, que se sentaban en las plazas, en los bancos situados en torno a las estatuas de yeso de Lenin o Stalin abatidas sobre el fango, a fumar y charlar alegremente entre ellos, con los fusiles ametralladores entre las rodillas. Durante el tiempo que duraba la escala en las aldeas, los prisioneros rusos eran casi libres, se les permitía ir y venir, e incluso entrar en las casas y lavarse desnudos en las fuentes, aunque en cuanto sonaba el silbato del cabo alemán corrían todos a sus puestos y la columna volvía a ponerse en marcha, salía de la aldea y se sumergía cantando en el mar verde y amarillo de la inmensa llanura. Mujeres, ancianos y niños seguían a la columna durante un buen trecho entre risas y llantos, hasta que en un momento determinado se detenían, se quedaban un rato diciendo adiós con las manos y mandando besos con las puntas de los dedos a

los prisioneros que marchaban bajo el sol alto por la carretera llena de polvo, girándose de tanto en tanto para gritar: «*Dosvidania, doragaya!* Hasta la vista, querida». Los soldados alemanes que los custodiaban, con los fusiles ametralladores en bandolera, caminaban departiendo entre sí y riendo entre los setos. Los girasoles se asomaban por encima de los setos para verlos pasar y los seguían con su ojo negro y redondo hasta que la columna desaparecía entre la polvareda.

La guerra ganada había tocado a su fin; empezaba la guerra perdida, comenzaba la *Dreifiiigjahriger Blitzkrieg*, «guerra relámpago de los treinta años», y las columnas de prisioneros escaseaban cada vez más; los soldados alemanes ya no caminaban con el fusil ametrallador en bandolera, entre charlas y risas, sino que cerraban los flancos de la columna gritando con voz ronca y apuntando a los prisioneros con el ojo negro y brillante de la ametralladora. Los prisioneros, pálidos y demacrados, arrastraban los pies por el fango, tenían hambre, tenían sueño, y en las aldeas, mujeres, ancianos y niños los miraban pasar con los ojos llenos de lágrimas, mientras decían en voz baja: «*Nichevó, nichevó*»; no tenían nada, ni un mendrugo de pan, ni un vaso de leche, los alemanes lo habían saqueado todo y no habían dejado nada, *nichevó, nichevó*. «No importa, *doragaya*, no importa, querida. *Vsio ravnó*, da lo mismo, *vsio ravnó*», respondían los prisioneros. Y la columna cruzaba la aldea sin detenerse, bajo la lluvia, con esa cadencia desesperada: *vsio ravnó, vsio ravnó, vsio ravnó*, y se sumergía en el fango negro de la inmensa llanura.

Fue por entonces que empezaron las primeras «lecciones al aire libre», los primeros ejercicios de lectura en los patios de los koljoses. La única que vez que asistí una de esas lecciones fue en el koljós de una aldea próxima a Nemirovskoie. A partir de entonces me negué siempre a asistir a esa clase de ejercicios de lectura.

«*Warum nicht?* —me preguntaban los oficiales alemanes a las órdenes del general Von Schobert—. ¿Por qué no quiere asistir a las lecciones al aire libre? Es un experimento muy interesante, *sehr interessant.*»

Los prisioneros formaban en hilera en el patio del koljós. A lo largo de los muros, debajo de unas grandes marquesinas, había amontonadas de cualquier forma cientos de máquinas agrícolas: segadoras, escardadoras, arados mecánicos, trilladoras. Llovía y los prisioneros iban calados hasta los huesos. Hacía un par de horas que estaban allí de pie en silencio, recostados los unos en los otros; eran muchachos rubios, llevaban la cabeza afeitada y sus ojos claros brillaban en sus anchas caras. Sus manos eran grandes y planas, con los pulgares callosos, gruesos y curvos. Casi todos eran campesinos.

Los obreros, en buena medida mecánicos y artesanos de los koljoses, destacaban por la estatura y por las manos; eran más altos y delgados, y de piel más clara; sus manos flacas tenían los dedos largos y los pulgares lisos, limados por el contacto de los martillos, los cepillos, las llaves inglesas, los destornilladores y las palancas de los motores. Se los reconocía por la expresión severa y los ojos opacos.

En un momento dado entró en el patio del koljós un suboficial alemán, un *Feldwebel*, acompañado por un intérprete. El *Feldwebel* era pequeño y gordo, de esos a los que yo, a modo de chufla, llamaba *Feldwebel*; se paró con las piernas separadas frente a los prisioneros y empezó a hablarles con el tono benevolente de un padre de familia. Dijo que era la hora de la prueba de lectura, para la que cada uno debía leer en voz alta un fragmento de periódico; a quienes superasen la prueba con nota se los destinaría a los despachos del campo de prisioneros en calidad de escribientes; a los demás, a quienes no superasen la prueba, se los mandaría a trabajar la tierra o a hacer de peón o a tareas de excavación.

El intérprete era un *Sonderführer* pequeño y enjuto, no mayor de treinta años, con el rostro pálido salpicado de espinillas rojas; había nacido en Rusia, en el *Volksdeutsche* de Melitopól y hablaba ruso con un extraño acento alemán. (La primera vez que nos vimos, yo bromeé diciendo que Melitopól significa «ciudad de la miel». «Sí, hay mucha miel en la región de Melitopól —contestó él con voz desabrida y torciendo el gesto—, pero yo no me dedico a la apicultura; soy maestro de escuela.») El *Sonderführer* tradujo palabra por palabra el discurso breve y cordial del *Feldwebel* y añadió, con el tono de un maestro de escuela que reprende a sus alumnos, que tuvieran cuidado con la dicción y que leyeran con atención y desenvoltura, porque quienes no superasen la prueba se arrepentirían.

Los prisioneros escuchaban en silencio, y cuando el *Sonderführer* terminó de hablar intercambiaron impresiones entre ellos. Muchos parecían humillados, observaban a su alrededor como perros apaleados y se miraban de reojo las manos callosas de campesino; sin embargo, muchos también reían satisfechos porque estaban seguros de que superarían la prueba con creces y de que los mandarían a los despachos como escribientes: «¡Eh, Piotr; eh, Ivanushka!», les gritaban a sus compañeros con esa alegría simplona de los campesinos rusos. Los obreros, por su parte, guardaban silencio y lanzaban miradas torvas al edificio administrativo del koljós, donde se había instalado el puesto de mando alemán. De vez en cuando miraban al *Feldwebel*, pero en ningún momento se dignaron mirar al *Sonderführer*. Sus ojos eran hondos y opacos.

—*Ruhe!* Silencio —gritó de pronto el *Feldwebel*.

Apareció entonces un grupo de oficiales precedido por un viejo coronel alto, delgado y un poco cargado de espaldas; lucía un fino bigote gris y arrastraba ligeramente una pierna al caminar. El coronel echó un vistazo distraído a los prisioneros y a continuación se puso a hablar con voz monótona, atropellada, comiéndose las palabras como si no pudiera esperar a terminar las frases; al término de cada una hacía una larga pausa durante la cual se quedaba mirando al suelo. Dijo que quienes superasen el examen con nota, etc., etc. El *Sonderführer* tradujo palabra por palabra el breve discurso del coronel y añadió por su parte que el gobierno de Moscú había invertido millones en las escuelas soviéticas, que él lo sabía porque antes de la guerra había sido maestro de escuela del *Volkdeutsche* de Melitopól, y que a quienes no superasen el examen los pondrían a trabajar como peones y excavadores; si durante los años de escuela no habían aprendido nada, tanto peor para ellos. Daba la impresión de que el *Sonderführer* tenía un gran interés en que todos leyesen con una dicción correcta y con soltura.

—¿Cuántos hay? —preguntó el coronel al *Feldwebel*, rascándose debajo del mentón con la mano enguantada.

—Ciento dieciocho —respondió el *Feldwebel*.

—De cinco en cinco y dos minutos para cada uno —dijo el coronel—. Hay que despacharlos en una hora.

—*Jawohl* —dijo el *Feldwebel*.

El coronel hizo una indicación a un oficial que llevaba un fajo de periódicos bajo el brazo y el examen comenzó.

Cinco de los prisioneros dieron un paso adelante, alargaron la mano para coger el periódico que les tendía el oficial (eran ejemplares atrasados del *Izvestia* y el *Pravda* encontrados en las oficinas del koljós) y se pusieron a leer en voz alta. El coronel alzó el brazo izquierdo para consultar su reloj de pulsera y permaneció con el brazo a la altura del pecho y los ojos fijos en las manecillas. Llovía, y los periódicos iban empapándose y arrugándose entre las manos de los prisioneros, que, entretanto, sonrojados o palidísimos y sudados, tropezaban con las palabras, se trabucaban, tartamudeaban, cambiaban los acentos y se saltaban líneas. Todos leían a duras penas menos uno, jovencísimo, que leía con seguridad, cadencia y levantando de vez en cuando los ojos del papel. El *Sonderführer* lo escuchaba con una sonrisa irónica en la que me pareció advertir una sombra de envidia. En su calidad de intérprete, él era el juez. El Juez. Miraba fijamente a los lectores y movía la mirada de uno a otro con una parsimonia estudiada y mezquina.

—*Halt!* —dijo el coronel.

Los cinco prisioneros levantaron la vista del periódico y esperaron. Y cuando el *Feldwebel*, tras un gesto del juez, gritó: «Los

que han suspendido el examen que se coloquen a la izquierda; los que lo han superado, a la derecha», cuando los primeros cuatro suspendidos, tras la señal del juez, se agruparon a la izquierda, en el lugar indicado, con aspecto abatido, hubo entre las filas de prisioneros risas juveniles, picaras y alegres, risas de campesinos. Hasta el coronel bajó el brazo y se echó a reír, y también los oficiales y el *Feldwebel* se echaron a reír, incluso el *Sonderführer* se echó a reír.

—*Oh, biedni!*. Oh, pobrecillos —decían los prisioneros a los compañeros que habían suspendido—, os mandaremos a trabajar en las carreteras. *Ob, biednie*, vais a tener que cargar piedras en la espalda. —Y se reían.

El que había aprobado estaba solo a la derecha y se reía con más ganas que los demás, mofándose de los compañeros caídos en desgracia. Todo el mundo reía menos los prisioneros con aspecto de obreros, que observaban en silencio la cara del coronel con una mirada de obstinación.

Llegó el turno de los cinco siguientes; también éstos hicieron lo que pudieron por leer bien, sin enredarse con las palabras, sin cambiar los acentos, pero solo dos de ellos consiguieron leer con soltura; los otros tres, ruborizados por la vergüenza o pálidos de angustia, sujetaban el periódico entre las manos y de vez en cuando se pasaban la lengua por los labios resecaos.

—*Halt!* —dijo el coronel.

Los cinco prisioneros levantaron la mirada y se secaron el sudor con el periódico.

—Vosotros tres, a la izquierda; vosotros dos, a la derecha —gritó el *Feldwebel* tras la señal del *Sonderführer*.

Los compañeros volvieron a mofarse de los que habían suspendido, diciendo:

—*Oh, biedni Iván!* *Oh, biedni, Piotr!* —Y se tocaban los hombros como diciendo: «A cargar piedras». Y todo el mundo reía.

Uno de los prisioneros del tercer grupo leía de forma admirable, con soltura, separando correctamente las sílabas y hasta levantaba los ojos de vez en cuando para mirar al coronel a la cara. El periódico que estaba leyendo era una edición atrasada del *Pravda*, del 24 de junio de 1941, en cuya primera página se leía: «¡Los alemanes invaden Rusia! ¡Compañeros soldados, el pueblo soviético vencerá la guerra y aplastará al invasor!». Las palabras volaban señoras entre la lluvia, y el coronel se reía, y el *Sonderführer* y el *Feldwebel* y los oficiales también se reían, todos se reían, hasta los prisioneros se reían, contemplando con admiración y envidia al compañero que leía como si fuera un maestro de escuela.

—¡Bravo! —le dijo el *Sonderführer*, que estaba exultante, se diría incluso que orgulloso de tener un prisionero que leía tan bien; estaba tan feliz y orgulloso como si fuera uno de sus alumnos.

—Tú, a la derecha —dijo el *Feldwebel* al prisionero con voz amable, y le dio un empujón afectuoso con la mano abierta.

El coronel miró al *Feldwebel*, abrió la boca para decirlo algo, pero se contuvo, y yo me di cuenta de que se ruborizaba ligeramente.

El grupo reunido a la derecha reía satisfecho; los que habían aprobado miraban a sus compañeros menos afortunados con socarronería y llevándose el índice al pecho decían:

—¡Escribiente! —Y luego los señalaban a ellos haciendo muecas y diciendo—: ¡A cargar piedras!

Los prisioneros con aspecto de obreros, que de uno en uno iban engrosando las filas de los aprobados, eran los únicos que guardaban silencio; se quedaban mirando al coronel, quien en un momento dado, al topar con su mirada, se sonrojó y haciendo un gesto de impaciencia gritó:

—*Schnell!* ¡Aprisa!

El examen continuó por espacio de una hora. Cuando el último turno de prisioneros —eran sólo tres— llegó al final de los dos minutos de lectura, el coronel se volvió hacia el *Feldwebel* y dijo:

—Cuéntenlos.

El *Feldwebel* se puso a contarlos desde donde estaba, extendiendo el dedo índice.

—Eins, zwei, drei...

Los del grupo de la izquierda, los suspendidos, eran ochenta y siete; los del grupo de la derecha, los aprobados, treinta y uno. Entonces, tras una señal del coronel, el *Sonderführer* empezó a hablar. Parecía realmente un maestro de escuela descontento con sus alumnos. Dijo que estaba decepcionado, que le disgustaba haber tenido que suspender a tantos, que habría preferido aprobarlos a todos. En cualquier caso, dijo, quienes no hubieran conseguido superar el examen no tenían por qué desmoralizarse, se les dispensaría un trato digno, no tendrían motivo de queja en tanto en cuanto trabajaran y demostrasen más aplicación a la hora de trabajar de la que habían demostrado tener en los pupitres de la escuela. Mientras hablaba, el grupo de los aprobados miraba a sus desdichados compañeros con aire compasivo, y los más jóvenes entre ellos se daban codazos los unos a los otros riendo por lo bajo. Luego, cuando el *Sonderführer* hubo terminado su alocución, el coronel se volvió hacia el *Feldwebel* y dijo:

—*Alies in Ordnung. Weg!*

Y se dirigió hacia el puesto de mando sin darse la vuelta, seguido por los oficiales, que de vez en cuando se giraban y e intercambiaban comentarios en voz baja.

—Vosotros os quedaréis aquí hasta mañana, y saldréis con destino a los campos de trabajo —dijo el *Feldwebel* a los del grupo de la izquierda.

Luego se giró hacia el grupo de la derecha, el de los aprobados, y les ordenó con voz ruda que se pusieran en fila. En cuanto los prisioneros hubieron formado el uno junto al otro, codo con codo (estaba contentos, reían y miraban a sus compañeros burlándose de ellos), los recontó rápidamente, dijo «treinta y uno» e hizo una señal con la mano al escuadrón de SS que aguardaba al fondo del patio. Luego ordenó:

—¡Media vuelta, adelante, *marsch!*

Los prisioneros se dieron media vuelta, avanzaron pisando con fuerza sobre el fango y cuando se encontraron ante el muro del patio, el *Feldwebel* ordenó:

—*Halt!* —Y volviéndose hacia los SS, que habían tomado posiciones detrás de los prisioneros y ya tenían apuntados los fusiles ametralladores, carraspeó, escupió al suelo y gritó—: *Feuer!*

Al oír el estallido de los disparos, el coronel, que se encontraba ya a pocos pasos de la puerta del puesto de mando, se detuvo y se volvió sobre sus talones; los oficiales que iban con él también se detuvieron y se dieron la vuelta. El coronel se pasó la mano por la cara, como enjugándose el sudor, y entró en el puesto de mando seguido por los oficiales.

—*Ach so!* —dijo el *Sonderführer* de Melitopól pasando por mi lado—. Hay que limpiar Rusia de toda esta infame turba de letrados. Los campesinos y obreros que saben leer y escribir demasiado bien son peligrosos. Todos comunistas.

—*Natürlich* —contesté—. Pero en Alemania todo el mundo, hasta los obreros y los campesinos, sabe leer y escribir perfectamente.

—El pueblo alemán es un pueblo de alta *Kultur*.

—Por supuesto —respondí—, un pueblo de alta *Kultur*.

—*Nicht wackr?* —dijo riendo el *Sonderführer*, y se marchó a las oficinas del puesto de mando.

Yo me quedé solo en medio del patio, delante de los prisioneros que no sabían leer bien, y temblaban como una hoja.

A medida que fue aumentando su misterioso miedo, a medida que fue creciendo en sus ojos aquella misteriosa mancha blanca, los alemanes empezaron a matar a los prisioneros a quienes los pies

llagados impedían caminar y a quemar las aldeas incapaces de suministrar a los pelotones de requisición tantas medidas de trigo o harina, tantas medidas de maíz o cebada, tantos caballos o tantas cabezas de ganado. Y cuando los judíos empezaron a escasear, optaron por colgar a los campesinos. Los ataban por el cuello o por los pies a las ramas de los árboles, en las plazas de los pueblos, junto al pedestal vacío en el que hasta pocos días antes se erigía la estatua de yeso de Lenin o Stalin; los ahorcaban junto a los cuerpos de los judíos mojados por la lluvia, que colgaban durante días y días bajo el cielo negro, junto a sus perros, colgados de la misma rama de la que pendían los amos. «Ah, los perros judíos, *die jüdischen Hunde*», decían los soldados alemanes al pasar.

Por la noche, cuando hacíamos parada en los pueblos para pernoctar (habíamos llegado ya al corazón de las antiguas tierras cosacas del Dniéper) y encendíamos las hogueras para secar la ropa empapada por la lluvia, los soldados blasfemaban entre dientes y bromeaban saludándose con un «*Ein Liter!*». No decían «*Heil Hitler!*», sino «*Ein Liter*», un litro. Y se reían y acercaban al fuego sus pies hinchados, llenos de pequeñas ampollas blancas.

Eran los primeros pueblos cosacos que encontrábamos en nuestra lenta, penosa e interminable marcha hacia el Este. Viejos cosacos barbudos se sentaban en los umbrales de las casas a ver desfilar las columnas de carromatos alemanes y de vez en cuando miraban a las alturas y contemplaban cómo el cielo se curvaba con suavidad sobre la inmensa llanura, el cielo bellísimo de Ucrania, delicado y fino, que descansa en el horizonte sobre las colosales columnas dóricas formadas por las nubes, que en otoño surgen blancas e inmaculadas al fondo de la estepa de color púrpura.

«*Berlín raucht Juno*», decían los soldados, y lanzaban riendo los últimos paquetes vacíos de cigarrillos Juno a los viejos cosacos, sentados en los umbrales de las casas. Empezaba a escasear el tabaco, y los soldados blasfemaban sin cesar. «*Berlín rauchtjuno*», gritaban en tono provocativo. Y yo pensaba en los autobuses y tranvías de Berlín, en los que se leía «*Berlín rauchtjuno*», en las escaleras del U—Bahn con las palabras «*Berlín raucht Juno*» pintadas en rojo en cada escalón, pensaba en la multitud berlinesa, arisca, desgarrada, desaseada, de rostro cetrino, brillante de grasa y sudor, en las mujeres mal peinadas, con los ojos rojos, las manos hinchadas, con esas medias remendadas con hilo bramante, en los ancianos y en los niños de rostro duro e insolente. En medio de aquella multitud arisca y asustada destacaban los soldados que volvían de permiso del frente ruso, aquellos soldados taciturnos, escuálidos, adustos, casi todos un poco calvos, incluso los más jóvenes, y yo me fijaba en cómo esa misteriosa mancha blanca crecía en sus ojos, y pensaba en el *Herrenvolk*, en el inútil, cruel y desesperado heroísmo del *Herrenvolk*. «*Aus dem Kraftquell Milch*»,

decían los soldados en tono de burla mientras les lanzaban los últimos tarros de ovolácteos Milei a los viejos cosacos sentados en el umbral de las casas. En la etiqueta de los tarros vacíos arrojados al fango ponía «*Aus dem Kraftquell Milch*», y un escalofrío me recorría la espalda pensando en el *Herrenvolk*, en el misterioso miedo del *Herrenvolk*.

A veces, por la noche, me alejaba del vivac o de la casa donde había encontrado refugio y, llevándome conmigo las mantas, iba a echarme en los campos de trigo de los alrededores del campamento o del pueblo, y allí, estirado entre las espigas húmedas de lluvia, aguardaba el alba, escuchando pasar en mi duermevela los ruidosos remolques, los pelotones de caballería rumana, las columnas de tanques, el retumbar de las voces de los alemanes, roncas y brutales, y las alegres voces de los rumanos: «*Inainte, báiefi, inainte!*». Manadas de perros salvajes, esos perros ucranianos, chicos, de sangre mestiza, pelaje amarillento, ojos rojos y patas torcidas, se me acercaban famélicos y me olisqueaban removiendo la cola. A menudo alguno se acurrucaba a mi lado y me lamía la cara, y cada vez que en el sendero se oían pasos o que el trigo crepitaba por una racha de viento fuerte, el perro gruñía en voz baja y yo le decía: «Siéntate, Dimitri», y me parecía estarle gritando a un hombre, a un ruso. Le decía: «A callar, Iván», y me daba la impresión de estar hablándole a uno de aquellos prisioneros que se habían esforzado por leer con corrección para aprobar el examen y que en esos momentos yacían sobre el fango con la cara corroída por la cal viva al pie del muro, allí, en el patio del koljós de aquella aldea próxima a Nemirovskoie.

Una noche fui a tenderme en un campo de girasoles. Una selva de girasoles más bien, una auténtica jungla. Encorvados sobre sus tallos pelosos, dormían con la cabeza gacha, sus grandes y redondos ojos negros, de largas cejas amarillas, nublados de sueño. Era una noche serena, el cielo cuajado de estrellas desprendía destellos verdes y azules como el interior de una inmensa concha marina. Dormí profundamente y al amanecer me despertó un suave ruido. Sonaba como si un grupo de gente caminara descalza por la hierba. Contuve la respiración y agucé el oído. Desde el campamento cercano llegaba el rugido apagado de los motores y el sonido de unas voces roncas que se llamaban las unas a las otras en el bosque, cerca del arroyo. Un perro ladraba a lo lejos. En el horizonte el sol resquebrajaba la cáscara de la noche, y se alzaba rojo y ardiente sobre la llanura refulgente de rocío. El ruido ganaba intensidad a cada minuto; en un momento dado parecía una quema de brozas, al siguiente, un gran ejército avanzando con cuidado a través de un campo de rastros. Yo contenía la respiración sin levantarme del suelo, y observaba cómo los girasoles iban separando sus pestañas amarillas para, poco a poco, terminar abriendo los ojos.

De pronto me di cuenta de que los girasoles levantaban la cabeza y, girando con suavidad sobre su alto tallo, dirigían su gran ojo negro hacia el sol naciente al tiempo que dejaban oír un crujido cada vez más fuerte. Un movimiento lento, cadencioso, mayestático. La jungla entera de girasoles se volvía para admirar la gloria del sol en su primera hora, y hasta yo miré hacia oriente para ver el sol levantarse despacio entre los cárdenos vapores del alba y las nubes de humo azul procedentes de los incendios que ardían al fondo de la llanura.

Por fin cesaron las lluvias; tras unos días de viento frío e impetuoso, de repente llegó el hielo. No la nieve, sino el inesperado y cruel hielo del otoño. El fango se endureció durante la noche y los charcos de agua quedaron cubiertos de un vidrio reluciente, fino como la piel humana. El aire se volvió límpido; el cielo, de un color gris azulado, parecía agrietado como un espejo roto.

El avance alemán hacia el Este ganó velocidad; el estruendo de la artillería y el tableteo de los fusiles y las ametralladoras sonaban secos y nítidos, sin rastro de eco. Los pesados tanques del general Von Schobert, que, torpes como sapos en el pringoso fango que se extendía entre el Bug y el Dniéper, a duras penas habían podido moverse durante los largos días de lluvia, volvieron a tronar por los caminos endurecidos por el hielo. El humo azulado de los tubos de escape dibujaba sobre las copas de los árboles ligeras nubes que no tardaban en disiparse, dejando en el aire, no obstante, un rastro de su etérea presencia.

Fue el momento más peligroso de la gran crisis rusa del otoño de 1941. El ejército del mariscal Budionni, el Murat soviético, se replegaba lentamente hacia el Don, y dejaba en la retaguardia algunos pelotones de caballería cosaca y unidades de aquellos pequeños tanques a los que los alemanes llamaban *Panzerpferde*, caballos acorazados. Los *Panzerpferde* eran vehículos pequeños y ágiles, pilotados en su mayoría por obreros tártaros, *stajánovtsi* y *udárniki* de las acererías soviéticas del Don y el Volga. La táctica que empleaban era idéntica a la de la caballería tártara: surgían de improviso por los flancos para hostigar y desaparecían de pronto tras la vegetación y el monte; se ocultaban entre las irregularidades del terreno para reaparecer por la retaguardia, describiendo amplias espirales por los prados y campos de rastrojos. Era una táctica de *chevaux-légers* de la que el propio Murat se habría sentido orgulloso. Daban vueltas por la llanura como caballos de doma.

Pero a cada día que pasaba se veían menos *Panzerpferde*, y yo me preguntaba dónde andaría Budionni, qué habría sido del mostachón Budionni y de su inmenso ejército de caballería cosaca y tártara. En Yampil, nada más atravesar el Dniéster, los campesinos nos decían: «¡Eh! Budionni os espera al otro lado del Bug». Y pasado el Bug: «¡Eh! Os espera al otro lado del Dniéper». Ahora, no sin

ciertos aires de suficiencia, nos decían: «¡Eh! Budionni os espera al otro lado del Don». Y entretanto los alemanes iban adentrándose más y más en la llanura ucraniana, como un cuchillo, y la herida empezaba a doler, a enconarse, a convertirse en llaga. Por la noche, en las aldeas donde la columna se detenía a pernoctar, se oía la voz ronca de los gramófonos (en las sedes de los soviets y en las oficinas de los koljoses no faltaban nunca un gramófono y una pila de discos con las típicas canciones de fábrica, de koljós, de *rabochi klub*, y entre ellos había siempre alguno con la «Marcha de Budionni»), en los que sonaba la «Marcha de Budionni», y yo pensaba: «¿Qué demonios estará haciendo Budionni? ¿Dónde se habrá metido el mostachón Budionni?».

Un buen día los alemanes empezaron dar caza a los perros. Al principio creí que podía haberse declarado algún caso de rabia y que por eso el general Von Schobert había ordenado exterminar a los perros. Más tarde me di cuenta de que el motivo tenía que ser otro. Nada más entrar en los pueblos, antes incluso de la caza de los judíos, empezaba la caza de los perros. Grupos de SS y de *Panzerschützen* corrían por las calles disparando sus fusiles ametralladores y lanzando granadas de mano contra esos pobres perros mestizos de pelaje amarillento, ojos rojos y brillantes y patas torcidas, los hacían salir de los huertos y setos y los perseguían ferozmente por los campos. Los pobres animales huían a los bosques, se escondían en las zanjas y los fosos, tras las empalizadas de los huertos o corrían a buscar refugio en las casas, agazapándose en los rincones, debajo de los jergones de los campesinos, tras la estufa o bajo los bancos. Los soldados alemanes entraban en las casas, los hacían salir de sus escondites y los sacrificaban a culatazos con el fusil.

A la hora de cazar, los más feroces eran los pilotos de los tanques, los *Panzerschützen*. Parecía que se la tuvieran jurada a esas pobres bestias. «Pero ¿por qué?», les preguntaba yo a los *Panzerschützen*. «Pregúnteselo a los perros», contestaban lacónicos los *Panzerschützen*, y fruncían el ceño y me daban la espalda.

Sin embargo, los viejos cosacos que se sentaban a las puertas de las casas reían por lo bajo mientras se daban palmadas en las rodillas. «Ah, pobres perros —decían—. Ah, *biednie sobachkü*», y reían con malicia, como si lo que despertara su compasión no fueran aquellos pobres animales, sino los pobres alemanes. Las ancianas asomadas en las empalizadas de los huertos, las muchachas que bajaban al río con los baldes colgados de un yugo en equilibrio sobre los hombros, los niños que iban a los campos para dar piadosa sepultura a los pobres perros asesinados, todos lucían una sonrisa triste y, a la vez, maliciosa. Por las noches, en los bosques y campos, se oían ladridos aislados, aullidos lastimeros, alaridos desesperados; los perros escarbaban la tierra en torno a los huertos y las casas en

busca de comida y los centinelas alemanes gritaban «¿Quién vive?» con voz extraña. Se notaba que tenían miedo de algo terrible y misterioso, que temían a los perros.

Una mañana me encontraba en un observatorio de artilleros siguiendo de cerca el ataque de una *Panzerdivisión* alemana. Las unidades de carros pesados aguardaban la orden de ataque parapetadas en el bosque. Era una mañana transparente y fría; yo contemplaba los campos brillantes de escarcha, las selvas de girasoles negras y amarillas bajo el sol naciente (el sol era el mismo que describe Jenofonte en el tercer libro de la *Anábasis*; surgía frente a nosotros, entre los vapores rosáceos del horizonte, igual a un dios joven y antiguo, desnudo y rosado en medio del océano azul verdoso del cielo, y se elevaba iluminando la columnata dórica del *Piatiletka*, las columnas del Partenón de cemento, cristal y acero de la industria pesada de la URSS), y de pronto divisé la columna de tanques que salía del bosque y formaba en abanico en la llanura.

Poco antes del inicio del ataque había llegado al observatorio el general Von Schobert, que escrutaba el campo de batalla y sonreía. Los tanques y las unidades de asalto, que avanzaban dejando tras de sí el rastro de las orugas, parecían grabados con un buril sobre la inmensa plancha de cobre de la llanura que se extiende al sureste de Kiev; había algo de Durero en la grandiosidad de aquella escena trazada con escrupulosa precisión, en aquellos soldados envueltos monstruosamente en redes de camuflaje como los antiguos reciarios, destacados como figuras alegóricas en el borde del grabado de cobre, en aquella perspectiva amplia y profunda llena de árboles, carromatos, cañones, automóviles, hombres, caballos, colocados en posturas y actitudes diversas en un primer plano sobre la pendiente que desde el observatorio desciende suavemente hasta el Dniéper; y también más allá, donde la perspectiva gana en amplitud y profundidad, en aquellos hombres encogidos en el interior de los tanques, con el fusil ametrallador al hombro, en las tripas de los Panzer repartidos aquí y allá entre la hierba alta y las plantaciones de girasoles. Había algo de Durero en la gótica laboriosidad de los detalles, perceptible a simple vista, como si en la quijada abierta del caballo muerto, en el herido que se arrastraba entre los arbustos, en el soldado apoyado en el tronco del árbol con la mano abierta para protegerse del reverbero del sol, el buril del grabador se hubiese detenido a descansar un instante y el peso de la mano hubiese abierto en el cobre una oquedad más profunda. Hasta las roncas voces, los relinchos, los escasos y secos disparos de los fusiles y el chirrido áspero de las orugas parecían grabados por Durero en el aire transparente y frío de aquella mañana de otoño.

El general Von Schobert sonreía, aunque ya se cernía sobre él la sombra de la muerte, una sombra tenue, semejante a una tela de araña; y él sin duda notaba el peso de esa tenue sombra sobre su

frente, sabía ya sin duda que a los pocos días caería en los suburbios de Kiev y que su misma muerte habría de tener algo de aquella caprichosa gracia vienesa que se traslucía en la elegancia algo frívola de sus maneras. (Sin duda él sabía ya que días más tarde moriría al aterrizar con su pequeño aparato, una «cigüeña», en el aeropuerto de Kiev, recién ocupada; las ruedas de la «cigüeña», al posarse sobre la hierba del campo, debieron de activar una mina y el general desapareció en medio del *bouquet* de flores rojas de una explosión inesperada; lo único que quedó intacto sobre la hierba del aeropuerto fue su pañuelo de tela azul con las iniciales bordadas en blanco.) El general Von Schobert era uno de esos antiguos señores bávaros para quienes Viena no es sino un sobrenombre afectuoso de Munich. Un aura antigua y juvenil y un regusto *démodé* se desprendían de su perfil enjuto y su sonrisa irónica y triste, y había una extraña y fantasiosa melancolía en la voz con la que en Bálti, en Besarabia, me decía: «*Wir besiegen unsern Tod*, nosotros vencemos a nuestra muerte». Y lo que quería decir era que la victoria última de los alemanes sería la muerte del pueblo germano; la nación alemana, con sus victorias, terminaría por conquistar su propia muerte. Esa mañana contemplaba sonriendo la columna de tanques que formaban en abanico en la llanura de Kiev; a un lado de ese grabado de Durero se leía «*Wir besiegen unsern Tod*» escrito en antiguas letras góticas.

Los tanques, seguidos por las unidades de asalto, habían penetrado en las profundidades de la llanura desierta (tras los primeros disparos, un espeso silencio había caído sobre la inmensa superficie cubierta de rastrojos y hierbas quemadas por la primera helada del otoño, era como si los rusos hubiesen abandonado el campo de batalla para huir al otro lado del río; de vez en cuando una bandada de pájaros de gran tamaño alzaba el vuelo entre las acacias; en los prados, nubes de pajarillos grises, similares a los gorriones, se levantaban trinando y sus alas desprendían un brillo que quedaba eclipsado por el sol naciente; en un estanque lejano, dos patos alzaron el vuelo y se pusieron a batir las alas despacio) cuando, de repente, aparecieron unos puntos negros procedentes de un bosque lejano, y luego más, y más todavía; se movían a toda velocidad, desaparecían entre los matorrales y reaparecían más cerca, dirigiéndose raudos hacia los Panzer alemanes. «*Die Hunde! Die Hunde!* ¡Los perros! ¡Los perros!», gritaron aterrorizados los soldados que estaban con nosotros. Llegaban con el viento unos ladridos alegres y feroces, los ladridos de la jauría cuando está a punto de dar caza al zorro.

Ante el inesperado asalto de los perros, los Panzer habían empezado a zigzaguear y a abrir fuego con toda su furia. Las unidades de asalto que seguían a los Panzer se habían detenido y tras unos momentos de vacilación se dispersaron en todas direcciones como presas del pánico.

El tableteo de las ametralladoras llegaba nítido y suave, como el tintineo de un cristal. Los ladridos de la jauría empezaban a ahogar el rabioso rumor de los motores y de vez en cuando se oía una voz débil que el viento apagaba con su incesante susurro entre la hierba. «*Die Hunde! Die Hunde!*» Y entonces llegó el sonido sordo de una explosión, luego otra, y otra más; vimos dos, tres, cinco Panzer volando por los aires y sus planchas metálicas centelleando en medio de una alta fuente de tierra.

«¡Ah, los perros!», dijo el general Von Schobert pasándose la mano por la cara. (Eran «perros anticarro», adiestrados por los rusos para ir a buscar su alimento bajo la panza de los tanques. Ante un ataque inminente, los llevaban al frente y los dejaban en ayunas durante un día o dos; cuando los Panzer alemanes salían de los bosques y formaban en la llanura, los soldados rusos gritaban «*Poshol! Poshol!* ¡Corred, corred!» y soltaban a la hambrienta jauría; los perros llevaban sobre el lomo una mochila cargada de potentes explosivos con una antena de contacto que sobresalía como una pequeña antena de radio, y corrían ávidos y veloces hacia los tanques buscando su alimento bajo el vientre de los Panzer alemanes; en cuanto se metían bajo los tanques, éstos salían volando por los aires.) «*Die Hunde! Die Hunde!*», gritaban los soldados que estaban con nosotros. Pálido como un muerto y con una sonrisa triste estampada en sus labios exangües, el general Von Schobert se pasó la mano por la cara, me miró y dijo con voz mortecina:

—Oh! Pourquoi, pourquoi? Les chiens aussi!

De ahí que los soldados alemanes estuvieran cada día más irascibles y se entregaran a la caza de perros con una furia despiadada, y de ahí que los viejos cosacos se rieran dándose palmadas en las rodillas. «*Ah, biednie sobachki!* ¡Ah, pobres perros», decían. Por la noche se oían ladridos en la negra llanura y el afanoso escarbar junto a las empalizadas de los huertos. «¡Quién vive!», gritaban los centinelas alemanes con voz extraña. Los muchachos de los pueblos se despertaban, saltaban de la cama, abrían la puerta despacio, con cuidado, y con voz queda llamaban en la oscuridad: «*Idísuda, idísuda; ven aquí, ven aquí*».

Una mañana le dije al *Sonderführer* de Melitopól:

—Cuando los hayáis matado a todos, cuando en Rusia no quede ni un perro, serán los chiquillos rusos los que irán a tirarse bajo la panza de los tanques.

—*Ach*, son todos de la misma raza —respondió—. Todos unos hijos de perra.

Y se alejó escupiendo al suelo con profundo desprecio.

—*I like Russian dogs* —dijo Westmann—, *they ought to be fathers of the brave Russian boys.*

X

LA NOCHE DE VERANO

Tras la interminable noche invernal, tras la fría y clara primavera, llegó por fin el verano. El templado, delicado y lluvioso verano finlandés, con su olor y su sabor a manzana verde. Se acercaba la estación de los *rapu* y ya los primeros cangrejos dulces de los ríos de Finlandia, la delicia del verano boreal, empezaban a servirse en los platos. Y el sol no se ponía nunca.

—¡Infeliz de mí, tenía que venir a Finlandia, yo, un español, para encontrarme con el sol de Carlos VI! —decía el conde De Foxá al ver florecer el sol de medianoche en el filo del horizonte como si fuera un tiesto de geranios.

Durante esas noches transparentes las muchachas de Helsinki salían a pasear con sus vestidos rojos y amarillos, la cara empolvada, los cabellos rizados con las tenacillas de hierro y perfumados con colonia Teo, la frente cubierta con un sombrero de papel ornamentado con flores de papel y comprado en Stockmann, y caminaban por la Esplanadi dejando oír el taconeo de sus zapatos de papel.

Un suave olor a mar llegaba desde el fondo de la Esplanadi. La sombra de los árboles se proyectaba con suavidad sobre las fachadas lisas y claras de los edificios, una sombra de un color verde clarísimo, como si los árboles fueran de cristal; y los jóvenes soldados convalecientes se sentaban en los bancos con la frente vendada, el brazo en cabestrillo y los pies envueltos en gasa a escuchar la música de la orquesta del café Royal mientras contemplaban el cielo de papel azul arrugado por la brisa marina contra el borde de los tejados. Los escaparates de las tiendas reflejaban la luz gélida, metálica y espectral de la «noche blanca» del Norte, en la que el trino de los pájaros sonaba como una cálida sombra. El invierno quedaba ya lejos, no era más que un recuerdo, si bien el aire parecía arrastrar aún restos invernales, acaso la luz blanca, semejante al reflejo de la nieve; acaso el recuerdo de la nieve muerta que se resistía a desaparecer del templado cielo del verano.

En Grankulla, en la villa de Vincenzo Cicconardi, el ministro de Italia, habían empezado las *country parties*. (Sentado junto a la chimenea con Rex, su viejo perro, acurrucado a los pies, y el viejo chiflado que le hacía de camarero de pie con los ojos muy abiertos y tieso como un palo tras el respaldo de la silla, Cicconardi hablaba en napolitano con un fuerte acento berlinés —para él eso era hablar alemán— con Von Blücher, el ministro de Alemania, y torcía la boca, oprimida por su gran nariz borbónica, al tiempo que juntaba las manos como si rezase. Cicconardi me gustaba por el contraste entre su frialdad, su flema napolitana, su ironía y las aspiraciones de poder

y gloria que sugerían la forma barroca y las exageradas dimensiones de su cráneo, su frente, su mandíbula y su nariz. A su lado, Von Blücher, alto, flaco, algo encorvado, cabello gris cortado al rape, rostro de color azul pálido surcado de pequeñas arrugas, escuchaba mientras repetía con voz monótona: «*Ja, ja, ja*». A través del cristal de la ventana, Cicconardi echaba de vez en cuando un vistazo a sus invitados, que caminaban por el bosque bajo la lluvia, y al sombrero violeta de madame Von Blücher, que destacaba entre la verde fronda como una violeta de Renoir en un paisaje verde de Manet.) Habían empezado las cenas en el Fiskatorp, a orillas del lago, con el ministro de Rumania, Noti Constantinide, madame Colette Constantinide, el conde De Foxá, Dinu Cantemir y Titu Miháilescu, y las veladas en la legación de España, la legación de Croacia y la legación de Hungría. Habían empezado las largas tardes en torno a las mesitas del café al aire libre que hay al fondo de la Esplanadi, o en el bar del Kámpf, con el ministro Rafael Hakkarainen y el músico Bengt von Torne; los paseos por la acera de la Esplanadi bajo los verdes árboles poblados de pájaros; las largas horas en la baranda del club náutico sueco, en la islita fondeada en medio del puerto, viendo pasar las olas, que brillaban como lagartijas blancas en medio del agua verde. Y los deliciosos *weekends* en las *stuga* de las riberas de los lagos, o en los muelles del Barósund y en las villas que los franceses, siempre orgullosos, llamarían *châteaux*, pero que los finlandeses, siempre modestos, llaman sencillamente *stuga*: son antiguas casas de campo construidas con madera y yeso en un estilo neoclásico inspirado en Engel, con fachadas dóricas recubiertas de un fino moho gris. Y los días felices en la villa que el arquitecto Sirén, el autor del palacio del Parlamento de Helsinki, se hizo edificar en la islita de Bockholm, en pleno Barósund; al alba salíamos a recoger setas por el bosque de abedules plateados y pinos rojos o a pescar entre las islas de Svartó y Strómsó, y por la noche se oían entre la niebla las sirenas de los piróscafos mugiendo quejumbrosas y los gritos infantiles y roncacos de las gaviotas.

Habían comenzado los días claros y las noches blancas del verano finlandés, y las horas en las trincheras y los taludes del frente de Leningrado se me hacían interminables. El sol nocturno arrancaba extraños destellos metálicos a la ciudad, recortada, inmensa y gris, contra el fondo verde de los bosques, prados y marjales; a veces el brillo era tan suave y tenue que parecía una ciudad de aluminio; otras era tan frío y cruel que parecía una ciudad de acero; otras, tan vivo y profundo que parecía de plata. Algunas noches, al contemplarla desde las lomas de Belostrov o desde la linde del bosque de Terijoki, me parecía hecha de plata, como si la hubieran grabado sobre el delicado horizonte con el cincel de Fabergé, el último gran orfebre de la corte de San Petersburgo. Las horas se me hacían interminables en las trincheras y los taludes junto al mar, frente a la fortaleza de Kronstadt, que surge de las aguas del golfo de Finlandia rodeada por

los fuertes de Totleben, unos islotes artificiales de cemento y acero que forman una corona a su alrededor.

Como por las noches no podía dormir, me iba a pasear entre los taludes con Svartstróm, parándome de vez en cuando a observar desde una aspillera el parque de Leningrado, los árboles de la Vasílievski Óstrov, tan queridos por Eugenio Oneguin y por los héroes de Dostoyevski, o a mirar las cúpulas de las iglesias de Kronstadt, las luces rojas, verdes, turquesas, de las antenas de radio, los tejados grises del arsenal y el brillo resplandeciente de la flota soviética, fondeada frente a nosotros en la rada, tan cerca que casi podíamos alcanzarla con las manos; el aire de esas blancas noches de verano era tan transparente que, al alargar la mano por encima del parapeto de las trincheras de Belostrov y Terijoki, me parecía poder tocar las casas de Leningrado, dominadas por la cúpula de San Isaac y los bastiones de la fortaleza de Kronstadt. Llegué a pasar muchas horas en los *korsu* del bosque de Raikkola, situados en primera línea a orillas del Ladoga, escuchando mientras los oficiales finlandeses hablaban de la muerte del general Merikallio, que antes de fallecer había encargado a su hija que se despidiese de De Foxá, de Miháilescu y de mí. También iba a los *lottala* del fondo del bosque a beber sirope de frambuesa con los *sissit*, taciturnos, pálidos y con el afilado *puukko* ceñido al cinturón, mientras las jóvenes *lotta*, vestidas de tela gris, nos observaban atentas y distantes con la cara ligeramente gacha sobre el cuello blanco de la blusa. Hacia el atardecer bajaba con Svartstróm al Ladoga, donde pasábamos largas horas sentados a orillas del lago, en el estrecho recodo en cuya brillante superficie se habían erigido las cabezas de los caballos atrapados en el hielo aquel invierno; algo de su denso olor impregnaba todavía la húmeda brisa nocturna.

Cuando abandonaba el frente para regresar a Helsinki, De Foxá me decía: «Esta noche iremos a tomar una copa al cementerio». Y por la noche, al salir de casa de Titu Miháilescu, íbamos a sentarnos en el antiguo cementerio sueco que se conserva intacto en el corazón de Helsinki, entre el Bulevar di e Yrjónkatu, en el banco que hay al lado de la tumba de un tal Sierk; De Foxá se sacaba del bolsillo una botella de *bordsbrannvin* y mientras bebíamos discutíamos sobre cuál era la mejor variedad de aguardiente finlandés, si el *bordsbrannvin*, el *pommeransbrannvin*, el *erikoisbránnvin* o el *rajamakibrannvin*. En ese romántico cementerio las lápidas se alzan sobre la hierba como respaldos de sillón, de tal modo que parecen viejas butacas dispuestas en la platea de un teatro (donde el decorado representa un bosque). Los soldados se sentaban en los bancos bajo los grandes árboles y allí se quedaban inmóviles, como sombras infelices; entretanto, el follaje verde y tierno de los altos árboles (el reflejo azul del mar titilaba en las hojas) emitía un suave susurro.

Hacia el alba, De Foxá empezaba a mirar en torno con aire desconfiado y me decía en voz baja: «¿Has oído hablar del espectro de la calle Kalevala?». Le daban miedo los espectros, y decía que en Finlandia el verano es la estación de los espectros. «Me gustaría ver un espectro, un espectro de verdad», me decía en voz baja, y temblando de miedo miraba en torno con aire desconfiado. Cuando al salir del cementerio pasábamos por delante del monumento al Kalevala, De Foxá cerraba los ojos y volvía la cabeza en dirección contraria para no ver las estatuas espectrales de los héroes del Kalevala.

Cierta noche fuimos a ver al espectro que todos los días, a la misma hora, se aparecía puntual ante la puerta de una casa al fondo de la calle Kalevala. Para De Foxá, el atractivo de esa calle sombría no era tanto su miedo infantil a las apariciones como la morbosa curiosidad de ver aparecerse un espectro no ya entre las tinieblas nocturnas, como entre ellos es uso y costumbre, sino a pleno sol, bajo la luz cegadora de las noches de verano en Finlandia. Hacía días que los periódicos de Helsinki hablaban del espectro de la calle Kalevala; todas las noches, hacia las doce, el ascensor de una casa situada al fondo de la calle y orientada al puerto, se ponía en marcha solo, con un chasquido, subía hasta la última planta, se paraba y, al instante, bajaba rápido y silencioso; luego se oía abrirse la puerta del ascensor con un lento chirrido, el portal de la finca se entreabría y una mujer pálida se asomaba al umbral y durante un rato se quedaba mirando en silencio a la multitud congregada en la acera de enfrente, hasta que, retirándose despacio, cerraba con cuidado el portal; poco después volvía a oírse la puerta del ascensor y éste se ponía en marcha y subía rápido y silencioso por el interior de su jaula de acero.

De Foxá caminaba alerta y me tomaba del brazo de vez en cuando. Nuestra imagen se reflejaba espectral en los escaparates de las tiendas y el rostro nos brillaba blanco como la cera. Llegamos a la casa del espectro pocos minutos antes de la medianoche bajo el pálido sol nocturno; era una casa de obra reciente y líneas modernas que relucía gracias al uso de pintura clara, cristales y aceros cromados. El tejado estaba cubierto de antenas de radio. En la jamba del portal (era una de esas puertas que se abren desde el interior de cada vivienda mediante un interruptor eléctrico) había clavada una placa de aluminio con una columna de botones de metal negro y otra con los nombres de los inquilinos. Debajo de la placa de aluminio se abría en la pared la boca del interfono, de bordes niquelados, a través del cual los vecinos pueden hablar con quien haya llamado antes de abrirle la puerta. A la derecha del portal estaba el escaparate de Elanto, en el que se exponían cajas de pescado en conserva; los dos peces de color verde intenso impresos en la etiqueta rosa evocaban un mundo abstracto de símbolos y signos espectrales; a la izquierda había una barbería con las palabras «*Barturi—kampaamo*» escritas en

amarillo sobre el cartel azul claro; en el escaparate se veían un busto femenino de cera, dos o tres botellas vacías y dos peines de celuloide.

La calle Kalevala es una vía estrecha y, vista desde abajo, la fachada de la casa parecía cernirse amenazante, como a punto de desplomarse sobre el grupo de personas reunidas en la acera de enfrente. Era una casa moderna, edificada con abundancia de cristal y aceros cromados que, unidos a las antenas de radio del tejado y la blanca fachada desnuda y lisa, donde los innumerables ojos de hierro de las ventanas reflejaban el claro cielo nocturno con la gélida nitidez del aluminio, formaban el escenario ideal para la aparición no ya de uno de esos lúgubres espectros nocturnos de rostro lívido y enjuto que, horriblos y patéticos, envueltos en fríos sudarios, exhalan un desagradable olor a sepultura por las antiguas calles de Europa, sino de un espectro moderno, como los que parecen evocar los diseños de Le Corbusier, los lienzos de Braque y Salvador Dalí, la música de Hindemith y Honegger, de uno de esos niquelados espectros *streamlined* que de vez en cuando se aparecen en la tétrica entrada del Empire State Building, en lo alto de la cornisa del Rockefeller Center, en la toldilla de un transatlántico o bajo la gélida luz azulada de una central eléctrica.

Un pequeño grupo de gente aguardaba en silencio ante la casa del espectro; eran gente del pueblo y burgueses, algunos marineros, dos soldados y un par de muchachas con el uniforme de la Lotta Svárd. De tanto en tanto pasaba un tranvía por la calle de al lado, haciendo temblar los muros y tintinear los cristales de las ventanas. Una bicicleta dobló en la esquina y nos pasó por delante a gran velocidad, y por un momento el aire se llenó del susurro de los neumáticos sobre el asfalto húmedo, dando la impresión de que una presencia invisible acababa de pasar ante nuestros ojos. De Foxá estaba muy pálido, escrutaba el portal de la casa con ojos ávidos, sin soltarse de mi brazo, y yo noté que temblaba de miedo y de deseo.

De pronto oímos el chasquido del ascensor, un leve zumbido y, a continuación, el chirrido de la puerta abriéndose y cerrándose en el último piso y el zumbido del ascensor al bajar; de repente se abrió el portal de la casa y una mujer apareció en el umbral. Era una mujer de mediana edad, vestida de gris y con un sombrerito de fieltro negro, o quizá de papel, en equilibrio precario sobre la rubia cabellera salpicada de hilos de plata. Sus ojos diáfanos se abrían como dos manchas opacas en el rostro pálido, enjuto y de pómulos prominentes. Tenía las manos escondidas bajo un par de guantes de tela verde. Los brazos le colgaban a los lados del cuerpo, y en contraste con el color gris de la falda, sus manos verdes parecían dos hojas muertas. Se quedó quieta bajo el umbral y miró uno por uno a los curiosos congregados en la acera de enfrente. Tenía los párpados blancos y la mirada apagada. Entonces levantó los ojos hacia el cielo y, elevando ligeramente una mano, se la llevó a la frente para

protegerse del crudo reflejo de la luz. Se quedó contemplando el cielo durante unos momentos, hasta que por fin bajó la cara, dejó caer la mano a lo largo del costado y fijó la mirada sobre la gente que la observaba en silencio, dedicándole una atención fría, casi mezquina. A continuación la mujer dio un paso atrás y cerró la puerta. Se oyó el chasquido del ascensor y un zumbido tenue y prolongado. Permanecimos a la escucha conteniendo la respiración, a la espera del chirrido de la puerta al llegar a la última planta. El zumbido subió y se alejó hasta hacerse imperceptible. Parecía que el ascensor se hubiera evaporado en el aire o que hubiese abierto un agujero en el techo para seguir subiendo hasta el cielo. La concurrencia levantó la mirada y se puso a escrutar el espléndido cielo. De Foxá se aferraba a mi brazo con fuerza, y noté que temblaba de pies a cabeza.

—Vámonos —le dije.

Nos alejamos de puntillas, nos deslizamos entre la muchedumbre estática, que seguía ocupada observando una nube blanca en lo alto de los tejados, y recorrimos toda la calle Kalevala para ir a sentarnos en el antiguo cementerio sueco, en el banco que hay junto a la tumba de Sierk.

—No era ningún espectro —dijo De Foxá tras un largo silencio—. Nosotros éramos los espectros. ¿Has visto cómo nos miraba? Tenía miedo de nosotros.

—Era un espectro moderno —contesté—, un espectro boreal.

—Sí —dijo De Foxá—, los espectros modernos bajan y suben en ascensor.

Reía nerviosamente, intentando ocultar su pánico pueril. Salimos del cementerio y embocando Bulevardi cruzamos la calle Mannerheim por detrás del teatro Sueco. El césped de la Esplanadi estaba lleno de hombres y mujeres que, echados al pie de los árboles, dirigían el rostro hacia la blanca luz de la noche. Un extraño desasosiego, como una especie de fiebre fría, se adueña de los pueblos del Norte durante las «noches blancas» de verano. Se pasan la noche paseando junto al mar o tendidos en el césped de los jardines públicos o sentados en los bancos del puerto. Luego regresan a casa caminando pegados a las paredes, con la cara vuelta hacia el cielo. Duermen pocas horas, desnudos sobre la cama, bañados por la gélida y cegadora luz que penetra por las ventanas abiertas de par en par. Se acuestan desnudos bajo el sol de la noche como si éste fuera una lámpara de cuarzo. A través de las ventanas abiertas ven moverse en el aire vidrioso los espectros de las casas, los árboles y los veleros que se mecen en el puerto.

Estábamos reunidos en el comedor de la legación de España, en torno a una mesa de caoba maciza sostenida sobre cuatro enormes patas similares a patas de elefante y recargada de cristalería y plata antigua española. Las paredes, tapizadas con brocados rojos, y los

muebles oscuros y pesados, decorados con amercillos danzantes, festones de fruta y caza y cariátides de senos turgentes, ese escenario español, sensual y fúnebre, contrastaban de forma notable y singular con la blanca y cegadora luz nocturna que entraba por la ventana abierta. Tanto los hombres, vestidos con traje de noche, como las mujeres, escotadas y enjoyadas, reunidos en torno a la mesa maciza cuyas patas de elefante sobresalían entre las faldas de seda y los pantalones negros, iluminadas por el brillo purpúreo de los brocados y los destellos opacos de la plata, sometidos a la firme y grave mirada de los retratos de los reyes y grandes de España colgados en las paredes mediante gruesos lazos de seda (un crucifijo de oro pendía sobre el mueble aparador, y los pies del Cristo rozaban el cuello de las botellas puestas a enfriar en la champañera), presentaban un aspecto fúnebre y parecían salidos de un cuadro de Lucas Cranach: la piel, lívida y ajada; los ojos, rodeados de ojeras; las sienes, pálidas y sudadas, y un cadavérico color verde disperso por todo el rostro. Los comensales estaban sentados con los ojos muy abiertos y la mirada fija. El aliento del día nocturno empañaba los cristales. Se acercaba la medianoche y el fuego del atardecer enrojecía ya las copas de los árboles del Brunnsparken. Hacía frío. Yo miraba los hombros desnudos de Anita Bengenstróm, la hija del ministro de Finlandia en París, y pensaba que al día siguiente debía partir con De Foxá y Miháilescu para Laponia, pasado el círculo polar ártico. El verano estaba ya muy avanzado. Nos perderíamos la mejor época para la pesca del salmón en Laponia. El ministro de Turquía, Agah Aksel, observaba entre risas que el llegar con retraso es una de las muchas delicias de la vida de los diplomáticos, y explicó que cuando Paul Morand fue nombrado secretario de la embajada de Francia en Londres, lo primero que le dijo el embajador Cambon, que conocía de oídas la fama de holgazán de Paul Morand, fue: «*Mon cher, venez au bureau quand vous voudrez, mais pas plus tard*». Agah Aksel estaba sentado de cara a la ventana; tenía el rostro de color bronce y los cabellos blancos formaban en torno a su frente un marco de plata similar al de los iconos. Bajito y recio, se movía con desconfianza, y miraba siempre a su alrededor como si sospechara de algo. («*C'est un Jeune Ture qui adore le cognac*», decía de él De Foxá. «*Ak! Vous êtes done un Jeune Ture?*», le preguntaba Anita Bengenstróm. «*J'étais beaucoup plus ture, hélas!, quand j'étais plus jeune*», respondía Agah Aksel.)

El ministro de Rumania, Noti Constantinide, que ha pasado en Italia los mejores años de su vida y desea terminar sus días en Roma, en via Panamá, hablaba del verano romano, de la voz de las fuentes en las plazas desiertas y de la canícula de mediodía, y al hablar se estremecía bajo la fría luz cegadora de la noche nórdica, mirándose la mano blanca, abandonada como si fuera de cera sobre el mantel de raso azul. Constantinide había vuelto el día anterior de Mikkeli, el cuartel general del mariscal Mannerheim, adonde se había desplazado

para hacerle entrega al mariscal de una importante condecoración concedido por el joven rey Miguel de Rumania.

—Está veinte años más joven que la última vez que lo vi; el verano le ha otorgado el don de la juventud —le había dicho Constantinide.

—¿El verano? —había contestado Mannerheim—. En Finlandia hay diez meses de invierno y dos sin verano.

La conversación giró durante unos minutos en torno al mariscal Mannerheim y el contraste entre su gusto «decadente» y la nobleza de su aspecto y sus maneras, en torno al inmenso prestigio de que gozaba en el ejército y en el país, en torno a los sacrificios que la guerra imponía al pueblo finlandés, en torno a aquel terrible primer invierno de guerra. La condesa Mannerheim observó que en Finlandia el frío no baja del Norte, sino que llega desde el Este.

—Aunque se encuentre al norte del círculo polar ártico —añadió—, Laponia es mucho menos fría que la región del Volga.

—Aquí tenemos un nuevo aspecto —dijo De Foxá— de la eterna cuestión oriental.

—¿Cree que para Europa existe todavía una cuestión oriental? —preguntó el ministro de Turquía—. Yo soy del parecer de Philip Guedalla: para los occidentales, la cuestión oriental se limita, hoy por hoy, a saber qué piensan los turcos acerca de la cuestión occidental.

De Foxá explicó que esa mañana se había reunido con el ministro de Estados Unidos, Arthur Schoenfeld, quien estaba muy molesto con Philip Guedalla por su último libro, *Men of War*, publicado en Londres durante la guerra y del que había encontrado un ejemplar en la librería Stockmann. En el capítulo dedicado a los turcos, el escritor inglés sostenía que las invasiones bárbaras de tiempos pasados siempre habían llegado a Europa desde Oriente por la simple razón de que, antes del descubrimiento de América, no podían llegar a Europa desde ninguna otra parte.

—En Turquía —dijo Agah Aksel— las invasiones bárbaras siempre han llegado desde Occidente, desde tiempos de Homero.

—¿Existían los turcos en tiempos de Homero? —preguntó Colette Constantinide.

—Hay alfombras turcas —respondió Agah Aksel— mucho más antiguas que la *litada*.

(Días atrás habíamos ido a visitar a Dinu Cantemir, que vivía en el Brunnsparken, delante de la legación de Inglaterra, en la preciosa casa de los Linder, para admirar su colección de porcelanas y alfombras orientales. Mientras Dinu dibujaba en el aire el árbol genealógico de sus mejores ejemplares sajones y Bengt von Torne, de pie bajo el retrato de una Linder famosa por su belleza, hablaba de

la pintura de Gallen—Kallela a Mircea Berindei y Titu Miháilescu, los ministros de Turquía y Rumania, de rodillas en el centro de la sala, discutían acerca de dos alfombras rituales turcas del siglo XVI que Cantemir había extendido en el suelo. En una había tejidos dos losanges y dos rectángulos alternados, de color rosa, violeta y verde; en el otro, cuatro rectángulos de color rosa, azul y oro, de evidente inspiración persa. El ministro de Turquía ponderaba la delicada correspondencia entre los colores del primero, según él la más difícil combinación con que se había encontrado, y el ministro de Rumania alababa la gracia casi femenina de los tonos de la antigua miniatura persa de la segunda alfombra. «*Mais pas du tout, mon cher* —decía Constantinide alzando la voz—. *Je vous assure, sur ma parole d'honneur, que vous vous trompez*», replicaba Agah Aksel con voz impaciente. Ambos gesticulaban arrodillados con los brazos en alto, de tal forma que parecían rezar a la manera turca. Sin dejar de discutir, terminaron sentándose sobre las alfombras con las piernas cruzadas, el uno frente al otro. Y Agah Aksel decía: «*On a toujours été injuste envers les Turcs*».)

—Llegará el día —dijo Agah Aksel— en que de la gran civilización turca no quedarán más que algunas alfombras antiguas. Somos un pueblo heroico y desgraciado. Todas nuestras desgracias provienen de nuestra secular tolerancia. Si hubiésemos sido menos tolerantes, tal vez habríamos subyugado a toda la cristiandad.

Yo le pregunté qué significado tenía, en turco, la palabra «tolerancia».

—Siempre hemos obrado con liberalidad con los pueblos sometidos —respondió Agah Aksel.

—Yo lo que no entiendo —dijo De Foxá— es por qué los turcos no se convirtieron al cristianismo. Habría sido una manera de simplificar las cosas.

—Tiene razón —dijo Agah Aksel—, si nos hubiésemos convertido al cristianismo, tal vez hoy estaríamos aún en Budapest, y quién sabe incluso si en Viena.

—Hoy Viena es de los nazis —dijo Constantinide.

—Si se hicieran cristianos nunca tendrían que salir de ella —dijo Agah Aksel.

—El mayor problema de la modernidad sigue siendo el problema religioso —dijo Bengt von Torne—. *On ne peut pas tuer Dieu*.

Y contó el episodio ocurrido un tiempo atrás en Turku, la ciudad finlandesa bañada por el golfo de Botnia. Un paracaidista soviético que había tomado tierra en los alrededores de la ciudad había sido apresado y encerrado en la prisión de Turku. El prisionero era un hombre de unos treinta años que trabajaba como obrero mecánico en

una planta metalúrgica de Jarkov, y un comunista convencido. De talante meditabundo, parecía no sólo interesado sino también informado acerca de muchos problemas, sobre todo de tipo moral. Poseía una cultura sensiblemente superior a la de los *udárniki* y *stajánovtsi*, los obreros de esas «brigadas de asalto» que en las fábricas soviéticas toman el nombre de Stajánov, su inventor y organizador. En su celda de la prisión no hacía más que leer, con preferencia libros de argumento religioso, que el director de la cárcel, interesado por un ejemplar humano tan singular y complejo, le permitía escoger de su biblioteca personal. Naturalmente, era materialista y ateo.

Pasado un tiempo lo pusieron a trabajar como mecánico en el taller de la cárcel. Cierta día el prisionero solicitó hablar con un sacerdote. Un joven pastor luterano, muy estimado en Turku por su piedad y su doctrina, amén de célebre predicador, se llegó a la cárcel y fue conducido a la celda de paracaidista soviético. Los dos hombres se quedaron solos en la celda por espacio de casi dos horas. Cuando el pastor, terminado el coloquio, se levantó para salir, el prisionero le puso las manos sobre los hombros y, tras un momento de duda, lo abrazó. Los detalles aparecieron publicados en los periódicos de Turku. Pasadas unas semanas, el prisionero, que durante los últimos días parecía atormentado por un pensamiento secreto y doloroso, solicitó entrevistarse de nuevo con el pastor, que regresó a la cárcel y se encerró, como la primera vez, en la celda del comunista. Había transcurrido más o menos una hora cuando el carcelero, que hacía la ronda por el corredor, oyó los gritos de alguien pidiendo ayuda. Abre la celda y se encuentra al prisionero de pie, recostado en el muro, y frente a él, tendido en el suelo sobre un charco de sangre, al pastor. Antes de expirar, el pastor explicó que, al final del coloquio, el prisionero lo había abrazado y, al hacerlo, le había hundido una afilada hoja de hierro en la espalda. Durante el interrogatorio posterior, el asesino declaró haber matado al pastor porque éste, con la fuerza de sus argumentos, había turbado su conciencia de comunista y ateo. Lo condenaron a muerte y fue fusilado.

—Quiso matar a Dios —concluyó Bengt von Torne— en la figura del pastor.

La noticia del crimen, publicada en todos los periódicos finlandeses, conmovió profundamente a la opinión pública. El teniente Gummerus, hijo del antiguo ministro de Finlandia en Roma, me contó que el comandante del pelotón de fusilamiento, un oficial de Turku amigo suyo, quedó muy impresionado ante la serenidad del asesino.

—Había apaciguado de nuevo su conciencia —dijo De Foxá.

—¡Pero eso es terrible! —exclamó la condesa Mannerheim—. ¿Cómo puede concebirse la idea de matar a Dios?

—Todo el mundo moderno intenta matar a Dios —dijo Agah Aksel—. Para la conciencia moderna, la vida de Dios está en peligro.

—¿Para la conciencia musulmana también? —preguntó Cantemir.

—Por desgracia también para la conciencia musulmana —respondió Agah Aksel—. Y no ya por la influencia de la vecina Rusia comunista, sino por el hecho de que el asesinato de Dios flota en el aire, es un elemento de la civilización moderna.

—El Estado moderno —dijo Constantinide— cree que puede proteger la vida de Dios sólo con medidas policiales.

—El Estado no sólo cree que puede proteger la vida de Dios, sino también su propia existencia —dijo De Foxá—, Piensen en España, por ejemplo. La única forma de derrocar a Franco es matando a Dios, y a día de hoy resulta imposible llevar la cuenta de los atentados contra la vida de Dios en las calles de Madrid y Barcelona. No pasa un día sin que alguien dispare un pistoletazo.

Y explicó que el día anterior, en la librería Stockmann, había encontrado un libro español de publicación reciente; lo había abierto y en la primera página, en la primera línea, había leído las siguientes palabras: «Dios, ese genio loco...».

—Lo que conviene tener en cuenta en el crimen de Turku —dijo Bengt von Torne— no es tanto que un comunista ruso asesine a un pastor, sino que Karl Marx intente matar a Dios. Es un crimen típicamente marxista.

—Hay que tener el valor de admitir que el mundo moderno acepta más fácilmente *Das Kapital* que el evangelio —dijo Constantinide.

—Lo mismo vale para el Corán —dijo Agah Aksel—. Sorprende la facilidad con que los jóvenes musulmanes aceptan el comunismo. La juventud islámica de las repúblicas orientales de la URSS abandona sin resistencia a Mahoma en favor de Marx. ¿Qué será del islam sin el Corán?

—La Iglesia católica —dijo De Foxá— ha demostrado que sabe arreglárselas sin el evangelio.

—Algún día habrá un comunismo pero sin Marx; ésa por lo menos es la esperanza de muchos ingleses —dijo Cantemir.

—La esperanza de muchos ingleses —dijo Constantinide—, es *El capital* de Marx en formato de prontuario.

—Los ingleses —dijo Agah Aksel— no tienen que temer nada del comunismo. Para ellos, el problema del comunismo reside en vencer la lucha de clases en el mismo campo de batalla sobre el que ganaron la batalla de Waterloo: en los terrenos de juego de Eton.

La condesa Mannerheim recordó que días atrás el ministro de Alemania, Von Blücher, mientras conversaba con algunos de sus homólogos, se había mostrado muy preocupado por el peligro comunista en Inglaterra. «*Don't worry* —le había dicho el conde Adam de Moltke—Huitfeld, secretario de la legación de Dinamarca—, *Britons will never be Slavs.*»

—Los ingleses —dijo De Foxá— tienen la gran virtud de saber despojar los problemas de todo elemento superfluo, de saber poner sobre la mesa hasta los problemas más graves y complejos. Acabaremos viendo el comunismo —añadió— pasear desnudo por las calles de Inglaterra como si fuera lady Godiva por las calles de Coventry.

Eran quizá las dos de la madrugada. Hacía frío, y la luz metálica que entraba por la ventana daba una tonalidad lívida a los rostros de los comensales, tanto es así que le pedí a De Foxá que hiciera cerrar la ventana y encendiera las luces. Parecíamos cadáveres, y es que nada se asemeja tanto a un muerto como un hombre en traje de noche a plena luz del día o una mujer joven con colorete, espalda escotada y joyas reluciendo al sol. Estábamos sentados en torno a la opulenta mesa como si fuéramos muertos celebrando su banquete fúnebre en el Hades. La luz metálica del día nocturno daba a nuestra piel un lívido brillo mortuario. Cuando los sirvientes cerraron la ventana y encendieron las luces, algo tibio, íntimo, secreto, entró en la habitación. El vino chispeó en las copas y nuestros rostros recuperaron su color sanguino, los ojos brillaron alegres y nuestras voces se volvieron cálidas y profundas como las voces de los vivos.

De pronto se oyó el largo lamento de las sirenas de alarma y acto seguido empezaron a sonar los disparos de la artillería antiaérea. Desde el mar se oía el suave rumor de abejas de la aviación soviética.

—*Cela peut paraître drôle* —dijo Constantinide con voz tranquila—, *mais moi j'ai peur.*

Nadie se movía. El estruendo de las explosiones retumbaba en la lejanía, las paredes temblaban y uno de los vasos se resquebrajó frente a Colette Constantinide dejando escapar un leve tintineo. De Foxá hizo una señal a uno de los sirvientes y éste volvió a abrir la ventana. Los aviones soviéticos, tal vez un centenar de ellos, volaban bajo sobre los tejados de la ciudad, como grandes insectos de alas transparentes.

—Lo más extraño de estas luminosas noches boreales —dijo Mircea Berindei con su particular acento rumano— es poder estudiar a pleno sol los gestos nocturnos, los pensamientos, los sentimientos, los objetos que únicamente nacen al amparo de las tinieblas y que la noche custodia y protege con celo en su oscuro seno —y volviéndose hacia madame Slórn añadió—: ¿Lo ven? He aquí un rostro nocturno.

Pálida y con los labios y los párpados sacudidos por un ligero temblor, madame Slórn sonreía agachando la cabeza. Demetra Slórn es griega y tiene un rostro diáfano, ojos negros, frente alta y pura y una dulzura antigua en la sonrisa y los gestos. Tiene ojos de lechuza, ojos de Atenea, de párpados blancos, delicados e inquietos.

—*J'aime avoir peur* —dijo madame Slórn.

De vez en cuando un profundo silencio se mezclaba con el estruendo de la artillería, el estallido de las bombas y el zumbido de los motores. Durante esos repentinos silencios, se oía el canto de los pájaros.

—La estación está ardiendo —dijo Agah Aksel, que estaba sentado frente a la ventana.

Los almacenes Elanto también ardían. Hacía frío. Las mujeres se habían tapado con las pieles y el gélido sol nocturno relucía a través de los árboles del parque. Un perro ladraba a lo lejos, en la dirección de Suomenlinna.

Entonces empecé a explicar la historia de *Spin*, el perro del ministro de Italia, Mameli, durante el bombardeo de Belgrado.

XI

EL FUSIL ENLOQUECIDO

Cuando empezó el bombardeo de Belgrado, el ministro de Italia, Mameli, llamó a su perro *Spin*, un precioso grifón inglés de tres años.

—*iSpin*, ven, corre!

Spin estaba echado en un rincón del estudio del ministro, justo debajo de los retratos del Papa, el rey y Mussolini, como si buscara su protección, y no se atrevía a acercarse hasta su dueño, que lo llamaba desde la puerta.

—*Spin*, ven, corre, tenemos que bajar al refugio.

Por el insólito tono de voz de su dueño, *Spin* comprendió enseguida que tenía motivos para tener miedo y se puso a aullar, se orinó en la alfombra y no dejaba de mirar a su alrededor con los ojos extraviados.

Era un precioso perro inglés, un can de raza noble con una única pasión, la caza. Mameli solía llevárselo a cazar con él por las colinas y bosques de los alrededores de Belgrado, o por las orillas del Danubio, o a los islotes que surgen en medio del río a las puertas de Belgrado, entre Pancevo y Zemun. Tomaba el fusil de la pared, se lo echaba a la espalda y decía: «Marchando, *Spin*». Entonces el perro saltaba de alegría, ladraba y, cuando salía al pasillo, donde Mameli guardaba los fusiles, las cartucheras y los morrales de cuero inglés, levantaba los ojos al tiempo que removía la cola.

Esa mañana, sin embargo, nada más comenzar el bombardeo de Belgrado, *Spin* sintió miedo. El estruendo de las bombas era tremendo. El edificio de la legación de Italia, que no distaba mucho del viejo Palacio Real, temblaba hasta los cimientos a cada explosión; de los muros se desprendían pedazos de yeso y las paredes y el techo empezaban a agrietarse.

—¡Ven, *Spin*, corre!

Y *Spin* bajaba las escaleras del refugio con la cola entre las patas, aullando y orinándose sobre los escalones.

El refugio no era más que una simple bodega a ras de suelo, no había habido tiempo de apuntalarla con traviesas ni de reforzar la bóveda con encofrados de madera y columnas de cemento. Por un tragaluz que se abría a nivel de la calle se colaba una luz tenue y polvorienta. A lo largo de las paredes había dispuestas unas estanterías rústicas donde se alineaban garrafas de Chianti, botellas de vino francés, whisky, coñac y ginebra. Del techo colgaban jamones friulanos de San Daniele y salchichones lombardos. Una bodega, una auténtica trampa para ratones. Habría bastado una bomba de pequeña magnitud para enterrar en ella a todos los funcionarios de la legación, incluido el perro *Spin*.

Eran las 7.20 de la mañana del domingo 6 de abril de 1941. *Spin* bajaba las escaleras del refugio aullando de miedo. Al cruzar el pasillo había levantado la mirada hacia la pared: todos los fusiles estaban en su sitio. Aquellas explosiones descomunales no eran, por lo tanto, disparos de fusil, sino algo anormal, ajeno a la humanidad, ajeno a la naturaleza. El suelo se tambaleaba como sacudido por un terremoto, las casas se venían abajo unas sobre otras, se oía el horrendo fragor de las paredes al derrumbarse, el estrépito de los cristales de las ventanas rotas sobre la acera y los gritos de pánico, los llantos, los ruegos de ayuda, las blasfemias y el griterío de la gente que, frenética, huía a la carrera. En la bodega empezaba a notarse un acre olor a azufre, que se filtraba con el humo de las explosiones y los incendios. Las bombas caían sobre la Terazije, la plaza Spomenik y el viejo Palacio Real. Por las calles pasaban a toda velocidad columnas de vehículos cargados de generales, ministros, dignatarios de la corte y altos funcionarios. El terror se había apoderado de las autoridades civiles y militares, que habían decidido huir de la capital. Hacia las diez de la mañana, la ciudad había sido abandonada a su suerte. Entonces comenzaron los saqueos.

El populacho, al que se habían unido bandas de gitanos llegadas desde Zemun y Pancevo, reventaba las persianas de los negocios e incluso subía a robar a las casas. Desde la Terazije llegaba el tableteo de los fusiles. Ciudadanos y saqueadores combatían en las calles, en las escaleras de los edificios, en los rellanos, en las casas. En la plaza Spomenik, el Teatro Real era pasto de las llamas. La pastelería que

había frente al teatro, al otro lado de la plaza, se había derrumbado. Era una pastelería turca, famosa en todos los Balcanes por sus dulces afrodisíacos. La muchedumbre rebuscaba gritando entre los escombros y reñía ferozmente por las preciosas golosinas, y unas mujeres desgreñadas con la cara congestionada inundaban el aire de risotadas obscenas mientras engullían y masticaban pastelillos, caramelos y confites afrodisíacos. *Spin* escuchaba el descomunal estruendo, el fragor de la mampostería demolida, los alaridos de terror, las carcajadas y el crepitar de las llamas gimiendo con las orejas gachas. Se había quedado hecho un ovillo entre las piernas del ministro Mameli y se le había orinado en los zapatos. Hacia mediodía, cuando poco a poco se alejó y apagó el fragor de las bombas, Mameli y los funcionarios de la legación subieron al primer piso, pero *Spin* se negó a salir del refugio. Incluso tuvieron que bajarle la comida a la bodega oscura y llena de humo.

Desde el despacho del ministro, en los momentos de silencio, se oían los quejidos de *Spin*. El mundo se había venido abajo, algo espantoso, algo sobrenatural debía de haber ocurrido, algo que *Spin* no alcanzaba a explicarse. «El bombardeo ha terminado —le decía Mameli cada vez que bajaba a verlo a la bodega—, ya puedes subir, el peligro ha pasado.» Pero *Spin* tenía miedo y no quería salir de la bodega. Ni tocó la comida, se quedó observando la sopa con recelo, con los ojos desconfiados e implorantes del perro que se ha visto traicionado por su propio amo. No existía ya ley humana o natural. El mundo se había venido abajo.

Hacía las cuatro de la tarde de ese mismo día, cuando el ministro Mameli se disponía a bajar a la bodega una vez más para intentar convencer a *Spin* de que el peligro había pasado y que todo había vuelto a la normalidad y el orden de siempre, se oyó un zumbido en lo alto del cielo, en la dirección de Zemun y de Pancevo. Las primeras bombas cayeron por la zona de Milosa Velikog, y eran esas enormes bombas que los Stuka dejan caer sobre los tejados como quien hunde un clavo: de un único, fulminante, preciso y violento martillazo. La ciudad temblaba hasta los cimientos, la gente corría gritando por la calle y de vez en cuando, entre una explosión y la siguiente, se hacía un gran silencio; todo cuanto alcanzaba a verse estaba muerto, sin hálito, inmóvil. Era como el silencio de la naturaleza el día que la Tierra muera, el inmenso e infinito silencio sideral de la Tierra el día que se quede fría y sin vida, el día que se consume la destrucción del mundo. Y entonces sonaba de repente un nuevo y tremendo estallido que arrancaba de raíz árboles y casas, y el cielo se desplomaba sobre la ciudad con el fragor del trueno.

El ministro Mameli y los funcionarios de la legación, algo pálidos, habían bajado al refugio y aguardaban sentados sobre unas sillas que el personal del servicio había dispuesto en torno a una

mesa en el centro de la bodega. Entre explosión y explosión, sólo se oían los aullidos de *Spin*, encogido entre las piernas de su amo.

—Es el fin del mundo —dijo el segundo secretario, el príncipe Ruffo.

—Es un auténtico infierno —observó el ministro Mameli mientras prendía un cigarrillo.

—La naturaleza ha desatado todas sus fuerzas contra nosotros —dijo el primer secretario Guidotti—. Hasta la naturaleza se ha vuelto loca.

—No hay nada que hacer —dijo el conde Fabrizio Franco.

—Sólo nos queda hacer como los rumanos —dijo el ministro Mameli—: *tutun si rábdare*, fumar y esperar.

Spin escuchaba la conversación y entendía perfectamente que se podía hacer otra cosa. *Tutun si rábdare*. Pero ¿esperar a qué? El ministro Mameli y los funcionarios de la legación sabían muy bien qué era lo que esperaban ahí sentados, pálidos e inquietos, fumando un cigarrillo tras otro. Si por lo menos hubieran dicho algo que le revelase el misterio de esa angustiosa espera. La ignorancia en que se encontraba con respecto a los acontecimientos de ese día aciago y al porqué de esa espera añadía una inquietud mucho peor que cualquier incertidumbre al miedo provocado por el pavoroso estrépito de las bombas. Y no porque *Spin* fuera un perro asustadizo. *Spin* era un magnífico perro inglés de pura raza, un perro ario en el mejor sentido de la palabra: por sus venas no corría una sola gota de sangre de color; un perro magnífico nacido en el mejor criadero de Sussex. No le temía a nada, ni siquiera a la guerra; *Spin* era un perro de caza, y la guerra, como todo el mundo sabe, es una partida de caza en la que los hombres son al mismo tiempo cazadores y piezas; un juego en el que los hombres, armados con fusiles, se dan caza los unos a los otros. A *Spin* no lo asustaban los disparos; se habría lanzado contra todo un regimiento sin pestañear siquiera. Al oír tiros se ponía como unas pascuas. Los disparos eran parte del orden natural, un elemento recurrente del mundo, de su mundo. ¿Qué sería la vida sin disparos? ¿Qué sería la vida sin esas largas carreras por prados y montes, por las colinas junto al Sava y el Danubio, siguiendo un olor tenso como un hilo a través de campos y bosques, caminando sobre el rastro de ese olor como el acróbata sobre la cuerda floja? Cuando el disparo del cazador retumba seco en el aire ligero y transparente de la mañana, o se propaga como un dulce bramido por la gris telaraña de la lluvia otoñal, o se difunde exultante por la llanura nevada, el orden natural se revela perfecto. Era el disparo del fusil lo que culminaba la perfección de la naturaleza, del mundo y de la vida.

En las largas noches de invierno, cuando Mameli se sentaba en la biblioteca delante del hogar con su pequeña pipa entre los dientes

y la frente inclinada sobre las páginas de un libro (el alegre crepitar de las llamas en el hogar, y, fuera, el silbido del viento y el repique de la lluvia), *Spin*, acurrucado en la alfombra a los pies de su amo, soñaba con aquel seco disparo de fusil y con el tintineo del aire cristalino de la mañana. De vez en cuando levantaba los ojos para mirar el viejo fusil turco colgado en la pared al lado de la puerta y sacudía la cola. Era una escopeta turca de pedernal con incrustaciones de madreperla (Mameli se la había comprado por unos pocos dinares a un buhonero de Monastir) que sin duda en el pasado debió de empuñarse contra los soldados cristianos del príncipe Eugenio de Saboya y contra los caballeros húngaros y croatas que atravesaban al galope los prados de Zemun. Un fusil de guerra viejo y fiel que no sólo había cumplido con su deber, sino que al hacerlo había contribuido a mantener el orden antiguo y tradicional de la naturaleza, un fusil que, en su ya lejana juventud, le había puesto al mundo la guinda de la perfección el día en que su seca descarga rompió en pedazos el cristal de la mañana y un joven ulano cayó del caballo a lo lejos, en Zemun, en Novi Sad, en Vukovar. *Spin*, pese a no ser un *son ofa gun*, no concebía el mundo sin fusiles. Mientras la voz del fusil reinara soberana, nada podría turbar el orden, la armonía y la perfección de la naturaleza.

Mas el espeluznante fragor que esa mañana había hecho que el mundo se viniera abajo no era, no podía ser, la amistosa voz del fusil; se trataba de una voz desconocida hasta entonces, una voz nueva y escalofriante. Algún monstruo feroz, algún cruel dios ajeno había acabado para siempre con el reinado del fusil, aquel dios familiar que hasta ese día había gobernado el mundo con orden y armonía. Vencida por ese estruendo salvaje, la voz del fusil habría de enmudecer para siempre. Y la imagen de Mameli, tal como la concebía la mente de *Spin* en esos crueles instantes, sobre el trasfondo de una naturaleza devastada, de un mundo en ruinas, era la imagen de un hombrecillo encorvado, gris y pálido que caminaba a trompicones por campos desnudos y bosques reducidos a cenizas con un morral vacío colgado en bandolera y un fusil mudo, inútil y vencido apoyado en el hombro.

De pronto, la mente de *Spin* se vio asaltada por un terrible pensamiento. ¿Y si esa voz espantosa... y si esa voz salvaje fuese efectivamente la voz del fusil? ¿Y si el fusil, víctima de un inesperado ataque de locura, se hubiese echado a correr por calles, campos, bosques y riberas asolando la naturaleza con su nueva, horrenda y delirante voz? *Spin* sintió que la sangre se le helaba en las venas ante esa posibilidad. La imagen de Mameli armado con su terrible fusil enloquecido surgió ante sus ojos como una amenaza. Mameli introducía un cartucho en el cañón, levantaba el arma, apoyaba la culata en el hombro y apretaba el gatillo. Un trueno espantoso estallaba en la boca del fusil. Un tremendo estruendo sacudía la ciudad hasta los cimientos, profundos abismos resquebrajaban la

tierra, las casas caían las unas contra las otras derrumbándose con un fragor descomunal y levantando una inmensa nube de polvo.

Pálidos y sudados, ninguno de los presentes en la bodega decía nada; alguno rezaba. *Spin* cerró los ojos y encomendó su alma a Dios.

Ese día yo me encontraba en Pancevo, a las puertas de Belgrado. Desde la distancia, la inmensa nube negra que surgía de la ciudad parecía el ala de un buitre gigantesco, un ala palpitante que ocultaba el cielo con su imponente presencia. Al atardecer, los rayos del sol la herían de través, arrancándole destellos fuliginosos y sanguinos. Parecía el ala de un buitre herido de muerte que intenta ganar altura y se debate desgarrando el cielo con sus duras plumas. Al fondo, sobre la ciudad replegada en su colina boscosa, al otro lado de la verde llanura surcada de ríos amarillos de reposadas aguas, las bandadas de Stuka acometían sin tregua embistiendo con el pico, silbaban horriblemente, despedazaban con el pico y las garras las casas blancas, los altos edificios de cristal reluciente y las calles que desde los márgenes de los arrabales se extienden por la llanura. Altas fuentes de tierra manaban junto a las orillas del Danubio y el Sava. En mi cabeza vibraba un zumbido interminable, un incesante silbido de alas metálicas relucientes bajo la luz última del día. El horizonte resonaba lejano como un feroz tam—tam. El lejano reflejo de las llamas era distinguible en varios puntos de la llanura. Los soldados serbios corrían en desbandada por los campos y las patrullas alemanas caminaban encogidas por las acequias, hurgando entre los cañizares y los juncales de las charcas a orillas del Timis. Era un atardecer pálido y dulce, y la luna llena se alzaba despacio entre las colinas al fondo del horizonte y hacía brillar las aguas del Danubio. Y mientras yo observaba el lento avance de la luna por el cielo desde la habitación de un caserío abandonado (el cielo tenía un color rosado, parecido al rosa brillante de las uñas de los niños), se alzaba en torno a mí el coro lastimero de los perros. Ninguna voz humana, por doliente que sea, iguala a la de los perros a la hora de expresar el dolor universal. Ninguna música, ni siquiera la música más pura, logra expresar el dolor del mundo como la voz de los perros. Eran notas moduladas, trémulas, sostenidas sobre el filo de un aliento prolongado y constante que de repente quedaba truncado por un sollozo alto y claro. Eran llamadas remotas, llamadas desiertas proferidas entre pantanos, montes, cañizares y juncos, en los que el viento soplaba como un leve escalofrío. Sobre el agua de las charcas flotaban cuerpos sin vida; doradas por el claro de luna, bandadas de cuervos posados sobre las carroñas de caballos abandonadas en los caminos alzaban el vuelo con un torpe batir de alas. Jaurías de perros famélicos rondaban por las aldeas, donde algunas casas aún humeaban como tizones. Llegaban al galope, con ese galope apretado y pesado de los perros cuando desconfían, girando la cabeza hacia ambos lados con las fauces abiertas, los ojos enrojecidos y brillantes,

y se detenían a ratos para ladrarle con voz lastimera a la luna, que amarilla, gruesa y empapada en sudor ascendía lentamente por el cielo puro, rosado como las uñas de los niños, e iluminaba con su luz diáfana y dulce las aldeas desiertas reducidas a escombros, las calles y los campos sembrados de muertos y, al fondo, la blanca ciudad, cubierta por un ala de humo negro.

Tres días tuve que quedarme en Pancevo. Luego seguimos adelante, dejamos atrás el río Timis, cruzamos la península que forma éste cuando desemboca en el Danubio y nos quedamos otros tres días en el pueblo de Rita, a orillas del gran río, justo enfrente de Belgrado, junto al amasijo de hierros de lo que hasta entonces había sido el puente dedicado al rey Pedro II. La corriente amarilla e impetuosa del Danubio arrastraba vigas chamuscadas, colchones y carroñas de caballos, ovejas y bueyes. Ante nosotros, en la orilla opuesta, la ciudad agonizaba envuelta en el olor oleoso de la primavera. Nubes de humo se levantaban en la estación de Rumania y en el barrio de la Dusanova. Hasta que un día, a eso del atardecer, el capitán Klinberg cruzó el Danubio con una barca acompañado de cuatro soldados y ocupó Belgrado. Entonces, también nosotros atravesamos el inmenso río amparados por el gesto solemne del *Feldwebel* de la *Grossdeutschland División* a cargo del tráfico fluvial (solitario, puro, esencial y abstracto, semejante a una columna dórica, aquel *Feldwebel* erguido en la orilla del Danubio era el único árbitro de aquel ingente tráfico de hombres y máquinas), y entramos en la ciudad por la parte de la estación de Rumania, al cabo de la avenida Príncipe Pablo.

Un viento verde susurraba entre las hojas de los árboles. Faltaba poco para el anochecer, y la última luz de la jornada llovía del cielo gris y opaca como la ceniza. Caminé por en medio de tranvías y coches llenos de cadáveres. Agazapados entre unos cojines junto a los cuerpos ya lívidos e hinchados de los muertos, unos gatos gordos me miraban fijamente con sus ojos sesgados y fosforescentes. Un gato amarillo me siguió maullando por la acera durante un trecho. El suelo parecía una alfombra de cristales rotos y mis zapatos crujían de una forma horrible sobre las esquirlas de cristal. De vez en cuando me cruzaba con gente que caminaba pegada a las paredes con paso inseguro, observando a su alrededor. Nadie respondía a mis preguntas, la gente me miraba con unos ojos extraordinariamente blancos y se marchaba sin darse la vuelta siquiera. Su rostro mugriento no llevaba impreso el signo del miedo, sino el de un gran estupor.

Faltaba sólo media hora para el toque de queda. La Terazije estaba desierta. Delante del hotel Balkan, al borde del cráter de una bomba, había un autobús lleno de muertos. En la plaza Spomenik el Teatro Real seguía ardiendo. Se avecinaba una noche de cristal opaco, y una luz lechosa inundaba las casas derruidas, las calles

desiertas, los coches abandonados y los tranvías quietos en mitad de la vía. En diversos puntos de la ciudad muerta tronaban disparos de fusil, secos y crueles. Una vez oscureció, llegué por fin a la legación de Italia. A primera vista, el edificio parecía intacto; luego, poco a poco, los ojos descubrían que los cristales de las ventanas estaban rotos, los postigos, arrancados, los muros, descascarillados y el techo, levantado por el bufido de una inmensa explosión.

Entro y subo las escaleras; el interior está iluminado por unas pequeñas lámparas de aceite colocadas aquí y allá sobre los muebles, como los cirios de las imágenes sagradas. Las sombras tiemblan en las paredes. El ministro de Italia, Mameli, está en su despacho, inclinado sobre unos papeles; su rostro pálido y enjuto se halla inmerso en la aureola amarilla de la llama de un par de velas. Me mira con los ojos fijos y mueve la cabeza como si no pudiera creer lo que ven sus ojos.

—¿De dónde vienes? —me pregunta—. ¿De Bucarest? ¿De Timisoara a través del Danubio? ¿Cómo lo has conseguido?

Me habla del terrible bombardeo, de la espantosa masacre. Vergüenza debería darnos, dice, ser aliados de los alemanes. Han vivido días de angustia atrincherados en la legación a la espera de que las tropas alemanas ocuparan la ciudad, abandonada a manos de los saqueadores. Una bomba de mil kilos ha caído justo detrás del muro que rodea el jardín. Pero gracias a Dios, dice, estamos todos sanos y salvos, no hay ni un herido. Yo lo observo mientras habla. Está ojeroso, tiene el semblante desencajado y los párpados enrojecidos por el insomnio. Es menudo, delgado y anda un poco encorvado. Desde hace años camina ayudándose de un bastón, está cojo a causa de una herida de guerra y todavía hoy arrastra ligeramente la pierna al caminar.

¿Cuántos años hace que lo conozco? Oh, hace más de veinte años. Es un hombre honesto y bueno, Mameli, y le tengo un gran aprecio. La guerra lo ofende como un insulto a su honor, a sus sentimientos cristianos. De pronto se calla y se pasa la mano por la cara.

—Vámonos a cenar —dice tras un largo silencio.

En torno a la mesa sólo se ven caras pálidas, sudadas y mal afeitadas. Mameli y los funcionarios de la legación han pasado varios días viviendo como una guarnición en una plaza sitiada. Ahora el asedio ha terminado, pero siguen sin tener agua, luz ni gas. Los camareros lucen unas libreas impecables, pero sus rostros somnolientos dejan adivinar el rastro del miedo. La luz de las velas baila en los vasos de cristal, en la plata, en la mantelería de lino blanco. Comemos un plato de sopa, algo de queso y una naranja. Terminada la cena, Mameli me lleva a su despacho y empezamos a conversar.

—¿Dónde está *Spin*? —le pregunto.

Mameli me lanza una mirada triste; hay en sus ojos una sombra de pudor.

—Está enfermo —responde.

—¡Oh, pobre *Spin*! ¿Y qué tiene?

Mameli se sonroja y responde sin mirarme, con cierto azoramiento.

—No sé qué tiene. Está enfermo.

—No será nada.

—Claro, no será nada —se apresura en contestar—, no creo que sea nada grave.

—¿Quieres que le eche un vistazo?

—Gracias, pero no te molestes —responde Mameli ruborizándose—, mejor dejarlo en paz.

—*Spin* y yo somos amigos, se alegrará de volver a verme.

—Sí, claro, se alegrará de volver a verte —dice Mameli, y se lleva a los labios el vaso de whisky—, pero quizás es mejor dejarlo en paz.

—Le irá bien reencontrarse con un viejo amigo —digo mientras me pongo en pie—. ¿Dónde está? Vamos a darle las buenas noches.

—Ya sabes cómo es *Spin* —dice Mameli sin levantarse de sus sillón—, no le gusta que se ocupen de él cuando se encuentra mal. No quiere médicos ni enfermeros. Prefiere curarse solo —y al decir esto toma una botella de Johnny Walker y añade sonriendo—: ¿Un poco más de whisky?

—*Spin* no está enfermo —digo—, lo que pasa es que está enfadado contigo porque no te lo llevas a cazar. Desde hace un tiempo andas hecho un gandul. Te has acomodado, ya no sales de casa. Mala señal. Es un signo de vejez. ¿O acaso no es cierto que te has vuelto un gandul?

—No es cierto —dice Mameli sonrojándose—, te equivocas, me lo llevo a cazar una vez por semana. Hemos dado paseos estupendos últimamente, hasta hemos estado en el Fruska Gora, y hace un mes, antes de que se machara mi esposa, pasamos tres días fuera. Te digo que *Spin* no está enfadado conmigo, está enfermo.

—Pues vayamos a verlo —digo al tiempo que me dirijo hacia la puerta—. ¿Dónde está?

—En la bodega —responde Mameli bajando la mirada.

—¿En la bodega?

—Sí, en la bodega. O sea en el refugio.

—¿En el refugio? —digo yo, y miro fijamente a Mameli.

—Lo he intentado todo, pero no quiere subir —responde Mameli con la mirada gacha—. Lleva casi diez días en el refugio.

—¿Y no quiere subir? Entonces tendremos que bajar nosotros.

Dicho esto bajamos las escaleras, dándonos lumbre con una lámpara de petróleo. *Spin* está echado en el rincón más oscuro y recóndito de la bodega, sobre un camastro hecho con cojines de sofá; lo primero que veo es el brillo suave y asustado de sus ojos claros, a continuación oigo los golpes de la cola sobre los cojines y, deteniéndome en el último peldaño, le digo en voz baja a Mameli:

—Pero ¿qué demonios le pasa?

—Está enfermo —responde Mameli.

—Sí, de acuerdo, pero ¿qué demonios tiene?

—Tiene miedo —dice Mameli con voz queda, sonrojándose.

Spin tenía, efectivamente, todo el aspecto de un perro atribulado por el miedo, un miedo terrible, al que había que sumar un sentimiento de pudor, de vergüenza, pues en cuanto me vio y me reconoció por el olor y la voz, agachó las orejas, escondió el hocico entre las patas y se quedó mirándome con el rabillo del ojo, sin dejar de remover la cola, tal como hacen los perros cuando se avergüenzan de sí mismos. Estaba flaco, las costillas se le marcaban bajo la piel y tenía los flancos hundidos y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Oh, *Spin*! —exclamé con tono de compasión y de reproche.

Spin me miró con ojos suplicantes, luego le lanzó a Mameli una mirada de desengaño, y entonces comprendí que en su interior se acumulaba una amalgama de sentimientos: miedo, desilusión, pesar y hasta un poco de piedad, sí, una ligera conmiseración.

—No es miedo tan sólo —dije—, hay algo más.

—¿Qué más? —preguntó Mameli con vivacidad, casi con alegría.

—No es miedo tan sólo —dije—, en su interior late un sentimiento más oscuro y profundo. Tengo la sospecha, y la esperanza, de que no se trata sólo de miedo. El miedo es un sentimiento innoble. No, no es miedo tan sólo —dije, y *Spin* me escuchaba con las orejas enhiestas.

—Me quitas un gran peso de encima —dijo Mameli—. En mi casa nunca ha habido pusilánimes. Habría sido el primer caso de cobardía en la familia. Los Mameli siempre hemos sido gente con agallas. Me dolería en lo más hondo que *Spin* fuese indigno del nombre que lleva, del nombre de los Mameli.

—Oh, estoy seguro de que *Spin* es digno de las tradiciones de tu familia. ¿A que sí, *Spin*? *You are a brave dog, aren't you?* —le dije en su lengua materna mientras le acariciaba la frente.

Spin me miró y sacudió la cola. Luego miró a Mameli con esos ojos llenos de desengaño, piedad, pesar, con esa mirada que traslucía una amonestación llena de afecto.

—Buenas noches, *Spin* —dije, y Mameli y yo volvimos al despacho y nos sentamos en los sillones delante de la chimenea apagada.

Pasamos así un buen rato, sin decirnos nada, tan sólo bebiendo y fumando. De vez en cuando Mameli me lanzaba una mirada y suspiraba.

—Ya verás —le dije— como mañana por la mañana *Spin* estará curado. Tengo una medicina maravillosa.

Me levanté, y Mameli me acompañó hasta mi cama y me deseó buenas noches con voz triste; lo oí alejarse con paso ligero aunque algo vacilante, y me pareció que trastabillaba más de lo habitual.

Mi cama consistía en un sofá en un salón contiguo al comedor. Me quité las botas y me eché sobre los cojines, pero no conseguía conciliar el sueño. A través de la gran puerta de vidriera que separaba el salón del comedor, veía relucir suavemente entre las sombras los vasos, las botellas de cristal, la porcelana y las fuentes de plata. El sofá estaba en un rincón, debajo de un gran cuadro que representaba el episodio bíblico de la mujer de Putifar. La túnica de José era una hermosa túnica de lana roja, suave y cálida. Para taparme, yo no tenía otra cosa que mi impermeable empapado por la lluvia y sucio de lodo. En el gesto de la lasciva mujer de Putifar creí reconocer un gesto de piedad maternal y solicitud femenina, como si lo que impulsara a la pecadora no fuera un deseo impuro, sino la virtuosa y sincera intención de quitarle la túnica a José para dejarla caer sobre mis hombros. El paso de las patrullas alemanas resonaba sombrío en la calle desierta. Hacia la una de la noche, alguien llamó a la puerta de la legación de Bulgaria, situada en frente de la legación de Italia.

—Silencio, no hagáis ruido —dije medio dormido—, no despertéis al pobre *Spin*.

A esas horas *Spin* estaba durmiendo, *you are a brave dog, aren't you?* De pronto me invadió el cansancio y caí de cabeza en el sueño.

A la mañana siguiente le dije a Mameli:

—Ve a por la escopeta de caza.

Mameli salió al pasillo, descolgó la escopeta de la pared y la abrió para soplar en el interior de los cañones.

—Ahora vamos a buscar a *Spin* —dije.

Bajamos las escaleras, nos asomamos a la puerta de la bodega y en cuanto *Spin* vio a Mameli con el fusil en la mano, agachó los ojos, escondió el hocico entre las patas y empezó a aullar con suavidad, con una voz infantil.

—Andando, *Spin* —dije.

Spin observaba el fusil con los ojos desorbitados y temblando.

—Arriba, *Spin*, que nos vamos —repetí riñéndolo aunque con afecto.

Pero *Spin*, en vez de moverse, observaba el fusil con los ojos desorbitados y temblando de miedo; entonces lo tomé por una pata (temblaba como un niño asustado, cerraba los ojos para no ver el fusil que Mameli llevaba apoyado a la espalda) y subimos lentamente las escaleras hasta el vestíbulo.

En el vestíbulo nos estaban esperando el nuncio apostólico de Belgrado, monseñor Felici, y el ministro de Estados Unidos, Mr. Bliss Lane. Habían recibido la noticia de mi llegada y, como sabían que ese mismo día debía ponerme en camino para Budapest, habían acudido a la legación para pedirme que me llevara unas plicas. Bliss Lane tenía en las manos un gran sobre amarillo que me pidió que entregara en la legación de Estados Unidos en Budapest. Luego me entregó el texto de un telegrama para que se lo transmitiera desde la capital húngara a la señora Bliss Lañe, que se encontraba por entonces en Florencia, invitada por una amiga. Monseñor Felici me rogó también que entregara una plica en la nunciatura apostólica de Budapest.

—Lo primero es *Spin*, que está muy enfermo —dije—, después hablaremos de sus cartas.

—Oh, desde luego —dijo monseñor Felici—, lo primero es *Spin*.

—¿Quién es *Spin*? —preguntó el ministro de Estados Unidos dando vueltas entre las manos al gran sobre amarillo.

—¿Quién es *Spin*? ¿No conoce a *Spin*? —preguntó monseñor Felici.

—*Spin* está enfermo y hay que curarlo —dije.

—Espero que su intención no sea matarlo —dijo Bliss Lane, y señaló el fusil que Mameli aferraba en su puño convulso.

—Bastará un cartucho —dije.

—Pero eso es horrible —exclamó Bliss Lane con desdén.

Mientras hablábamos yo había salido al jardín y había arrastrado a *Spin* por la correa hasta la avenida llena de cascotes. El primer impulso de *Spin* fue salir huyendo, intentó liberarse de la correa y se puso a aullar suavemente con su voz infantil; hasta que vio que Mameli abría el fusil e introducía un cartucho en el cañón:

entonces se agazapó en el suelo temblando, dio unos pasos hacia el jardín y se detuvo con la cabeza agachada sobre el pecho.

—¿Listo? —le dije a Mameli.

Las personas a nuestro alrededor: Guidotti, el príncipe Ruffo, el conde Fabrizio Franco, Bavai, Costa y Corrado Sofia, habían ido apartándose en silencio y con los ojos fijos en el fusil que Mameli sujetaba en sus manos temblorosas.

—Esto que van a hacer es horrible —dijo Bliss Lane con la voz entrecortada—. ¡Horrible!

—Dispara —le ordené a Mameli.

Mameli levantó poco a poco el fusil. Los presentes contuvieron la respiración. *Spin*, agazapado en el suelo, lloraba en silencio. Mameli levantó poco a poco el fusil, se lo apoyó en el hombro, apuntó y disparó.

El disparo retumbó breve y puro entre los muros del jardín (Mameli había apuntado el arma hacia un árbol; una bandada de gorriones alzaron el vuelo trinando de miedo y de las ramas se desgajaron algunas hojas que planearon lentas por el aire gris), y *Spin* enderezó las orejas, abrió los ojos y miró a su alrededor. Ésa que había resonado en sus oídos era una voz familiar, la amistosa voz del fusil. Todo había vuelto, pues, al viejo orden, a la antigua armonía. La naturaleza no estaba ya asolada por la voz enorme, horrenda y delirante del fusil enloquecido, sino que había recuperado su sonrisa serena. Cuando Mameli introdujo el cartucho en el cañón, *Spin* sintió que la sangre se le helaba en las venas, temiendo que de la boca del fusil enloquecido prorrumpiera aquel estallido atronador, aquel fragor espantoso que había asolado la naturaleza y había hecho que el mundo se viniera abajo, sembrando la tierra de luto y destrucción. Durante la angustiosa espera había cerrado los ojos temblando, pero he aquí que el fusil, curado por fin de su monstruosa locura, dejaba oír de nuevo su voz antigua y familiar en medio de la naturaleza apaciguada. *Spin* se puso en pie removiendo la cola, miró a su alrededor lleno de asombro, todavía algo incrédulo, y se echó a correr por el jardín ladrando de alegría, hasta que se acercó a Mameli, apoyó las patas sobre su pecho y empezó a hacerle fiestas al fusil.

Mameli estaba algo pálido.

—Vamos, *Spin* —dijo.

Y se fue con el perro a colgar el fusil en la pared del pasillo.

Cuarta parte

LOS PÁJAROS

XII

EL OJO DE CRISTAL

La princesa Luise de Prusia, nieta del kaiser Guillermo II (su padre, el príncipe Joaquín de Hohenzollern, muerto hacía unos años, era uno de los hermanos menores del *Kronprinz*), iría esa tarde con Use a esperarme a la estación de Potsdam. «Iremos en bicicleta desde Lietzensee», me había dicho Use por teléfono.

Era una tarde de primavera, húmeda y tibia. Cuando me apeé del tren procedente de Berlín, la llovizna hacía flotar un polvo plateado en el aire verde. Las casas del fondo de la plaza parecían de aluminio. En la acera de la estación formaban grupos de oficiales y soldados.

Mientras leía un cartel de propaganda del *Leibstandarte* Adolf Hitler colgado en el vestíbulo de la estación (en el cartel, dos SS de rostro gótico, glabro y cortante, armados con fusiles ametralladores, con la cabeza cubierta con un gran casco de acero y una luz fría y cruel en sus ojos grises sobresalían con crudeza ante un paisaje de casas en llamas, árboles carbonizados y cañones hundidos en el fango), noté que una mano se posaba sobre mi brazo.

—Buenas tardes —dijo Use.

Tenía las mejillas rojas de cansancio debido a la excursión en bicicleta y el viento había enredado su cabellera rubia.

—Luise está esperando fuera —dijo—, se ha quedado vigilando las bicicletas —luego sonrió y añadió—: *She's very sad, poor child, be nice to her.*

Luise había apoyado las bicicletas en una farola y nos esperaba con la mano sobre uno de los manillares.

—*Comment allez-vous?* —me preguntó en su curioso francés de Potsdam, duro y tímido.

Me miró de arriba abajo sonriendo, con la cabeza ligeramente inclinada sobre el hombro, y me preguntó si tenía un alfiler. Caramba, ¿tampoco yo tenía un alfiler?

—Imposible encontrar un alfiler en toda Alemania —dijo riéndose.

Se le había roto un poco la falda y parecía muy preocupada por ese pequeño contratiempo. Lucía en la cabeza un sombrero tirolés de fieltro verde e iba vestida con una falda de *tweed* de color tabaco y un chaleco de corte masculino que le ceñía el talle, resaltando su fina cintura y la suavidad de sus caderas. Llevaba unos calcetines muy cortos y las piernas desnudas. Se alegraba de volver a verme, ¿por qué no iba con ellas hasta Lietzensee? Ella misma se encargaría de encontrar a quien pudiera prestarme una bicicleta. Pasaría la noche

en el castillo. Pero yo no podía, debía partir de nuevo por la mañana hacia Riga y Helsinki. ¿No podía retrasar el viaje? Lietzensee es precioso, no es exactamente un castillo, sino una antigua casa de campo rodeada de hermosísimos bosques. En los bosques de Lietzensee hay gamos y ciervos, allí la naturaleza es hermosa y joven.

Nos dirigimos hacia el centro de la ciudad, yo caminaba al lado de Luise, que avanzaba apoyándose en la bicicleta. Había dejado de llover, la noche era tibia y transparente, sin luna. Me daba la impresión de estar caminando por los alrededores de mi ciudad al lado de una muchacha. Tenía la sensación de haber vuelto al Prato de mi juventud, cuando al atardecer, a la hora en que las trabajadoras salían de las fábricas, me iba a esperar a Bianca en la acera del Fabbricone, al otro lado de porta del Serraglio, y la acompañaba a su casa caminando apoyado en la bicicleta. La acera estaba manchada de fango, pero Luise caminaba sin pararle mientes, hundiendo los pies en los charcos como hacían las obreras de mi ciudad, como hacía Bianca. Las primeras estrellas aparecían pálidas y remotas en el cielo, algo empañado todavía; entre las ramas de los árboles, los pájaros dejaban oír su trino dulce y alegre; la voz del río vibraba al fondo de la calle, como un tendón movido por el viento. Al llegar al puente nos detuvimos y nos asomamos en la barandilla para mirar el agua. Una barca con dos soldados pasaba en ese momento por debajo de los arcos, dejándose llevar por la corriente. Luise, apoyada en la barandilla de mármol, observaba el suave fluir del agua entre las riberas herbosas. Se asomaba al pretil poniéndose de puntillas, igual que Bianca en el puente del Mercatale para ver bajar las aguas del Bisenzio junto a la alta muralla de color rojo que circunda la ciudad. Yo me compraba un cucurucho de altramuces o de pipas de calabaza, y Bianca se divertía viéndome escupir las cáscaras al río.

—Si estuviésemos en Italia —dije—, le compraría un cucurucho de pipas de calabaza o de altramuces, pero en Alemania no se puede encontrar ni una pipa de calabaza. ¿Le gustan los altramuces y los frutos secos, Luise?

—Cuando estaba en Florencia me compraba todos los días un cucurucho de pipas de calabaza en la esquina de via Tornabuoni. Aunque ahora todo aquello me parece una fábula.

—¿Por qué no se va a pasar la luna de miel en Italia, Luise?

—Ah, ¿conque ya sabe que me caso? ¿Quién se lo ha dicho?

—Me lo dijo el otro día Ágata Ratibor. Vaya a Capri, Luise, a mi casa. Yo estaré lejos, en Finlandia, así que será la señora de la casa. En Capri la luna es dulce como la miel.

—No puedo. Me han retirado el pasaporte. No podemos salir de Alemania; en Lietzensee vivimos como si estuviéramos en el exilio.

La vida de los príncipes imperiales no era nada fácil. No podían alejarse de su residencia más allá de un radio de pocas millas. Luise se reía inclinando la cabeza sobre el hombro. Para ir a Berlín tenía que solicitar un permiso especial.

Los árboles se reflejaban en el río, el aire era dulce, iluminado por un fino velo de niebla plateada. Nos habíamos alejado ya del puente cuando un joven oficial se paró a saludarnos. Era un muchacho alto y rubio, de expresión franca y risueña.

—Oh, Hans —dijo Luise enrojeciendo.

Era Hans Reinhold. Parado en posición de firmes frente a Luise, con los brazos rígidos y pegados a los lados, la miraba sonriendo, hasta que poco a poco, como arrastrado por una fuerza mágica, giró la cara en dirección a un pelotón de soldados que marchaba al paso, taconeando con fuerza sobre el asfalto. Eran sus soldados, que habían terminado la guardia y regresaban al cuartel.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Hans? —le preguntó Luise en voz baja.

—Todavía no he terminado de jugar a los soldados. Esta noche estoy de servicio —dijo Hans.

Su mirada se había apartado ya del rostro de Luise y seguía ahora el avance de los soldados, que se alejaban taconeando con fuerza sobre el asfalto de la calzada.

—Hasta la vista, Hans —dijo Luise.

—Hasta la vista, Luise —dijo Hans, y llevándose la mano a la visera de la gorra, saludó a Luise a la rígida manera de Potsdam para luego volverse hacia Use y hacia mí y decir—: Hasta la vista, Use.

Se despidió de mí con una leve inclinación, salió corriendo tras su pelotón y desapareció por el fondo de la calle.

Luise caminaba en silencio, no se oía más que el murmullo de los neumáticos de las bicicletas sobre el asfalto húmedo, el rumor de un coche en alguna calle lejana y las pisadas de la gente en las aceras; Use también callaba, y sacudía de vez en cuando su cabecita rubia. Había momentos en que una voz humana rompía el silencio, esa serie de débiles acordes o sonidos fragmentarios que conforman el silencio crepuscular de las calles en las ciudades de provincia; la voz humana, no obstante, no alteraba la armonía de esos acordes, no era más que una voz humana, pura y solitaria.

—Hans debe partir para el frente el mes que viene —dijo Luise —, tendremos el tiempo justo para casarnos —y luego, tras un momento de duda, agregó—: Esta guerra... —Y calló.

—Esta guerra le da miedo —dije.

—No, nada de eso. No es como usted dice. Es que hay algo en esta guerra...

—¿El qué?

—Nada. Lo que quiero decir es que... pero da igual.

Habíamos llegado al restaurante que hay a poca distancia del puente, y entramos. El comedor estaba lleno de gente. Fuimos a sentarnos al fondo de una salita apartada donde había algunos soldados sentados en silencio en torno a una mesa y dos jóvenes, unas niñas casi, cenando en compañía de una señora de edad avanzada, tal vez la institutriz. Llevaban el cabello rubio recogido en una trenza sobre la espalda y el blanco cuello almidonado doblado sobre el uniforme gris de colegialas. Luise parecía incómoda, observaba a su alrededor como si buscara a alguien y de cuando en cuando me miraba y sonreía con tristeza. De repente dijo:

—Je n'en peux plus.

Había una sombra de frío rigor en su natural elegancia, ese frío rigor inherente al carácter de Potsdam, a su arquitectura barroca, a sus pretensiones neoclásicas, al claro estuco de sus iglesias, sus palacios, sus cuarteles, sus escuelas, sus casas áulicas y al mismo tiempo burguesas, apoyadas en el verde húmedo y denso de los árboles.

Delante de Luise me sentía libre y natural como delante de una muchacha de pueblo o de una obrera; la elegancia de Luise residía en su naturalidad de muchacha de pueblo, en esa tristeza algo tímida, la misma que surge de una vida sin alegrías, de la eterna fatiga cotidiana, de las tinieblas de una existencia dura y mediocre. No había en ella ningún rastro de orgullo humillado, de triste renuncia, ni rastro de esa falsa modestia, ese pudor vanidoso o ese resentimiento inopinado que la gente común toma por signos de la grandeza venida a menos; sólo una sencillez triste, algo así como una paciencia delicada e inconsciente, una nitidez apenas empañada, una inocencia antigua y noble, la fuerza oscura y paciente que reside en el fondo del orgullo. Delante de ella me sentía libre y natural como delante de una de esas obreras que se ven a última hora de la tarde en los vagones del U—Bahn o por las caliginosas calles de los arrabales de Berlín, en los alrededores de los talleres, a la hora en que las obreras alemanas salen en grupo y se marchan a pie humilladas y tristes, seguidas a cierta distancia por la muchedumbre silenciosa y opaca de las muchachas descalzas, medio desnudas y desgredadas que los alemanes toman como esclavas blancas durante sus razias en tierras de Polonia, Ucrania y Rutenia.

Las manos de Luise era finas y delicadas, y sus uñas, pálidas y transparentes. Las muñecas, esbeltas, con un juego de venas azules que terminaban por unirse con las líneas de las manos. Tenía una mano apoyada sobre el mantel y contemplaba las estampas de

caballos que decoraban las paredes del salón; eran los purasangres más célebres de la *Hohe Schule* de Viena, dibujados por Vernet y Adam, algunos en posición de paso español de desfile, otros galopando en medio de un paisaje de árboles azules y aguas verdes. Yo no dejaba de mirar la mano de Luise. Era la mano de una Hohenzollern. (Sabía reconocer las manos de los Hohenzollern, famosas por su brevedad, su delicadeza provinciana, más bien rechonchas, con el pulgar curvado hacia fuera, el meñique minúsculo y el dedo corazón sobresaliendo apenas entre los demás.) La mano de Luise, sin embargo, estaba roja y corroída por la lejía, surcada de pequeñas arrugas, y tenía la piel agrietada, como las manos de las obreras polacas y ucranianas a las que había visto mientras comían mendrugos de pan negro sentadas en el suelo frente al muro de la fundición aquel día que visité el suburbio de Ruhleben, como las manos de las «esclavas blancas» del este, de las obreras metalúrgicas rusas que hacia el anochecer atestan las aceras de los barrios industriales de Pankow y Spandau.

—¿Podría traerme un poco de jabón cuando vaya a Italia o a Suecia? —me dijo Luise escondiendo la mano—. Tengo que hacer yo misma la colada, si quiero lavarme las medias y la ropa interior. Un poco de jabón de cocina —y tras un silencio incómodo añadió—: Preferiría trabajar de obrera en una fábrica. *Je n'en peux plus de cette existence de petite bourgeoise.*

—Pronto le llegará el turno —dije—, también a usted la mandarán a trabajar a una fundición.

—Uy, no, no quieren saber nada con los Hohenzollern. Somos los parias de esta Alemania. No saben qué hacer con nosotros —dijo con cierto matiz de desprecio—, no saben qué hacer con una alteza imperial.

En ese momento entraron en la sala dos soldados con los ojos tapados con una venda negra. Con ellos iba una enfermera que los guiaba dándoles la mano. Se sentaron a una mesa a poca distancia de la nuestra y se quedaron callados e inmóviles. De vez en cuando la enfermera se daba la vuelta y nos miraba. En un momento dado dijo algo en voz baja a los soldados ciegos y también éstos volvieron la cara hacia nosotros.

—¡Qué jóvenes son! —dijo Luise en voz baja—. Parecen dos chiquillos.

—Han tenido suerte —dije—. La guerra no los ha devorado. La guerra no devora cadáveres, sólo soldados vivos. Devora las piernas, los brazos y los ojos de los soldados vivos, casi siempre mientras duermen, como los ratones. Los hombres, sin embargo, son más civilizados; nunca se comen a un hombre vivo. Por alguna razón prefieren comerse los cadáveres. Quizá por lo difícil que es comerse a un hombre vivo, ni que sea dormido. En Smolensk he visto a algunos

prisioneros rusos comerse los cadáveres de sus compañeros muertos de hambre y de frío. Los soldados alemanes se quedaban mirándolos en silencio, con toda la cordialidad y el respeto del mundo. Los alemanes rebosan humanidad, ¿a que sí? A fin de cuentas no era culpa suya, no tenían qué darles de comer a los prisioneros, por eso se quedaban ahí mirándolos, sacudiendo la cabeza y diciendo «*arme Leute*», pobre gente. Los alemanes son un pueblo de sentimentales, el pueblo más sentimental y civilizado del mundo. El pueblo alemán no come cadáveres. Un pueblo civilizado no come cadáveres. Come hombres vivos.

—Por lo que más quiera, no sea cruel, no cuente semejantes horrores —dijo Luise mientras posaba la mano sobre mi brazo.

Noté que se estremecía, y por un momento sentí un acceso de violenta compasión.

—Hacía un frío terrible —continué—, y me puse a vomitar. Me avergonzaba dar esa imagen de debilidad ante los alemanes. Los oficiales y soldados alemanes me miraban con desprecio, como mirarían a una mujer medrosa. Yo me ruboricé, quería disculparme por ese instante de debilidad, pero el vómito no me dejaba pedirles disculpas a los alemanes.

Luise no decía nada; podía sentir el temblor de su mano en mi brazo. Había cerrado los ojos y parecía como si no respirase. Finalmente, sin abrir los ojos y temblando todavía, dijo:

—A veces me pregunto si mi familia tiene parte de responsabilidad en todo lo que está sucediendo. ¿Cree que los Hohenzollern tenemos nuestra parte de culpa?

—¿Y quién no tiene una parte de culpa? Yo no soy un Hohenzollern y hasta yo creo a veces que tengo parte de responsabilidad en todo lo que está sucediendo en Europa.

—*Parfois je me demande si je suis obligée, en tant que femme allemande, d'aimer le peuple allemand. Une Hohenzollern doit aimer le peuple allemand, n'est—ce pas?*

—*Vous n'êtes pas obligée de l'aimer. Mais les Allemands sont tres gentils quand même.*

—*Oh, oui! Ils sont tres gentils* —dijo Use sonriendo.

—¿Quiere que le cuente la historia del ojo de cristal?

—No quiero oír historias truculentas —dijo Luise.

—No es una historia truculenta. Es una historia alemana, una historia sentimental.

—Baje la voz —dijo Luise—, los dos ciegos podrían oírle.

—¿Cree que en el mundo puede haber algo más noble que un ciego? Si algo les supera en nobleza, tal vez sean los que tienen un

ojo de cristal. Sin embargo, el invierno pasado vi en Polonia a unos hombres más nobles aun que los ciegos y que los que tienen un ojo de cristal. Estaba en Varsovia, en el café Europejski. Volvía del frente de Smolensk, estaba muerto de agotamiento y las náuseas no me dejaban dormir. Me despertaba por las noches con un terrible dolor de estómago, me daba la sensación de haberme tragado un animal y que ahora el animal estuviera mordiéndome las vísceras. Era como si me hubiera comido un pedazo de hombre vivo, y me pasaba horas y horas con los ojos abiertos en medio de la oscuridad. El caso es que estaba en Varsovia, en el café Europejski. La orquesta tocaba viejas canciones polacas y *Lieder* vieneses. En una mesa próxima a la mía estaban sentados unos cuantos soldados alemanes acompañados por dos enfermeras. El público del café era el de siempre, espléndido y miserable, ese público lleno de dignidad y de caballerisca melancolía que tan a menudo encuentra uno en los locales de las ciudades polacas en estos tiempos de miseria y esclavitud. Mujeres y hombres de aspecto amargado se sentaban en torno a las mesas escuchando la música en silencio o charlando en voz baja. Todos llevaban ropa arrugada, camisas deshilachadas y zapatos con los tacones desgastados. Sus ademanes transmitían esa nobleza que convierte a la nación polaca en un espejo empañado en el que hasta los gestos más cotidianos se reflejan con una dignidad y un esplendor antiguos.

«Igualmente maravillosas eran las mujeres, por su sencillez rebosante de *grandeur* y por el orgullo que eclipsaba en sus rostros la palidez del hambre. Sonreían sin ganas, y no obstante no había en ellas sombra de dulzura, de resignación ni de piedad, ni un vestigio de humildad en la sonrisa desganada de aquellos labios doloridos. Tenían los ojos hundidos y claros, pero al mismo tiempo atormentados; parecían pájaros heridos, pájaros prisioneros; recordaban a esas gaviotas que vuelan sin ganas presagiando la tormenta y cuyos gritos se confunden con el estrépito del viento y las olas. En la mesa de al lado, los soldados alemanes permanecían sentados con los ojos abiertos y el rostro inmóvil. Me fijé en que, en el centro de sus ojos, las pupilas se dilataban y se contraían de un modo extraño. Luego caí en la cuenta de que no pestañeaban. Y sin embargo, no eran ciegos, pues mientras los unos leían el periódico los otros observaban con atención a los músicos de la orquesta, el ir y venir de la gente, el tráfago de los camareros entre las mesas y, a través de los vidrios empañados de los ventanales, la inmensa plaza Pilsudski, desierta bajo la nieve.

»De pronto advertí con horror que no tenían párpados. Días atrás había visto ya a algunos soldados sin párpados bajo la marquesina de la estación de Minsk, volviendo de Smolensk. El frío atroz de aquel invierno había tenido unas consecuencias de lo más insólito. Los soldados que habían perdido extremidades y a los que el hielo había amputado orejas, nariz, dedos y órganos genitales se contaban por miles. A muchos se les había caído el pelo. Se conocían

casos de soldados que se habían quedado calvos de un día para otro, y de otros que perdían el pelo a mechones, como los tiñosos. Muchos de ellos habían perdido los párpados. Quemado por el frío, el párpado se desgaja como una piel muerta. Me quedé mirando horrorizado los ojos de aquellos pobres soldados del café Europejski de Varsovia, aquellas pupilas que se dilataban y se contraían en sus ojos abiertos y extraviados, esforzándose en vano por evitar la embestida de la luz. Pensé que aquellos infelices tenían que dormir con los ojos abiertos en la oscuridad, que sus párpados no eran sino la noche; que transcurrían el día caminando con los ojos abiertos y fijos en dirección a la noche; que se sentaban al sol esperando que la sombra de la noche bajase sobre sus ojos como un párpado; que su destino era la locura, y que sólo la locura podía dar un poco de sombra a sus ojos sin párpados.

—¡Oh, basta! —dijo Luise casi gritando y mirándome con los ojos muy abiertos e insólitamente blancos.

—*Vous ne trouvez pas que tout cela est gentil, tres gentil?* —dije sonriendo.

—*Taisez—vous* —murmuró Luise, que había cerrado los ojos y jadeaba al respirar.

—Permítame que le cuente la historia del ojo de cristal.

—*Vous n'avez pas le droit de me faire souffrir* —dijo Luise.

—*Ce n'est qu'une histoire chrétienne, Luise. N'êtes—vous pas une princesse de la Maison impériale d'Allemande, une Hohenzollern, n'êtes—vous pas ce qu'on appelle encoré un jeune fille de bonne famille? Pour quelle raison ne devrais—je pas vous raconter des histoires chrétiennes?*

—*Vous n'avez pas le droit* —dijo Luise, lacónica.

—Permítame al menos que le cuente una historia de niños —dije.

—*Oh! Je vous en prie, taisez—vous* —dijo Luise—. *Vous ne voyez pas que je tremble? Vous me faites peur.*

—Se trata de una historia de niños napolitanos y aviadores ingleses —dije—, una historia entrañable. Hasta la guerra tiene una parte entrañable.

—Lo más horrendo de la guerra —dijo Use— es precisamente lo que tiene de entrañable. *Je n'aime pas voir sourire les monstres.*

—Cuando empezaron los primeros bombardeos aéreos, al principio de la guerra, yo me encontraba en Nápoles. Cierta noche fui cenar a casa de un amigo mío que vive en el Vomero. El Vomero es el promontorio que domina la ciudad y del que la colina de Posillipo se separa para descender hasta el mar. El lugar es encantador y hasta hace pocos años era una zona agreste salpicada de casitas y villas

perdidas entre el follaje. Cada casa tenía su huerto con alguna vid, olivos y bancales donde crecían berenjenas, tomates, berzas y guisantes, y a los que la albahaca, las rosas y el romero aportaban su olor. Las rosas y los tomates del Vomero no tenían nada que envidiar en belleza ni en fama a las antiguas rosas de Pesto ni a los tomates de Pompeya. Hoy los huertos se han convertido en jardines. Pero entre los enormes edificios de cemento y cristal sobreviven algunas villas antiguas y alguna que otra humilde casa de labranza, y de vez en cuando el color verde de un huerto solitario se funde suavemente con el azul pálido e inmenso del golfo; en frente, a lo lejos, Capri surge del mar envuelta en una calina plateada; a la derecha, Isquia y el alto Epomeo, y, a la izquierda, la costa de Sorrento, visibles a través del cristalino espejo del mar y el cielo, y justo al lado el Vesubio, ese ídolo pagano, esa especie de gran Buda sentado en el antepecho del golfo. Cuando uno camina por las callejuelas del Vomero, por la parte donde el Vomero cambia de nombre para unirse a la colina de Posillipo, entrevé a través de los árboles y las casas el solemne y antiquísimo pino que da sombra a la tumba de Virgilio. Es en esa parte de la ciudad donde mi amigo tenía su rústica casita con su pequeño huerto.

«Mientras esperábamos a que la cena estuviera lista, nos sentamos en el huerto, bajo una pérgola de vid, y fumamos y conversamos plácidamente. El sol se había puesto ya, y el cielo se apagaba despacio. El lugar, el paisaje, la hora, la estación eran los que canta Sannazaro: la brisa era esa brisa agreste de Sannazaro en la que el olor del mar y el olor de los huertos se confunden en el delicado viento oriental. Y cuando la noche empezó a subir desde el mar con sus grandes ramos de violetas ya húmedas de rocío nocturno (al atardecer, el mar deja en el alféizar de las ventanas grandes ramos de violetas que durante la noche emanan un olor que llena las habitaciones de un agradable aroma marino), mi amigo dijo:

»—Va a ser una noche serena. Hoy vendrán sin duda. Tengo que poner en el huerto los regalos de los aviadores.

»Yo no entendía nada, y cuál fue mi asombro cuando vi que mi amigo entraba en la casa y volvía con una muñeca, un caballo de madera, una trompeta y dos bolsas de caramelos y que, sin decirme nada y acaso regocijándose con malicia en mi estupor, se entretenía colocándolos con sumo cuidado en los rosales, las canastas de lechugas, la grava de la calle y el borde de un barreño en el que brillaba tímidamente una familia de peces rojos.

»—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

»Me miró con semblante serio, pero sonriendo. Entonces me dijo que sus dos hijos (que ya se habían ido a dormir) habían pasado tanto miedo durante los primeros bombardeos que la salud del pequeño se había resentido, y que por eso se le había ocurrido

convertir los terribles bombardeos de Nápoles en una fiesta para los niños. Así, en cuanto la sirena de alarma empezaba a aullar en la noche, mi amigo y su mujer saltaban de la cama, tomaban a los pequeños del brazo, gritaban alegremente «¡Oh, qué bien! Oh, qué bien, los aviones ingleses vienen a dejaros regalos», bajaban a la bodega donde tenían su miserable e inútil refugio y encogidos allí al fondo dejaban pasar esas horas de terror y muerte riendo y exclamando «¡Oh, qué bien!», hasta que los niños se dormían felices, soñando con los regalos de los aviadores ingleses. A veces, cuando el estruendo de las bombas y el fragor de los derrumbamientos se oían más cerca, los pequeños se despertaban y el padre decía: «Ya están aquí, ahí van vuestros regalos». Los niños daban palmas de la alegría y gritaban: «¡Yo quiero una muñeca! ¡Yo quiero una espada! Papá, ¿crees que los ingleses me traerán una barca?». Hacia el amanecer, cuando el zumbido de los motores se alejaba poco a poco por el cielo ya claro, el padre y la madre tomaban a los niños de la mano y se los llevaban al jardín. «Buscad, buscad —decían—, deben de haber caído entre la hierba.» Los dos pequeños rebuscaban entre los rosales húmedos de rocío, las lechugas, las tomateras, y encontraban una muñeca por aquí, un caballo de madera por allí, una bolsita de caramelos más allá. Los niños no sólo habían perdido el miedo a los bombardeos, sino que incluso los esperaban con impaciencia y los recibían con euforia. Algunas mañanas, buscando entre la hierba, encontraban un pequeño aeroplano de cuerda que era sin duda un pobre avión inglés que esos malvados alemanes habían derribado con sus cañones mientras bombardeaba Nápoles para hacer las delicias de los niños napolitanos.

—*Oh, how lovely!* —exclamó Luise dando palmas.

—Ahora voy a contarles —dije— la historia de Sigfrido y el gato. A esos niños napolitanos no les gustaría la historia de Sigfrido y el gato, pero a usted le va a encantar. Es una historia alemana, a los alemanes les gustan las historias alemanas.

—*Les Allemands aiment tout ce qui est allemand* —dijo Luise—, *et Siegfried, c'est le peuple allemand.*

—¿Y el gato, Luise? ¿Qué será el gato? ¿Es posible que sea un segundo Sigfrido?

—Sigfrido es único —dijo Luise.

—Tiene razón. Sigfrido es único y el resto de los pueblos son gatos. Y ahora escuche la historia de Sigfrido y el gato. Me encontraba yo en la aldea de Rita, cerca de Pancevo, a las puertas de Belgrado, a la espera de cruzar el Danubio; disparos aislados herían el aire de aquella blanca mañana de abril, que se extendía como un lienzo de lino transparente entre nosotros y la ciudad en llamas. Una unidad de las SS aguardaba la orden de forzar el paso del río; eran todos muy jóvenes, de rostro gótico y triangular, mentón agudo,

perfil afilado y en sus claros ojos la mirada pura y cruel de Sigfrido. Estaban sentados en silencio en la orilla del Danubio, con el rostro vuelto hacia las llamas de Belgrado y el fusil ametrallador entre las rodillas. Uno de ellos estaba sentado aparte, cerca de mi fogata; el muchacho tendría unos dieciocho años, era rubio, de ojos azules, labios sonrosados iluminados por una sonrisa fría e inocente. El azul de sus ojos era de una pureza extraordinaria. Nos pusimos a charlar, hablamos de la crueldad de la guerra, de las ruinas, del luto, de las matanzas. Me dijo que los reclutas de los *Leibstandarte* de las SS estaban adiestrados para soportar el dolor ajeno sin pestañear. Le repito que sus ojos azules eran de una pureza extraordinaria. Añadió que un recluta de las SS no es digno de formar parte de un *Leibstandarte* hasta que supera con éxito la prueba del gato. Los reclutas tienen que levantar un gato vivo con la mano izquierda, cogiéndolo por la piel del dorso para que tenga las patas libres y pueda defenderse, y con la derecha, armados con un pequeño cuchillo, sacarle los ojos. *Voilà comment on apprend a tuer les Juifs.*

Luise me agarró del brazo y me clavó las uñas a través de la ropa. Noté el temblor de su mano.

—*Vous n'avez pas le droit...* —dijo en voz baja, al tiempo que volvía su pálida cara hacia los dos soldados ciegos, que comían en silencio con la cabeza ligeramente echada hacia atrás. La enfermera los ayudaba con gestos breves y lentos, corregía los movimientos inseguros de sus brazos, les tocaba el dorso de la mano con la punta de los dedos cada vez que el cuchillo o el tenedor se desviaban hacia el borde del plato.

—Oh, Luise, discúlpeme —dije—, a mí también me disgustan las historias truculentas, pero hay verdades que no puede usted ignorar. Debe saber que también los gatos, en cierto sentido, pertenecen a la estirpe de Sigfrido. ¿Nunca se le ha ocurrido que Cristo también es como Sigfrido? ¿Que Cristo es un gato crucificado? No debe usted creer lo que les enseñan a todos los alemanes: que Sigfrido es único y que el resto de los pueblos son gatos. No, Luise, también Sigfrido es de la raza de los gatos. ¿Conoce usted el origen de la palabra *kaputti*? Es una palabra que proviene del hebreo *koppároth*, que significa «víctima». El gato es un *koppároth*, una víctima, es el reverso de Sigfrido; es un Sigfrido inmolado, sacrificado. Llega un momento, y éste es un elemento recurrente, en que también Sigfrido, él único, se convierte en gato, se convierte en *koppároth*, en víctima, en *kaputt*. El sentido oculto de la historia reside en esta metamorfosis de Sigfrido a gato. Hay verdades que no puede usted ignorar, Luise. También usted debe saber que todos somos Sigfrido, que todos estamos destinados a ser *koppároth*, víctimas, *kaputt*; por eso mismo somos cristianos, por eso Sigfrido es también cristiano, también Sigfrido es un gato. Los emperadores, los hijos de los emperadores,

los nietos de los emperadores, también ellos deben conocer la verdad. *Vous avez recu une tres mauvaise éducation, Luise.*

—*Je ne suis déjà plus Siegfried* —dijo Luise—. *Je suis plus près d'un chat que d'une princesse impériale.*

—*Oui, Luise, vous êtes plus près d'une ouvrière que d'une princesse Hohenzollern.*

—*Vous croyez?* —preguntó Luise con timidez.

—Si una obrera la tuviera de compañera de fábrica, sentiría simpatía por usted.

—Me gustaría trabajar en una fábrica. Me cambiaría el nombre y trabajaría como una obrera más.

—¿Para qué cambiarse el nombre?

—Una Hohenzollern... ¿Cree que las demás obreras me respetarían si supieran mi verdadero nombre?

—Teniendo en cuenta lo que vale hoy en día el nombre de los Hohenzollern...

—Cuénteme la historia del ojo de cristal —dijo de pronto Luise en voz baja.

—Es una historia como hay tantas, Luise. No vale la pena contarla. Es una historia cristiana. Supongo que conoce usted otras historias cristianas, ¿verdad? Todas se parecen.

—¿Qué entiende usted por historia cristiana?

—¿Ha leído *Point Counterpoint* de Aldous Huxley? Pues bien, la muerte del niño, del pequeño Philip, en el último capítulo, es una historia cristiana. Aldous Huxley podía haberse ahorrado la inútil crueldad de hacer morir al niño. Un día le pidieron a Huxley que se presentara en el palacio de Buckingham. La reina María y el rey Jorge V deseaban conocerlo. *Point Counterpoint* era por entonces un gran éxito. Los soberanos recibieron a Huxley con gran afabilidad. Le hablaron de sus libros, pasaron un rato hablando de sus viajes, de su programa de trabajo para el futuro y del espíritu de la literatura inglesa moderna. Tras el coloquio, estando Huxley ya a punto de salir por la puerta, Su Majestad el rey Jorge V lo hizo volver educadamente. El monarca parecía incómodo, era evidente que quería decirle algo pero que no se atrevía. Por fin, el rey le dijo a Huxley con voz indecisa: «Señor Huxley, la reina y yo tenemos algo que reprocharle. Era de todo punto innecesario que hiciera morir al niño».

—*Oh, what a lovely story!* —exclamó Luise.

—Es una historia cristiana, Luise.

—Cuénteme la historia del ojo de cristal —dijo Luise ruborizándose.

—En el otoño de 1941 me encontraba en Ucrania, cerca de Poltava. La región estaba infestada de milicianos. Parecía que habían vuelto los tiempos de las revueltas cosacas de Jmelnitski, Pugachov y Stenka Razin. Grupos de milicianos merodeaban por los bosques y pantanos en torno al Dniéper, disparos y ráfagas de ametralladora salían de improviso de entre las ruinas de las aldeas, los fosos y la maleza. Luego se hacía de nuevo el silencio, ese silencio liso, sordo, monótono de la inmensa llanura rusa.

«Cierta día un oficial alemán pasó al frente de su columna de artilleros por en medio de un pueblo. En el pueblo no se veía un alma y las casas parecían abandonadas desde hacía tiempo. En las cuadras del koljós yacían por el suelo un centenar de caballos, atados todavía por el ronzal a los pesebres. Habían muerto de hambre. El pueblo presentaba ese aspecto siniestro de las aldeas rusas sobre las que se ha abatido la furia de las represalias alemanas. El oficial miraba con cierta melancolía, con una vaga sensación de malestar, casi de miedo, las casas desiertas, la paja acumulada en los umbrales, las ventanas abiertas, las habitaciones vacías y mudas. En los huertos, por encima de los cercados, se asomaban los ojos negros, redondos e inmóviles de los girasoles, inalterables dentro de su corona de largas pestañas amarillas, que seguían el paso de la columna con su mirada triste y absorta.

»El oficial cabalgaba encorvado sobre la crin del caballo, con las manos apoyadas sobre el fuste de la silla. Era un hombre de unos cuarenta años, con el cabello ya cano. De vez en cuando levantaba los ojos hacia el cielo brumoso y luego se ponía de pie sobre los estribos y se volvía hacia atrás para observar la columna. Los soldados caminaban en grupos detrás de los remolques, los caballos hundían los cascos en el camino fangoso, los látigos restallaban en el aire húmedo y los hombres incitaban a las caballerías gritando: "Ja, ja!". El día era gris y el pueblo ofrecía un aspecto espectral en el aire gris del otoño. Se había levantado ventolera y los cuerpos de algunos judíos se mecían colgados de las ramas de los árboles. Del interior de las casas llegaba un incesante bisbiseo, como si una pandilla de chiquillos corretearan descalzos por las angostas habitaciones; un crujido continuo, como si un ejército de ratones pululara por las casas abandonadas.

»La columna hizo un alto en el pueblo, y los soldados estaban ya dispersándose por las callejas entre los huertos en busca de agua para abreviar a los caballos cuando el oficial llegó al trote con la cara muy pálida y se puso a gritar "*Weg, weg, Leute!*", abriéndose paso a toda prisa y descargando la fusta sobre los soldados que se habían sentado ya en los umbrales de las casas. "*Weg, weg, Leute!*", gritaba, y en ese momento entre los soldados empezó a circular una voz:

"*Flecktiphus*"; la aterradora palabra se propagó por la columna, llegó hasta la parte del pelotón que se había quedado con las piezas a las puertas del pueblo, los soldados volvieron a sus puestos, la columna se puso otra vez en movimiento, "*Ja, ja!*", los látigos restallaban en el aire gris y los artilleros, al pasar, lanzaban miradas de espanto a través de las ventanas abiertas hacia el interior de las casas, donde los muertos yacían sobre jergones de paja, demacrados, lívidos, espectrales, con los ojos abiertos de par en par. El oficial, quieto a lomos de su caballo en el centro de la plaza del pueblo, junto a la estatua de Stalin abatida en el fango, supervisaba el paso de la columna llevándose la mano a la frente de vez en cuando y frotándose el ojo izquierdo con un gesto delicado y exhausto.

»Aunque faltaban todavía varias horas para el ocaso, las primeras sombras de la tarde empezaban a acumularse entre el follaje de los bosques, que poco a poco se tornaba más oscuro, más denso, de un tono azul profundo y opaco. El caballo del oficial estaba inquieto, soltaba coces sobre el terreno fangoso y había momentos en que parecía a punto de encabritarse y salir galopando tras la columna, que a esas alturas ya abandonaba el pueblo. Tras pasar el último armón, el oficial puso el caballo al paso, se colocó al final de la columna y cuando llegó a las últimas casas se colocó en pie sobre los estribos y se volvió hacia atrás. La calle y la plaza estaban desiertas; las lúgubres casas, vacías. Y sin embargo, ese bisbiseo, ese crujido provocado por el viento al raspar con su lengua rugosa los muros de adobe, ese bisbiseo y ese crujido de niños descalzos y ratones hambrientos acompañaban a la columna desde la distancia. El oficial se llevó la mano a la frente y se oprimió el ojo con un gesto hastiado y triste. De repente del pueblo salió un disparo que pasó silbando junto a su oído.

»—*Halt!* —gritó el oficial.

»La columna se detuvo y una ametralladora de la batería de cola empezó a disparar contra las casas del pueblo. Al primer disparo siguieron otros, y el fuego de los milicianos fue haciéndose poco a poco más vivo, insistente, rabioso. Dos artilleros cayeron heridos. Entonces el oficial espoleó al caballo y remontó la columna al galope, gritando órdenes. Los soldados se dividieron en grupos, abrieron fuego y salieron corriendo campo a través para rodear el pueblo.

»—¡A los cañones! —gritó el oficial—. ¡Arrasadlo todo!

»El fuego de los milicianos no cesaba y otro artillero cayó herido. En ese momento una furia terrible se apoderó del oficial, que partió galopando entre los sembrados, arengando a sus hombres mientras éstos colocaban las piezas en posición para sitiar el pueblo por todos los flancos. Algunas de las casas empezaron a arder. Una lluvia de granadas incendiarias se abatió sobre la aldea, derrumbó paredes, hundió tejados, derribó árboles y levantó nubes de humo.

Los milicianos seguían disparando impertérritos. No obstante, al cabo de un rato la violencia del fuego de la artillería es tal que el pueblo se convierte en una pira. Y he aquí que en medio del humo y las llamas sale corriendo un grupo de milicianos con las manos en alto. Aunque hay algunos ancianos, la mayor parte son jóvenes, y entre ellos incluso hay una mujer. El oficial se inclina sobre la silla y los escruta uno por uno. El sudor resbala por su frente y le inunda la cara. "¡Fusiladlos!", ordena con voz ronca, frotándose el ojo con la mano. Su voz suena hastiada, y hasta el gesto de frotarse el ojo denota quizá cierto hastío. "*Feuer!*", grita el *Feldwebel*. Tras la descarga de los fusiles, el oficial se da media vuelta, observa los cuerpos de los caídos, hace una señal con la fusta ("*Jawohl!*", dice el *Feldwebel* mientras vacía el cargador de su pistola sobre el montón de cadáveres), después levanta la mano y los artilleros vuelven a enganchar los caballos a las piezas, la columna forma en posición de marcha y dando un talonazo reanuda el camino.

»El oficial, encorvado sobre la crin del caballo y con las manos apoyadas sobre el fuste de la silla, sigue la columna a medio centenar de pasos de la última pieza; y ya se alejan los pasos de los caballos, apagándose en el fango de la llanura, cuando un disparo repentino le silba junto al oído. "*Halt!*", grita el oficial. La columna se detiene, la batería de cola vuelve a abrir fuego contra el pueblo. Todas las ametralladoras de la columna disparan contra las casas en llamas, pero pese a ello, lentos y regulares, los disparos siguen rasgando la nube de humo. "Cuatro, cinco, seis...", cuenta el oficial en voz alta. Los disparos provienen de un único fusil, de un hombre solo. De pronto, una sombra sale corriendo de la nube de humo con las manos en alto.

»Los soldados apresan al miliciano y a empellones lo llevan hasta el oficial, que, encorvado sobre la silla, lo escruta con detenimiento. "*Ein Kind!*", dice en voz baja. Es un chiquillo, no más de diez años, delgado, macilento, con la ropa hecha jirones, la cara negra, el pelo chamuscado, las manos llenas de quemaduras. "*Ein Kind!*" El muchacho miraba al oficial con aire sereno, pestañeando, y de vez en cuando levantaba lentamente la mano y se sonaba las narices con los dedos. El oficial desmonta del caballo, se ata las riendas en torno a la muñeca y se queda de pie frente al muchacho. Parece cansado, hastiado. "*Ein Kind!*" También él tiene un hijo en casa, en Berlín, en Witzlebenplatz, un muchacho de su misma edad, incluso podría ser que Rudolf fuera un año mayor porque éste no es más que un crío: "*Ein Kind!*". El oficial se golpea las botas con la fusta y, a su lado, el caballo pisotea la tierra con impaciencia y le restriega el hocico por el hombro. A pocos pasos, el intérprete, un cabo del *Volksdeutsche* de Balta esperaba en posición de firmes con semblante irritado. "No es más que un niño, *ein Kind!* Yo no he venido a Rusia para hacerles la guerra a los niños." De pronto el oficial se inclina hacia el muchacho y le pregunta si quedan milicianos en el pueblo. La

voz del oficial suena cansina, llena de tedio, y casi se apoya en la del intérprete, que repite la pregunta en ruso con un acento duro e irritado.

»—*Niet* —responde el muchacho.

»—¿Por qué has disparado contra mis soldados?

»E1 muchacho se queda mirando al oficial con cara de sorpresa; el intérprete repite la pregunta dos veces.

»—Ya lo sabe, ¿por qué me lo pregunta? —responde el muchacho.

»Su voz es serena y clara; responde sin sombra de miedo, pero también sin indiferencia. Mira al oficial a la cara, y antes de responder se pone firme, como un soldado.

»—¿Tú sabes quiénes son los alemanes? —le pregunta el oficial en voz baja.

»—¿Acaso no es usted uno de ellos, *továrisch officer*? —responde el muchacho.

»E1 oficial da entonces una señal y el *Feldwebel* agarra al muchacho por el brazo y desenfunda la pistola.

»—Aquí no, llévatelo más allá —dice el oficial, y se da media vuelta.

»E1 muchacho se aleja con el *Feldwebel*, camina a paso ligero para no quedarse atrás. En esas que el oficial se da la vuelta, levanta la fusta y grita: "*Ein Moment!*"; el *Feldwebel* se gira y se queda mirando perplejo al oficial, luego vuelve hacia él haciendo avanzar al muchacho a empujones.

»—¿Qué hora es? —pregunta el oficial. Y sin esperar la respuesta se pone a caminar de un lado para otro delante del muchacho al tiempo que se golpea las botas con la fusta. El caballo baja la cabeza y lo sigue con la mirada, bufando. En un momento dado el oficial se queda quieto frente al muchacho y lo observa largamente en silencio, hasta que por fin, con una voz lenta, exhausta, llena de tedio, le dice—: Escucha, no quiero hacerte daño. Eres un niño, y yo no he venido a hacerles la guerra a los niños. Has disparado contra mis soldados, pero yo no les hago la guerra a los niños. *Lieber Gott*, yo no he inventado la guerra —el oficial se interrumpe y luego, con una voz sorprendentemente dulce, añade—: Escucha, yo tengo un ojo de cristal. Cuesta distinguirlo del de verdad. Si adivinas cuál de los dos es el de cristal, dejaré que te marches, te dejaré libre, pero tienes que responder enseguida, sin pensar.

»—El ojo izquierdo —responde el muchacho al instante.

«—¿Cómo lo has sabido?

»—Porque de los dos es el único que tiene algo de humanidad.

Luise jadeaba sin soltarme el brazo.

—¿Y el muchacho? ¿Qué pasó con el muchacho? —preguntó en voz baja.

—El oficial lo besó en ambas mejillas, lo vistió de oro y plata, mandó traer una berlina real tirada por ocho caballos blancos y escoltada por un centenar de coraceros de reluciente armadura y envió al muchacho a Berlín, donde Hitler lo recibió como al hijo de un rey en olor de multitudes y le dio a su hija por esposa.

—*Oh! Oui, je sais* —dijo Luise—, no podía ser de otra manera.

—Tiempo después volví a encontrarme con ese oficial en Soroca, en el Dniéster. Es un hombre muy serio, buen padre de familia. Un auténtico prusiano, un auténtico *Piffke*, como dicen los vieneses. Me habló de su familia y de su trabajo. Era ingeniero electrotécnico. Me habló también de su hijo Rudolf, un muchacho de diez años. La verdad es que no era nada fácil distinguir el ojo de cristal del de verdad. Me dijo que en Alemania se fabrican los mejores ojos de cristal de todo el mundo.

—*Taisez-vous* —dijo Luise.

—Todos los alemanes tienen un ojo de cristal —dije.

XIII

UN CESTO DE OSTRAS

Los dos soldados ciegos se habían marchado acompañados por la enfermera y nos habíamos quedado solos. Use, que hasta entonces no había articulado palabra, me miró con una sonrisa.

—Los ojos de cristal —dijo— son como los pájaros de cristal. No pueden volar.

—Oh, Use, ¿todavía crees que los ojos vuelan? Eres como una niña, Use —dijo Luise.

—Los ojos son pájaros prisioneros —dijo Use—. Los ojos de esos dos soldados ciegos eran jaulas vacías.

—Los ojos de los ciegos son pájaros muertos —dijo Luise.

—*Les aveugles ne peuvent pas regarder au-dehors* —dijo Use.

—*Ils aiment se regarder dans un miroir* —dijo Luise.

—Los ojos de Hitler —dijo Use— están llenos de ojos muertos. Están llenos de ojos muertos. *II y en a des centaines, des milliers.*

Use *parecía*, una niña; era una niña llena de fantasías inverosímiles y extravagantes caprichos. Tal vez porque su madre era inglesa a mí me parecía que Use era el vivo retrato de la Inocencia, tal como la habría pintado Gainsborough. No, estaba equivocado; Gainsborough pintaba mujeres que parecían paisajes, con toda la

ingenuidad, la orgullosa tristeza y la lánguida dignidad del paisaje inglés. Pero había en Use algo de lo que carecen tanto el paisaje inglés como la pintura de Gainsborough: un toque excéntrico, cierta locura caprichosa. Use era más bien el retrato de la Inocencia como la habría pintado Goya. El cabello rubio, corto y ensortijado, la piel blanca, la tez de color de leche (¡oh, Góngora!) entre las rosas del alba, los ojos azules y vivaces, salpicados de manchas grises en torno a la pupila, su graciosa manera de reclinar la cabeza en el hombro, con un abandono lleno de malicia, la hacían parecerse al retrato de la Inocencia tal como lo habría pintado el Goya de los *Caprichos*, sobre el fondo del horizonte gris y rosa de un paisaje castellano desierto, cuarteado, arruinado por un viento alto e invisible, manchado aquí y allá por el reflejo de la sangre.

Use llevaba tres años casada pero aún parecía una niña. Su marido había salido hacia el frente dos meses atrás y en esos momentos yacía herido de metralla en un hospital de campaña cerca de Vorónezh. Use le había escrito: «*I'm going to have a baby, heil Hitler!*». Quedarse embarazada era el único modo de sustraerse al decreto de trabajo obligatorio. Use no quería ir a trabajar a una fábrica, no quería convertirse en obrera, prefería tener un niño. «*La seule maniere de faire cocu Hitler* —solía decir Use— *c'est d'attendre un enfant.*» Entonces Luise se ruborizaba y la reprendía con timidez: «¡Use!». A lo que Use decía: «*Don't be so Potsdam, Luise!*».

—Los ojos están hechos de una materia horrible —dije yo—, de una materia viscosa, muerta; no se los puede coger con la mano porque se escurren entre los dedos como una babosa. En abril de 1941 me trasladé de Belgrado a Zagreb. En Yugoslavia la guerra había terminado hacía pocos días, acababa de nacer el Estado Libre de Croacia y en Zagreb gobernaba Ante Pavelic con sus huestes de *ustase*. En todos los pueblos había grandes retratos de Ante Pavelic, *poglavnik* de Croacia, y carteles, proclamas y bandos del nuevo estado nacional croata. Eran los primeros días de primavera, y en el Danubio y el Drava se levantaba una niebla plateada y transparente. A nuestro alrededor, las colinas del Fruska Gora se derretían formando ligeras olas verdes cubiertas de viñedos y trigales; el verde claro de las vides y el denso verde del trigo se sucedían, se alternaban y se confundían en un juego de luces y sombras bajo el sedoso cielo azul. Eran los primeros días de bonanza después de varias semanas de lluvia. Los caminos parecían torrentes de fango; tuve que parar en Ilok, a mitad de camino entre Novi Sad y Vukovar, para pasar la noche en la única posada del lugar. La cena se servía en una gran mesa comunitaria, en torno a la cual había sentados campesinos armados, gendarmes vestidos con el uniforme serbio y con la escarapela croata en el pecho y algunos prófugos que habían cruzado el río en el transbordador que cubre la ruta entre Palanka e Ilok.

«Después de cenar salimos todos del comedor y fuimos a la terraza. El Danubio relucía bajo la luna, y las luces de los remolcadores y las gabarras aparecían y desaparecían entre los árboles. Una inmensa paz plateada descendía sobre las verdes colinas del Fruska Gora. Era la hora del toque de queda. Las patrullas de campesinos armados encargados de la inspección nocturna golpeaban a las puertas de las casas de los judíos, llamándolos por el nombre con voz monótona. Las puertas estaban marcadas con una estrella de David pintada en rojo. Los judíos se asomaban a las ventanas, decían: "Estamos aquí, estamos en casa", y los campesinos gritaban: "*Dobro, dobro*", dando culatazos contra el suelo. En las paredes de las casas, los grandes carteles tricolores del *proglas* del nuevo Gobierno de Zagreb destacaban bajo la luz de la luna con sus manchas de vivos tonos rojos, blancos y azules. Como estaba rendido de cansancio, hacia medianoche fui a echarme en la cama. Me tumbé boca arriba y me quedé mirando por la ventana mientras la luna subía despacio entre los árboles y los tejados. En la fachada de la casa de enfrente, donde estaba la sede de los *ustase* de Ilok, había un enorme retrato de Ante Pavelic, jefe del nuevo Estado de Croacia. Era un retrato impreso en tinta negra sobre un papel grueso de color verdoso; el *poglavnik* me observaba con sus grandes ojos negros encajados en lo hondo de una frente baja, dura, obstinada. La boca era grande, los labios, gruesos, la nariz, recta y carnosa, las orejas, amplias. Nunca habría imaginado que alguien pudiese tener orejas tan grandes y largas. Bajaban hasta media mejilla, ridículas y monstruosas; tenía que ser sin duda un efecto de mala perspectiva, un error del pintor que había dibujado el retrato.

»Hacia el amanecer pasó bajo mi ventana una compañía de *honvéd* húngaros, que cantaban embutidos dentro de sus uniformes amarillos. Los soldados húngaros cantan con un estilo fragmentario y en apariencia abstracto. De vez en cuando se alzaba una voz, entonaba un canto y luego se extinguía. Veinte o treinta voces respondían brevemente y luego enmudecían de improviso. Durante unos instantes se oía el paso cadencioso de la tropa y el tintineo de los fusiles y las cartucheras. Entonces, otra voz reemprendía el cántico por un momento, y veinte o treinta voces insinuaban una respuesta para, de pronto, quedar en silencio. De nuevo la cadencia dura y pesada de las pisadas y el tintineo de los fusiles y las cartucheras. Era un cántico triste y cruel, había algo solitario en aquellas voces, en su forma de sucederse, en sus repentinos abandonos. Las voces de los húngaros rebosaban sangre amarga, eran voces tristes, feroces, lejanas, y se alzaban desde las profundas y remotas llanuras de la tristeza y la crueldad humana.

»A la mañana siguiente, en las calles de Vukovar (patrullas de gendarmes húngaros armados con fusiles montaban guardia en las esquinas; la plaza de Vukovar, cerca del puente, estaba atestada de gente, grupos de muchachas paseaban por las aceras reflejándose en

el vidrio de los escaparates; había una muchacha vestida de verde que erraba de un lado para otro, lenta y ligera, como una hoja verde a merced del claro viento), los retratos de Ante Pavelic me vigilaban desde las paredes con esos ojos encajados en su frente baja y dura. El aliento del Danubio y el Drava daban a la mañana rosada cierto aroma de hierba húmeda. De Vukovar a Zagreb, pasando por Eslavonia, rica en forraje, de verdes bosques, abundante en ríos y arroyos, en todos y cada uno de los pueblos el retrato del *poglavnik* me recibía con su negra mirada. El de Ante Pavelic había terminado convirtiéndose en un rostro familiar y se me antojaba el de un amigo al que uno conoce desde hace tiempo, la cara de un viejo amigo. En los carteles pegados en las paredes ponía que Ante Pavelic era el protector del pueblo croata, el padre de los campesinos de Croacia, el hermano de todos aquellos que luchaban por la libertad y la independencia de la nación croata. Los campesinos leían esos carteles, sacudían la cabeza y, volviendo hacia mí su rostro de huesos duros y prominentes, se quedaban mirándome con los mismos ojos negros y profundos del *poglavnik*.

»Así se explica que, cuando vi por primera vez a Ante Pavelic sentado ante su escritorio en un edificio del casco antiguo de Zagreb, me diera la impresión de reencontrar a un viejo amigo, como si nos conociéramos desde tiempos inmemoriales. Observé su rostro largo, liso, de líneas duras y toscas. Sus ojos brillaban con un fuego negro y profundo en medio de la tez pálida, de un color vagamente terroso. Su rostro llevaba impresa la huella de una indefinible estupidez, aunque ésta emanara quizá de sus enormes orejas, que, vistas de cerca, parecían todavía más grandes, ridículas y monstruosas que en los retratos.

«Pero poco a poco empecé a pensar que tal vez ese aire estúpido no fuera otra cosa que timidez. La sensualidad que los labios carnosos conferían a su cara quedaba casi anulada por la extraña forma y la insólita grandeza de las orejas, las cuales, en comparación con esos labios todo carne, parecían dos cuerpos abstractos, dos conchas surrealistas dibujadas por Salvador Dalí, dos objetos metafísicos que provocaban en mí la misma sensación de deformidad que suscita la audición de ciertas piezas de Darius Milhaud y Erik Satie, acaso por la idea de musicalidad asociada a las orejas. Cuando Ante Pavelic giraba la cabeza hasta ponerse de perfil, sus enormes orejas parecían levantarlo por la cabeza, como dos alas que pugnasen por elevar por los aires su cuerpo robusto. Cierta finura, diríase casi una delicada delgadez, como la de ciertos retratos de Modigliani, asomaba entonces en el rostro de Ante Pavelic como una máscara de sufrimiento. Me pareció que era una buena persona, que el componente fundamental de su carácter era una humanidad simple y generosa, hecha de timidez y de caridad cristiana. Daba la impresión de ser un hombre capaz de tolerar sin inmutarse los más atroces castigos físicos, tormentos y torturas de lo más espantoso, pero de

todo punto incapaz de soportar la más mínima congoja moral. Me pareció un buen hombre, y su aire estúpido se me antojó timidez, bondad, simpleza, una manera particular y más bien rústica de hacer frente a las circunstancias, las personas y las cosas entendiéndolas como objetos físicos, concretos, despojados de moral, elementos de su mundo físico, no de su mundo moral.

«Tenía las manos grandes y peludas, y los nudillos abultados y musculosos; era evidente que sus manos lo incomodaban, que no sabía dónde ponerlas; tan pronto las colocaba sobre la mesa como se acariciaba con ellas el lóbulo de sus desmesuradas orejas o se las guardaba en los bolsillos del pantalón, aunque las más de las veces dejaba las muñecas apoyadas en el borde del escritorio y, entrelazando los dedos, se frotaba las manos con gestos toscos y tímidos. Tenía una voz grave, musical, dulcísima. Hablaba un italiano pausado, con un ligero acento toscano, hablaba de Florencia y de Siena, donde había pasado largos años de exilio. Y al escucharlo, yo pensaba que ése era el terrorista que había mandado asesinar al rey Alejandro de Yugoslavia, que sobre las espaldas de ese hombre pesaba la muerte de Barthou. Se me ocurrió que, aunque no vacilase en recurrir a medidas extremas a la hora de defender la libertad de su pueblo, tal vez le repugnaba la sangre. Pensaba que era un hombre bueno, un hombre simple y generoso. Ante Pavelic me miraba con sus ojos negros y profundos y, moviendo sus monstruosas orejas, me decía: "Gobernaré a mi pueblo con bondad y justicia". Palabras que en su boca sonaban conmovedoras.

»Una mañana me invitó a que lo acompañara a un rápido recorrido por Croacia, hacia Karlovac y la frontera eslovena. Era una mañana fresca y transparente, una mañana de mayo; la noche no había retirado todavía su inmenso cendal verde de las arboledas y los montes del Sava; la verde noche de mayo envolvía aún los bosques, los caseríos, los castillos, los campos y las brumosas orillas del río.

El sol no había aparecido todavía en el brillante horizonte, que parecía un fragmento de cristal rayado. Los pájaros llenaban las copas de los árboles. De repente el sol iluminó el amplio y suave valle, un vapor rosado se levantó en los campos y Ante Pavelic hizo parar el coche y, saliendo a la carretera, abarcó el paisaje con un gesto y me dijo: "Ésta es mi patria".

»El gesto de aquellas grandes manos peludas, de aquellos dedos abultados y musculosos, era quizás un poco brutal para un paisaje tan delicado. Aquel hombre de cabeza voluminosa y enormes orejas, alto, robusto, hercúleo, de pie en el arcén ante el verde valle y el cielo de color azul polvoriento, sobresalía en medio de aquel paisaje delicado y sensible con la misma violencia con que las estatuas de Mestrovic se alzan sobre el fondo de las claras plazas en las ciudades del Danubio y el Drava. Luego subimos de nuevo al coche y pasamos el día recorriendo las magníficas tierras que se

extienden entre Zagreb y Liubliana, nos encaramamos por las laderas del Zagrebska Gora, la frondosa montaña que domina Zagreb, y de vez en cuando el *poglavnik* se apeaba del coche y se paraba a hablar con los campesinos y conversaba con ellos acerca de la estación, la siembra, la cosecha, que se auguraba propicia, el ganado y los tiempos de paz y trabajo que la libertad de la patria prometía al pueblo croata. Me agradaban sus maneras sencillas, la bondad de sus palabras, la humildad con que se acercaba a los humildes, y su voz grave, musical y llena de dulzura resonaba con deleite en mis oídos. Volvimos con la humedad del atardecer, entre ríos violáceos y bajo un cielo surcado de nubes purpúreas, serpenteando entre lagos verdes y bosques azulados. Su voz dulcísima, sus ojos negros y profundos y sus monstruosas orejas esculpidas en el delicado paisaje croata permanecieron por mucho tiempo en mi memoria.

»Meses más tarde, a finales de verano de 1941, yo volvía de Rusia exhausto y enfermo, tras pasar largos meses en el polvo y el fango de la inmensa llanura que se extiende entre el Dniéster y el Dniéper. Mi uniforme estaba hecho harapos, descolorido por el sol y la lluvia e impregnado de ese olor a miel y sangre que en Ucrania es el olor de la guerra. Hice un alto en Bucarest para descansar unos días de las fatigas del viaje a través de Ucrania, Besarabia y Moldavia, pero la tarde misma de mi llegada un secretario de la Presidencia del Consejo me telefoneó al Athénée Palace para comunicarme que el vicepresidente del Consejo, Mihai Antonescu, deseaba hablar conmigo. Mihai Antonescu me recibió cordialmente, me ofreció una taza de té en su amplio y diáfano despacho y empezó a hablar de sí mismo en francés, con ese acento vanidoso que tanto me recordaba al del conde Galeazzo Ciano. Iba vestido con chaqué, camisa de cuello duro y corbata de seda gris. Tenía el aspecto de un director de *maison de couture*. Parecía que en su redonda y rolliza cara estuviese pintado el rostro rosado de una mujer *qui lui ressemblait comme une soeur*. Le dije que lo veía *en beauté*. Me dio las gracias con una sonrisa de profunda complacencia. Hablaba mirándome con sus pequeños ojos de reptil, negros y brillantes. No he visto ojos en el mundo que recuerden a los de una serpiente más que los de Mihai Antonescu. En el escritorio, un ramo de rosas sobresalía de un jarrón de cristal.

»—*J'aime beaucoup les roses* —me dijo—, *je les préfère aux lauriers*.

»Yo le dije que su política corría el peligro de durar lo que duran las rosas: *l'espace d'un matin*.

»—*L'espace d'un matin?* —contestó—. *Mais c'est une éternité!*

»Después, mirándome fijamente, me aconsejó que partiera hacia Italia de inmediato.

»—Ha sido usted un imprudente —me dijo—. Sus artículos sobre la guerra en el frente ruso han suscitado muchas críticas. Ya no tiene usted dieciocho años; a su edad no se le permite dárseles de *enfant terrible*. ¿Cuántos años de prisión ha cumplido ya en Italia?

»—Cinco —respondí.

»—¿Y no le bastan? Le aconsejo que en el futuro se comporte con más prudencia. Lo tengo en gran estima; en Bucarest todo el mundo ha leído su *Technique du coup d'État* y es usted muy apreciado. Permítame por eso que le diga que no tiene derecho a escribir que Rusia ganará la guerra. Por lo demás, anda muy equivocado: *tôt ou tard, la Russie tombera*.

»—*Elle vous tombera sur le dos* —contesté.

»Me miró con sus ojos de reptil y sonrió; me entregó una rosa y mientras me acompañaba a la puerta me dijo:

»—Bonne chance.

»Partí de Bucarest a la mañana siguiente sin haber tenido tiempo siquiera para pasar a saludar a mi querida amiga de París, la princesa Marthe Bibesco, que vivía solitaria en el exilio de su villa de Mogosoaia. En Budapest no permanecí más que unas pocas horas y proseguí hacia Zagreb, donde me quedé descansando unos días. La misma noche de mi llegada fui al café del Esplanade con mi amigo Pliveric y su hija Neda. La gran terraza estaba llena de gente que, más que sentada, parecía arrodillada en torno a las mesitas de hierro. Yo me dedicaba a observar a las bellas y lánguidas mujeres de Zagreb, vestidas con esa elegancia provinciana en la que todavía sobrevive la gracia vienesa de entre 1910 y 1914, y pensaba en las campesinas croatas, desnudas bajo las holgadas faldas de lino almidonado, parecidas a la coraza de un crustáceo, al caparazón de una cigala. Bajo esa capa de lino dura y crujiente, se adivina la pulpa rosada, suave y tierna de la carne desnuda. La orquesta del Esplanade tocaba viejos vales vieneses; aquellos violinistas con sombrero negro eran acaso los mismos que habían visto pasar al archiduque Fernando en su carruaje negro tirado por cuatro caballos blancos, y los violines eran tal vez los que habían sonado en las nupcias de la emperatriz Zita, la última emperatriz de Austria, y las mujeres y las muchachas, entre ellas Neda Pliveric, parecían copias con vida de retratos desvaídos, también ellas eran *alte Wien*, también ellas la *Austria felix*, la *Radetzky marsch*. Los árboles resplandecían en la cálida noche, los gélidos rosas, verdes y azules se deshacían lentamente en las copas, y los abanicos de plumas y los de seda bordados con perlas de cristal y madreperla se agitaban al ritmo de los vales; miles de ojos lánguidos, claros, negros o del color de la luna sobrevolaban la noche como los pájaros de la terraza del Esplanade, revoloteando entre los árboles de las avenidas, los tejados y el cielo de seda verde ligeramente rasgado en el filo del horizonte.

»En cierto momento, se acercó a nuestra mesa un coronel; era el conde Makiedo, antiguo capitán del ejército imperial austríaco y por entonces ayuda de campo de Ante Pavelic, *poglavnik* de Croacia. Caminaba contoneando las caderas entre las mesitas y de vez en cuando se llevaba las manos al quepis, inclinándose a izquierda y derecha no sin cierta gracia; bandadas de lánguidos ojos femeninos revoloteaban como pájaros en torno a su quepis alto y duro de corte habsbúrgico; se acercó a nuestra mesa sonriendo, y era una sonrisa antigua, deslucida y *démodé* la que iluminaba su cara rolliza, con esa boca pequeña sombreada por un bigote corto de tono rubio oscuro. Era la misma sonrisa con la que recibía a los diplomáticos extranjeros, a los altos funcionarios del Estado y a los cabecillas de la *ustase* en la antesala de Ante Pavelic, donde se sentaba frente a una máquina de escribir, encorvado sobre las oscuras teclas con las manos enfundadas en unos immaculados guantes blancos de piel *glacée*, parecidos a los que antaño usaban los oficiales de la Guardia Imperial austríaca, y, apretando los labios, tecleaba con un solo dedo de la mano derecha, despacio, con grave atención, mientras apoyaba la mano izquierda en el costado como si bailara una cuadrilla. El conde Makiedo se inclinó frente a Neda llevándose la mano con guante blanco al quepis y permaneció en esa posición sonriendo en silencio. Se enderezó por fin con un movimiento repentino, se volvió hacia mí y me expresó su alegría por verme de nuevo en Zagreb.

»—¿Por qué? —me preguntó entonces, en cordial tono de reproche, separando las sílabas como si cantara al son del vals vienes que la orquesta tocaba en ese momento—. ¿Por qué no me ha avisado enseguida de su llegada a Zagreb? Vaya a verme mañana a las once, añadiré su nombre a la lista de audiencias; el *poglavnik* lo recibirá con mucho gusto —y en voz baja, inclinándose como si de una confidencia amorosa se tratase, añadió—: Con muchísimo gusto.

»A la mañana siguiente, a las once, estaba sentado en la antesala de Ante Pavelic. El coronel Makiedo, encorvado sobre la máquina de escribir con la mano izquierda en el costado, pulsaba despacio las oscuras teclas con un solo dedo de la mano derecha, impecablemente enfundada en el guante blanco de piel *glacée*. Llevaba meses sin ver a Ante Pavelic, y al entrar en su despacho me di cuenta de que había cambiado la disposición de los muebles. La última vez que había estado allí, meses atrás, el escritorio estaba al fondo de la estancia, en el rincón más alejado de la ventana; ahora, en cambio, estaba justo delante de la puerta, de tal modo que entre ésta y el escritorio quedaba apenas el espacio justo para que pudiera pasar una persona. Entré, pues, y a punto estuve de golpearme las rodillas contra la mesa.

»—Yo mismo he ideado este sistema —dijo Ante Pavelic mientras me estrechaba la mano y reía—. Así, si alguien entrara con

intenciones aviesas, al tropezar con la escribanía y encontrarse de pronto frente a mí, perdería la calma y se traicionaría.

»Era el método opuesto al de Hitler y Mussolini, que interponen entre ellos y sus visitantes el espacio vacío de una sala inmensa. Lo observé mientras hablaba y lo vi muy cambiado: estaba cansado, desmejorado por las fatigas y las tribulaciones, con los ojos rojos por el insomnio. Sin embargo, su voz era la de siempre: grave, musical, dulcísima. La voz de un hombre sencillo, bueno, generoso. Sus enormes orejas habían enflaquecido de manera extraordinaria. Se habían vuelto transparentes; a través de su oreja derecha, del lado de la ventana, podía ver el reflejo rosado de los tejados, la luz verde de los árboles y el cielo azul. La otra oreja, del lado de la pared, permanecía en la sombra y parecía hecha de una sustancia blanca, maleable y frágil, como si fuera de cera. Me quedé observando a Ante Pavelic, sus grandes manos peludas, la frente baja, dura, obstinada, las monstruosas orejas. Y sentí en mí algo semejante a la piedad por ese hombre sencillo, bueno, generoso y dotado de un exquisito sentido de la humanidad. En pocos meses, la situación política se había deteriorado gravemente. La rebelión de los milicianos se extendía por toda Croacia, de Zemun a Zagreb. Un dolor profundo y sincero oscurecía el semblante pálido, casi terreo, del *poglavnik*. "¡Cuánto debe de sufrir —pensaba yo—, este corazón de oro!"

»En cierto momento entró el coronel Makiedo para anunciar al ministro de Italia, Raffaele Casertano.

»—Hágalo pasar —dijo Ante Pavelic—, el ministro de Italia no tiene por qué esperar en la antesala.

»Casertano entró y durante un buen rato mantuvimos una conversación sencilla y cordial acerca de los problemas de la coyuntura. De noche, los grupos de milicianos llegaban hasta los suburbios de Zagreb, pero los fieles *ustase* de Pavelic no tardarían en aplastar a esa molesta guerrilla.

"El pueblo croata —decía Pavelic— quiere que lo gobiernen con bondad y justicia. Y yo estoy aquí para garantizar tanto la bondad como la justicia."

«Mientras hablábamos me fijé en un cesto de mimbre que había sobre el escritorio, a la izquierda del *poglavnik*. La tapa estaba medio abierta y se veía que el cesto estaba lleno de moluscos, o al menos eso fue lo que me parecieron, y hasta habría jurado que eran ostras sin concha, como las que pueden verse expuestas en grandes tarros en las vitrinas de Fortnum and Masón en Picadilly, en Londres. Casertano me miró y al tiempo que me guiñaba el ojo dijo:

»—¡Ya te gustaría a ti una buena sopa de ostras!

»—¿Son ostras de Dalmacia? —le pregunté al *poglavnik*.

»Ante Pavelic levantó la tapa del cesto, sacó un puñado de viscosas y gelatinosas ostras, y, lanzándome una de sus sonrisas llenas de bondad y cansancio, dijo:

»—Es un regalo de mis fieles *ustase*: veinte kilos de ojos humanos.

XIV

OF THEIR SWEET DEATHS

Luise me miraba con los ojos desorbitados, y su semblante pálido adoptó una expresión de asco y sufrimiento.

—*J'ai honte de moi* —dijo en voz baja, y sonrió con profunda humildad—. *Nous devrions tous avoir honte de nous.*

—*Pourquoi devrais—je avoir honte de moi?* —preguntó Use—. Yo no me avergüenzo. *I'm feeling myself pure, innocent and virginal, as a Mother of God.* La guerra no me afecta, nada puede contra mí. *Je porte un enfant dans mon ventre, je suis sacrée. Mon Enfant! N'avez—vous jamais pensé que mon enfant pourrait être le petit Jésus?*

—No nos hace ninguna falta otro pequeño Jesús —dije—. Cualquiera de nosotros puede salvar el mundo. Cualquier mujer puede dar a luz a un nuevo Jesús, cualquiera de nosotros puede subir silbando al Calvario y canturrear mientras lo clavan en la cruz. Hoy en día no cuesta nada ser Jesucristo.

—*Ca ne dépend que de nous* —dijo Use—, *de nous sentir purés et innocentes comme la Mere de Dieu.* La guerra no puede mancillarme, ni puede mancillar al hijo que llevo en mi vientre.

—*Ce n'est pas la guerre, qui nous salit* —dijo Luise—. Somos nosotros, nosotros mismos, los que mancillamos nuestras ideas, nuestros sentimientos. *Nous sommes sales. C'est nous—mêmes qui souillons nos enfants dans notre ventre.*

—*Je m'en fous de la guerre* —dijo Use.

—¡Oh, Use! —exclamó Luise con voz de reproche.

—Don't be so Potsdam, Luise; je m'en fous de la guerre.

—Déjeme que le cuente la historia de los hijos de Tatiana Colonna —dije—. También ésta es una historia cristiana, Luise.

—Miedo me dan sus historias cristianas —dijo Luise.

—Déjeme que le cuente la historia de los hijos de Tatiana Colonna. En el verano de 1940, cuando Mussolini declaró la guerra a Inglaterra, los funcionarios de la Real Legación de Italia en El Cairo abandonaron Egipto y regresaron a Italia. El secretario de la Real Legación en El Cairo, el príncipe Guido Colonna, dejó a Tatiana y a sus dos hijos en Nápoles, en casa de su madre, y se marchó a Roma,

donde durante un tiempo trabajó en el Ministerio de Asuntos Exteriores a la espera de que le asignaran un nuevo destino. Una noche de principios de otoño, las sirenas de alarma despertaron a Tatiana. Una escuadrilla de bombarderos ingleses llegados desde el mar sobrevolaba la ciudad a poca altitud. Era el primer bombardeo que sufría Nápoles. Las víctimas fueron numerosas, y los daños, aunque graves, habrían sido sin duda mucho mayores si Nápoles no hubiera contado con la protección de la sangre de san Genaro, la única defensa antiaérea a la que podían encomendarse los infelices napolitanos. Los hijos de Tatiana se llevaron un susto mayúsculo; el pequeño enfermó y durante algunas semanas padeció fiebres y delirios. Tan pronto como se hubo curado, Tatiana tomó a los niños y se marchó con Guido, que entretanto había sido nombrado secretario en Estocolmo.

»Cuando Tatiana llegó a Estocolmo, el invierno estaba terminando y las bandadas de gorriones anunciaban ya la vuelta de la primavera. Una mañana, mientras los niños de Tatiana dormían, un gorrión entró en su cuarto por la ventana abierta, y los chiquillos se despertaron gritando de miedo: "¡Mamá, mamá! ¡Socorro!". Cuando Tatiana llegó, los dos pequeños, pálidos de terror, aseguraban entre convulsiones que el avión inglés había entrado por la ventana y se había puesto a volar por el cuarto.

»El pobre gorrión revoloteaba entre los muebles, gorjeando asustado por los gritos de los niños y la presencia de Tatiana, y se habría marchado por la ventana de no haberse visto engañado por el espejo del armario, contra el cual había chocado ya dos o tres veces. Por fin encontró la ventana y salió volando.

»Los chiquillos enfermaron y tuvieron que guardar cama; pálidos y demacrados, pasaban el tiempo mirando al techo y temblando ante el temor de que un avión inglés pudiera entrar de un momento a otro por la ventana abierta. Ningún médico ni ningún remedio lograban curarles el terrible sobresalto. La primavera había tocado a su fin y el sol del verano ardía ya en el cielo puro de Estocolmo; en los árboles del Karlaplan sonaba el canto de los gorriones, y los niños, tendidos en la cama con la cabeza escondida bajo las sábanas, temblaban de miedo al oír el trino de los pájaros.

»Un día Tatiana entró en la habitación de los niños con una gran caja llena de juguetes: pequeños aviones de cuerda, pajaritos de felpa rellenos de estopa y libros ilustrados con dibujos de aviones y pájaros. Los niños se sentaron sobre la cama y se pusieron a jugar con los pajaritos de felpa y con los aviones de hojalata, cuyas hélices hacían girar con el dedo. Mientras ojeaban los libros ilustrados, Tatiana les explicaba a los pequeños la diferencia entre un aeroplano y un pájaro, les contaba cómo vivían los gorriones, las currucas y los petirrojos, y les narraba las hazañas de aviadores célebres. Terminó colocando pájaros disecados sobre los muebles, colgó del techo

avioncitos de hojalata pintados de rojo y azul, y clavó a la pared pequeñas jaulas de madera con canarios dorados que cantaban alegremente.

»Cuando los pequeños empezaron a sentirse mejor, Tatiana se los llevaba cada mañana a jugar bajo los árboles del Skansen; allí, sentados sobre el césped, daban cuerda a las hélices de los avioncitos de hojalata, que recorrían un trecho de hierba dando saltitos. Luego, con la ayuda de una piedra, Tatiana desmigajaba un poco de pan y los pájaros acudían desde todas partes trinando para llevarse las migas. Hasta que un buen día, Tatiana se llevó a los niños al aeropuerto de Bromma para que vieran de cerca los grandes trimotores que todos los días parten con destino a Finlandia, Alemania e Inglaterra; los gorriones brincaban alegres por la hierba del aeropuerto, hablaban entre ellos sin miedo a esos gigantescos pájaros de aluminio que se deslizaban con gran estruendo por el césped para alzar el vuelo, o que descendían desde el alto y lejano cielo hasta posarse suavemente sobre la hierba. Y así fue como los dos hijos de Tatiana Colonna se curaron, y ahora ya no tienen miedo de los pájaros porque saben que los gorriones no bombardean ciudades, ni siquiera los gorriones ingleses.

—*How charming!* —exclamó Use al tiempo que aplaudía.

—Es una historia preciosa —dijo Luise—, casi una fábula.

Y añadió que la historia de los hijos de Tatiana Colonna le recordaba a ciertos dibujos de Leonardo da Vinci, en los que cabezas de mujeres y niños aparecen enredados entre esqueletos de pájaros y máquinas voladoras.

—No cabe duda —concluyó— de que Tatiana Colonna es una mujer pura y llena de gracia como las de Leonardo.

—Oh, sí —asintió Use—, sin duda, pura y llena de gracia como las mujeres que pintaba Leonardo. Tatiana es como los pájaros y los niños: *elle croit au ciel. Pourriez-vous imaginer un oiseau ou un enfant qui ne croie pas au del?*

—*II n'y a plus de ciel, en Europe* —observó Luise.

—Tatiana es como las mariposas —dije—, que inventan cuentos maravillosos para susurrárselos a las flores. Antes de que Tatiana les explicase a sus hijos que los pájaros no bombardean las ciudades, sin duda era cierto que los pájaros las bombardeaban.

—*Les papillons aiment mourir* —dijo Luise.

—Fue una mujer, una mujer que ya murió, quien me dijo una noche que *les papillons aiment mourir*, y que existen dos especie de rosas: las inmortales, que viven eternamente, *et celles qui aiment mourir*.

—Hasta las rosas muertas —dijo Use— son inmortales.

—A Shakespeare le gustaba el olor de las rosas muertas —dije—: «*Of their sweet deaths are sweet odours made*». Cierta noche me encontraba almorzando en la embajada de Italia, a orillas del Wannsee. Era una noche serena y sobre el hielo brillaba la última luna de invierno.

»Aunque las jóvenes mujeres alemanas sentadas en torno a la mesa eran de una belleza y un refinamiento extraordinarios, había algo impuro en sus ojos claros y en el esplendor de sus carnes y cabelleras. Reían con una risa abstracta y gélida, y se miraban a la cara entre ellas con los ojos ligeramente nublados. Esta forma de reír y mirarse daba a su belleza una desagradable sensación de complicidad y aislamiento. En los jarrones de Nymphenburg y Meissen repartidos por los muebles y en la gran concha de cristal de Murano colocada en el centro de la mesa, de un color neblinoso como de laguna matutina, florecían orgullosos manojos de bellísimas rosas blancas, rojas y de un color rosa lechoso, como el de la tez de una doncella. Las rosas habían llegado esa misma mañana en avión desde Venecia y todavía conservaban la humedad del aire veneciano; la voz de los gondoleros por los canales desiertos al alba reverberaba aún en sus pétalos largos y transparentes. La luz de los candelabros de plata se reflejaba en la porcelana de Sajonia y arrancaba mortecinos reflejos de agua durmiente y se apagaba con suavidad en el profundo brillo de la cristalería dispuesta en la mesa, en ese brillo gélido de glaciar alpino al amanecer, y en la reluciente superficie de las grandes vidrieras que separaban la veranda cubierta, donde estábamos reunidos, de los árboles del parque y de la orilla del Wannsee, inmóvil bajo la fría luna.

»En el rostro de los comensales se encendía de vez en cuando una débil llama, debida tal vez al reflejo del mantel de raso rosa sobre el que había un antiguo encaje de Burano de tonalidad marfileña, o tal vez al reflejo de las rosas; el aliento secreto de esas rosas suavemente perfumadas recreaba en la sala el ambiente de una galería veneciana a la hora en que el olor del fango de las lagunas se confunde con la fragancia de los jardines. En las paredes, avivadas por una reciente capa de barniz superpuesta a los colores originales de resultas de una torpe restauración, colgaban algunas telas de esa escuela menor francesa que se remonta a Watteau; eran naturalezas muertas, rosas centelleantes en medio de un oscuro paisaje de estatuas, árboles negros, ánforas de plata y fruta verde. Unas rosas que parecían sombras de rosas, tanto es así que la mirada, al posarse sobre las rosas venecianas que con joven orgullo sobresalían de los jarrones de Sajonia y la concha de Murano, hallaba en ellas un recuerdo lejano de rosas muertas, una memoria viva y presente de antiguas rosas.

»Los comensales estaban sentados de forma extraña, o por lo menos ésa fue la impresión que me dio, con la espalda rígida apoyada en el respaldo de la silla y el busto algo echado hacia atrás, y comían mirando al techo, como si un instinto los apartase de la comida. Las mujeres hablaban con voces de una suavidad y una elegancia insólitas, que a mí se me antojaban remotas, abstractas y apagadas. Parecían cansadas, tenían ojeras y había cierto aire distraído y a la vez convencional en la pulcritud de sus maneras y en la elegancia de sus vestidos, peinados y afeites. Su refinada elegancia parecía el resultado de un esfuerzo inconsciente cuyos únicos pretextos de naturaleza moral eran la riqueza, la incuria del dinero, los privilegios de cuna y condición y el orgullo, sobre todo el orgullo. Eso que las mujeres poseen en grado sumo, la virtud de disfrutar del momento presente, del fugaz instante faustiano, parecía en ellas eclipsado y traicionado por un miedo secreto al tiempo, a la escurridiza juventud, por una exigencia íntima que no conseguía sobreponerse a la tristeza de la hora y de los hechos. Una envidia maligna, un amargo pesar, una orgullo—sa insatisfacción consigo mismas prevalecían sobre cualquier otro rasgo de su carácter, dando pie a una especie de sensual orgullo de casta.

»Los hombres sentados en torno a la mesa presentaban, por el contrario, un aspecto despreocupado, alegre, yo diría incluso que sosegado y, en cierto modo, indiferente; entre ellos había varios italianos, un sueco y el embajador de Brasil; los demás eran alemanes de los círculos diplomáticos, pero debido tal vez al trato continuo con extranjeros y a las largas estancias fuera de Alemania daba la sensación de que por sus venas no corría sangre germánica e incluso parecían hombres libres, aunque en el fondo era evidente que esa diferencia con respecto a los demás alemanes les producía miedo y recelo. A diferencia de las mujeres, los hombres tenían un aspecto sereno, reían tranquilamente, sin sombra de sospecha ni orgullo, como si por el hecho de estar reunidos en torno a esa mesa en la villa de la embajada de Italia se encontraran a mil millas de la siniestra, oscura y cruel Alemania de ese terrible invierno.

»—¿Eddi soldado? ¿Un soldado de verdad? —preguntó riéndose el conde Dornberg, jefe de protocolo del Ministerio de Exteriores del Reich.

»Dornberg era un hombre gigantesco, medía casi dos metros, tenía una barbilla acabada en punta que le confería un aura faunesca y se inclinaba sobre la mesa apoyando sus grandes manos peludas sobre el mantel de raso.

»—Un soldado de verdad —contesté.

»—*Eddi sera bien gêné de se déshabiller sous les yeux de ses camarades* —dijo Verónica von Klem.

»—*Pauvre Eddi, il est si timide!* —añadió la princesa Agatha Ratibor.

»Había sido Axel Munthe, en Capri, quien unos días antes me había contado la historia de Eddi Bismarck. Eddi se había marchado de Capri para ir a pasar unas semanas en la pequeña propiedad que los Bismarck tienen en Suiza cuando las autoridades militares alemanas lo reclutaron de improviso. En esos momentos, Eddi se encontraba en un cuartel de Estrasburgo, desesperado y, como decía Verónica, *tres gêné*. Mientras me explicaba la historia de las andanzas militares de Eddi Bismarck, Axel Munthe reía mostrando sus afilados dientes de pie frente a mí, apoyado sobre un bastón y con una capa echada sobre sus hombros huesudos; cuando se reía movía la cabeza, y al hacerlo, el inmenso paisaje marino de olivos y acantilados contra el cual él se reclinaba como contra un muro parecía sacudido por una tormenta seca. Estábamos en lo alto de la torre de Materita, y la impertinente malicia de Axel Munthe relucía bajo el cielo azul de Capri como un árbol solitario. Ni siquiera la hierba crecía en torno a él, bajo su sombra árida y polvorienta. A su alrededor la tierra aparecía cuarteada, y de las profundas grietas del suelo asomaban en ocasiones pequeñas lagartijas de un verde desesperado. El hombre, la tierra, los árboles y las lagartijas parecían pintadas por el Greco. Axel Munthe se había sacado del bolsillo una carta de Eddi Bismarck y había empezado a leerla en voz alta, trabucándose adrede en algunas palabras y deteniéndose al final de cada párrafo para dejar escapar una mueca socarrona a través de su barbilla gris de madera carcomida; de vez en cuando se exasperaba y repetía dos o tres veces una palabra, fingiendo no saber pronunciarla para dar rienda suelta a su vena de comediante que se divierte burlándose del público.

»—¡Soldado Eddi Bismarck! —gritó de pronto Axel Munthe levantando un brazo y agitando la carta como si fuera una bandera—. ¡Soldado Eddi Bismarck! Adelante, *marsch! Für Gott und Vaterland!* ¡Ji, ji, ji!

»—Es justo y noble —observó el embajador de Italia, Dino Alfieri, con su voz estúpida y delicada— que Alemania llame a filas a sus mejores vástagos. Hay algo admirable en el hecho de que Bismarck combata como un soldado más en el ejército del Reich.

«Todos se echaron a reír y Dornberg comentó con profunda gravedad:

»—*C'est grâce a Eddi que l'Allemagne gagna la guerre.*

»Días atrás, antes de marcharme de Capri para volver a Finlandia, había ido a Grande Marina, y deambulando por aquellas callejas encajonadas entre altas paredes salpicadas de manchas blancas de salitre, pasé por delante del Fortino, la villa de Mona Williams en la que Eddi Bismarck, en ausencia de Mona, que estaba

en América, ejercía de celoso *housekeeper*. Llovía, y el Fortino presentaba un aspecto melancólico y enfermo. "El señor conde se ha ido a la guerra", me dijo el jardinero al verme pasar. Y la imagen del rubio y delicado Eddi pelando patatas en un cuartel de Estrasburgo me llenó de una alegría perversa. "El señor conde se ha ido a la guerra, adelante, *marsch! Für Gott und Vaterland!*", gritaba Axel Munthe, estremeciéndose entre secas carcajadas mientras agitaba la carta de Eddi con un impertinente gesto de alegría.

»—Cuando Eddi esté en el campo de batalla se comportará como un magnífico soldado, digno del nombre que lleva —dijo Alfieri con su voz fatua y delicada, y todos se echaron a reír.

»—*Eddi est un très gentil garçon, je l'aime beaucoup* —dijo Anne Marie Bismarck—. *Cette guerre, sans lui, ne serait qu'une guerre de goujats.*

»Anne Marie es sueca y está casada con el hermano de Eddi, el príncipe Otto von Bismarck, consejero de la embajada alemana en Roma.

»—*Le nom qu'il porte est trop beau pour un champ de bataille* —dijo el conde Dornberg con retintín.

»—*Je ne venáis rien de plus ridicule, pour un Bismarck, que de se faire tuer dans cette guerre* —dijo Anne Marie.

»—*Oh, oui! Ce serait vraiment ridicule* —añadió la princesa Agatha Ratibor con voz maliciosa.

»—*N'est—ce pas?* —dijo Anne Marie, y le lanzó a Agatha una dulce mirada de desprecio.

»Una especie de mezquindad orgullosa y perversa venía insinuándose en la conversación, que Verónica y Agatha dirigían con una gracia árida y carente de esplendor. Al escuchar a esas mujeres jóvenes y bellas me venían a la cabeza las obreras de la periferia de Berlín. Era la hora en que vuelven a sus casas o a sus *Lager* tras una larga jornada de trabajo en las factorías militares de Neukölln, Pankow y Spandau. No todas son de origen obrero. Muchas de ellas son muchachas de la alta burguesía o esposas de funcionarios estatales y de oficiales que se han visto atrapadas en la maquinaria del trabajo obligatorio. Muchas son «esclavas» llegadas de Polonia, Ucrania, la Rusia Blanca, Checoslovaquia, y lucen la *P* o el *Ost* cosidos en el pecho. Todas, sin embargo, obreras, burguesas o esclavas capturadas en los territorios ocupados, se respetan, se ayudan y se defienden entre ellas. Trabajan diez o doce horas al día bajo la vigilancia armada de las SS y se mueven en espacios reducidos, entre líneas marcadas con tiza en el suelo. Por la noche salen cansadas, sucias, negras de grasa de máquina, con el cabello oxidado por las limaduras de hierro, la piel de la cara y las manos quemada por los ácidos y con ojeras violáceas que evidencian sus privaciones, su

miedo y su angustia. Y era esa misma angustia, ese mismo miedo, aunque viciado y corrompido por una sensualidad arrogante, un orgullo impúdico, una triste indiferencia moral, el que presenciaba aquella noche en las jóvenes mujeres alemanas sentadas en torno a la mesa del embajador de Italia. Sus vestidos llegaban de contrabando desde París, Roma, Estocolmo y Madrid en las valijas diplomáticas, junto con perfumes, coloretos, guantes, zapatos y lencería. No es que se enorgullecieran del privilegio de su elegancia. Eran mujeres con una educación refinada, y su orgullo no dependía de esas pequeñas cosas que a ellas les pertenecían por derecho, *qui leur étaient dues*. No obstante, su elegancia constituía una parte nada despreciable, si bien quizás inconsciente, de su patriotismo. *De su patriotismo*. Se sentían orgullosas de los sufrimientos, las miserias y el luto del pueblo alemán, de todos los horrores de la guerra, por más que ellas, en virtud de privilegios antiguos o recientes, se creían en el derecho de no compartirlos con el pueblo. Tal era *su patriotismo*: una cruel complacencia en el propio miedo y la propia angustia, y en todos los dolores y miserias del pueblo alemán.

»En esa cálida habitación de suelos cubiertos con gruesas alfombras, iluminada por la claridad de miel fría de la luna y por la llama rosada de las velas, las palabras, los gestos y las sonrisas de esas jóvenes mujeres evocaban con envidia y pesar un mundo feliz, un mundo inmoral, voluptuoso y servil, ufano de su sensualidad y su vanidad, que el mortecino olor de las rosas y los apagados destellos de la plata y la porcelana devolvían a la memoria con una macabra sensación de carne corrompida. Había en la manera en que Verónica von Klem (Verónica, esposa de un funcionario de la embajada alemana en Roma, había vuelto de Italia unos días antes con una remesa de chismes frescos oídos en el bar del Excelsior, durante los almuerzos de la princesa Isabelle Colonna, y en el club de golf Acquasanta, donde no se hablaba de otra cosa que de los círculos políticos y sociales frecuentados por el conde Galeazzo Ciano) narraba los últimos escándalos de Roma, y en la manera de comentarlos de las demás jóvenes alemanas: la princesa Agatha Ratibor, Maria Teresa, Alice, la condesa Von W., la baronesa Von B. y la princesa Von T., un matiz de desprecio al que el resto de las mujeres, italianas, estadounidenses, suecas o húngaras, Virginia Casardi, la princesa Anne Marie von Bismarck, la baronesa Edelstam, la marquesa Theodoli, Angela Lanza y la baronesa Giuseppina von Stum, oponían una benevolencia maliciosa e irónica, pero a la vez amarga y corrosiva.

»—Desde hace un tiempo, se habla mucho de Filippo Anfuso —decía Agatha Ratibor—, parece que por fin la bella condesa D. ha pasado de los brazos de Galeazzo Ciano a los de Anfuso.

»—Lo cual demuestra —intervino la marquesa Theodoli—que en estos momentos Anfuso goza del favor de Ciano.

»—*Peut—on en diré autant de Blasco d'Ajeta?* —preguntó Verónica—. *Il a hérité de Ciano la petite Giorgina, et cela fait diré qu'il est en disgrâce.*

»—Blasco nunca caerá en desgracia —dijo Agatha—. Su padre, el chambelán de la corte, lo defiende ante el rey; Galeazzo Ciano, el yerno de Mussolini, lo defiende ante el Duce, y su mujer, que es muy católica, lo defiende ante el Papa. Blasco encontrará siempre alguna Giorgina a mano para defenderse de Galeazzo.

»—La política romana —dijo Verónica— consiste en cuatro o cinco *beaux garçons* que se entretienen intercambiándose a las treinta mujeres más estúpidas de Roma, siempre las mismas.

»—*Quand ces trente femmes auront passé la quarantaine* —dijo la princesa Von T.—, // *y aura la révolution en Italie.*

»—*Pourquoi pas quand ces quatre ou cinq beaux gargons auront plus de quarante ans?* —preguntó Anne Marie von Bismarck.

»—*Ah! Ce n'est pas la même chose* —dijo Dornberg—, *les hommes politiques, on les renverse plus facilement que trente vieilles maitresses.*

»—*Au point de vue politique* —dijo Agatha—, *Rome n'est qu'une garconnière.*

»—*Ma chère, de quoi vous plaignez—vous?* —preguntó Virginia Casardi con su acento americano—. *Rome est une ville sainte, la ville que Dieu a choisie pour avoir un pied—á—terre.*

»—*J'ai entendu un joli mot sur le Comte Ciano* —dijo Verónica—, *je ne sais pas si je puis le répéter, il vient du Vatican.*

»—*Vous pouvez le répéter* —dije—, *le Vatican aussi a les escaliers de service.*

»—Le Comte Ciano fait l'amour, dit—on au Vatican, et il croit faire de la politique.

»—Von Ribbentrop —dijo Agatha— me ha dicho que, durante su entrevista en Milán para la firma del pacto de Acero, el conde Ciano lo miraba de una forma que lo hacía sentirse incómodo.

»—*Á vous entendre* —dije—, *on croirait que le Ministre Von Ribbentrop aussi a été la maîtresse de Ciano.*

»—A estas alturas —dijo Agatha—, hasta él ha pasado por los brazos de Filippo Anfuso.

«Verónica se puso a explicar que la condesa Edda Ciano, su simpatía por la cual no era ningún secreto, últimamente había manifestado en diversas ocasiones la intención de anular su matrimonio con el conde Ciano para casarse con un joven patricio florentino, el marqués Emilio Pucci.

»—*Est—ce que la Comtesse Edda Ciano* —preguntó la princesa Von T.— *est une de ces trente femmes?*

»—*En politique* —dijo Agatha—, *Edda est celle, des trente, qui a le moins de succès.*

»—El pueblo italiano la adora como a una santa. No hay que olvidar que es la hija de Mussolini —dijo Alfieri con su voz estúpida y delicada.

»Todos se echaron a reír, y la baronesa Von B., volviéndose hacia Alfieri, dijo que "*le plus beau des ambassadeurs était aussi le plus chevaleresque des hommes*". Los comensales estallaron una vez más en carcajadas, y Alfieri, haciendo una amable reverencia dijo: "*Je suis l'ambassadeur des trente plus jolies femmes de Rome*", lo que suscitó una cordial hilaridad entre los invitados.

»La intención, atribuida a la condesa Edda Ciano, de casarse con el joven marqués Pucci no era por entonces más que una habladuría sin importancia. Sin embargo, en los labios de Verónica y en los comentarios de las demás jóvenes alemanas (en ciertas ocasiones el propio Alfieri, goloso de chismorreos, y sobre todo de chismorreos romanos, prefería sentirse, como él decía, "*l'ambassadeur des trente plus jolies femmes de Rome*" antes que embajador de Mussolini) quedaba elevada a la categoría de asunto de interés nacional, de acontecimiento capital en la vida italiana, e implicaba un juicio tácito sobre todo el pueblo italiano. Por un buen rato, la conversación giró en torno al conde y la condesa Ciano, se evocó al joven ministro de Exteriores rodeado por la dorada tropa de *beauties* del palacio Colonna y los *dandies* del palacio Chigi, se cruzaron amables burlas acerca de las rivalidades, intrigas y celos de esa corte elegante y servil a la cual la propia Verónica se preciaba de pertenecer (y de la que habría formado parte también Agatha Ratibor de no haberse convertido en lo que Galeazzo Ciano, también él un poco *vieille filie*, aborrecía por encima de todo en el mundo: una *vieille filie*), se hizo desfilar en procesión ante nuestros ojos a todo el *gratín* romano, con su servilismo interesado, su avidez de honores y placeres y su indiferencia moral, propia de una sociedad podrida hasta los tuétanos. A cada momento se comparaba con orgullo la corrupción de la vida italiana, la cínica y a la vez desesperada pasividad del pueblo italiano ante la guerra, con el *heroísmo* de la vida alemana; era como si todas ellas: Verónica, Agatha, la princesa Von T., la condesa Von W., la baronesa Von B., dijeran: "Mirad, mirad cuánto sufro, mirad cómo he terminado por culpa del hambre, las privaciones, los sacrificios y la crueldad de la guerra; mirad y ruborizaos". Y en efecto, las demás jóvenes, que se sentían extranjeras en Alemania, se ruborizaban, como si no tuvieran otra manera de disimular la sonrisa que en ellas suscitaban ese prosaico elogio del *heroísmo* de la vida alemana y el esplendor de aquellas carnes orgullosas, aquellos elegantes atuendos, aquellas ricas

alhajas, o como si en realidad se sintiesen, en lo hondo de su conciencia, iguales a las otras, y, como ellas, culpables.

»Sentada frente a mí, entre el conde Dornberg y el barón Edelstam, había una mujer que, pasada ya la flor de su juventud, sonreía sin ganas a los comentarios frívolos y maliciosos de Verónica y sus compañeras. De ella no sabía sino que era italiana, que su apellido de soltera era Antinori y que estaba casada con un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich cuyo nombre aparecía con frecuencia en la sección de política de la prensa alemana: el barón Braun von Stum. Llevaba rato observando con dolorosa simpatía su tez exhausta, demacrada y, con todo, en ciertos momentos todavía juvenil, sus ojos claros llenos de dulzura velada, casi de un secreto pudor, y sus finas arrugas en torno a las sienes y la boca triste y amarga. La gracia italiana de su rostro aún no se había extinguido del todo, ni tampoco esa dulce fantasía que hay en los ojos de las mujeres italianas, que parece una mirada de amor olvidada entre los párpados entornados. De vez en cuando me miraba y yo sentía que su mirada se posaba en mí con una seguridad y un abandono que en el fondo me inquietaban. En cierto momento me percaté de que era ella el objeto de la malévola atención de Verónica y sus compañeras, quienes con esa ironía típicamente femenina escudriñaban la sencillez de su atuendo, las uñas sin esmalte, las cejas sin depilar ni maquillar, los labios sin pintar, como si sintieran un placer malsano al descubrir en el rostro, y en toda la persona de Giuseppina von Stum, las marcas de una angustia y un miedo distinto al suyo, de una tristeza no alemana, la carencia de ese orgullo por las miserias ajenas, de las cuales ellas se jactaban sin empacho alguno. Poco a poco, sin embargo, se me fue revelando el significado secreto de esa mirada, en la que era posible advertir una suerte de muda imploración, como si con ella me suplicase comprensión y ayuda.

»A través de las vidrieras ligeramente empañadas, se veía el helado Wannsee, que parecía una inmensa losa de mármol brillante en la que los surcos de los patines y los trineos hubieran grabado epígrafes misteriosos.. El alto muro de los bosques, negro bajo el claro de luna, circundaba el lago como el muro de una cárcel. Verónica evocaba el sol de los inviernos en Capri y los tiempos en que la condesa Edda Ciano y su frívolo cortejo residían en la isla.

»—Cuesta creer —dijo Dornberg— que la condesa Ciano se rodee de esa gente. En mi vida he visto cosa semejante, ni en Montecarlo entre las *vieilles dames a gigolos*.

»—*Au fond, Edda est une vieille femme* —dijo Agatha.

»—*Mais elle n'a que trente ansí* —exclamó la princesa VonT.

»—*Trente ans c'est beaucoup* —dijo Agatha— *quand on n'a jamais été jeune*.

»Y añadió que la condesa Ciano nunca había sido joven, que ya era vieja, que tenía el espíritu, el carácter y el humor caprichoso y despótico de una anciana. Lo mismo que esas viejas señoras que se rodean de sirvientes de semblante risueño, tampoco ella toleraba a su alrededor, además de amigas complacientes y amantes asequibles, más que a individuos de reputación ambigua capaces de divertirla y distraerla.

»—Es una mujer mortalmente triste —concluyó—. Su peor enemigo es el aburrimiento. Se pasa noches enteras jugando a los dados, como las negras de Harlem. Es como madame Bovary. *Vous voyez ca d'ici ce que cela peut donner, une Emma Bovary qui serait, en plus, la fille de Mussolini?*

»—*Elle pleure souvent. Elle passe des journées entières enfermée dans sa chambre, a pleurer* —dijo Verónica.

»—*Elle rit tout le temps* —dijo Agatha con voz socarrona— *elle passe souvent la nuit a boire au milieu de sa jolie cour d'amants, d'escrocs et de mouchards.*

»—*Ce serait bien pire* —dijo Dornberg— *si elle buvait toute seule.*

»Y nos explicó que en Adrianópolis había conocido a un pobre cónsul inglés que se aburría mortalmente y que, para no beber solo, se sentaba por las noches delante de un espejo; así se pasaba horas, bebiendo en silencio en su cuarto vacío, hasta que su imagen reflejada en el espejo se echaba a reír. Entonces se levantaba y se iba a la cama.

»—Edda lanzaría el vaso contra el espejo a los cinco minutos —dijo Agatha.

»—Está muy enferma del pecho y sabe que no vivirá mucho tiempo —dijo Verónica—. Todas esas extravagancias y su humor caprichoso y despótico se deben a su enfermedad. A veces me da pena.

»—A los italianos no les da ninguna pena —dijo Agatha—, los italianos la odian. ¿Por qué deberían sentir pena por ella?

»—Los italianos odian a todo aquel de quien son humildes servidores —dijo la condesa Von W. con desprecio.

»—*Ce n'est peut-être qu'une haine de domestiques* —dijo Agatha—, *mais ils la détestent.*

»—La gente de Capri —dijo Alfieri— no siente por ella ningún afecto, pero la respeta y le perdona todas sus extravagancias. Pobre condesa, dicen, ¿qué culpa tiene ella de ser la hija de un loco? Los habitantes de Capri tienen una forma muy peculiar de concebir la historia. El año pasado, tras mi enfermedad, fui a Capri a pasar unas semanas de convalecencia. Los pescadores de la Piccola Marina, al

verme tan flaco y pálido, y creyendo que soy alemán por ser embajador en Berlín, me decían: "No se lo tome tan a pecho, señor, ¿ya usted qué más le da si Hitler pierde la guerra? ¡Piense en su salud!".

»—¡Ja, ja, ja! ¡Piense en su salud! —dijo Dornberg prorrumpiendo en carcajadas—. *Ce n'est pas une mauvaise politique.*

»—*On dit qu'elle deteste son père* —dijo la princesa Von T.

»—Creo que en fondo odia a su padre —dijo Verónica—, pero su padre la adora.

»—*Et Galeazzo?* —añadió la baronesa Von B.—. *On dit qu'elle le méprise.*

»—*Elle le méprise peut-être, mais elle l'aime beaucoup* —dijo Verónica.

»—*En tout cas, elle lui est tres fidèle* —dijo con ironía la princesa Von T.

»Todos se echaron a reír, y Alfieri, *le plus beau des ambassadeurs et le plus chevaleresque des hommes*, dijo:

»—Ah! Vous lui jetez done la première pierre?

»—Tenía dieciocho años cuando tiré la primera piedra —respondió la princesa Von T.

»—Si Edda hubiera recibido una buena educación —dijo Agatha — se habría convertido en una nihilista perfecta.

»—No sé en qué consiste su nihilismo —dije yo—, pero la verdad es que hay algo salvaje en ella. O por lo menos eso es lo que opina también Isabelle Colonna. Una noche, durante una cena en una gran casa romana, se habló de la princesa de Piamonte. La condesa Ciano dijo: "La dinastía de los Mussolini es como la de los Saboya: no durará mucho. Yo terminaré igual que la princesa de Piamonte". Se quedaron todos de piedra, entre otras cosas porque la princesa de Piamonte estaba sentada en esa misma mesa. En otra ocasión, durante un baile en el palacio Colonna, Isabelle se acercó a la condesa Ciano, y ésta le dijo: "*Je me demande quand est—ce que mon père se decidera a balayer tout ca*". Y un día que hablábamos sobre el suicidio, me dijo de golpe: "Mi padre nunca tendrá el valor para matarse". Yo le dije: "Usted misma podría enseñarle lo que hay que hacer para dispararse a uno mismo". A la mañana siguiente un comisario de policía vino a pedirme, en nombre de la condesa Ciano, que evitara volver a coincidir con ella.

»—*Et vous ne l'avez jamais plus rencontrée?* —me preguntó la princesa Von T.

»—Sí, sólo una vez, pasado un tiempo. Yo había salido a pasear por el bosque que hay detrás de mi casa de camino a Matromania, y

me la encontré por el sendero. Le dije que podía ahorrarse entrar en mi bosque si no quería verme. Ella me miró de una forma extraña y me dijo que deseaba hablar conmigo. "¿Qué tiene que decirme?", le pregunté.

Tenía un aspecto triste y humillado. "Nada, quería decirle que podría hundirlo si me lo propongo." Y tendiéndome la mano me preguntó: "Seamos buenos amigos, ¿le parece?". "Nunca hemos sido buenos amigos", le contesté. Se marchó sin decir palabra. Cuando llegó al final del sendero se dio media vuelta y sonrió. Yo estaba francamente aturdido. Desde entonces siempre me ha dado una gran pena. Debería añadir que siento por ella un respeto supersticioso. Es una especie de Stavroguin.

«—¿Una especie de Stavroguin, dice usted? —me preguntó la princesa Von T.—. ¿Por qué cree que es una especie de Stavroguin?

»—*Elle aime la mort* —respondí—. Tiene una cara extraordinaria, algunos días parece que lleva una máscara de asesino; otros, la de suicida. No me sorprendería si cualquier día me dijeran que le ha quitado la vida alguien, o que se la ha quitado a sí misma.

»—*Oui, elle aime la mort* —dijo Dornberg—. En Capri tiene la costumbre de salir sola por la noche, se sube a los acantilados que caen a pico sobre el mar y hace equilibrios al borde de los precipicios. Unos campesinos la vieron sentada una noche en el salto de Tiberio, con las piernas colgando sobre el vacío. Es capaz de asomarse al borde del Migliara como si fuera un balcón cualquiera, sobre un abismo de quinientos metros. Una noche, durante una tormenta, yo mismo la vi con mis propios ojos caminando por el tejado de la cartuja, saltando de cúpula en cúpula como un gato embrujado. *Oui, elle aime la mort.*

»—*Es—ce qu'il suffit d'aimer la mort* —preguntó la condesa Von W.— *pour devenir un assassin ou pour se suicider?*

»—Basta con amar la muerte —contesté—, es ésta la enseñanza secreta de Stavroguin, el sentido misterioso de su terrible confesión. Mussolini sabe que su hija pertenece a la raza de Stavroguin, y eso le da miedo, por eso la hace vigilar, quiere saber dónde anda a cada momento, qué dice, qué piensa, qué vicios tiene. Ha llegado hasta el extremo de arrojar en sus brazos a un miembro de la policía, para poder, ni que sea por ojos de otro, espiar a su hija en los momentos de abandono. Lo que él desearía es arrancarle la confesión de Stavroguin. Su único enemigo, su único rival, es su hija. Ella es su conciencia secreta. La sangre negra de los Mussolini no corre por las venas del padre, sino por las de Edda. Si Mussolini fuese un rey legítimo, y Edda el príncipe heredero, mandaría quitársela de en medio para asegurarse el trono. En el fondo, Mussolini se alegra de que su hija lleve una vida desordenada y del mal que la atosiga.

Así puede reinar en paz. La pregunta es: ¿puede dormir en paz? Edda es implacable y lo obsesiona por las noches. Llegará el día en que corra la sangre entre padre e hija.

»—*Voilà un histoire bien romanesque* —dijo la princesa Von T.—. *Est-ce que ce n'est pas celle d'Edipe?*

»—Sí, tal vez —contesté—, en el sentido en que la sombra de Edipo es también la de Stavroguin.

»—Creo que tiene razón —dijo Dornberg—. Basta con amar la muerte. Un médico del hospital militar alemán de Anacapri, el capitán Kifer, fue convocado un día al Quisisana para visitar a la condesa Ciano, que sufría una violenta y persistente migraña. Eso le permitió observar de cerca a Edda por primera vez. El capitán Kifer es un buen médico alemán, sabe mirar en el interior de las cosas y sabe que las enfermedades son algo misterioso. Salió muy turbado del cuarto de la condesa Ciano. Luego dijo que le había encontrado en la sien una mancha blanca, parecida a la cicatriz de un disparo de pistola. Y añadió que sin duda ésa era la cicatriz del pistoletazo que algún día se disparará en la sien.

»—*Encore une historie romanesque!* —exclamó la princesa Von T.—. *J'avoue que cette femme commence a me passionner. Vous croyez vraiment qu'elle se tuera, a trente ans?*

»—Pierda cuidado, se matará cuando tenga setenta años —dijo de pronto Giuseppina von Stum.

»Nos volvimos todos para mirarla maravillados y los demás se echaron a reír. Yo me quedé observándola en silencio; estaba palidísima y sonreía.

»—*Elle n'est pas de la race des papillons* —dijo Giuseppina von Stum en tono despectivo.

»Hubo unos instantes de incómodo silencio.

»—La última vez que estuve en Italia —dijo por fin Virginia Casardi con su acento americano—, me llevé una mariposa italiana.

»—*Un papillon? Quelle idee!* —exclamó Agatha Ratibor, y parecía irritada, casi ofendida.

»—Una mariposa romana de la via Apia —dijo Virginia, y nos contó que la mariposa se le había posado una noche en el pelo, mientras cenaba con unos amigos en una taberna de nombre extraño que hay cerca de la tumba de Cecilia Métela.

«—¿Qué extraño nombre es ése? —inquirió Dornberg.

»—Se llama "*Qui non si muore mai*", aquí no se muere nunca —respondió Virginia.

»Giuseppina von Stum se echó a reír mirándome fijamente y luego dijo en voz baja: "¡Qué horror!" y se tapó la boca con la mano.

»—Una mariposa romana no es una mariposa cualquiera —dijo Virginia, que se había llevado la mariposa de Roma a Berlín en avión metida en una cajita de cartón y la había liberado en su dormitorio. La mariposa empezó a volar hasta que fue a posarse sobre la luz de un espejo, y allí permaneció varios días inmóvil, moviendo apenas, de tanto en tanto, sus tímidas y delicadas antenas azules.

»—*Il se regardait dans le miroir* —dijo Virginia.

»Una mañana, días más tarde, se la encontró muerta sobre el cristal del espejo.

»—*Il s'était noyé dans le miroir* —dijo la baronesa Edelstam.

»—Es como en la historia de Narciso —observó la marquesa Theodoli.

»—*Vous croyez que le papillon s'est noyé?* —preguntó Verónica.

»—*Les papillons aiment mourir* —dijo Giuseppina von Stum en voz baja.

»Todos se echaron a reír, pero yo me quedé mirando a Giuseppina, irritado por esas risotadas estúpidas.

»—*C'est sa propre image qui l'a tué, sa propre image reflétée dans le miroir* —dijo la condesa Emo.

»—*Je crois que c'est même son image qui est morte la première* —dijo Virginia—. *C'est toujours comme ça que se passent ces choses.*

»—Su imagen quedó reflejada en el espejo —dijo la baronesa Edelstam—. La mariposa no se murió, sino que se fue volando.

»—*Papillon. C'est un joli nom: papillon* —dijo Alfieri con su voz estúpida y galante—. ¿Se han fijado en que la palabra "mariposa", en francés, es de género masculino, y que en italiano es de género femenino? *On est tres galant avec les femmes en Italie.*

»—*Vous voulez diré avec les papillons* —dijo la princesa Von T.

»—En alemán —dijo Dornberg— la palabra "mariposa" también es de género masculino: *der Schmetterling*. En Alemania tendemos a exaltar el género masculino.

»—*Der Krieg*, la guerra —dijo la marquesa Theodoli.

»—*Der Tod*, la muerte —añadió Virginia Casardi.

«—También en griego la muerte es de género masculino: el dios Tánatos —apuntó Dornberg.

»—Sin embargo, en alemán —observé— el sol es de género femenino: *die Sonne*. No puede entenderse la historia del pueblo alemán sin tener en mente que se trata de la historia de un pueblo para el que el sol es de género femenino.

»—*Hélas! Vous avez peut-être raison* —dijo Dornberg.

»—*En quoi Malaparte a-t-il raison?* —preguntó Agatha con ironía—. En alemán la palabra «luna» es de género masculino: *der Mond*. También esto es de vital importancia para entender la historia del pueblo alemán.

«—Naturalmente —respondió Dornberg—, también esto es de vital importancia.

»—Todo cuanto hay de misterioso en los alemanes —dije—, todo cuanto hay en ellos de enfermizo, resulta de que el sol sea de género femenino: *die Sonne*.

»—*Oui, nous sommes malheureusement un peuple tres féminin* —dijo Dornberg.

»—A propósito de mariposas —dijo Alfieri girándose hacia mí—, ¿no escribiste tú, en uno de tus libros, que Hitler es una mariposa?

»—No —respondí—, lo que escribí es que Hitler es una mujer.

»Se quedaron mirándose todos los unos a los otros, sorprendidos y algo desconcertados.

»—Debo decir —comentó Alfieri— que me parecía absurdo comparar a Hitler con una mariposa.

»Todos se echaron a reír, y Virginia dijo:

»—*Il ne me viendrait jamais a l'idée de mettre Hitler a sécher, comme un papillon, entre les pages de Mein Kampf. Ce serait vraiment bizarre.*

»—Una idea propia de una colegiala —señaló Dornberg sonriendo a través de los pelos de su pequeña barba de fauno.

»Era la hora del *Verdunkelung*, y Alfieri, por no renunciar a la vista del Wannsee helado, reluciente bajo la luna, en vez de mandar correr las cortinas para oscurecer las vidrieras, hizo apagar la llama de las velas. El reflejo espectral de la luna penetró poco a poco en la habitación y se difundió por los cristales, la porcelana y la plata como una música lejana. En la penumbra teñida de plata todo era tensión y silencio; los camareros se movían en torno a la mesa y caminaban silenciosamente en la penumbra lunar, en medio de esa luz proustiana que parecía el reflejo de «una mar cuasi cuajada con el color azulado del suero de la leche». Era una noche límpida, sin rastro de viento, los árboles se alzaban inmóviles hacia el pálido cielo y la nieve desprendía destellos de un candor azulino.

«Permanecemos así durante un buen rato, en silencio, contemplando el lago. Había en ese silencio el mismo miedo orgulloso, la misma angustia que había advertido en la risa y la voz de aquellas jóvenes alemanas.

»—*C'est trop beau* —dijo inesperadamente Verónica, y se levantó de un salto—, *je n'aime pas être triste*.

»Los demás la seguimos al salón inundado de luz y allí continuamos la velada entre amenas conversaciones. Giuseppina se sentó a mi lado sin decir nada. En cierto momento me di cuenta de que quería hablarme, pero tras quedarse mirándome unos instantes, se levantó y salió de la sala. No volví a verla en toda la noche, y como me pareció oír un crujido de ruedas sobre la nieve y el zumbido de un motor, di por hecho que se habría marchado. Cuando nos despedimos de Alfieri y el Wannsee eran las dos de la noche. Volví a Berlín en el mismo coche que Verónica y Agatha. Durante el trayecto por la autopista, le pregunté a Verónica si conocía bien a Giuseppina von Stum.

»—Es una italiana —respondió Verónica.

»—*She's rather crazy* —añadió Agatha con esa voz suya un tanto estridente.

»Una tarde iba en un vagón del U—Bahn atestado de gente pálida, sudada, sucia y de rostro cetrino. De pronto, frente a mí, vi sentada a Giuseppina von Stum con una gran maleta sobre el regazo. Me sonrió y, ruborizándose, me dijo: "Buenas tardes". Iba vestida con mucha sencillez, casi parecía una indigente, tenía las manos desnudas, agrietadas por el hielo y llenas de esos cortes rojizos que produce la lejía en las pieles delicadas. La vi apocada, encogida; estaba pálida, demacrada, tenía unas bolsas rojizas bajo los ojos y los labios lívidos. A modo de excusa, me dijo que había salido a comprar algo para la cena y que había tenido que hacer cola durante cuatro horas delante de la tienda; en ese momento volvía a casa, era ya tarde y estaba un poco preocupada por sus dos niños, que se habían quedado en casa esperándola. Luego añadió: "Una vida dura". Hablaba sonriendo, con voz temblorosa, y de vez en cuando se ruborizaba.

»Me preguntó por la situación en Italia. Dijo que con mucho gusto habría vuelto a Italia, ni que fuera unos días, a Roma o a Umbria, a casa de su madre, porque necesitaba descansar sin falta, pero no podía permitírselo: su deber como mujer alemana (y al decir "mujer alemana" enrojeció) la obligaba a quedarse en Alemania y hacer su contribución a la guerra, como cualquier otra mujer alemana.

»—Da gusto sentirse italiano aquí, ¿verdad? —le dije.

»Una sombra de tristeza descendió sobre su rostro, como cuando la noche cae sobre el suave paisaje italiano.

»—Yo ya no soy italiana, Malaparte, soy una mujer alemana —me contestó.

»Y algo se mostró en su rostro, algo humilde y desesperado. Me habían dicho que de los tres hijos de su marido (cuando se casó con ella, el barón Braun von Stum era viudo y tenía tres hijos de su anterior matrimonio), uno había muerto en Rusia, el segundo había sufrido graves mutilaciones y el tercero se recuperaba de unas heridas en un hospital de Berlín. De los otros tres hijos que había tenido con el barón Braun von Stum, el segundo, un chiquillo de diez años, había muerto en trágicas circunstancias unos meses antes, en la piscina de un hotel del Tirol. Giuseppina se ocupaba de la casa, de barrer, lavar, cocinar, hacer cola delante de las tiendas, llevar a la niña al colegio y dar de mamar al pequeño. "No me queda leche, estoy agotada, Malaparte", dijo ruborizándose.

»Así era como, poco a poco, había ido bajando al oscuro y desierto mundo de las mujeres de la Alemania en guerra, a ese mundo tétrico, lleno de angustia, desencantado y sin esperanza.

»(El barón Braun von Stum se sentía orgulloso de que su mujer compartiera la miseria, el sufrimiento y las privaciones que la guerra imponía a todas las mujeres alemanas. No había querido que Giuseppina disfrutase de los privilegios reservados a las mujeres de los diplomáticos y los altos funcionarios del Ministerio de Exteriores del Reich. "Quiero que mi mujer dé ejemplo, que corra la misma suerte que los demás." Las privaciones, las fatigas y la muda desesperación de su esposa ponían la guinda a su jornada de leal y fiel funcionario prusiano. Se sentía orgulloso de que Giuseppina trabajase y sufriese como cualquier otra mujer alemana. El barón Braun von Stum se gloriaba de que su esposa hiciera cola delante de las tiendas, de que ella misma cargase hasta casa el saco mensual de carbón, de que fregara los suelos y se ocupase de la cocina, por más que él, cuando no tomaba parte en los frecuentes y opulentos banquetes oficiales, comía en el club del Ministerio de Asuntos Exteriores. En 1942, el cocinero del Ausländer Club era famoso en todo Berlín. Hasta sus vinos gozaban de una fama bien merecida; por su parte, él prefería el vino tinto al vino blanco, el Châteauneuf du Pape a cualquier vino del Mosela o el Rin. Su coñac favorito era el Courvoisier, aunque en invierno prefería el Hennessy. "*J'ai connu Monsieur Hennessy en 1936, a Paris.*" Volvía a casa ya tarde, por la noche, a bordo de un lujoso coche del Ministerio, y se sentía orgulloso de encontrar a su mujer pálida, agotada y llena de miedo y angustia. El barón Von Stum era un funcionario del Reich honesto y leal, un prusiano fiel a su deber, entregado hasta el punto del sacrificio a la patria alemana y al Reich. *Ja, ja, heil Hitler.*)

»En un momento dado me dijo:

»—Ya he llegado, buenas tardes.

»No era mi estación, yo tenía que bajar más adelante, en Kaiserhof, pero me levanté también y cogiendo su pesada maleta le dije:

«—Permítame que la acompañe.

«Subimos las escaleras, salimos de la estación del U—Bahn y recorrimos unas cuantas calles ya oscuras. La nieve fangosa crujía bajo nuestras pisadas. Subimos en ascensor hasta el tercer piso, y ya frente a la puerta Giuseppina me dijo:

»—¿Quiere pasar?

»Pero yo sabía que todavía tenía que preparar la cena para su niña, dar de mamar al pequeño y ordenar un poco la casa, así que le dije:

«—Gracias, pero tengo que irme, tengo un compromiso importante, volveré otro día, si me lo permite, y así hablaremos...

«"Hablares de Italia", hubiera querido decirle, pero me callé, quizá por pudor, quizá porque me parecía cruel mencionar Italia. Además, ¿quién sabe si Italia existía de veras? Puede que Italia fuera un cuento, un sueño, quién sabe si existía aún, ¿quién podía saberlo? Ya no existía nada, sólo la tétrica, oscura, cruel, orgullosa y desesperada Alemania. Ya no existía nada.

»—¿ Italia? ¡Ja! —exclamé en voz alta—. ¿Italia? ¡Ja!

»Meses más tarde, volviendo de Finlandia, hice una escala de dos días en Berlín. Como de costumbre sólo disponía de un "visado" de tránsito; no se me permitía, como de costumbre, quedarme más de dos días en Alemania. Por la noche, en la villa a orillas del Wannsee, cuando el embajador Alfieri, con su voz estúpida y delicada, me dijo, hacia el final de la cena, que Giuseppina von Stum se había tirado por una ventana, no sentí la menor sorpresa ni el más mínimo dolor. Para mí ella era un dolor antiguo; hacía muchos meses que sabía que Giuseppina se había tirado por la ventana. Lo supe esa tarde, mientras bajaba las escaleras riendo y voceando: "¿Italia? ¡Ja!"; mientras escupía sobre la nieve fangosa y exclamaba: "¿Italia? ¡Ja!".

XV

LAS MUCHACHAS DE SOROCA

—*Oh, qu'il est difficile d'être femme!* —exclamó Luise.

—Y cuando el barón Braun von Stum —dijo Use— conoció la noticia del suicidio de su esposa...

—Ni pestañeó siquiera. Enrojeció un poco y gritó: «*Heil Hitler!*». Esa mañana, como de costumbre, presidió la conferencia diaria de la prensa extranjera en el Ministerio de Exteriores. Parecía completamente sereno. Al funeral de Giuseppina no acudió ni una

sola mujer alemana, ni siquiera las esposas de los colegas del barón Braun von Stum. El cortejo fue breve, lo componían tan sólo algunas italianas residentes en Berlín, un grupo de obreros italianos de la organización Todt y algunos funcionarios de la embajada de Italia. Giuseppina no era digna de la lástima de las mujeres alemanas. Las esposas de los diplomáticos alemanes se sienten orgullosas del sufrimiento, la miseria y las privaciones del pueblo alemán. Las esposas alemanas de los diplomáticos alemanes no se tiran por la ventana, no se matan. *Heil Hitler!* El barón Braun von Stum iba tras el féretro en uniforme diplomático hitleriano y de vez en cuando miraba a su alrededor con gesto desconfiado y enrojecía. Le avergonzaba que a su esposa (*ach!*, se había casado con una italiana) le hubiese faltado fuerza para sobrellevar los sufrimientos del pueblo alemán.

—*Parfois j'ai honte d'être femme* —dijo Luise en voz baja.

—¿Por qué, Luise? Permítame que le explique la historia de las muchachas de Soroca —dije—. Soroca está en Besarabia, junto al Dniéster.

»Las muchachas eran unas pobres judías que habían huido a los campos y bosques para escapar de las manos de los alemanes. Los trigales y bosques de Besarabia, entre Bálti y Soroca, estaban llenos de muchachas judías escondidas por miedo a los alemanes, a las manos de los alemanes.

»No tenían miedo de su cara, ni de sus terribles y roncadas voces, ni de sus ojos azules, ni de sus pies grandes y pesados, sino de sus manos. No de sus cabellos rubios, ni de sus fusiles ametralladores, sino de sus manos. Cuando una columna de soldados alemanes asomaba al fondo de la carretera, las muchachas judías que se escondían entre el trigo y los troncos de las acacias y los abedules temblaban de miedo, y si alguna de ellas se echaba a llorar o a gritar, las compañeras le tapaban la boca con la mano y se la llenaban de paja; pero aun así podía ser que la muchacha forcejeara y siguiera gritando, porque tenía miedo de las manos alemanas, porque podía sentir bajo la ropa las manos duras y lisas de los alemanes y cómo sus dedos de hierro penetraban en su carne secreta. Llevaban días viviendo en los campos, en medio del grano, tendidas en los surcos entre las altas espigas doradas como si fuera una cálida selva de árboles de oro, y se movían despacio para no agitar las espigas, porque cuando los alemanes veían que las espigas se movían sin que soplara viento, decían: "*Achtung! ¡Milicianos!*", y disparaban ráfagas de ametralladora contra la dorada selva de trigo. Las muchachas judías llenaban de paja la boca de las compañeras heridas para que no gritasen y, suplicándoles silencio, las sujetaban contra el suelo poniéndoles la rodilla en el pecho o las aferraban del cuello con los dedos agarrotados de puro miedo, para que no gritasen.

»Eran muchachas judías de unos dieciocho o veinte años, y eran las más jóvenes, las más bellas; las demás, las muchachas feas y tullidas de los guetos de Besarabia, se encerraban en casa con los visillos levantados para ver pasar a los alemanes y temblaban de miedo. O tal vez no fuera sólo miedo, sino otra cosa lo que hacía temblar a esas pobres muchachas gibosas, cojas, lisiadas, con la piel picada de escrófula o viruela o con los cabellos comidos por los eccemas. Temblaban de miedo al levantar los visillos de las ventanas para ver pasar a los soldados alemanes, y aunque si alguno de ellos les dirigía una mirada distraída, hacía un gesto involuntario o alzaba la voz, se apartaban muertas de miedo, acto seguido rompían a reír y, congestionadas y sudadas, echaban a correr dando tropezones por las estancias en penumbra, compitiendo por llegar antes que las demás a la ventana de la habitación contigua y ver a los soldados alemanes doblar en la esquina.

»Las muchachas que se escondían en los campos y en los bosques palidecían al oír el rumor de los motores, los cascos de los caballos o el chirrido de las ruedas por las carreteras que unen Bálti y, en Besarabia, con Soroca, en el Dniéster, cerca ya de Ucrania. Vivían como animales salvajes y se alimentaban con lo poco que conseguían mendigarles a los campesinos: alguna rebanada de pan o *mámáligá*, o restos de *bránzd* salado. Había días en que, hacia el anochecer, los soldados alemanes se adentraban en los trigales a la caza de muchachas judías. Avanzaban como los dedos de una mano abierta, como los dedos de una mano enorme, rastreando el trigo y llamándose los unos a los otros, "¡Kurt!, ¡Fritz!, ¡Karl!", con sus voces jóvenes, algo ásperas, como cuando los cazadores, en plena batida, rastrean los brezos para recoger las perdices, las codornices y los faisanes.

«Sorprendidas y asustadas, las alondras remontaban el vuelo a través del polvoriento aire del ocaso, y los soldados alzaban la vista para seguirlas con los ojos; escondidas entre el grano, las muchachas contenían la respiración sin apartar la vista de las manos de los soldados alemanes, apretadas en torno a la culata del fusil ametrallador, que aparecían y desaparecían entre las espigas, esas manos alemanas recubiertas de una pelusa clara y brillante, parecida a la de los cardos, esas manos alemanas duras y lisas. Los cazadores ya estaban cerca, caminaban algo encorvados y respiraban con fuerza, resollando ásperamente. Hasta que una de las muchachas dejaba escapar un grito, y luego otra, y otra.

»Un día, el servicio sanitario del IIº Ejército alemán decidió abrir un burdel militar en Soroca. El problema era que en Soroca no quedaban más mujeres que las viejas y las feas. Gran parte de la ciudad había sido destruida por las minas y los bombardeos de los alemanes y los rusos, casi todos los habitantes habían huido y los jóvenes habían seguido al ejército soviético hacia el Dniéper. Sólo

habían quedado en pie el barrio de los jardines públicos y el que rodea el antiguo castillo de los genoveses, que se alza en la orilla occidental del Dniéster, en medio de un laberinto de casuchas bajas de madera y barro habitadas por una población miserable de tártaros, rumanos, búlgaros y turcos. Desde lo alto del barranco que cae a pico sobre el río, se ve la ciudad acorralada entre el Dniéster y la abrupta ribera boscosa: las casas estaban derruidas o ennegrecidas por los incendios, y al otro lado de los jardines públicos algunos edificios humeaban todavía. Así era Sorooca del Dniéster en el momento de la inauguración del burdel militar en una casa próxima a las murallas del castillo genovés: una ciudad en ruinas con las calles atestadas de columnas de soldados, caballos y coches.

»La comandancia militar envió patrullas para que dieran caza a las muchachas judías escondidas en los trigales y los bosques de los alrededores de la ciudad. Y así, cuando el burdel quedó inaugurado con la visita oficial, al más severo estilo militar, del comandante del IIº Ejército, el general Von Schobert y su séquito pudieron ser recibidos por una decena de muchachas pálidas con los ojos irritados por las lágrimas. Eran todas muy jóvenes, algunas poco más que unas niñas, y no iban vestidas con esos saltos de cama largos de seda roja, amarilla, verde y mangas anchas que son el uniforme tradicional de los burdeles orientales, sino con sus mejores vestidos, esos vestidos sencillos y discretos de las jóvenes burguesas de provincias, tanto es así que parecían estudiantes (y de hecho algunas lo eran) reunidas en casa de una amiga para preparar un examen. Por el aspecto parecían humildes, tímidas y asustadas. Las vi pasar por la calle unos días antes de la apertura del burdel, eran unas diez y caminaban con un hatillo bajo el brazo, una maleta de cuero o un fardo atado con hilo bramante, seguidas por dos SS armados con fusiles ametralladores. Todas tenían los cabellos grises de polvo, alguna que otra espiga de grano clavada en las faldas y las medias rasgadas, y una de ellas caminaba renqueando con un pie descalzo y el zapato en la mano.

»Un mes después, una noche que me encontraba de paso en Sorooca, el *Sonderführer* Schenk me invitó a ir con él a visitar a las jóvenes judías del burdel militar. Le dije que no y Schenk se echó a reír mirándome con socarronería.

»—No son prostitutas, son chicas de buena familia —dijo Schenk.

»Yo le contesté:

»—Ya sé qué son chicas respetables.

»—No hace al caso compadecerlas —dijo Schenk—, son judías.

»Yo le contesté:

»—Ya sé que son judías.

»—¿Y entonces? —dijo Schenk—. ¿Tal vez le dé miedo que se ofendan si vamos a visitarlas?

»Yo le contesté:

»—Hay cosas que usted no puede entender, Schenk.

»—¿Qué hay que comprender? —preguntó Schenk.

»Yo le contesté:

»—Estas pobres muchachas de Soroca no son prostitutas, no se venden por propia voluntad, sino que las obligan a prostituirse. Tienen derecho a que todo el mundo las respete. Son prisioneras de guerra y ustedes se aprovechan de ellas de manera innoble. ¿Qué porcentaje se lleva la comandancia alemana sobre las ganancias de esas pobres muchachas?

»—El amor de esas muchachas no cuesta nada —dijo Schenk—, es un servicio gratuito.

»—Un trabajo forzoso, querrá decir.

»—No, un servicio gratuito —respondió Schenk—. Además no tiene sentido pagarles.

»—¿No tiene sentido pagarles? ¿Y por qué no?

«Entonces el *Sonderführer* Schenk me dijo que terminados sus servicios, al cabo de un par de semanas, las mandarían de vuelta a sus casas y las reemplazarían con otra remesa de muchachas.

»—¿A casa? —exclamé—. ¿Está usted seguro de que las mandarán de vuelta a casa?

»—Sí —contestó Schenk visiblemente incómodo y ruborizándose un poco—, a casa, al hospital, no lo sé. Puede que a un campo de concentración.

»—¿Por qué —pregunté— no metéis a los soldados rusos en el burdel, en vez de a esas pobres muchachas judías?

»Schenk se echó a reír y rió sin parar, me daba palmadas en el hombro y repetía: "*Ach so! Ach so!*". Yo estaba seguro de que no había entendido lo que yo había querido decir; él creía sin duda que me refería a aquella casa de Bálfy y en la que un *Leibstandarte* de las SS tenía un burdel secreto para homosexuales. No había entendido lo que yo había querido decir y reía abriendo la boca y me daba palmadas en el hombro.

»—Si en vez de esas pobres muchachas judías —dije— fueran soldados rusos, sería mucho más divertido, *nicht wahr?*

»Esta vez Schenk creyó haber entendido y rompió a reír con más fuerza todavía. Luego se puso serio y me dijo:

»—¿Cree usted que los rusos son homosexuales?

»—Eso lo descubrirán ustedes cuando termine la guerra — respondí.

»—*Ja, ja, natürlich*, ieso lo descubriremos cuando termine la guerra! —dijo Schenk soltando una sonora carcajada.

»Una noche, ya tarde, poco antes de la medianoche, decidí encaminarme hacia el castillo genovés. Bajé al río, entré por una de las callejuelas de ese barrio miserable, llamé a la puerta de la casa y entré. En la amplia habitación iluminada por una lámpara de petróleo colgada en el centro del techo había tres muchachas sentadas en unos sofás dispuestos a lo largo de la pared. Una escalera de madera conducía al piso superior. En las habitaciones de arriba se oía un chirriar de puertas, un rumor de pasos y un bisbiseo de voces lejanas, como sepultadas en la oscuridad.

»Las muchachas alzaron la vista y me miraron. Estaban sentadas en pose recatada en esos sofás bajos cubiertos con esas espantosas alfombras rumanas de franjas amarillas, rojas y verdes de Cetatea Alba. Una de ellas leía un libro que, en cuanto entré, posó sobre sus rodillas observándome en silencio. Parecía una escena de burdel pintada por Pascin. Me observaban en silencio y una de ellas se atusó el pelo encrespado, recogido sobre la frente como las niñas. En un rincón del cuarto, sobre una mesa cubierta con un mantel amarillo, había unas cuantas botellas de cerveza y *tuiça* y dos hileras de vasos.

»—*Gute Nacht* —dijo pasados unos instantes la muchacha que se atusaba el pelo.

»—*Bună seara* —respondí en rumano.

»—*Bună seara* —dijo la muchacha esbozando una débil sonrisa.

»En ese instante caí en la cuenta de que no recordaba para qué había ido a esa casa, si bien sabía que lo había hecho a espaldas de Schenk y no por curiosidad o por un vago sentimiento de piedad, sino por algo que en ese momento tal vez mi conciencia se negaba a aceptar.

»—Es muy tarde —dije.

»—Cerramos dentro de poco —dijo la muchacha.

»Entretanto, una de sus compañeras se había levantado perezosamente del sofá y, mirándome de reojo, se acercó a un gramófono colocado en un rincón de la estancia sobre una mesita, dio unas vueltas a la manivela y posó la aguja de acero sobre el disco. Del gramófono salió una voz de mujer cantando un tango. Me acerqué al gramófono y levanté la aguja del disco.

»—*Warum?* —preguntó la muchacha que, con los brazos en el aire, se preparaba para bailar conmigo, y sin esperar respuesta me dio la espalda y volvió a sentarse en el sofá.

»Era pequeña y algo rellena. Calzaba un par de pantuflas de tela de color verde claro. Fui a sentarme yo también en el sofá, y la muchacha se recogió la falda bajo las piernas, para dejarme espacio, y me miró fijamente. Sonreía, y no sé por qué, su sonrisa me irritó. En ese momento oí abrirse la puerta en lo alto de la escalera y una voz de mujer dijo:

»—Susanna.

»Una muchacha delgada, pálida y con el cabello suelto sobre los hombros apareció por la escalera; en la mano llevaba una vela encendida que sobresalía de un embudo de papel amarillento. Iba en zapatillas, del brazo de la vela le colgaba una toalla y con la otra mano se sujetaba el salto de cama de color rojo, una especie de albornoz ceñido a la cintura mediante un cordón, como si fuese una túnica; se detuvo en un peldaño a media escalera y se quedó mirándome con atención, con el entrecejo fruncido como si la importunara mi presencia; luego miró en derredor, más con suspicacia que con irritación, y posó la vista en el gramófono, donde el disco seguía girando en el vacío dejando oír un leve susurro, miró los vasos intactos, las botellas alineadas en orden y, abriendo la boca para bostezar, dijo con una voz algo ronca en la que resonaba un eco duro y ordinario:

»—Vámonos a la cama, Susanna, que ya es tarde.

»La muchacha a la que la recién llegada llamaba Susanna se echó a reír y miró a su compañera con cierto aire socarrón.

»—¿Ya estás cansada, Lublia? —dijo—. ¿Qué has hecho para estar tan cansada?

»En vez de contestar, Lublia fue a sentarse en el sofá que había frente al nuestro y, entre bostezos, se quedó observando mi uniforme con atención. Luego me preguntó:

»—Tú no eres alemán. ¿Qué eres?

«—Italiano.

«—¿Italiano?

»Las muchachas me miraban ahora con amable curiosidad. La que estaba leyendo cerró el libro y posó sobre mí una mirada cansada y distraída.

«—Italia es bonita —dijo Susanna.

«—Preferiría que fuese un país feo —repuse—. De nada sirve que sólo sea bonito.

»—A mí me gustaría irme a Italia —dijo Susanna—, a Venecia. Me gustaría vivir en Venecia.

«—¿En Venecia? —dijo Lublia echándose a reír.

»—¿No irías conmigo a Italia? —preguntó Susanna—. Yo nunca he visto una góndola.

»—Si no estuviera enamorada —dijo Lublia—, me iría ahora mismo.

«Sus compañeras se echaron a reír y una de ellas dijo:

«—Todas estamos enamoradas. —Y las demás rieron de nuevo y me miraron de una forma extraña.

»—*Nous avons beaucoup d'amants* —dijo Susanna en francés con el suave acento de los judíos rumanos.

»—*Ils ne nous laisseraient pas partir pour l'Italie* —dijo Lublia encendiendo un cigarrillo—, *Ils sont tellement jaloux!*

«Reparé en que tenía una cara alargada y estrecha, y una boca pequeña y triste de labios finos. Parecía la boca de una niña. La nariz era huesuda, cérea, con las aletas sonrojadas. Fumaba levantando de vez en cuando los ojos al techo y expulsaba la bocanada de humo con estudiada indiferencia; un brillo resignado y a la vez desesperado relucía en su blanca mirada.

»En ese momento, la muchacha que estaba sentada con el libro sobre las rodillas se puso en pie y mientras sujetaba el libro con ambas manos a la altura del vientre dijo:

»—Noapte buná.

»—*Noapte buná* —respondí.

»—*Noapte buná, domnule capitán* —repitió la muchacha, luego se inclinó frente a mí con una gracia tímida, algo desgarbada, y dándose media vuelta subió por la escalera.

«—¿Quieres la vela, Zoé? —le preguntó Lublia al tiempo que la seguía con la mirada.

«—Gracias, no me da miedo la oscuridad —respondió Zoé sin girarse.

»—*Tu vas rever de moi?* —gritó Susanna.

»—*Bien sur! Je vais dormir á Venise!* —respondió Zoé, y desapareció.

«Nos quedamos en silencio unos instantes. El rumor lejano de un camión hacía vibrar suavemente los cristales de las ventanas.

»—*Vous aimez les Allemands?* —me preguntó de pronto Susanna.

»—*Pourquoi pas?* —contesté con un ligero dejo de suspicacia que no le pasó inadvertido.

»—*Ils sont gentils, n'est—ce pas?* —dijo.

»—Il y en a qui sont tres gentils.

»Susanna me escrutó durante un buen rato y después, con un tono de odio incontenible, dijo:

»—*Ils sont tres aimables avec les femmes.*

»—*Ne le croyez pas* —dijo Lublia—, *au fond, elle les aime bien.*

«Susanna rompió a reír mirándome de una forma extraña. Algo blanco y suave nacía al fondo de su mirada y daba la impresión de que los ojos fueran a derretírsele.

»—*Elle a peut-être quelque raison de les aimer* —dije.

»—Oh, desde luego —dijo Susanna—, son mi último gran amor.

»Me percaté de que tenía los ojos llenos de lágrimas, y no obstante sonreía. Entonces le acaricié la mano con suavidad y Susanna agachó la cabeza sobre el pecho y dejó que las lágrimas le inundaran el rostro.

«—¿Por qué lloras? —preguntó Lublia con voz ronca mientras apagaba el cigarrillo—. Todavía nos quedan dos días de vida. ¿Te parecen pocos dos días? ¿Es que no te bastan? —y entonces alzó la voz y los brazos y, agitándolos por encima de la cabeza como si invocase ayuda, con una voz llena de odio, de asco y de dolor, con una voz llena de miedo, gritó—: ¡Dos días, dos días más y luego nos mandarán a casa! ¿Ya sólo dos días te echas a llorar? ¿Precisamente ahora te echas a llorar? Vamos a irnos de aquí, ¿entendido? Nos iremos bien lejos.

»Y tras echarse sobre el sofá, escondió la cara entre los cojines y empezó a temblar; los dientes le castañeteaban con violencia y de vez en cuando repetía con esa extraña voz llena de miedo: "¡Sólo dos días!". Una de las zapatillas resbaló de su pie desnudo, cayó sobre el suelo de madera y dejó al descubierto un pie rojizo, rugoso, surcado de cicatrices blancas. Pequeño como el pie de una niña. Pensé que debía de haber caminado una gran distancia, a saber de dónde venía, a saber cuántos países había atravesado en su huida, antes de que la apresaran y la llevaran a esa casa por la fuerza.

»Susanna guardaba silencio, con la cara gacha sobre el pecho y la mano abandonada entre las mías. Parecía como si no respirase. De pronto, en voz baja y sin mirarme, preguntó:

»—¿Cree que nos mandarán de vuelta a casa?

»—No pueden obligarlas a estar aquí toda la vida.

»—Cada veinte días cambian a las chicas —dijo Susanna—. Ya llevamos aquí dieciocho días. Dos días más y nos sustituirán. Ya nos han avisado. Pero ¿cree de veras que nos dejarán volver a casa?

»Me di cuenta de que tenía miedo de algo, pero no acertaba a saber de qué. Luego me explicó que había aprendido francés en la escuela, en Chisinau, que su padre era un comerciante de Bálti, que

Lublia era hija de un médico y que otras tres compañeras eran estudiantes, y añadió que Lublia estudiaba música, que tocaba el piano como los ángeles y que algún día se convertiría en una gran artista.

»—Cuando se marche de esta casa —dije— podrá retomar sus estudios.

»—Vaya usted a saber. Después de todo lo que hemos pasado. Además, quién sabe dónde iremos a parar.

«Mientras hablábamos, Lublia se había incorporado apoyándose sobre los codos y sus ojos relucían de un modo extraño en su rostro de cera. Temblaba como si tuviera fiebre.

»—Sí, sin duda llegaré a ser una gran artista —dijo, y se echó a reír rebuscando un cigarrillo en los bolsillos del salto de cama.

»Luego se levantó, se fue a la mesa, destapó una botella de cerveza, sirvió tres vasos y nos los ofreció en una bandeja de madera. Se movía con ligereza, sin hacer ruido.

»—Tengo sed —dijo Lublia antes de beber ávidamente con los ojos cerrados.

»Hacía un calor sofocante y por las ventanas entornadas penetraba el denso hálito de la noche de verano. Lublia caminaba por la habitación con los pies descalzos, sosteniendo el vaso en la mano y con la mirada fija al frente. Su cuerpo espigado y delgado cimbreaba en el interior de la campana vaporosa del salto de cama rojo y, al pisar el suelo de madera, sus pies desnudos producían un sonido suave y lejano. La otra chica, que durante todo ese tiempo no había dicho una palabra ni dado señales de vida, como si, mirándonos sin vernos, no se diera cuenta de lo que ocurría a su alrededor, se había quedado dormida boca arriba en el sofá, con su pobre vestido apedazado, una mano posada sobre el regazo y la otra, con el puño cerrado, recogida sobre el pecho. De vez en cuando, procedente de los jardines públicos, se oía retumbar la seca detonación de un disparo. Desde la otra orilla del Dniéster, río arriba en la dirección de Yampil, llegaba el fragor de la artillería, que moría sofocado entre los pliegues de lana de aquella noche tórrida. Lublia se paró delante de la compañera dormida y durante un buen rato la observó en silencio. Luego se volvió hacia Susanna y dijo:

»—Hay que llevarla a la cama, está cansada.

»—Hemos trabajado todo el día —dijo Susanna casi a modo de disculpa—, estamos rendidas. Durante el día los soldados vienen a desfogarse, y por la noche, de ocho a once, vienen los oficiales. No tenemos ni un minuto de descanso.

«Hablaba con indiferencia, como si se tratara de un trabajo cualquiera. Ni tan siquiera mostraba repugnancia. Tras decir esto, se

levantó y ayudó a Lublia a levantar a la compañera, que en cuanto puso los pies en el suelo se despertó y, gimiendo como si la aquejara un mal, se abandonó casi con deleite en los brazos de sus amigas y subió por la escalera hasta que sus gemidos y el rumor de los pasos se apagaron detrás de la puerta entrecerrada.

»Me quedé solo. La lámpara de petróleo que colgaba del techo humeaba y me levanté para regular la llama; la lámpara osciló y proyectó sobre las paredes mi sombra y la sombra de los muebles, las botellas y el resto de los objetos. Quizá lo mejor habría sido marcharse en ese momento. Estaba sentado en el sofá, de cara a la puerta. Tenía el oscuro presentimiento de que hacía mal quedándome en esa casa. Quizá lo mejor habría sido marcharse antes de que volvieran Lublia y Susanna.

»—Temía que se hubiera marchado —dijo la voz de Susanna a mi espalda.

»Había bajado sin hacer ruido y se movía despacio por la habitación, poniendo en orden botellas y vasos; luego se sentó a mi lado en el sofá. Se había empolvado la cara, lo que le daba un aspecto todavía más pálido. Me preguntó si iba a quedarme mucho tiempo en Soroca.

»—No lo sé, puede que dos o tres días, no más —contesté—. Tengo que ir al frente de Odessa. Pero volveré pronto.

»—¿Cree que los alemanes conseguirán tomar Odessa?

»—Me importa bien poco —dije— lo que hagan los alemanes.

»—Me gustaría poder decir lo mismo —dijo Susanna.

»—¡Oh! Lo siento, Susanna, no quería... —dije, y después de un incómodo silencio agregué—: Los alemanes se esfuerzan en vano, no es así como se gana una guerra.

»—¿Sabe quién ganará la guerra? ¿Qué cree, que la ganarán los alemanes, los ingleses o los rusos? La guerra la ganaremos nosotras. Lublia, Zoé, Marica, yo y todas las que son como nosotras. La ganarán las putas.

«—Cállese —dije.

»—¡La ganarán las putas! —repitió Susanna casi a voz en grito. Luego se echó a reír en silencio, hasta que por fin, con la voz temblorosa de una niña asustada, me preguntó—: ¿Cree que nos mandarían de vuelta a casa?

»—¿Por qué no iban a mandarlas de vuelta a casa? —repliqué—. ¿Tienen miedo de que las manden a otra casa como ésta?

»—Oh, no, después de veinte días en un trabajo como éste no vale ya una para nada. Ya he visto a *las otras*.

»Hizo una pausa. Me fijé en que le temblaban los labios. Ese día había tenido que "servir" a cuarenta soldados y seis oficiales. Se echó a reír. No podía seguir soportando ese tipo de vida. Ya no se trataba tanto del asco como del cansancio físico. Ya no se trataba de que le diera asco, reiteró sonriendo. Esa sonrisa me dolió, era como si buscara justificarse; aunque tal vez se escondiera algo más en esa sonrisa ambigua, algo oscuro. Y añadió que cuando las otras, las que habían estado allí antes que ella, antes que Lublia, Zoé y Marica, abandonaron la casa daba pena verlas. Ni siquiera parecían mujeres. Eran pingajos. Las vio marcharse con sus maletas y sus hatillos llenos de harapos bajo el brazo. Dos SS armados con fusiles ametralladores las hicieron montar en un camión para llevárselas quién sabe dónde.

»—Quiero volver a casa —dijo Susanna—. A casa.

»La lámpara humeaba de nuevo y un intenso olor de petróleo se difundía por la habitación. Yo estrechaba entre mis manos, suavemente, la mano de Susanna, y la suya temblaba como un pájaro asustado. La noche resollaba en el umbral de la puerta como una vaca enferma; su cálido aliento entraba en la habitación junto con el rumor de las hojas de los árboles y el murmullo del río.

»—Las vi cuando se marcharon de aquí —dijo Susanna estremeciéndose—, parecían espectros.

»Y así permanecemos largo rato, callados, en la habitación en penumbra, y yo me sentía embargado por una amarga tristeza. Había perdido la confianza en mis palabras. Mis palabras eran falsas y mezquinas. Hasta nuestro silencio parecía falso y mezquino.

»—Adiós, Susanna —dije en voz baja.

»—¿No quiere subir? —preguntó Susanna.

»—Es tarde —contesté mientras iba hacia la puerta—. Adiós, Susanna.

»—*Au revoir* —dijo Susanna sonriendo.

»Su sonrisa impotente resplandecía en el umbral; el cielo estaba lleno de estrellas.

—¿No ha vuelto a saber nada de esas pobres muchachas? —preguntó Luise tras un largo silencio.

—Sé que se las llevaron dos días más tarde. Cada veinte días los alemanes se encargaban de reemplazar a las chicas.

A las que dejaban el burdel las hacían subir a un camión y se las llevaban en dirección al río. Schenk decía que no hacía al caso compadecerse de ellas. No valían para nada. Eran pingajos. Y además, eran judías.

—*Elles savaient qu'on allait les fusiller?* —preguntó Use.

—Elles le savaient. Elles tremblaient de peur d'être fusillées. Oh, elles le savaient! Tout le monde le savait, a Soroca.

Cuando salimos, el cielo estaba cuajado de estrellas. Resplandecían frías y muertas, como ojos de cristal. Desde la estación llegaba el silbido áspero de los trenes. Una pálida luna de primavera se alzaba en el cielo transparente, y los árboles y las casas parecían hechos de una materia blanda y viscosa. Más abajo, en dirección al río, un pájaro cantaba entre las ramas. Descendimos por una calle desierta hasta la orilla del río y nos sentamos en la vera.

El agua sonaba en la oscuridad como el crujir de la hierba bajo los pies descalzos. En las ramas de un árbol iluminado por el pálido fuego de la luna se puso a cantar un pájaro, al que contestaron las demás aves, desde las proximidades algunas, desde más lejos las otras. Un pájaro de grandes dimensiones sobrevoló los árboles en silencio, descendió hasta rozar el agua y cruzó el río con vuelo lento e incierto. Me vino a la memoria aquella noche de verano, en la prisión romana de Regina Coeli, en que una bandada de pájaros se posó en el tejado de la cárcel y se puso a cantar. Seguramente venían de los árboles del Janículo. «Anidan en el roble de Tasso», pensé. Pensé que anidaban en el roble de Tasso y me eché a llorar. Me avergonzaba llorar, pero después de tan largo presidio hasta el canto de un pájaro puede más que el orgullo del hombre, que la soledad del hombre.

—Oh, Luise —dije.

Y así, sin quererlo, tomé la mano de Luise y la estreché con suavidad entre las mías.

Luise retiró con cuidado la mano y me lanzó una mirada más de estupor que de reproche. Mi inesperado gesto la había cogido por sorpresa, y tal vez ahora se arrepentía de haber rehuido mi dolorosa caricia; yo hubiese querido decirle que me devolvía a la memoria la mano de Susanna abandonada entre mis manos, la mano menuda y sudorosa de Susanna en el burdel de Soroca; me devolvía a la memoria la mano de aquella obrera rusa que una noche estreché a hurtadillas en un vagón del U—Bahn, en Berlín, aquella mano larga y rugosa, quemada por los ácidos. Tenía la sensación de estar sentado al lado de aquella pobre muchacha judía en el sofá del burdel de Soroca, al lado de Susanna, y entonces sentí una gran piedad por Luise, por Luise de Prusia, la princesa imperial Luise von Hohenzollern. Los pájaros cantaban en torno a nosotros bajo la oscura luz de la luna. Las dos muchachas observaban en silencio el paso del río junto a la orilla, contemplando su brillo opaco entre las tinieblas.

—*J'ai pitié d'être femme* —dijo Luise en voz baja con su francés de Potsdam.

Quinta parte

LOS RENOS

XVI

HOMBRES DESNUDOS

El gobernador de Laponia, Kaarlo Hillilá, levantó el vaso y dijo: «*Maljanne*». Estábamos comiendo en el palacio del gobernador, en Rovaniemi, la capital de Laponia, construida sobre el círculo polar ártico.

—El círculo polar ártico pasa justo por debajo de la mesa, entre nuestros pies —dijo Kaarlo Hillilá.

El conde Agustín de Foxá, ministro de España en Finlandia, se agachó a mirar bajo la mesa, el resto de los invitados se echó a reír y De Foxá masculló entre dientes:

—Ces sacres ivrognes!

Estaban todos borrachos: pálidos, la frente empapada en sudor, los ojos brillantes e impávidos, esos ojos fineses que el alcohol tiñe con reflejos de madreperla. Yo le decía a De Foxá:

—Agustín, bebes demasiado.

Y Agustín respondía:

—Sí, tienes razón, bebo demasiado, pero éste es el último vaso.

Entonces Olav Koskinen levantaba el vaso y le decía «*maljanne*», y De Foxá contestaba:

—No, gracias, no bebo.

Y el gobernador lo miraba fijamente y decía:

—Vous refusez de boire a notre santé?

Y yo le decía con voz queda a De Foxá:

—Por el amor de Dios, Agustín, no cometas ninguna imprudencia, hay que decirles siempre que sí, por el amor de Dios, siempre que sí.

Y De Foxá decía que sí, siempre que sí, de vez en cuando levantaba su vaso diciendo «*maljanne*», y tenía la cara roja, la frente brillante de sudor y los ojos inciertos tras las gafas empañadas. «Confiemos en el Señor», pensaba yo mirando a De Foxá.

Debía de ser casi medianoche. El sol, rodeado por un fino velo de niebla, resplandecía en el horizonte como una naranja envuelta en papel de seda. La luz espectral del Norte, que con gélida violencia penetraba por las ventanas abiertas, iluminaba con un reflejo cegador de pabellón quirúrgico el inmenso salón de modernísimo estilo finlandés, de techo bajo, paredes blancas y suelo de madera rosada de abedul, a cuya mesa llevábamos seis horas sentados. Las grandes ventanas rectangulares, altas y estrechas, se abrían sobre el amplio

valle del Kemi y el Ounas, sobre el boscoso horizonte del Ounasvaara. En las paredes había colgados antiguos *rya*, esos tapices que los pastores y campesinos finlandeses tejen con sus telares rústicos, y bellas estampas de los suecos Skjóldebrand y Aveelen y del vizconde francés de Beaumont. Había, entre otros, un *rya* de color rosa, gris, verde y negro de gran valor tejido con motivos de árboles, renos, arcos y flechas, y otro, rarísimo también, en el que los colores dominantes eran el blanco, el rosa, el verde y el marrón. Las estampas representaban paisajes de Ostrobotnia y Laponia, vistas del curso del Oulu, el Kemi y el Ounas, perspectivas del puerto de Tornio y del *tori* de Rovaniemi. (Entre finales de siglo XVIII y principios del pasado, cuando Skjóldebrand, Aveelen y el vizconde de Beaumont grababan sus deliciosos cobres, Rovaniemi no era más que un pueblo de pioneros finlandeses, pastores de renos y pescadores lapones formado por casitas de troncos de pino rodeadas de altas empalizadas defensivas; el pueblo había ido creciendo en torno al *tori*, el cementerio y la bella iglesia de madera pintada de gris, edificada por Bassi, un italiano, en ese estilo neoclásico de origen sueco combinado con elementos procedentes de la Francia de Luis XV y la Rusia de Catalina, presentes también en los muebles lacados de blanco que decoran las casas de los pioneros finlandeses de Ostrobotnia septentrional y Laponia.) Entre ventana y ventana, y encima de las puertas, colgaban de la pared panoplias con antiguos *puukko* de hoja historiada y mango de hueso forrado con piel de reno de pelaje corto y suave. Por lo demás, todos los comensales llevaban un *puukko* al cinto.

El gobernador estaba sentado a la cabeza de la mesa, sobre una silla forrada de piel de oso blanco. Yo estaba sentado, a saber por qué, a la derecha del gobernador, y el ministro de España, Agustín de Foxá, se sentaba, a saber por qué también, a su izquierda. De Foxá estaba furioso.

—*Ce n'est pas pour moi, tu comprends* —me decía—, *c'est pour l'Espagne.*

Y Titu Miháilescu, que estaba bebido, le decía:

—*Ahí C'est pour les Espagnes, n'est—ce pas? Pour tes Espagnes.*

Yo intentaba atemperar los ánimos:

—No es culpa mía —le decía.

—*Tu ne representes pas l'Italie, toi, et alors? Pourquoi es—tu assis a sa droite?* —protestaba De Foxá.

—*II représente ses Italies, n'est—ce pas, Malaparte, que tu representes tes Italies?* —decía Miháilescu.

—*Ta gueule!* —le decía Agustín.

Como a mí me entusiasman las conversaciones de borrachos, no perdía detalle de la discusión entre Miháilescu y De Foxá, que reñían con la pausada y ceremoniosa rabia de los beodos.

—*Ne t'en fais pas, le Gouverneur est gaucher* —le decía Miháilescu.

—*Tu te trompes, il n'est pas gaucher, il louche* —replicaba De Foxá.

—*Ah, s'il louche, ce n'est pas la même chose, tu devrais protester* —le decía Miháilescu.

—*Tu penses qu'il louche exprés pour me faire asseoir á sa gauche?* —le preguntaba De Foxá.

—*Bien sur, il louche exprés* —respondía Miháilescu.

Entonces el conde Agustín de Foxá, ministro de España, se volvía hacia Kaarlo Hillilá, gobernador de Laponia, y le decía:

—*Monsieur le Gouverneur, je suis assis a votre gauche, je ne suis pas a ma place.*

Y Kaarlo Hillilá lo miraba estupefacto.

—*Comment? Vous n'êtes pas á votre place?*

—*Vous ne trovez pas* —respondía De Foxá inclinándose ligeramente— *que je devrais être assis a la place de Monsieur Malaparte?*

El gobernador lo miraba con el más profundo estupor y luego se volvía hacia mí y me decía:

—*Comment? Vous voulez changer de place?*

Y todos me miraban estupefactos.

—*Mais pas du tout, je suis assis á ma place* —respondía yo.

—*Vous voyez?* —decía el gobernador con aire triunfal, y se giraba hacia el ministro de España—, *il est assis a sa place.*

Entonces Titu Miháilescu le decía a De Foxá:

—*Mais mon cher Agustín, tu ne vois pas que Monsieur le Gouverneur est ambidextre?*

De Foxá se ruborizaba, se limpiaba las gafas con la servilleta y decía con cara de pasmo:

—*Oui, tu as raison, je ne l'avais pas remarqué.*

Y yo miraba a Agustín con gesto severo.

—*Tu as trop bu* —le decía.

—*Helas!* —respondía Agustín de Foxá lanzando un profundo suspiro.

Llevábamos seis horas sentados a la mesa, y después de los *rapu*, los cangrejos rojos del Kemi, después de los aperitivos suecos, después del caviar, el *siika* y la lengua de reno ahumada, después de la sopa de coles y tocino, después de los enormes salmones del Ounas, rosados como los labios de una doncella, después del asado de reno y las patas de oso al horno, después de la ensalada de pepino aderezada con azúcar, había aparecido por el nebuloso horizonte de la mesa, entre las botellas vacías de *snaps*, de vino del Mosela y de Château Lafitte, en su cielo de color de aurora, el coñac. Y todos aguardábamos inmóviles, inmersos en ese profundo silencio de los banquetes fineses a la hora del coñac, mirándonos fijamente los unos a los otros, rompiendo el silencio ritual tan sólo para decir «*maljanne*».

Aunque habíamos terminado de comer, las mandíbulas del gobernador Kaarlo Hillilá producían un ruido sordo y continuo, casi amenazante. Kaarlo Hillilá era un hombre de apenas treinta años, de poca estatura y cuello muy corto hundido entre los hombros. Me llamaban la atención el grosor de sus dedos, sus espaldas atléticas y sus brazos cortos y musculados. Tenía los ojos pequeños, cortados al sesgo sobre la frente estrecha y encerrados bajo dos pesados párpados de color rosa. El cabello era de color rubio oscuro, rizado, o mejor dicho crespo, y corto como una uña. Los labios, carnosos y reseco, presentaban un tono azulado. Hablaba con la cabeza gacha, apoyando el mentón en el pecho, y de vez en cuando apretaba los labios y miraba a su interlocutor de abajo arriba. En sus ojos brillaba una mirada salvaje y astuta, una mirada corta y violenta, de tintes irascibles y crueles.

—Himmler es un genio —dijo Kaarlo Hillilá soltando un puñetazo sobre la mesa.

Por la mañana había mantenido una reunión de cuatro horas con Himmler y se sentía orgulloso.

—*Heil Himmler* —dijo De Foxá al tiempo que levantaba el vaso.

—*Heil Himmler* —repitió Kaarlo Hillilá, y clavando en mí una severa mirada de reproche añadió—: ¿Y pretende hacernos creer que se encontró con él, que conversaron y que no lo reconoció?

—Le repito —respondí— que no sabía que fuera Himmler.

Días atrás, en el vestíbulo del hotel Pohjanhovi, justo delante del ascensor, había un grupo de oficiales alemanes. De pie frente al ascensor se encontraba un hombre de estatura media con uniforme hitleriano y cierto aire a Stravinski. Era un hombre de rostro mongólico, pómulos prominentes y ojos miopes, semejantes a los de un pez, encerrados detrás de dos lentes gruesas como los cristales de un acuario. Tenía una cara extraña y una expresión cruel y abstracta. Hablaba en voz alta y reía. Había cerrado ya la puerta corredera del ascensor y se disponía a pulsar el botón eléctrico cuando aparecí yo

corriendo, me escurrí entre el grupo de oficiales, abrí la puerta y, antes de que los oficiales pudieran detenerme, me metí en el ascensor. El individuo con el uniforme hitleriano había procurado impedírmelo, pero para su desconcierto logré esquivarlo y, tras cerrar la puerta, pulsé el botón. Así fue como me encontré frente a frente con Himmler en aquella jaula de hierro. Él me miraba con estupor, tal vez incluso con irritación. Estaba pálido y parecía inquieto. Se refugió en un rincón de la jaula y desde allí, con ambas manos extendidas como para defenderse de un ataque inesperado, me observaba con sus ojos de pez, resollando ligeramente. Me quedé mirándolo con cara de sorpresa. A través de los cristales del ascensor veía cómo los oficiales, seguidos por unos cuantos agentes de la Gestapo, subían las escaleras a toda prisa tropezando entre ellos en los rellanos. Me volví hacia Himmler y sonriendo me disculpé por haber pulsado el botón eléctrico sin haberle preguntado antes a qué piso iba.

—Al tercero —dijo con una sonrisa, y me pareció que empezaba a tranquilizarse.

—Yo también voy al tercero —dije.

El ascensor se detuvo en el tercer piso, abrí la puerta y le cedí el paso, pero Himmler, haciendo una inclinación, me indicó la puerta con un gesto cortés, de modo que fui yo el primero en salir del ascensor, ante la mirada de asombro de los oficiales y agentes de la Gestapo. Acababa de arrojarme en la cama cuando un miembro de las SS llamó a mi puerta. Himmler me invitaba a tomar un ponche en su habitación. «¿Himmler? *Perkele!*», dije para mis adentros. *Perkele* es una palabra finlandesa que por nada del mundo debe pronunciarse y que significa «demonio». ¿Himmler? ¿Qué querría de mí? ¿Dónde habríamos coincidido? Ni se me pasó por las mientes que pudiera ser el hombre del ascensor. ¿Himmler? Me daba pereza levantarme, así que aprovechando que se trataba de una invitación y no de una orden, mandé decir a Himmler que agradecía su invitación y que le rogaba me disculpase, pero estaba rendido y acababa de echarme en la cama. Al poco llamaron de nuevo. Esta vez era un agente de la Gestapo.

Me traía una botella de coñac de parte de Himmler. Coloqué dos vasos sobre la mesa e invité a beber al agente de la Gestapo.

—*Prosit* —dije.

—*Heil Hitler* —respondió el agente.

—*Ein Liter* —repliqué yo.

El pasillo estaba tomado por agentes de la Gestapo, y el hotel, rodeado de miembros de las SS armados con ametralladoras.

—*Prosit* —dije.

—*Heil Hitler* —respondió el agente de la Gestapo.

—*Ein Liter* —repliqué yo.

A la mañana siguiente, el director del hotel me rogó amablemente que dejase libre mi cuarto y me hizo bajar al primer piso, a una habitación con dos camas situada al fondo de un pasillo. La otra cama la ocupaba un agente de la Gestapo.

—Fingiste no reconocerlo —dijo mi amigo Jaakko Leppo, lanzándome una mirada hostil.

—Nunca antes lo había visto, ¿cómo iba a reconocerlo? —contesté.

—Himmler es un hombre extraordinario, francamente interesante —dijo Jaakko Leppo—. Debiste aceptar su invitación.

—Es un personaje con el que no quiero tratos —repliqué.

—Se equivoca usted —dijo el gobernador—. Antes de conocerlo, yo también creía que Himmler era un personaje atroz, con una pistola en la diestra y un látigo en la siniestra. Después de cuatro horas conversando con él, me he dado cuenta de que Himmler es un hombre de una cultura extraordinaria, un artista, un auténtico artista, un alma noble, abierta a todos los sentimientos humanos. Y diré más: un sentimental.

En efecto, ésas fueron las palabras del gobernador: «un sentimental». Y añadió que, tras conocerlo en persona y haber tenido el honor de hablar con él durante cuatro horas, si tuviera que pintarlo lo representaría con el Evangelio en la diestra y el libro de las oraciones en la siniestra.

En efecto, ésas fueron las palabras del gobernador: «Con el Evangelio en la diestra y el libro de las oraciones en la siniestra», y descargó un puñetazo sobre la mesa.

De Foxá, Miháilescu y yo no podíamos disimular una discreta sonrisa, y De Foxá, volviéndose hacia mí, me preguntó:

—Cuando te lo encontraste en el ascensor, ¿qué llevaba? ¿La pistola y el látigo, o el Evangelio y el libro de las oraciones?

—No llevaba nada —respondí.

—Entonces no era Himmler, era otro —sentenció grave De Foxá.

—El Evangelio y el libro de las oraciones, como lo oyen —dijo el gobernador, y descargó otro puñetazo sobre la mesa.

—Tú lo que pasa es que fingiste no reconocerlo —dijo mi amigo Jaakko Leppo—. Sabías perfectamente que era Himmler.

—Corrió usted un grave peligro —dijo el gobernador—. Alguno de los presentes pudo haber pensado que se trataba de un atentado y dispararle.

—Apuesto a que esto te va a traer dolores de cabeza —dijo Jaakko Leppo.

—*Maljanne* —dijo De Foxá levantando el vaso.

—*Maljanne* —respondieron todos a coro.

Los comensales estaban sentados en pose erguida, apoyados con rigidez contra el respaldo de la silla, balanceando la cabeza con suavidad como si soplasen un vendaval. Seco y fuerte, el olor del coñac se difundía por la sala. Jaakko Leppo no dejaba de mirarnos a De Foxá, Miháilescu y a mí con el característico fuego hostil de su mirada.

—*Maljanne* —decía de vez en cuando el gobernador Kaarlo Hillilá levantando el vaso.

—*Maljanne* —repetían todos a coro.

A través de los cristales de las ventanas yo contemplaba el paisaje triste, desierto y desesperado de los valles del Kemi y el Ounas, aquellas perspectivas maravillosamente transparentes y profundas de bosques, aguas y cielos. Un horizonte inmenso, calcinado por la candida luz del Norte, violenta y pura, se abría al fondo del ondear remoto de los *tunturit*, las frondosas alturas entre cuyos delicados pliegues se esconden pantanos, lagos, bosques y el curso de los grandes ríos árticos. Yo contemplaba aquel cielo vacío, altísimo, aquel desolado abismo de luz suspendido sobre el gélido resplandor de las hojas y las aguas. El significado secreto, misterioso, de aquel paisaje espectral se ocultaba en el cielo, en el color del cielo de aquel álgido y excelso desierto quemado por una luz maravillosamente blanca, por un esplendor gélido y muerto, como de yeso. Bajo aquel cielo (en el que el pálido disco del sol nocturno parecía pintado sobre un muro liso de color blanco), los árboles, las piedras, la hierba y las aguas exudaban una extraña sustancia blanda y viscosa, y esa luz de yeso era la espectral y deslumbrante luz del Norte. Frente a ese esplendor inalterable y puro, el rostro humano parece una máscara de yeso, muda y ciega. Un rostro sin ojos, sin labios, sin nariz, una máscara de yeso lisa e informe, semejante a la cabeza ahuevada de algunos de los héroes de De Chirico.

En los rostros de los comensales, avasallados con gélida violencia por la clara luz que penetraba por las ventanas, vivía sólo una ligera sombra, una gota apenas de color azul en la mirada oculta bajo los párpados y en la cavidad entre el párpado y la ceja. Pero la luz del Norte quema en los ojos toda señal de vida, todo vestigio de humanidad. Da al hombre el aspecto de la muerte. Me volví hacia el gobernador y comenté sonriendo que su rostro y el del resto de los comensales me recordaban a los de los soldados que dormían en el *tori* la noche en que llegué a Rovaniemi. Dormían en el suelo, sobre jergones de paja. Su rostro era de yeso, carente de ojos, labios y nariz, liso y con forma de huevo. Los ojos cerrados de los durmientes

eran objetos delicados y sensibles sobre los que la luz blanca se posaba tímida, con una leve caricia, formando un pequeño y cálido nido, una gota de sombra.

—¿Conque una cara con forma de huevo? ¿También yo tengo la cara con forma de huevo? —preguntó el gobernador mirándome maravillado e inquieto mientras se tocaba los ojos, la nariz y la boca.

—Sí —dije—, igual que un huevo.

Todos me miraron maravillados e inquietos, al tiempo que se tocaban la cara. Y entonces les expliqué lo que había visto en Sodankylá, de camino a Petsamo. Había decidido hacer un alto en Sodankylá, era una noche serena, el cielo estaba blanco, y los árboles, las casas, las colinas: todo parecía de yeso. El sol nocturno semejaba un ojo ciego y sin pestañas.

En cierto momento vi que por la carretera de Ivalo llegaba una ambulancia que se detuvo en la puerta del pequeño hotel situado frente a la oficina de correos, donde se había instalado el hospital. Unos cuantos enfermeros vestidos de blanco (¡ah, el blanco cegador de aquellas batas de lino!) sacaron las camillas de la ambulancia y las alinearon sobre el césped. El césped presentaba un color blanco, matizado por un transparente velo azulino. En las camillas había tendidas, con gesto pesado, inmóvil y glacial, unas cuantas estatuas de yeso, con la cabeza ovalada y lisa, sin ojos, sin nariz y sin boca. Sus caras tenían forma de huevo.

—¿Estatuas? —exclamó el gobernador—. ¿Quiere usted decir estatuas, estatuas de yeso? ¿Y las llevaban al hospital en ambulancia?

—Estatuas —respondí—, estatuas de yeso. De pronto una nube gris encapotó el cielo, y de la improvisa penumbra surgieron a mi alrededor, revelando su verdadera forma, los seres y objetos que hasta entonces habían permanecido ocultos por ese inalterable resplandor blanco. De repente, bajo esa sombra llovida de los cielos, las estatuas de yeso tendidas en las camillas se tornaron cuerpos humanos, y sus máscaras de yeso, en rostros de carne, en caras humanas, vivas. Eran hombres, eran soldados heridos. Y me seguían con la mirada, perplejos e inseguros, pues yo también, a sus ojos, había pasado de repente de estatua de yeso a hombre vivo, hecho de carne y sombra.

—*Maljanne* —dijo grave el gobernador, mirándome con asombro e inquietud.

—*Maljanne* —repitieron todos a coro, y levantaron los vasos llenos hasta el borde de coñac.

—¿Qué le pasa a Jaakko? ¿Se ha vuelto loco? —dijo de repente De Foxá tomándome del brazo.

Jaakko Leppo está sentado en su silla con el busto inmóvil y la cabeza ligeramente echada hacia delante; habla en voz baja, sin gesticular, el rostro impassible, los ojos llenos de fuego negro. Poco a poco desliza la mano derecha hacia el costado, desenfunda el *puukko* de mango de hueso de reno que lleva ceñido al cinto y, de pronto, alza su brazo corto y rechoncho empuñando el cuchillo y clava la mirada en los ojos de Titu Miháilescu. Los demás hacen lo propio y desenfundan sus *puukko*.

—No, no se hace así —dice el gobernador, que desenfunda también su *puukko* y repite el movimiento de los cazadores de osos.

—Ya entiendo, directo al corazón —dice Titu Miháilescu.

—Eso es, directo al corazón —repite el gobernador mimando una puñalada de arriba abajo.

—Y el oso cae al suelo —dice Miháilescu.

—No, no cae enseguida —dice Jaakko Leppo—. Avanza unos pasos, luego se tambalea y cae. Es un momento precioso.

—*Ils sont tous ivres morts* —dice De Foxá en voz baja mientras me toma del brazo—. *Je commence a avoir peur*.

Entonces yo le digo:

—¡Que no noten que tienes miedo, por el amor de Dios! Si se dan cuenta de que tienes miedo, pueden ofenderse. No tienen mala intención, lo que pasa es que cuando beben, se vuelven como niños.

—Ya sé que no lo hace con mala intención —dice De Foxá—, son como niños. Pero es que a mí me dan miedo los niños.

—Para demostrarles que no tienes miedo, tienes que decir «*maljanne*» en voz alta y beberte el vaso de un trago mirándolos a la cara.

—Yo ya no puedo más —dice De Foxá—. Si me tomo otro vaso, me voy directo al suelo.

—Por el amor de Dios —le imploro—, ino te emborraches! Cuando los españoles se emborrachan, se vuelven peligrosos.

—Señor ministro —dice un oficial finlandés, el mayor Von Hartmann, dirigiéndose en español a De Foxá—, en España, durante la guerra civil, yo me divertía enseñándoles a mis amigos del tercio cómo se juega al *puukko*. Es un juego muy divertido. ¿Quiere que le enseñe a jugar, señor ministro?

—*Je n'en vois pas la nécessité* —dice De Foxá con suspicacia.

El mayor Von Hartmann, antiguo alumno de la escuela de caballería de Pinerolo y ex combatiente voluntario en España, en las filas del ejército de Franco, es un hombre cortés y autoritario al que le gusta que lo obedezcan con humildad.

—¿No quiere que le enseñe? ¿Y por qué no? Es un juego al que debe aprender a jugar sin falta, señor ministro. Observe. Se coloca la mano izquierda sobre la mesa, con los dedos bien separados, se aferra el *puukko* con la mano derecha y, con un movimiento decidido, se clava el puñal en la mesa entre los dedos.

Y diciendo esto, levanta el *puukko* y lo clava entre los dedos de su mano abierta. La punta del puñal se hunde en la mesa entre los dedos índice y medio.

—¿Se ha fijado usted bien? —pregunta Von Hartmann.

—¡Válgame Dios! —exclama De Foxá palideciendo.

—¿Le apetece probar, señor ministro? —dice Von Hartmann, y le tiende el *puukko* a De Foxá.

—Lo haría con mucho gusto —dice De Foxá—, pero no puedo separar los dedos. Tengo los dedos como los patos.

—¡Eso sí es curioso! —dice Von Hartmann con incredulidad—. Déjeme verlos.

—*Ça ne vaut pas la peine* —dice De Foxá, y se esconde las manos detrás de la espalda—. *C'est un défaut, un simple défaut de naissance, je ne peux pas écarter les doigts.*

—Déjeme verlos —dice Von Hartmann.

Todos se inclinan sobre la mesa para ver los dedos del ministro de España, unidos como los de los patos, pero De Foxá esconde las manos bajo la mesa, se las guarda en los bolsillos o las oculta detrás de la espalda.

—*Vous êtes donc un palmipède?* —dice el gobernador empuñando el *puukko*—. *Montrez—nous vos mains, Monsieur le Ministre.*

Los comensales se inclinan sobre la mesa blandiendo sus puñales.

—*Un palmipède?* —dice De Foxá—. *Je ne suis pas un palmipède. Pas tout a fait. Ce n'est qu'un peu de peau entre les doigts.*

—*Il faut couper la peau* —señala el gobernador mientras levanta su largo *puukko*—, *ce n'est pas naturel d'avoir des paites d'oie.*

—*Des pattes d'oie?* —dice Von Hartmann—. *Vous avez dé ja la patte d'oie, a votre age, señor ministro? Montrez—moi vos yeux.*

—*Les yeux?* —pregunta el gobernador—. *Pourquoi les yeux?*

—*Vous aussi, vous avez la patte d'oie* —dice De Foxá—, *montrez—donc vos yeux.*

—*Mes yeux?* —pregunta el gobernador con voz turbada.

Los comensales se inclinan sobre la mesa para ver de cerca los ojos del gobernador.

—*Maljanne* —dice el gobernador levantando su vaso.

—*Maljanne* —repiten todos a coro.

—*Vous ne voulez pas boire avec nous, Monsieur le Ministre?* —pregunta el gobernador a De Foxá en tono de reproche.

—*Monsieur le Gouverneur, messieurs* —dice con gravedad el ministro de España, poniéndose en pie—, *je ne peux plus boire. Je vais être malade.*

—*Vous êtes malade?* —inquiree Kaarlo Hillilá—. *Vous êtes vraiment malade? Buvez done. Maljanne.*

—*Maljanne* —dice De Foxá sin levantar el vaso.

—*Buvez done* —dice el gobernador—, *quand on est malade, il faut boire.*

—Por el amor de Dios, Agustín, bebe —le digo a De Foxá—. Como se den cuenta de que no estás borracho, estás perdido. Si no quieres que noten que no estás borracho, Agustín, tienes que beber. —En compañía de finlandeses hay que beber siempre; si uno no bebe con ellos, si no se emborracha con ellos, si se rezaga ni que sean dos o tres *maljanne*, deja de ser una persona de fiar y empiezan a mirarlo con recelo—. ¡Por el amor de dios, Agustín, que no se den cuenta de que no estás borracho!

—*Maljanne* —dice De Foxá sentándose de nuevo con un suspiro, y levanta su vaso.

—Beba, pues, señor ministro —ordena el gobernador.

—¡Válgame Dios! —exclama De Foxá cerrando los ojos, y de un trago apura todo el vaso de coñac.

El gobernador rellena los vasos y dice:

—*Maljanne.*

—*Maljanne* —repite De Foxá, y levanta el vaso.

—Por el amor de Dios, Agustín, no te emborraches —le digo a De Foxá—. Un español borracho es un peligro. Recuerda que eres el ministro de España.

—*Je m'en fous* —dice De Foxá—. *Maljanne.*

—Los españoles —dice Von Hartmann— no saben beber. Durante el sitio de Madrid estuve con el tercio frente a la Ciudad Universitaria...

—¿Cómo? —interrumpió De Foxá—. ¿Que los españoles no sabemos beber?

—Por el amor de Dios, Agustín, piensa que eres el ministro de España.

—*Suomelle* —dice De Foxá levantando el vaso. *Suomelle* significa «a la salud de Finlandia».

—¡Arriba España! —dice Von Hartmann.

—¡Por el amor de Dios, Agustín, no te emborraches!

—*Ta gueule! Suomelle!* —dice De Foxá.

—¡Viva América! —grita el gobernador.

—¡Viva América! —grita De Foxá.

—¡Viva América! —repiten todos a coro, levantando los vasos.

—¡Viva Alemania y viva Hitler! —grita el gobernador.

—*Ta gueule!* —contesta De Foxá.

—¡Viva Mussolini! —grita el gobernador.

—*Ta gueule!* —contesto yo sonriendo, y levanto mi vaso.

—*Ta gueule!* —replica el gobernador.

—*Ta gueule!* —repiten todos a coro, levantando los vasos.

—América —dice el gobernador— es un buen amigo de Finlandia. Cientos de miles de emigrantes finlandeses viven en Estados Unidos. Es nuestra segunda patria.

—América —dice De Foxá— es el paraíso de los finlandeses. Cuando los europeos se mueren, esperan ir al paraíso. Los finlandeses, cuando se mueren, lo que esperan es ir a América.

—Cuando me muera —dice el gobernador—, no me iré a América. Me quedaré en Finlandia.

—Por supuesto —dice Jaakko Leppo lanzándole una mirada torva a De Foxá—. Vivos o muertos, lo que queremos es quedarnos en Finlandia cuando nos muramos.

—Así es —asienten todos, y observan a De Foxá con ojos hostiles—, cuando nos muramos, queremos quedarnos en Finlandia.

—*J'ai envoyé de caviar* —dice De Foxá.

—*Vous désirez du caviar?* —pregunta el gobernador.

—*J'aime beaucoup le caviar* —responde De Foxá.

—¿Hay mucho caviar en España? —pregunta el prefecto de Rovaniemi, Olav Koskinen.

—*II y avait du caviar russe, dans le temps* —responde De Foxá.

—¿Caviar ruso? —pregunta el gobernador frunciendo el ceño.

—*Le caviar russe est excellent* —dice De Foxá.

—El caviar ruso es pésimo —contesta el gobernador.

—El coronel Merikallio —dice De Foxá— me contó una historia muy divertida acerca del caviar ruso.

—El coronel Merikallio está muerto —dice Jaakko Leppo.

—Estábamos a orillas del Ladoga —explica De Foxá—, en el bosque de Raikkola. Una escuadra de *sissit* finlandeses había encontrado en una trinchera rusa una caja llena de una especie de pringue de color gris oscuro. Un día el coronel Merikallio entra en el *korsu* de primera línea y se encuentra a los *sissit* untando con grasa sus botas de nieve. El coronel Merikallio olfatea el aire y dice: «Qué olor tan extraño». Oía a pescado. «Es la grasa de los zapatos lo que huele a pescado», dice uno de los *sissit*, mostrándole al coronel una caja de hojalata. Era una caja de caviar.

—El caviar ruso no vale más que para untar botas —dice el gobernador con desprecio.

En ese momento uno de los camareros abrió la puerta y anunció:

—¡El general Dietl!

—Señor ministro —dijo el gobernador mientras se levanta y se vuelve hacia De Foxá—, el general alemán Dietl, el héroe de Narvik, comandante supremo del frente del Norte, me ha hecho el honor de aceptar mi invitación. Señor ministro, es para mí un placer y un orgullo que conozca usted al general Dietl en mi casa.

Entretanto se oía un estrépito fuera de lo común: un coro de ladridos, maullidos, gruñidos, como si una manada de perros, gatos y cerdos salvajes estuvieran peleándose en el vestíbulo del palacio. Nos miramos todos con cara de sobresalto, hasta que de pronto se abrió la puerta y el general Dietl apareció en el umbral, seguido por un grupo de oficiales que caminaban a cuatro patas el uno detrás del otro. El singular cortejo avanzó aullando, gruñendo y maullando hasta el centro de la sala, donde el general Dietl, cuadrado en posición de firmes, se llevó la mano a la visera de la gorra y, abriendo los brazos, gritó con voz estentórea la interjección que los finlandeses suelen usar cuando alguien estornuda:

—Nuha!

Me llamó la atención el extraordinario aspecto del hombre que estaba en pie frente a nosotros: alto, delgado, más que delgado reseco, como un tronco viejo pulido por algún anciano carpintero bávaro. Tenía un rostro gótico, parecido al de las tallas de madera de los antiguos maestros alemanes. Sus ojos, salvajes e infantiles a un tiempo, desprendían un brillo intenso; los orificios de la nariz eran extraordinariamente hirsutos, y tenía la frente y las mejillas surcadas de infinitas y finísimas arrugas, como las grietas que se aprecian en

la madera vieja cuando está bien curada. El cabello oscuro, corto y derramado sobre la frente como el flequillo de los pajes de Masaccio confería a su rostro un aura frailesca y a la vez efébrica que su modo de reír, torciendo la boca, acentuaba de forma desagradable. Sus gestos eran imprevisibles, inquietos, febriles, reveladores de una naturaleza enfermiza, de la presencia, en torno y dentro de él, de algo que él mismo repudiaba y que de alguna forma lo acosaba y lo amenazaba. Tenía la mano derecha lastimada, y hasta el gesto corto y torpe que ésta describía parecía evidenciar la sospecha secreta de una fuerza acosadora y amenazante. Todavía era joven, debía de rondar la cincuentena. Sin embargo, también su rostro, como el de sus jóvenes *Alpenjäger* del Tirol y Baviera, dispersos por los bosques lapones, las ciénagas y tundras del ártico, el inmenso frente que desde Petsamo y la península de los Pescadores desciende a lo largo de las orillas del Litsa hasta Alakurtti y Salla, también su rostro mostraba, en el color verde amarillo de la piel, en su mirada humillada y triste, los signos de aquella lenta consunción, parecida a la lepra, a la que los seres humanos sucumben fatalmente en el profundo Norte, aquella descomposición senil que marchita el cabello, pudre los dientes, excava profundas arrugas en el rostro y tiñe el cuerpo humano, vivo aún, de ese tono amarillo verduco característico de los cuerpos putrefactos. De pronto fijó la mirada en mí; sus ojos de bestia mansa y resignada tenían un brillo humilde y desesperado que me turbó hasta lo más hondo. Eran los mismos ojos maravillosos y bestiales, la misma mirada misteriosa con que me observaban los soldados alemanes, los jóvenes *Alpenjäger* de Dietl, que, desdentados, calvos, arrugados, con la nariz blanca y afilada como la de los cadáveres, deambulaban taciturnos y absortos por los espesos bosques de Laponia.

—*Nuha!* —gritó Dietl, y a continuación añadió—: ¿Dónde está Elsa?

Y entró Elsa. Menuda, delgada, bonita, vestida como una muñeca, de aspecto frágil como el de una niña (Elsa Hillilá, la hija del gobernador, tiene dieciocho años, pero todavía parece una niña), entra por una puerta situada al fondo de la inmensa sala, sosteniendo con ambas manos una gran fuente de plata en la que están alineados los vasos para el ponche. Camina despacio, moviendo sus piecitos con agilidad sobre el suelo de abedul. Se acerca sonriendo al general Dietl y con una elegante reverencia le dice:

—*Hyvää päivää*, buenos días.

— *Hyvää päivää* —responde Dietl haciendo también él una reverencia; luego toma un vaso de ponche de la fuente de plata, lo levanta y grita—: *Nuha!*

Los oficiales de su séquito toman los vasos de ponche de la fuente, los alzan y gritan:

—Nuha!

Dietl echa la cabeza atrás, apura el vaso de un sorbo y sus oficiales lo imitan con un movimiento simultáneo. El olor salvaje, grasiento y dulce del ponche se difunde por la sala. Es el mismo olor grasiento y dulce que desprenden los renos bajo la lluvia, el mismo olor de leche de reno. Entorno los ojos y me parece que vuelvo a estar en el bosque de Inari, a orillas del lago, en la desembocadura del Juutua. Lluve, y el cielo es un rostro sin ojos, el blanco rostro de un muerto. Al golpear las hojas de los árboles y la hierba, la lluvia deja oír un murmullo difuso. La vieja Iapona, sentada al borde del lago con la pipa entre los dientes, me mira impassible sin pestañear. Una manada de renos paca en el bosque, y en ese momento alzan los ojos y me miran. Sus ojos humildes y desesperados me observan con esa mirada misteriosa que tienen los muertos. Un olor a leche de reno se difunde entre la lluvia. Un grupo de soldados alemanes con la cara tapada con máscaras con redcilla antimosquitos y las manos protegidas con gruesos guantes de cuero de reno están sentados bajo los árboles, a orillas del lago. También sus ojos humildes y desesperados tienen la mirada misteriosa de los muertos.

El general Dietl toma por la cintura a la pequeña Elsa y la arrastra por la sala bailando al son de un vals que todos cantan a coro, acompañándose con palmadas y el tintineo de los vasos al percutirlos con el mango del *puukko* y los puñales de *Alpenjäger*. Un grupo de oficiales jóvenes, de pie junto a una ventana, bebe en silencio mientras contempla la escena. En esas que uno de ellos vuelve la cara hacia mí, me mira sin verme, y en él reconozco al príncipe Friedrich Windischgraetz; le sonrío desde lejos y lo llamo por su nombre: «Friki», y él se da la vuelta intentando ver quién lo llama. A saber de dónde procede esa voz que lo llama desde tan remoto pasado.

El que está frente a mí es un viejo, y no el joven Friki de Roma, de Florencia, de Forte dei Marmi, y sin embargo conserva todavía algunas trazas de su antiguo esplendor, un esplendor corrompido, una frente oscurecida por una sombra candida y espectral. Veo cómo levanta el vaso, cómo mueve los labios para decir «*nuha*», cómo echa la cabeza atrás para beber, y al hacerlo, los huesos de la cara se revelan gráciles bajo la piel, el cráneo blanquea entre el cabello ralo y la piel muerta de la frente desprende un leve brillo. También a él se le cae el pelo y los dientes le bailan en la boca. Detrás de las orejas de cera se encorva la nuca fina y delicada de un niño enfermo, su frágil nuca de anciano. Al depositar el vaso sobre la mesa, le tiemblan las manos. Friki tiene veinticinco años y tiene ya la mirada misteriosa de los muertos.

Me acerco entonces a Friedrich, lo llamo en voz baja: «Friki», y poco a poco Friedrich se da la vuelta, poco a poco me reconoce; soy como el ahogado que surge lentamente desde las profundidades con

la cara mustia, y poco a poco Friedrich me reconoce, me escruta con tristeza, explora mi rostro devastado, mi boca exhausta, mi mirada en blanco. Me estrecha la mano en silencio, nos miramos largo rato sonriendo, y mientras dura ese instante vuelvo a ver a Friedrich en la playa de Forte dei Marmi; el sol se derrama como un río de miel sobre la arena, los pinos que rodean mi casa desprenden una luz dorada y tibia como la miel (pero Clara se ha casado ya con el príncipe de Fürstenberg, y Suni está enamorada), y ambos alzamos los ojos para mirar a través de la ventana el blanco brillo de las hojas, las aguas y el cielo. Pobre Friki, pienso. Friedrich está de pie frente a la ventana, inmóvil, casi ni respira, y observa en silencio el inmenso bosque lapón, ese conjunto de perspectivas verdes y plateadas de ríos, lagos y selváticos *tunturit* que se alejan y se extienden lentamente bajo un blanco cielo glacial. Con la mano rozo el brazo de Friedrich, quizá sea una caricia. Friedrich vuelve hacia mí su rostro de piel amarillenta y rugosa en el que los ojos relucen humildes y desesperados. Y de pronto reconozco su mirada.

Reconozco su mirada y me echo a temblar. Tiene la mirada de un animal, pienso horrorizado, la misteriosa mirada de un animal. Tiene los ojos de un reno, pienso, los ojos humildes y desesperados de un reno. Quisiera decirle: «No, Friki, tú no», pero también él tiene la mirada de un animal, los ojos humildes y desesperados de un reno. «No, Friki, tú no», pero Friedrich me mira en silencio, y es como si me mirase un reno. Es como si un reno me mirase con sus ojos humildes y desesperados.

Los demás oficiales, los compañeros de Friedrich, también son jóvenes de veinte, veinticinco, treinta años, pero todos tienen ya el rostro arrugado y en él llevan impresas las huellas de la vejez, la derrota y la muerte. Todos ellos tienen los ojos desesperados del reno. Son animales, pienso, son animales salvajes, pienso horrorizado. Todos ellos llevan estampada en el rostro y en la mirada la bellísima, maravillosa y triste mansedumbre de los animales salvajes, en todos ellos trasluce la locura absorta y melancólica de los animales, su misteriosa inocencia, su terrible piedad. Esa piedad cristiana que habita en todos los animales. Los animales son Cristo, pienso, y me tiemblan los labios, me tiemblan las manos. Miro a Friedrich, miro a sus compañeros y en todos ellos veo la misma tez ajada y rugosa, la misma frente desnuda, la misma sonrisa desdentada, en todos ellos la misma mirada de reno. Hasta la crueldad, hasta la crueldad alemana se ha apagado en esos rostros. Tienen los ojos de Cristo, los ojos de un animal. Y de pronto vuelve a mi memoria aquello que he oído narrar desde que llegué a Laponia, aquello de lo que todos hablan en voz queda, como si fuera algo misterioso (y sin duda lo es), aquello de lo que está prohibido hablar; vuelve a mi memoria aquello que he oído narrar desde que llegué a Laponia acerca de unos jóvenes soldados alemanes, unos *Alpenjäger* del general Dietl, que se ahorcan de los árboles en lo profundo de los

bosques o que pasan días sentados a orillas de un lago contemplando el horizonte para después dispararse en la sien, o que, impelidos por una prodigiosa locura, casi una fantasía amorosa, deambulan por los bosques como animales salvajes y se arrojan a las aguas inmóviles de los lagos, o se echan a esperar la muerte sobre los lechos de líquenes al pie de los árboles agitados por el viento, y se dejan morir con dulzura en la soledad fría y abstracta del bosque.

«No, Friki, tú no», quisiera decirle. Pero Friedrich me pregunta:

—¿Viste a mi hermano en Roma?

Y yo le contesto:

—Sí, lo vi antes de partir, una noche, en el bar del Excelsior.

Pero yo sé que Hugo está muerto, sé que el príncipe Hugo Windischgraetz, oficial de la aviación italiana, se ha precipitado en llamas desde el cielo de Alessandria. Y sin embargo le digo:

—Sí, lo vi una noche en el bar del Excelsior. Estaba con Marita Guglielmi.

Y Friedrich me pregunta:

—¿Cómo está?

Yo le contesto:

—Está bien, me preguntó por ti y me pidió que te saludara de su parte.

Pero yo sé que Hugo está muerto.

—¿No te dio ninguna carta para mí? —pregunta Friedrich.

—Lo vi sólo un momento la noche antes de partir, no tuvo tiempo de escribir ninguna carta, pero me pidió que te saludara de su parte —respondo, pero yo sé que Hugo está muerto.

Y Friedrich dice: —Hugo es un gran tipo.

Y yo le contesto:

—Sí, es un gran tipo, todo el mundo lo quiere mucho, y te manda saludos.

Pero yo sé que Hugo está muerto. Y Friedrich me mira.

—Algunas noches me despierto pensando que Hugo está muerto —dice, y me mira con sus ojos de animal salvaje, con su mirada de reno, con esa mirada misteriosa de animal salvaje que tienen los ojos de los muertos.

—¿Por qué crees que tu hermano está muerto? Lo vi en el bar del Excelsior la noche antes de salir de Roma —contesto, pero yo sé que Hugo está muerto.

—¿Qué tiene de malo estar muerto? —pregunta Friedrich—. No tiene nada de malo, no está prohibido. ¿O es que crees que está prohibido morirse?

Y de repente me tiembla la voz y le digo:

—¡Oh, Friki! Hugo está muerto. Lo vi en el bar del Excelsior la noche antes de salir de Roma. Ya estaba muerto. Me pidió que te saludara de su parte. No pudo escribirte ninguna carta porque estaba muerto.

Friedrich me mira con sus ojos de reno, con sus ojos humildes y desesperados de animal salvaje, con esa misteriosa mirada de animal que tienen los ojos de los muertos; y sonrío y me dice:

—Ya sabía que Hugo había muerto. Lo sabía incluso antes de que muriese. Es maravilloso estar muerto.

Me rellena el vaso, tomo el vaso que Friedrich me ofrece y la mano me tiembla.

—*Nuha* —dice Friedrich.

Y yo digo: —*Nuha*.

—Me gustaría volver a Italia por unos días —dice Friedrich tras un largo momento de silencio—. Me gustaría volver a Roma. Roma es una ciudad tan joven —luego añade—: Y Paola, ¿cómo está? ¿Desde cuándo no la ves?

—Me la encontré una mañana en el golf, poco antes de irme de Roma. Está muy guapa. Yo quiero mucho a Paola, Friki.

—Yo también la quiero mucho —dice. Luego me pregunta—: ¿Y cómo está la condesa Ciano?

—¿Cómo quieres que esté? Como todas.

—¿Quieres decir que...?

—Oh, no me hagas caso, Friki.

Me mira sonriendo y dice:

—¿Y Luisa cómo está? ¿Y Alberta?

—Oh, Friki —contesto—. Se han metido a putas. En Italia, está muy de moda meterse a puta hoy en día. Todo el mundo trabaja de puta: el Papa, el rey, Mussolini, nuestros queridos príncipes, los cardenales, los generales, en Italia todo el mundo trabaja de puta.

—Italia siempre ha sido así —dice Friedrich.

—Siempre ha sido así, y siempre será así. Durante muchos años, también yo me prostituí como los demás. Hasta que sentí asco de vivir de esa manera, me rebelé y terminé entre rejas. Aunque también sufrir prisión es una manera de prostituirse. En Italia, hasta ser un héroe, hasta *combatir* por la libertad es una manera de

prostituirse. Hasta decir que esto es una mentira, un insulto a quienes murieron por la libertad, es una manera de prostituirse. No hay escapatoria, Friki.

—Italia siempre ha sido así —dice Friedrich—, nunca dejará de ser esa patria donde las banderas ondean al viento bajo el mismo vientre blanco:

Al fondo del vientre blanco
esta patria me reclama
con las banderas al viento.

—¿No fuiste tú quien escribió estos versos?

—Sí, son míos. Los escribí en Lipari.

—Es un poema muy triste. Se titula «Exvoto», creo. Es un poema desesperado. Se nota que fue escrito en la cárcel. Me miró, alzó el vaso y dijo—: *Nuha*.

—*Nuha* —dije yo.

Guardamos silencio durante un instante. Friedrich me miraba sonriendo con sus ojos de animal salvaje, humildes y desesperados. Del fondo de la sala llegaban unos gritos salvajes. Me di la vuelta y vi al general Dietl, al gobernador Kaarlo Hillilá y al conde De Foxá de pie en medio de un grupo de oficiales alemanes. De vez en cuando la voz de Dietl resonaba repentina y aguda, seguida de un estrépito ensordecedor de voces y carcajadas. No alcanzaba a oír qué decía, pero me pareció que repetía en voz alta una palabra, siempre la misma: la palabra *traurig*, creo, que significa «triste». Friedrich miró en torno y dijo:

—Es terrible. Día y noche en una orgía continua. Y mientras, los casos de suicidio entre oficiales y soldados se incrementan de modo impresionante. Himmler en persona ha venido hasta aquí para intentar poner fin a esta epidemia de suicidios. Mandará arrestar a los muertos. Hará que los entierren con las manos atadas. Cree que con el terror logrará impedir los suicidios. Ayer hizo fusilar a tres *Alpenjäger* porque habían intentado ahorcarse. Himmler ignora que estar muerto es maravilloso. —Me miró con sus ojos de reno, con esa misteriosa mirada de animal que tienen los ojos de los muertos—. Algunos se disparan en la sien. Otros se ahogan en los ríos y lagos, y son siempre los más jóvenes entre nosotros. Otros vagan por los bosques delirando.

—*Trrraaauurrrüig!* —gritaba el general Dietl con voz agudísima, imitando el horrendo zumbido de los Stuka, hasta que el

general de aviación Mensch gritaba: «¡Bum!», remedando el terrible estruendo de la explosión de las bombas.

Los demás les hacían coro gritando, silbando, chiflando, dando palmas y taconeando en un intento de reproducir el fragor de los muros al derrumbarse y el ululante silbido de las esquirlas proyectadas al cielo por la violencia de la explosión.

—*Trrraaauurrrüig!* —aullaba Dietl.

—¡Bum! —gritaba Mensch.

Y los demás les hacían coro con voces y berridos ani—malescos. La escena tenía algo salvaje y grotesco, algo bárbaro y a la vez infantil. El tal general Mensch era un hombre de unos cincuenta años, bajito, delgado, de rostro amarillento y arrugado, boca mellada, cabello ralo y gris y ojos malignos apresados en una red de finas arrugas. El general Mensch gritaba «¡Bum!» mientras observaba a De Foxá con una mirada extraña, llena de odio y de desprecio.

—*Haití* —gritó de repente el general Mensch alzando una mano; se volvió hacia De Foxá y le preguntó con insolencia—: ¿Cómo se dice *traurig* en español?

—Se dice «triste», creo —respondió De Foxá.

—Probemos con «triste» —dijo Mensch.

—*Trrriiisstee* —aulló el general Dietl.

—¡Bum! —gritó Mensch. Luego levantó la mano y dijo—: No, «triste» no sirve... El español no es una lengua guerrera.

—El español es una lengua cristiana —dice De Foxá—, es la lengua de Cristo.

—¡Ah, Cristo! —dice Mensch—. Probemos con «Cristo».

—*iCrrriisstooo!* —aúlla el general Dietl.

—¡Bum! —grita el general Mensch. Luego levanta la mano y dice—: No, «Cristo» no sirve.

En ese momento un oficial se acerca al general Dietl, le dice algo en voz baja y Dietl se vuelve hacia nosotros y dice con voz fuerte:

—Señores, Himmler ha vuelto de Petsamo y nos espera en la comandancia. Vamos a rendirle a Himmler nuestro tributo de soldados alemanes.

Subimos a los coches y atravesamos a gran velocidad las calles desiertas de Rovaniemi, sumergidas en un cielo blanco cortado a ras de tierra por la cicatriz rosada del horizonte. Pueden ser tanto las diez de la noche como las seis de la mañana. Un sol pálido se mece sobre los tejados, las casas tienen el color del cristal esmerilado, el río brilla con tristeza entre los árboles.

Al poco llegamos a un poblado de barracones militares construido en la linde de un bosque plateado de abedules, justo a las afueras de la ciudad. Aquí es donde tiene su sede el cuartel general de la comandancia suprema del frente del Norte. Un oficial se acerca a Dietl y nos dice entre risas:

—Himmler está en la sauna de la comandancia. Vamos a verlo desnudo.

Sus palabras son acogidas con un estallido de carcajadas. Dietl se dirige casi corriendo hacia una cabaña de troncos de pino construida a poca distancia en el interior del bosque. Empuja la puerta y entramos.

El interior de la sauna, la estufa finlandesa, está ocupado por el hogar y la caldera, de la cual gotea sobre las piedras candentes, apiladas sobre la olorosa hoguera de leña de abedul, el agua producida por la nube de vapor. En los bancos, dispuestos los unos sobre los otros a modo de gradería a lo largo de la pared de la sauna, están sentados, o tendidos, una decena de hombres desnudos. Tan blancos, blandos, flácidos, inofensivos. Tan extraordinariamente desnudos que parecen no tener piel. Su carne recuerda a la pulpa de los crustáceos, pálida, rosada, y desprende el mismo olor acidulado que los crustáceos. Tienen el pecho ancho y grueso, y las tetillas hinchadas y caídas. Su rostro, severo y duro, su rostro de alemanes, contrasta de un modo singular con la desnudez de sus miembros blancos y flácidos y adquiere casi el valor de una máscara. Esos hombres desnudos se sientan o yacen sobre los bancos como si fueran cadáveres cansados. De vez en cuando levantan un brazo lenta y penosamente para enjugarse el sudor que resbala por sus miembros blancuzcos, salpicados de pecas amarillas, una especie de sarna luminosa. Se sientan o yacen sobre los bancos como si fueran cadáveres cansados.

Los alemanes desnudos parecen increíblemente inofensivos. No ocultan secretos. No dan miedo. El secreto de su fuerza no está en su piel, sus huesos, su sangre, sino en el uniforme. Tan desnudos están que no se sienten vestidos si no es en uniforme. El uniforme es su verdadera piel. Si los pueblos de Europa supiesen cuan floja, inofensiva y muerta es la desnudez que se oculta bajo el *feldgrau* del uniforme alemán, el ejército germánico no daría miedo ni al pueblo más débil y desarmado. Hasta un niño se atrevería a enfrentarse a todo un batallón alemán. Basta con verlos desnudos para comprender el sentido secreto de su vida nacional, de su historia como nación. Estaban desnudos ante nosotros como tímidos y pudorosos cadáveres. El general Dietl levantó el brazo y gritó con voz fuerte:

—Heil Hitler!

—*Heil Hitler!* —respondieron los hombres desnudos levantando penosamente sus brazos armados con flagelos de rama de abedul.

Eran las fustas para la fustigación, que es el momento más característico de la sauna, el más sagrado de sus rituales. No obstante, hasta el gesto de esos brazos armados con flagelos era blando e inofensivo.

Entre los hombres desnudos había uno sentado en el banco inferior al que creí reconocer. El sudor resbalaba por su cara de protuberantes pómulos en la que unos ojos miopes, desprovistos de lentes, resplandecían con un brillo blando y blancuzco semejante al de los ojos de un pez. Tenía la frente levantada en gesto de orgullosa insolencia; de vez en cuando echaba la cabeza hacia atrás, y al hacer ese movimiento inesperado y brusco, ríos de sudor le manaban de las cuencas de los ojos, la nariz y las orejas, como si tuviera la cabeza llena de agua. Mantenía las manos apoyadas sobre las rodillas, en actitud de colegial castigado. Entre los antebrazos descollaba, se derramaba más bien, un pequeño vientre hinchado y rosáceo cuyo sobresaliente ombligo destacaba de forma extraña en medio de la piel blanda y rosada, como un delicado capullo de rosa, un ombligo de niño en un vientre de anciano.

En mi vida había visto un vientre tan desnudo y rosado: era tan tierno que daban ganas de hincarle el tenedor. Gruesas gotas de sudor le resbalaban por el pecho, se escurrían sobre la piel de ese vientre tierno y se acumulaban en el pubis como el rocío sobre un arbusto bajo el cual pendían, chiquitas y tiernas, dos avellanas encerradas en una bolsita de papel, y tan orgulloso se le veía a él con sus dos avellanas como a Hércules de su virilidad. De tanto que sudaba, el hombre parecía licuarse ante nuestros ojos, y yo empecé a temer que al cabo de nada no quedara de él más que un pellejo flácido y vacío, y es que incluso los huesos parecían reblandecerse, volverse gelatinosos y licuarse. Parecía un sorbete dentro de un horno. En un decir Jesús no quedaría de él más que un charco de sudor en el suelo.

Cuando Dietl levantó el brazo y dijo «*Heil Hitler*» el hombre se puso en pie y lo reconocí. Era el hombre del ascensor, era Himmler. Ahí estaba, de pie frente a nosotros (tenía los pies planos, con el pulgar vuelto hacia arriba de manera insólita), con sus cortos bracitos pegados a los costados. El sudor le caía de la punta de los dedos como si fuera un surtidor. Los chorros manaban hasta del pubis, tanto es así que Himmler parecía la estatua del Manneken Pis de Bruselas. En torno a las flácidas tetillas asomaban dos coronitas peludas, dos aureolas de vello pajizo; el sudor brotaba de los pezones como si fuera leche.

Al querer apoyarse en la pared para no patinar sobre el suelo mojado y resbaladizo, se dio la vuelta y dejó a la vista dos redondas y voluminosas nalgas donde se veía impresa, como un tatuaje, la señal de los listones del banco. Cuando por fin logró recobrar el equilibrio, se dio la vuelta, levantó el brazo y abrió la boca, pero el

sudor que se deslizaba por su rostro se la llenó de líquido, impidiéndole decir «*Heil Hitler*». Tras interpretar su gesto como la señal para la fustigación, los demás hombres que allí había alzaron los flagelos y empezaron a arrearse entre ellos para después, todos a una, azotar los hombros, la espalda y las nalgas de Himmler con una violencia que aumentaba por momentos.

Las ramas de abedul estampaban sobre aquella carne blanduzca la impronta blanca de las hojas, que enseguida se tornaba roja y se desvanecía. La piel de Himmler era como una selva fugaz de hojas de abedul que aparecía y desaparecía a cada momento. Los hombres desnudos levantaban y descargaban los flagelos con virulencia, y al hacerlo dejaban escapar breves bufidos entre los labios hinchados. Al principio, Himmler intentó protegerse tapándose la cara con los brazos; se reía, pero era una risa forzada que revelaba rabia y miedo. A medida que los flagelos empezaron a bajar por los costados, intentó volverse de un lado y del otro, se tapó el vientre con los codos, se dobló sobre las puntas de los pies, encogió el cuello entre los hombros y rió como un histérico bajo la lluvia de latigazos, como si sufriese más por las cosquillas que por los azotes. Al fin, Himmler vio la puerta de la sauna abierta detrás de nosotros; extendió los brazos para abrirse paso, corrió hacia ella y, perseguido por el grupo de hombres desnudos, que seguían azotándolo con implacable celo, huyó a toda velocidad en dirección al río y se zambulló en el agua.

—Señores —dijo Dietl—, a la espera de que Himmler termine su baño, los invito a tomar una copa en mi casa.

Salimos del bosque, cruzamos el prado y, siguiendo a Dietl, entramos en su casita de madera. Me parecía estar adentrándome en una de esas hermosas casas de las montañas bávaras. En el hogar crepitaba una hoguera de ramas de abeto y un agradable olor a resina impregnaba el aire cálido. Empezamos a beber de nuevo, gritando «*Nuha!*» todos a coro cada vez que Dietl o Mensch daban la señal levantando el vaso. En un momento determinado, mientras todos empuñaban sus *puukko* o sus puñales de *Alpenjäger* formando un corro en torno a Mensch y De Foxá, que representaban los últimos instantes de una corrida (Mensch en el papel de toro y De Foxá en el de torero), el general Dietl nos pidió a Friedrich y a mí que lo acompañásemos y, saliendo de la sala, entramos en su despacho. En un rincón, colocada contra la pared, había una cama de campaña; tendidas en el suelo, pieles de lobo ártico, y sobre la cama, a modo de manta, una magnífica piel de oso polar. En las paredes había clavadas con chinchetas varias fotografías de montañas: las Torres del Vaolet, la Marmolada, las Tofanas, paisajes del Tirol, Baviera y el Cadore. Sobre la mesa, al lado de la ventana, había una fotografía enmarcada en cuero de una mujer con tres niñas y un niño. La mujer tenía un aspecto sencillo, puro, delicado. En la habitación contigua

resonaba la voz aguda del general Mensch secundada por estallidos de risas, gritos salvajes y batir de manos y pies. La voz de Mensch hacía tintinear los cristales de las ventanas y los jarros de peltre de la repisa de la chimenea.

—Dejemos que los muchachos se diviertan un poco —dice Dietl, y se echa en la cama de campaña.

Dirige la mirada hacia la ventana, y también él tiene los ojos humildes y desesperados de los renos, también él tiene la misteriosa mirada animalesca que tienen los ojos de los muertos. Un sol blanco ilumina de través los árboles, los barracones de los *Alpenjäger* alineados en la linde del bosque y las casitas de madera de los oficiales. Desde el río llegan las voces y las risas de los bañistas. Himmler, el vientre rosado de Himmler. Un pájaro chilla entre las ramas de un pino. Dietl ha cerrado los ojos, duerme. También Friedrich, sentado en un rústico sillón cubierto con pieles de lobo, ha cerrado los ojos y duerme con una mano abandonada a un lado y la otra apoyada en el pecho, una mano infantil, pequeña y blanca. Es maravilloso estar muerto. El rumor lejano de un motor enturbia el verde plateado del bosque de abedules. Un avión zumba en el cielo altísimo y transparente, es un zumbido lejano, como de abeja. En la habitación de al lado la orgía prosigue entre aullidos salvajes, estrépito de vasos rotos, superposición de voces roncas y risotadas violentas e infantiles. Me inclino sobre Dietl, el conquistador de Narvik; he aquí a un héroe de la guerra alemana, un héroe del pueblo alemán. También él es un Sigfrido, también él es Sigfrido y el gato a la vez, es un héroe, pero también un *koppâröth*, una víctima, un *kaputt*. Es maravilloso estar muerto.

En la habitación de al lado se oyen la voz aguda de Mensch, la voz grave de De Foxá y griterío de pelea. Me asomo a la puerta y veo a Mensch de pie frente a De Foxá, que está pálido y sudado. Ambos llevan un vaso en la mano, y también los oficiales que los rodean sujetan sus vasos con la mano.

El general Mensch dice:

—Bebamos a la salud de los pueblos que combaten por la libertad de Europa. Bebamos a la salud de Alemania, de Italia, de Finlandia, de Rumania, de Hungría...

—... de Croacia, de Bulgaria, de Eslovaquia... —sugieren los demás.

—... de Croacia, de Bulgaria, de Eslovaquia... —repite Mensch.

—... de Japón...

—...de Japón... —repite Mensch.

—... de España... —dice el conde De Foxá, ministro de España en Finlandia.

—¡No, de España no! —grita Mensch.

De Foxá baja lentamente su vaso. Tiene la frente pálida y empapada en sudor.

—...de España... —repite De Foxá.

—*Nein, nein, Spanien nicht!* —grita el general Mensch.

—La División Azul española —dice De Foxá— combate en el frente de Leningrado junto a los soldados alemanes.

—*Nein, Spanien nicht!* —grita Mensch.

Todos miran a De Foxá, que, pálido y resolutivo, se mantiene frente al general Mensch atravesándolo con una mirada llena de ira y orgullo.

—*Si vous ne buvez pas a la santé de l'Espagne —dice De Foxá—, je crierai merde pour l'Allemagne.*

—*Nein!* —grita Mensch—. *Spanien nicht!*

—*Merde pour l'Allemagne!* —grita De Foxá levantando su vaso, y se vuelve a mirarme con un destello de triunfo en los ojos.

—Bravo, De Foxá —le digo—, has ganado la apuesta.

—*Vive l'Espagne, merde pour l'Allemagne!*

—*Ja, ja!* —grita Mensch levantando su vaso—. *Merde pour l'Allemagne!*

—*Merde pour l'Allemagne!* —repiten todos a coro, y levantan los vasos.

Todos se abrazan, algunos se caen por el suelo, el general Mensch se arrastra a gatas por el suelo intentando hacerse con una botella que rueda lentamente por el pavimento de madera.

XVII

SIGFRIDO Y EL SALMÓN

—¿Sillones tapizados con piel humana? —dijo Kurt Franz con voz incrédula.

—Sí, eran sillones tapizados con piel humana —repetí.

Todos se echaron a reír y Georg Beandasch dijo:

—Deben de ser muy cómodos.

—Es un cuero muy suave, muy fino —dije—, casi transparente.

—En París —dijo Víctor Maurer—, vi libros encuadernados con piel humana, pero lo que es sillones no los he visto nunca.

—Los sillones que digo están en Italia —dije—, en el castillo de los condes de Conversano, en Apulia. Fue un conde de Conversano, hacia mediados del siglo XVII, quien hizo matar y despellejar a sus

adversarios: religiosos, nobles, rebeldes y salteadores de caminos, para tapizar los sillones de la sala mayor de su castillo. Uno de los sillones tiene el respaldo tapizado con piel procedente del pecho y el vientre de una monja. Todavía se aprecia la marca de los senos y los pezones pulidos y gastados por el uso.

—¿Por el uso? —preguntó Georg Beandasch.

—Piense en los cientos y cientos de personas que se habrán sentado en ese sillón en el transcurso de tres siglos —observé—, me parece a mí que con eso basta para gastar el pecho de una monja.

—Menudo monstruo debió de ser el tal conde de Conversano —comentó Víctor Maurer.

—¿Cuántos cientos de miles de sillones podrían haberse tapizado —pregunté— con la piel de todos los judíos a los que ustedes han masacrado durante esta guerra?

—Millones —dijo Georg Beandasch.

—La piel de los judíos no vale para nada —dijo Kurt Franz.

—Muy cierto, la piel de los alemanes es mucho mejor —dije—, saldría un cuero magnífico.

—*Rien ne vaut le cuir d'Hermès* —dijo Victor Maurer, a quien el general llamaba *le Parisiën*.

Victor Maurer, primo de Hans Mollier, secretario de prensa en la embajada alemana de Roma, era originario de Munich, había vivido muchos años en París y por entonces formaba parte de la P.K. del capitán Ruppert. París, para Victor Maurer, era el bar del Ritz, y Francia, su amigo Pierre Cot.

—Cuando acabe la guerra —dijo Kurt Franz—, la piel de los alemanes no valdrá nada.

Georg Beandasch se echó a reír. Estaba echado sobre la hierba, con la cara cubierta con una máscara antimosquitos. Masticaba una hoja de abedul y de tanto en tanto se apartaba la máscara para escupir. Se echó a reír y dijo:

—¿Cuando acabe la guerra? ¿Qué guerra?

Estábamos sentados a orillas del Juutua, junto al lago. El río discurría turbulento entre grandes rocas. Del pueblo de Inari se alzaba un humo azulado, los pastores lapones hervían la sopa de leche de reno en cazuelas de cobre colgadas de la chimenea. El sol se mecía en el horizonte como si lo moviese el viento. El bosque era tibio, verde y azul, y de vez en cuando lo inundaba una ventolera que susurraba deliciosamente entre la hierba y las copas de los árboles. Una manada de renos pacía en la orilla opuesta del río. El lago relucía entre los árboles con una luz plateada que despedía destellos de porcelana rosa y verde. Una antigua y bellísima porcelana de

Meissen. Los mismos tonos rosas y verdes de las porcelanas de Meissen, esos verdes tímidos y cálidos, esos rosas tibios, entremezclados con ligeras gotas de un púrpura pálido y brillante. Estaba empezando a llover, era esa lluvia perenne del verano en los países del ártico. Un murmullo suave e inmenso recorría el bosque. De pronto un rayo de sol hendió el Meissen verde y rosa del lago, y un prolongado tintineo se propagó por el aire, el tintineo suave y doliente de la porcelana al resquebrajarse.

—Para nosotros la guerra ya ha terminado —dijo Kurt Franz.

La guerra estaba lejos. Nos encontrábamos al margen de la guerra en un continente remoto, en un tiempo abstracto, al margen de la humanidad. Hacía más de un mes que recorría los bosques de Laponia, la tundra del Litsa, los pedregales desiertos, gélidos y desnudos del fiordo de Petsamo, en el océano Ártico, los rojos bosques de pinos y las blancas arboledas de abedules a orillas del lago Inari, los *tunturit* de la región de Ivalo; hacía más de un mes que vivía en medio de aquel extraño pueblo de jóvenes *Alpenjäger* bávaros y tiroleses, desdentados, calvos, de rostro amarillento y rugoso, con los ojos humildes y desesperados de un animal salvaje. Y me preguntaba qué podía ser lo que había provocado en ellos semejante transformación. Seguían siendo alemanes, seguían siendo los mismos alemanes que había conocido en Belgrado, en Kiev, en Smolensk, en Leningrado, tenían la misma voz ronca, la misma frente dura, las mismas manos gruesas y pesadas. Había en ellos, no obstante, algo maravilloso, algo puro e inocente que nunca antes había advertido en un alemán. Tal vez fuese esa crueldad animal, esa inocencia cruel, parecida a la inocencia de los animales y los niños. Hablaban de la guerra como de un acontecimiento antiguo, remoto, con secreto desprecio y rencor por la violencia, el hambre, la destrucción y las masacres. Parecían satisfechos con la crueldad de la naturaleza, como si la vida solitaria en aquellos bosques inmensos, la lejanía de la civilización, el tedio de la eterna noche invernal, de los largos meses de tinieblas desgarradas de cuando en cuando por el incendio de las auroras boreales, el suplicio del interminable día estivo, del sol asomado noche y día en el antepecho del horizonte, los hubiesen inducido a rechazar la crueldad inherente al hombre. Habían adquirido la desesperada humildad de los animales salvajes, su misterioso sentido de la muerte. Tenían los ojos de los renos, esos ojos oscuros, brillantes, profundos; esa misteriosa mirada animalesca que tienen los ojos de los muertos.

(Algunas noches antes había salido al bosque. No podía dormir. Era más de medianoche, y el cielo blanco tenía una transparencia maravillosa, parecía un cielo de papel de seda. No se veía ni la sombra de una nube, o eso me pareció al principio: un cielo tan sereno y transparente que parecía un inmenso y profundísimo espacio desnudo y vacío. Y sin embargo, aquel cielo sereno dejaba caer una

llovizna invisible que calaba en los huesos y arrancaba un murmullo musical dulcísimo de las hojas de los árboles, los arbustos y la clara estera de los líquenes. Me adentré en el bosque, y había recorrido poco más de una milla cuando una voz áspera me ordenó, en alemán, que me detuviera. Una patrulla de *Alpenjäger*, todos ellos con la cara tapada con una máscara antimosquitos, vino hacia mí. Era una de las numerosas patrullas adiestradas para combatir en los bosques del ártico, se dedican a batir las arboledas y los *tunturit* de la región de Ivalo e Inari para dar caza a los milicianos noruegos y rusos. Nos sentamos al reparo de unas rocas, en torno a un fuego de ramas secas, y fumamos y conversamos bajo la fina lluvia, olorosa de resina. Me dijeron que habían encontrado las huellas de una manada de lobos; se habían percatado de su presencia días atrás, antes de descubrir sus huellas, debido al nerviosismo de las manadas de renos. Todos aquellos soldados eran montañeses del Tirol y Baviera. De vez en cuando, del fondo del bosque llegaba un crujir de ramas o el ronco chillido de un pájaro.

Mientras conversábamos en voz baja —en voz baja, como siempre en esas latitudes, donde la voz humana suena extraña, falsa, arbitraria, ajena y llena de desesperación a los oídos de los hombres, donde se convierte en la voz de una angustia secreta que no halla la manera de expresarse y extinguirse más que en sí misma, en su propio sonido, en su propio eco—, vimos pasar entre los árboles, a unos cien pasos de nosotros, un grupo de animales que parecían perros de pelo corto y de un color gris como el del hierro herrumbroso. «Los lobos», dijeron los soldados. Pasaron muy cerca de nosotros y nos miraron con sus ojos rojos y brillantes, y parecía que nuestra presencia no despertara en ellos el menor temor ni la más mínima sospecha. Su confianza no sólo transmitía cierta paz, sino también cierto descuido, una especie de noble y triste indiferencia. Avanzaban sin hacer ruido, veloces y ligeros, con pasos largos, ágiles y suaves. No se vislumbraba ferocidad en su actitud, sino más bien una noble timidez, una suerte de mansedumbre orgullosa y cruel. Uno de los soldados levantó el fusil, pero uno de sus compañeros le hizo bajar el cañón. Había en ese gesto una renuncia, un abandono de la crueldad inherente al hombre. Como si tampoco el hombre que habita en esa inhumana soledad tuviera otra manera de expresar su humanidad que mediante la aceptación de una ferocidad triste y mansa.)

—Hace días —dijo Georg Beandasch— que el general Von Heunert está fuera de sí. Hay un salmón al que no consigue pescar. Toda la estrategia de los generales alemanes nada puede contra los salmones.

—Los alemanes —dijo Kurt Franz— son pésimos pescadores.

—*Les poissons n'aiment pas les Allemands* —dijo Víctor Maurer.

El teniente Georg Beandasch, ayuda de campo del general de caballería Von Heunert, fue el primer alemán con el que me topé al llegar a Inari. En la vida civil, Georg Beandasch era juez en un tribunal de Berlín. Era un hombre en la treintena, alto, de espaldas anchas y mandíbula huesuda. Caminaba ligeramente encorvado y miraba de soslayo. «Una mirada —según solía decir— poco propia de un juez.» De vez en cuando escupía al suelo con expresión de profundo desprecio en su rostro de color oscuro. Su rostro era del mismo color que el tinte para cuero. Y de hecho, si ese día salieron a colación los sillones tapizados de piel humana del conde de Conversano, fue debido al color de cuero de su rostro. La costumbre de escupir al suelo no era, según el propio Beandasch, muy correcta en el ayuda de campo de un general de caballería alemán: «Pero tengo mis razones para ello». A veces daba la impresión de estar escupiendo sobre todos los generales alemanes. Y es que aunque al hablar se mostraba prudente, no me parecía que tuviera en gran estima a Hitler y sus generales. Puestos a elegir entre el general Von Heunert y los salmones de Laponia, él se ponía de parte de los salmones, por más que a la hora de la verdad, como todos los alemanes, jueces o no, obedeciera a los generales. Esta y no otra es la desgracia de todos los salmones de Europa: que hasta los alemanes están de parte de los salmones, pero obedecen a los generales.

En cuanto llegué a Inari, me puse a dar vueltas por el pueblo en busca de una cama. Estaba rendido de cansancio y me caía de sueño. Había recorrido seiscientos kilómetros a través de Laponia para llegar a Inari y no veía el momento de echarme en una cama. Sin embargo, en Inari hay pocas camas. La aldea consiste en cuatro o cinco casas de madera agrupadas en torno a una especie de rústico bazar, el *sekatavara kauppa*, cuyo propietario, un finlandés, el señor Juho Nykänen, me acogió con una sonrisa cordial y expuso ante mis ojos sus mejores mercancías: peines de celuloide, *puukko* con mango de hueso de reno, grageas de sacarina, guantes de piel de perro, grasa repelente de mosquitos.

—¿Una cama? ¿Una cama para dormir? —preguntó Juho Nykänen.

—Sí, claro, para dormir.

—¿Y por qué acude a mí? Yo no vendo camas. Hace tiempo tuve una cama de campaña en la tienda, pero se la vendí hace tres años al director del Osaki Pankki de Rovaniemi.

—¿Y no conoce a nadie —pregunté— que pueda estar dispuesto a prestarme su cama ni que sea por unas horas?

—¿Prestarle la cama? —repitió Juho Nykänen—. ¿Quiere decir alguien que le ceda su turno? Mmm, lo veo difícil. Los alemanes se

han apropiado de las camas, así que ahora dormimos por turnos en las pocas que nos quedan. Puede preguntar en casa de la señora Irjaa Palmunen Himanka. Puede que en su hotel quede alguna cama libre, o que consiga persuadir a algún oficial alemán para que le ceda la suya durante unas horas. En el caso de que tuviera que esperar a su turno para dormir, podría ir a pescar. Yo puedo facilitarle a buen precio todo lo que necesita para la pesca del salmón.

—¿Hay muchos salmones en el río?

—Antes de que los alemanes iniciaran la construcción del puente sobre el Juutua, había muchísimos. Los carpinteros hacen mucho ruido con las sierras, los martillos y las hachas, y el ruido ahuyenta a los salmones. En Ivalo los alemanes están construyendo otro puente, y también allí los salmones han desaparecido del río. Y eso no es todo. Los alemanes se dedican a pescar con granadas de mano. Una auténtica masacre. No sólo acaban con los salmones, sino con todos los peces. ¿Qué se creen, que pueden tratar a los salmones como tratan a los judíos? No se lo permitiremos nunca. El otro día le dije al general Von Heunert que si los alemanes, en vez de hacerles la guerra a los rusos, siguen haciéndoles la guerra a los salmones, acabaremos defendiendo a los salmones.

—Es más fácil —dije— hacerles la guerra a los salmones que a los rusos.

—Se equivoca usted —contestó Juho Nykänen—, los salmones son muy valientes, no es fácil vencerlos. En mi opinión, los alemanes han cometido un grave error al declarar la guerra a los salmones. Llegará el día en que los alemanes tendrán miedo hasta de los salmones. Ya lo verá. Así acabó la última guerra.

—Pero entretanto —observé—, los salmones abandonan los ríos.

—Mas no por miedo —replicó Juho Nykänen con un dejo de resentimiento en la voz—. Los salmones no tienen miedo de los alemanes. Los desprecian. Los alemanes son gente desleal, sobre todo en lo que se refiere a la pesca. No saben lo que es el *fair play*. Masacran a los salmones con granadas de mano, ¿se da usted cuenta? Creen que la pesca no es un deporte, sino una forma de *Blitzkrieg*. El salmón es el animal más noble del mundo. Antes que faltar a las leyes del honor, elegiría la muerte. Contra un caballero se bate hasta el final, porque es un perfecto caballero y se enfrenta a la muerte con heroísmo; sin embargo, no se rebaja a medirse con un adversario desleal. Prefiere el exilio al deshonor de batirse con un adversario indigno de él. Los alemanes se enfadan porque no encuentran salmones en nuestros ríos. ¿Sabe usted adonde emigran los salmones?

—¿A Noruega?

—Por favor, ¿le parece que los noruegos están mejor que los salmones? Los alemanes están también en Noruega. Emigran a la isla de los Pescadores, hacia Arkangelsk y Murmansk.

—Ah, ¿conque se van a Rusia?

—Sí, se van a Rusia —dijo Juho Nykánen. Su pálido rostro finés de prominentes pómulos se resquebrajó en un millar de pequeñas arrugas como una máscara de arcilla expuesta al sol. Me di cuenta de que era su forma de sonreír—. Se van a Rusia —continuó—, esperemos tan sólo que no vuelvan con la cabeza roja.

—¿Está seguro de que volverán?

—Volverán. Y antes de lo que se figura —respondió Juho Nykánen, y bajando la voz agregó—: Puede usted creerme, señor, los alemanes perderán la guerra.

—Ah —exclamé—, ¿está seguro de que perderán la guerra?

—Me refiero a la guerra contra los salmones —puntualizó Juho Nykánen—. Las gentes de por aquí, lapones y fineses, están a favor de los salmones, como es natural. El otro día aparecieron unos soldados alemanes muertos en la orilla del río. Puede que murieran a manos de los salmones, ¿no le parece?

—Es probable —dije—, y saludaré con júbilo, estimado señor Juho Nykánen, el triunfo de los salmones. La suya es la causa de la humanidad y la civilización. Pero hasta entonces desearía una cama para dormir.

—¿Está muy cansado?

—Estoy muerto de cansancio y de sueño.

—Le recomiendo que pregunte en el hotel de la señora Irjaa Palmunen Himanka —dijo Juho Nykánen.

—¿Queda muy lejos de aquí?

—A no más de una milla. Aunque es probable que tenga que dormir con algún oficial alemán.

—¿En la misma cama?

—A los alemanes les encanta dormir en cama ajena. Dígale que la cama no es suya y tal vez le ceda un poco de espacio.

—Gracias, señor Juho Nykánen, *kiitoksia paljon*.

— Hyvää päivää.

— Hyvää päivää.

La señora Irjaa Palmunen Himanka me recibió muy amablemente. Era una mujer de poco más de treinta años y expresión fatigada y triste. Me dijo que le pediría al teniente Georg

Beandasch, ayuda de campo del general Von Heunert, que me cediera una de sus camas.

—¿En cuántas camas duerme este señor? —pregunté.

—En la habitación hay dos camas —dijo la señora Irjaa Palmunen Himanka—, y espero que acceda a cederle una. Aunque ya se sabe, con los alemanes...

—Los alemanes me traen sin cuidado. Tengo sueño.

—También a mí me traen sin cuidado —dijo la señora Irjaa Palmunen Himanka—, pero hasta cierto punto. Los alemanes...

—A los alemanes —dije— no se les pueden pedir favores. Si uno le pide un favor a un alemán, es más que probable que se encuentre con una negativa. Toda la superioridad del *Herrenvolk* consiste en decir que no. Con los alemanes no valen ruegos ni súplicas. Déjeme a mí, señora Irjaa Palmunen Himanka, yo también soy de la escuela de los salmones.

Los ojos apagados de la señora Irjaa Palmunen Himanka cobraron brillo de repente.

—Oh —dijo—, ¡qué nobleza la del pueblo italiano! Es usted el primer italiano que conozco en toda mi vida, no sabía que los italianos estuvieran dispuestos a defender a los salmones ante los alemanes. Y aun así, son aliados de los alemanes. ¡Son ustedes un pueblo noble!

—Los italianos —dije— también son de la raza de los salmones. Todos los pueblos de Europa son salmones.

—¿Qué será de nosotros —se lamentó la señora Irjaa Palmunen Himanka— si los alemanes acaban con todos los salmones de nuestros ríos o si los obligan a emigrar? En tiempos de paz, vivimos de los aficionados a la pesca; llegan desde Inglaterra, Canadá y Norteamérica para pasar el verano en Laponia. Ah, esta guerra...

—Hágame caso, señora Irjaa Palmunen Himanka, esta guerra terminará como la anterior: serán los salmones quienes den caza a los alemanes.

—¡Que el cielo le oiga! —exclamó la señora Irjaa Palmunen Himanka.

Entretanto habíamos subido al primer piso. El hotel de Inari es como un refugio alpino: una construcción de madera de dos pisos unida a una taberna donde pastores y pescadores lapones se reúnen los domingos, tras el oficio en la iglesia, para hablar de renos, aguardientes y salmones antes de volver a sus cabañas y tiendas perdidas en las profundidades del inmenso bosque ártico. La señora Irjaa Palmunen Himanka se detuvo frente a la puerta y llamó discretamente.

—*Herein!* —gritó en el interior una voz ronca.

—Será mejor que entre yo solo —dije—. Déjeme a mí, verá como todo sale bien.

Empujé la puerta y entré. En el pequeño cuarto revestido con paneles de madera había dos camas. En la de la ventana estaba tendido Georg Beandasch con la cara tapada con una máscara antimosquitos. Sin decir ni «buenas noches», arrojé el saco de dormir y el impermeable sobre la cama que quedaba libre. Georg Beandasch se apoyó sobre los codos y me escrutó de pies a cabeza con la misma cara con la que un juez examina a un delincuente; luego sonrió y empezó a mascullar blasfemias con la mayor dulzura y educación. Estaba rendido de cansancio, se había pasado el día entero de pie en medio de la fría corriente del Juutua al lado del general Von Heunert, y deseaba dormir un par de horas más.

—Que descanse —le digo.

—Dos personas en el mismo cuarto no pueden dormir bien —dice Georg Beandasch.

—Peor duermen si son tres —digo echándome sobre la cama.

—Me gustaría saber qué hora es —dice Georg Beandasch.

—Las diez.

—¿Las diez de la mañana o las diez de la noche?

—Las diez de la noche.

—¿Por qué no se va a pasear un par de horas por el bosque? —dice Georg Beandasch—. Déjeme dormir en paz por lo menos un par de horas.

—Yo también tengo sueño. Ya saldré a pasear mañana por la mañana.

—La mañana, la noche... aquí da lo mismo. En Laponia hay sol hasta de noche —dice Georg Beandasch.

—Prefiero el sol de la mañana.

—¿Ha venido usted también por los malditos salmones? —me pregunta Georg Beandasch tras un breve silencio.

—¿Salmones? ¿Todavía quedan salmones en este río?

—Sólo queda uno, pero el maldito no se deja atrapar.

—¿Sólo uno?

—Uno solo —dice Georg Beandasch—, pero es un bicho enorme, y además valiente y astuto. El general Von Heunert ha solicitado refuerzos a Rovaniemi. No se irá de Inari hasta que lo haya pescado.

—¿Refuerzos?

—Un general —dice Georg Beandasch— es siempre un general, hasta cuando pesca salmones. Llevamos diez días metidos en el agua hasta el ombligo. Esta noche hemos estado a punto de atraparlo. Quiero decir que esta noche poco ha faltado para que nos pasara entre las piernas. Se ha acercado mucho, pero no ha picado. El general está hecho una furia, dice que el salmón se burla de nosotros.

—¿Que se burla de ustedes?

—¡Mire que burlarse de un general alemán! —exclama Georg Beandasch—. Pero mañana, por fin, llegarán los refuerzos que el general ha solicitado a Rovaniemi.

—¿Un batallón de *Alpenjäger*?

—No, sólo un capitán de *Alpenjäger*, el capitán Karl Springenschmid, un especialista en la pesca de trucha alpina. Springenschmid es de Salzburgo. ¿No ha leído su libro *Tirol am Atlantischen Ozean*? Un tirolés es siempre un tirolés, hasta en las orillas del océano Glacial Ártico. Y siendo un experto en truchas, bien sabrá pescar un salmón, ¿no le parece?

—Una trucha no es un salmón —digo sonriendo.

—Vaya usted a saber. El capitán Springenschmid dice que sí, y el general Von Heunert dice que no. Veremos quién tiene razón.

—No es digno de un general alemán solicitar refuerzos por un solo salmón.

—Un general —dice Georg Beandasch— es siempre un general, aunque se enfrente tan sólo a un salmón. En cualquier caso, el capitán Springenschmid deberá limitarse a darle consejos prácticos, porque el general quiere pescarlo él solo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Georg Beandasch se echa boca arriba y cierra los ojos, pero al momento vuelve a abrirlos y se sienta sobre la cama, me pregunta mi nombre, apellido, el de mi padre, fecha y lugar de nacimiento, nacionalidad, religión y raza, como si estuviera interrogando a un acusado. Luego saca una botella de aguardiente de debajo de la almohada y llena dos vasos.

—Prosit.

—Prosit.

Se echa de nuevo boca arriba, cierra los ojos y se duerme con una sonrisa en los labios. El sol le da en plena cara. Un enjambre de mosquitos revolotea por el cuarto. Me abandoné al sueño, y debía de llevar ya unas horas durmiendo cuando llegó a mis oídos un lejano repique de castañuelas. Beandasch dormía profundamente con la cara cubierta con la máscara antimosquitos, como un reciarío agonizante

tendido sobre la arena del circo. Me desperté de repente con un breve y suave repique de castañuelas. Y el crujir de la hierba, y el murmullo de las ramas. No cabía duda, eran castañuelas. Parecía que una procesión interminable estuviese desfilando al pie de la ventana. Era como una procesión de bailadoras españolas, como si una procesión nocturna de bailadoras sevillanas desfilase en dirección al santuario de la virgen de la Macarena tocando las castañuelas, con el brazo derecho doblado lánguidamente sobre la cabeza y la mano izquierda apoyada en la cintura.

Sin duda, eran castañuelas, y poco a poco su sonido se hacía más intenso, más claro, más cercano. (Se echaba en falta, no obstante, el eco de esos olores que acompañan siempre el repicar de las castañuelas: el olor a flores marchitas, a fritura y a incienso.) Era el sonido de cientos y cientos de castañuelas. Una procesión interminable de bailadoras andaluzas que desfilaban recluidas en el reluciente estuche del gélido sol nocturno. No las acompañaban ni los gritos del gentío ni el lanzamiento de cohetes ni el triunfo de músicas lejanas. Sólo el sonido estridente y seco de las castañuelas.

Salté de la cama, desperté a mi compañero, y Georg Beandasch se alzó apoyándose sobre los codos, escuchó con atención y me miró sonriendo.

—Son renos —dijo con su voz sobria cargada de ironía—. De los cascos de las patas posteriores les sobresalen unas uñas que al correr suenan como si fueran castañuelas —y luego añadió—: ¿También usted los ha tomado por bailadoras españolas? El general Von Heunert, la primera noche, también creía que eran bailadoras andaluzas. Tuve que llevarle un reno hasta el cuarto a las dos de la madrugada.

Escupió al suelo y volvió a dormirse sonriendo.

Me asomé a la ventana. Una manada de varios cientos de renos pasaba al galope cerca de la linde del bosque, en dirección al río. Al lado de ese bosque hiperbóreo, parecían el espectro de los países mediterráneos, de las cálidas tierras del mediodía. El espectro de Andalucía, bañada en aceite de oliva y requemada por el sol. Y en el aire seco y helado intuía yo un absurdo e imaginario olor a sudor humano.

El sol nocturno hería de través los islotes esparcidos en medio del lago, tiñéndolos de un color sanguino. Al otro lado, un perro de la aldea de Inari ladraba en tono lastimero. El cielo entero estaba cubierto de escamas de pez que centelleaban y titilaban con esa luz gélida y deslumbrante. Kurt Franz y yo nos dirigíamos al lago por las laderas boscosas de la colina. Entre el centenar de islotes esparcidos por el lago se distinguía la isla sagrada de los lapones, el Ukonsaari, el santuario pagano más célebre de toda la región de Inari. Allí, en ese islote con forma de cono que el sol nocturno tiñe de rojo como si

fuera el cono de un volcán, se daban cita los antiguos lapones en primavera y otoño para sacrificar renos y perros en honor de sus divinidades. Todavía hoy los lapones le profesan un sacro temor al Ukonsaari y no se acercan a él más que en ciertas festividades, arrastrados por un recuerdo inconsciente, o acaso una oscura nostalgia, de las antiguas ceremonias paganas.

Nos sentamos a descansar bajo un árbol y contemplamos el inmenso lago de plata que se extendía desnudo bajo la gélida llama del sol nocturno. La guerra quedaba lejos. Ya no sentía a mi alrededor ese triste olor a hombre, a hombre sudado, a hombre herido, a hombre hambriento, a hombre muerto, que corrompía el aire de los países de la infeliz Europa, sino el olor de la resina, ese olor frío y seco de la naturaleza ártica, el olor de los árboles, del agua, de la tierra, el olor a animal salvaje. Kurt Franz fumaba en su corta pipa noruega, una Lillehammer comprada en el *sekatavara kauppa* del señor Juho Nykänen. Yo lo observaba de reojo, olfateando su olor. Tal vez fuera un hombre, un hombre como todos los demás quizás, un hombre como yo, pero desprendía un olor a animal salvaje. Un olor a ardilla, a zorro, a reno. Un olor a lobo. Eso es, el olor del lobo en verano, cuando el hambre no lo vuelve cruel. Era un olor feroz, un olor de lobo en verano, cuando la hierba verde, la cálida brisa y el agua liberada de los glaciares, que discurre por el bosque murmurando en mil riachuelos al encuentro del lago sereno, sacian su crueldad, su fiereza, y aplacan su sed de sangre. Desprendía un olor a lobo ahíto, a lobo en reposo, en paz; por primera vez en tres años de guerra, me sentía tranquilo al lado de un alemán. Estábamos lejos de la guerra, al margen de la guerra, de la humanidad y del tiempo. La guerra quedaba lejos. Desprendía el mismo olor que los lobos en verano, ese olor de los alemanes cuando la guerra cesa, cuando no tienen ya sed de sangre.

Descendimos la colina y apenas habíamos salido del bosque, en las proximidades de la aldea de Inari, cuando pasamos por delante de un recinto cercado por una alta empalizada de troncos blancos de abedul.

—Es el Gólgota de los renos —dice Kurt Franz.

El rito otoñal del sacrificio de los renos es una especie de Pascua lapona, y recuerda al sacrificio del cordero.

—El reno es el Cristo de los lapones —dice Kurt Franz.

Penetramos en el amplio recinto. La luz fría y violenta que siega la hierba perfila una maravillosa y extraordinaria selva ante mis ojos: miles y miles de cornamentas de reno amontonadas formando una colosal maraña, en algunos puntos más despejada, en otros apenas un solitario arbusto de huesos. Una fina capa de moho verde, amarillo y púrpura recubre las cornamentas más antiguas. Muchas son jóvenes, tiernas, y todavía no están revestidas por la dura costra

córnea. Otras son anchas y lisas, de ramas regulares; otras tienen forma de cuchillo y parecen hojas de acero que brotan de la tierra. A un lado del cercado se amontonan miles y miles de cráneos de reno en forma de yelmo aqueo, con las cuencas triangulares vacías en medio del duro hueso frontal, blanco y liso. Todas ellas similares a los despojos de acero de los guerreros caídos en el campo de batalla. Un Roncesvalles animalesco. Y sin embargo, no se aprecia por ninguna parte signo alguno de lucha, antes bien, una calma, una quietud alta y solemne. Una ráfaga de viento se levanta en el prado y hace temblar los tallos de hierba que crecen entre los inmóviles árboles de hueso de esa selva extraordinaria.

En otoño, las manadas de renos, movidas y guiadas por el instinto, por un oscuro reclamo, recorren distancias inmensas para llegar a esos Gólgotas salvajes, donde los pastores lapones los esperan sentados en cuclillas con el «gorro de los cuatro vientos», el *neljän tuulen lakki*, echado hacia atrás, y el reluciente *puukko* aferrado en su mano menuda. (Es maravillosa la pequeñez y la delicadeza de las manos de los lapones. Tienen las manos más pequeñas y delicadas del mundo. Un mecanismo admirable, delicadísimo, de acero macizo. Sus dedos son finos, pacientes y precisos como las pinzas de un relojero de Chaux—de—Fonds o de un tallador de diamantes de Ámsterdam.) Dóciles y mansos, los renos ofrecen las venas del cuello al filo mortal del *puukko*, y mueren sin gritar, con una dulzura patética y desesperada.

—Como Cristo —dice Kurt Franz.

En el interior del cercado la hierba crece con fuerza, nutrida por la abundancia de sangre. Sin embargo, las hojitas de algunos arbustos parecen quemadas por un gran fuego, y acaso sea el ardor, la llama misma de la sangre lo que las tiñe de rojo y las quema.

—No, no puede ser la sangre —dijo Kurt Franz—, la sangre no quema.

—Yo he visto arder ciudades enteras por una sola gota de sangre —dije.

—La sangre me da asco —dijo Kurt Franz—, es sucia. Mancha todo lo que toca. Los vómitos y la sangre son las dos cosas que más asco me dan.

Se pasó la mano por la frente, corroída por una calvicie de origen tiñoso. Apretaba entre la boca desdentada la boquilla de su Lillehammer, y de vez en cuando se quitaba la pipa de la boca y escupía al suelo con rabia, encorvándose un poco. Mientras cruzábamos la aldea, dos mujeres, dos ancianas laponas que estaban sentadas junto a la puerta de una de las casas, empezaron a seguirnos con los ojos entornados, girando poco a poco su rostro amarillento y lleno de arrugas. Estaban en cuclillas fumando una pipa de yeso, con los brazos apoyados encima de las rodillas. Lloviznaba, y

un pájaro de grandes dimensiones volaba bajo sobre las copas de los pinos, profiriendo gritos ásperos y monótonos.

Delante del hotel, el general Von Heunert se preparaba para ir de pesca. Tras calzarse un par de botas laponas que le cubrían hasta la mitad del muslo, envolverse en una amplia red antimosquitos y enfundarse unos guantes de piel de perro que le llegaban hasta el codo, se había quedado de pie frente al hotel, a la espera de que Pekka, su sirviente lapón, terminase de preparar las mochilas con las provisiones. El general Von Heunert llevaba puesto todo el equipo de batalla: la cabeza protegida con un casco de hierro y el voluminoso máuser ceñido al cinto; mientras esperaba se apoyaba sobre su larga caña de pescar como un lansquenete alemán sobre su pica, y de vez en cuando le dirigía la palabra a un capitán de *Alpenjäger* que aguardaba a su lado, bajito, membrudo, de cabellos grises y rostro de montañés del Tirol, risueño y rubicundo. Detrás del general, a una distancia prudente, se encontraba Georg Beandasch en posición de firmes, también él calzado, enguantado, armado y envuelto en una capa reticulada que le caía hasta los pies. Me saludó moviendo la cabeza, y por la forma en que movía los labios me percaté de que murmuraba alguna ocurrente blasfemia berlinesa.

—Esta vez —dijo el general Von Heunert mientras se volvía hacia mí—, tengo la victoria en el bolsillo.

—No ha tenido mucha suerte estos últimos días —dije.

—Estoy de acuerdo con usted, no he tenido mucha suerte —admitió el general Von Heunert—. Sin embargo, el capitán Springenschmid no opina lo mismo. Según él, la culpa es mía, porque los salmones son caprichosos y tercos, y yo no he tenido en consideración su estado de ánimo. Craso error. Por fortuna, el capitán Springenschmid ha tenido a bien instruirme sobre el humor de las truchas, de modo que...

—¿De las truchas? —interrumpí.

—De las truchas. ¿Por qué no? —dijo el general Von Heunert—. El capitán Springenschmid, que es un experto en la pesca de la trucha reconocido en todo el Tirol, afirma que las truchas tirolesas tienen el mismo humor que los salmones de Laponia. ¿No es así, capitán Springenschmid?

—*Jawohl!* —dijo el capitán Springenschmid con una inclinación; luego se volvió hacia mí y añadió en italiano, con ese acento blando de los tiroleses cuando hablan en italiano—: *Con le trote non bisogna mostrar di aver fretta. Bisogna aver pazienza. Una pazienza da frate. Se la trota si accorge che il pescatore ha tempo da perderé e pazienza da buttar via, diventa nervosa, si irrita, e commette qualche sciochezza. Le trote...*

—Sí, las truchas —dije—, pero ¿y los salmones?

—Los salmones son como las truchas —dijo el capitán Springenschmid sonriendo—. La trucha no es un animal paciente, se cansa de esperar y corre al encuentro del peligro. Si pica el anzuelo, está perdida. Con cuidado y delicadeza, el pescador tira hacia él. Es un juego de niños. Las truchas...

—Sí, las truchas —dije—, pero ¿y los salmones?

—Los salmones —dijo el capitán Springenschmid— no son más que truchas más grandes. Poco antes de la guerra, en Landeck, en Tirol...

—Por lo visto —dijo el general Von Heunert— mi salmón es el ejemplar más hermoso jamás visto por estos parajes. Es un animal enorme, con un valor fuera de lo común. Fíjese usted que el otro día faltó bien poco para que se estrellara de morros contra mis rodillas.

—Es un salmón insolente —dije—, merece que lo castiguen.

—Es un salmón maldito —dijo el general Von Heunert—, el único salmón que queda en el Juutua. Parece que se le ha metido en la mollera echarme del río por la fuerza y quedarse él como amo y señor de la corriente. Veremos quién es más testarudo, si un salmón o un alemán. —Y se echó a reír abriendo mucho la boca mientras hacía ondear a su alrededor los pliegues de la amplia mosquitera.

—Quizá —dije— le irrita su uniforme de general. Debería vestirse de civil. No es *fair play* ir a la pesca del salmón en uniforme de general.

—*Was? Was sagen Sie, bitte?* —preguntó el general Von Heunert arrugando el ceño.

—Seguramente a *su* salmón —dije— le falta *sense of humour*. Tal vez el capitán Springenschmid podría decirle cómo hay que comportarse con un salmón que carece de *sense of humour*.

—Con las truchas —dijo el capitán Springenschmid— hay que jugar con astucia. El señor general debe fingir que está en medio del río por motivos que nada tienen que ver con los que la trucha se imagina. A las truchas se las pesca con argucias.

—Esta vez no se me escapa —dijo el general Von Heunert con voz enérgica.

—Así aprenderán estos salmones a respetar a los generales alemanes —dije riendo.

—*Ja, ja* —exclamó el general Von Heunert, pero acto seguido frunció el entrecejo y me lanzó una mirada de suspicacia.

En ese preciso instante apareció por la puerta del hotel la señora Irjaa Palmunen Himanka seguida de Pekka, que sostenía una bandeja con una botella de aguardiente y unos cuantos vasos. Se acercó sonriendo al general, llenó los vasos y ofreció un vaso

rebosante de aguardiente a cada uno de los presentes, empezando por el general.

—*Prosit* —dijo el general Von Heunert levantando el vaso.

—*Prosit* —repetimos todos a coro.

—*Für Gott und Vaterland* —dije.

—*Heil Hitler* —respondió el general.

—*Heil Hitler* —repitieron todos.

Mientras tanto, habían llegado una decena de *Alpenjäger* envueltos en amplias mosquiteras y armados con fusiles ametralladores. Era la patrulla encargada de escoltar al general hasta el río y de desplegarse después a lo largo de ambas orillas para protegerlo, durante la pesca, de una eventual emboscada de los milicianos rusos o noruegos.

—Vámonos —dijo el general emprendiendo la marcha.

Avanzamos en silencio, precedidos y seguidos a cierta distancia por los soldados de la escolta. Una lluvia invisible murmuraba entre las hojas. Un pájaro chilló en la copa de un árbol, y una manada de renos pasó al galope entre los troncos de los pinos, dejando oír un sonido de castañuelas. El bosque parecía de plata bajo la fría luz del sol nocturno. Caminábamos por la orilla del río, hundiéndonos hasta las rodillas en la hierba húmeda de lluvia. Georg Beandasch me miraba de soslayo, con esa expresión tan suya de perro apaleado. De vez en cuando el general Von Heunert se daba la vuelta y miraba en silencio a Beandasch y a Springenschmid.

—*Jawohl!* —respondían al unísono ambos oficiales mientras se llevaban la mano derecha al borde del casco de acero.

Por fin, después de casi una hora de marcha, llegamos a los rápidos.

En ese punto, el Juutua ensancha su cauce, sembrado de grandes rocas de granito oscuro que sobresalen entre la corriente espumosa, violenta aunque poco profunda. Pek—ka y los demás lapones que porteaban los aparejos de pesca y las mochilas de provisiones se detuvieron y se pusieron al reparo tras una roca, parte de los soldados de la escolta se repartieron a lo largo de la orilla y los demás vadearon la corriente y se apostaron en la vera opuesta, de espaldas al río. El general Von Heunert examinó con atención su caña de pescar, probó el carrete y por fin, volviéndose hacia Beandasch y Springenschmid, dijo: «Vamos», y se introdujo en el río seguido por ambos oficiales. Yo me quedé en la orilla, sentado bajo un árbol al lado de Kurt Franz y Victor Maurer.

El río cantaba con una voz alta y plena que tan pronto estallaba en un grito como se apagaba en una voz grave y profunda. De pie en medio de la corriente, sumergido hasta el vientre en el agua helada,

el general aferraba la caña de pescar como si fuese un fusil y miraba en torno como si quisiera hacer creer que se encontraba allí, a esa hora, en medio del río, por motivos que nada tenían que ver con lo que el salmón se imaginaba. Beandasch y Springenschmid se colocaron a su lado, algo por detrás, en actitud marcial de respeto. Pekka y los demás lapones se sentaron en corro a fumar sus pipas y a observar en silencio al general. Los pájaros trinaban entre las ramas de los pinos.

Habían pasado casi dos horas cuando, de repente, el salmón atacó al general Von Heunert. La larga caña de pescar dio un tirón, se dobló, osciló, se tensó por completo, y el general, vacilando sobre sus piernas, dio un paso adelante, dos, se tambaleó sobre las rodillas y finalmente consiguió resistir como un valiente el inesperado embate. La batalla había empezado. Repartidos por la orilla, los lapones, los soldados de la escolta, Kurt Franz, Victor Maurer y yo conteníamos el aliento. De pronto, el general se movió y echó a caminar con pasos largos, duros y pesados en el sentido de la corriente, hundiendo las botas en el agua con fuerza, afianzando el pie derecho contra una roca y contra otra para ceder terreno poco a poco, con lentitud premeditada. (Si bien no era una táctica nueva ni siquiera para un general alemán, pues la pesca del salmón exige que se ceda terreno avanzando.) De vez en cuando el general se detenía para consolidar las posiciones conquistadas a costa de tanto esfuerzo, y debiera decir perdidas, por emplear la jerga al uso en la pesca del salmón, resistiendo con obstinación a los continuos y furiosos tirones de su adversario, hasta que poco a poco, lentamente, girando con cautela la manivela de acero, empezó a recoger el sedal en torno a la bobina y atrajo hacia sí al valiente salmón, que a su vez cedía poco a poco, con lentitud premeditada, y tan pronto emergía de la corriente dejando ver su reluciente dorso de rosa y plata entre potentes coletazos que levantaban en el aire columnas de agua espumosa, como asomaba su larga cabeza y exhibía la boca entrecerrada y unos ojos redondos abiertos de par en par. Apenas encontraba el amparo de dos rocas entre las cuales atravesarse o un punto donde la corriente bajara más impetuosa para apoyar en él la cola, daba un tirón violento e inesperado, y atraía hacia sí a su adversario, arrastrándolo corriente abajo por la concavidad de acero de la corriente. A esas ofensivas del salmón el general Von Heunert oponía su pertinacia alemana, su orgullo prusiano, su amor propio y *la sensación de que lo que estaba en juego no era tan sólo su prestigio personal, sino el del uniforme*; entonces profería un ronco «*Achtung!*» y volvía la cabeza para gritarles a Beandasch y Springenschmid ásperas palabras que ensombrecían el canto, a veces agudo a veces grave, del río. Pero ¿qué ayuda podía prestarle en esos momentos el pobre Georg Beandasch a su general ante semejante salmón? ¿Qué ayuda podía prestarle el pobre Springenschmid ante semejante trucha? Cada vez que el general daba un paso, Georg

Beandasch y el capitán Springenschmid no podían más que adelantar un paso ellos también; y así, paso a paso, el general y sus dos oficiales terminaron avanzando casi una milla, arrastrados corriente abajo por los tirones del fuerte y valeroso salmón.

La contienda llevaba ya tres horas desarrollándose con diversa fortuna cuando me percaté de que una sonrisa irónica a floraba en el rostro amarillento y ajado de Pekka y los demás lapones, sentados en corro con las pipas de yeso entre los dientes. Entonces miré al general. Ahí estaba, en medio del río, con todo el equipo de batalla, el casco de acero sobre la frente, el voluminoso máuser ceñido al cinto y envuelto en los pliegues de la amplia mosquitera. Las anchas bandas rojas de sus pantalones de general resplandecían con el reflejo mortecino del sol nocturno. Comenzaba a parecer que no le quedarían fuerzas para seguir aguantando durante mucho tiempo la obstinada violencia de su adversario. Algo nacía en él, lo presentía, podía adivinarlo en sus gestos impacientes, su expresión frenética, el tono en el que de vez en cuando gritaba «*Achtung!*», un tono de orgullo herido, de sutil e inquieto temor. El general estaba furioso y asustado. *Temía hacer un mal papel*. Llevaba ya tres horas luchando contra el salmón, y no era digno de un general alemán que un pez lo tuviera en jaque durante tanto tiempo. *Empezaba a temer lo peor*. Si por lo menos hubiera estado solo, pero ante nuestros ojos, ante los ojos irónicos de los lapones, ante los ojos de los soldados de la escolta apostados a la vera del río... *Y por si fuera poco, estaba el precedente de la Rusia soviética*. Había que acabar con eso. Su dignidad se resentía, la dignidad de un general alemán, de todos los generales alemanes, de todo el ejército alemán. *Y por si fuera poco, estaba el precedente de Rusia*.

De pronto, el general Von Heunert se volvió hacia Beandasch y le gritó con voz áspera:

—Genug! Erschießt ihn!

—*Jawohl!* —contestó Beandasch

Y avanzó corriente abajo a pasos lentos, duros, pesados, y en cuanto se encontró junto al salmón, que se debatía en el agua espumosa arrastrando al general, se detuvo desenfundó la pistola, se agachó sobre el valeroso animal y le descerrajó dos disparos en la cabeza a bocajarro.

Sexta parte

LAS MOSCAS

XVIII

GOLF HANDICAPS

—*Oh no, thank God!* —exclamó sir Eric Drummond, primer lord Perth y embajador de Su Majestad británica ante el Quirinal. Era un día de otoño de 1935.

El sol partió una nube rosada de bordes verdosos y un rayo dorado se reflejó en la mesa, haciendo tintinear la cristalería y la porcelana. La inmensa extensión del agro romano abría ante los ojos profundas perspectivas de hierba amarilla, tierra tostada y árboles verdes en las que resplandecían solitarios bajo el sol de octubre los sepulcros de mármol y los arcos rojizos de los acueductos. La tumba de Cecilia Métela flameaba en medio del vivo fuego del otoño, y los pinos y cipreses de la via Appia se mecían al son del viento, perfumado de tomillo y laurel.

El almuerzo estaba a punto de tocar a su fin, el sol se estrellaba en los vasos y un sutil perfume de oporto se difundía en el aire dulce y tibio de color miel. En torno a la mesa, media docena de princesas romanas de origen americano o inglés le dedicaban sonrisas a Bobby, la hija de lord Perth, recién casada con el joven conde Sandy Manassei. Bobby explicaba que Beppe, el vigilante tuerto de la playa de Forte dei Marmi, el día que la *Home Fleet*, en el momento de mayor tensión diplomática entre Inglaterra e Italia por la cuestión etíope, entró en el Mediterráneo en formación de batalla, le había dicho: «Inglaterra es como Mussolini: siempre tiene razón, sobre todo cuando no la tiene».

—*Do you really think England is always right?* —le había preguntado a lord Perth la princesa Dora Ruspoli.

—*Oh no, thank God!* —exclamó lord Perth ruborizándose.

—Tengo curiosidad por saber —dijo la princesa Jane di San Faustino— si es cierta la historia del *caddy* y la *Home Fleet*.

A los pocos días de la aparición de la *Home Fleet* en el Mediterráneo, lord Perth fue a jugar al golf. Tras un rebote, la pelota, fue a caer en un charco de agua fangosa. «¿Te importa irme a recoger la pelota?», le dijo lord Perth al *caddy*. «¿Por qué no manda a la *Home Fleet*?», fue la contestación del joven romano que le hacía de *caddy*. Lo más probable es que la historia no fuera cierta, pero había hecho las delicias de toda Roma.

—*What a lovely story!* —exclamó lord Perth.

El sol le daba a lord Perth en plena cara, revelando con malicia en el color de su frente delicada y rosada, en sus labios y en sus ojos de color azul transparente todo lo que los ingleses de buena cuna tienen de infantiles y afeminados: esa maravillosa timidez, ese color de la inocencia, ese pudor juvenil que con el correr de los años y el incremento de las responsabilidades y los honores, lejos de marchitarse y apagarse, se reavivan hasta florecer, en la edad tardía, en esa virtud, que en el caso de los ingleses llega acompañada de las

canas, de ruborizarse a cada momento y por nada. Era un día dorado y cálido, un inquieto día de otoño, y las tumbas de la via Appia, los altos pinos latinos y la extensión verde amarilla del agro, ese paisaje triste y solemne, formaban en torno al rostro de lord Perth un marco que estaba en viva y delicada armonía con su frente clara, sus ojos azules, sus cabellos blancos y su sonrisa tímida y vagamente triste.

—*Britannia may rule the waves, but she cannot waive the rules* —dijo sonriendo.

A mi alrededor todos rieron, y Dora Ruspoli, mientras agitaba la mano derecha e inclinaba hacia lord Perth su rostro de piel opaca, dijo con su manera de hablar atropellada y ronca:

—C'est une grande force, pour une nation, de ne pas pouvoir bousculer les lois de la tradition, isn't it?

—*To rule the waves, to waive the rules...* bonito juego de palabras —dijo Jane di San Faustino—, aunque yo detesto los juegos de palabras.

—Es un *joke* del que Hammen Wafer está muy orgulloso.

—Hammen Wafer es un *gossip writer*, *n'est-ce pas?* —me preguntó Dora Ruspoli.

—Algo por el estilo —respondí.

—¿Ha leído *New York*, de Cecil Beatón? —me preguntó William Phillips, el embajador de Estados Unidos, que se sentaba al lado de Cora Antinori.

—Cecil es un muchacho muy simpático —intervino la hija de William Phillips, Beatrice, o B, como la llamaban sus amigos.

—Es un libro delicioso —puntualizó Cora Antinori.

—Lástima —dijo Jane di San Faustino— que Italia no cuente con un escritor como Cecil Beatón. Los escritores italianos son provincianos y aburridos. No tienen *sense of humour*.

—La culpa no es del todo suya —dije—; Italia es una provincia, y Roma, una capital de provincia. ¿Se imagina un libro sobre Roma escrito por Cecil Beatón?

—¿Por qué no? —contestó Dorothy di Frasso—. Por lo que a chismorreos se refiere, Roma no tiene nada que envidiarle a Nueva York. Lo que le falta a Roma no son chismes, sino un *gossip writer* como Cecil Beatón. Piense en los *potins* sobre el Papa y el Vaticano. En lo que a mí respecta, nunca he suscitado tantas habladurías en Nueva York como en Roma. *And what about you, my dear!*

—*Personne n'a jamais fait de potins sur moi* —dijo Dora Ruspoli lanzándole a Dorothy una mirada llena de dignidad ofendida.

—*On nous traite tout simplement comme des poules* —dijo Jane di San Faustino—, *et cela, au moins, nous rajeunit.*

Se echaron todos a reír, y Cora Antinori dijo que tal vez el hecho de vivir en una provincia no era el único motivo de que los escritores italianos fueran aburridos.

—Hasta los escritores provincianos —dijo— pueden ser divertidos.

—En el fondo —dijo Dora—, también Nueva York es una ciudad de provincias.

—*Quelle idee!* —exclamó Jane mirando a Dora con desprecio.

—En parte depende también del carácter de la lengua —dijo lord Perth.

—El lenguaje tiene una gran importancia —dije—, no sólo para los escritores, sino también para los pueblos y los Estados. Las guerras, en cierto sentido, son errores de sintaxis.

—O simples errores de pronunciación —dijo William Phillips.

—Atrás quedaron los tiempos, en efecto, en que la palabra «Italia» y la palabra «Inglaterra» se escribían distinto pero se pronunciaban igual.

—Puede ser —dijo lord Perth— que se trate de un simple problema de pronunciación; eso mismo me digo cada vez que salgo de una reunión con Mussolini.

Me imaginé a lord Perth entrevistándose con Mussolini en la inmensa sala del palacio Venecia.

—Haga pasar al embajador de Inglaterra —le dice Mussolini a Navarra, su jefe de ujieres.

Tras un discreto gesto de Navarra, la puerta se abre obedientemente y lord Perth cruza el umbral y camina con paso flemático por el brillante pavimento de mármol historiado en dirección al escritorio de nogal macizo que se halla delante de la gran chimenea del siglo XVI. Mussolini está en pie, con la espalda apoyada en la mesa o en la chimenea, sonrío y se adelanta para recibirlo; ahora ambos se encuentran el uno frente al otro, Mussolini reconcentrado en sí mismo y, a la vez, empeñado como siempre en aparentar y mostrarse solícito, moviendo a un lado y a otro su enorme cabeza hinchada, blanca, redonda, rolliza y calva a la que un gran quiste en la zona occipital, justo detrás de la oreja, añade un peso horrible; lord Perth, erguido, sonriente, cauto y tímido, con la frente iluminada por un leve rubor infantil. Mussolini cree en sí mismo, si es que todavía cree en algo, pero no cree en la incompatibilidad entre la lógica y el azar, entre la voluntad y el destino. Su voz es cálida, grave y, no obstante, delicada. Una voz que a veces presenta extrañas y profundas resonancias femeninas, un

dejo morboso y afeminado. Lord Perth no cree en sí mismo. *Oh, no, thank God!* Cree en la fuerza, en el prestigio, en la eternidad de la flota y del Bank of England, en el *sense of humour* de la flota y en el *fair play* del Bank of England. Cree en la estrecha relación entre los terrenos de juego de Eton y el campo de batalla de Waterloo. Mussolini está ahí, frente a él, y está solo; sabe que no representa nada ni a nadie. Se representa a sí mismo. Lord Perth no es más que el representante de Su Majestad británica.

Mussolini dice «*How do you do?*» como si dijera «*I want to know how you are*». Lord Perth dice «*How do you do?*» como si dijera «*I don't know how you are*». Mussolini habla con el acento de un campesino de la Romana, pronuncia la palabra «problema», la palabra «Mediterráneo», la palabra «Suez», la palabra «Etiopía», como si pronunciase las palabras «escoba», «lambrusco», «comido» y «Forlì». Lord Perth habla con el acento de un *undergraduate* de Oxford con parientes lejanos en Escocia, el acento del Magdalen College, del hotel Mitra, de la isla Mesopotamia y de Perthshire. Pronuncia la palabra «*problem*», la palabra «*Mediterranean*», la palabra «*Suez*», la palabra «*Ethiopia*», como si pronunciase las palabras «*cricket*», «*Serpentine*», «*whisky*» y «*Edinburgh*». Se muestra risueño y al mismo tiempo impasible, sus labios se mueven ligeramente, rozando apenas las palabras, y su mirada es profunda y secreta, como si mirara con los ojos cerrados. Mussolini tiene la cara pálida, hinchada y contraída en una mueca afable de serenidad fingida y forzada complacencia, sus gruesos labios se mueven como si quisieran sorber las palabras, tiene los ojos redondos y muy abiertos, la mirada firme y a la vez inquieta. La mirada de un hombre que sabe lo que es póquer y lo que no. La mirada de lord Perth es la de un hombre que sabe lo que es cricket y lo que no.

Mussolini dice: «*I want*». Lord Perth dice: «*I would like*». Mussolini dice: «*I don't want*». Lord Perth dice: «*We can't*». Mussolini dice: «*I think*». Lord Perth dice: «*I sup—pose, may I suggest, may I propose, may I believe*». Mussolini dice: «Indudablemente». Lord Perth dice: «*Rather, may be, perhaps, almost, probably*». Mussolini dice: «*My opinión*». Lord Perth dice: «*The public opinion*». Mussolini dice: «*The Fascist revolution*». Lord Perth dice: «*Italy*». Mussolini dice: «*The King*». Lord Perth dice: «*His Majesty the King*». Mussolini dice: «*I*». Lord Perth dice: «*The British Empire*».

—A Edén —dice Dorothy di Frasso— tampoco le resultó fácil entenderse con Mussolini. Era como si pronunciaran las mismas palabras de manera distinta.

Dora Ruspoli empezó a relatarnos los amenos incidentes que habían suscitado la morbosa curiosidad de la sociedad romana durante la reciente estancia de Anthony Edén en Roma. Tras almorzar en la embajada de Inglaterra invitado por lord Perth, Edén había

salido solo y a pie de la embajada. Eran las tres de la tarde. A las seis no había vuelto todavía. Lord Perth empezaba a preocuparse. Poco antes de la hora de cierre, un joven secretario de la embajada de Francia que había llegado pocos días antes al palacio Farnesio directamente del Quai d'Orsay y estaba pagando todavía su tributo de novicio en Roma resiguiendo las huellas de Chateaubriand y Stendhal, mientras vagaba por las escaleras y pasillos de los Museos Vaticanos, había visto, sentado sobre la tapa de un sarcófago etrusco, entre la maza de un Hércules y el largo y pálido muslo de una Diana corintia, a un joven rubio de bigote delicado inmerso en la lectura de un libro encuadernado en piel oscura, un volumen, o por lo menos eso le había parecido, de Horacio. Al recordar las fotografías que los periódicos romanos habían publicado ese día en primera plana, el joven secretario de la embajada de Francia había reconocido en aquel lector solitario a Anthony Edén, quien, en la discreta penumbra de los Museos Vaticanos, se solazaba leyendo las *Odas* de Horacio del hastío de los almuerzos y las recepciones oficiales, de los coloquios y las negociaciones diplomáticas, y tal vez, quién sabe, también del invencible tedio en que se sume todo inglés de buena cuna cuando piensa en sí mismo.

El descubrimiento, que, llevado por la ingenuidad, el joven secretario de la embajada francesa había revelado a sus colegas y a tres o cuatro príncipes romanos con los que se reunía en el Círculo de Caza y el bar del Excelsior, causó sensación en la sociedad romana, apática por naturaleza, por tradición y por vanidad. Por la noche, durante una cena en casa de Isabelle Colonna, no se habló de otra cosa. Isabelle *était ravie*. Aquel simple dato biográfico, en cierto sentido irrelevante, se le antojaba un hallazgo sublime. ¡Edén y Horacio! Isabelle no recordaba ni un solo verso de Horacio, pero le parecía que tenía que haber algo en común entre Edén y el viejo, estimado y cordial poeta latino. Es más, le dolía en el alma no haber adivinado antes, sin que nadie se lo revelase, aquella comunión entre Horacio y Anthony Edén.

Al día siguiente, a partir de las diez de la mañana, todo el *gratín* romano se dio cita, como quien no quiere la cosa, en los Museos Vaticanos; todos llevaban bajo el brazo o aferraban entre las manos un volumen de Horacio. Pero Anthony Edén no hizo acto de presencia y, hacia mediodía, todo el mundo se marchó con gran desilusión. En los Museos Vaticanos hacía calor, e Isabelle Colonna, que se había detenido en el vano de una ventana junto con Dora Ruspoli para respirar un poco de aire fresco y dejar pasar a *tous ces gens—la*, le dijo a Dora cuando por fin se quedaron solas:

—*Ma chère, regardez done cette statue. Ne ressemble—t—elle pas a Edén? C'est un Apollon, sans doute. Oh, il ressemble a un Apollon. He's a wonderful young Apollo.*

Dora se había acercado a la estatua y la observaba con atención a través del rosado velo de su miopía.

—Ce n'est pas un Apollon, ma chère, regardez done de plus près.

Era una estatua femenina, tal vez una Diana, quizás una Venus.

—Le sexe n'a aucune importance, dans ees affaires. Vous ne trouvez pas que ca lui ressemble tout de même?

En cuestión de horas, Horacio se había puesto de moda. En las mesitas del club de golf Acquasanta, encima de los manteles de algodón de cuadros escoceses blancos y rojos, junto a la bolsa de Hermes, el paquete de Camel o Gold Flake y el *lighter* de Dunhill, no faltaba nunca un Horacio de Schiaparelli, es decir un volumen de Horacio envuelto en un pañuelo o una bolsita de seda, tal como Schiaparelli recomendaba, en el último número de *Vogue*, para proteger los libros de la tórrida arena de la playa y de la tierra húmeda de los campos de golf. Un día apareció abandonado sobre una mesa, o acaso olvidado a propósito, un antiguo ejemplar veneciano de las *Odas* de Horacio con una magnífica encuademación del siglo XVI con repujados dorados. Impresas en las tapas, relucían (aunque el oro hubiese perdido algo de color debido al paso de los siglos) las armas de los Colonna; faltaban las armas de los Sursock, pero todo el mundo adivinó que se trataba del *livre de chevet* de Isabelle.

A la mañana siguiente Edén fue a Castel Fusano, y en cuanto la noticia se divulgó por Roma, tuvo lugar un auténtico desfile de coches de lujo por la autopista de Ostia; sin embargo, Edén, después de nadar un poco y de darse un breve baño de sol en la playa, se había ido de Castel Fu—sano hacía más de una hora, de modo que cuando la comitiva volvió a Roma todo eran caras de desilusión y de enfado. Por la noche, en casa de Dorothy di Frasso, no se hablaba de otra cosa que de aquella *chasse au trésor*; Dorothy no había dejado títere con cabeza, menos a Isabelle, quien, según Dorothy, había descubierto que un antepasado suyo, un Sursock que por muchos años habitó en Constantinopla en tiempos de Eduardo VII y en Londres durante el reinado de Abdul Hamid, había traducido las *Odas* de Horacio al siríaco. Había, pues, algo en común entre los Sursock, Horacio y, por supuesto, Edén, y ese inesperado vínculo con Anthony Edén llenaba a Isabelle de legítimo orgullo. Luego Edén se marchó a Londres de improviso y en el club de golf Acquasanta todo el mundo se miraba con sospecha, como los amantes celosos, y con una triste confianza, como los amantes despechados. Isabelle, a la que alguien llegado desde Forte dei Marmi le había repetido una broma inocente de Jane (una alusión al banquete ritual que, en Oriente, se celebra tras los funerales), había anulado un almuerzo a última hora. Dora, por su parte, se fue en cuanto pudo a Forte dei Marmi para poner al

día a Jane acerca de los sucesos y los chismorreos de aquella maravillosa semana de pasión.

—*Ah! Toi aussi, ma chérel* —dijo Jane di San Faustino—. *Je t'ai vue de loin avec un tel visage ce jour—lá. Je me suis dit tout de suite: ça y est, elle s'est cogné le petit Juif.*

—*iRoma es una ciudad extraordinaria!* —dijo lord Perth—. La eternidad se respira en el aire. En ella todo se convierte en materia de leyenda, hasta el rumor más prosaico. Sir Anthony Edén ha pasado a formar parte de la leyenda. *II lui a suffi d'un séjour d'une semaine dans la Ville Eternelle pour entrer dans l'éternité.*

—*Oui, mais il en est sorti bien vite, le malin!* —dijo Jane.

Aquella fue la edad de oro del club de golf, aquéllos fueron los días de prestigio y felicidad del Acquasanta. Luego llegó la guerra y el *course* se convirtió en una especie de paseo por el que las jóvenes de Roma desfilaban bajo la mirada de Galeazzo Ciano, que hacía oscilar el *driver* entre sus pequeñas manos blancas en compañía de su cortejo. La estrella de Galeazzo, elevada gracias a los encarnados vapores de la guerra, ascendió rápidamente por el horizonte, y todos creyeron que los días de prestigio y felicidad habían vuelto y que empezaba una nueva edad de oro para el club, donde, pese a todo, los nombres, los modales, las miradas y los vestidos presentaban tintes demasiado novedosos y tonos demasiado vivos como para no despertar las suspicacias, en ocasiones injustas, que por norma suscitan los hombres y las cosas demasiado nuevas en un mundo demasiado viejo y que en nada estima ni la novedad ni la juventud. Por lo demás, la rápida fortuna de Galeazzo y de su séquito era un signo inequívoco de ilegitimidad sobre el cual no cabía llevarse a engaño.

Tras la partida de los ingleses y de los franceses, muchos otros diplomáticos extranjeros se preparaban para salir de Roma; los diplomáticos alemanes tomaron el relevo de los ingleses y los franceses, pero la decadencia de los modales era palpable y cierta desconfianza, un malestar indefinible, sucedió a la libertad, el donaire y el feliz abandono de días pasados. La princesa Anne Marie von Bismarck (su claro rostro sueco parecía bordado en el cielo de seda azul, sobre el fondo de los pinos, los cipreses y las tumbas de la via Appia) y las demás jóvenes de la embajada alemana poseían una gracia tímida y risueña, a la que el hecho de sentirse extrañas en esa Roma en la que toda mujer extranjera se siente romana añadía elegancia y pudor; y a pesar de todo, en el aire se respiraba el desasosiego, una nostalgia dulce y etérea.

La joven corte de Galeazzo Ciano era de natural sencillo y generoso; era la corte de un príncipe fatuo y antojadizo, una corte en la que no se ingresaba sino mediante el favor de las mujeres y de la que no se salía sino por el repentino disfavor del príncipe, un

mercado de sonrisas, honores, cargos y prebendas. La reina de la corte era, claro está, una mujer, pero no una de las favoritas de Galeazzo, joven y bella, sino una mujer de la que Galeazzo era el favorito, el *poulain*, y de la que la sociedad romana había terminado por aceptar, no sin férrea resistencia al principio, una suerte de predominio áulico cimentado en su nombre, su rango, su fortuna y una angélica disposición de ánimo para toda clase de intrigas, a la que había que sumar el don natural de una inquieta sensibilidad histórica y una conciencia social, de clase, que sofocaba su ya de por sí débil e incierta sensibilidad política.

Favorecida tanto por su condición, a esas alturas ya indiscutible, de «primera dama de Roma», como por el desconcierto que debido al desorden de la guerra y a la incertidumbre del mañana se había abatido sobre la sociedad romana, así como por esa especie de desesperación pagana que se insinúa en las cansadas venas de las viejas aristocracias católicas cuando estalla una terrible tormenta, por no hablar de esa corrupción de los principios morales y las costumbres que presagia las grandes revoluciones, la princesa Isabelle Colonna había logrado convertir en un breve espacio de tiempo el palacio de piazza Santi Apostoli en baluarte de esos principios de «ilegitimidad» que el conde Galeazzo Ciano y su corte encarnaban con renovado y vivo esplendor en el terreno político y social. Esto sorprendió únicamente a quienes, ajenos a los vaivenes políticos de las grandes familias romanas en los últimos treinta o cincuenta años, o, ignorantes de los «secretos públicos» del *gratin*, desconocían la verdadera posición de Isabelle en el mundo romano.

Que Isabelle hubiese desempeñado durante muchos años el papel de rígida vestal de los principios más rigurosos de la legitimidad no quitaba que *la petite Sursock* (como era conocida Isabelle en sus primeros años de matrimonio, recién llegada a Roma desde El Cairo y Constantinopla con su hermana Matilde, casada con Alberto Theodoli) fuese considerada por muchos una *parvenue*, una intrusa, y que en el orden dórico de la casa Colonna ella representase el orden corintio. Con respecto a esa Italia ilegítima que Mussolini y su «revolución» habían elevado a la máxima dignidad, Isabelle adoptó durante varios años, es decir hasta el concordato, una honesta y alegre reserva, contemplando los acontecimientos, como quien dice, desde la ventana. Isabelle pactó sus relaciones con la «revolución», según la imagen que de ella se había hecho desde las ventanas del palacio Colonna, con la misma minucia y el mismo decoro, el mismo rigor protocolario, que empleaba a la hora de estipular sus famosos contratos de alquiler con la infeliz Mrs. Kennedy, que durante largos años había ocupado como inquilina una sección del palacio Colonna. El día que Isabelle le abrió las puertas a Ítalo Balbo, la Roma «legítima» no mostró sorpresa alguna, y tampoco puede decirse que la noticia provocara ningún escándalo, aunque quizá nadie comprendió las auténticas y profundas razones del cambio de actitud

de Isabelle ni de la presencia de Ítalo Balbo en los salones del palacio de piazza Santi Apostoli.

La guerra había sido, no sólo para Isabelle y la sociedad romana, sino para todo el pueblo italiano, eso que los españoles llaman, con una expresión tomada de la tauromaquia, «el momento de la verdad», el instante en que el hombre se enfrenta al toro con el estoque en la mano; en ese momento se manifiesta la verdad, la verdad sobre el hombre y sobre la bestia que tiene enfrente. Toda vanidad humana o animal desaparece; en ese instante supremo, el hombre está solo y desnudo frente a la bestia, sola y desnuda también ella. Al principio de la guerra, en ese momento de la verdad, Isabelle también se había encontrado sola y desnuda, y entonces decidió abrir públicamente las puertas del palacio Colonna a Galeazzo Ciano y su corte, dando a entender que por fin había elegido entre el principio de legitimidad y el de ilegitimidad, convirtiendo así el palacio de piazza Santi Apostoli en lo mismo que fuera el arzobispado de París en tiempos del cardenal de Retz. En cierto sentido, ella misma era el cardenal de Retz y, desde esa corte en la que se reunía todo cuanto de equívoco y espurio había triunfado en los últimos años en la nueva Roma y la nueva Italia, Isabelle gobernaba como una reina, sin renunciar, con todo, a una antigua, amable y maligna predisposición a la tiranía; y Galeazzo, más que un tirano, era un instrumento de esa tiranía.

No eran ya rosas blancas ni jugosas fresas invernales — primicias reales que hasta la guerra llegaban todos los días en avión desde Libia, obsequio de Ítalo Balbo— lo que adornaba la mesa de Isabelle (Ítalo Balbo había muerto, y con él las rosas y las fresas invernales de Libia), sino los rostros sonrientes, las gotas de rosa y los labios de fresa de las jóvenes que Isabelle ofrecía, cual si fueran primicias reales, a la insaciable vanidad de Galeazzo.

Durante el efímero reinado de Ítalo Balbo, la mesa de Isabelle había sido descrita por los habituales *beaux esprits* de Roma, que siguen siendo los mismos de los que habla Stendhal, como una pista de despegue de la que partían los más altos y arriesgados vuelos sociales y políticos. Desde ahí partió Balbo para su travesía del Atlántico, desde ahí despegó para emprender su último vuelo. La mesa de Isabelle, desde que en ella reinaba Galeazzo Ciano, se había convertido en algo parecido a un altar de la patria: no faltaba en ella más que el cadáver de un desconocido. (Tal vez algún día, quién sabe, aparecería ese muerto misterioso.) Ninguna joven que hubiera llamado la atención de Galeazzo durante algún fugaz encuentro, ningún extranjero de valía, ningún galán con ambiciones, ningún dandi de palacio Chigi que ambicionara ascensos o sinecuras en alguna buena embajada podía sustraerse a la obligación, que por lo demás todos solicitaban empleando cualquier industria a su alcance, de pagarles a Isabelle y a Galeazzo el tributo de una corona de rosas

convival. Los elegidos cruzaban las puertas del palacio Colonna con un aura de misterio y, a la vez, de abierta complicidad, como conspiradores de una conjura pública y manifiesta. Las invitaciones de Isabelle ya no tenían valor social. En todo caso, tenían valor político, si bien muchos se engañaban también acerca del valor político de las invitaciones a piazza Santi Apostoli.

Isabelle había sido la primera, y acaso la única, en comprender, *aun antes de abrirle las puertas del palacio Colonna*, que el conde Galeazzo Ciano, el joven y galante ministro de Exteriores, el afortunado yerno de Mussolini, no contaba para nada ni en la política ni en la vida italiana. Así pues, ¿qué la había llevado a izar el estandarte de Galeazzo Ciano en el palacio Colonna? Era evidente que quienes ingenuamente la acusaban, y no eran pocos, de ser la *chaperonne* de Galeazzo nada más que por ambición social (¿cabe imaginar acusación más ridícula?) o inclinación a las intrigas olvidaban que la «primera dama de Roma» no tenía ninguna necesidad de mejorar su posición y mucho menos de defenderla, y que aliándose con Galeazzo tenía mucho que perder y nada que ganar. Por lo de más, era bien sabida la suerte que corrían las alianzas del conde Ciano. Hay que hacer justicia al genio social de Isa —belle y a la amplitud de miras de su política en ese aspecto: nadie, ni siquiera Mussolini, hubiera podido reinar en Roma *contra* Isabelle. En lo que se refiere a la conquista del poder, nadie hubiera podido darle lecciones. Ésa había sido su particular marcha sobre Roma, una marcha emprendida casi veinte años antes que la de Mussolini. Y hay que reconocer que su triunfo había sido mucho mayor.

Las razones del *engouement* de Isabelle por Galeazzo son mucho más complejas y profundas. En una sociedad en decadencia, próxima a la ruina, en una nación donde los principios de la legitimidad histórica, política y social no gozaban ya de autoridad alguna, en una Italia donde las clases estrechamente vinculadas a la suerte de la inmovilidad social habían perdido todo su prestigio, en un país que Isabelle, gracias al infalible instinto de los Sursock, sabía destinado a convertirse en el país oriental más grande de Occidente (desde el punto de vista de las costumbres políticas, Roma, mucho más que Nápoles, merecía la definición de lord Rosebery: «La única ciudad oriental del mundo que no tiene un barrio europeo»), en una Italia como ésa, el triunfo de los príncipes de la ilegitimidad era lo único que podía garantizar una superación pacífica de la terrible crisis social augurada y propiciada por la guerra, lo que equivalía a realizar la aspiración suprema e inmediata de las clases conservadoras en los períodos de grave crisis social: salvar lo que se pueda.

Voces ingenuas han acusado a Isabelle de haber abandonado la causa de la legitimidad por la de la ilegitimidad, lo cual, en la jerga del *gratin*, significa haber preferido al conde Galeazzo Ciano en vez de al príncipe de Piamonte, que a los ojos de las clases conservadoras

personificaba el principio de la legitimidad, es decir del orden y el inmovilismo social, y parecía el único hombre capaz de garantizar una superación pacífica de la crisis dentro de los límites de la Constitución. Si en Europa hay un príncipe abundante en virtudes, ése es Umberto de Saboya. Su elegancia, su belleza, su bondad y su simplicidad risueña son las virtudes que el pueblo italiano busca en sus príncipes. Sin embargo, carecía de algunas cualidades indispensables para asumir la responsabilidad que las clases conservadoras le imponían. Por lo que respecta a la inteligencia, al príncipe de Piamonte le bastaba con la que poseía. Y por lo que se refiere al honor personal, sería una injuria decir que le faltaba. Lo tenía, pero no aquel que los conservadores, en momentos de peligro, entienden por sentido del honor en un príncipe. En el lenguaje de los conservadores atemorizados, la expresión «sentido del honor» en un príncipe alude a esa peculiar clase de honor que no se preocupa tan sólo de salvar el principio monárquico, las instituciones constitucionales y los intereses dinásticos, sino también todo lo que hay detrás de ese principio, esas instituciones y esos intereses, es decir, el orden social. Por otra parte, no había, en el entorno del príncipe de Piamonte, nadie que pareciera comprender lo que la expresión «sentido del honor» significa para los conservadores en períodos de grave y peligrosa crisis social.

En cuanto a la princesa de Piamonte, en la que muchos tenían depositadas grandes esperanzas, no era la clase de mujer con quien Isabelle pudiera entenderse. En los momentos de grave crisis social, cuando todo está en juego y todo corre peligro, y no sólo la familia real y sus intereses dinásticos, una princesa Isabelle Colonna, Sursock de nacimiento, no puede tolerar el trato con una princesa de Piamonte a menos que sea de igual a igual. Isabelle la llamaba *la Flamande*, epíteto que en los amargos labios de Isabelle evocaba la imagen de una de aquellas *filies plantureuses* de la pintura flamenca, de cabello pelirrojo, caderas abundantes y boca lánguida y sensual. Isabelle consideraba que ciertas actitudes de la princesa de Piamonte y algunos de sus misteriosos contactos, a decir verdad algo imprudentes, con hombres contrarios a la monarquía y hasta con comunistas eran la prueba de que la princesa de Piamonte prefería el consejo de los hombres, y aun de los adversarios, a las confidencias de las mujeres, e incluso de las amigas. «Ni tiene amigas ni las quiere», ésa era la conclusión a la que llegaba Isabelle, lo cual le causaba una gran pena, no por ella, se entiende, sino por «*la pauvre Flamande*».

Es evidente que, entre el príncipe de Piamonte y el conde Galeazzo Ciano, la elección de Isabelle sólo podía recaer sobre este último. Sin embargo, entre las muchas razones que habían llevado a Isabelle a preferir al conde Ciano en vez de al príncipe de Piamonte, se encontraba un yerro garrafal. Que Ciano era, política e históricamente, el más genuino exponente de los principios de la

ilegitimidad, es decir, de aquella que las clases conservadoras consideraban, en sus palabras, «una revolución domesticada» (si bien una revolución domesticada resulta siempre más útil, a efectos de inmovilidad social, que una revolución violenta o sencillamente estúpida e inepta) es algo que no admite dudas. El yerro de Isabelle había consistido en llevar a cabo su elección persuadida, como tanta otra gente, de que Ciano era el Antimussolini, de que él encarnaba, no sólo en la realidad, sino en la conciencia del pueblo italiano, la única política capaz de «salvar lo que se pueda», es decir, la política de amistad con Inglaterra y Estados Unidos, e incluso de que era, si no el «hombre nuevo» que todo el mundo buscaba y esperaba (Galeazzo era demasiado joven para ser considerado, a sus treinta y seis años, un hombre nuevo en un país en el que los hombres no empiezan a ser nuevos hasta pasados los setenta), por lo menos el hombre de mañana, aquel que lo grave y complejo de las circunstancias exigían. Con el tiempo se ha visto cuan grave fue ese error y cuan numerosas sus consecuencias. Algún día se verá que Isabelle no fue más que un instrumento de la Providencia (de esa misma Providencia con la que Isabelle mantenía tan buenas relaciones a través del Vaticano) destinado a acelerar y a dar una forma, un estilo, a la agonía de una sociedad condenada a muerte.

Que el conde Galeazzo Ciano era el Antimussolini, el hombre al que Londres y Washington veían con confianza, fue una ilusión en la que muchos, no sólo Isabelle, cayeron. El propio Galeazzo, en su vanidad y en su satisfecho optimismo, se mostraba íntimamente convencido de gozar de la simpatía de toda la opinión pública inglesa y estadounidense y de ser, según los designios de Londres y Washington, el único hombre de Italia capaz de recoger (después del fin inevitablemente desastroso de la guerra) el difícil testigo de manos de Mussolini y efectuar la transición del orden mussoliniano a un nuevo orden inspirado en la civilización liberal anglosajona sin provocar daños irreparables, inútiles derramamientos de sangre o graves trastornos sociales. El único hombre, en fin, capaz de garantizar el orden ante Londres y Washington y, sobre todo, la necesaria continuidad de un orden social que Mussolini había perturbado hasta lo más profundo y que la guerra amenazaba con sacudir hasta los cimientos.

¿Cómo podía la infeliz Isabelle no caer en esa generosa ilusión? Para ella, oriental de nacimiento, y más aún, egipcia, el amor a Inglaterra era inherente a su carácter, su educación, sus costumbres y sus intereses morales y materiales; y por eso mismo se sentía inclinada, casi predestinada, a buscar o inventar en los demás lo que con tanta fuerza sentía ella en su interior y deseaba ver en ellos. Por otra parte, había descubierto en Galeazzo, en su naturaleza, su carácter, sus maneras, sus actitudes exteriores, que fácilmente podían confundirse con inclinaciones políticas, numerosos rasgos capaces de inspirarle confianza y abrir su corazón a grandes y vivas

esperanzas, forjando una suerte de comunión ideal entre ella y el conde Ciano; rasgos que resultaban ser los más bajos, los más levantinos por así decir, del carácter italiano y que se habían hecho más evidentes desde que la guerra arrastraba la crisis hacia su fatal desenlace. Galeazzo poseía esta clase de rasgos en abundancia y los manifestaba con intensidad y vigor —él mismo era consciente e incluso se complacía en ello—, tanto por el origen de su familia, no toscana sino *graecula* (él había nacido en Livorno, pero sus padres provenían de Formia, cerca de Gaeta, simples pescadores, dueños de unas pocas y miserables barcuchas; por lo demás, Livorno es, entre todas las ciudades italianas, aquella en la que Oriente se muestra con colores más vivos, con mayor inmediatez y verdad), como por las malas costumbres adquiridas debido a su extraordinaria suerte y a su forma de concebir la riqueza, el poder, la gloria y el amor, una concepción, cosa curiosa, muy similar a la de los pachas. No por nada el instinto de Isabelle había reconocido en Galeazzo a otro Sursock.

En poco tiempo, Isabelle se convirtió en arbitro de la vida política de Roma, entendiendo el término «política» en el sentido estrictamente social que tiene entre el *gratin*. A juicio de un ojo inexperto que se detuviese en los diversos aspectos de su risueña insolencia podía parecer una mujer feliz. Pero esa felicidad, como ocurre siempre debido a fuerzas inconscientes en las sociedades corrompidas y durante épocas de corrupción y calamidades, adoptaba cada vez más el aspecto de una indiferencia moral, un triste cinismo que se reflejaba de forma fiel en la pequeña corte congregada en torno a su mesa en el palacio de piazza San—ti Apostoli.

En aquella mesa se reunía lo mejor y lo peor de Roma en materia de nombres, maneras, reputaciones y costumbres. Las invitaciones al palacio Colonna constituían la ambición suprema, por otra parte bien fácil de satisfacer, no sólo de las jóvenes del *gratin* romano (empezaban a cruzar el fatídico umbral las olvidadas venus septentrionales, insubres, alóbroges y venecianas que llegaban desde el Norte para emular a sus afortunadas rivales romanas, y más de una consiguió mezclar en sus entrañas la nueva y oscura sangre de Ciano con la antigua e ilustre de los T., los C. o los D.), sino también de varias actrices de segunda fila de Cinecittá, por las cuales, como por una suerte de hastío proustiano del *cote Guermantes*, el conde Ciano parecía sentir una inclinación cada vez mayor.

Aumentaba de día en día el número de las «viudas de Galeazzo», como se conocía a las ingenuas favoritas que, caídas en desgracia con el conde Ciano, en el amor como en todo lo demás tan pronto a la pasión como propenso al tedio, acudían al seno de Isabelle para derramar en él sus lágrimas, sus confesiones y sus frenéticos celos. El llamado «día de las viudas», en que Isabelle recibía a las «viudas» de tres a cinco de la tarde, se repetía tres veces por semana. Las recibía con los brazos abiertos, sonriendo

como si fuera a celebrar con ellas el fin de un peligro o un inesperado golpe de suerte, y daba la impresión de que la embargaba una alegría extraordinaria, un placer de lo más singular, casi físico, una enfermiza, permítaseme la palabra, voluptuosidad, al mezclar su risa estridente y sus palabras de alegría incontenible con los lamentos de las pobres «viudas», en quienes, más que un dolor sincero o una pena de amor auténtica y profunda, ardía el desprecio, la humillación y la rabia. Era en esos instantes cuando el maligno genio de Isabelle, ese genio tan dotado para la intriga y la simulación, alcanzaba la altura y la nobleza del puro arte, convirtiéndose en un juego libre y gratuito de una inmoralidad desinteresada, casi inocente. Reía, bromeaba, se apiadaba y lloraba, pero siempre con los ojos resplandecientes de alegría y placer, como si hallara una misteriosa venganza en las lágrimas de rabia y humillación de aquellas desdichadas. En aquel arte, en aquel juego de Isabelle, *materiam superabat opus*. El gran secreto de Isabelle, objeto durante tantos años de los tanteos, espionajes e inquisiciones por parte de la perversa curiosidad de toda Roma, se habría revelado en esos momentos a un ojo indiscreto, en el caso de que la patética y cruel escena del triunfo de Isabelle y la humillación de las «viudas» hubiese tolerado miradas indiscretas; no obstante, las confidencias de alguna que otra «viuda», confundida y turbada ante la extraña alegría de Isabelle, bastaban para arrojar un halo de luz reveladora, turbia y patética, sobre la compleja y misteriosa naturaleza de la infeliz Isabelle.

Y de día en día crecía en torno a Galeazzo y su elegante y servil corte el desierto paisaje de la indiferencia, el desprecio o el odio, que era por entonces el paisaje moral de aquella desventurada Italia. Tal vez en determinados momentos también Isabelle sentía crecer en torno a sí ese oscuro horizonte, pero ella no tenía ojos para lo que no quería ver, absorta como estaba en su quimérica esperanza, en el proyecto de esa generosa intriga que habría de permitir a Italia superar la prueba terrible e inevitable de la derrota y buscar refugio, cual nueva Andrómeda, en los amorosos brazos del Perseo inglés. Que poco a poco todo fuera desmoronándose a su alrededor, que el conde Ciano, con su inconstante vanidad, aumentase cada vez más su distanciamiento de la realidad de la vida italiana, confirmando lo que ella sabía ya desde hacía tiempo, algo que ella había sido la primera, y acaso la única, en comprender, a saber, el peso insignificante de Galeazzo en la vida italiana, su valor puramente formal, decorativo, su significado como mero pretexto, todo ello, lejos de infundir amargura y desconfianza en su ánimo, lejos de romper el laque que sellaba sus ojos y hacerla cobrar conciencia de su fatídico error, no hacía sino confirmar su alta y generosa ilusión y dar renovadas razones a su orgullo. Galeazzo era el hombre de mañana, ¿qué más daba si no era el hombre de hoy? Isabelle era la única que seguía creyendo en él. Aquel joven caro a los dioses, aquel joven al

que los dioses, benévolos y envidiosos, habían colmado de formidables dones y favores aún mayores, había de salvar Italia algún día; la tomaría en brazos a través de las llamas y la depositaría sobre el pecho seguro y generoso de Inglaterra. Isabelle creía en su apostolado con el fervor de una Flora MacDonald.

Nada podía apartarla de la ilusión de que Galeazzo (Londres y Washington, gracias a la hábil e infatigable propaganda de Isabelle en el Vaticano, donde el ministro de Su Majestad británica ante la Santa Sede, Osborne, se había refugiado desde el principio de la guerra, estaban al corriente de la estima que el pueblo italiano le profesaba al conde Ciano) era el único hombre con el que la política inglesa y norteamericana podían contar en Italia, el hombre que Londres y Washington se guardaban en la manga para el día en que hubiera que saldar cuentas, es decir, el día que los ingleses llamaban *the morning after the night before*. Ni siquiera la prudencia de sus poderosos amigos, que en el Vaticano eran muchos y devotos, sus continuas dudas, sus consejos de moderación y de humildad, sus muecas y sus movimientos de cabeza, ni siquiera la gélida reserva del ministro Osborne, bastaban para desengañar a Isabelle. Si alguien le hubiese dicho: «Demasiado quieren los dioses a Galeazzo como para confiar en su salvación», si alguien le hubiese revelado cuál es el destino, el favor supremo que los envidiosos dioses reservan a quienes más aman, diciéndole: «La suerte de Galeazzo es que Mussolini se lo reserva como cordero para la próxima e inevitable Pascua; sólo por eso Mussolini lo engorda», la estridente risa de Isabelle habría resonado sin duda alguna por todo el palacio Colonna. «*Mais mon cher, quelle idee!*» Demasiado querían los dioses también a Isabelle.

En los últimos tiempos, mientras la guerra empezaba a mostrar su verdadero rostro, su rostro misterioso, había ido formándose entre Isabelle y Galeazzo una suerte de triste complicidad que poco a poco los arrastraba, como llevados por fuerzas inconscientes, hacia una indiferencia moral cada vez más abierta, hacia ese fatalismo que surge como consecuencia del hábito inveterado de la simulación y el engaño mutuo. La ley que regía sus relaciones era la misma que regía los convites y las fiestas galantes del palacio Colonna, no la ley proustiana del faubourg Saint—Germain ni la de un reciente Mayfair ni la de una más reciente aún Park Avenue, sino la sencilla y generosa ley de los *beaux quartiers* de Atenas, El Cairo y Constantinopla. Una ley indulgente, fundada en el capricho y el tedio y con arreglo a la cual toda sombra de amoralidad era tenida por virtud. En esa corte corrupta de la que Isabelle era servil reina, Galeazzo interpretaba el papel de pacha: gordo, rosado, sonriente y despótico, no le faltaban más que las babuchas y el *tarbush* para armonizar con el clima de *rahat lokum* del palacio Colonna.

Tras una larga ausencia, después de más de un año en el frente ruso, Ucrania, Polonia y Finlandia, por fin una mañana volví al club de

golf Acquasanta. Me senté en un rincón de la terraza y una extraña sensación de incomodidad e inquietud me invadió al ver cómo los jugadores se movían con paso lento e inseguro por las alejadas cimas de las pequeñas lomas que descienden suavemente en dirección a los arcos rojizos de los acueductos sobre ese fondo de pinos y cipreses que coronan las tumbas de los Horacios y los Curiacios. Era una mañana de noviembre de 1942, el sol calentaba, el viento húmedo traía del mar un rico olor de algas y hierbas. Un avión susurraba invisible en el cielo azul, su zumbido llovía desde las alturas como un polen sonoro.

Había vuelto a Italia pocos días antes, tras una larga convalecencia en una clínica de Helsinki donde fui sometido a una complicada operación que me había dejado sin fuerzas. Caminaba apoyándome en un bastón y estaba pálido y abatido. Los jugadores empezaban a regresar al club en pequeños grupos, y las *beauties* del palacio Colonna, los dandis del bar del Excelsior, el *equipe* irónico y frío de los jóvenes secretarios del palacio Chigi pasaban por delante de mí y me saludaban con una sonrisa; algunos se sorprendían de verme porque no sabían que había vuelto a Italia y me creían todavía en Finlandia. Al verme tan blanco y demacrado, se detenían un instante para preguntarme cómo estaba, y si hacía mucho frío en Finlandia, y si tenía previsto quedarme un tiempo en Roma o por el contrario iba a volver al frente finlandés. La copa de Martini me temblaba en la mano, todavía estaba muy débil, y decía que sí, que no, y los miraba a los ojos riendo para mis adentros; hasta que llegó Paola y nos sentamos en una mesita aparte, cerca de la ventana.

—Italia no ha cambiado nada, ¿a que no? —me preguntó Paola.

—Oh, todo ha cambiado —dije—, cuesta creer cuánto ha cambiado.

Paola dijo:

—Qué curioso, a mí no me da esa impresión. —Miraba hacia la puerta, y de repente exclamó—: ¡Mira, Galeazzo! ¿A él también lo ves cambiado?

—Todo el mundo parece estar de buen humor esta mañana —dijo Anne Marie von Bismarck volviéndose hacia mí—. ¿Es que hay novedades?

—¿Qué novedades quiere que haya en Roma? —respondí.

—Yo, por ejemplo —dijo Filippo Anfuso llegándose a la mesa de los Bismarck.

Filippo Anfuso había llegado esa misma mañana de Budapest, a cuya Real Legación había sido enviado poco tiempo atrás en sustitución del ministro Giuseppe Tálamo.

—¡Oh, Filippo! —exclamó Anne Marie.

—iFilippo! iFilippo! —se oyó gritar a nuestro alrededor.

Anfuso se volvía sonriendo para saludar a unos y a otros con su habitual expresión de azoramiento, movía la cabeza como si tuviera un forúnculo en el cuello y, como de costumbre, no sabía qué hacer con las manos, por lo que tan pronto se las llevaba a la cintura como se las guardaba en los bolsillos o las dejaba caer inertes. Parecía hecho de madera recién barnizada, y el color negro de sus cabellos excesivamente brillantes parecía extremado para un ministro, y hasta para un hombre, como él. Reía, y al hacerlo le brillaban los ojos, unos ojos bellísimos, casi misteriosos, y entornaba los párpados con esa expresión lánguida y sentimental tan característica en él. Su punto débil eran las rodillas, dobladas un poco hacia dentro hasta tocarse. Él era muy consciente de que ése era su único punto débil, y eso lo hacía sufrir en silencio.

—iFilippo! iFilippo! —gritaban a nuestro alrededor.

Observé que Galeazzo se había interrumpido a media frase y que se había quedado mirando a Anfuso con el ceño fruncido. Estaba celoso de Anfuso. Me sorprendió que todavía sintiera celos de Filippo. También Ciano tenía su punto débil en las rodillas, que se le doblaban hacia dentro hasta tocarse. Era lo único que Galeazzo y Filippo tenían en común: las rodillas torcidas.

—Los americanos desembarcaron ayer en Argelia —dijo Anfuso al tiempo que se sentaba en la mesa de los Bismarck, entre Anne Marie y Lavinia—, por eso están todos tan contentos.

—*Taisez—vous, Filippo, ne soyez pas méchant* —dijo Anne Marie.

—Para ser franco, tengo que decir estoy tan contento como el día que Rommel llegó a El Alamein —dijo Anfuso.

Cuatro meses antes, en junio, cuando las tropas italianas y alemanas a las órdenes de Rommel llegaron a El Alamein y parecía que de un momento a otro habían de entrar en Alejandría y El Cairo, Mussolini partió sin perder tiempo hacia el frente egipcio en uniforme de mariscal del Imperio, llevando consigo la famosa «espada del islam» de la que Italo Balbo, gobernador de Libia, le había hecho entrega con toda solemnidad unos años antes. Entre el séquito de Mussolini se encontraba el gobernador de Egipto, a quien el Duce pretendía otorgar la posesión de su cargo en El Cairo con gran pompa. El nombramiento había recaído sobre Serafino Mazzolini, antiguo ministro de Italia en El Cairo, de modo que también éste había partido a toda prisa en avión hacia el frente de El Alamein seguido por un ejército de secretarios, mecanógrafas, intérpretes, expertos en asuntos árabes y un brillante Estado Mayor formado por amantes, maridos, hermanos y primos de las favoritas de Ciano, más algunos ilustres, orgullosos y melancólicos favoritos de Edda caídos en desgracia, los cuales no tardaron en enzarzarse en discusiones y

pullas, llenando el desierto libio con sus querellas de celos y vanagloria. La guerra de Libia, decía Anfuso, no traía suerte a los favoritos de los harenes de Edda y Galeazzo, pues cada vez que los ingleses, durante las escaramuzas en el desierto, daban un paso adelante, caía en sus manos alguno de esos áulicos personajes. Entretanto, las noticias que empezaban a llegar a Roma desde el frente de El Alamein hablaban de un Mussolini impaciente por hacer su entrada triunfal en Alejandría y El Cairo y de un Rommel furioso con Mussolini, hasta el punto de negarse a entrevistarse con él. «¿Qué ha venido a hacer aquí? —preguntaba Rommel—. ¿Quién nos lo ha mandado?» Mussolini, harto de esperar, caminaba de arriba abajo, mudo y negro, ante el pobre gobernador de Egipto, silencioso y blanco. En Roma todavía estaban vivas, y escocían, las heridas que el nombramiento de Serafino Mazzolini como gobernador de Egipto había abierto en la vanidad y la ambición frustrada de los cortesanos del palacio Chigi y el palacio Colonna; para muchos, lo importante no era cómo conquistar Egipto, sino cómo impedir que Serafino llegase a El Cairo, para lo cual todo el mundo confiaba en los ingleses. El propio Ciano, aunque por razones distintas, no estaba satisfecho de cómo iban las cosas y hacía alarde de ironía e incredulidad: «¡Claro! ¡En El Cairo!», exclamaba dando a entender que Mussolini no llegaría nunca a la ciudad. En el fondo, en medio de tantos sinsabores, el único consuelo que le quedaba a Galeazzo en los días de la victoria de El Alamein era el hecho, según refería Anfuso, de que Mussolini se hubiera ausentado de Roma, ni que fuese por unos días, que por fin, como decía Ciano, hubiese dejado de «tocar las narices».

—Parece ser que las relaciones entre Ciano y Mussolini no han mejorado hasta hoy —observé—, por lo menos eso es lo que se dice en Estocolmo.

—*II souhайте peut-être a son beau-père quelque petite défaite* —dijo Anfuso imitando el acento de Marsella.

—*Vous n'allez pas prétendre que la guerre, pour eux, n'est qu'une question de ménage* —dijo Anne Marie.

—*Helas!* —exclamó Filippo, suspirando con fuerza y dirigiendo sus hermosos ojos hacia el techo.

—Cyprienne parece que se aburre —dijo Georgette.

—Cyprienne tiene demasiado ingenio —dijo Anfuso—par a divertirse con Galeazzo.

—En el fondo es verdad; a la larga, Galeazzo aburre —dijo Anne Marie.

—*Je le trouve, au contraire, tres spirituel et tres amusant* —dijo el príncipe Otto von Bismarck.

—Sin duda es mucho más divertido que Von Ribbentrop —dijo Filippo—. ¿Sabéis qué dice Von Ribbentrop de Galeazzo?

—Por supuesto —respondió Otto von Bismarck con voz inquieta.

—*Non, vous ne le savez pas* —dijo Anne Marie—. *Racontez done, Filippo.*

—Von Ribbentrop dice que Galeazzo sería un gran ministro de Exteriores si no se mezclase en política exterior.

—Para ser ministro de Exteriores —dije—, hay que reconocer que se mezcla bien poco en ella. El problema es que se entromete demasiado en política interior.

—Tiene toda la razón —dijo Anfuso—, no se dedica más que a eso. Su antecámara se ha convertido en una sucursal del Ministerio del Interior y de la dirección del Partido Fascista.

—Le preocupa más el nombramiento de un prefecto o de un secretario federal —dijo uno de los dos jóvenes secretarios del palacio Chigi— que el nombramiento de un embajador.

—Muti era uno de los suyos —dijo el otro.

—Pero ahora se odian a muerte —dijo Anfuso—. Creo que rompieron a raíz del nombramiento del conde Magistrati como ministro en Sofía.

—¿Y qué tenía que ver Muti en esto? —preguntó Bismarck.

—Ciano se encargaba de la política interior y Muti de la exterior —contestó Filippo.

—Galeazzo es un hombre extraño —dije—. Cree que es muy popular en Estados Unidos y en Inglaterra.

—¡Si sólo fuera eso! —dijo Anfuso—. ¡Se cree muy popular hasta en Italia!

—*Si ça lui fait plaisir* —dijo Bismarck.

—*Moi, je l'aime beaucoup* —dijo Anne Marie.

—*Si vous croyez que cela changera le cours de la guerre!* —dijo Anfuso en un tono extraño y sonrojándose.

Anne Marie sonrió y miró a Anfuso.

—*Vous aussi, vous l'aimez beaucoup, n'est-cepas, Filippo?*

—*Je l'aime beaucoup, naturellement* —dijo Anfuso—, *mais a quoi cela sert-il? Si j'étais sa mere je tremblerais pour lui.*

—*Pourquoi ne tremblez-vous pas pour lui, si vous l'aimez?* —dijo Anne Marie.

—Je n'ai pas le temps. Je suis trop occupé á trembler pour moi —même.

—Oh, pero ¿qué os pasa hoy a todos? —dijo Lavinia—. ¿Es por la guerra que estáis tan nerviosos?

—¿La guerra? —dijo Anfuso—. ¿Qué guerra? A la gente le importa un bledo la guerra. ¿No habéis visto los carteles que Mussolini ha mandado colgar en todas las tiendas y en las paredes de las calles? —Se refería a unos grandes carteles a tres colores en los que se leían, en letras cúbicas, las palabras: «Estamos en guerra»—. Menos mal que nos lo ha recordado —añadió Anfuso—, porque ya nos habíamos olvidado.

—*L'état d'esprit du peuple italien dans cette guerre est vraiment tres curieux* —dijo el príncipe Otto von Bismarck.

—Me pregunto —dijo Anfuso— a quién responsabilizaría Mussolini si la guerra empezase a tomar mal cariz.

—Al pueblo italiano —dije.

—No, Mussolini nunca reparte la responsabilidad de las cosas entre muchas cabezas. Le basta con una. Una de esas cabezas que parecen hechas a medida para ese tipo de cosas. Culparía a Galeazzo. ¿Cuál, si no, sería el papel de Galeazzo? Mussolini lo mantiene en su cargo sólo para eso. Fijaos en su cabeza, ¿a que parece hecha a medida?

Nos volvimos todos hacia el conde Ciano. Su cabeza era redonda, algo hinchada, un poco demasiado grande.

—*Un peu trop grande pour son age* —dijo Anfuso.

—*Vous êtes insupportable, Filippo* —dijo Anne Marie.

—Creía que eras amigo de Galeazzo —le dije a Anfuso.

—Galeazzo no necesita amigos ni los quiere. No sabe qué hacer con ellos. Los desprecia y los trata como a siervos —dijo Filippo; y riendo, añadió—: Le basta con la amistad de Mussolini.

—*Mussolini l'aime beaucoup, n'est—ce pas?* —dijo Georgette.

—*Oh, oui, beaucoup!* —contestó Anfuso—. En febrero de 1941, durante la nefasta campaña de Grecia, Galeazzo me mandó llamar a Bari para discutir unos asuntos del ministerio. Para Ciano era un momento muy difícil. Por entonces él era teniente coronel de una escuadra de bombarderos del campo de Palese, cerca de Bari. Estaba muy enfadado con Mussolini. Lo llamaba «El Cabezota». Pocos días antes se había celebrado la conferencia de Bordighera, en la que Mussolini se había reunido con Franco y Serrano Súñer. A Galeazzo, que tenía ya la maleta en la mano y estaba listo para partir, lo dejaron plantado en el último momento. Me dijo: «Mussolini me odia». Esa misma noche, Edda le telefoneó para avisarle de que su hijo mayor, Fabrizio, estaba gravemente enfermo. La noticia dejó muy turbado a Galeazzo. Se echó a llorar y dijo: «Me odia, no hay nada que hacer, me odia». Y luego añadió: «Ese hombre siempre me ha traído mala suerte».

—¿Mala suerte? —dijo Lavinia riendo—. ¡Oh, Dios mío, qué presuntuosos son a veces los hombres!

—Si no me equivoco, Galeazzo estuvo a punto de presentarle su dimisión —dijo Gianna.

—Galeazzo no renunciará nunca por voluntad propia —replicó Anfuso—. Le gusta demasiado el poder. *Il couche avec son fauteuil de ministre, comme avec une maitresse*. Tiembla sólo con pensar que puedan destituirlo de un momento a otro.

—En Bari, por entonces —dije—, Galeazzo tenía también otro motivo para tener miedo. Justo por entonces, durante uno de sus encuentros en Brennero, Hitler le entregó a Mussolini un informe de Himmler contra Galeazzo.

—¿No era un informe contra Isabelle Colonna? —preguntó Anne Marie.

—*Qu'en savez-vous?* —le preguntó Otto von Bismarck con un dejo de inquietud en la voz.

—*Tout Rome en a parlé pendant un mois* —contestó Anne Marie.

—Fue un momento muy duro para Galeazzo —dijo Anfuso—. Hasta sus amigos más íntimos le dieron la espalda. Blasco d'Ayeta llegó a decirme que, entre Galeazzo e Isabelle, él se habría puesto de la parte de Isabelle. Yo le contesté: «¿Y entre Hitler e Isabelle?». La cuestión, por supuesto, no era decidir entre el conde Galeazzo Ciano y la princesa Isabelle Colonna, pero así es como piensa la gente. Una mañana Galeazzo me pidió que fuese a verlo a su casa. Era una hora de lo más insólito, hacia las ocho. Cuando llegué estaba bañándose. Salió de la bañera y mientras se secaba me dijo: «Von Ribbentrop me ha dado una puñalada por la espalda. Von Ribbentrop está detrás de Himmler. Parece que en ese informe se pide mi cabeza. Si Mussolini le pone mi cabeza en bandeja a Von Ribbentrop, demostrará que es lo que *todos* sabemos: un gusano». Luego, apretándose con las manos el vientre desnudo, añadió: «Tengo que adelgazar un poco». Una vez seco, se quitó el albornoz, se colocó desnudo delante del espejo y empezó a embadurnarse el cabello con un manojito de hierbas que se hacía traer desde Shanghai, unas hierbas que en China se utilizan como brillantina. «Menos mal», dijo, «que no soy el ministro de Exteriores de la República china.» Y añadió: «Conoces China tan bien como yo, es un país fabuloso, pero piensa en lo que me pasaría allí si llegase a caer en desgracia». Y empezó a describirme una tortura china que había presenciado en una calle de Pekín. El reo había sido atado a un palo y con un escalpelo le habían ido quitando, trozo a trozo, toda la carne a excepción de nervios, venas y arterias. Al final el reo se convierte en una especie de amasijo de huesos, nervios y venas a través del cual pasan los rayos del sol y vuelan las moscas. El condenado puede sobrevivir durante varios días. Galeazzo se

recreaba en los detalles más escabrosos y reía tan feliz. Yo percibía su necesidad de ser cruel y, al mismo tiempo, su miedo y su odio impotente. «En Italia», añadió, «las cosas no son muy distintas. Mussolini ha inventado una tortura mucho más cruel que ésta: la patada en el trasero.» Y mientras lo decía se llevó la mano a las nalgas. «No es la patada en sí lo que duele», dijo, «es la espera, esa continua y exasperante espera de cada día, cada hora, cada minuto.» Yo le dije en broma que por suerte él y yo habíamos sido previsores porque teníamos buenas posaderas. Galeazzo arrugó el entrecejo y tocándose el trasero me preguntó: «¿De verdad crees que tengo el trasero gordo?». Le preocupaba mucho que engordara esa parte de su cuerpo. Luego, mientras se vestía, me dijo: «Mussolini no le regalará mi cabeza a nadie. Tiene miedo. Sabe muy bien que todos los italianos son como yo. Los italianos saben que yo soy el único en todo el país con valor para enfrentarse a Mussolini». Se engañaba, pero como no me correspondía a mí desengañarlo, me callé. Galeazzo vivía ya entonces plenamente convencido de estarle plantando cara a Mussolini, aunque en realidad el miedo a esa patada en el trasero lo hacía temblar día y noche. Delante de Mussolini, Galeazzo es como todos los demás, como cualquiera de nosotros: un siervo atemorizado. También él le dice siempre que sí con un valor de león. Sin embargo, a espaldas de él, no le teme a nada. Si Mussolini tuviera la boca en la espalda, Galeazzo no vacilaría en introducir la cabeza entre sus fauces como los domadores con las fieras. A veces, hablando de la guerra, de Mussolini o de Hitler, suelta comentarios de lo más divertido. No se puede negar que tiene agudeza e ingenio. A veces sus juicios sobre la situación política son los propios de un hombre que conoce el terreno que pisan tanto él como los demás. Un día le pregunté qué opinaba sobre el posible desenlace de la guerra.

—¿Y qué le contestó? —preguntó el príncipe Von Bismarck con una sonrisa irónica.

—Que no podía decirse todavía qué nación iba a ganar la guerra, pero que se sabía qué naciones la habían perdido ya.

—¿Y cuáles son las naciones que ya han perdido la guerra? —preguntó Otto von Bismarck.

—Polonia e Italia.

—No tiene mucho interés saber quién va a perder —dijo Anne Marie—. Lo que yo quiero saber es quién va a ganar.

—No sea indiscreta —dijo Anfuso—. Eso es secreto de Estado. ¿Verdad que es secreto de Estado? —añadió volviéndose hacia Von Bismarck.

—*Naturellement* —respondió el príncipe Otto von Bismarck.

—A veces Galeazzo aventura juicios con una imprudencia increíble —dijo Filippo Anfuso—. Si las paredes de su despacho del

palacio Chigi y la mesa de Isabelle pudieran hablar, a Mussolini y a Hitler les pitarían los oídos.

—Debería ser más prudente —dijo Georgette—. La mesa de Isabelle es una mesa parlante.

—*Encoré cette vieille histoire!* —dijo Von Bismarck.

Cuando, a principios de 1941, Hitler hizo llegar a manos de Mussolini, durante un encuentro en Brennero, el informe de Himmler contra Galeazzo, al principio la noticia suscitó estupor en el mundo romano, luego miedo y por último una franca y maligna complacencia. Sin embargo, en torno a la mesa de Isabelle, la gente se reía de aquel informe como si se tratara de una broma de mal gusto a cargo de criados infieles o, cuando menos, indiscretos. «*Hitler, quel goujat!*», decía Isabelle. El informe, de hecho, no ponía tanto las miras sobre el conde Ciano como sobre la princesa Isabelle Colonna, a la que Himmler llamaba «la Quinta Columna». Todas las conversaciones desarrolladas en torno a esa mesa estaban recogidas día a día, palabra por palabra, con escrupulosa exactitud; y no sólo las palabras de Galeazzo, Edda, Isabelle, las observaciones de esos huéspedes a quienes el nombre, el rango social, la situación política o el cargo que ocupaban en la jerarquía del Estado conferían autoridad, no sólo los juicios de Ciano o de los diplomáticos extranjeros que frecuentaban el palacio Colonna acerca de la guerra y los errores de la política bélica de Hitler y Mussolini, sino incluso los comadreo mundanos, las puyas de las mujeres y las inocentes palabras de personajes menores como Marcello del Drago o Mario Pansa. Los *mots* de Edda acerca de esto y lo otro, acerca de Hitler, Von Ribbentrop, Von Mackensen, el relato de sus frecuentes viajes a Budapest, a Berlín, a Viena; las indiscreciones de Ciano referentes a Mussolini o Franco, Horthy o Pavelic, Pétain o Antonescu; los afilados comentarios de Isabelle sobre los amores vulgares de Mussolini y sus amargas previsiones con respecto al desenlace de la guerra, junto con los amables *potins* florentinos de Sandra Spalletti y las escandalosas historietas de las jóvenes actrices alemanas o italianas de Cinecittá sobre los amores de Goebbels y Pavolini: todo constaba en aquel minucioso informe, si bien la parte principal se ocupaba de la vida amorosa de Galeazzo, su inconstancia, los celos de sus favoritas y la corrupción de su pequeña corte. Si algo había salvado al conde Ciano de las iras de Mussolini habían sido los honores tributados a Edda en el informe de Himmler. Aquel informe habría tenido consecuencias mortales para Galeazzo de no haber contenido una sola palabra acerca de Edda, sus amores, las *liaisons dangereuses* de sus amigas o los escándalos de Cortina d'Ampezzo y Capri. Las acusaciones contra su hija habían obligado a Mussolini a defender a su yerno. Con todo, el informe de Himmler consiguió sembrar la desconfianza en el seno de la corte de Galeazzo e Isabelle. ¿Quién había facilitado a Himmler los datos de aquel informe? ¿Los

servientes del palacio Colonna? ¿El *mâitre d'hotel* de Isabelle? ¿Los amigos íntimos de Isabelle y Galeazzo? Se barajaron varios nombres, se sospechó de una joven herida en su amor propio por la fortuna reciente de una rival. Como medida de cautela, todas las «viudas» fueron sometidas a interrogatorios, seguimientos y pesquisas. «*En tout cas, ce n'est ni vous ni moi*», le dijo Isabelle al conde Ciano. «*Moi, sûrement pas*», contestó Galeazzo. «*Quelle histoire!*», respondió Isabelle levantando los ojos al techo decorado con frescos de Poussin. La única consecuencia del informe de Himmler fue el alejamiento temporal del conde Ciano de Roma; Galeazzo partió hacia Bari, destinado a un escuadrón de bombarderos del campo de aviación de Palese, y durante un tiempo en los salones del palacio Colonna y del mismo palacio Chigi sólo se habló de él en voz baja o afectando indiferencia (si bien Isabelle, aunque herida en los más profundo por aquel «*moi, sûrement pas*», permanecía fiel a Galeazzo; *ce n'est pas a son âge qu'une femme peut se tromper*), no como de un hombre caído en desgracia, sino como de un hombre que podía caer en desgracia de un momento a otro. Por emplear un término deportivo, *the hall wasn't now at his foot*.

—*Je parte* —dijo Anne Marie volviéndose con donaire hacia Filippo Anfuso— *que dans le rapport de Himmler il n'y avait pas un seul mot sur vous*.

—*Il y avait toute un page sur ma femme* —respondió Anfuso riendo—, *et cela suffit*.

—*Toute un page sur Maria? Ab, pauvre María! Quel bonheur!* —dijo Georgette sin sombra de malicia.

—*Et sur moi! Est—ce qu'il y avait aussi toute une page sur moi?* —preguntó riendo Anne Marie.

—Su pregunta —respondí— es como la pregunta que me hizo un día el general Von Schobert. Estábamos en Ucrania, eran los primeros meses de la campaña de Rusia. El general Von Schobert me había invitado a cenar a la comandancia, seríamos una decena de oficiales sentados en torno a la mesa. En un momento dado Von Schobert me preguntó qué pensaba yo de la situación del ejército alemán en Rusia. «Me parece», contesté, aludiendo a un proverbio italiano, «que el ejército alemán en Rusia, más que como un polluelo en la estopa, es como un polluelo en la estepa.»

—*Ah! Mon Dieu* —exclamó Anne Marie.

—*Tres amusant* —dijo Von Bismarck sonriendo.

—¿Estás seguro —preguntó Filippo Anfuso— de que el general Von Schobert entendió lo que querías decir?

—Yo esperaba que me hubiese entendido. El general Von Schobert había estado en Italia y hablaba algo de italiano. Pero cuando el intérprete, el teniente Schiller, un tirolés de Merano que

había escogido la nacionalidad alemana, tradujo mi respuesta intentando explicar el sentido del proverbio italiano, el general Von Schobert me preguntó en tono reprobatorio y a la vez severo y sorprendido que por qué en Italia se cría a los polluelos en la estopa. «¡Es que no los criamos en la estopa!», contesté. «Es un refrán que alude a las dificultades contra las que lucha y se debate un pobre polluelo que, por un casual, habría ido a caer sobre un montón de estopa.» «En Baviera», dijo el general Von Schobert, «los polluelos se crían en el serrín o en la paja trillada.» «¡También en Italia se crían en el serrín o en la paja trillada!», contesté. «Entonces, ¿por qué ha dicho eso de la estopa?», me preguntó el general Von Schobert frunciendo el ceño. «No es más que un proverbio popular», contesté, «¡una forma de hablar!» «Mmm, ¡qué raro!», dijo el general Von Schobert. «En Prusia Oriental», dijo el coronel del Estado Mayor Stark, «los polluelos se crían en la arena, es un sistema económico y racional.» «También en Italia», contesté, «en ciertas regiones, donde el terreno es arenoso, se cría a los polluelos en la arena.» Estaba empezando a sudar y le rogaba en voz baja al intérprete que, por el amor de Dios, me echase una mano y me ayudase a salir de aquel atolladero. Schiller sonreía y me miraba de través, como diciéndome: «En menudo lío te has metido, ¿y ahora quieres que yo te saque de él?». «Si es así», dijo el general Von Schobert, «no entiendo qué tiene que ver la estopa. Se trata de un proverbio, de acuerdo, pero los proverbios y dichos populares mantienen siempre cierta relación con la realidad. Esto significa que, a pesar de que usted sostenga lo contrario, hay regiones en Italia donde a los polluelos se los cría en la estopa, un sistema irracional y cruel.» Me observaba con unos ojos severos en los que comenzaba a atisbarse la sospecha y el desprecio. Yo hubiera querido responderle: «Sí, señor general, no me atrevía a decirlo, pero la verdad es que en Italia los polluelos se crían en la estopa, y no sólo en algunas regiones, sino en todas: en el Piamonte, en Lombardía, en la Toscana, en Umbría, en Calabria, en Sicilia, en todas partes, en Italia entera; y no sólo los polluelos se crían en la estopa, sino también los niños, todos los italianos se crían en la estopa. ¿Nunca se había dado cuenta de que todos los italianos se han criado en la estopa?». Tal vez entonces me habría entendido, tal vez me habría creído, sin saber, pese a todo, cuánta verdad había en mis palabras. Pero yo sudaba e insistía en que no, que no era cierto, que en ninguna región de Italia se cría a los polluelos en la estopa, que se trata tan sólo de un proverbio, de un dicho popular, *ein Sprichwort*. En ese momento el mayor Hanberger, que desde hacía rato me miraba fijamente a los ojos con una mirada de vidrio gris, me dijo con voz fría: «Explíqueme, pues, qué tiene que ver la estepa. De acuerdo con lo de la estopa, usted ha aclarado ya perfectamente la cuestión de la estopa. Pero ¿y la estepa? ¿Qué tiene que ver la estepa? *Was hat die Steppe mit den Küken zu tunf*». Yo me volví hacia el intérprete para pedirle ayuda, para suplicarle con los ojos

que, por el amor de Dios, me librara de ese nuevo peligro, más grave aún, pero para mi horror vi que también Schiller empezaba a sudar, que tenía la frente húmeda de sudor y el rostro pálido; fue entonces cuando me entró el miedo, miré a mi alrededor y vi que todos me observaban con ojos severos, me supe perdido y me puse a repetir una, dos, tres veces que se trataba de un proverbio, de un dicho popular, de un simple juego de palabras. «De acuerdo», admitió el mayor Hanberger, «pero sigo sin entender qué tiene que ver la estepa con los polluelos.» Aquello comenzaba a irritarme, y le contesté en tono impaciente que, en Rusia, el ejército alemán era como un polluelo en la estepa. «De acuerdo», dijo el mayor Hanberger, «pero no entiendo qué tiene de extraño un polluelo en la estepa. En todas las aldeas de Ucrania hay gallinas y, por lo tanto, también polluelos, y no les he notado nada extraño. Son polluelos como los demás.» «No», contesté, «no son polluelos como los demás.» «¿No son polluelos como los demás?», preguntó el mayor Hanberger lanzándome una mirada llena de estupor. «En Alemania», dijo el general Von Schobert, «la avicultura ha alcanzado un nivel científico infinitamente superior al de la avicultura soviética. Por eso mismo es más que probable que los polluelos de la estepa sean de una calidad muy inferior a la de los polluelos alemanes.» Entonces el coronel Stark dibujó en un trozo de papel un corral modelo diseñado en Prusia Oriental; el mayor Hanberger citó numerosas estadísticas y así, poco a poco, la conversación derivó hacia una docta lección de avicultura científica en la que tomaron parte también el resto de los oficiales. Yo guardaba silencio, mientras me enjugaba el sudor que me resbalaba por la frente, y de vez en cuando el general Von Schobert, el coronel Stark y el mayor Hanberger se interrumpían para mirarme fijamente y decir que todavía no habían entendido qué tenían en común los soldados alemanes con los polluelos; los demás oficiales me miraban con profunda conmiseración, hasta que el general Von Schobert se puso en pie y dijo: «*Schluss!*», con lo que todos nos levantamos de la mesa y nos marchamos, dispersándonos por las calles de la aldea para irnos a dormir. La luz se alzaba redonda y amarilla en el cielo verdoso, y el intérprete, el teniente Schiller, me dijo, al desearme buenas noches: «Espero que haya aprendido a no hacerse el ocurrente con los alemanes». «*Ach so!*», le contesté y me fui a la cama cabizbajo. No conseguía conciliar el sueño, millones de grillos cantaban en la noche serena y me parecía oír a millones de polluelos piando en la estepa infinita. Cuando me dormí ya empezaban a cantar los gallos.

—*C'est adorable!* —exclamó Anne Marie batiendo palmas.

Todos se reían, pero el príncipe Otto von Bismarck me observaba con una mirada extraña.

—*Vous avez beaucoup de talent* —dijo— *pour raconter des jolies histoires. Mais je n'aime pas vos poussins.*

—*Moi, je les adore!* —dijo Anne Marie.

—A usted puedo confesarle la verdad —dije volviéndome hacia Otto von Bismarck—, en Italia los polluelos se crían en la estopa. Pero ésta es una verdad que no puede decirse. No olvidemos que *estamos en guerra*.

En ese momento Marcello del Drago se acercó a la mesa de los Von Bismarck.

—¿La guerra? —dijo—. ¿Todavía están hablando de la guerra? ¿Es que no saben hablar de otra cosa? La guerra está pasada de moda.

—*Oui, en effet, elle est un peu démodée* —dijo Georgette—, *on ne la porte plus, cette année*.

—Galeazzo me pide que te pregunte —dijo Marcello volviéndose hacia Anfuso— si hoy podrás pasar un momento por el ministerio.

—¿Cómo no? —respondió Anfuso en un tono irónico y ligeramente hostil—. Para eso me pagan.

—¿Va bien hacia las cinco?

—A las seis me iría mejor —contestó Anfuso.

—Entonces a las seis —dijo Marcello del Drago, e indicando con la cabeza a una mujer que estaba sentada en una mesa cercana a la de los Von Bismarck preguntó quién era.

—*Comment? Vous ne connaissez pas Brigitte?* —dijo Anne Marie—, *c'est une grande amie a moi. Elle est jolie, n'est-ce pas?*

—*Ravissante* —dijo Marcello del Drago, y mientras regresaba a la mesa de Galeazzo se volvió dos veces para mirar a Brigitte.

Entretanto, muchos de los presentes empezaron a levantarse y se alejaron por la hierba en dirección a los campos de golf. Nosotros nos quedamos sentados charlando y poco después vimos a Mario Pansa acompañar a Galeazzo a la mesa de Brigitte. Anne Marie comentó que Galeazzo estaba engordando.

—Durante la pasada guerra —dijo Anfuso— todos se adelgazaban; en ésta todos engordan. Desde luego, el mundo anda patas arriba. Ya no hay quien entienda nada.

Von Bismarck contestó (y no sabría decir si había ironía en sus palabras) que el *embonpoint* era un signo de salud moral.

—Europa —dijo— está segura de que ganará.

Yo dije que los pueblos estaban flacos, que bastaba con darse una vuelta por Europa para ver cómo habían enflaquecido.

—Y sin embargo —añadí—, los pueblos están seguros de que ganarán la guerra.

—¿Qué pueblos? —me preguntó Von Bismarck.

—Todos los pueblos —contesté—, incluido el alemán, naturalmente.

—*Vous dites «naturellement»* —dijo Von Bismarck con acento irónico.

—Los que están más flacos son los obreros —dije—. También los obreros alemanes, por supuesto; y sin embargo, los obreros son los que están más seguros de que ganarán la guerra.

—*Vous croyez?* —preguntó Von Bismarck con estupor.

El conde Ciano, de pie delante de Brigitte, le hablaba en voz alta, según su costumbre, girando la cabeza a un lado y a otro entre risas. Brigitte, sentada con los codos apoyados sobre la mesa y la cara entre las manos, lo miraba alzando sus preciosos ojos cargados de inocente malicia. Por fin se levantó y, junto con Galeazzo, salió al jardín y se puso a pasear en torno a la piscina hablando con languidez. El conde Ciano se movía con galantería, hablaba en voz alta y miraba a su alrededor enarcando las cejas en señal de orgullo y cordialidad. Todos observaban la escena e intercambiaban guiños de complicidad.

—*Ça y est!* —dijo Anne Marie.

—*Brigitte est vraiment une femme charmante* —dijo Von Bismarck.

—*Galeazzo est tres aimé des femmes*—dijo Georgette.

—Aquí no queda ni una mujer que no haya tenido una historia con Galeazzo —dijo Anfuso.

—Alguna conozco —dijo Anne Marie— que ha sabido mantenerlo a raya.

—Sí, pero no está aquí —dijo Anfuso, y frunció el ceño.

—*Qu'en savez-vous?* —dijo Anne Marie con provocadora elegancia.

En ese momento Brigitte entró y se acercó a Anne Marie. Estaba contenta y reía con esa voz suya algo estentórea.

—Ándese con cuidado, Brigitte —dijo Anfuso—, el conde Ciano gana todas las guerras.

—*Oh, je sais!* —respondió Brigitte—. *On m'a deja avertie. Moi, au contraire, je perds toutes mes guerres. Mais je suis de guerre lasse, et Galeazzo ne m'intéresse pas.*

—*Vraiment?* —dijo Anne Marie sonriendo incrédula.

Salimos también nosotros al jardín y nos dirigimos al primer tee caminando bajo el sol de otoño, que olía a miel y a flores marchitas.

Los jugadores aparecían y desaparecían entre las ondulaciones del terreno, como nadadores en el vaivén de las olas. Se veían los hierros alzarse y brillar al sol, los jugadores elevaban los brazos al cielo con las manos juntas y por un instante permanecían en esa actitud de adoración, luego los hierros oscilaban y, describiendo una amplia curva en el aire verde y rosa, desaparecían y volvían a levantarse refulgentes; era como un ballet sobre un inmenso escenario, y el viento entonaba una dulce música entre la hierba. Las voces resonaban por el campo, voces verdes, amarillas, rojas, turquesas, que en la distancia adquirían una sonoridad elástica, mórbida, empañada. Un grupo de mujeres jóvenes estaban sentadas en la hierba intercambiando bromas y risas. Todas tenían la cara vuelta hacia Galeazzo, que paseaba a poca distancia con Blasco d'Ayeta, pasando revista al corrillo de jóvenes maliciosas e insinuantes, un *bouquet* formado por los rostros más bellos y los nombres más notables de Roma; camufladas entre ellas, aunque reconocibles por la manera de reír, el tono sonrosado de sus carnes, el brillo de los ojos, el carmín de los labios y sus maneras más francas y desenvueltas, se encontraban algunas de las mujeres más bellas de Florencia, Venecia y Lombardía. Algunas vestían de rojo, otras de azul, otras de un gris mortecino y aún otras con una tela del color de la piel desnuda. Algunas llevaban el cabello corto y ensortijado, y se regocijaban con su elegante frente de efobo y su boca pura, otras lucían trenzas sobre la nuca y otras un recogido sobre las sienes, pero todas sonreían y volvían el rostro hacia el calor del sol y el aire vivo; Manta se parecía a Alcibíades, Paola a la Fornarina, Lavinia a Amorrhisca, Bianca a Diana, Patricia a Selvaggia, Manuela a Fiammetta, Giorgina a Beatriz, Enrica a Laura. Había en sus frentes, en sus ojos, en sus labios, un aire de cortesanas y a la vez de inocencia. Una gloria corrompida resplandecía en sus rostros candidos y rosados, en sus miradas húmedas que la sombra de las pestañas revestía de un pudor sensual.

Largas ráfagas de viento atravesaban el aire tibio y un sol orgulloso doraba los troncos de los pinos, las ruinas de los sepulcros de la via Appia, los ladrillos, las piedras y los fragmentos de mármol antiguo esparcidos entre las zarzas que delimitaban el campo. Sentados en torno a la piscina, los jóvenes anglómanos del palacio Chigi departían en inglés en voz demasiado alta, y algunas de sus palabras llegaban hasta nosotros perfumadas de Capstan y Craven Mixture. El fatigado sol del otoño arrojaba destellos dorados sobre el *fairway*, por el cual se paseaban las viejas princesas romanas, *nées* Smith, Brown, Samuel, las solemnes *douairières* apoyadas en bastones de puño de plata, las *vieilles beautés* de la generación dannunziana, distinguibles por su paso cadencioso, las bolsas negras bajo los ojos y las manos largas, blancas y esbeltas. Una muchacha con el cabello suelto perseguía gritando a un muchacho rubio vestido con *plus fours*. Era una escena viva, aunque ya algo agotada,

ligeramente desenfocada y gastada en los márgenes, como una vieja estampilla de colores.

En un momento dado Galeazzo me vio y, dejando atrás a D'Ayeta, se acercó a mí y posó su mano sobre mi hombro. Hacía más de un año que no hablábamos y no sabía qué decirle.

—¿Cuándo has vuelto? —me preguntó con un ligero reproche en la voz—. ¿Por qué no has venido a verme?

Hablaba con confianza, con una especie de abandono, algo muy raro en él. Le contesté que había estado muy enfermo en Finlandia, y que todavía me sentía muy débil.

—Estoy muy cansado —añadí.

—¿Cansado? Querrás decir disgustado —replicó.

—Sí, disgustado con todo —respondí.

Se quedó mirándome, y al momento me dijo:

—Verás que pronto todo irá mejor.

—¿Mejor? Italia es un país muerto —contesté—. ¿Qué se puede hacer con un muerto? Lo único que se puede hacer es enterrarlo.

—Nunca se sabe —dijo.

—Puede que tengas razón —dije—. Nunca se sabe.

Lo conocía desde que éramos jóvenes, y siempre me había defendido frente a todo el mundo, sin que yo se lo pidiera. Me defendió en 1933 cuando me condenaron a cinco años, me defendió cuando me arrestaron en 1938, en 1939 y en 1940, me defendió ante Mussolini, ante Starace, ante Muti, ante Bocchini, ante Senise, ante Farinacci, y yo sentía por él una gratitud profunda y afectuosa, más allá de cualquier consideración política. Me daba pena, habría querido poder ayudarlo algún día. Quién sabe si algún día habría podido ayudarlo. Pero a esas alturas ya no había nada que hacer. Lo único que se podía hacer era enterrarlo. Estaba seguro de que, por lo menos, alguien lo enterraría. Con todos los amigos que tenía, era de esperar que por lo menos alguno lo enterrase.

—Cuidado con el viejo —le dije.

—Ya lo sé, me odia. Odia a todo el mundo. A veces me pregunto si está loco. ¿Crees que todavía podemos hacer algo?

—Ahora ya no. Es demasiado tarde. Debiste hacer algo en 1940, para impedir que arrastrara a Italia a esta vergonzosa guerra.

—¿En 1940? —dijo, y rió de una forma que no me gustó nada. Luego añadió—: La guerra podía haber salido bien.

Yo callaba. Galeazzo percibió el dolor y la hostilidad de mi silencio y dijo:

—No es culpa mía. Fue él quien quiso la guerra. ¿Qué podía hacer yo?

—Renunciar.

—¿Renunciar? ¿Y luego qué?

—¿Qué? Nada.

—No habría servido de nada —dijo.

—No habría servido de nada, pero debiste renunciar.

—Que debí renunciar... Cada vez que hablamos de esto me dices lo mismo, es lo único que sabes decir. ¡Que debí renunciar! ¿Y luego qué?

Galeazzo se apartó de mí con un movimiento improviso y se fue hacia el club a paso ligero. Se detuvo un momento ante la puerta, y entró.

Yo me quedé un rato más caminando por la hierba y luego entré también en el club. Galeazzo estaba sentado en el bar, entre Cyprienne y Brigitte, y en torno a él se sentaban Anne Marie, Paola, Marita, Georgette, Filippo Anfuso, Marcello del Drago, Bonarelli, Blasco d'Ayeta y una muchacha muy joven a la que yo no conocía. Galeazzo estaba explicándoles cómo había notificado la declaración de guerra a los embajadores de Francia e Inglaterra.

Cuando el embajador de Francia, Francois—Poncet, entró en su despacho del palacio Chigi, el conde Ciano lo recibió con la mayor cordialidad y acto seguido le dijo:

—*Vous comprenez certainement, Monsieur l'Ambassadeur, pour quelle raison j'ai demandé a vous parler.*

—*Je ne suis pas tres intelligent, d'habitude* —respondió Francois—Poncet—, *mais cette fois—ci je comprends.*

Entonces el conde Ciano, de pie tras el escritorio, le leyó la fórmula oficial de la declaración de guerra:

—Au notn de Sa Majesté le Roi d'Italie, Empereur d'Éthiopie, etc.

Francois—Poncet se turbó y dijo:

—*Alors, c'est la guerre.*

—*Oui.*

El conde Ciano iba vestido con el uniforme de teniente coronel de la aviación. El embajador de Francia le preguntó:

—*Et vous, qu'est—ce que vous allez faire? Vous allez jeter des bombes sur París?*

—Je pense que oui. Je suis officier, et je ferai mon devoir.

—*Ahí Tâchez au moins de ne pas vous faire tuer* —le respondió Francois—Poncet—. *Ça ne vaut pas la peine.*

Dicho esto el embajador de Francia se conmovió y dijo unas palabras que Galeazzo no consideró oportuno repetir. A continuación, el conde Ciano y Francois—Poncet se despidieron con un apretón de manos.

—¿Puede saberse qué le dijo el embajador de Francia? —preguntó Anne Marie—. Me pica la curiosidad.

—Algo muy interesante —contestó Galeazzo—, pero que no puedo repetir.

—Apuesto a que te soltó alguna insolencia —dijo Marita—, ¡por eso no quieres repetirla!

Todos nos echamos a reír, y Galeazzo mucho más que los demás.

—Habría hecho muy bien en soltarme una insolencia —respondió Galeazzo—, pero en realidad no dijo nada ofensivo. Estaba muy conmovido.

Luego siguió narrando cómo fue acogida la declaración de guerra por parte del embajador de Inglaterra. Sir Percy Lorraine entró y enseguida le preguntó por qué motivo lo había convocado ante su presencia. El conde Ciano le leyó la fórmula de la declaración de guerra: «*Au nom de Sa Majesté le Roi d'Italie, Empereur d'Éthiopie, etc.*».

Sir Percy Lorraine escuchó con atención, sin perderse ni una sola sílaba, y luego le preguntó con frialdad:

—¿Es ésta la fórmula exacta de la declaración de guerra?

El conde Ciano no pudo disimular su sorpresa.

—Sí, es la fórmula exacta.

—*Ah!* —exclamó sir Percy Lorraine—. *May I have a penal?*

—*Yes, certainly* —dijo el conde Ciano acercándole un lápiz y una hoja de papel con el membrete del Real Ministerio de Exteriores.

El embajador de Inglaterra arrancó con cuidado el membrete, doblando la hoja con la ayuda de un abrecartas, observó la punta del lápiz y le dijo al conde Ciano:

—¿Sería tan amable de dictarme lo que acaba de leerme?

—Con mucho gusto —respondió el conde Ciano, que no salía de su estupor.

Y le releyó despacio, palabra por palabra, la declaración de guerra. Cuando hubo terminado de dictar, sir Percy Lorraine, que

durante el dictado había permanecido impasible inclinado sobre la hoja de papel, se levantó, le estrechó la mano al conde Ciano y se fue hacia la puerta. Ya en umbral, se detuvo un momento y, después, sin darse la vuelta, salió.

—*Vous avez oublié quelque chose, dans votre récit* —dijo Anne Marie von Bismarck con su leve acento sueco.

Galeazzo miró a Anne Marie con sorpresa y un poco turbado.

—*Je n'ai rien oublié* —dijo.

—Oh, sí, te has olvidado de algo —dijo Filippo Anfuso.

—Te has olvidado de contarnos —dije— que sir Percy Lorraine, al llegar al umbral, se dio media vuelta y dijo: «Usted cree que la guerra será fácil y breve. *Vous vous trompez*. Va a ser una guerra muy larga y muy difícil. *Au revoir*».

—*Ah! Vous aussi vous le saviez?* —dijo Anne Marie.

—¿Y tú cómo sabes eso? —me preguntó Galeazzo visiblemente molesto.

—Me lo explicó el conde De Foxá, el ministro de España en Helsinki. Pero lo sabe todo el mundo. Es un secreto a la italiana.

—*Je l'ai entendu raconter pour la première fois a Stockholm* —puntualizó Anne Marie—. *Tout le monde le savait, a Stockholm*.

Galeazzo sonreía, no sé si por irritación o por vergüenza. Todos lo miraban riendo, y Marita le gritó:

—Take it easy, Galeazzo.

Las mujeres se reían burlándose de él y aunque también Galeazzo se esforzaba en reír, había algo en su risa que sonaba falso, algo en su interior se había resquebrajado.

—Tenía razón François—Poncet —dijo Patricia—, *ça ne vaut pas la peine*.

—*Oh non, vraiment, ça ne vaut pas la peine de mourir* —dijo Georgette.

—Nadie quiere morir —dijo Patricia.

Galeazzo, irritado y turbado, arrugaba el entrecejo. La conversación se ensañaba ahora con algunos de los colaboradores del conde Ciano. Las jóvenes se mofaban del ministro V., quien a su regreso de Suramérica había acampado en el club de golf para estar siempre cerca de Galeazzo, con la esperanza de que éste no lo perdiera de vista y se olvidara de él.

—*Il joue au golf même dans l'antichambre du palais Chigi* —dijo Cyprienne.

Patricia se puso a hablar de Alfieri, y todas gritaron que para Italia era un auténtico privilegio contar con un embajador como Diño Alfieri.

—¡Es tan guapo! —decían.

Corría por entonces por toda Italia un rumor que al cabo resultó ser la invención de algún bromista: se decía que un oficial de aviación alemán, tras sorprender a Alfieri con su esposa, le había golpeado en la cara con una fusta.

—¡Quiera el cielo —dijo Patricia— que no se la haya deformado!

Anne Marie le preguntó a Galeazzo si era verdad, como todos creían, que había enviado a Alfieri como embajador a Berlín porque tenía celos de él. Todos rieron, también Galeazzo, aunque se notaba que estaba molesto.

—¿Celoso yo? —dijo—. Eso es cosa de Goebbels, él es el que está celoso de Alfieri, por eso quiere que lo haga volver Italia.

—¡Oh, Galeazzo! Déjalo donde está —dijo Marita sin malicia—, ¡hace tanta falta en Berlín!

Y todos se echaron a reír. Luego empezaron a hablar de Filippo Anfuso y de sus amores húngaros.

—En Budapest —dijo Filippo— las mujeres no quieren saber nada de mí. Las húngaras son morenas y se vuelven locas por los rubios.

Entonces Georgette se volvió hacia Galeazzo y le preguntó que por qué no mandaba un ministro rubio a Budapest.

—¿Rubio? ¿Es que hay algún rubio en el cuerpo? —preguntó Galeazzo, y se puso a contar con los dedos a los rubios del cuerpo diplomático.

—Renato Prunas —sugirió una.

—Guglielmo Rulli —apuntó otra.

Pero Galeazzo no soportaba a Rulli y no perdía nunca la ocasión de desacreditarlo.

—No, Rulli no —dijo frunciendo la frente.

—Yo soy rubio —dijo Blasco d'Ayeta.

—Sí, Blasco, Blasco, manda a Blasco a Budapest —gritaron todas.

—¿Y por qué no? —dijo Galeazzo.

Pero Anfuso, al que la broma no le hacía ninguna gracia, y sabiendo cómo funcionaban las promociones y los nombramientos de ministros en el palacio Chigi, se giró hacia Blasco d'Ayeta sonriendo y le dijo en tono agresivo:

—Tú siempre dispuesto a robarme el puesto —aludiendo al hecho de que Blasco lo había sustituido como jefe de gabinete del conde Ciano.

Entretanto, las mujeres se habían puesto a protestar porque Alberto todavía no había sido ascendido a consejero, porque Buby no había logrado entrar en el gabinete, porque Ghigi había sido trasladado a Atenas a pesar de su éxito en Bucarest y porque Galeazzo no se decidía a nombrar a Cesarino como ministro en Copenhague en lugar de Sapuppo, «que lleva allí tanto tiempo, aun cuando nadie se explica muy bien qué hace en Dinamarca», según dijo Patricia.

—Quiero contaros —dijo Galeazzo— cómo encajó el ministro Sapuppo la noticia de la invasión alemana de Dinamarca. Sapuppo juraba y perjuraba que los alemanes nunca cometerían la estupidez de invadir Dinamarca. Virgilio Lilli juraba y perjuraba lo contrario. El ministro Sapuppo le decía: «Claro que no, querido Lilli, ¿qué quiere que hagan los alemanes en Dinamarca?». Y Lilli respondía: «¿Y a usted qué le importa lo que hagan en Dinamarca? A usted lo que le importa es saber si vendrán o no». «No vendrán», decía Sapuppo. «Vendrán», decía Lilli. «Querido Lilli», decía Sapuppo, «¿acaso cree estar mejor informado que yo?» Virgilio Lilli vivía en el hotel Britannia. Todas las mañanas sin falta, a las ocho en punto, un viejo camarero de cabello cano y rostro rosado enmarcado por unas patillas largas al estilo antiguo entraba en su habitación vestido con una librea turquesa con botones de oro para llevarle la bandeja del té, colocaba la bandeja sobre una mesita cercana a la cama e inclinándose le decía: «*Voilà votre thé, comme d'habitude*». La escena venía repitiéndose cada mañana a las ocho en punto desde hacía veinte días y concluía siempre con la misma frase: «*Voilà votre thé, comme d'habitude*». Una mañana el viejo camarero entró, como de costumbre, a las ocho e, inclinándose, dijo con la habitual inflexión de su voz: «*Voilà votre thé, comme d'habitude. Les Allemands son arrivés*». Virgilio Lilli se incorporó de un salto en la cama y telefoneó al ministro Sapuppo para anunciarle que durante la noche los alemanes habían entrado en Copenhague.

La historia de Sapuppo y Lilli hizo las delicias de los presentes, y Galeazzo, que reía como el que más, parecía recuperado de su turbación y su incomodidad. De Sapuppo la conversación derivó hacia la guerra, y Marita dijo:

—¡Menuda lata!

Sus compañeras protestaban porque en el Quirinetta habían dejado de poner películas americanas y porque en toda Roma era imposible encontrar ni una gota de whisky ni un paquete de cigarrillos americanos o ingleses, y Patricia dijo que, con la guerra, la única alternativa que les quedaba a los hombres era combatir si aún tenían

tiempo y ganas («Ganas no nos faltan —dijo Marcello del Drago—, lo que nos falta es el tiempo»), y a las mujeres, esperar la llegada de los ingleses y los americanos y sus victoriosos regimientos de Camel, Lucky Strike y Gold Flake.

—*A whole of a lot of Camel* —dijo Marita con su *slang* del *New Yorker*, y todos se pusieron a hablar en inglés con ese acento indefinible a medio camino entre el acento de Oxford y el del *Harper's Bazar*.

De pronto, una mosca entró por la ventana, y luego otra, y luego otras diez, y otras veinte, cien, mil, hasta que en pocos instantes el bar se vio invadido por una nube de moscas. Era la hora de las moscas. Cada día a cierta hora, distinta en función de las estaciones, un ruidoso enjambre de moscas toma el club de golf Acguasanta. Los jugadores hacen girar los hierros en el aire para librarse de ese torbellino de brillantes alas negras, los *caddies* dejan caer las bolsas sobre la hierba y agitan las manos a ambos lados de la cara, y las viejas princesas romanas *nées* Smith, Brown, Samuel, las solemnes *douairières*, las *vieilles beautés* dannunzianas que pasean por el *fairway*, huyen sacudiendo las manos y sus bastones de puño de plata.

—¡Las moscas! —gritó Marita poniéndose en pie de un brinco, y como todos se echaran a reír dijo—: Puede que sea ridícula, pero me dan miedo las moscas.

—Marita tiene razón —dijo Filippo Anfuso—, las moscas traen infortunio.

Las palabras de Filippo fueron acogidas con un estallido de carcajadas, y Georgette observó que todos los años se abate sobre Roma un nuevo flagelo: un año la invaden los ratones, al otro las ranas, al otro los escarabajos.

—Desde que empezó la guerra —dijo—, han aparecido las moscas.

—El golf Acguasanta es famoso por las moscas —dijo Blasco d'Ayeta—. Somos el hazmerreír de Montorfano y el Ugolino.

—Yo no le encuentro la gracia —dijo Marita—. Como siga la guerra, las moscas acabarán por devorarnos.

—Es el fin que nos merecemos —dijo Galeazzo poniéndose en pie, y tras tomar del brazo a Cyprienne se fue hacia la puerta seguido por los demás.

Al pasar por mi lado me miró, pareció acordarse de algo y, soltando el brazo de Cyprienne, posó una mano sobre mi hombro sin dejar de caminar, como si tirara de mí. Salimos al jardín. Paseamos de un lado para otro en silencio, hasta que de repente, como si continuara en voz alta un pensamiento engorroso, me dijo:

—¿Recuerdas lo que dijiste un día, hablando de Edda? Yo me enfadé contigo y no te dejé continuar. Pero tenías razón. Edda es mi verdadera enemiga. No se da cuenta ni es culpa suya, o sí, no lo sé, ni siquiera me lo pregunto, pero tengo la impresión de que Edda representa un peligro para mí y de que debo guardarme de ella como del enemigo. Si algún día Edda se distanciase de mí, si hubiera algo más en su vida, algo serio, estaría perdido. Ya sabes que su padre la adora y que nunca me perjudicaría sabiendo que podría darle un disgusto; sin embargo, sigue esperando el momento oportuno. Todo depende de Edda. Más de una vez he intentado hacerle entender que ciertas actitudes tuyas suponen un peligro para mí. Puede que lo que hace no tenga nada de malo, ni lo sé ni quiero saberlo. El problema es que con Edda no se puede hablar. Es una mujer dura, extraña. Uno no sabe nunca qué esperar de ella. A veces me da miedo.

Hablaba a rachas, con esa voz suya algo ronca, ligeramente desafinada, y mientras tanto se espantaba las moscas de la cara con un gesto monótono de su mano blanca y rechoncha. Las moscas zumbaban en torno a nosotros con rabia e insistencia, y de vez en cuando llegaba desde un *tee* lejano el impacto blando y tenue de un *driver* contra la pelota.

—No sé quién se dedica a difundir esos estúpidos rumores acerca de Edda y sus intenciones de anular nuestro matrimonio para casarse con no sé quién. Ah, dichosas moscas —exclamó con ademán de impaciencia, y al momento añadió—: No son más que hablaturías. Edda no haría nunca algo así. Por desgracia su padre empieza a recelar. Ya verás como dentro de nada me echan del ministerio. ¿Sabes lo que pienso? Que yo seré siempre Galeazzo Ciano, aunque deje de ser ministro. Si Mussolini me despide, mi situación moral y política no podrá más que verse beneficiada. Tú sabes cómo son los italianos: olvidarán mis errores y equivocaciones y verán en mí únicamente a una víctima.

—¿Una víctima? —dije.

—¿Crees que el pueblo italiano no sabe quién es el responsable de todo esto, el único responsable? ¿Crees que no sabe distinguir entre Mussolini y yo? ¿Que no sabe que me opuse a la guerra, que hice todo lo que...?

—El pueblo italiano —dije— no sabe nada, no quiere saber nada y ya no cree nada. Tú y los demás debisteis hacer algo para impedir esta guerra en 1940. Debisteis hacer algo, arriesgar un poco, ése era el momento de vender caro el pellejo. Ahora vuestros pellejos no valen nada. Lo que pasa es que os gustaba demasiado el poder, ésa es la verdad. Y los italianos lo saben.

—¿Crees que si renunciase ahora...?

—Ahora ya es demasiado tarde. Os hundiréis todos con él.

—¿Qué debo hacer entonces? —preguntó Galeazzo con voz estridente y llena de impaciencia—. ¿Qué esperáis de mí? ¿Que deje que él me arroje como un trapo sucio cuando le venga en gana? ¿Que me resigne a hundirme con él? Yo no quiero morir.

—¿Morir? *Ça ne vaut pas la peine* —respondí, repitiendo las palabras del embajador de Francia, Frangois—Poncet.

—Exactamente, *ça ne vaut pas la peine* —dijo Galeazzo—. Además, ¿morir para qué? Los italianos son buena gente, no le desean la muerte a nadie.

—Te equivocas —repliqué—, los italianos ya no son lo que eran. Con mucho gusto os verían morir, a ti y a él. A ti, a él y a todos los demás.

—¿Y de qué serviría nuestra muerte? —dijo.

—De nada. No serviría de nada.

Galeazzo no dijo nada. Estaba pálido y tenía la frente bañada en sudor. En ese momento una muchacha atravesó el prado en dirección a un grupo de jugadores que regresaban al club haciendo oscilar el *putter* entre las manos.

—¡Qué chica tan guapa! —exclamó Galeazzo—. Ya te gustaría a ti, ¿eh? —dijo dándome un leve codazo en el costado.

XIX

LA SANGRE

Nada más salir de la prisión romana de Regina Coeli fui a la estación y subí al tren para Nápoles. Era el 7 de agosto de 1943. Huía de la guerra, de las calles, del *Flecktyphus*, del hambre, huía de la prisión, de la fétida celda sin aire y sin luz, del roñoso jergón, de la sopa inmundada, de las chinches, de los piojos, del orinal lleno de excrementos. Quería irme a casa, quería irme a Capri, a mi casa solitaria, construida a pico sobre el mar.

Había llegado al fin de mi largo y cruel viaje de cuatro años a través de Europa, a través de la guerra, la sangre, el hambre, las aldeas en llamas y las ciudades arrasadas. Estaba cansado, decepcionado, humillado. La prisión, la prisión otra vez, en Italia siempre la prisión. Prisión, policía y hombres esposados, esto es Italia. Después de meses en la cárcel, también Mario Alicata y Cesarini Sforza se habían ido a casa nada más salir conmigo de Regina Coeli; yo me fui a la estación y subí al tren en dirección a Nápoles. También yo quería irme a casa. El tren iba lleno de prófugos, ancianos, mujeres, niños, oficiales, soldados, algunos armados, otros sin armas, algunos de uniforme, andrajosos, sucios, tristes, otros semidesnudos, mugrientos y alegres, huyendo a la ventura, sin saber

adonde, cantando y riendo, como dominados y exaltados por un miedo tremendo y maravilloso.

Todos huían de la guerra, el hambre, las epidemias, las ruinas, el terror, la muerte, todos corrían hacia la guerra, el hambre, las epidemias, las ruinas, el terror, la muerte. Todos huían de la guerra, los alemanes, los bombardeos, la miseria, el miedo, todos corrían hacia Nápoles, hacia la guerra, los alemanes, los bombardeos, la miseria, el miedo, hacia los asilos llenos de inmundicia, excrementos, gente hambrienta, extenuada e idiotizada. Todos huían de la desesperación, de la miserable y maravillosa desesperación de la guerra perdida, todos corrían en pos de la esperanza del fin del hambre, del fin del miedo, del fin de la guerra, en pos de la miserable y maravillosa esperanza de la guerra perdida. Todos huían de Italia y corrían hacia Italia.

El calor era horrible. Todavía no había podido lavarme, así que mi aspecto era el mismo que en la celda número 461 de la galería cuarta de Regina Coeli; el olor dulce y denso de las chinches no me había abandonado aún, tenía la barba larga, el pelo despeinado y las uñas rotas. En el compartimento viajábamos veinte, treinta, cuarenta personas, a saber, apretujadas las unas contra las otras, amontonadas las unas encima de las otras, teníamos los labios hinchados por la sed, el rostro morado e íbamos todos de puntillas, con el cuello erguido y la boca abierta para poder respirar; parecíamos unos ahorcados a los que las sacudidas del tren zarandeasen de forma macabra. De vez en cuando se oía bajar del cielo un «toe, toe, toe», el tren se detenía de golpe y la gente saltaba a tierra para echarse en los fosos y los hoyos que había junto al terraplén de la vía férrea, mirando a lo alto hasta que el «toe, toe, toe» terminaba. En todas las estaciones nuestro tren se cruzaba con largos convoyes alemanes, parados o en marcha, que iban cargados de soldados y armas. Los alemanes nos miraban al pasar con sus ojos grises y crueles. Cuánto cansancio en aquellos ojos, cuánto desprecio y cuánto odio. Mis compañeros de viaje preguntaban: «¿Adonde van». Uno que iba a mi lado me preguntó si venía del frente. «¿El frente? —preguntó un soldado—. Ya no hay frente. Ni guerra. Ni victoria infalible. Ni viva el Duce. Ni nada. ¿El frente?» Yo contesté: «Vengo de Regina Coeli». El soldado me miró reticente. «¿Qué es Regina Coeli? ¿Un convento?», preguntó. «Es una prisión», respondí. «¿Prisión? —dijo el soldado—. Ya no hay prisiones. Ni policías, ni carceleros, ni prisiones. Nada de nada. Ya no hay prisiones en Italia. Adiós prisiones, adiós Italia. No queda nada.»

La gente del compartimento se echó a reír mirando al soldado. Era una risa ordinaria, malvada, dolorosa, una risa desesperada. Se reían en su cara, y también yo me reía. «¡Ya no hay prisiones en Italia —decían—, ya no hay prisiones! ¡Ja, ja, ja!» Toda la gente del compartimento, y la del pasillo, y la del resto de los compartimentos,

y la del resto de los pasillos, y la de los demás vagones, todo el mundo reía, hasta el maquinista, hasta el fogonero, el tren entero reía, de la cabeza a la cola, agitándose y retorciéndose sobre las vías; y así, riendo de tan ordinaria manera, el tren silbó, aminoró y se detuvo frente a un enorme montón de escombros y harapos ensangrentados; estábamos en Nápoles.

El sol caía a plomo sobre los techos y el asfalto de las calles a través de un enjambre de moscas negro y brillante, los escombros amontonados en torno a los edificios en ruinas despedían vaharadas de calor y un polvo seco, parecido a una nube de arena, se levantaba bajo los pies de los raros transeúntes. A primera vista, la ciudad parecía desierta. Pero poco a poco empezaba a oírse un zumbido procedente de los callejones y patios, un clamor sofocado de voces, un estrépito ahogado y lejano; al penetrar entonces con la mirada en lo más recóndito de los pisos bajos, al rebuscar con los ojos en el fondo de esos espacios altos y estrechos abiertos entre edificio y edificio que conforman las vías nobles de la Nápoles antigua, se descubría el bullicio de la gente, que iba, venía, gesticulaba y se agrupaba en cuclillas en el suelo en torno a unas hogueras encendidas entre dos piedras para ver hervir el agua dentro de un viejo bidón de petróleo, una cacerola, una sartén o una cafetera; y una confusión de hombres, mujeres y niños durmiendo agolpados los unos sobre los otros en colchones, jergones y camastros de toda especie, tendidos frente a las puertas, en los patios, entre los cascotes, a la sombra de muros en precario equilibrio o a la entrada de esos cuchitriles excavados en la negra toba impregnada de salitre que por todo Nápoles se hunden en dirección a las entrañas de la tierra. En el interior de los bajos se veía a gente en pie o sentada o echada sobre las altas camas barrocas de hierro o latón, decoradas con paisajes, santos y vírgenes; muchas personas estaban agazapadas en los umbrales de las puertas, en silencio, con ese aspecto triste del napolitano que ya no sabe qué hacer y espera. Además de desierta, a primera vista, la ciudad me pareció silenciosa. Veía a las personas correr y gesticular, las veía mover los labios, pero no oía ningún sonido, ningún ruido, ninguna voz; poco a poco, sin embargo, un clamor confuso fue naciendo, o así me lo pareció, en el aire polvoriento, adoptó forma y sustancia en mi oído hasta que estalló junto a mí con el bramido imperturbable, constante y compacto de un río en crecida.

Bajé hacia el puerto por una calle larga y recta, una calle larguísima que atravesé en un estado de ensoñación y aturdimiento provocado por aquel estruendo infernal, rodeado por el polvo cegador que la brisa marina levantaba entre los escombros de las casas derruidas. El sol caía como un martillo de oro sobre las terrazas y las fachadas de las casas, atrayendo a ruidosos enjambres de negríssimas moscas, y cada vez que levantaba los ojos veía las ventanas y los balcones abiertos y, asomadas a ellos, mujeres con la cabellera al

viento que se peinaban contemplando el cielo azul como si se mirasen en un espejo. Voces cantantes descendían desde altas regiones invisibles y enseguida eran recogidas por miles de labios que se las reenviaban resonando de boca en boca, de ventana en ventana, de calle en calle, como los malabaristas con sus pelotas de colores. Pandillas de muchachos corrían de acá para allá descalzos, con la ropa hecha guiñapos y las camisas descosidas; los más pequeños iban desnudos; corrían gritando, sudados, exaltados, pero a la vez con cierta cautela ensoñada, sin ningún afán de jugar o de armar alboroto; al fijarse, descubría uno que en realidad estaban trabajando, que trajinaban cestos de lechugas, puñados de carbón, tarros llenos de caldo, brazadas de leña; algunos, como la hormiga que transporta un grano de trigo, acarreaban incluso vigas chamuscadas, viejos muebles desvencijados, barricas o adornos de casa desenterrados de entre las montañas de cascajos. De debajo de los montones de piedras y escombros salía un olor a muerto. Familias de moscas gordas y perezosas con las alas doradas revoloteaban entre las ruinas. Hasta que por fin vi el mar.

La visión del mar me perturbó y me eché a llorar. Nada, ni los ríos, ni las llanuras, ni las montañas, ni siquiera los árboles, ni siquiera las nubes, encarna la idea de libertad tanto como el mar. Ni siquiera la libertad transmite la idea de libertad tanto como el mar. En la cárcel, el reo se pasa horas y horas, días y días, meses, años, contemplando las paredes de su celda, siempre esas paredes lisas y blancas; en esas paredes ve el mar, pero no se lo imagina azul, no puede imaginárselo más que blanco, liso, desnudo, sin olas, sin tormentas, un mar desolado, iluminado tan sólo por la luz mortecina que se cuele a través de los barrotes de la ventana. Ése es su mar, ésa es su libertad: un mar blanco, liso, desnudo, una libertad desolada y fría.

El que se abría frente a mí, sin embargo, era el mar, el tibio y delicado mar napolitano, el mar libre y azul de Nápoles, rizado de pequeñas olas que se sucedían con un dulce rugido bajo la caricia del viento, perfumado de sal y romero. Se abría frente a mí el mar azul, el inmenso y libre mar encrespado por el viento, no el mar blanco, frío, liso y desnudo de la cárcel, sino el tibio mar azul y profundo. El que se abría frente a mí era el mar, la libertad, y yo lloraba al contemplarlo a lo lejos desde lo alto de una calle que bajaba hasta el agua atravesando una gran plaza, y no me atrevía a acercarme, no me atrevía siquiera a tender la mano hacia él por miedo a que huyese, a que se esfumase detrás del horizonte al ver acercarse mi pobre mano sucia, mugrienta y con las uñas rotas.

Allí arriba estaba yo, llorando inmóvil en medio de la calle, contemplando el mar a lo lejos, y no oía el zumbido de las abejas, alto y remoto en el cielo azul, ni me percataba de que la gente corría a guarecerse en las covachas excavadas en la montaña. Hasta que un

muchacho se me acercó, me tocó el brazo y me dijo con voz amable: «*Signó, stanno venenno*». En ese momento me di cuenta de que estaba rodeado por una multitud que se precipitaba gritando por una amplia calle en bajada al fondo de la cual rielaba el mar. Me costaba reconocer los lugares, hasta que entre las columnas de una iglesia creí reconocer la via Santa Lucia. La multitud entraba en un gran portal y desaparecía engullida por algún cuchitril secreto. A punto estaba ya de correr tras la muchedumbre para refugiarme en las tenebrosas entrañas de la tierra cuando levanté los ojos y el horror me dejó paralizado.

Una turba silenciosa de gente avanzaba en dirección a mí por los callejones y las escaleras que desde la via Santa Lucia suben hacia el Pizzofaleone y el monte di Dio. Era la misteriosa turba de los lémures y monstruos que viven escondidos en las cuevas, los patios y los bajos de aquel barrio de Nápoles, al fondo de los cientos de oscuros callejones que forman el laberinto del Pallonetto. Avanzaban hacia mí formando un grupo compacto, como un ejército dispuesto a tomar una plaza al asalto. Caminaban lentos y mudos en medio del desierto silencio que precede a la explosión de las primeras bombas, en medio de la aterradora soledad que en torno a ellos creaba el carácter sacro de su espantosa deformidad. Un tropel de lisiados, tullidos, rengos, jorobados, mancos y *culs—de—jatte*, «monstruos» de esos que en Turín viven confinados, lejos de la mirada humana, en la misericordiosa soledad del Cottolengo. La guerra los arrojaba fuera de su religiosa clausura en el fondo de las casas, donde la piedad, el sacro horror, la superstición popular y el pudor de las familias los enclaustraban de por vida, condenándolos a la oscuridad y el silencio. Los «monstruos» bajaban despacio, ayudándose los unos a los otros, medio desnudos, vestidos con harapos, el rostro contraído en una mueca que no era de miedo, sino de odio y gloria. Ya fuera debido a la luz cegadora, al espectral resplandor de la hora o al terror ante la inminente tormenta de fuego y hierro, se apreciaba en aquellos rostros una expresión satánica, una mueca perversa, hostil a todo lo existente; relucía en sus ojos, ardientes de fiebre o húmedos de maravillosas lágrimas, una luz irreal. Una contorsión siniestra deformaba sus bocas rebosantes de babas. Si algo tenían en común, era ese signo de miedo y rabia impotente, la espumosa baba de sus bocas.

Las mujeres iban vestidas con andrajos roñosos, eran velludas y sus senos bamboleantes sobresalían de las blusas hechas jirones; entre ellas destacaba una, hirsuta como una puerca, que iba de la mano de un joven de unos treinta años, acaso su marido o su hermano, que avanzaba con los ojos muy abiertos y la mirada fija tropicando con sus piernas entumecidas y encorvadas a causa de algún fuego interno de los huesos, y caminaba con el pecho desnudo, y uno de los senos era pequeño, seco, quemado hasta la raíz por algún morbo o devorado por el cáncer, un seno negro, casi

carbonizado, mientras que el otro le colgaba flácido y mustio hasta el vientre. Eran esqueletos vestidos con harapos, con el cráneo recubierto de piel amarilla tensada entre los huesos, que mostraban los dientes en una mueca atroz; o ancianos calvos y desdentados de cara perruna. O chiquillas con la cabeza monstruosamente grande e hinchada sobre un cuerpo minúsculo y raquítico, o viejas inmensas, gordas, hinchadas, con un vientre descomunal y una cabeza minúscula y seca como la de un pajarillo, en la que los cabellos sobresalían del cráneo duros e hispídos como si fueran plumas. O niños lisiados de semblante simiesco que avanzaban arrastrándose a gatas, tambaleándose sobre muletas de fortuna o en rudimentarias sillas de ruedas empujadas por sus compañeros. Eran los «monstruos» que los callejones de Nápoles custodian con pudor sagrado en su seno secreto, objetos de culto religioso, intercesores en esa religión de la magia que es la religión secreta de este pueblo. Por primera vez en su sagrada existencia, la guerra los desencovaba y los arrojaba a la luz del sol; su marcha silenciosa hacia los cuchitriles excavados en la montaña era como una procesión de ídolos sacros, como un cortejo de deidades plutónicas que, salidas a la luz a causa de un cataclismo subterráneo, volvían a esconderse en las misteriosas entrañas de la tierra.

De pronto, entre ellos, distinguí al dios. Vi al dios secreto circundado por la veneración de los «monstruos», al rey de aquella «corte de los milagros». Avanzaba despacio, acompañado y sostenido por una horda de terribles enanos. Ignoro si la criatura era de naturaleza humana o animal, pero por lo que pude ver, pues iba oculta bajo un gran manto que la cubría hasta los pies, parecía delgada y de poca estatura. Llevaba echado sobre la cabeza, como para hurtarla a las miradas de los profanos, uno de esos mantos de seda que en Nápoles adornan hasta el más humilde lecho, una manta amarilla y holgada que le caía en amplios pliegues por los hombros y los costados, llegaba a los pies y se arrastraba por el suelo ondeando con la brisa que soplaba desde el mar. Algunos de los enanos que rodeaban a la criatura se ocupaban de sostenerla, ya que, cegada por el manto, le resultaba imposible caminar sin ayuda, en tanto que otros se encargaban de franquearle el paso, apartando a empellones con gritos sofocados, gruñendo como quien dice, a los lisiados, tullidos o ciegos rezagados entre el polvo, o se afanaban en barrer la calle con las manos, apartando guijarros, ladrillos y cascotes para que no tropezase; otros sujetaban con las manos los bordes de la manta para que ésta no resbalase o para evitar que el viento la levantara, revelando su horrendo secreto a los ojos de los profanos, aunque no tan bien que no acertase a entrever debajo de uno de los bordes levantados por el viento una pierna flaca, sin forma, una pierna que me pareció, y aun hoy se me eriza la carne, peluda como la pata de una bestia.

Bajaba lentamente, con las manos extendidas bajo el manto, con ese gesto propio de los ciegos, y era como si tuviera las rodillas anquilosadas e impedidas por culpa del misterioso fardo que llevaba sobre la cabeza. Y es que bajo el manto, allí donde estaba o debía estar la cabeza, se distinguía un bulto informe, gigantesco, que oscilaba despacio ora hacia un lado, ora hacia el otro; no obstante, lo que me estremeció fue comprobar que el monstruo no se preocupaba de si el fardo se caía, no hacía ninguno de esos gestos destinados a mantener un objeto grande y pesado en equilibrio sobre la cabeza. Mientras sentía helárseme los huesos, pensé que aquel monstruo horrendo, aquel dios secreto de Nápoles, debía de ser un hombre o una mujer con cabeza de animal, de becerro, de cabra o de perro, seguramente de becerro si había que juzgar por el tamaño; o que debía de tener dos cabezas, cosa que me pareció más ajustada a la verdad a juzgar por los extraños movimientos que se adivinaban bajo el manto amarillo, como si dos cabezas se movieran de forma independiente. En el callejón por el que bajaba se amontonaban los escombros y la basura, casi todas las casas habían sido bombardeadas y muchas se habían derrumbado. Ante aquella estampa de ruina y muerte, el dios caminaba como por un desierto. Había huido de su templo secreto y se disponía, como los demás, a descender a las entrañas de la tierra, al reino subterráneo de aquella Nápoles plutónica. No sé si grité o si retrocedí de puro espanto, el caso es que el dios venía hacia mí en medio de su corte de enanos, balanceando sus monstruosas cabezas bajo el manto. Me sustraje al horror que en mí provocaban los gritos guturales de los enanos, que a esas alturas ya estaba muy cerca, me di la vuelta buscando escapatoria y me encontré en la boca de una caverna hacia la cual, en medio de un lívido silencio interrumpido únicamente por el grito solitario de un niño o la invocación de una mujer, se dirigía la sagrada turba de los monstruos seguida por el terrible dios; caminaban arrastrando los pies por el polvo y los escombros, con los brazos doblados sobre el pecho, las manos retorcidas hacia fuera y la boca entreabierta, prontos a arañar, morder, despedazar y lacerar las carnes para abrirse paso entre la muchedumbre de camino a la fétida sombra de la cueva. El suyo era un silencio henchido de ira y amenazas.

Empujado por la turba de monstruos, entré en la cueva; era una gruta oscura y profunda, una de esas galerías subterráneas por donde pasaban los acueductos de los Anjou, que forman en el subsuelo de Nápoles un inmenso e inexplorado laberinto. De vez en cuando las ilumina un pozo cuya boca da a la calle, pozos de los que habla ya Boccaccio en la historia de Andreuccio da Perugia. En aquellas galerías tenebrosas, entre miles de agujeros excavados en la toba, habitaban desde hacía tres años unos seres extraños e inmundos que habían hallado refugio y amparo de las bombas en ese laberinto subterráneo donde vivían en terrorífica promiscuidad, se

revolvaban entre sus propios excrementos, dormían en jergones bajados desde las casas en ruinas, traficaban, comerciaban, celebraban nupcias y funerales, sacaban adelante sus labores, sus negocios y su oscuro contrabando. Tras recorrer unos pocos pasos en aquella ciudad subterránea, me di media vuelta y a través de la boca de la cueva vi que el mar temblaba y densas nubes de polvo y humo se alzaban en el puerto. El estallido de las bombas sonaba amortiguado allí abajo; a cada explosión, los muros de aquel país plutónico se estremecían y el polvo caía a puñados por la toba agrietada de las bóvedas y las paredes. Me acogió un estrépito, pero no de llantos, de gemidos o de dientes castañeteando, sino de gritos, de cánticos, de voces que se llamaban y se contestaban a través del ruido de la multitud; reconocí entonces la voz antigua y alegre de Nápoles, su voz auténtica. Me pareció estar en el mercado o en una plaza atestada de gente eufórica, exaltada por los ritmos de Piedigrotta o por los cánticos litúrgicos de alguna procesión. Era la auténtica Nápoles, la Nápoles viva, superviviente tras tres años de bombardeos, hambrunas y peste, era la Nápoles popular, la de los callejones, la de los bajos, la de los tugurios, la de los barrios sin luz, sin sol, sin pan. Las lámparas eléctricas que pendían de la bóveda, alumbrando los miles y miles de rostros de aquella multitud harapienta, creaban la ilusión, al moverse, de estar en una gran plaza nocturna, en alguno de los populosos barrios de Nápoles, celebrando una importante fiesta popular.

No me había sentido nunca tan cercano a ese pueblo; yo que siempre me había considerado, hasta entonces, extranjero en Nápoles, no me había sentido nunca tan cercano a esa muchedumbre a la que hasta ese día había considerado distante y extranjera; estaba cubierto de polvo y sudor, tenía el uniforme hecho trizas, la barba larga, las manos y la cara grasientas y sucias, hacía sólo unas horas que había salido de la cárcel y por fin encontraba en la multitud algo de calor humano, de afecto humano, de solidaridad, una miseria semejante a la mía, un sufrimiento con la misma naturaleza moral que el mío, aunque mayor, más profundo, tal vez más auténtico, más antiguo que el mío. Un sufrimiento al que la antigüedad, la fatalidad, la misteriosa naturaleza conferían un aura sagrada, y frente al cual el mío no era más que un sufrimiento humano y nuevo, sin raíces profundas en mi antigüedad. Un sufrimiento sin desesperación, un sufrimiento iluminado por una inmensa y maravillosa esperanza al lado de la cual mi pobre y diminuta desesperación no era más que un sentimiento mezquino que me llenaba de vergüenza y pudor. Grandes hogueras ardían a lo largo de las paredes del lugar, ahí donde las rocas de toba, excavadas a golpe de cincel, se ahuecan dando lugar a toscas cavidades, o donde los brazos laterales del acueducto angevino se separan del curso principal del río subterráneo para penetrar en las entrañas del monte. En las hogueras ardían ollas de sopa, y pensé que aquéllas eran las cocinas populares que Mussolini

había prohibido en Nápoles y que la gente del pueblo, abandonada a su suerte tras la fuga de príncipes y señores, organizaba con sus propios medios, por propia iniciativa, en un intento de ayudarse mutuamente a no morir de hambre. Las ollas huelen a sopa de patata y alubias, y se oye un grito familiar: «*Doie lire! Doie lire 'na minestra 'e ver dure, doie lire! Doie lire!*». Platos de barro, escudillas, latas y recipientes de toda especie se alzan sostenidos por un centenar de manos sobre ese mar de cabezas, flotan entre la muchedumbre, brillando o clareando bajo el reflejo de las lámparas eléctricas, y a través del reverbero rojizo del fuego se oye el sorber de los labios, el vulgar y violento masticar de las mandíbulas, el tintineo de los platos y de los humildes cubiertos de estaño y hojalata; de vez en cuando el masticar mengua, las mandíbulas se detienen, los gritos y voces se apagan, el grito de los aguadores o de quienes venden comida se quiebra en la garganta, todo el mundo permanece a la escucha y un espantoso silencio, roto tan sólo por el resuello jadeante de la multitud, sucede al estrepitoso vocerío; la onda del estallido de las bombas se propaga por el interior del agujero con un fragor de resaca, de cueva en cueva, hasta las tenebrosas entrañas del monte. Es un silencio religioso, una pausa que, más que al miedo, obedece a la piedad y la conmoción. «¡Pobrecillos!», grita alguien a mi lado, pensando en las casas derribadas, en la gente sepultada bajo los escombros, en las bodegas y en los miserables refugios de los barrios portuarios. Poco a poco desde el fondo se eleva un cántico, grupos de mujeres entonan a coro letanías fúnebres y unos extraños sacerdotes barbudos y zarrapastrosos, increíblemente sucios, con la negra vestidura talar blanca por el polvo de los escombros, suman sus voces al coro femenino, interrumpiéndose cada cierto tiempo para bendecir a la multitud y absolverla de sus pecados en un latín bárbaro entremezclado con palabras napolitanas. La muchedumbre grita el nombre de los muertos y el de los familiares en estado grave, el de los parientes que viven en los barrios del puerto devastados por las bombas o el de quienes se encuentran al otro lado del mar, combatiendo. La multitud grita: «¡Micheee! ¡Rafiliii! ¡Carmiliii! ¡Con—cittiii! ¡Mariii! ¡Gennariii! ¡Pascaaa! ¡Peppiii! ¡Macula—tiiii!», y todos extienden los brazos hacia los sacerdotes y cierran los puños como si entre los dedos custodiaran las reliquias del muerto amado: un mechón de cabellos, un pedazo de piel o un fragmento de hueso. Se oyen largos e incontenibles llantos, y durante unos minutos la multitud llora hincándose de rodillas, extiende los brazos hacia el cielo, invoca a gritos a la virgen del Carmen, a san Genaro o a santa Lucía mientras el fragor de las bombas se aproxima, sacude la tierra, retumba en la oquedad del monte e introduce su cálido aliento en fétida oscuridad de las cuevas. De repente, cuando el estruendo de las bombas ya se ha alejado, vuelve a oírse el musical reclamo de quienes venden comida, albóndigas de patata y agua, «¡Agua fresca! ¡Agua fresca!», y sus gritos interrumpen los quejidos de las mujeres

y las salmodias de los sacerdotes. Se oye el tintineo de las monedas en los cepillos que unos frailes esmirriados y sucios y unas monjas enjutas pasan entre la gente; aquí y allá se deja oír una risa, y las carcajadas estridentes, los cantos, las voces de alegría y los nombres de mujer resuenan, retumban y se propagan. El estrépito secular de Nápoles, su voz antigua renace y se alza sonora como la voz del mar.

En un momento dado a una mujer le entran dolores de parto y grita, implora, gime con voz de perro nocturno. Diez, cien parteras improvisadas, comadres de melenas lanudas y ojos brillantes de alegría, se abren paso entre el gentío y se agrupan en torno a la parturienta, que de pronto profiere un grito fortísimo. Las comadres se disputan al recién nacido, y una de ellas, más astuta y audaz que las demás, una anciana desgredada, gruesa y fofa, se lo arranca de las manos a sus rivales, lo estrecha entre los brazos, lo palpa, lo levanta en vilo para protegerlo de la multitud, lo seca con sus propias ropas, le escupe en la cara para lavarlo y lo lame mientras un sacerdote se acerca para bautizarlo. «¡Un poco de agua!», grita, y todo el mundo le tiende botellas, jarras y tinajas. «¡Llamadlo Benedetto, llamadlo Benedetto! ¡Llamadlo Gennaro! ¡Gennaro! ¡Gennaro!», grita la muchedumbre. Los gritos y los nombres se extinguen en el vasto estrépito subterráneo, donde los cantos, las risas, los musicales reclamos de los aguadores y vendedores ambulantes de comida se entrelazan como motivos dispersos de un único canto, de una única vida, con el relincho de los caballos que los cocheros han introducido en el refugio para ponerlos a salvo. La inmensa cueva parece una gran plaza nocturna durante la noche de Piedigrotta, cuando el clamor de la ciudad va extinguiéndose por la ciudad y la gente, a medida que llega de Fuorigrotta, baja de los carros y se detiene en la plaza para respirar un poco de aire fresco antes de irse a la cama, para beber la última limonada y comer el último *tarallo*, y comadres, amigos, parientes y conocidos se intercambian saludos a voces.

Grupos de muchachos anunciaban ya desde la entrada de la cueva que el peligro había pasado, corrían de boca en boca las noticias acerca de viviendas afectadas, muertos, heridos, sepultados y ruinas, y la multitud empezaba ya a dirigirse hacia la salida cuando, desde lo alto de una especie de castillo de cascotes construido en un honda cavidad de la gruta, apareció de improviso, como de lo alto de un balcón abierto, un señorón con el rostro poblado por una espesa barba negra, quien, alzando los brazos e irguiendo su majestuosa figura por encima de la multitud, se puso a gritar con una voz gruesa, horrible y atroz: «*Ib, bone femmene, ih, figli 'e bona femmena, ib, che bordello! Jatevenne! Jatevenne! Jatevenne!*», y al mismo tiempo agitaba los brazos para ahuyentar a los intrusos que se agolpaban en torno a su castillo, y bostezaba y se frotaba los ojos, no como si acabara de salir de la cama o de un profundo sueño, sino como si temiera que la multitud extraña pudiera hacerle sombra, amenazar

sus privilegios e invadir aquel reino subterráneo en el que se había establecido como amo y señor.

En ese momento levanté la mirada, pues tal era la sensación de encontrarme en la zona de rúa Catalana, Dogana del Sale y Speziera Vecchia, allá en el puerto, levanté la mirada hacia el negro cielo de toba buscando el Vesubio asomado en el horizonte con la pipa de yeso entre los dientes y la bufanda rosada de humo en torno al cuello, como un viejo marinero asomado a una ventana con vistas al mar. Poco a poco, riendo, charlando, llamándose los unos a los otros por el nombre como a la salida de un espectáculo, la multitud fue saliendo por la boca de la cueva, y la gente, al dar los primeros pasos al aire libre, tropezaba y alzaba los ojos para observar con angustia la densa nube de polvo y humo que envolvía la ciudad entera.

El cielo era de color azul opaco, y el mar de un verde luminoso. Rodeado por el gentío que subía hacia via Toledo, yo caminaba mirando a mi alrededor con la esperanza de dar con un rostro conocido o un amigo que me diera alojamiento para esa noche, hasta que llegase al puerto el piróscafo de Capri que debía llevarme a casa. Hacía dos días que el piróscafo de Capri había soltado amarras del muelle de Santa Lucia, y a saber cuántos días tendría que esperar aún para poder volver a casa. A medida que el sol se ponía, el calor se volvía húmedo y pesado, me daba la sensación de caminar envuelto en una manta de lana. A ambos lados de la calle se levantaban montañas de cascotes que a mis ojos, bajo ese delicado cielo de seda azul, se me antojaban más crueles y fúnebres que las ruinas de Varsovia, Belgrado, Kiev, Hamburgo o Berlín bajo sus duros cielos inquietos, brumosos, fríos y cadavéricos. Un gélido sentimiento de soledad me oprimía el corazón, y yo miraba a mi alrededor esperando dar con una cara conocida entre el tropel de gente astrosa en cuyos ojos, blancos de hambre, sueño y angustia, brillaba una luz maravillosa de dignidad y valor.

Pandillas de muchachos habían acampado entre los escombros de las casas y con los cachivaches, los colchones, las sillas de paja, las cazuelas y los cacharros de toda especie que habían desenterrado de entre los montones de piedras y los castillos de vigas y hierros retorcidos habían acondicionado una serie de guaridas excavadas en las montañas de cascotes y unas míseras barracas construidas entre los muros en ruinas. Las niñas, atareadas en torno a cocinas improvisadas, preparaban la cena en cacharros de hojalata para los muchachos; los más jóvenes jugaban desnudos entre los desechos sin más preocupación que sus canicas, sus piedrecillas de colores y sus fragmentos de espejo, y los mayores vagaban desde el amanecer hasta la puesta de sol en busca de algo de comer o realizando toda clase de tareas y servicios, como cargar maletas y bultos de punta a punta de la ciudad o ayudar a quienes huían hacia otros lugares a llevar sus cosas a la estación o al puerto. Perteneían ellos también a

esa salvaje familia de niños abandonados, los *besprisorni*, que yo había visto ya en Kiev, Moscú, Leningrado y Nizhni Nóvgorod durante los años que siguieron a la guerra civil y la gran carestía en Rusia. Bajo los escombros donde habían excavado sus guaridas y construido sus míseras barracas de hojalata y tablones chamuscados, tal vez respiraba todavía alguna de las numerosas personas sepultadas en vida y sobre las cuales tres años de guerra, destrucción y masacres habían asentado los cimientos de aquella nueva Nápoles más harapienta, famélica y sangrante pero, a la vez, más pura, noble y auténtica que la anterior. Nobles, ricos y poderosos habían escapado de la ciudad en ruinas, donde no había quedado más que un inmenso ejército de gente desaliñada con los ojos llenos de una esperanza atávica e insaciable, los *besprisorni* de boca dura y frente desnuda en la que la soledad del hambre ha tatuado palabras terribles y misteriosas. Y al pisar aquella alfombra de cristales rotos, aquel montón de cascotes, residuos últimos de aquel inmenso naufragio, sentí que una antigua esperanza nacía dentro de mí.

De vez en cuando un grito sobrecogedor me obligaba a detenerme: «*Mo' vene! Mo' vene!*!». Entonces veía que grupos de muchachos y perros retrocedían levantando la cabeza o salían corriendo a parapetarse, mientras que otros permanecían sentados en el suelo mirando hacia lo alto, en dirección a la pared de un edificio a punto de derrumbarse que, de pronto, se desmoronaba levantando una inmensa nube de polvo. Tras el sordo fragor del desplome, se levantaba una ovación y los muchachos y los perros acudían de nuevo a los escombros para reparar los daños que la caída del muro había causado en el campamento. Según iba bajando hacia el mercado, aumentaba el número de edificios en ruinas, las casas ardían y turbas harapientas de hombres y mujeres intentaban apagar los fuegos con los medios que tenían al alcance: lanzando paladas de tierra sobre las llamas para sofocarlas, pasándose de mano en mano baldes de agua de mar que los últimos eslabones de aquella cadena humana llenaban en el puerto o retirando vigas, restos de madera, muebles y cachivaches varios para que no avivaran el fuego. La ciudad entera era un no parar de gente que se ayudaba y trajinaba bártulos desde las casas en ruinas a las entradas de las cuevas excavadas en la toba, un ir y venir de carretas de verdura que se dirigían a los lugares donde la población se había recogido en busca de refugio y escapatoria. Y por encima del clamor y el barullo resonaba puro, indiferente, el musical reclamo de los aguadores: «¡Agua fresca! ¡Agua fresca!». Por las calles del centro, escuadrones de policía pegaban carteles con el retrato del rey y de Badoglio con el mensaje «Viva el rey, viva Badoglio» encima de los carteles con el retrato de Mussolini y el mensaje «Viva el Duce»; otros escuadrones de agentes escribían en las paredes «¡Viva Nápoles fiel! ¡Viva Nápoles monárquica!» con unas brochas que mojaban en cubos de pintura negra, y aquélla era toda la ayuda que, siguiendo el ejemplo antiguo,

ofrecía el nuevo gobierno de aquella ciudad martirizada. Columnas de carros bajaban por via Chiaia y piazza dei Martiri llevando al mar los escombros que bloqueaban las calles por donde habían huido las columnas del ejército alemán; iban a descargarlas a via Caracciolo, en el reducido espacio donde se yergue la columna de Dogali. Y como entre los escombros había mezclados brazos, cabezas y fragmentos de cuerpo humano ya podridos, el hedor era inmenso y la gente palidecía al paso de los carros, sobre los que iban sentados, lívidos por el insomnio, la fatiga, el miedo y la repulsión, una suerte de penosos *monatti*, en su mayoría carreteros de los pueblos del Vesubio, acostumbrados a llevar cada mañana a la ciudad, en esos mismos carros, verdura y fruta a los mercados de los barrios populares.

Todo el mundo se ayudaba, y se veían rostros pálidos y demacrados errando entre las ruinas con botellas y tinajas llenas de agua o cazuelas de sopa para distribuir aquel escaso alimento y aquel poco de agua entre los más pobres, los más viejos y los enfermos tumbados entre los escombros, a la sombra de muros que amenazaban con desplomarse en cualquier momento. Las calles estaban invadidas de camiones, automóviles y tranvías abandonados sobre los rieles deformados, de carros con los caballos muertos enganchados a los varales. Nubes de moscas zumbaban en el aire lleno de polvo. En una plaza que hay junto al San Cario se había recogido un grupo de gente que parecía recién salida de un gran sueño y que, con semblante entre aterrorizado y absorto y ojos relucientes con una especie de fulgor frío y violáceo, aguardaba frente a las tiendas cerradas, en cuyas persianas podían verse todavía restos de metralla; de vez en cuando llegaban a la plaza, tirados por asnos macilentos, carros cargados de trastos sin valor seguidos por una turba de gente de aspecto desharrapado y miserable que trotaba arrastrando los pies por el polvo y los cascotes y miraba al cielo gritando al unísono una letanía interminable: «*Mo' veneno! Mo' veneno! 'E bi!' 'E bi!' 'E bi' 'lloco'.*», que significa: «¡Están ahí! ¡Están ahí! ¡Los ves, los ves ahí!». Al oír aquel grito monótono la gente levantó los ojos al cielo, el grito de «*Mo' veneno! Mo' veneno! 'E bi!' 'E bi!'*» se repetía de corro en corro, de acera en acera, pero nadie se movía ni intentaba huir, como si ese grito ya familiar, ese miedo ya conocido, ese peligro ya habitual hubieran dejado de infundir temor, o como si el terrible cansancio les quitara las fuerzas o las ganas de huir y ponerse a salvo. Hasta que en el cielo se oía un zumbido de abejas alto y remoto: entonces la multitud se retiraba a los patios, desaparecía como por arte de magia, descendía a las cuevas excavadas en las entrañas del monte y los únicos que quedaban por las calles desiertas eran unos pocos ancianos y chiquillos y alguna que otra muchacha idiotizada por el hambre a quienes alguien, saliendo de su refugio entre los escombros, agarraba por el brazo para arrastrarlos hasta un lugar seguro.

Por encima de las casas derruidas y de los edificios que, de milagro, aguantaban en pie, triunfaba algo de lo que al principio no acertaba a darme cuenta: el cielo, ese cielo sereno de Nápoles, rebosante de belleza y crueldad. Comparado, sin embargo, con la blancura cegadora de los escombros expuestos al sol, con los montones de cascotes blancos como el yeso, con las grietas limpias y cortantes de las paredes inmaculadas, parecía negro, de ese color añil que adquiere el cielo en las noches estrelladas y sin luna. Había momentos en que ese mismo cielo parecía hecho de una materia dura, casi de piedra negra; la ciudad se extendía, oscura y fúnebre, con sus blancas paredes en ruinas y sus hogueras apagadas, bajo ese azul denso, negro, cruel y maravilloso.

Los príncipes reales, los nobles, los ricos y los poderosos habían huido de Nápoles; en la ciudad no quedaban más que los pobres, la incontable masa de los pobres, no había quedado más que el inmenso, inexplorado y misterioso «continente napolitano». Pasé la noche en casa de un amigo, en el Calascione, una antigua casa que da justo sobre los tejados de Chiatamone y riviera di Chiaia, y por la mañana, desde el Pizzofalcone vi el pequeño piróscabo de Capri atracado en el muelle de Santa Lucia. El corazón me dio un vuelco en el pecho y me precipité cuesta abajo en dirección al puerto.

Sin embargo, nada más dejar atrás el monte di Dio y adentrarme en el dédalo del Pallonetto, una palabra empezó a girar en torno a mí, como susurrada por una voz secreta con un acento misterioso. Bajaba de las ventanas y los balcones, salía de las oscuras cuevas, de los míseros bajos, del fondo de los patios y callejones. Al principio me pareció una palabra nueva, nunca oída, o acaso olvidada desde tiempo inmemorial en lo más recóndito de mi conciencia. Ni siquiera podía comprender su significado, no conseguía retenerla; para mí, que volvía de un viaje de cuatro años a través de la guerra, las masacres, el hambre, las aldeas en llamas y las ciudades devastadas, era una palabra incomprensible y sonaba en mis oídos como una palabra de un idioma extranjero.

De repente la oí salir nítida, transparente, pulida como un fragmento de vidrio, por la puerta de un bajo. Me asomé a la puerta y miré al interior. Era una habitación humilde ocupada casi por entero por una gran cama de hierro y un cantarano sobre el cual vi una de esas campanas de cristal que protegen las imágenes de cera de la Sagrada Familia. En un rincón, sobre un fogón encendido, humeaba una cazuela. Inclínada sobre el fogón había una anciana con el borde de la falda recogido entre las manos para avivar los carbones encendidos; la mujer, no obstante, permanecía inmóvil, con la cara vuelta hacia la puerta, a la escucha. La falda levantada dejaba a la vista unas canillas amarillentas y huesudas y unas rodillas agudas y relucientes. Un gato dormitaba sobre el manto de seda roja de la cama. Frente al cantarano había una cuna donde dormía un niño de

pecho. Dos mujeres jóvenes estaban arrodilladas en el suelo con las manos unidas y la frente levantada en un estático gesto de oración. Un viejo añoso permanecía sentado entre la cama y la pared, envuelto en una especie de chal verde adornado con motivos florales rojos y amarillos; tenía el rostro pálido, los labios apretados, los ojos abiertos e impasibles y la mano derecha abandonada junto al costado con los dedos en forma de cuerno, en actitud de conjuro. Parecía una de esas estatuas etruscas que se colocaban encima de los sarcófagos. El anciano me observaba con atención. En un momento dado movió los labios y su boca desdentada profirió una palabra inconfundible: «'O *sangue!*».

Retrocedí sorprendido y asustado. Aquella palabra me hacía estremecer. Durante cuatro años, una palabra terrible, cruel, nauseabunda, una palabra alemana, *Blut, Blut, Blut*, había retumbado en mis oídos como el borboteo del agua cuando gotea de un tubo, *Blut, Blut, Blut*. Ahora también la palabra italiana, la palabra *sangue*, me daba miedo, me hacía estremecer y me provocaba náuseas. Mas había algo en su voz, en su acento, que me pareció maravilloso. En los labios de aquel anciano añoso, era una palabra dulce: 'O *sangue*. Una palabra maravillosamente antigua y nueva. Era como si la oyera por primera vez, aunque al mismo tiempo me sonaba familiar y dulcísima. Sin embargo, el sonido de esa palabra pareció asustar a las dos jóvenes y a la anciana, porque se levantaron de improviso gritando: «'O *sangue!* 'O *sangue!*», salieron por la puerta, dieron unos cuantos pasos inciertos por el callejón, sin dejar de repetir aquella palabra, mesándose los cabellos y arañándose la cara con las uñas, hasta que de repente se echaron a correr tras una turba de gente que subía hacia Santa Maria Egiziaca al grito de «'O *sangue!* 'O *sangue!*».

También yo salí tras la masa tumultuosa, y después de cruzar el puente de Chiaia llegamos a Santa Teresella degli Spagnoli; por todos los callejones que, como arroyuelos, bajaban desde la alta cuesta del monte hasta Toledo corrían multitudes en cuyo rostro se adivinaban una angustia, una desesperación y un amor inefables. Desde lo alto de aquellos callejones se veía otra multitud que subía por Toledo, en la parte baja, en medio de un clamor confuso del que sólo acerté a distinguir los gritos de «'O *sangue!* 'O *sangue!*».

Era la primera vez tras cuatro años de guerra, la primera vez en el curso de mi cruel viaje a través de las masacres, el hambre y las ciudades destruidas, la primera vez que oía pronunciar la palabra «sangre» con un respeto sagrado y misterioso. En el resto de Europa, en Serbia, en Croacia, en Rumania, en Polonia, en Rusia o en Finlandia, aquella palabra tenía resonancias de odio, miedo, desprecio, alegría, horror, complacencia cruel y bárbara, placer sensual, un acento que siempre me había llenado de horror y desazón. Tanto es así que la palabra «sangre» había terminado por

parecerme más terrible que la sangre misma. Tocar la sangre, mojarme las manos en aquella pobre sangre derramada sobre todas las tierras de Europa me producía menos escalofríos que el sonido de la palabra «sangre». Había de ser en Nápoles, precisamente en Nápoles, en la ciudad más infeliz, hambrienta, humillada, abandonada y torturada de Europa, en la más miseranda ciudad de Europa, donde oyerá pronunciar la palabra «sangre» con un temor religioso, con sagrado respeto, con un profundo sentimiento de caridad, con la misma voz alta, pura, noble e inocente con la que el pueblo napolitano pronuncia las palabras «mamá», «niño», «cielo», «virgen», «pan», «Jesús», con la misma inocencia, la misma pureza, con el mismo noble candor. «'O sangue! 'O sangue!», aquel grito se elevaba de esas bocas desdentadas, de esos labios pálidos y consumidos, como una invocación, como un ruego, como un nombre sagrado. Siglos y siglos de hambre, de servitud, de barbarie togada, engalanada, coronada y ungida, siglos de miseria, de cólera, de corrupción, de vergüenza no habían bastado para sofocar en ese pueblo miserable y nobilísimo el sagrado respeto por la sangre. La multitud gritaba, lloraba, tendía los brazos al cielo y corría hacia la catedral invocando la sangre con un furor maravilloso, plañía la sangre derramada, la sangre vertida en vano, la tierra bañada de sangre, las ropas ensangrentadas, la preciosa sangre del hombre mezclada con el polvo de las calles, los grumos de sangre de las paredes de las cárceles. En los febriles ojos de la muchedumbre, en sus frentes pálidas, huesudas, empapadas en sudor, en sus manos tendidas al cielo y sacudidas por un profundo temblor, se manifestaba piedad y temor sagrado. «'O sangue! 'O sangue! 'O sangue!» Era la primera vez, después de cuatro años de guerra feroz, despiadada y cruel, que oía pronunciar aquella palabra con temor religioso, con sagrado respeto; y la oía de labios de aquella turba hambrienta, traicionada, abandonada, sin pan, sin techo, sin tumbas. Después de cuatro años, aquella palabra volvía a sonar como una palabra divina. Un sentimiento de esperanza, de reposo, de paz, me invadió al oír aquella palabra: «'O sangue!». Había llegado por fin al término de mi largo viaje, aquella palabra era mi puerto, mi última estación, el banco, el muelle en el cual podría tocar finalmente la tierra de los hombres, la patria de los hombres civilizados.

El cielo era puro, el verde mar resplandecía en el horizonte como un prado inmenso. La miel del sol se derramaba ya por las fachadas de las casas, embanderadas de balcón a balcón con ropa tendida a secar. El cielo bordaba una delicada orla azul a lo largo de las cornisas de los tejados, del borde dentado de los boquetes abiertos en las paredes por las bombas y de las heridas abiertas a los lados de los edificios. El viento de mistral traía el olor, el sabor del mar, el sonido juvenil de las olas rompiendo contra las rocas, el grito solitario y doliente de los marineros. El cielo fluía como un río azul sobre la ciudad en ruinas, atestada de muertos insepultos, la única

ciudad de Europa en la que la sangre del hombre todavía era sagrada, un pueblo bueno y piadoso que aún sentía respeto, pudor, amor y reverencia ante la sangre humana, un pueblo para el cual la palabra «sangre» era todavía una palabra de esperanza y salud. Al llegar ante las puertas cerradas de la catedral, la multitud se hincó de rodillas pidiendo a grandes voces que abrieran las puertas, y el grito de «'O *sangue!* 'O *sangue!* 'O *sangue!*» hacía temblar las paredes de las casas con su ira sacra y su piadoso furor.

Le pregunté a un hombre que estaba a mi lado qué había ocurrido. Por la ciudad había corrido la voz de que una bomba había impactado en la catedral derrumbando la cripta donde se custodian dos relicarios que contienen la milagrosa sangre de san Genaro. No era más que un rumor, pero se había difundido por la ciudad con la velocidad del rayo, penetrando hasta los más oscuros callejones y los tugurios más escondidos. Era como si en cuatro años de guerra no se hubiese derramado una sola gota de sangre hasta ese día. A pesar de los millones de muertos repartidos por toda Europa, era como si ni una sola gota de sangre hubiera regado la tierra. Por eso, al anunciarse que aquellos dos preciosos relicarios se habían roto, que aquellas pocas gotas de sangre reseca se habían malogrado, había sido como si el mundo entero se hubiera cubierto de sangre, como si todas las venas de la humanidad hubiesen sido sajasadas para apagar la sed de la tierra insaciable. Al poco apareció un sacerdote en lo alto de la escalinata de la catedral y, levantando los brazos para pedir silencio a la multitud, anunció que la preciada sangre estaba a salvo. «'O *sangue!* 'O *sangue!* 'O *sangue!*» La multitud lloraba de rodillas invocando la sangre, y la gente reía, y lágrimas de júbilo surcaban sus rostros consumidos por el hambre, y una noble esperanza embargaba los corazones, como si a partir de ese momento no pudiera caer ni una sola gota más de sangre sobre la tierra sedienta.

Para bajar al puerto enfilé los callejones que quedan detrás de la piazza Francese, cuajados de grandes montones de escombros. El hedor de los cadáveres insepultos enrarecía el aire. Negros enjambres de moscas dejaban oír un zumbido sombrío entre las paredes. En el puerto se levantaba una densa nube de humo. Me torturaba una sed atroz, tenía los labios hinchados y negros de moscas. Todas las fuentes estaban muertas, no había una gota de agua en toda la ciudad. Delante de los Dos Leones di media vuelta y volví sobre mis pasos hacia el Mercadante. Un niño muerto yacía sobre el empedrado, parecía dormido. Una aureola de moscas rodeaba su frente surcada de horribles arrugas. Torcí por via Medina. Una casa ardía al fondo, detrás de la estatua de Mercadante. Pandas de chiquillos jugaban a perseguirse chillando con sus agudas voces. Al oír mis pasos, nubes de moscas alzaban el vuelo zumbando y se me posaban en el rostro embadurnado de sudor y polvo y en las cuencas de los ojos. Los montones de escombros dejaban escapar un hedor espantoso. El olor del mar era agudo, ligeramente ácido. Al fondo de via Medina vi

abierto un pequeño bar, eché a correr y me detuve jadeando frente a la puerta.

La barra de mármol, por la que había esparcidos fragmentos de vidrio, estaba desierta. Sentado ante una mesita de hierro había un hombre grueso y fofo que iba vestido con una camiseta de algodón de manga corta. El pecho, velludo y flácido, rebosaba de la camiseta, pegada a la piel por efecto del sudor. El hombre se abanicaba con un periódico doblado en dos y de vez en cuando se secaba la frente con un pañuelo sucio. Una nube de moscas revoloteaba por el aire. El techo, las paredes y los espejos rotos estaban cubiertos por miles y miles de moscas. De la pared de detrás de la barra colgaban los retratos del rey, la reina, el príncipe y la princesa de Piamonte, cubiertos también de moscas.

—¿Podría ponerme un vaso de agua? —dije.

El hombre me lanzó una mirada y sin dejar de abanicarse respondió:

—¿Un vaso de agua?

—Tengo una sed atroz, no puedo más.

—¿Tiene sed y quiere un vaso de agua?

—Sí —dije—, un vaso de agua. Tengo una sed infernal.

—¡Conque un vaso de agua! —exclamó el hombre enarcando las cejas—. ¿Es que no sabe que el agua es preciosa? No queda una gota de agua en toda Nápoles. Primero nos moriremos de hambre, luego de sed, y, si aun así aguantamos, nos moriremos de miedo. ¡Un vaso de agua!

—De acuerdo —dije, y me senté en otra mesita—, esperaré a que termine la guerra para beber.

—No hay más remedio que tener paciencia —dijo el hombre—. Míreme a mí, yo no me he movido de Nápoles. Hace tres años que espero aquí a que termine la guerra. Cuando caen las bombas, cierro los ojos. No pienso moverme ni aunque echen abajo el edificio. No hay más remedio que tener paciencia. Ya veremos quién tiene más paciencia, si la guerra o Nápoles. ¿De verdad quiere un vaso de agua? Detrás de la barra hay una botella, todavía debe de quedar un poco de agua. Ahí tiene los vasos.

—Gracias —dije.

Detrás de la barra encontré una botella con un poco de agua. En la repisa había alineados los restos de una veintena de vasos. Como no quedaba ni uno entero, bebí del cuello de la botella, mientras me sacudía las moscas de la cara con la mano.

—¡Malditas moscas! —dije.

—Ah, cuánta razón tiene —dijo el hombre abanicándose con el periódico—. ¡Malditas moscas!

—¿Por qué no les declaran la guerra a las moscas también en Nápoles? En el norte de Italia, en Milán, en Turín, en Florencia, incluso en Roma, los ayuntamientos se han organizado para combatir las moscas. No queda ni una mosca en esas ciudades.

—¿No queda ni una mosca en Milán?

—No, ni una mosca. Las hemos exterminado a todas. Es una medida higiénica, evita infecciones y enfermedades.

—Bueno, también en Nápoles hemos combatido a las moscas, es más hasta les hemos declarado la guerra. Tres años llevamos haciéndoles la guerra a las moscas.

—Entonces, ¿cómo puede ser que haya tantas moscas en Nápoles?

—Y yo qué quiere que le diga, señor, ¡han ganado las moscas!

Pestchanka, Ucrania, agosto de 1941

Punta del Massullo, Capri, septiembre de 1943